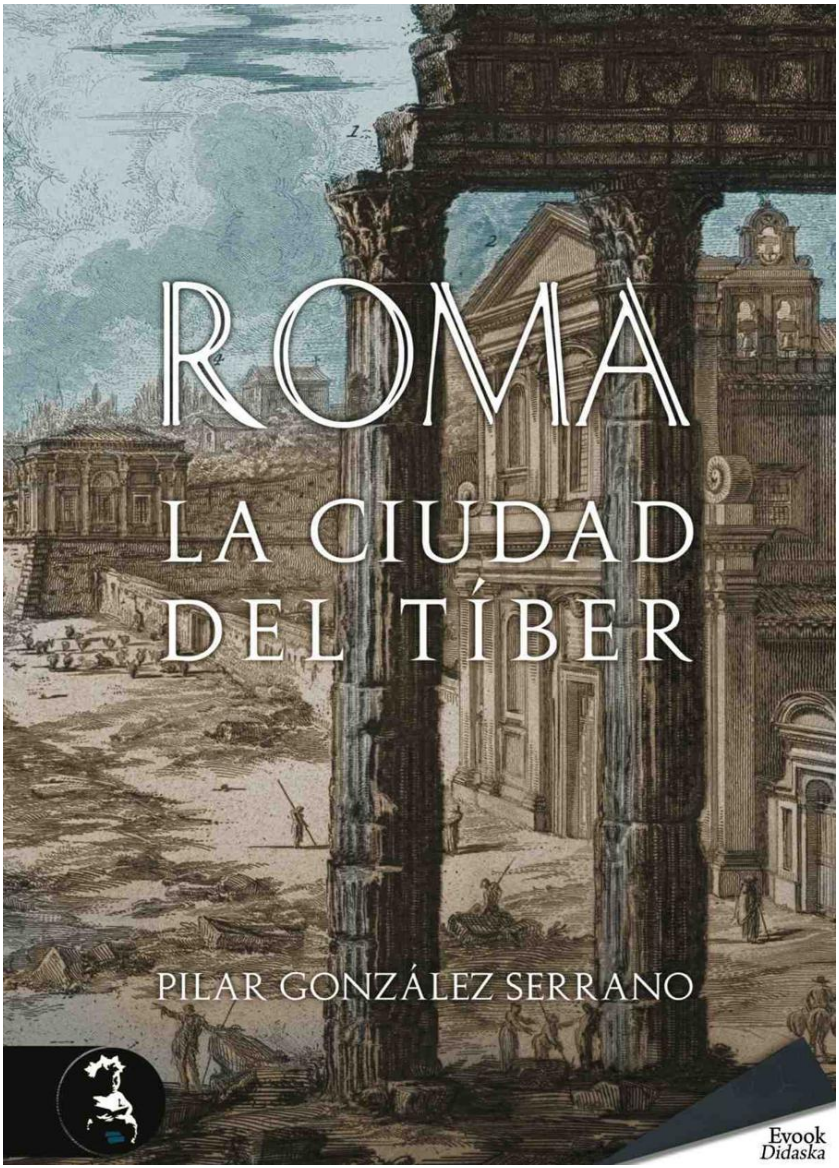
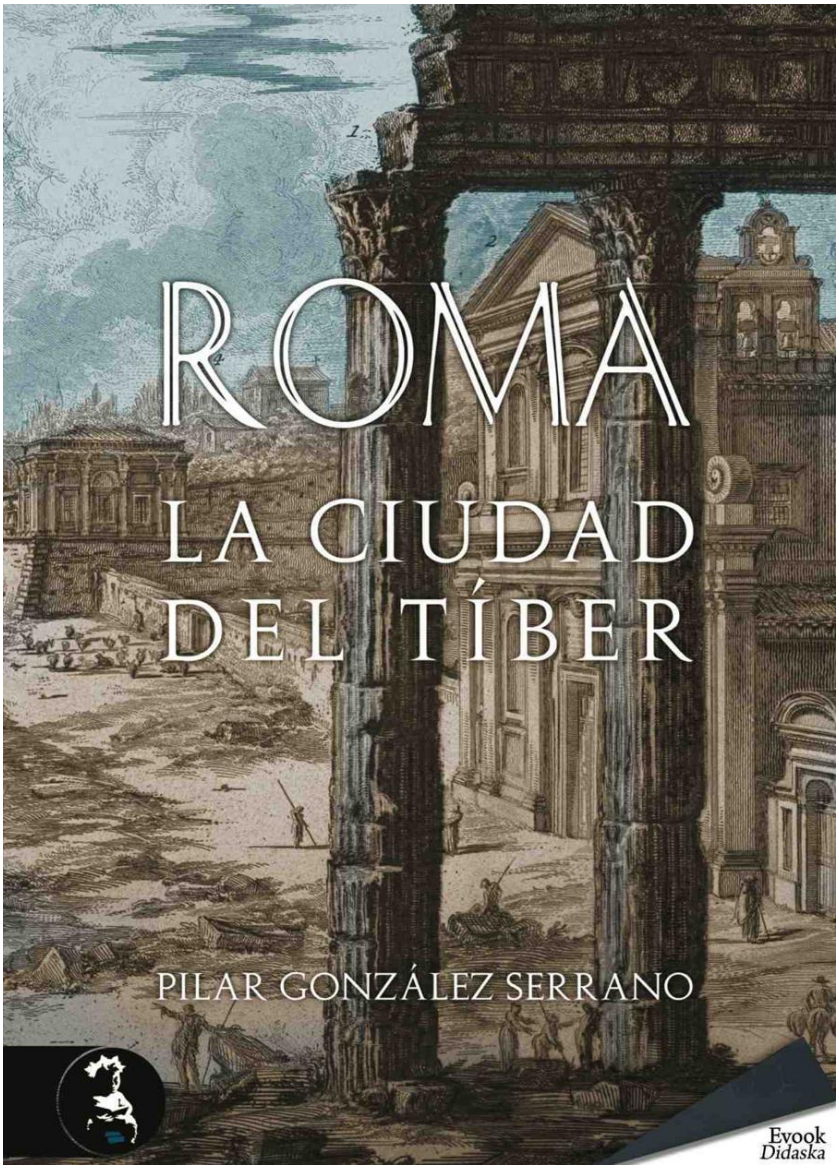

ROMA
LA CIUDAD DEL TÍBER
PILAR GONZÁLEZ SERRANO
Evook
Didaska


ROMA
LA CIUDAD DEL TÍBER
PILAR GONZÁLEZ SERRANO
Evook
Didaska

ROMA

La ciudad del Tíber

Pilar González Serrano

ALEGORÍA DEL TÍBER
(Aguafuerte) Giuseppe Vasi (ca. 1741–43)

Evohé Didaska

INTRODUCCIÓN

La historia de una ciudad, Roma, se ensancha para convertirse en la historia de un país, Italia, y esta pasa a ser la historia del mundo, del mundo mediterráneo.

T. Mommsen

A mi marido Mariano Cutanda

Esta conocida frase de Teodoro Mommsen resume de modo magistral el devenir de la Historia de Roma que, en definitiva, fue la del mundo mediterráneo en la Antigüedad desde el siglo VI a.C. hasta el V d.C. Primero por derecho de dominio militar y político, conseguido, paso a paso, en un incesante proceso de expansión y, a partir de la Edad Media, a través de los sólidos vínculos espirituales del Pontificado. Más tarde, su cultura y sus esplendorosas manifestaciones artísticas mantuvieron y acrecentaron su condición de ciudad prodigiosa, ante la cual como caput mundi no cabe más postura que la de una rendición sin condiciones.

La famosa sentencia que afirma que «todos los caminos conducen a Roma», recuerda tiempos en los que no hubo vía enlastrada ni camino de arena, en el ámbito del Imperio, que no terminara en el miliarium aureum: el punto cero del mismo, erigido en las proximidades del umbilicus urbis Romae. Ambos hitos se encontraban en el Foro romano, en las proximidades del arco de Septimio Severo, y sus emblemáticos restos aún se contemplan in situ con una profunda sensación de admiración y de respeto.

En el pasado como en el presente, cuantos visitamos Roma no podemos dejar de sentirnos peregrinos o romeros en una ciudad única, irrepetible, que solo puede ser recorrida con humildad y sin prisas. Antaño fueron peregrini los individuos que no disfrutaban de la ciudadanía romana, los extranjeros. Ahora, en una ciudad tan universal como es la Roma actual, los peregrinos nos sentimos

«viajeros curiosos y píos» (de acuerdo con la acepción medieval de este calificativo), más que extranjeros. Al mismo tiempo, como romeros, nos vemos deslumbrados y abrumados ante la inabarcable tarea de conocer su historia pasada y presente, su ingente patrimonio arqueológico y artístico, sus iglesias, sus museos, sus palacios, etc.

Por estas razones, después de cada una de nuestras visitas a la Ciudad Eterna, siempre cortos de tiempo, nos prometemos volver cuanto antes; y cuando dicha promesa se cumple, con o sin la ofrenda de las tres monedas votivas echadas al pilón de la «Fontana di Trevi», descubrimos nuevas maravillas y experimentamos inéditas sensaciones, a sabiendas, eso sí, de que nos dejaremos muchas cosas sin ver, por más que apuremos la suela de nuestros zapatos.

Ese «ensancharse» de Roma, la ciudad del Tíber, la de las siete colinas, a través de sus vías militares primero y comerciales después, jalonadas de ciudades donde, poco a poco, se fueron adoptando los patrones y estructuras de la vida romana, tuvo como resultado último la urbanización generalizada de toda la Europa situada al Este del Rin y del Danubio, de suerte que los pueblos que se mantuvieron fuera de su limes (línea de fronteras) se consideraron pueblos bárbaros, desconocedores de la civilización y del progreso.

Aunque es frecuente considerar a los romanos prototipo de los pueblos colonizadores e imperialistas, no puede negárseles la capacidad de integración de culturas de la que hicieron gala desde los inicios de su expansión. Con las primeras conquistas fuera de Italia, la experiencia les hizo comprender que el dominio de nuevos territorios mediante la simple ocupación militar era insostenible. Las legiones se diezmaban en continuas guerrillas y revueltas y el proceso de pacificación se hacía inviable. Por esta razón, preocupación primordial fue acelerar el proceso de adaptación de las poblaciones indígenas a sus patrones de vida para aglutinarlas después en la compleja maquinaria política y social del Estado. Por lo tanto, en términos generales puede afirmarse, como apuntó en su día R.G. Collingwood, que la romanización debe entenderse como un proceso continuado de urbanización, a través del cual, en los

vastos territorios del Imperio, se impuso un patrón de vida uniforme y una lengua, el latín, que llegó a convertirse en única. El término de globalización, tan traído y llevado en nuestros días, puede aplicarse a la tarea ingente que Roma llevó a cabo a lo largo de sus diferentes etapas de conquista y dominio.

Roma fue y sigue siendo la ciudad de un río, el Tíber, hasta el punto de que lo más verosímil es que el nombre de Roma, cuya etimología se ve envuelta en una maraña de mitos y leyendas, derive de un vocablo etrusco, rumon, que significa río, ya que la vía fluvial, a cuyas orillas nació y se extendió, jugó en su historia un papel transcendental, aunque hoy en día, como «río castigado» por las muchas inundaciones con las que perjudicó a la ciudad, se encuentre limitado entre las grandes murallas de travertino con las que se le encajonó en el siglo XIX[1]. No obstante, partido por la isla Tiberina y cruzado por los puentes de cuyo trazado se ocupaba el pontifex maximus[2], cumplió durante siglos con su función de importante vía de transporte y fuente de energía para los molinos que se levantaron en sus orillas. Tiempos hubo en los que en ellas se emplazaron puertos que tuvieron una intensa vida comercial. Partiendo del puente Milvio, donde tuvo lugar en el 312 d.C. la emblemática batalla entre Majencio y Constantino y que cuenta en su haber con más de veintidós siglos de servicio, se encontraban los llamados puertos de Madera y de Rippetta, en los que se recibían las mercancías procedentes del norte. Pasado el puente Sisto se hallaba la isla Tiberina (unida a ambas orillas del río por dos viejos puentes romanos: el Cestio y el Fabricio) y las ruinas del «puente Roto»; más adelante se abría el puerto de Ripa Grande y, enfrente, a los pies del Aventino, el de la sal y el del mármol (Marmorata). Hasta este último llegaban los mármoles más preciados de ultramar para ornato de palacios y grandes mansiones.

En torno al río las gentes, que desde la Edad del Hierro (siglo X a.C.) fueron ocupando las suaves colinas del territorio del Lacio, se integraron entre sí gracias a un acelerado proceso de sinecismo. Su sistema de gobierno fue primero una monarquía, más tarde una república y, por último, un imperio que, falseando fórmulas republicanas, sirvió a los que fueron los verdaderos protagonistas de la Historia de Roma: el Senado y el pueblo romano.

No fueron casuales las razones por las que, desde la caída del Imperio Romano en el año 476 a.C. hasta el siglo XIX, nada se hiciera por propiciar la reunificación de Italia ni por devolver a Roma su condición de capitalidad política. El recuerdo de su poder omnipotente en el pasado planeaba como una sombra amenazadora en el recuerdo de Europa, por lo que se fomentó el «divide y vencerás» para prevenir el peligro de su resurgimiento, ese risorgimento que al final se convirtió en el lema clave de los patriotas y liberales de los nuevos tiempos, los mismos que acabaron consiguiendo la unidad de Italia.

En la Roma cristiana la heredera de la Curia Senatorial fue la Curia Pontificia, que ocupó su puesto en el plano espiritual. Sin embargo, su poder fue asimismo omnímodo, subyugador, y no menos agresivo. Entre tanto las pétreas ruinas de la ciudad pagana, aflorando por entre los pastizales que cubrieron los espacios más emblemáticos de la vieja urbe, abandonados y expoliados, se fueron convirtiendo en los testigos parlantes de su pasada grandeza, que con el tiempo se harían oír, como vamos a ver en las páginas que siguen.

El presente libro es fruto de mis viajes de estudios a Roma como profesora de Arqueología de la Universidad Complutense, viajes en los que también me he sentido peregrina y romera que gusta de perderse por sus calles, sentarse en sus escalinatas y hablar con sus gentes. Durante muchos años he explicado a mis alumnos, como tema impuesto por el programa de una asignatura, la topografía de Roma, y ha sido para mí motivo de orgullo recibir, a lo largo de los años, numerosas tarjetas con las vistas más emblemáticas de la ciudad y el cariñoso mensaje de aquellos que, al finalizar sus estudios, la visitaban y podían, gracias a mis explicaciones, «prescindir de guía», como yo les decía que podrían hacer si seguían con regularidad mis clases y leían los libros y textos aconsejados.

Comencé a escribir estas líneas a mediados de abril del 2000, recién llegada de una Roma a la que dediqué parte de mi año sabático, con la retina llena de sus imágenes monumentales y de las ruinas que apuntan por doquier en sus calles y plazas. Continué trabajando en este libro durante un par de años y luego, casi a punto de terminarlo, tuve que abandonar su redacción. Las cosas son como

son y la vida manda. Sin embargo, no quiero que mis estudios y experiencias vividas en la «Ciudad Eterna» se queden en el fondo de un cajón, así que retomo mi empeño, contenta de tener que hacer el esfuerzo de su puesta a punto. La jubilación ofrece una nueva dimensión al tiempo.

He visitado la ciudad en años posteriores, siempre en estancias breves, verificando datos, apurando los días hasta el agotamiento físico y lumínico, pero en mi recuerdo ha prevalecido la del año 2000, año de jubileo, por la impresión que me produjo la capacidad de convocatoria del Vaticano. Los peregrinos, procedentes de todo el mundo y pertenecientes a todas las etnias, recorrían sus calles infatigables, admirados. Cada grupo caminaba tras su guía, que solía enarbolar algún banderín distintivo como inconfundible reclamo, hasta llegar a la incomparable plaza de San Pedro del Vaticano abarrotada de «peregrinos-romeros», insensibles al desaliento ante las largas colas de espera que tenían que hacer para entrar en el interior del templo o ver al Santo Padre asomarse a la «ventana de las apariciones».

De esta bella ciudad dijo Lord Byron que era «un irrepetible y único museo al aire libre» y, cabría añadir, que «el más grandioso de los yacimientos arqueológicos conocidos y aún por explorar en su totalidad». Afortunadamente, las excavaciones y restauraciones continúan su constante proceso de recuperación del pasado y es de esperar que, con el tiempo, el centro monumental de la urbe emerja en su totalidad.

Roma es en la actualidad una ciudad vibrante, única, a la que hay que saber entender y aceptar tal y como es para poder disfrutarla. Hay que perderle el miedo, al igual que se hace cuando se cruza por sus pasos de cebra, confiando en que los expertos pies de los conductores pisarán el freno a tiempo. Hay que hablar con sus gentes, comer sus pastas, sus pizzas y sus helados. Y, sobre todo, no olvidar que cuenta con tres mil años de historia.

Pasar una buena temporada en Roma, caput mundi en el emblemático año 2000, fue un hecho de gran transcendencia en mi carrera vital. Encontré a la ciudad en parte rejuvenecida después de recuperar la primitiva epidermis de muchos sus viejos monumentos, entre los que había recibido un trato especial la fachada de la

Basílica de San Pedro que, desde entonces, reluce con singular esplendor. Desgraciadamente, peregrinos y romeros no podremos rejuvenecer nuestra piel, pero sí nuestra mente, recordando nuestros viajes y las experiencias vividas entre sus ruinas, sus iglesias, sus museos, sus fuentes, sus calles, etc.

No puedo olvidar además que mis comienzos en el mundo de la Arqueología fueron el estudio y conocimiento de Roma de la mano del insigne arqueólogo Antonio García y Bellido, al lado del cual me formé profesionalmente. Los procesos iniciáticos se marcan en la memoria con huellas indelebles, y aún recuerdo que la primera clase que tuve que impartir, como profesora ayudante, fue sobre «los materiales romanos de construcción», tema áspero que preparé haciendo un gran esfuerzo. Desde entonces, cuando contemplo las sólidas ruinas, osamentas petrificadas del casi indestructible opus caementicium, los paramentos en colmena del llamado opus reticulatum, los magníficos ladrillos bipedales con que se construyeron las roscas de los arcos, las grandes tegulae de las cubiertas, los pavimentos musivos, el summum dorsum de las calzadas, etc., no puedo dejar de rememorar mi primus dies y recapacitar acerca de la sabiduría práctica de los arquitectos e ingenieros romanos.

El propósito de este libro sobre la antigua Roma es ofrecer una síntesis útil, de fácil consulta, a cuantos deseen estudiar su historia y la de sus monumentos arqueológicos. En él he tratado de incluir cuantos datos me han parecido esenciales para una primera aproximación al tema. Además, en las notas que aparecen a pie de página, he procurado ofrecer una información particularizada sobre los personajes y hechos más destacados a los que se hace alusión, para que, en cada caso, los lectores y estudiantes no especializados en dichos temas puedan recordarlos.

En lo que se refiere al devenir de sus célebres colinas, espacios públicos, edificios y monumentos más emblemáticos, en los cuales el pasado y el presente se hallan trabados de forma indisoluble, he tratado de resumir su continuidad histórica, sin pretender profundizar en los aspectos referentes a los siglos que van del VI al XXI, pero señalando los avatares sufridos hasta llegar a su estado actual.

En Roma (la única, la eterna) hay muchas Romas: la republicana, la imperial, la catacumbal, la medieval, la renacentista, la barroca, la neoclásica, la de los tiempos modernos y modernísimos. Por esta razón, los romanos suelen exclamar: «¡Roma è molto stanca!» en su afán de consolar a los exhaustos turistas, visitantes o estudiosos que intentan, en tan solo unos días, la aventura imposible de su integral recorrido. Mi interés se ha centrado en la arqueología de la ciudad de las siete colinas, tal y como yo la explicaba en clase año tras año, sin abordar, por razones de programa, el devenir de la ciudad a partir de Medievo y sin detenerme, por supuesto, en la descripción de sus innumerables iglesias y edificios singulares. Sin embargo, en mi recorrido me veía obligada a hablar de los monumentos que nos salen al paso por doquier como parte ineludible del paisaje urbano. Y porque están ahí, me parecía y me ha parecido oportuno describirlos, aun a riesgo de desviarme de mi principal objetivo.

Soy consciente de que, a pesar de mis buenos propósitos, me he visto obligada a realizar muchos recortes, siguiendo un criterio personal tal vez no siempre atinado, sobre todo en lo que se refiere a las menciones que hago de los monumentos renacentistas y barrocos, por los que paso sin profundizar con el fin de no sobrepasar ese punto medio, ponderado por los antiguos y necesario para que el libro sea de fácil consulta y no se caiga de las manos. En cualquier caso, ruego al lector que considere que mi visión de Roma es personal y que responde a mi forma de verla y de sentirla, razón por la cual asumo cuantas críticas pueda merecer. Segura estoy de que serán muchas y variadas, pero es un riesgo inevitable. Lo importante es que la protagonista, por encima de todo, es Roma, siempre poderosa y bella, vivaz y urbana, a pesar de que las fotos que realizamos cada uno de nosotros, los actuales peregrini, con nuestras cámaras digitales desenfoquen las imágenes que hubiéramos deseado captar bien y transmitir mejor.

1 Cruzando la «Via di Ripetta» desde el Ara Pacis, puede verse en la fachada sur de la iglesia de «San Rocco» una placa de mármol en la que se hallan registradas las grandes inundaciones del Tíber antes de la construcción de los diques del «Lungotevere» a finales de la década de 1870-80.

2 Se ha relacionado el nombre del sacerdote de mayor rango, en la religión romana, con el cargo o condición de constructor de puentes. Sin embargo, también hay filólogos que hacen derivar este vocablo de posse facere, es decir, «poder hacer», aludiendo a la potestad de realizar los sacrificios sagrados.

I. LA NATALIS ROMAE

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Topografía): 8,5 MB

La fecha legendaria de la fundación de Roma, el 21 de abril del año 753 a.C.[1], aparece incrustada con tal fuerza en las páginas de la Historia que bien merece ser tenida por cierta. De hecho, como tal se ha impuesto, y así lo proclama anualmente el gozoso repicar de la Patarina. Esta célebre campana de la torre del Palazzo Senatorio, que solo deja oír su metálica voz en ocasiones solemnes, recuerda cada 21 de abril a los romanos y al mundo entero la natalis Romae, aniversario sacralizado y legitimado por la fuerza de la tradición[2].

Los vestigios de chozas hallados en el Palatino, así como las tumbas aisladas encontradas en el Foro y en el Esquilino, y los restos arqueológicos exhumados recientemente en el Capitolio, confirman que el poblamiento del área romana data de la Edad del Hierro, es decir, del siglo X a.C., a pesar de los argumentos esgrimidos por los tradicionalistas que defendían la del siglo VIII a.C., para hacer coincidir el mito con la Historia. Por lo tanto, a la Arqueología le corresponde la tarea de ir, poco a poco, llenando de contenido esos dos siglos de ocupación humana que median entre ambas fechas: una documentada por los vestigios materiales aparecidos, y la otra considerada desde hace siglos como el punto de arranque de la historia de la ciudad del Tíber.

Lo verdaderamente importante es comprender que a partir de ese supuesto primus dies la historia de Roma se perfiló, ininterrumpidamente, como la gesta de todo un pueblo unido por un proyecto común del que siempre fue consciente y del que se sintió orgulloso. Reflejos de esa conciencia colectiva son los vestigios míticos y arqueológicos que, con el tiempo, han asumido el papel de símbolos carismáticos de la Roma eterna. A la fecha de la natalis Urbis hay que añadir la emblemática figura (etrusca o medieval) de la loba capitolina[3], la Mater Romanorum, con sus gemelos postizos, añadidos por Pollaiuolo en el siglo XVI, y las letras que conforman la elocuente sigla de SPQR (Senatus Populusque Romanus), repetida por doquier y que aún hoy puede

verse en las tapas de registro de las arquetas del alcantarillado ciudadano.

¡El Senado y el pueblo romano! De hecho, ambos han sido los verdaderos protagonistas de la historia de Roma y así se trasluce en la mayoría de las páginas que sobre ella se han escrito. La fuerza de este singular binomio justifica que la conclusión última de cuantos historiadores han profundizado en el pasado de Roma haya sido muy similar. Pueden citarse como ejemplo a dos de los más grandes, separados por los siglos, pero unidos por el profundo conocimiento que ambos llegaron a tener del devenir de la ciudad eterna: Tito Livio y Mommsen.

Cuando en época augústea Tito Livio[4] se propuso escribir su conocida obra Ab Urbe condita libri, la historia del «pueblo príncipe», desde la fecha de la fundación de la ciudad hasta los comienzos del Imperio, tuvo que empezar por refundir toda la información contenida en la Analística para conseguir redactar una síntesis patriótica y moralizadora, cuyo fin último era justificar el legítimo orgullo del pueblo romano ante los logros alcanzados con su esfuerzo y sacrificio. Convencido republicano, pudo escribir su obra a instancias del emperador Augusto sin traicionarse a sí mismo, ya que nunca se desvió de su idea básica: demostrar que el dominio del mundo, el gran imperio universal (el sueño del malogrado Alejandro Magno), había sido posible gracias al esfuerzo de todos los romanos, regidos por un Senado de respetables campesinos, orgullosos de las arrugas de sus rostros y de los callos de sus manos, ásperas por cavar la tierra y guiar el arado. El resultado no había sido otro que la gloria de la República y, por ende, la de Roma.

Como ilustración de la profunda añoranza que animó a los puristas republicanos, nada más elocuente que contemplar la magnifica galería de retratos de la época (siglos II-I a.C.) que han llegado hasta nosotros[5]. Son, en su mayoría, rostros de personajes anónimos con expresiones tan realistas, tan falsamente espontáneas, que dejan huella imborrable en el espectador. Además, resultan históricamente familiares, porque se intuye que son esos «famosos desconocidos» de los que habla Poulsen[6], miembros de las poderosas familias de la oligarquía senatorial citadas por las fuentes

escritas y que jugaron un papel decisivo en la historia de Roma.

Junto al protagonismo del pueblo romano, en las directrices de la obra de Tito Livio, marcaron rumbos preferentes las grandes fuerzas constructivas del pasado: el respeto a los dioses, la moral tradicional, el espíritu de sacrificio y el amor a la patria, valores de profunda raigambre popular en los que él creía, como convencido republicano. Todos ellos fueron, a su vez, ensalzados y sabiamente manipulados por Augusto como instrumentos políticos, al servicio de la renovación estatal que suponía la implantación del Imperio. De esta suerte, la versión de la historia de Roma escrita por Tito Livio vino a coincidir, en último término, con la estrategia populista imperial.

En cuanto a Mommsen[7], el mejor conocedor de la historia y de la cultura romanas a finales del siglo XIX, se puede constatar que sus conclusiones se acercan a las de Tito Livio. En el prólogo de su obra magna, Historia de Roma, sintetizó su visión personal sobre la misma aseverando que el Imperio romano fue un largo y duro proceso de integración, cuyo único protagonista fue siempre el mismo: el pueblo romano, obligado, a su pesar, a mantener un pulso bélico con sus vecinos para poder sobrevivir. Cabe pensar que Mommsen, como hombre de su tiempo, se dejara seducir en sus apreciaciones por los últimos destellos del romanticismo, pero a la postre, ese hacerse malgre lui que solía subrayar con personal acento en sus clases magistrales otro gran maestro de la Historia y de la Arqueología, el profesor Blanco Freijeiro[8], subyace en la gesta histórica del pueblo que en la Antigüedad, regido por un Senado que decidía desde su sede, el noble edificio de la Curia, llegó a ser el indiscutible dueño del mundo.

Hechas estas consideraciones previas, imprescindibles para poder penetrar en el complejo entramado de la historia de Roma, y volviendo al primus dies, a la fecha de su fundación, obligado es recordar que ya Tito Livio se encontró con los mismos problemas que todavía se plantean en la actualidad al intentar rastrear los orígenes de la ciudad. A pesar de que recientes excavaciones y estudios van permitiendo precisar la realidad cultural y cronológica de los primeros asentamientos sobre el Palatino y el Capitolio, lo cierto es que sus inicios se siguen solapando entre las fábulas que,

como decíamos al principio, la tradición ha consagrado.

La solución adoptada por Tito Livio no pudo ser otra que la de recoger y repetir las noticias vigentes en su época. Sus fuentes de información fueron la Analística romana y la Historia de Polibio[9], considerado como el primer representante de la historiografía pragmática. En ellas, como puede comprobarse, no pudo encontrar otros datos que los que, hasta hace pocos años, se venían manejando.

Hay que tener en cuenta que la historia de la ciudad de Roma se corresponde con la de uno de los imperios más vastos de la civilización europea y mediterránea, un modelo a imitar desde hace dos milenios en el que, ya en el siglo I a.C., se habían consolidado los mitos acerca de su fundación, al tiempo que se consideraba evidente su predominio sobre el resto de los pueblos del orbe conocido[10].

En consecuencia, aunque son muchas y variadas las fuentes que se manejan para reconstruir la historia de Roma y rastrear sus orígenes, como veremos, la fecha mítica del 21 de abril del año 753 a.C. se mantiene viva, aunque las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo recientemente en el Palatino obliguen a situar sus comienzos en el siglo X a.C., como hemos señalado y comentaremos más adelante.

1 Las leyendas existentes, tanto en torno a la etimología del nombre de Roma como a la fecha de su fundación, son numerosas, como más adelante veremos. La fecha que finalmente se impuso fue la propuesta por Varrón, erudito del siglo I a.C.

2 El 21 de abril se celebraban en Roma las Parilia (o Palilia), en honor a Pales, el ancestral numen protector de los ganados y de la vida pastoril. Esta divinidad, venerada, a veces, como un genio masculino y otras como una diosa, carecía de leyenda y su nombre se solía asociar al del Palatino. En el transcurso de esta festividad se encendían grandes hogueras de paja y de la maleza arrancada de los campos de cultivo y sobre ellas se saltaba, al igual que hacemos hoy nosotros, el 24 de junio, en la noche de San Juan.

3 Recientemente se ha desechado su origen etrusco, ya que su restauradora Anna María Carruba ha demostrado que se trata de un bronce medieval. Sin embargo, esta noticia ha hecho poca mella en la mentalidad colectiva romana ante la cual la célebre loba no ha perdido su mítico significado.

4 Tito Livio nació y murió en Padua (59 a.C.–17 d.C.). Orgulloso de sus orígenes, nunca renegó del característico acento de su hablar, propio de esta región septentrional de Italia, a pesar de las críticas de sus contemporáneos por su patavinitas. Republicano convencido, fue en su juventud testigo presencial de las luchas entre Pompeyo y César, y el fin de la República se convirtió para él en motivo de constante añoranza. Se trasladó a Roma después de la batalla de Actium (31 a.C.) y pronto alcanzó en dicha ciudad un gran prestigio como historiador. Llevó, siempre, una vida retirada, lejos de la política y las intrigas de las clases poderosas. A pesar de sus diferencias ideológicas, llegó a disfrutar de la amistad y la confianza de Augusto, por cuyo encargo escribió su gran obra, Ab Urbe condita libri, compuesta por 142 libros, de los cuales solo se conservan 35. En ellos se narraba todo lo acontecido desde la llegada de Eneas a Italia, hasta la muerte de Druso, acaecida en el 9 d.C.

5 Schweitzer, B., Die Bildniskunst der römischen Republik, Leipzig, 1948

6 Poulsen, Fr., «Probleme der Datierung früromishe Porträt», A. Arch., 13, 1942, pág. 178 y ss.

7 Teodoro Mommsen (1817–1903) famoso historiador y filólogo alemán, considerado como el padre de la Historia Moderna. Fue profesor de Historia Antigua en Leipzig y Berlín y autor de numerosas obras científicas. Entre ellas destaca su Historia de Roma (1854–56). Fue elegido miembro del Parlamento prusiano en 1873 y en 1902 se le concedió el Premio Nobel de Literatura.

8 Blanco Freijeiro, A., (n. en Marín, Pontevedra, en 1923 y m. en Madrid, en 1991) fue catedrático de Arqueología en la Universidad de Sevilla y en la Complutense de Madrid. Autor de numerosas obras y artículos fue discípulo personal de Antonio García y Bellido y maestro indiscutible de muchos de los profesores de Arqueología

que, en la actualidad, imparten clases en nuestras universidades. Véase: «La República de Roma», en Historias del Viejo Mundo, de Historia 16, nº 12.

9 Polibio (†ca. 120 a.C.) fue un famoso historiador griego, comandante de la caballería de la Liga Aquea que apoyó a Perseo, rey de Macedonia, en su lucha contra Roma. Vencido este reino por L. Emilio Paulo (hijo del Emilio Paulo que perdió la vida en Cannas) en la batalla de Pidna (168 a.C.), fueron deportados como rehenes a Italia muchos nobles aqueos, partidarios del monarca vencido. Polibio tuvo la suerte de ser acogido en el hogar de Paulo Emilio, con cuyo hijo, Escipión el Joven, mantuvo una gran amistad. Volvió a Grecia en el 146 a.C. cuando esta se convirtió en provincia romana y trató, por todos los medios a su alcance, de mejorar la suerte de sus compatriotas. En contrapartida, fue defensor de la helenización de los vencedores. Su Historia de Roma, que abarcaba desde el 221 a.C. hasta el 146 a.C., constaba de 40 libros. De todos ellos solo se ha conservado el primero. Fue uno de los principales representantes de la llamada historiografía pragmática, en tanto y cuanto trató de exponer los hechos relacionados con sus causas.

10 Virg., En., VI, 791–796.

II. FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LOS ORÍGENES DE ROMA

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Inscripciones): 1 MB

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Leyendas): 8,7 MB

Las fuentes de información a nuestro alcance para rastrear los orígenes de Roma son tan numerosas y variadas que, para abordar un resumen analítico de las mismas, procede agruparlas en una serie de apartados básicos para escoger dentro de cada uno de ellos los testimonios más significativos:

Inscripciones latinas de época arcaica

Las inscripciones latinas llegadas a nosotros constituyen un vasto repertorio recogido, en su mayor parte, en el llamado Corpus Inscriptionum Latinarum (CIL)[1], obra capital para la historia de la cultura y de la civilización romanas. Atendiendo a su contenido, se observa que son muy numerosas las de época imperial, escasas las republicanas y casi inexistentes las anteriores al siglo IV a.C. Son también abundantes las correspondientes a otras culturas itálicas: etrusca, osca, umbra, véneta, etc. Todas ellas han proporcionado datos del mayor interés para el seguimiento de su evolución hasta su absorción por Roma, sin embargo no han añadido, hasta el presente, noticias significativas sobre el pasado de dicha ciudad. Ni siquiera las casi diez mil inscripciones etruscas recopiladas hasta la fecha han servido de ayuda a tal fin[2], ya que, como es sabido, dicha lengua se lee pero aún no puede ser traducida.

La inscripción del Lapis Niger

Las inscripciones más antiguas llegadas a nosotros se fechan entre fines del siglo VI y comienzos del V a.C. La decana de todas ellas es la hallada en el Foro Romano, bajo la negra losa conocida, desde antaño, con el nombre de Lapis Niger. Fue hallada por Giusseppe Boni el 10 de enero de 1889, en el transcurso de las excavaciones llevadas a cabo en el Foro y, concretamente, en el lugar en el cual ya los antiguos romanos creían que había sido enterrado Rómulo. Dicha zona, cubierta por una gran losa de mármol negro, de dimensiones casi cuadradas, fue siempre respetada como un lugar

de indiscutible carácter funerario, hasta el punto de que, en época augústea, se la ribeteó con una franja de mármol blanco para destacarla del nuevo solado de travertino con el que, por entonces, se pavimentó el Foro.

Lo descubierto por Boni se asoció inmediatamente con un conocido pasaje del Breviario de Festo que, aunque muy mutilado, hacía clara alusión a la piedra negra del Comicio (niger lapis in Comitio locus funestum significabat)[3]. En este lugar, la mayoría de los romanos creía que se encontraba la tumba del fundador de la Urbe, aunque otros estimaban que era la del pastor Faustulo (el salvador de los míticos gemelos Rómulo y Remo cuando fueron abandonados en la corriente del Tíber), o la de Hosto Hostilio, el padre de Tulo Hostilio, el tercer rey romano. En lo que todos coincidían era en que se trataba de un venerable lugar de enterramiento[4]. Sin embargo, como según la tradición Rómulo desapareció en el transcurso de una tormenta para convertirse en el dios Quirino, no es de extrañar que en un principio se evitara identificar este lugar con la tumba del fundador de la ciudad.

Es posible que, dado el arcaísmo de la escritura, Dioniso de Halicarnaso la creyese griega si es que se refería a ella cuando escribió el siguiente pasaje: «Con los despojos dedicó (Rómulo) una cuadriga de bronce a Vulcano y allí al lado levantó su propia estatua y una estela en que enumeraba sus hazañas en una inscripción en letras griegas»[5].

Lo cierto es que debajo de dicho pavimento se hallaron los restos de una construcción tumular (de la que más tarde hablaremos, al tratar del área de Comicio en el Foro republicano) y, entre ellos, un cipo mutilado en su parte superior y en el que aparecía una inscripción que cubría sus cuatro caras y estaba escrita con caracteres bustrofédicos[6] (trazados de izquierda a derecha y viceversa, al igual que los surcos que traza el arado) en un latín tan arcaico que ha presentado serias controversias a la hora de su transcripción e interpretación. Los trazos de la escritura eran semejantes a los del alfabeto grecocalcídico del cual se deriva el latino usado en el área de la Etruria meridional entre los siglos VII a VI a.C., lo que permitió fechar el monumento hacia el 500 a.C. y considerar la inscripción como el testimonio epigráfico latino más antiguo de

cuantos hasta la fecha se conocen.

Antes de la cubrición de los restos del destruido monumento con la piedra negra, los fragmentos que quedaban debían de estar in situ y, al parecer, para expiar su profanación, tal vez perpetrada por las hordas galas de Breno[7] que asolaron Roma en el 390 o 387 a.C. (según las fuentes), se hizo en el siglo IV a.C. un solemne sacrificio. Los animales inmolados fueron arrojados a la fosa, junto con exvotos de bronce, hueso, terracota, etc. Todas estas ofrendas pueden verse en el Antiquarum del Foro, junto con los objetos aparecidos en las favisas[8] del Capitolio.

Como era de esperar, la inscripción que aparecía en el fragmentado cipo suscitó, desde el momento de su hallazgo múltiples controversias entre los filólogos que la estudiaron a la hora de proceder a su transcripción e interpretación. Dichas controversias aún se mantienen sin vías de fácil solución, ya que el estado fragmentario de la misma no permite llegar a conclusiones definitivas.

Hay quienes creen que se trata de una lex regia, referida a las disposiciones relativas a la procesión del rex desde su sede hasta el Comicio, ceremonia oficial que fue continuada, más tarde, por el rex sacrificulus o rex sacrorum durante la República, saliendo, entonces, de la nueva Regia, sita en el Foro y a la que hacia alusión el calendario epigráfico referente al 21 de marzo y al 21 de mayo: quando rex comitiavit, fas. Otros investigadores han creído reconocer en ella a una ley sacra destinada a prohibir en dicha área de especial significado religioso, el tráfico, iter, de los carros tirados por animales de carga, que desde, el vicus Iugarius, se dirigían al Tíber, atravesando el Velabro, bajo pena de muerte. No han faltado los que consideran que este cipo está en relación directa con el Vulcanal, es decir con el área que, próxima a esta zona, tuvo en época muy arcaica un carácter funerario, probablemente porque fue aquí donde los habitantes de las colinas romanas bajaban a enterrar a sus muertos. En tal caso los restos que se encontraban bajo el Lapis Niger, corresponderían al sepulcro de un gran personaje, fulminado por un rayo. Podría ser el propio Rómulo muerto, según Plutarco[9], en el santuario de Vulcano, o el de Horacio Cocles[10] cuya estatua parece ser que se levantaba en el Comicio sobre una

columna, probablemente la misma que apareció junto al cipo en cuestión. Por último, hay quienes piensan que no puede excluirse la posibilidad de que su función fuera la de un mero señalizador de un mundus o centro de comunicación con el inframundo y que, en consecuencia, hubiera cumplido la función de una favisa, como las existentes en el Capitolio.

La transcripción propuesta por G. Lugli es la siguiente[11]:

I

QVOIHO . . . . . *qui hoc* . . . . . .

. . . . . SAKpOS ES . . . . . *sacer e-*

ED SOpA . . . . . *rit Sora* . . . . . .

II

. . . . . KAFIAS . . . *ca fias (a phas)*

pECEI \O. . . . . *regi lo* . . . . . .

. . . . . EVAM . . . . . *divam*

QVOS pE. . . . . *quos re* . . . . . .

III

. . . . N KA\ATO . . . . . *n. calato-*

pEM HAII . . . . . *rem hanc (a hah)* . . . . .

. . . IOD IOVXMEN . . . . . *iod iumen-*

TAKAPIADOTAV. . . . *ta capiat ut av* . . . . .

IV

M ITERPE . . . . . *m. iter pe-* . . . . . .

. . . . . M QVOIHA . . . . . *m. qui hac* / . . . . . *qui ha-*

VELOD NEQV . . . . . *voluntate neque* . . . . / *volet neque-* . . . . . .

. . IOD IOVESTOD . . . . . *io Iovicesset* / . . . . . *io. iusto*

V

. . . . . .LOIQVIOD . . . . . *liquido qu* . . . . . / *linqueat qu-* . . . . . .

En las primeras líneas parece que se conmina con severas penas a los violadores del lugar: Aquel que violara este monumento sea consagrado a Sorano (divinidad infernal) con la intervención o por disposición del rex (tal vez el rex sacrificulus). Se leen después las palabras calator (heraldo sagrado) y iouxmenta (jumentos); en la cuarta línea, en la que se invierte el orden precedente —las letras van de abajo a arriba— se cambia también el sentido de las palabras. La quinta línea completa a la cuarta, pero a partir de aquí se hace más comprometida cualquier interpretación.

La transcripción propuesta por A. Degrassi es la siguiente:[12]

Lado a) Oeste: QVOI HOI

SAKROS; ES

ED SORD

Lado b) Norte: OKAFHAS

RECEI; IO

EVAM

Lado c) Este: QVOSR

M; KALATO

REM; HAB

TOD; IOUXMEN

TA; KAPIA; DOTAV

Lado d) Sur: M; I; TERPE

M; QVOI HA

VELOD; NEQV

IOD IOVESTOD

En la arista entre el primero y el último lado hay un renglón más, en letras más pequeñas que dicen, LOIVQ–VIOODQO.

Coarelli[13], por su parte, ha propuesto prácticamente la misma, variando solamente, en la segunda línea HON, en lugar de HOI:

QVOI HON - - / - - SAKROS ES / ED SORD - - || - - OKA FHAS / RECEI IO - - /

- - EVAM / QVOS RE - - || - - M KALATO / REM HAB - - /

- - TOD IOVXMEN / TA KAPIAD OTAV - - / - - || - - M ITER PE - -

- - M QVOI HA / VELOD NEQV - - / - - IOD IOVESTOD || LOVQVIOD QO - - /

En latín clásico, la traducción sería:

Qui hunc (locum violaverit manibus) sacer esto sordes ... loca fas regi ... divam quos... calatorem ... iumenta capiat ut ... iter per... cui... neque ... iusta licitatione.

De acuerdo con esta propuesta de la transcripción y de su traducción al latín, Coarelli opina que la sacralidad del lugar quedaba acreditada por la amenaza que se hace a los posibles violadores de ser consagrados a la divinidad infernal, ya que esto suponía la pena de muerte. Sin embargo, cree que la inscripción está dedicada a un rey (recei, en dativo = regi = al rey) y que este rey debió de ser un verdadero monarca y no un rex sacrorum, por lo que, evidentemente, el monumento tuvo que ser anterior al 509 a.C. Destaca la mención que se hace a un calator (heraldo público), a ciertos caballos, ioxmenta = iumenta, y a un justo juicio (iuste

licitatione), datos todos de sumo interés.

Dadas las características de los restos hallados, considera que más que un monumento funerario pudo ser un pequeño santuario con un altar y una estatua sobre la columna troncocónica aparecida junto al cipo; en definitiva, un heroon a la griega semejante a la tumba-santuario de Eneas en Lavinium, del que luego hablaremos. En este caso, podría ser el heroon del propio Rómulo. Su posición tras los rostra y la grecostasis en uno de los flancos del Comicio no debió de ser algo casual. De ser cierta tal hipótesis, se correspondería con la ya citada descripción hecha por Dionisio de Halicarnaso, referente a una estatua de Rómulo que se encontraba en el área del Vulcanal, al lado de una inscripción con caracteres griegos. Teniendo en cuenta la proximidad de tal monumento al área del Lapis Niger, es posible que lo que este autor viera fuera una copia de la vieja inscripción y de la antigua estatua del fundador de la ciudad, transportadas a la zona del Vulcanal cuando se procedió al enterramiento de los restos del viejo monumento al ser remodelado el Foro[14].

Con criterio parecido, Goidanich[15] ha restablecido la fórmula introductoria en estos términos:

Quoi hon / ke sloqom violased Manibos s / akros esed; es decir, Quid hunc locum violaverit Manibus sacer sit (Quien en este lugar violare, a los Manes sacrificado sea).

Su carácter de lugar sagrado y de centro de la ciudad se destacó, en épocas posteriores, con la señalización, en zona muy próxima, del Umbilicus Urbis, (el equivalente al omphalos de las ciudades griegas), y la erección del Miliarium Aureum que fijaba el «punto cero» de las principales vías que salían de Roma hacia los confines del Imperio. Este tipo de señalización aún se encuentra en las principales ciudades del mundo.

La inscripción de la Fibula Praenestina

La inscripción de la llamada Fíbula Praenestina es la que aparece grabada sobre una bella joya etrusca que se conserva en el Museo Prehistórico y Etnográfico de Roma. Hasta hace algunos años, en que se puso en duda su autenticidad, estaba considerada como una de las piezas más destacadas de la orfebrería etrusca, con el valor añadido de ofrecer un valioso testimonio epigráfico.

Desde el punto de vista tipológico, la fíbula, de oro macizo (11,5 cm de longitud), corresponde al modelo llamado ad arco serpeggiante, y es similar a otra aparecida en la tumba Bernardini. Se la ha fechado en el siglo VI a.C. y en ella se lee la siguiente inscripción: Manius med fhe: fhaked: Numasioi, cuya transcripción es: Manios me fecit Numerio (Mario me hizo para Numasios, o Numerius)[16].

Por su insólito arcaísmo fue aceptada incluso por el propio Mommsen como la más antigua de las inscripciones latinas conocidas hasta entonces. Sin embargo, tras la minuciosa labor de investigación realizada por la epigrafista Margherita Guardicci[17], parece ser que tanto la fíbula como la inscripción son falsificaciones, fruto de la desaprensiva colaboración de un conocido anticuario romano de fines del siglo pasado, un tal Francesco Martinetti y, lo que es más grave, de un destacado arqueólogo, Wolfgang Helbig, autor de la guía mas completa de la ciudad de Roma, Führer durch die offentlichen Sammlungen klassischer Altertümer in Rom. La duda pues, aconseja desconfiar de dicha inscripción, escrita según, palabras de Mommsen, «en un latín antiquísimo y afortunadamente comprensible»[18].

La inscripción de Lavinium

La inscripción de Lavinium tiene como soporte una placa de bronce, que fue descubierta entre las ruinas de unos altares, y es una dedicatoria, en latín, a los Dioscuros. Se conserva en el Museo Nacional de Roma y se ha fechado hacia el 500 a.C. por sus características epigráficas. La antigua Lavinium fue una ciudad del Lacio fundada, según la leyenda, por Eneas en honor de su mujer Lavinia, hija del rey Latino, con la cual se casó después de matar, en singular combate, a Turno, rey de los rútulos, quien, hasta entonces, había sido su más firme pretendiente. En este lugar (actual «Pratica

di Mare»), sito a 30 km. de Roma, se hallaron trece altares de caliza que, tal vez, pudieron formar parte del primitivo santuario federal de los latinos. De ser así, se demostraría que, desde el siglo VI a.C., esta ciudad fue un centro religioso oficial en el que se veneraba a los dioses penates traídos de Troya, es decir, a los Dioscuros Cástor y Pólux, que más tarde serían los penates de Roma, y a la diosa Vesta, protectora del fuego y del hogar, cuyo culto, en la ciudad del Tíber, se remonta a épocas muy antiguas.

Cerca del recinto de las Trece Aras, fue hallada, además, una cista de ortostatos de «cappellaccio» (toba grisácea), cubierta de losas de la misma piedra. La última de ellas, correspondiente al lugar donde reposaría la cabeza del muerto, estaba rematada en forma trilobulada. En el ajuar se encontraron materiales antiguos (pectoral, lanza de bronce, espada de antenas, etc.) junto a piezas de lujo de aspecto orientalizante. Sobre este sepulcro se alzó un túmulo que se ha identificado con el heroon de Eneas, comparable con el ya citado de Rómulo, en el Foro, y descrito por Dionisio de Halicarnaso[19]: «... cuando el cadáver de Eneas no se pudo ver por ninguna parte, unos se figuraron que había sido llevado con los dioses y otros que había perecido en el río junto al cual se había librado la batalla. Y los latinos levantaron un heroon con esta inscripción: “Al padre y dios de este lugar que preside la corriente del río Númico”», (actual río Torto). No obstante, hay autores que sostienen que el heroon fue levantado por Eneas en honor de Anquises, muerto un año antes de esta guerra. Es un túmulo pequeño en torno al cual se han plantado unas filas de árboles para embellecer el paraje.

No puede olvidarse que, según la leyenda, Eneas desapareció en el transcurso de una tempestad, como con anterioridad le había sucedido a Rómulo, razón por la cual, en ambos casos, es posible que se evitase hablar de su tumba y se prefiriera hacer referencia a un monumento honorífico o al sepulcro de otro personaje directamente relacionado con ellos.

La inscripción de la Cista Ficorónica

Otra importante inscripción, fechable a finales del siglo IV o

comienzos del III a.C., es la que aparece en la llamada Cista Ficorónica, en la que, además, se cita, por vez primera, el nombre de Roma en un objeto de arte. Se trata de una caja cilíndrica de tocador (77 cm. de altura) realizada en cobre (no en bronce) que fue hallada en una tumba de la necrópolis de Palestrina (la antigua Preneste), en 1738 y que se encuentra en el Museo Nacional de Villa Giulia (Roma). Probablemente fue un regalo de bodas hecho por una madre a su hija y encargado al artífice Novios Plautios, quien lo realizó en Roma, detalles que nos da a conocer la inscripción que aparece en la tapadera del singular recipiente: Dindia Macolnia fileai dedit Novios Plautios med Romai fecid (Dindia Macolnia me ofrece a su hija. Novios Plautios me hizo en Roma).

En la escena grabada en el cuerpo se representa el castigo de Amico[20], episodio de la expedición de los Argonautas, y en la tapa escenas de la caza del jabalí y del ciervo. Sobre ella se yerguen las figuras de Dioniso y de dos sátiros, detrás de las cuales se encuentra la inscripción. Por último, los tres pies, en forma de garra de grifo, están decorados, en relieve, con las imágenes de Hércules entre Iolao[21] y Eros.

Por el estilo puede decirse que es una pieza típica de la producción artesanal frecuente, por entonces, en Preneste (ciudad del Lacio que se alió con Roma en el 354 a.C.), y que las características del grabado son una clara adaptación itálica de los modelos de la pintura griega de los siglos V y IV a.C. Por otro lado, el nombre de Plautios (tal vez el fabricante, y no el grabador) no es romano, por lo que se ha pensado que pudo ser un emigrante, procedente de Campania, aposentado en Roma entre el 320 y el 300 a.C., años en los que se ha fechado la pieza.

Inscripciones latinas de época imperial

Existen inscripciones latinas de fechas más recientes que hacen referencia a tiempos muy antiguos del pasado de Roma, sin embargo, como los datos que en ellas se consignan fueron

recopilados, en su mayor parte, en época de Augusto, solo pueden ser consideradas como fuentes complementarias. En general, hacen alusión a sucesos que fueron transmitidos, principalmente, a través de la tradición oral por lo que carecen de las garantías de rigor necesarias para acreditar la veracidad de lo que en ellas se dice. En este grupo destacan, por su importancia, los llamados Fastos Consulares o Capitolinos, los Fastos Triunfales y los Fastos del Calendario Juliano.

Los Fastos Consulares o Capitolinos

En los llamados Fasti Consulares o Fasti Capitolini, por el lugar en el que hoy se encuentran (Museo Capitolino), se hicieron constar cuantos acontecimientos merecían ser recordados por el pueblo romano. Fueron escritos en unas placas de bronce que, probablemente, ornaron el arco de tres vanos que Augusto mandó erigir en el Foro en el año 19 a.C., a raíz de la recuperación de las insignias perdidas por Craso en la batalla de Carrae (53 a.C.), en Mesopotamia, frente a los partos. El retorno de los prisioneros de guerra supuso un celebrado éxito de carácter patriótico[22] que mereció ser recordado con la erección de dicho monumento. En el siglo XVI (entre 1546 y 1547) se encontraron fragmentos muy importantes de estos Fasti Consulares y Triumphales, y algunos más en épocas posteriores. Se estima que en la primera de las planchas broncíneas se llegaba hasta la época de la invasión de los galos, en el 390 a.C.[23], en la segunda hasta el 293 a.C., (posiblemente la parte que se rehizo en época de Augusto) y la tercera comenzaba en este mismo año y fue la que, desde entonces, se mantuvo puesta al día.

Resulta difícil trasladar las fechas de los siglos V y IV a.C. al Calendario Juliano, razón por la cual los autores propusieron datas distintas para los mismos hechos. Valga como ejemplo el año de la fundación de Roma que, para Fabio Pictor fue el del 747 a.C., para Cincio Alimento el del 729 a.C., para Polibio el del 751 a.C. y para Varrón, el del 753, fecha que, finalmente, se impuso y que es muy probable que coincidiera con la que figuraba en los Annales Maximi.

Los Fastos Triunfales

Los Fasti Triumphales populi romani, menos fidedignos que los anteriores, fueron un conjunto de listas honoríficas en las que aparecían consignados los nombres de cuantos caudillos o generales romanos obtuvieron victorias famosas sobre sus enemigos, hasta el punto de merecer que el Senado les concediera el honor de entrar en triunfo en la ciudad[24]. Dichos acontecimientos eran puntualmente reseñados haciéndose constar, no solo el nombre del triunfador, sino también el motivo de su merecido honor. Estas relaciones fueron confeccionadas, en su mayor parte, de memoria, al igual que las anteriores, sobre todo aquellas que daban noticia de las gestas más remotas, a la cabeza de las cuales figuraban las que se atribuían al propio Rómulo. Su redacción se llevó a cabo, asimismo, en época de Augusto. A partir de esa fecha, el honor de los triunfos se concedió, casi exclusivamente, a los emperadores.

Tanto unos como otros fueron estudiados en el siglo XVI por los eruditos Sigonio, Marliani, Pavinio y Goltzius, gracias a los cuales se acrecentaron notablemente los conocimientos sobre la Historia política de la Roma republicana.

Los Fastos del Calendario Juliano

Los Fasti Anni Iulani no son otra cosa que diversos fragmentos del llamado Calendario Juliano, vigente a partir del año 46 a.C., fecha en la que César, en su calidad de Pontífice Máximo, encargó la reforma del cómputo del tiempo al matemático y astrónomo Sosígenes de Alejandría[25].

El annus romano, en un principio, tenía 10 meses y 304 días. Empezaba en marzo, contando con los meses de Martius, Aprilis, Maius, Iunius, Quinctilis (más tarde Iulius, en honor de Julio César), Sextilis (después Augustus, en honor de Octavio), September, October, November y December. Según la tradición, se atribuía al rey Numa Pompilio la ampliación del mismo con Ianuarius (el mes de la «expiación») y Februarius (dedicado a los sacrificios de purificación: februa-orum). Así, el año de 12 meses llegó a contar con 355 días: cuatro de 31 días (Martius, Maius, Quinctilis,

October), uno de 28 (Februarius) y de 29 los restantes, intercalando un mes, de 22 o de 23 días, en años alternos, para intentar corregir el desfase entre el año solar y el calendario oficial.

Se tiene conocimiento del calendario prejuliano por las fuentes históricas y literarias y, sobre todo, por un calendario inscrito en Ancio: Fasti Antiates Maiores, que es el único que se conserva de esta época. En cada mes había tres puntos fijos que se correspondían originalmente con las fases de la luna. Eran las calendas, en el primer día de cada mes, las nonas, en el quinto o séptimo (quinto, en los primitivos meses de 31 días, marzo, mayo, julio y octubre) y los idus, en el decimotercero o decimoquinto, siguiendo el mismo criterio que en el caso anterior.

En la reforma del 46 a.C. (annus confusionis), Sosígenes suprimió el desfase de 67 días que había entre el año solar y el civil alargando el año en tres meses. Trasladó el principio del año al 1 de enero, fecha en la que, desde el 153 a.C., entraban en funciones los cónsules, y fijó su duración en 365 días, y uno de 366, cada cuatro[26]. El día intercalado (dies intercalaris) se contó como día 24 de febrero duplicado: dies bis sextus ante Kalendas Martii, de ahí que el año de 366 días fuera denominado annus bisextilis o bisextus, es decir año bisiesto.

Documentos oficiales

Se agrupan en este apartado el conjunto de leyes cuya promulgación se atribuía a los reyes de Roma, así como algunos tratados de carácter oficial que, por su antigüedad e importancia, fueron tenidos en gran consideración y estima.

Las Leyes Reales

Componían este cuerpo legislativo las leyes y disposiciones que se suponían habían sido promulgadas durante el período monárquico y

que, posteriormente, habían sido recopiladas de forma oficial. La mayoría hacían referencia al derecho sagrado y, de entre todas ellas, merecían un gran respeto las que se suponían emanadas de la autoridad del segundo rey de Roma, el sabino Numa Pompilio, cuyo reinado se calculaba que había tenido lugar entre los años 715 y 673 a.C. Este rey-sacerdote era recordado como el legislador que había sentado las bases oficiales de la religión del Estado romano. Se le atribuía, también la adopción de sabias medidas para proceder a la justa distribución de la tierra entre el pueblo y la agrupación de los artesanos, asociados en gremios, según las artes y oficios que ejercían.

Los Tratados

Por su importancia y antigüedad, destaca un tratado con Cartago, probablemente en el año 509 a.C, y del cual nos da noticia Polibio[27], añadiendo que debido al arcaísmo de su escritura y lenguaje en su época (siglo II a.C.), ya no podía transcribirse.

Recordemos que los cartagineses se habían establecido en Ibiza (Ebussus) en el 654 a.C. y que llegaron, sin duda, a tierras de Almería en el siglo V a.C., como demuestran los ajuares de la necrópolis de Villaricos (la antigua Baria). Por todo lo cual, no es de extrañar que, en este supuesto tratado del 509 a.C., los cartagineses prohibieran a los romanos viajar hacia Occidente.

Sin embargo, los tres tratados estipulados entre Roma y Cartago, de los que habla Polibio y de los cuales reproduce el texto, han suscitado dudas acerca de las fechas propuestas para los mismos. El primero lo sitúa en la época de los primeros cónsules de Roma, Valerio y Horacio, cuando se supone que Roma era ya dueña de todo el Lacio; en el segundo, en el que participa Tiro, no se trasluce que Roma se hubiera adueñado del Lacio y, además, en él se contienen restricciones muy severas para la navegación y el comercio; el tercero, data de la época de Pirro (hacia el 306 a.C.)[28]. Tito Livio, por su parte, alude a un tratado firmado, por ambas partes, en el 348 a.C., y que fue renovado en el 306 a.C., por tercera vez.

Considerando estos hechos, algunos autores estiman que el primer tratado se firmaría entre los años 348 y 344 a.C. (sería el segundo citado por Polibio y el primero al que alude Tito Livio); el segundo se correspondería con los años 328 y 325 a.C., firmado por Iunius Brutus, dato que debió de inducir a Polibio a suponerle el autor del primer tratado. En él no se alude a Tiro, conquistada por Alejandro en el 332 a.C., lo que obligó a los cartagineses a hacer grandes concesiones; el tercero se pactaría en el 306 a.C., aunque de él no hable Polibio. Posiblemente fue en este último en el que se acordó que Italia permaneciera bajo la influencia romana y Sicilia bajo la cartaginesa.

Una curiosa crónica de Oxirrinco (Oxyrhynco Papiri), ha proporcionado toda una serie de datos sincrónicos referidos a acontecimientos griegos y romanos acaecidos entre el 355 y el 315 a.C., asignando fechas más bajas a los romanos que las propuestas por la tradición.

Fuentes históricas

Los Anales

La historiografía romana tiene sus más remotos origines en las anotaciones oficiales con las que el Pontifex Maximus, desde tiempos muy antiguos, dejaba constancia de los sucesos más importantes acaecidos cada año: guerras y tratados de paz, alianzas, conflictos internos, epidemias, etc., teniendo en cuenta los días fastos y nefastos para las celebraciones religiosas. Dichas anotaciones se escribían en una tablilla blanqueada, album, que quedaba archivada en la Regia, sede de los pontífices. Estos sencillos documentos escritos de manera muy esquemática y sin ningún valor literario, fueron, poco a poco, adquiriendo el valor de documentos históricos, conocidos con el nombre de Annales Pontificum, o Annales lintei, por estar escritos algunos en tiras de lino.

Tales documentos, de valor histórico inapreciable, desaparecieron,

en su mayor parte, durante el incendio que sufrió Roma al ser saqueada por los galos de Breno en el año 390 a.C. Tras su irreparable pérdida, se procedió a una nueva redacción. Hay que suponer que se aprovecharían, como base, los restos que pudieron salvarse, pero su reconstrucción tuvo que ser obra de la memoria erudita de quienes conocían su contenido. En el año 120 a.C., el pontífice Mucio Escévola realizó una revisión y sistematización de los viejos Anales que, remozados, se convirtieron en los llamados Annales Maximi, una codificación venerada, llamada a convertirse en la fuente histórica más apreciada y consultada por todos los historiadores y tratadistas romanos.

Los primeros historiadores: los Analistas

Aunque, como acabamos de ver, la historiografía romana tuvo su punto de partida en los Annales Pontificum, los tratados históricos no adquieren entidad propia hasta los inicios de la segunda guerra púnica, época en que hacen su aparición, aunque redactados en griego, ya que por entonces en Roma no había escritores capaces de escribir en latín a la hora de expresarse en una prosa de tipo científico. Desde mediados del siglo III a.C. podemos seguir la obra de los primeros historiadores aún denominados analistas, ya que, según el sistema tradicional, siguieron recogiendo, año por año, los acontecimientos dignos de mención. Gracias a ellos conocemos los hechos acaecidos en su época y gracias a ellos, también, se despertó el interés por estudiar el pasado y rastrear los orígenes de Roma. A continuación recordaremos a los más destacados.

Quinto Fabio Pictor (260-190 a.C.). Este senador, perteneciente a una ilustre familia, fue respetado como uno de los más antiguos analistas romanos. Fue autor de una Historia, Rerum Gestarum Libri, escrita en griego que abarcaba desde Eneas hasta la segunda guerra púnica. De ella solo se han conservado unas pocas citas, pero fue una obra que Tito Livio tuvo muy en cuenta, sobre todo en lo referente a su última parte. A Fabio Píctor se debe la propuesta del 747 a.C. (el primer año de la octava Olimpiada), como fecha de la fundación de Roma muy próxima a la que, con el tiempo, llegaría a convertirse en la canónica del 753 a.C., lo que dice mucho a favor de su saber o intuición, ya que, por entonces, la que se daba por

buena era la propuesta por Timeo[29], quien había fijado, tanto la fundación de Roma, como la de Cartago, en el año 38 anterior a la primera Olimpíada, es decir el 814 a.C., noticia que, siglos más tarde, recogería Dionisio de Halicarnaso.

Cincio Alimento, analista de esta época, que escribió en griego y del que se sabe que fue senador, como Fabio Píctor, rector en el 210 a.C. y prisionero de Aníbal. De su obra se tiene noticias a través de las citas de autores posteriores, tales como Polibio, Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso y Plutarco y, en especial, gracias a los comentarios hechos por Cicerón acerca de los analistas en el Brutus (21,81).

Cneo Nevio (269-199 a.C.), nacido en Tarento (Campania), fue el primer poeta latino que aun no siendo romano orientó su poesía épica dramática abiertamente a favor de Roma. Cultivó la tragedia y la comedia y escribió un poema épico, Bellum Poenicum en versos saturnios. En él se narraban los acontecimientos de la primera guerra púnica, en la cual había participado. La obra se componía de siete libros y los dos primeros estaban dedicados a la historia más antigua de Cartago y Roma, remontándose para ello a los tiempos de Eneas. De los escritos de Cneo Nevio tan solo han llegado a nosotros escasos fragmentos. Considerado como el padre de la poesía heroica nacional, su vida no estuvo exenta de persecuciones y sinsabores por fustigar a los poderosos de su tiempo. Severo crítico del vicio y de la corrupción, llegó incluso a estar encarcelado. Más tarde, se exilió voluntariamente en Útica, donde acabó sus días.

Quinto Ennio (239–169 a.C.). Este poeta, oriundo de Rudias, (Calabria) fue considerado como el creador de la versificación artística romana. En el año 204 a.C. entabló amistad con Catón el Censor, por entonces gobernador de Cerdeña, quién, más tarde, le llevó consigo a Roma donde adquirió la ciudadanía romana. Sin embargo, perdió el favor de su protector, defensor del tradicionalismo romano a ultranza, cuando este comprobó que su formación helenística predominaba en sus escritos. Autor de diversas obras, en el terreno histórico destacaron sus Annales, un poema épico, escrito en hexámetros y dividido en dieciocho libros, sobre la historia de Roma y que, como en los casos anteriores, se

extendía desde Eneas hasta la época de las guerras púnicas. En dicho poema la fecha propuesta para la fundación de Roma era la del 900 a.C., más cerca, por lo tanto, de la fijada por Timeo, y de la defendida, en la actualidad, por la crítica germana y puesta de manifiesto por los recientes hallazgos arqueológicos realizados en Roma. Valorado por los autores latinos de su tiempo y de épocas posteriores, mereció el nombre de Pater Ennius y ser nombrado jefe del Collegium scribarum histrionumque, considerando los merecimientos de su obra escrita, de la cual solo nos han llegado 600 líneas.

Marco Porcio Catón el Censor (234–149 a.C.). Este famoso personaje de noble cuna, ha pasado a la historia como el más denodado defensor de la tradicional austeridad romana frente a las corrientes helenizantes. Sin embargo, su principal mérito fue la defensa de la lengua latina de la que se sirvió siempre de forma obstinada y apasionada, frente a los intelectuales de su época que preferían utilizar el griego en sus escritos. Por esta razón fue considerado como el padre de la elocuencia romana. Fiel a su línea de actuación, fue además el primer prosista que escribió en latín una historia de Roma, en siete libros, a la que tituló Orígenes y de la cual solo se conservan escasos fragmentos. En los tres primeros libros se narraba la historia primitiva de Roma y en los cuatro restantes, aparecidos tras de su muerte, las dos guerras púnicas.

Catón fue el primero en romper con la mecánica de la analística tradicional, que se limitaba a consignar los sucesos acaecidos año por año. Su interés se centró en el análisis de los hechos históricos que agrupó siguiendo criterios objetivos. Por lo que respecta a la fecha de la fundación de Roma, su propuesta se aproximó a la de Fabio Pictor: el 751 o 750 a.C. Según sus conclusiones, 432 años después de la caída de Troya (fechada, tradicionalmente, en el 1184 a.C.)[30]. Más tarde, esta datación sería aceptada por Diodoro y Cicerón.

Durante la época de los Gracos, gracias a su elocuencia, la retórica se convirtió en un género digno de respeto, ya que sus cartas y discursos alcanzaron el valor de documentos históricos de gran interés.

Tiberio (163–133 a.C.) y Cayo Graco (154–121 a.C.), hijos de

Sempronio Graco y de Cornelia, la hija de Escipión el africano, el Mayor, fueron brillantes tribunos de la plebe y protagonistas indiscutibles de su época. Formados por los mejores maestros griegos de su entorno, muchos de ellos pertenecientes a las corrientes estoicas, se convirtieron en defensores de los principios de igualdad, fraternidad y justicia, muy en consonancia con el movimiento popular del que eran representantes. De sus escritos, que debieron de influir de modo decisivo en la mentalidad del pueblo, nos dieron noticia autores de épocas posteriores, tales como Cornelio Nepote[31] y Plutarco.

Por entonces primaba el tipo de estudio histórico iniciado por Polibio, aunque, al mismo tiempo, se mantuviese la vieja costumbre de consignar los sucesos políticos por años.

Lucio Calpurnio Pisón fue el representante de la corriente simplemente enumerativa. Cónsul en el 133 a.C., año en que murió Tiberio Graco, del que era adversario, fue autor de unos Annales que se remontaban a la fundación de Roma y llegaban hasta su época.

Destacaron, también, en esta misma línea Quinto Claudio Cuadrigario que escribió una historia que se iniciaba con el incendio de la ciudad por los galos en el 390 a.C., y Valerio Antias, un historiarum auctor, de la época de Sila, poco veraz, que destacó en su obra, sobre todo, el papel desempeñado por la gens Valeria en el desarrollo de la ciudad. Lamentablemente, a pesar de su escasa credibilidad, fue un autor consultado por historiadores posteriores de la talla de Tito Livio y Plutarco.

Caben citarse, por último, los nombres de Cayo Licinio Mácer, tribuno de la plebe en el año 73 a.C., que escribió una obra de veintiún libros, Annales, Rerum Romanorum libri; y el de Lucio Elio Tuberon, quien tituló Historiae a sus catorce libros, etc.

La Historiografía a finales de la República

A finales del período republicano surgió un nuevo concepto de la Historia. Se desechó la vieja costumbre de remontarse a los orígenes de la ciudad, lo que suponía repetir una y otra vez las viejas leyendas fundacionales, y se procuró centrar la atención en los sucesos contemporáneos para proceder a su interpretación.

Dentro de esta nueva corriente sobresalieron conocidos historiadores entre los que merecen ser destacados los que a continuación citamos: Lucio Celio Antípater, creador de la monografía histórica y autor de una historia de la segunda guerra púnica, De Bello Punico, la llamada guerra de Aníbal. Igual línea siguió Sempronio Aselion, tribuno militar de Escipión el Emiliano, que tomó parte en el asedio de Numancia. Escribió una historia contemporánea titulada Rerum Gestarum Libri, en las que trató de analizar las causas y los condicionamientos morales y patrióticos de la guerra que le había tocado vivir. A Lucio Cornelio Sisenna, patricio amigo de Sila que participó activamente en la política de su tiempo, se le debe una historia en doce libros, dedicada a la época de las luchas más duras que vivió el dictador, es decir, entre los años 90 al 78 a.C., fecha en la que murió, y de la cual solo se conservan algunos fragmentos. Por su parte, el propio Lucio Cornelio Sila escribió sus memorias en veintidós libros, Rerum Gestarum libri, que, posteriormente, fueron completados por un liberto suyo, el gramático Cornelio Epicado.

Sin embargo, como en el período precedente, las nuevas corrientes historiográficas no anularon el quehacer de los analistas tradicionales. Valga como ejemplo el caso del gran erudito T. Pomponio Atico (109–32 a.C.) librero y editor de las obras de Cicerón, quien publicó su Liber Annalis que abarcaba desde la fundación de Roma hasta el año 49 a.C.

De entre toda esta pléyade de historiadores y tratadistas preocupados por dejar constancia de los acontecimientos políticos y militares que afectaron a la República, brillaron por méritos propios tres personajes de todos conocidos: Cicerón, Varrón y Tito Livio.

Marco Tulio Cicerón (106–43 a.C.), nacido en Arpino, al Sur del

Lacio, fue, como es sabido, el más célebre de los oradores romanos, y un destacado político de su época. Llegó a ser cónsul en el 63 a.C. y, una vez muerto César, atacó a Marco Antonio en sus Filípicas, por lo que fue asesinado por sus sicarios en su villa de Formi, en Gaeta, el 7 de diciembre del año 43 a.C. Sus numerosas obras ofrecen testimonios de un valor inapreciable para seguir los sucesos de su época, pero en el terreno de la historiografía, destaca su Brutus, un tratado dedicado a un famoso orador neoático. En él, partiendo del Liber Annalis de Atico, trazó la primera Historia de la Literatura Latina, incluyendo una crítica personal de las obras que citaba y que, dado su prestigio intelectual, se ha tenido siempre en cuenta.

Marco Terencio Varrón (Rieti, 116–27 a.C.). Fue sin duda el más conspicuo erudito de la Roma del siglo I a.C. y, como tal, fue reconocido por sus contemporáneos, hasta el punto de que, a pesar de ser partidario de Pompeyo[32], César no solo no tomó contra él la menor represalia al término de la guerra civil, sino que le confió la organización de las bibliotecas públicas, nombrándole bibliotecario imperial. Su actividad se consagró, a partir de entonces, a la tarea de coleccionar las obras de la literatura griega y romana y reunirlas en una gran biblioteca, puesta al servicio de la ciudad de Roma para que pudiera ser testimonio elocuente de todo el legado cultural del pasado.

Gran conocedor de todas las antigüedades romanas sobre las que había realizado minuciosas investigaciones, fue un fecundo polígrafo, autor entre otras de una Lingua Latina y de unos Annales en los que daba como fecha de la fundación de Roma el año 754/753 a.C., es decir, en una etapa coincidente con la que hoy denominamos Edad del Hierro. Su prestigiosa autoridad sirvió para que dicha fecha, la llamada «era de Varrón» prevaleciera sobre las demás propuestas.

Sorprende el hecho de que un hombre de su talla científica se arriesgara a emitir una afirmación tan categórica, aunque es de suponer que sus conclusiones serían el resultado de una honesta aproximación a la realidad histórica, ya que tal fecha, el tercer año después de la sexta Olimpíada era, en definitiva, el resultado de un cómputo artificioso, basado en la suma cronológica de los reinados

de los siete reyes, calculados por generaciones y retrocediendo en el tiempo a partir del 509 a.C., año en que se inició la República. Desde dicha fecha, la datación se hizo por medio de la cita de los nombres de los dos cónsules que eran elegidos anualmente. El sistema se mantuvo en vigor hasta que el consulado fue abolido por el emperador Justiniano.

A la fecha fijada por Varrón, aceptada como buena por historiadores contemporáneos y generaciones posteriores, como es el caso de Tito Livio, hay que añadir las precisiones que dos siglos más tarde haría Plutarco: la fundación de Roma había tenido lugar el 21 de abril (11 Kalendas mayo) del 753/751. De este modo, sin más variaciones, dicha fecha es la que sigue celebrando todos los años la campana Patarina con su repicar festivo.

Tito Livio, natural de Padua, donde nació y murió (59 a.C.17 d.C.) y del que ya hemos hablado[33], finaliza la serie de los principales historiadores romanos de esta época de transición de la República al Imperio. Encargado por Augusto de escribir la verdadera Historia de Roma, «de la que no se puede dudar» y, a pesar de conocer sus ideas republicanas, comenzó su obra magna, Ab Urbe condita, llevado por su afán de verdad, confesando que eran muy escasos los datos veraces de que se disponía para fijar la fecha de la fundación de Roma. Por lo tanto, no es de extrañar que obligado a elegir una en concreto, eligiera, prácticamente la de Varrón, el 754 a.C., para poder partir de un primus die, no sin insistir en que solo podía basarse en los datos recogidos por los historiadores que le habían precedido y que, como él, se habían visto obligados a moverse en un mundo de mitos y leyendas.

Fuentes literarias

Los más antiguos monumentos de la lengua latina llegados a nosotros son cantos antiquísimos, de carácter religioso, que se transmitían de generación en generación, por tradición oral, cuando se desconocía la escritura, ya que el lenguaje rítmico ha sido y será siempre el mejor auxiliar mnemotécnico, usado en las primeras

etapas de casi todas las culturas para fijar recuerdos que merecían dejarse, como legado, a las generaciones posteriores.

En tales cantos, carmina, se utilizaba el llamado versus saturnius, un verso largo, acentuado, cuyas sílabas no marcadas podían variar o faltar, al igual que sucede con la vieja versificación germana.

De entre todos estos viejos cantos asociados con vetustas celebraciones de carácter agrario destacan, por su significado, el Carmen Arvale y el Carmen Saliare.

El Carmen Arvale fue el canto de los fratres arvales, «los hermanos de los campos», un tipo de oración muy simple y reiterativa que se entonaba en honor de la diosa de los campos Dea die. En ella se invocaba a las deidades campestres, los lases (lares) y al dios del crecimiento Marmar (Marte), así como a los semones, los genios protectores de las simientes.

El texto de esta oración fue descubierto en Roma en el año 1778, en una copia que había sido escrita en el año 218 d.C., lo que demuestra su larga pervivencia popular. Los fratres arvales entonaban este canto con un acompañamiento de flauta, repitiendo tres veces cada verso y ejecutando, al mismo tiempo, una danza de tres pasos, el tripudium, usual en los más antiguos cultos romanos.

Según la tradición, los primitivos Arvales que formaban el Colegio de los doce hermanos Arvales, fueron los doce hijos que tuvo Aca Larentia, la mujer del pastor Faustulo, que fue quien recogió del río a los gemelos Rómulo y Remo.

El Carmen Saliare fue el canto de lo fratres saliares, componentes de un colegio sacerdotal, también de doce miembros, consagrado al dios Marte. Semejante al anterior, era entonado a la par que se bailaba una danza guerrera en el transcurso de la procesión ritual que se celebraba anualmente en honor de este dios, el día primero de marzo, mes que le estaba consagrado. Se decía que el creador de dicha danza había sido Salio, un mítico compañero de Eneas, oriundo de Samotracia, o de Mantinea, o de Tegea (según las fuentes). En otra leyenda, Salio era hermano de Latino y, ambos, hijos de Cateto y de Salia, hija del rey etrusco Anio. Este rey, desesperado al no poder evitar el rapto de su hija por Cateto, quien

se la llevó a Roma, se arrojó al río más próximo a la ciudad, por lo que desde entonces lleva su nombre: es el Anio (o Aniano) que vierte sus aguas en el Tíber.

Mars, cuyo nombre antiguo fue Mavors, fue el antiguo dios latino de la agricultura y de la fuerza viril (mas, macho) y de la primavera, en las que las plantas retoñan, florecen las simientes y se renuevan con nuevas crías los ganados, razón por la cual se le consagraba el primer mes del año natural. También se le veneraba como dios de la guerra, bajo la acepción de Gradivus, «el que marcha delante» (en el combate), por lo que, en la fecha citada, los doce salios (saltadores) palatinos, procedentes de las familias más distinguidas, vestidos con sus mejores galas, desfilaban en procesión, mientras con una vara de bronce golpeaban contra el escudo sagrado, ancile, de forma oval, que llevaban en la mano izquierda mientras invocaban al dios Marte, con su antiquísimo canto, pidiéndole que protegiera la ciudad. Según la tradición, un primer ancile cayó del cielo en el reinado de Numa Pompilio, quien mandó construir otros once iguales, para ser custodiados, los doce, por los sacerdotes salios.

Durante la primavera, los labriegos del campo ofrecían el sacrificio de un cerdo, un carnero y un toro (suovetaurilia)[34], tras haber marchado en procesión en torno al campo labrado, implorando una buena cosecha a Marte. Después de la fusión de latinos y sabinos se adoró junto a Marte, a Quirino, el dios guerrero de los segundos.

Mitos y leyendas (fabulae)

Los Saturnia Regna

Uno de los dioses itálicos más antiguos fue Saturno, dios de las simientes y de la tierra, que se identificó con el Crono griego. Destronado y expulsado del cielo por Júpiter (Zeus), llegó desde Grecia a Italia (Saturnia tellus) y, más concretamente, al Lacio, así denominado por ser esta región donde vino a ocultarse (Latium, de latere, esconderse). Luego, se instaló en el Capitolio, en la cúspide

del Arx, uno de los altozanos de esta colina, al cual, por esta razón, los poetas denominaron Mons Saturninus. Etimológicamente, en su nombre se aprecia una desinencia etrusca similar a la que aparece en los de Volturno (un viejo dios agrícola de la Campania), Vertumno (dios de los cambios y de la vegetación, asociado a la ninfa Pomona), Iuturno, rey de los rútulos, etc., lo que supone que, en sí mismo, llevaba un componente idiomático que hacía alusión a la idea de «giro o rotación» de las estaciones, en su calidad de divinidad campestre[35].

Fue acogido por otro viejo dios, igualmente oriundo de Grecia, Jano, que habitaba en el Janículo y que le instó a seguir la labor civilizadora que él había iniciado entre los aborígenes de la región que le habían dado asilo. En ella gobernó con acierto, prosiguiendo la tarea empezada por su predecesor, enseñando a los hombres el cultivo de la tierra y estableciendo las primeras leyes. De esta suerte, se inició una edad dorada (aetas aurea), llena de bienestar y prosperidad. Surgió, así, el mito de los Saturnia Regna, unos tiempos felices en los que una humanidad en estado de pureza y en contacto directo con la naturaleza, desconocía el egoísmo y el dolor[36]. Esta leyenda, semejante a la del paraíso perdido, que se percibe en los orígenes de muchas civilizaciones, se ha mantenido en la mentalidad colectiva de forma indeleble. Recordemos aquí la célebre frase de Ennio: «¡Cualquier tiempo pasado fue mejor! Y las hermosas palabras de Ovidio: Floreció primero la Edad de Oro, que de buen grado, sin violencia, ni leyes, respetaba el derecho y la palabra dada»[37]. Asimismo, Virgilio, cuando quiso celebrar tiempos de prosperidad, superada la terrible etapa de las guerras civiles, aludió a un retorno del reino de Saturno: «Vuelve el reino de Saturno/ y ya una nueva humanidad desciende del alto cielo»[38]. Y, pasado el tiempo, esta bienaventurada etapa vivida por la humanidad aflora en el parlamento que Don Quijote dedica a unos ignorantes y sorprendidos cabreros, con un puñado de bellotas en la mano: «Dichosa edad y siglos dichosos a quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados...»[39].

Se representaba a Saturno armado con una hoz o con una podadera, ya que también se le asociaba con el cultivo y la poda de la vid. En Roma tuvo, desde tiempos antiquísimos, un altar en la ladera del Capitolio, donde más tarde se le edificó un majestuoso templo,

cuyas esbeltas columnas aún pueden verse en pie y en el cual se custodió siempre el erario público de la ciudad. Los días consagrados a este dios coincidían con la segunda quincena de diciembre. Se celebraban, entonces, las llamadas Saturnalia que tenían su día grande el día 17, fecha marcada por un gran regocijo popular y alegrías carnavalescas, en recuerdo de la edad dorada que, en tiempos remotos, había presidido el dios. La gente se hacía regalos, sobre todo cirios y muñecos de arcilla (sigillaria) y era frecuente que se subvirtieran las clases sociales, por lo que los esclavos eran servidos por sus amos, tratando de evocar tiempos igualitarios en los que no existía ni lo tuyo ni lo mío, sino lo nuestro. Entre bromas y chanzas tales situaciones se aceptaban con talante permisivo y liberal, al menos por un día.

La Saturnia tellus[40], la tierra de esta mítica época, paridora de hombres y dispensadora de toda clase de bienes sería, en Roma, una imagen carismática, siempre venerada y que, como tal merecedora de aparecer representada en los monumentos más emblemáticos de la época augústea, entre ellos en el Ara Pacis, como veremos más adelante.

Los arcadios en el Palatino: Evandro

Otra de las viejas leyendas de Roma era la que hablaba de una ocupación en tiempos remotos de los griegos, inmigrantes de la Arcadia que llegaron a Roma bajo el mando de Evandro y de su hijo Palante (o Palantio), fundadores de la primera ciudad sobre el Palatino, Pallantium, anterior a la de Rómulo. Son los mismos arcadios que Heracles y después Eneas, encontraron asentados en el Palatino tal y como se cuenta en la Eneida. Es imposible determinar el momento en que nació esta leyenda, pero lo cierto es que Evandro y Palante eran dos divinidades menores del panteón arcadio.

Evandro («hombre bueno») oriundo de la ciudad de Palantio, en la Arcadia, era considerado hijo de Hermes y de la ninfa Telpusa (hija de Ladón) que poseía el don profético. Esta ninfa llegó a recibir culto en Roma con el nombre de Carmenta, porque carmen era el nombre que recibía el «canto mágico», aunque algunos autores la

citan también con el nombre de Temis, Nicóstrata y Tiburtis; este último la relaciona con el río Tíber. Carmenta tuvo un altar situado al pie del Capitolio, cerca de la Porta Carmentalis, a otro lado del Foro Boario, en el lugar donde se creía que fue enterrada por su hijo.

Según otras versiones, a Evandro se le suponía hijo de Équemo de Tegea y de Timandra, hija de Tindáreo y Leda y, por lo tanto, emparentado con los Dioscuros, Helena y Clitemestra. Las causas de su expatriación tampoco coinciden siempre. Según unas fuentes salió de la Arcadia por propia iniciativa, según otras por haber dado muerte a su padre en defensa de su madre, etc. Establecido en la colina del Palatino, fue bien acogido por Fauno, rey de los aborígenes[41], pero tuvo que luchar con el de Preneste, el gigante Erilo[42], que tenía tres vidas diferentes y tres cuerpos, y al que venció en singular combate. Con su gobierno contribuyó a civilizar a los agrestes habitantes del país, enseñándoles el arte, la escritura y la música. Se le atribuía, también, la introducción de cultos de dioses de origen arcadio, tales como los de Deméter, Posidón y Pan Licio (o Fauno Luperco), en honor del cual se establecieron la celebración de las llamadas Lupercalia[43].

Cuando Heracles llegó a Palanteo (la futura Roma), Evandro le recibió y purificó de la muerte de Caco[44], el ladrón que le había robado los bueyes, haciéndoles caminar hacia atrás para despistar al héroe, quien acabó localizándolos por sus mugidos. Ahorcó al autor del hurto y lo dejó colgado para escarmiento de cuatreros. Aún se conserva en el Palatino la llamada cueva de Caco y las Scalae Caci, que descienden desde el Palatino al Foro Boario en recuerdo de aquel personaje cuyo nombre sigue siendo todavía sinónimo de ladrón, aunque la primitiva gruta se situaba en las laderas del Aventino.

Evandro se sintió orgulloso de recibir a Heracles en su humilde morada, reconoció su origen divino y, en su honor, estableció su culto en el Ara Maxima, erigida entre el Palatino y el Aventino, donde luego se levantaría el Circo Máximo. Al venerable héroe arcadio se le consagró, asimismo, un altar al pie del Aventino, no lejos de la Porta Trigemina, guardando una cierta simetría con el de su madre Carmenta. Se decía que Evandro, además de Palante, tuvo

dos hijas: Roma[45] y Dina.

Su mejor servicio, no obstante, fue la ayuda que prestó a Eneas después de haberle recibido en su casa, más parecida a una choza que a un palacio, y de haber celebrado en su honor un banquete de bienvenida.

La llegada de Eneas al Lacio

Se creía que Evandro había llegado al Lacio unos sesenta años antes de la guerra de Troya, por lo cual se le suponía un anciano cuando Eneas desembarcó en su país y le pidió ayuda contra los rútulos, cuyo rey era Turno. Recordando que, en otro tiempo, había sido huésped de Anquises, recibió cordialmente al troyano, ayudándole con un contingente de hombres bajo el mando de su hijo Palante, quien, desgraciadamente, cayó en la lucha.

La salida de Eneas de la Troya en llamas, llevando sobre sus hombros a su anciano padre Anquises, con su hijo Ascanio y su esposa Creúsa, fue una tradición conservada por los historiadores griegos, primero, y los romanos, después. Las huellas iniciales de la versión de la leyenda se encuentran en los escritores griegos del siglo V a.C. y, en especial, en Helánico de Lesbos, autor para quien el fundador de Roma fue el propio Eneas. Es imposible saber si este personaje, prototipo de los aventureros míticos que después de la caída de Ilión erraron por el Mediterráneo fundando ciudades a lo largo de sus costas, tiene alguna base histórica, pero lo cierto es que gozó de gran popularidad.

Los problemas cronológicos y, por tanto, los relacionados con la fundación de Roma, surgieron cuando esta historia llegó a las costas del Lacio, ya que se hizo difícil soslayar y explicar de forma coherente los 675 años que mediaban entre la destrucción de Troya, fechada tradicionalmente en el 1184 a.C., y la expulsión del último rey, Tarquinio el Soberbio, en el 509 a.C. Imposible de justificar este período de tiempo con tan solo los reinados de los siete reyes, se optó por desposeer a Eneas de su condición de fundador de Roma e introducir, entre él y Rómulo, una serie de reyes y aconteceres con los que rellenar la dilatada laguna temporal que mediaba entre

ambos.

La variante más difundida de la leyenda de Eneas se formó definitivamente en el siglo I a.C.[46] y nos ha sido transmitida por Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso y Plutarco, entre otros autores. No obstante, la versión llamada a perpetuarse fue la dada por Virgilio en su Eneida.

El troyano Eneas, hijo de Venus y Anquises, salió de Troya llevando consigo a su padre, a su hijo Ascanio (o Iulo) y a su mujer Créusa, además del célebre Paladio, la estatua xoánica de Palas Atenea[47], y los Penates de la ciudad (los Dioscuros)[48]. Tras varias aventuras, como se sabe, llegó a las costas del Lacio, deteniéndose en el lugar en que, más tarde, Ascanio fundaría Alba Longa, porque fue allí donde Eneas encontró a la profetizada porca alba con sus treinta lechoncillos, anuncio de las treinta gentes latinas o, según otra versión, vaticinio de los treinta años que habían de transcurrir para que los habitantes de Lavinio fundaran dicha ciudad, llamada alba por la cerda augural y longa por la topografía del lugar. Este episodio fue de tal importancia en la memoria colectiva de los romanos que, con acierto, fue uno de los motivos elegidos para la decoración de los relieves mitológicos del Ara Pacis de Augusto, como veremos más tarde[49]. Una curiosa noticia, transmitida por Varrón, aseguraba que los sacerdotes de Lavinio conservaban en salmuera el cuerpo de la mítica cerda[50].

Recibido amistosamente por Latino, el rey de los aborígenes (las tribus del lugar), casó con su hija Lavinia, en homenaje a la cual fundó la ciudad de Lavinium, después de luchar con su rival, Turno, rey de los rútulos cuya capital era Ardea. Este adversario contó con la ayuda de su hermana Iuturna, una intrépida joven, en cuyo honor se dedicó una fuente en el Foro Romano, la Fons Iuturna[51]. Después de la muerte de Eneas, desaparecido en una tempestad, Ascanio que, según algunos autores era considerado hijo de Créusa y según otros de Lavinia, fundó una nueva ciudad: Alba Longa (hoy Castelgandolfo), en el lugar consagrado por el sacrificio de su padre, nombrándose rey de la misma. Eneas recibió culto como Jupiter Indiges (divinizado), junto al túmulo levantado en su honor en un bosque sito a las orillas del río Torto. Después, se sucedieron 400 años en el transcurso de los cuales reinaron catorce reyes hasta

llegar a Numitor, el padre de Rómulo y Remo, y a quien su hermano Amulio le arrebató el reino.

Rómulo y Remo: la fundación mítica de Roma.

Numitor[52], el decimo-sexto rey de la dinastía de los Enéadas, fue el hijo primogénito del rey de Alba, Procas, al que sucedió en el trono. Sin embargo, su hermano Amulio se adueñó del poder por la fuerza, expulsándole de sus territorios y asesinando a su hijo varón para evitar todo conflicto con una posible sucesión fraterna. Además, consagró a su hija Rea Silvia al servicio de la diosa Vesta, lo que la obligaba a mantenerse célibe. Sabido era que las vestales tenían que permanecer vírgenes y que el quebranto de su voto de castidad era castigado con la muerte. Sin embargo, fue amada por el dios Marte, prendado de su belleza y quedó encinta. Cuando se evidenció su embarazo, Amulio mandó encarcelarla. Rea escapó de una muerte segura gracias a su prima Anto, hija de Amulio que, compadecida de su situación, decidió ayudarla. Así, consiguió dar a luz a sus hijos: los célebres gemelos, Rómulo y Remo.

El final de Rea Silvia fue objeto de muy diferentes versiones: murió a causa de los malos tratos que recibió por parte de Amulio; fue asesinada, después del parto, por su tío, quien la arrojó al Tíber, convirtiéndose en la esposa del dios del río; fue liberada por sus hijos y vengada por los ultrajes recibidos, etc. El hecho fue que el episodio en el que la hermosa vestal, dormida, se veía sorprendida por Marte se consideró el punto cero de la Historia de Roma, convirtiéndose en un tema repetido en los repertorios iconográficos de pinturas, relieves y mosaicos. Los romanos se sentían descendientes de este dios, al que, como hemos visto, le estaba consagrado el primer mes del año del antiguo calendario lunar.

En cuanto a los recién nacidos, se contaba que Amulio decretó su eliminación, encargando a unos esclavos la cruel misión de darles muerte. Sin embargo, estos se compadecieron de los niños y los colocaron en un cesto que depositaron en la corriente del Tíber. Al bajar las aguas de nivel, el cesto quedó sobre la arena de una de sus orillas, al pie del Germalus (uno de los altozanos del Palatino), enganchado en las ramas de una higuera, el ficus ruminalis, que aún

se conserva y se muestra como sagrada reliquia frente al Lupercal[53]. El llanto de los niños atrajo la atención de una loba que había bajado de los montes vecinos para beber en el río y que los adoptó como si fueran unos cachorros, alimentándolos con su leche. Junto a ella permanecieron en una cueva, el citado Lupercal, hasta que fueron recogidos por un pastor, Fáustulo quien se hizo cargo de su crianza, junto con su mujer Aca Larentia, a pesar de que tenían ya doce hijos. Estos doce jóvenes, como ya se ha dicho, fueron los primeros doce hermanos del Colegio de los Arvales.

Después de múltiples peripecias, siendo ya unos valientes jóvenes, consiguieron matar a su tío Amulio y restablecer en el trono de Alba Longa a su abuelo Numitor. Tras esta justa restauración, ellos decidieron fundar una nueva ciudad. El lugar elegido fue la colina del Palatino, cerca del Tíber y del lugar donde habían sido encontrados. En ella Rómulo, siguiendo el rito etrusco[54], trazó, con un arado de cobre, tirado por un par de bóvidos blancos (un toro y una ternera), el surco sagrado, con el que se delimitaba el pomerium[55] (recinto sagrado) de la nueva urbe, el 21 de abril del 753 a.C., según la fecha tenida por oficial, como ya hemos visto. En ese día, además, se celebraban las Parilia (o Palilia)[56] en honor de Pales, el numen del Palatino.

A la hora de dirimir cual de los dos hermanos la daría su nombre, se decidió a esperar los augurios de las aves. Remo fue el primero en divisar a seis buitres, pero luego Rómulo vio a doce. Era el augurium augustum que, siglos más tarde, secundaría las pretensiones de Augusto para ser considerado un nuevo Rómulo. Remo, despechado, se mofó del surco trazado por su hermano y se atrevió a saltarlo, sin respetar su sacralidad. Rómulo no dudó en sacar su espada y matarle, como aviso de la inviolabilidad de la ciudad recién fundada. Luego, clavando el arma en el suelo, se decía que pronunció las célebres palabras, que aún siguen expresando la decisión de defender, por encima de todo, el suelo patrio: «Esta misma suerte corra quien ose escalar estas murallas».

En la primitiva variante de la mítica narración figuraba como fundador de la ciudad un solo personaje, Romo[57], que, posteriormente, por influencia etrusca se transformó en Romulus. Más tarde este primitivo fundador se desdobló en dos personajes: se

mantuvo Rómulo (Romilio o Rumilio) y Romo se convirtió en Remo. Se sabe que los «romilios» fueron una familia antiquísima, de origen etrusco, que desapareció posteriormente sin dejar más huella que la de su nombre. En cuanto al nombre de Roma, lo más probable es que, como ya se ha dicho derive de la palabra etrusca rumón que significa río.

Con todos estos datos, complementarios y a veces contradictorios, se creo una leyenda etiológica, encaminada a justificar los orígenes griegos de los romanos, a partir de Eneas. Su consagración tuvo lugar en el siglo I a.C., cuando se confirió una ascendencia divina a la estirpe Iulia, descendiente de la unión de Venus y Anquises, los progenitores de Eneas y este, a su vez, padre de Ascanio-Iulo.

Siguiendo el mítico relato, Rómulo gobernó la Roma[58] palatina hasta los 54 años y, a tal edad, desapareció de forma misteriosa. Por su justicia y eficacia, en sus treinta y tres años de reinado, recibió por parte de sus súbditos, el título de Pater Patriae que habría de tener un gran significado político. Su final se vio envuelto, como no podía ser menos, en un cúmulo de noticias confusas. De entre ellas, la más difundida fue la siguiente: el día de las nonas de julio, cuando estaba pasando revista a su ejército en el Campo de Marte, en el pantano de la Cabra (Palus Caprae) estalló una tempestad, acompañada de un eclipse de sol, y nadie volvió a verle. Julio Próculo, un ciudadano romano, aseguró que se le había aparecido en sueños y que le había dicho que se lo habían llevado los dioses y que él mismo se había convertido en el dios Quirino. Con este nombre pasó a engrosar el panteón latino y los romanos, desde entonces, recibieron el nombre de quirites.

La Loba Capitolina

La famosa Loba Capitolina, símbolo emblemático de la ciudad de Roma, es una escultura de bronce que se conserva en el Palacio de los Conservadores (Roma). Fechada, hasta hace algunos años, entre finales del siglo VI y comienzos del V a.C. Mide 0,75 m de alto y 1,14 m de ancho. Fue, y sigue siendo, una venerable reliquia del pasado por mucho que haya que variar su fecha de ejecución, hecho que no ha merecido el interés general de los romanos.

Estudios recientes llevados a cabo por el etruscólogo Adriano della Regina y la restauradora Anna María Carruba, quien se encargó de su rehabilitación entre los años 1997 y 2000, parecen haber demostrado que dicha escultura es una pieza de época medieval, a tenor de los resultados proporcionados por la aplicación de la prueba del Carbono 14 y por el análisis de las técnicas metalúrgicas empleadas en su factura[59].

Hasta la aceptación de estos hechos, se argumentaba que, en un momento dado, había desaparecido del emplazamiento que tuvo en la antigua Roma, permaneciendo oculta durante siglos, hasta reaparecer, en la Edad Media (en torno al siglo X), en el Laterano, donde permaneció hasta que, en 1471, pasó al Capitolio. Fue entonces cuando el escultor Antonio Pollaiuolo (1433-98)[60] le añadió los gordinflones gemelos que, sin tener nada que ver con la fibrosa y recia apariencia de la loba, se acoplaron a ella con tal fortuna que pasaron a ser parte imprescindible de uno de los más célebres «pastiches» del arte universal. Tal vez, porque el destino de esta fiera maternal era adoptar a los gemelos en cualquier tiempo y lugar que a ella se acercasen.

Las noticias que se tenían acerca de una loba con los gemelos favorecieron la identificación del famoso bronce con la legendaria estatua citada por las fuentes. Tito Livio[61] nos informa de que en el año 295 a.C., los hermanos Cneo y Quinto Ogulnio hicieron que, con el dinero de las multas impuestas a los usureros, se pusieran unos gemelos a una loba que había en el Palatino para convertirla en mater romanorum y Cicerón, por su parte, habla de una loba, con lactantes, que estaba en el Capitolio y que fue herida por un rayo, lo que debió de suceder hacia el 63 a.C.[62] Carecemos de datos suficientes para determinar si ambos autores se refieren a la misma escultura y aún queda por comprobar si la grieta que se aprecia en el anca trasera de la loba capitolina pudo ser causada por un rayo.

Es una magnífica obra de arte, llena de realismo y de fuerza, que se supuso realizada en los talleres de fundición etruscos o itálicos que tan gran número de piezas maestras nos han dejado como testimonio de su alto grado de especialización técnica. Se consideró que su primer destino debía de haber sido el de guardiana de una tumba, por esta razón se la había representado con las ubres

turgentes, es decir, en el momento de la lactancia, que es cuando los animales hembras alcanzan su mayor grado de agresividad. Este recurso estilístico se ve repetido en muchas de las pinturas de las tumbas etruscas como garantía de la total protección del difunto. Presenta una actitud expectante, alerta ante el ataque de un posible enemigo, mientras su mirada, casi humana, otea un horizonte lejano, lleno de peligros para sus crías visibles o invisibles.

De todo se ha dicho de esta magnífica obra, cuando se la suponía etrusca y de cuanto aún se escribirá de ella, una vez centrada en el siglo de su ejecución, lo que pervivirá, de modo incólume es su carisma como mater romanorum por encima de toda suerte de especulaciones y baile de las fechas.

Vestigios históricos

Los orígenes históricos de Roma

Dejando a un lado la maraña de leyendas que hemos ido viendo acerca del nombre de la ciudad, de la fecha de su fundación, de sus fundadores, etc., la evidencia histórica ha demostrado que la zona de colinas por la que, en su día, se extendería Roma, se hallaba ya poblada en la Edad del Hierro. Tanto en el Palatino (con sus dos altozanos: el Palatium y el Germalus), como en la depresión del Foro, se han encontrado algunas tumbas fechables en el siglo X a.C., y en el Esquilino otras muchas del IX. Por lo tanto, cabe suponer que los más antiguos asentamientos localizados en el Palatino, en el Esquilino, en el Quirinal y en la depresión del Foro, se produjeran en la temprana Edad del Hierro (siglos X al VIII a.C.). En esta época, los jóvenes de las tribus itálicas, después de la ceremonia de iniciación correspondiente al paso de la pubertad a la edad adulta, eran obligados, en la primavera (ver sacrum), a buscar nuevas tierras en donde instalarse, ya que los campos de cultivo de las aldeas existentes, no podían alimentar más que a un número determinado de individuos. Elegían una divinidad protectora, encarnada, por lo general, en un animal totémico y a ella se consagraban en vida y muerte. Algunas veces hasta recibían de ella

su nombre tribal, como fue, entre otros, el caso de los hirpinos (hirpus, lobo en osco), tribu ubicada al Sur del territorio central de los samnitas en la que la práctica del ver sacrum está documentada por las fuentes. A pesar de esta anual diáspora juvenil, los poblados recién fundados mantenían con los lugares de procedencia las lógicas relaciones derivadas de una etnia y una religión comunes, de tal suerte que entre las tribus con un mismo origen, a partir del siglo VIII a.C., fueron frecuentes los procesos de sinecismo.

Uno de los problemas que se planteaban en los nuevos asentamientos de esa primera Edad del Hierro era la falta de mujeres y la escasez demográfica. El famoso episodio del «rapto de las sabinas» ilustra lo que debía de ser un hecho frecuente: conseguir que las jóvenes de las aldeas vecinas accedieran, de grado o por la fuerza, a compartir su destino con los varones de las recién fundadas aldeas. Este tipo de raptos, más o menos consentidos, servían para establecer posteriores pactos familiares con sus poblados de origen. Cuenta la conocida leyenda que los sabinos, incluido su rey Tito Tacio, fueron invitados a las fiestas de las Consualia, celebradas en honor del vernáculo dios romano Consus, y que, en el transcurso de la jornada, mientras las mujeres sabinas se detenían ante los puestos de los mercaderes, fueron retenidas en contra de su voluntad. La guerra que, como consecuencia de este ultraje, se desencadenó, fue solventada por las propias sabinas que actuaron como eficaces pacificadoras entre sus progenitores, los sabinos, y sus esposos los romanos. Se llegó al acuerdo de que Rómulo y Tito Tacio compartieran el poder y que tras la muerte de este último, pasara a Rómulo.

Por otro lado, el llamado asylum, en la zona que andando el tiempo ocuparía el Tabullarium de Sila, en el Foro Romano, atestigua la existencia de un lugar de acogida de los emigrantes que llegaban a Roma y donde, haciendo gala de liberalidad, eran aceptados como mano de obra necesaria, sin hacer indagaciones acerca de su procedencia. De este hecho siempre se enorgullecieron los romanos.

Así pues, teniendo en cuenta la realidad histórica, hay que pensar que la Roma Romuli, o Roma Quadrata, (así llamada por la forma cuadrada de la colina), sobre el Palatino fue un modesto habitat, ocupado por un grupo de campesinos, moradores de humildes

cabañas, de las que aún se conservan restos. Es probable que ya se fundara según el modelo etrusco, con dos calles principales que se cortaban en cruz y cuatro puertas, correspondientes a sus extremos, abiertas en la muralla circundante. De ellas, las más conocidas fueron la Mugonia y la Romanula. Su rápido desarrollo se debió a un acelerado crecimiento demográfico. La fuerte concentración de latinos en la zona se explica por la existencia de la isla Tiberina, lugar por el cual el río se podía cruzar con facilidad, y al hecho de estar atravesada por la antigua vía de la sal (Via Salaria) que comenzaba en la desembocadura del Tíber y atravesaba la península hasta llegar a las costas del Adriático. Sin embargo, nada hacia presumir su engrandecimiento posterior, ya que su acercamiento a las costas tirrenas y sus mejoras urbanas fueron obra, sin duda, de los reyes etruscos, como más tarde veremos.

A comienzos de siglo, las excavaciones realizadas por G. Boni bajo la Domus Flaviorum, descubrieron en los niveles más profundos, una serie de agujeros donde se encajarían los pilares de madera que sostenían las techumbres de ramaje y barro de las cabañas prehistóricas, de planta rectangular y esquinas redondeadas que conformaban el poblado. Entre ellos aparecieron también cerámicas típicas de la primera Edad del Hierro, fechables en los siglos IX y VIII a.C. En 1907, D. Vaglieri descubrió, asimismo, una serie de canales de conducción de agua excavados en el tufo, cerca del emplazamiento del templo de Cibeles y, en 1948, Romanelli y G. Pugliese hallaron en el Germalus otro asentamiento de cabañas similar al anterior, ubicado entre el citado templo de la Magna Mater y las Scalae Caci, donde la tradición situaba el emplazamiento de la cabaña de Rómulo que, según se decía, se conservó in situ hasta el siglo IV a.C. La cerámica descubierta en este nuevo asentamiento era muy similar a la hallada por G. Boni.

La cronología de estos vestigios que los arqueólogos romanos pretenden fechar en el siglo VIII a.C. para que la tradición y la realidad histórica coincidan, ha sido desde mediados de este siglo muy debatida. El mismo Pallotino ha señalado que no puede olvidarse que la datación varroniana para la fundación de Roma, no pasó en su día de ser un intento artificioso de rellenar, de forma convincente, el vacío existente entre la fecha de la instauración de la República en el 509 a.C., y la duración de los reinados de los

siete reyes, calculados por generaciones. Asimismo, ha puesto de manifiesto que los materiales de datación más antigua, hallados en el Germalus por G. Pugliese, se han fechado siguiendo un criterio aproximativo, más que por pruebas objetivas, como podía haber sido la presencia de objetos foráneos o de importación que hubieran podido proporcionar fechas concretas. La misma postura de cautela mantiene la escuela germana de Müller-Karpe que, por su parte, sostiene que todos los materiales encontrados deben fecharse en el siglo X a.C.

Otro de los problemas planteados al analizar los citados materiales y las huellas de estos primeros asentamientos, es la fijación de la extensión del primitivo habitat del Palatino. Según G. Pugliese se trataba de un núcleo unitario compuesto tanto por las cabañas del Palatinus como por las del Germalus, incluidas dentro del primitivo pomerium. Las necrópolis, en cambio, en su opinión, se encontrarían fuera del mismo, en el valle del Foro, donde son varias las tumbas de cremación que se han exhumado, todas ellas fechables en este período. Sin embargo, tanto el hallazgo de la «tumba Carettoni», así llamada por haber sido descubierta por el arqueólogo Gianfilipo Carettoni, en un punto intermedio entre el Germalus y el Palatinus, como la aparición de un fondo de cabañas en varios puntos del Foro, ha planteado toda una serie de dudas acerca de cuales pudieron ser los límites de la primitiva ciudad de Roma, aunque se siga aceptando que su enclave principal fuera la colina palatina. Todos estos hallazgos han hecho pensar en la posibilidad de que, a orillas del Tíber, hubieran existido asentamientos anteriores a los detectados en los citados altozanos. Vestigios de los mismos podrían ser algunos fragmentos de vasos correspondientes a la llamada «civilización del bronce subapenino» aparecidos entre el material de relleno del área sagrada de Sant'Omobono[63].

A pesar de estas y otras consideraciones que solo las excavaciones irán aclarando, no puede dudarse de que el enclave originario de la primitiva Roma estuvo en el Palatino, una colina idónea para el establecimiento de un habitat humano de tipo arcaico. Sus laderas eran muy escarpadas, de difícil acceso y, en consecuencia, fácilmente defendibles. Su cima, aunque de reducidas dimensiones, podía albergar perfectamente una aldea de cabañas. Estaba rodeada

por una zona pantanosa, próxima al río y a la isla por la que se podía cruzar y era, además, lugar de paso obligado en el camino de la Via Salaria, como ya dijimos.

Las tradiciones de los pueblos colindantes

Históricamente, el Lacio ha sido el país de los latinos, la comarca de Roma. En la división augústea constituía la Regio I y englobaba territorios no latinos, como el de los sabinos, hérnicos y volscos. El Lacio propiamente dicho queda limitado, al norte por el Tíber hasta su confluencia con el Anio (actual Aniene); al nordeste por la vía Prenestina; y, al sudoeste por las estribaciones de los montes Albanos. Tales confines no corresponden a fronteras naturales, sino a los existentes entre ciudades latinas y no latinas.

En virtud del ya aludido proceso de sinecismo que se produjo en el siglo VIII a.C., los habitantes de los oppida latinos, altozanos donde surgieron los primeros asentamientos fortificados y que actualmente se conocen con el nombre de castelli romani (por haber sido ocupados en la Edad Media por fortalezas o castillos), se asociaron en la llamada «Confederación Albana», presidida primero por Alba Longa y más tarde, tras su caída en el siglo VI a.C., por Roma. Integraban esta Liga o Confederación todas las ciudades de nomen latinum, llamadas también Latini Prisci para distinguirlas de las colonias latinas surgidas después. Su centro religioso se hallaba en el santuario consagrado a Júpiter Lacial (Iuppiter Latiaris), en el monte Albano, donde se reunían anualmente todos los habitantes del entorno para rendir culto a su dios en el transcurso de las Feriae Latinae que se celebraban en el mes de abril. Según la tradición, la Confederación recibió un especial impulso por parte de Tarquinio el Soberbio, a finales del siglo VI a.C.

Este peculiar sistema de poblamiento en las colinas del Lacio, uno de los territorios más fértiles de Italia, desarrollado tanto en la Prehistoria como en la Edad Media, se debe al hecho de que las tierras bajas de esta región son pantanosas y siempre han requerido una cuidadosa canalización para evitar la malaria y otras epidemias. Por esta razón, los asentamientos humanos se instalaron en los altozanos por ser lugares más salubles y de más fácil defensa.

Su economía se basó, primero, en la ganadería y, más tarde, en el cultivo de los cereales, de los frutales, del olivo y de la vid. Fue zona, además, notable por la abundancia de materiales de construcción, y por la temprana explotación de las salinas de la desembocadura del Tíber.

En estos oppida (posteriores castelli) se gestó la historia de la confederación de los pueblos latinos y, por lo tanto, es necesario tenerlos en cuenta a la hora de valorar el desarrollo de Roma dentro del entorno de la región en la que comenzó siendo un modesto enclave. Son todos ellos lugares emblemáticos, protagonistas de un pasado común y que, con el correr del tiempo, fueron ocupados por lujosas villas de recreo, en época clásica, y sólidas fortalezas en la Edad Media.

Los montes Albanos son una cadena montañosa de lava y tufo, de origen volcánico, cuyos flancos aparecen cubiertos por espesos bosques. Sus puntos culminantes son el monte Faete (956 m) y el monte Cavo (949 m), el mons Albanus de la antigüedad, cerca del cual se encuentra el antiguo cráter que hoy ocupa el denominado Campo de Aníbal[64]. Cráteres secundarios forman los lagos de Albano, el de Nemi y el valle de Ariccia.

Además del santuario de Iuppiter Latiaris, el de Diana, próximo al lago Nemi, fue otro lugar de culto muy venerado. Dicho lago, de forma circular, se encuentra a 318 m. de altitud, alcanzando una longitud de 2 km. y una profundidad de 34 m. Fue el llamado Nemorensis lacus o Speculum Dianae, precisamente por el templo que en honor de la diosa lunar y cazadora se erigió en sus proximidades. Entre 1928 y 1931 fue, en parte, desecado para rescatar dos barcos romanos que, muy bien conservados, yacían en su fondo. Fueron construidos en época de Calígula y sumergidos en tiempos de Claudio. Algunos de sus restos se conservan en el Museo de los Navíos, un edificio moderno que alberga la reproducción de los citados barcos, ya que los originales fueron destruidos en 1944 durante la ocupación alemana.

En cuanto a Ariccia, un municipio floreciente en época de Cicerón y donde, hoy, se encuentra el Palacio Chigi-Bernini, es la localidad donde se conserva la supuesta tumba de los Horacios y de los Curiacios o de Aruns (Arrunte Tarquinio)[65], de tipo etrusco, en

forma de paralelepípedo, coronada por conos truncados y que se ha fechado a comienzos de la República. El mítico episodio del enfrentamiento de los Horacios y los Curiacios que tuvo lugar, según la tradición, durante el reinado del tercer rey de Roma, Tulo Hostilio, se ha considerado un hecho histórico, para explicar el dominio de Alba Longa por Roma.

Toda esta región es zona de suave clima y hermosos paisajes, lugar ideal para las estancias estivales y por donde, ya en la antigüedad, proliferaron las villas de recreo. Al pie de las colinas se extienden los olivares y viñedos de los que se extraen vinos tan famosos como el de Frascati, localidad sita a 21 km. de Roma y a 327 m. de altitud sobre la vertiente occidental de los Montes Albanos. En su término se halla un número ingente de ruinas correspondientes a las lujosas villae de los patricios romanos. En el siglo XIII adquirió de nuevo cierta importancia porque los habitantes de Tusculum se refugiaron en ella cuando su ciudad fue destruida por los romanos, con lo cual se aumentó su demografía y rendimientos económicos. En el siglo XVI el Papa Pablo III Farnesio (1534-49) amuralló la ciudad y fue, por entonces, cuando se volvieron a construir espléndidas villas en las que residieron príncipes y cardenales, poetas y artistas. Estas nobles mansiones sufrieron daños irreparables en el transcurso de la segunda guerra mundial, sobre todo en los años 1943 y 1944, como consecuencia de los bombardeos aéreos.

Tusculum, se encuentra a 5 km. de Roma, más al sudeste que Frascati. Según la leyenda fue fundada por Telégono, el supuesto hijo de Circe y de Ulises y en esta localidad tuvo Cicerón una hermosa villa, donde escribió sus célebres Tusculanas. Como ya se ha dicho la ciudad medieval fue destruida, en el 1191, por los romanos, que se vengaron así de la derrota sufrida por los tusculanos cerca del Monte Porzio en el 1167. Fue, entonces, cuando sus habitantes se refugiaron en Frascati. Las excavaciones en Tusculum se iniciaron a principios del siglo XIX, siendo patrocinadas por Luciano Bonaparte. Se sacó a la luz el foro, el teatro, el anfiteatro, la cisterna y la villa de Cicerón, que había sido, posteriormente, reconstruida por Tiberio. El anfiteatro, al que se le calculó un aforo de 3.000 espectadores, se le conocía con el nombre de «escuela de Cicerón». El «Monte Porzio Catone», sito a 4 km. de Roma, es otro lugar famoso porque allí tuvo su villa Catón el

Censor.

Grottaferrata, a 24 km. de la capital, es una localidad conocida, principalmente, por su abadía del siglo XI. Fue edificada sobre el emplazamiento de una antigua villa romana y convertida en fortaleza por el cardenal Giuliano della Rovere, el futuro Julio II (1503-13). Otro lugar destacable es la «Rocca di Papa», a 30 km. de Roma. Es uno de los castelli más elevados de estos contornos, ya que se alza entre 640 y 681 m. de altura en los flancos del Monte Cavo, cerca del antiguo cráter. El pueblo de Nemi, dominado por el castillo Ruspoli, magnifica obra del siglo XV, se encuentra a 521 m. de altura sobre el ya citado lago.

Albano Laziale se halla a 47 km. de Roma y a 378 m. de altitud. Es una ciudad rodeada de murallas porque fue aquí donde Septimio Severo, en el año 195 d.C., estableció un campamento sede de la Legio II Parthica. Destruida por los bárbaros, pasó a ser posesión de los Savelli en el siglo XIII, quienes construyeron un castillo que fue más tarde adquirido, en 1697, por la Cancillería Apostólica. Cuenta, además, con una bella iglesia románica, del siglo XIII, en la que destaca su esbelto «campanile». La Porta Pretoria es la antigua entrada del castrum de Septimio Severo, y la iglesia de «Santa María della Rotonda» se levanta sobre un ninfeo de la villa de Domiciano. El anfiteatro que se halla a las afueras es del siglo III d.C. y el famoso «cisternone», semejante a la cueva de Hércules en Toledo, es en realidad un gran depósito de agua, excavado en la roca en tiempos de Septimio Severo y que aún se utiliza como tal. Existe, también, otro semejante en la ciudad de Constantinopla.

Castelgandolfo fue uno de los más famosos oppida-castelli. Se encuentra a 51 km. de Roma y a 426 m. de altitud. Se levanta al oeste del cráter ocupado por el Lago Albano y viene siendo, desde hace tiempo, el lugar de residencia veraniega de los pontífices. En realidad es aquí donde se sitúa el emplazamiento de la mítica Alba Longa, porque se dice que fue en este lugar donde Eneas encontró a la porca alba con sus treinta lechones bajo una encina. Tal era la señal, vaticinada como inequívoca, para construir en ese punto la nueva ciudad. Fundada por Ascanio-Iulo, hijo de Eneas y Creusa (o de Lavinia, según las distintas fuentes), se convirtió, en el siglo VIII a.C., en la capital político-religiosa de la Confederación Albana,

integrada, entonces, por unos cuarenta y siete estados. Después de entrar en guerra con Roma y ser destruida, como ya hemos dicho, no volvió a reconstruirse. Una nueva liga de pueblos latinos de carácter antirromano, integrada por Tusculum, Ariccia, Lanuvium, Laurentum, Cora, Tibur, Pometia y Ardea, cuyo centro fue el santuario de Diana en el lago Nemi, no fue capaz de impedir el dominio creciente de Roma, que acabó venciendo a la confederación latina, definitivamente, en la batalla del Lago Regilo, en el 499 a.C., con la supuesta ayuda de sus penates, traídos desde Troya, los Dioscuros, en honor de los cuales se erigió un templo en el Foro, parte de cuyos restos, aunque de época posterior, todavía son visibles.

Los únicos vestigios arqueológicos que se conservan de este venerable lugar se localizan en la necrópolis situada en su zona occidental. Sin embargo, el emblema de la ciudad sigue siendo la célebre porca alba que figura en el relieve que orna la fuente de la «Piazza del Plebiscito», obra de Bernini. Con mensaje tan sencillo se recuerda el divino y milenario origen de la localidad, ya inmortalizado en uno de los relieves figurativos del Ara Pacis de Augusto. Rodeando la iglesia de Santo Tomás de Villanueva, que se encuentra en la plaza principal, construida también por Bernini, se desciende a la llamada terraza belvedere que ofrece una magnifica vista del Lago Albano y el Monte Cavo. El Lago Albano, de forma elíptica, ocupa el lugar de un antiguo cráter y está situado a 293 m. de altitud. Tiene una extensión de 6 km^2 y una profundidad de 170 m. Se alimenta de numerosos manantiales y desagua por un canal de 1.200 m. de longitud, horadado en el 397 a.C. por los romanos, quienes ya eran capaces de acometer obras de ingeniería de gran envergadura.

Su nombre actual se debe a los Gandolfi que en el siglo XII fueron dueños de estas tierras, las cuales pasaron, más tarde, a los Savelli y, desde 1596, a la Cancillería Apostólica. El Palacio Apostólico fue edificado en 1629, por Maderno sobre las ruinas del de los Gandolfi por encargo de Urbano VIII (1623–44). Posteriormente fue agrandado por Alejandro VII (1655–67) y Clemente XIII (1758–69). Desde el Tratado de Letrán, firmado entre Mussolini y la Santa Sede en 1925, pertenece al Vaticano y es, además, sede de un importante observatorio astronómico («specola Vaticano»).

La antigua capital de los volscos, Antium, actual Anzio, se encuentra a 61 km. al sudoeste de Roma y jugó un papel importante en los siglos V y IV a.C. Aquí fue donde Coriolano[66], exiliado, encontró primero un refugio y luego la muerte. Fue la última ciudad que se sometió a Roma después de ser vencida en el 314 a.C. y perder su flota. La belleza de sus parajes hizo que fuera lugar de residencia de emperadores y de patricios. Aquí se encontraba Augusto cuando fue proclamado emperador. Casio, Lúculo, Mecenas y Cicerón, tuvieron en esta localidad lujosas villas. Aquí nació Calígula en el año 12 d.C., y Nerón en el año 37 d.C. Este último hizo construir en su ciudad natal un puerto circular y una suntuosa villa.

A 65 km. se encuentra «Nettuno», localidad a la que se llega por una carretera que sale de Anzio. En ella se han hallado, también, numerosos vestigios arqueológicos, sobre todo en Torre Astura, situada a 12 km., construida en el siglo X, sobre las ruinas de una villa romana. Dicha torre se yergue en un islote que se une al continente por un puente. En su día, formaba parte del castillo de los Frangipani en el cual, en 1268, Conrado de Suabia vino a refugiarse. Las ruinas que se han hallado en su entorno se considera que pertenecen a la villa que allí tenía Cicerón. Se han encontrado restos de un vivero y de un pequeño puerto. En «Nettuno» se alza el santuario de Santa María de la Gracia y el de Santa María Goretti construido por Pío X (1903–14) en 1912. En este último fue enterrada la joven doncella, nacida cerca de Ancona en 1880, siendo asesinada en esta localidad el 5 de julio de 1902 por defender su pureza. En 1947 fue beatificada por Pío XII (1939–55).

Otro lugar de especial importancia arqueológica es Palestrina, la antigua Preneste que se encuentra a 38 km. de Roma. Ciudad notable desde el siglo VII a.C., fue tomada por Camilo en el 380 a.C. y, más tarde, destruida por Sila en el 92 a.C., quien procedió a su reconstrucción, poniendo especial interés en el nuevo santuario de la Fortuna[67], sobre el ya existente («Antro delle Sorti») que había quedado muy mal parado en el transcurso de las guerras civiles. Edificado en terrazas, fue uno de los conjuntos arquitectónicos más importantes de la época silana y todavía sus imponentes ruinas, a pesar de los daños sufridos durante la segunda guerra mundial, dan idea del esplendor que debió de tener, en su día, este singular

edificio.

Por último, es obligado recordar a la antigua Tibur, la actual Tívoli, sita a 35 km. de Roma. Fue fundada por los sículos, antes de la aparición de Roma y, más tarde, ocupada por los sabinos. En el 357 a.C. mantuvo una lucha encarnizada con Roma, hasta ser tomada por el cónsul L. Furio Camilo en el 335 a.C. A pesar de su incorporación al ámbito romano, conservó una cierta autonomía, hasta el punto de que sirvió como lugar de exilio donde se confinaba a los prisioneros ilustres. Personajes famosos, como Horacio, Propercio y Catulo tuvieron aquí lujosas villas de recreo, pero su fama se debe, sobre todo, al hecho de haber sido elegida por el emperador Adriano para construir la residencia imperial más suntuosa y bella de todas las conocidas. La famosa Villa Adriana fue construida entre los años 125 a 135 d.C., llegando a ser la residencia preferida por el emperador. En ella hizo levantar una copia de cuantos edificios le habían impresionado en los distintos países que había recorrido en sus largos viajes, por lo que se convirtió en un conjunto palacial irrepetible, como todavía puede apreciarse hoy en día. Fue destruida por los bárbaros y sus ruinas sirvieron de inagotable cantera para la construcción de las residencias renacentistas que se levantaron en la localidad. De entre ellas destaca la Villa de Este, construida en el 1550 por el arquitecto Pirro Ligorio para el cardenal Hipólito del Este. Son famosos sus extensos y bellos jardines animados por innumerables y artísticas fuentes.

Las tribus itálicas en tiempos de la fundación de Roma

En Italia, los testimonios más antiguos de asentamientos humanos de carácter estable, se remontan alNeolítico, en fechas correspondientes a la segunda mitad del III milenio a.C. En esta época toda la cuenca mediterránea constituía, en mayor o menor grado, una unidad cultural. El tipo de vivienda más característico era la cabaña, de planta circular, edificada con ramas y barro, que alternaba, en la zona Norte de la llanura del Po, Lombardía y el Véneto, con los palafitos o construcciones lacustres que se alzaban junto a los lagos, ríos y depresiones pantanosas. El material arqueológico correspondiente a este período es muy pobre

y escaso. Sabemos que practicaban el rito de inhumación y que no construyeron grandes monumentos funerarios. Sus enterramientos se hicieron de acuerdo con los sencillos sistemas de vida de estas primitivas aldeas, siendo todas las tumbas de formas similares. Las armas y ciertos utensilios hallados en sus ajuares demuestran que, además de la caza y de la pesca, practicaban una ganadería y una agricultura muy rudimentarias, como se deduce por algunas pinturas rupestres halladas en Liguria, correspondientes a la primera Edad de los Metales. En ellas se advierte que por entonces aun no se conocía el arado.

De esta población mediterránea preindoeuropea se han conservado vestigios, en algunas regiones de Italia, hasta épocas históricas que pueden rastrearse, sobre todo, a través de la lingüística y la toponimia. De los ligures se perciben huellas en las regiones montañosas en torno a Génova; de los pelasgos, afines a las poblaciones autóctonas de Grecia, en varios puntos de la península; de los sicanos, en Sicilia, etc.

En la primera Edad de los Metales y durante la Edad del Bronce (entre 2000 y 1100 a.C.) se ubicaron, en las regiones septentrionales y en la llanura del Po, asentamientos de la llamada «cultura de las terramaras», cuyo centro se localizaba en las laderas septentrionales de los Apeninos, en la región de la Emilia. Eran poblaciones palafíticas, ya que, al no estar rectificados los cauces de los ríos del valle del Po, se producían constantes inundaciones. Practicaban la incineración en necrópolis separadas de las aldeas y, por sus peculiares características, se ha considerado a sus pobladores un primer avance de los indoeuropeos sobre la Península Itálica. Las muestras de sus relaciones con la Italia septentrional y lasregiones sudorientales de la Europa central son evidentes, así como con los pueblos autóctonos con los que acabó fundiéndose en la última fase de la Edad del Bronce.

Hacia fines de esta misma época, y bajo la influencia de la cultura de Lausacia, surgió la llamada de los «campos de urnas» que alcanzó el occidente de Francia, la región sudoriental de Inglaterra, el Nordeste de la Península Ibérica, área balcánica y Norte de Italia. Se iniciaba, así, la gran migración indoeuropea, un proceso de larga duración, aunque hacia el 1200 a.C. se dejó sentir una mayor

presión, dentro delpanorama general de la época, convirtiéndose en un elemento activo de transformación étnica y social, tal y como puede deducirse a través de sus asentamientos en Yugoslavia, el Véneto, varias regiones de Italia, incluida la Apulia, etc.

La siguiente oleada de indoeuropeos fue la de los itálicos, dentro de los cuales se han distinguido dos grandes grupos: el de los umbro-sabelios y el de los latino-faliscos. Los umbros se establecieron en el Norte, en la Emilia, la Toscana y la Umbria (a la que dieron nombre). Los samnitas, que pertenecían al grupo de los sabelios, se extendieron por el Sur, hasta las regiones montañosas del Apenino central. Entreunos y otros, en el alto Apenino, se asentaron un gran número de tribus sabelias de menor importancia: sabinos, marsos, pelignos, marrucinos, etc., todos ellos con diferencias lingüísticas y culturales apreciables, reflejo de su largo proceso de inmigración y contactos con las culturas autóctonas. De tal suerte que el dialecto umbro era muy distinto del osco, hablado en la región meridional. Del segundo grupo, las tribus más numerosas de los latinos, se establecieron en la desembocadura inferior del Tíber y en la llanura lacial, mientras que el pequeño pueblo de los faliscos se situaba en la ribera derecha.

En la primera Edad del Hierro, tiene características propias la cultura Villanoviana, así llamada porque los primeros hallazgos correspondientes a esta facies arqueológica proceden de la localidad de Villanova, cerca de Bolonia (en la Emilia), excavada en 1853. Desde el año 1000 a.C. ocupó la zona central de Italia, poco después de haber hecho su aparición los ilirios en el Véneto y en la Apulia. Testimonios de su presencia son las tumbas de pozo, con sus inconfundibles urnas bicónicas y oikomorfas (en forma choza), y sus ajuares de espadas y dagas con empuñadura de antenas, fíbulas de arco de violín, de disco y serpentiformes, elementos todos ellos que demuestran influencias y similitudes con las culturas de las regiones nororientales. Floreció, sobre todo, en la Emilia y la Toscana, pero su poder de irradiación fue tan notable que se perciben sus influjos en el Sur y Sudeste de la península.

Hacia el siglo VIII a.C., no mucho tiempo después de las grandes migraciones indoeuropeas, hicieron su aparición, en la península itálica, otros dos pueblos cuya influencia iba a ser definitiva:

los etruscos y los griegos. Los primeros, los tirrenos o tirsenos, así llamados por los griegos, autóctonos o procedentes de Lidia, según las distintas fuentes y actuales criterios, se instalaron en las regiones de la Toscana y la Umbria, donde sentaron las bases de una cultura urbana que heredaría la Roma republicana.

En esta zona, limitada por el mar Tirreno al Oeste, el río Arno al Norte y los Apeninos y el Tíber por el Este y por el Sur, se establecieron poderosas ciudades-estado, independientes entre sí, pero que, unidas, constituyeron, a partir del siglo VII a.C., la poderosa Dodecápolis, creadora de un emporio de bienestar y riqueza, gracias a la explotación de las minas de hierro de la isla del Elba, que alcanzó su momento de mayor esplendor y poderío en el siglo VI a.C. Asentamientos etruscos se afincaron también el valle del Po, incluyendo Felsina (actual Bolonia), Mantua y Ravena. También se extendieron por la Campania, donde sus principales centros fueron Capua, Nola, Pompeya, etc.

A los etruscos se les ha considerado, y con razón, los protagonistas de la tercera cultura clásica, equiparable por su originalidad, prosperidad y avances, con la griega y la romana, aunque, por desgracia, sea menos conocida. Su cultura y civilización no solo alcanzaron un gran auge dentro de su territorio deocupación, sino que sirvió de modelo a numerosas ciudades, incluida Roma, cuyo proceso de urbanización, bajo el poder de sus tres últimos reyes, se realizó siguiendo patrones etruscos e, incluso, sus primitivas formas de vida política fueron etruscas, también. Uno de sus aciertos fue la construcción del puerto de Ostia, ya que aunque el Tíber era navegable, carecía de un puerto natural y los romanos no tenían ninguna experiencia de navegación. Por otra parte, cualquier intento de competencia era controladopor la poderosa ciudad de Caere (Cerveteri), situada al Norte y favorecida por su puerto de Pyrgi.

De Etruria heredó Roma, también, toda una serie de ritos religiosos, fundacionales y ceremoniales, llamados a pervivir a lo largo del tiempo: la consulta a los dioses antes de iniciar cualquier empresa onegocio; la interpretación del vuelo de las aves, de la que se encargó siempre el colegio de los augures, compuesto por sacerdotes de origen etrusco; la observación de las entrañas de las

víctimas, a cargo de losharuspices, de la misma procedencia que los anteriores, y expertos en prácticas mánticas, etc. Y, por otra parte, a los etruscos helenizados, se debió la introducción en Roma de los dioses de origen griego con los que se fueron asociando, poco a poco, los viejos numina (fuerzas de la naturaleza), adorados por losprimitivos romanos.

La práctica de usos etruscos se remontaba, según la tradición, a la época de Rómulo: el ropaje oficialde los reyes que se adoptó en las grandes solemnidades y, en especial, en los triunfos; la sella curulis, esdecir, la silla de marfil honorífica utilizada, después, por los magistrados romanos; los doce lictores que precedían al rey con sus fasces (instrumento de los azotes) alrededor del hacha (símbolo de la pena capital), como garantía del ejercicio del poder supremo; el lituus, el bastón de empuñadura curva de losaugures, etc.

Los etruscos, por lo tanto, no solo fueron los urbanizadores de Roma, a la que transmitieron sus tradiciones y cultura, sino también los principales agentes de su helenización, a pesar de la resistencia que, sobre todo en época republicana, presentaron las fuerzas más conservadoras, oponiendo la virtus(síntesis del valor, de la integridad moral y del respeto a las leyes) a la decor griega (símbolo tan solo de la belleza y de la suntuosidad).

Los griegos se establecieron en las costas de Sicilia y en las de la Italia meridional y occidental, llegando hasta Cumas (Kyme). El rosario de importantes colonias comerciales que fundaron: Neapólis, Posidonia, Elea, Reggio, Crotona, Sibaris, Tarento, etc., cumplieron un papel definitivo en la transmisión de la cultura griega en tierras itálicas y, en sí mismas, constituyeron la unidad cultural conocida con el nombre de la Magna Grecia.

La población de la Italia prerromana se componía, por lo tanto, de un complejo mosaico de diferentes etnias. A lo largo del Po, y en su zona meridional, habitaban las tribus célticas (galos), entre las cualesdestacaban las de los insubres, los cenomanes y los senones; en el área de los Alpes marítimos y a lo largo de la costa se encontraban los descendientes de los ligures; al Norte del curso inferior del Po y hacia el oriente, los vénetos; en las regiones de la Toscana y la Umbría, los etruscos (tirsenos o tirrenos, según

losgriegos); la Italia central y meridional estaba habitada, principalmente, por pueblos itálicos: en el territorio sito a la izquierda del Tíber se hallaban asentado los umbros y, en la zona costera, los picenios; la parte septentrional del Lacio, estaba ocupada por los latinos, cuyos vecinos más próximos eran los ecuos y los volscos; en las regiones centrales se asentaba el grupo de los sabelios-samnitas. Más al Sur, estaban lososcos y en las regiones de Apulia y Calabria vivían las pequeñas tribus (no de estirpe itálica), de los daunios, yápigos, mesapios etc.

Roma, empezó su despegue histórico con el destronamiento del último rey de la dinastía etrusca que lagobernó durante el siglo VI a.C., Tarquinio el Soberbio, y la proclamación de la República en el 509 a.C. Más tarde, el predominio sobre los pueblos latinos se consolidaría en la batalla del Lago Regilo, en el 499a.C., y sobre los etruscos con la toma de la ciudad de Veyes, en el 396 a.C. A partir de entonces, su proceso de expansión fue imparable.

La Protohistoria: los siete reyes de Roma (753-509 a.C.)

Como ya hemos visto, la leyenda de Rómulo es puramente etiológica, aunque en ella puedan rastrearse realidades históricas tales como la fusión de romanos y sabinos y la dualidad de poder establecida entre dicho rey y Tito Tacio, predecesora de la institución del doble consulado. Las noticias que tenemos de los otros seis reyes son más verosímiles y la crítica actual tiende a reconocer su fondo histórico haciendo abstracción de los episodios de carácter legendario en que se encuentran envueltas. La pervivencia de esta lista tradicional[68] sin cambios ha hecho suponer que se fijó en fechas anteriores al siglo IV a.C., ya que los nombres de los reyes no aparecen ligados a los de las familias patricias más conocidas a partir de dicha fecha. La dominación de Roma por reyes procedentes de Etruria así como la rebelión que contra ella se produjo, en un momento dado, responde a hechos concretos documentados arqueológicamente.

Según la tradición, Rómulo no solo fue el fundador de la ciudad, sino también el instaurador de las primeras instituciones políticas y las primeras leyes de Derecho. Se le atribuía la creación del Senado,

como órgano consultivo, compuesto por cien patres; la división del pueblo en treinta curias; la formación de un ejército de infantería e, incluso, la distinción estamental entre patricios y plebeyos. Asimismo, seconsideraba que fue él quien estableció un lugar de acogida para los fugitivos, el asylum (situado a los pies del Capitolio), con el fin de aumentar la población de la ciudad, y el que, tras el rapto de las sabinas,favoreció el proceso de integración entre romanos y sabinos. Llegó a un pacto con su rey, Tito Tacio, y alacuerdo de que el trono fuera ocupado, sucesivamente, por un romano y un sabino. La fusión de estos dos pueblos se garantizó, además, con el matrimonio de la sabina Hersilia con Rómulo, al que dio dos hijos: una niña Prima y un varón Aolio, llamado más tarde Avilio[69]. Superado el proceso de unificación fortificó el Capitolio que se convirtió de este modo en la fortaleza de la ciudad. Tras su mítica ascensión a los cielos, arrebatado por una águila, se construyó un templo en su honor en el Quirinal.
También Hersilia, tras la apoteosis de su marido, fue herida por el fuego celeste y elevada a la mansión de los dioses donde recibió el nombre de Hora Quirini quedando asimilado su culto al de Rómulo.

Su sucesor fue Numa Pompilio, un sabino procedente de la ciudad de Cures, casado con Tacia, la hija de Tito Tacio. Se decía que fue elegido rey por el Senado a causa de su sentido de la justicia y su sabiduría religiosa. A su atinado criterio, inspirado por los consejos de la ninfa Egeria[70], con la que se decía que llegó a casarse, se le atribuyen un gran número de avances, tanto en el orden espiritual como material: el establecimiento de las normas básicas de la religión; la creación de los tres flamines maiores(sacerdotes de Júpiter, Marte y Quirino o Rómulo divinizado); la institución de los Salios, sacerdotes deMars Gradivus y del culto a Fides (la Buena Fe); la designación de las primeras vírgenes vestales; la fijación del calendario en doce meses, estableciendo los días fastos y nefastos; la supresión de lossacrificios humanos; el reparto de las tierras comunales entre los labradores que las cultivaban, etc. Se decía que primero se estableció en el Quirinal y que, más tarde, se hizo construir un palacio en la Velia, altozano sito entre el Palatino y el Quirinal, desde donde se dedicó a infundir al pueblo los sagrados principios de la virtus y la pietas erga deos de los cuales se sintieron siempre orgullosos los romanos.

El tercero de los reyes, Tulo Hostilio[71], destacó por sus cualidades guerreras. En su reinado se situabala legendaria lucha de los Horacios y los Curiacios, como ya hemos dicho, y la destrucción de Alba Longa. En el transcurso de la guerra entre esta ciudad y Roma, se decidió por ambas partes, para evitar derramamientos inútiles de sangre, que fueran tres los hermanos de la ciudad del río, los Horacios, los que se enfrentaran con otros tres hermanos de la ciudad de la montaña, los Curiacios, en lucha singular. Al final, después de haber sido abatidos dos de los Horacios, el tercero, llamado Publio, consiguió, con suserenidad imperturbable, acabar con los tres Curiacios, obteniendo, así, la victoria para su pueblo.

El último Curiacio abatido era el prometido de su hermana que no pudo evitar el manifestar,públicamente, su dolor; razón por la cual, Publio, enfurecido, clavó su puñal en el cuerpo de la joven. Por este fratricidio fue condenado a muerte. Sin embargo, el padre del muchacho imploró por la vida de su hijo alegando que era el único descendiente que le quedaba, ya que había perdido dos hijos y una hija. A instancias del pueblo conmovido obtuvo el perdón, sin embargo, le hicieron pasar por debajo de un yugo que representaba a la horca a la que el Derecho le condenaba. Siglos más tarde, aún se mostraba en Roma el yugo famoso al que dieron el nombre de «Vigas de las Hermanas».

Tras este legendario acontecimiento, lo que se percibe es la destrucción de Alba Longa, suceso tras el cual sus habitantes fueron obligados a ocupar el monte Celio y, asimismo, el indiscutible dominio de Roma sobre el Lacio. Pese a todo, hay quienes estiman que este relato es la trasposición de un antiquísimo ritode iniciación del que existen equivalencias en las leyendas celtas. La colina del Celio fue elegida por el monarca como lugar de residencia, y allí se hizo construir su palacio. Al mismo tiempo, edificó en el Foro la llamada, en su honor, Curia Hostilia para que fuera el lugar de reunión del Senado.

El sucesor de este belicoso rey fue Anco Marcio, nieto de Numa Pomilio, nacido del matrimonio de su hija Pompilia con Marcio, un noble sabino. Trató de seguir la labor de su abuelo en el terreno religioso,pero sin olvidar las empresas guerreras necesarias para ampliar el territorio de la ciudad. Durante su reinado, las

poblaciones de los lugares conquistados fueron trasladadas al Aventino y con ellas se inició el crecimiento demográfico de dicha colina. Fue en tiempos de este monarca cuando se produjo la anexión del Janicolo, altozano sito a la derecha del Tíber, y la obligada construcción del primer puente sobre el río para unir ambas orillas: el llamado pons sublicius, por haberse empleado para su armazón simples estacas (sublicae) de madera. Además, inició la política de comercio fluvial y marítimo, hasta entonces inexistente, para lo cual procedió a la edificación de un rudimentario puerto en Ostia.

Según Tito Livio, fue en esta época cuando llegó a Roma, procedente de la ciudad de Tarquinia, unpersonaje acaudalado y enérgico, llamado Lucumón, hijo del corintio Demarato, casado con la ambiciosa Tanaquil, de origen etrusco. Consciente de que su marido no tendría un buen futuro entre los suyos, le animó a emigrar a Roma, donde llegó a reinar con el nombre de Lucio Tarquinio, mientras ella cambiabasu nombre por el de Caia Cecilia. Por su generosidad y carácter amable se hizo merecedor de las simpatías del pueblo romano, lo que le valió ser elegido rey a la muerte de Anco Marcio.

Se decía que una águila pronosticó su reinado en su camino hacia Roma, cuando el matrimonio contemplaba la ciudad desde un altozano. Una águila voló bajo, por encima de su cabeza y le arrebató elsombrero que llevaba puesto. Después remontó el vuelo hacia las alturas y se lo devolvió poniéndoselo de nuevo. Su esposa Taniquil, conocedora del lenguaje del vuelo de las aves, interpretó este hecho como augurio de que alcanzaría el poder de la ciudad a la que llegaban.

Se ha calculado que Lucio Tarquinio o Tarquinio Prisco (el Viejo) reinó entre los años 616 y 579 a.C. y su figura fue recordada como la de un rey audaz y emprendedor que había engrandecido Roma y transformado su centro urbano, dotándolo de todos los servicios que tenían las ciudades etruscas. Inició numerosas campañas guerreras contra los pueblos vecinos, todas ellas coronadas por el éxito; aumentó considerablemente el número de senadores; instituyó los juegos públicos y acometió la desecación de las zonas pantanosas de la ciudad mediante la construcción de cloacas y

canales. De entre ellas es de destacar la Cloaca Máxima, cuyas bocas de desagüe se pueden ver, todavía, en las orillas del Tíber. Era una galería subterránea, de la altura de un hombre, que se ha considerado una obra maestra de la ingeniería de todos los tiempos. Su finalidad fue la desecación de la depresión existente entre el Palatino y el Capitolio. Sobre esta última colina se inició la construcción del gran templo de Júpiter, aunque su consagración no tuvo lugar hasta el 509 a.C., al instaurarse la República. Continuó las obras iniciadas por su antecesor en Ostia, haciendo de la antigua aldea de pescadores el puerto de Roma. Levantó, asimismo, el primer puente fijo sobre el Tíber, como le prometiera a su esposa a la llegada de la ciudad, e incluyó la colina del Aventino dentro del pomerium, para seguir instalando en ella a los numerosos prisioneros de guerra que se incorporaban a la ciudad y eran agregados a la plebe. Para la edificación de las humildes chozas de estas gentes se tuvieron que talar parte de los hermosos bosques que le cubrían. Desde esta época, el Aventino fue el lugar de asentamiento de los plebeyos y de los extranjeros que llegando al puerto de Ostia se quedaban en la ciudad. Se convirtió, así, en un barrio popular y populoso donde las revueltas sociales fueron frecuentes hasta la época imperial, época hasta la cual conservó su peculiar fisonomía.

Tarquinio el Viejo fue, según la leyenda, el rey que no supo aceptar, a tiempo, el precio que le pedía pornueve libros, una anciana, a la que acabó pagando solo por tres, la cantidad inicial. La vendedora, que no era otra que la Sibila de Cumas, los había ido arrojando al fuego, de tres en tres, hasta que, al serexaminados los tres últimos por los sacerdotes y augures, estos dictaminaron su incalculable valía profética. Fue entonces cuando gracias a su dictamen el rey se avino a adquirirlos. Los llamados, desde entonces, «libros sibilinos» fueron depositados en el templo de Júpiter Capitolino donde eran consultados en todos los momentos de grave riesgo para el Estado.

Durante largo tiempo se consideró que con este rey empezó la dominación etrusca de Roma, cuestión muy debatida en la actualidad a pesar de que son muchas las influencias que parecen confirmar este hecho: costumbres y organización política, ritos religiosos, vocablos idiomáticos, obras de ingeniería, la existencia del vicus tuscus (barrio etrusco) en el Foro, etc. Al parecer lo que se

produjo no fue una dominación, sino la entronización de una dinastía etrusca, formada por miembros de familias acaudaladas que supieron atraerse la confianza del pueblo romano por su posición y actuaciones personales. Dichos personajes, una vez aceptados, no dudaban en luchar contra importantes ciudades etruscas, cuando la ocasión así lo requería. El fin de este monarca fue violento ya que murió asesinado por los hijos de Anco Marcio.

Fue sucedido por Servio Tulio, de origen incierto del que se decía que era hijo de una noble matrona de la ciudad latina de Corniculo y que había sido hecho prisionero por los romanos durante su infancia. Se crió en el palacio de Tarquinio y de él se contaban hechos portentosos que le señalaban como herederoreal. El rey le aceptó como si fuera su propio hijo y llegó a casarle con su hija. Él, por su parte, supo ganarse la estimación de los senadores y del pueblo por lo que, a la muerte de su suegro, fue nombrado su heredero contando con el apoyo del Senado, sin respetar los derechos de los hijos de Anco Marcio.

Fue el suyo un próspero reinado, coincidente con el florecimiento de las tiranías griegas, por lo que él mismo, sintiéndose protegido por la Fortuna, construyó un templo en honor a esta diosa en el Foro Boario[72]. Se le atribuía la creación de los comitia centuriata, una nueva asamblea en la que los ciudadanos se distribuían en unidades de voto llamadas centurias, clasificadas de acuerdo con sus bienes, riquezas y la capacidad de costearse armas y armaduras. Una vez realizado este peculiar censo, procedió a la distribución de los derechos políticos y las obligaciones militares en función de su disponibilidad económica. Fueron llamados adsidui los que tenían una cantidad mínima de bienes, que les permitía equiparse para formar parte del ejército, lo que no sucedía entre los pobres, los proletarii, ya que solo tenían hijos, proles (descendientes). Constituían la infra classem y estaban excluidos del ejército al que dotó de una nueva organización siguiendo posiblemente modelos etruscos inspirados, a su vez, en los griegos. La infantería se ha supuesto que debió de constar de 60 centurias y la caballería de seis adicionales, con lo que se ha calculado una fuerza potencial de combate de 6.000 soldados de infantería y600 de caballería.

Se le consideraba, además, impulsor de importantes mejoras urbanísticas, de ingeniería y de defensa: desecación y remodelación del Foro; el trazado y adecuación de una gran pista circular, rodeada de tribunas de madera (un primitivo circum, palabra que significa alrededor), sita entre el Aventino y el Celio,para la celebración de los Grandes Juegos que, en sus orígenes, se componían de carreras de carros, pugilato y lucha de gladiadores. Asimismo se le atribuía la construcción del recinto de murallas conocido con el nombre de «muros servianos», dentro de los cuales quedó incluida la llamada ciudad de las siete colinas: Capitolio, Aventino, Palatino, Celio, Quirinal, Esquilino y Viminal, nombre con el cual aún se sigue conociendo a Roma, a pesar de que ya hace muchos siglos que se allanaron sus altozanos y se rebasaron sus antiguos límites.

Es lo más probable que esta primera cerca no fuera más que una simple empalizada levantada sobre elagger, es decir, sobre el talud resultante de practicar una profunda fossa perimetral al pomerium, para su defensa. En recuerdo de este primer recinto defensivo, las primeras murallas de piedra, de 9 km. de longitud, que se construyeron, tras la invasión de los galos, al mando de Breno, en el 389 a.C., se siguieron llamando «murallas servianas».

El último rey, Tarquinio el Joven o el Soberbio, hijo de Tarquinio Prisco, se hizo con el poder tras asesinar a Servio Tulio, contando con la colaboración de Tulia, hija de este último. Esta malvada mujer, quien primero fue su cuñada y luego su esposa, no dudo a la hora de conspirar contra su propio padre. De esta manera, se inició entre crímenes un gobierno despótico y represivo que nunca contó con la opinión del Senado y que terminó de forma parecida a cómo se había impuesto. Su caída está relacionada con la leyenda de Lucrecia, noble matrona romana, esposa de Colatino que, deshonrada por el hijo del rey, Sexto Tarquinio, se suicidó en presencia de su marido. Los parientes y amigos, capitaneados por Bruto,sobrino del monarca, promovieron una revuelta contra los Tarquinios que trajo como consecuencia la proclamación de la República en el 509 a.C. Tarquinio se refugió en Etruria y el pueblo, reunido en comicios centuriados, eligió como cónsules a Bruto[73] y Colatino.

Según la tradición, desde su exilio, contando con la ayuda del jefe etrusco Porsenna de Clusium, Tarquinio intento reconquistar Roma, lo que no consiguió gracias a la heroica defensa que del puente que unía el Janicolo con la ciudad, hicieron Horacio Cocles y sus compañeros. Sin embargo, versiones más tibias a la hora de valorar dicha defensa, aseguraban que Porsenna consiguió entrar en Roma, y hasta apuntaban la posibilidad de que la causa del derrocamiento de la monarquía no hubiera sido la violación de Lucrecia, sino la actuación del citado caudillo etrusco. En esos momentos, sin embargo, es cuando los romanos situaban los hechos heroicos de Horacio Cocles, de Mucius Scevola y de la joven Clelia[74]. Encualquier caso, lo cierto es que con estos episodios más o menos legendarios se ponía fin a la monarquía. Un poco antes, en el 510 a.C., habían caído los últimos tiranos de Grecia a manos de Armodio y Aristogiton. Tales hechos concatenados significaban, en definitiva, el final de los antiguos regímenes despóticos.

En la llamada «tumba François», de Vulci (fechada en el siglo IV a.C.), decorada en uno de sus muros con una pintura en la que se ha querido ver la lucha fratricida de los hermanos Vibenna y su compañero Mastarna, personaje citado en un discurso por el emperador Claudio, gran conocedor de la cultura etrusca, e identificado, por algunos autores, con Servio Tulio, se encontró la siguiente inscripción: Gneve Tarchunies Romach (Cneo Tarquino Romano), lo que ha dado lugar a muy diversas interpretaciones. Entre ellas cabe ser citada la que supone esta escena como la liberación del etrusco Caelio Vibenna y, junto a ella, la del asesinato del romano Cneo Tarquinio, a manos de un tal Marco Camitelna[75]. El nombre de Aulo Vibenna aparece grabado en una copa de bucchero nero (cerámica negra) del siglo VIa.C., que fue hallada en el santuario panetrusco de Portonaccio, en Veyes. Asimismo, en Caere(Cerveteri), ciudad donde, según la tradición, se refugió Tarquinio el Soberbio, se encontró la rica tumba colectiva de esta familia. Todo ello viene a demostrar la existencia histórica de esta saga reinante en Roma por razones de poder económico y político, pero sin que ello signifique que fuera Etruria la potencia dominadora de Roma.

Excavaciones arqueológicas

A pesar del interés que los restos monumentales de Roma despertaron en los peregrinos medievales y, sobre todo, entre los arquitectos y artistas del Renacimiento y del Barroco (Brunelleschi, Alberti, Sangallo el Joven, Rafael, etc.) a quienes, como veremos en su momento, se debe la recuperación y revalorización de la antigua Roma, las excavaciones arqueológicas no se iniciaron hasta el siglo XVIII. Los hallazgos de Pompeya y Herculano, la aparición de figuras como la de Johan Winckelman (1717–68), considerado como el padre de la Arqueología, y la de Giovani Battista Piranesi (1720–78), a quien se le deben los grabados más bellos de los monumentos romanos y las ruinas de las ciudades sepultadas por el Vesubio, despertaron el interés por la recuperación y consolidación de los viejos edificios que aún se mantenían en pie. Por otro lado, las visitas a Italia de los intelectuales europeos, entre los que hay que destacar la figura de Juan Wolfgang Goethe (1749–1832), contribuyeron a la divulgación de su incomparable patrimonio artístico. Este gran escritor y erudito, uno de los europeos más conspicuo de todos los tiempos, ofreció en su célebre Viaje a Italia (1788) una penetrante visión analítica de cuantas ciudades y lugares arqueológicos visitó. Con su prestigio, fue una de las personalidades que favoreció el gusto por el estudio de las ruinas y de las antigüedades.

Las excavaciones en la colina del Palatino empezaron en el pontificado de Paulo III (1534–50), que fue el primero en interesarse por estos terrenos. Su sobrino Alejandro Farnesio compró las ruinas del palacio de Tiberio y, tras proceder a su restauración, encargó al arquitecto Vignola (1507–73) el proyecto de un jardín botánico para su uso particular. Así, hacia 1725 quedó libre de escombros y totalmente despejada su área central para la creación de dicho jardín, que fue uno de los primeros de este tipo conocidos en Europa. En él se introdujeron una gran variedad de plantas exóticas, entre las que destacó la llamada acacia farnesiana. Sus distintos niveles están unidos por escalinatas y se extienden desde la casa de las Vestales, en el Foro romano, hasta el altozano del Germalus. Estos jardines fueron comprados por Napoleón III,

quien encargó su excavación a Pietro Rosa que realizó unos trabajos cuidados y sistemáticos. Más tarde, cuando en 1870 Roma se convirtió en la capital de la Italia unificada, el Gobierno adquirió, poco a poco, toda la colina, confiándose las excavaciones, primero, al propio Pietro Rosa y, más tarde, a Lanciani y a Boni.

En cuanto al Foro se refiere, hay que recordar que, a principios del «settecento», aún era el «campo vaccino», lugar por el cual transitaban mansamente las reses que iban a abrevar cerca del templo de los Dioscuros, a una gran taza de granito que hoy forma parte del monumento que se alza en el Quirinal, en la plaza de «Monte Cavallo», y que un frondoso paseo de olmos unía el arco de Septimio Severo con el de Tito, mientras que algunas casuchas dispersas cubrían los viejos solares del Comicio, la Basílica Julia y la Emilia. Tal panorama se mantuvo hasta que, en el siglo XVIII, Winckelmann inició sus llamadas de atención sobre la importancia de dicho solar.

La primera excavación que se realizó en el Foro fue la dirigida, en 1778, por un científico suizo, apellidado von Fredenheim que exploró el área de la Basílica Julia. Sin embargo, hubo que esperar hasta finales de este siglo y comienzos del XIX para poder contar con un proyecto oficial de excavaciones. El primero de ellos fue el impulsado por el Papa Pío VII (1800-23) quien, a partir de 1815, continuó la política iniciada durante la dominación napoleónica (1809–14). Con el «Edicto Pacca», de 1820, se reguló el uso y tratamiento de las antigüedades y se decretó la consolidación de varios edificios, entre ellos el Coliseo y el Arco de Tito. Tales obras estuvieron a cargo de un grupo de expertos arquitectos de entre los cuales destacaron Stern y Valadier, quienes cumplieron los cometidos previstos con efectividad y respeto.

Entre tanto, en 1801, Carlo Fea había sido nombrado Comisario de Antigüedades, aunque no comenzó las excavaciones sistemáticas del Foro hasta 1812; excavaciones que fueron continuadas, posteriormente, por Antonio Nibby quien trabajó en ellas hasta mediados de siglo. Se exploraron las pendientes del Capitolio y el área del templo de los Dioscuros. Entre 1871 y 1905 fueron dirigidas por Pietro Rosa, Giuseppe Fiorelli, Rodolfo Lanciani y Giacomo Boni. Estudiosos de la talla de Ennio Quirino Visconti y

Luigi Canina estuvieron vinculados, también, a la Arqueología romana del siglo XIX.

A partir de la unificación de Italia, sobresalieron, de forma indiscutible, las figuras de Rodolfo Lanciani y Giacomo Boni. Al primero Roma le debe la exhumación de sus principales restos arqueológicos. En cuanto al segundo (1822–98), hay que decir que fue el iniciador de la excavación estratigráfica, según las técnicas fomentadas por las escuelas de Arqueología anglosajonas. Bajo su dirección se excavó la colina del Palatino, como ya se ha dicho, y casi todo el Foro: el templo del Divino Julio (1898); el Lapis Niger o Piedra Negra (1899), la supuesta tumba de Rómulo; la Regia, sede del Pontífice Máximo; la Fuente de Iuturna (1900); el área de Santa María la Antigua y los llamados sepulcros arcaicos (1901) de la Edad del Hierro, localizados en una zona próxima al templo de Antonino y Faustina, etc. Los directores de excavaciones que continuaron su labor fueron A. Bartoli, P. Romanelli, G. Pugliesi, G. Carettoni, L. Fabrini, etc.

Desde entonces, a pesar de los estragos que Roma sufrió en el transcurso de las dos guerras mundiales y a la atención muy controvertida que Mussolini dedicó a la restauración y conservación de los vestigios de su pasado, las excavaciones en suelo romano se han continuado hasta el presente, siempre que las circunstancias lo han permitido. Hay que tener en cuenta que el obstáculo principal para la recuperación de la Roma antigua ha sido el desarrollo urbanístico de la ciudad a partir de 1870. Aunque el recinto de las murallas aurelianas, construidas en el 272 d.C., sigue ciñendo su centro monumental, protegido además por severas ordenanzas municipales, el realizar excavaciones dentro del mismo resulta siempre un hecho problemático y costoso. Buena prueba de ello es el ansiado proyecto, siempre aplazado, de suprimir la transitada Vía de los Foros Imperiales, abierta en su día por Mussolini para la celebración de sus desfiles militares, para excavar el área que se encuentra bajo la misma. Con ello no solo se pondría al descubierto el Foro de Vespasiano, sino que como sucedía en la antigüedad, el Foro republicano y los imperiales volverían a verse unidos.

En tiempos recientes, las figuras de Ranuccio Bianchi Bandinelli (†1975) y de Adriano La Regina han sido definitivas para el

desarrollo de la Arqueología monumental de Roma. Ellos han sido quienes han puesto de manifiesto la necesidad, no solo de reparar los destrozos causados por el régimen fascista, sino también la urgencia de asegurar la conservación de los monumentos y reiniciar las excavaciones en el centro de la ciudad. Adriano La Regina, superintendente de los restos arqueológicos de Roma, sentó las bases, en 1978, de las medidas que debían adoptarse para salvaguardar los restos del pasado de la degradación producida por el tiempo y la contaminación, procediendo a su consolidación y restauración.

1 En 1853, la Academia de Berlín encargó a Mommsen la formación de un Corpus Inscriptionum Latinarum, cuyo primer tomo apareció en 1858, publicándose hasta veinte más, antes de su muerte. Nacía, así, la magna obra del Corpus Inscriptionum Latinarum consilio et autorictate Academiae Inscriptionum et Litterarum regiae Borussicae editum. Berolini, 1836-1936, que se cita, comúnmente como CIL. El tomo I está dedicado a las inscripciones anteriores a la muerte de César, a los Fastos y a los Calendarios. A continuación se suceden los volúmenes definidos por lugares geográficos y luego los de carácter sistemático: el tomo XVI (1936) está consagrado a los diplomas militares y el XVII a los miliarios. Por lo que respecta a la Península Ibérica existe la obra de E. Hübner, Inscriptiones Hispaniae Latinae.(CIL II). Cum supplemento, Berlín, 1869, 2 vols. y Monumenta linguae ibericae, Berlín, 1893.

2 Corpus Inscriptionum Etruscarum, Leipzig, 1893-1921.

3 Rufo Festo, historiador romano del siglo IV d.C. que por encargo del emperador Valente (328–378 d.C.) escribió, en el 370 d.C., una obra titulada Breviarum de Breviario Rerum Gestarum Populi Romani, que abarcaba desde los orígenes de la ciudad hasta la ascensión al trono de este emperador, bajo cuyo reinado desempeñó varios cargos oficiales. Valente era hermano de Valentiniano I (321–375 d.C.) quien, elegido emperador a la muerte de Joviano, encargó a su hermano el gobierno de Oriente. Vencido por los godos cerca de Adrianópolis, murió en el campo de batalla.

4 Dion., Hal., I, 87, 2; III, 1, 2. Dionisio de Halicarnaso fue un

retórico e historiador que vivió entre el 60 a.C. y el 10 d.C. Residió en Roma desde el 30 a.C. y escribió una obra titulada Antigüedades Romanas, en 20 libros, de los que solo se conservan once. Narraba la historia de Roma hasta el año 264 a.C., pero la parte conservada solo llega hasta el 441 a.C.

5 Dion. Hal., II, 54.

6 Bustrófedon (Βουστροφηδόν; de βοῦς, buey, y del verbo στρέφειν, volver.

7 Hacia el 400 a.C., debido a problemas de superpoblación, algunas tribus celtas (galli) descendieron, a través de los Alpes Occidentales, hacia Italia, donde se establecieron en la llanura del Po, después de someter a las ciudades etruscas (Gallia Cisalpina). Los romanos se enfrentaron a los senones junto al Allia, un pequeño afluente de la margen izquierda del Tíber, al Norte de Italia, en el 390 a.C., sin conseguir contener la invasión del enemigo que llegó hasta Roma, por entonces no fortificada, procediendo a su saqueo sistemático. Solo el Capitolio resistió al ataque y desde allí pudo pactarse la retirada de los galos a cambio de cierta suma de dinero. La leyenda hace referencia a Marcus Manlius, el defensor del Capitolio, despertado por las ocas del templo de Juno y al dictador Camillus quien, en el momento decisivo, acudió con sus hombres en socorro de Roma para enfrentarse con Brennus, cuya expresión Vae victi! (¡Ay, de los vencidos!) ha pasado a formar parte de las frases más repetidas a lo largo de la Historia.

8 Se denominaban favisas a las zanjas que se practicaban en las áreas de los lugares sagrados o santuarios para enterrar en ellos las ofrendas y exvotos deteriorados por el paso del tiempo (Aulo Gelio, Noches Áticas, II, 10).

9 Plut., Romulo, 27 Este historiador griego (48–122 d.C.) debe su celebridad a las biografías comparadas de los más ilustres personajes, griegos y romanos, contenidas en su conocida obra Vidas paralelas. Residió largo tiempo en Roma, donde fue amigo personal del emperador Trajano y maestro de Adriano. Escribió, además, varios tratados sobre temas monográficos, entre los que destacan sus «Escritos morales». Fue uno de los autores clásicos que más influyeron en la cultura europea a partir del Renacimiento.

10 Horacio Cocles, célebre héroe romano que salvó a su patria del ataque de los etruscos, capitaneados por Porsenna, en el 507 a.C., haciendo una defensa heroica del puente que desde el Ianículo conducía a Roma. Llevaba el apodo de Cocles, porque ante los muros de Gabios había perdido un ojo. Una estatua de bronce, erigida en el Vulcanal, al pie del Capitolio, honraba su memoria como héroe nacional. Probablemente la estatua de un personaje tuerto y cojo (que bien pudiera ser la del propio Vulcano) fue la que propició dicha leyenda

11 Lugli, G., Roma Antica, pág. 123 y ss., Roma, 1946.

12 Grassi, A., Inscriptiones Latinae liberae rei publicae, 1, 3.

13 Coarelli, Filippo, Guida Archeologica di Roma, Roma, 1974, pág. 64 y ss.

14 La bibliografía completa se encuentra en el Katalog der Bibliothek des Kais. Deutsch. Archäol. Institututs in Rom, recopilada por A. Mau y E. V. Merklin (Roma, vol. I, 1914 pág. 266 y ss., y Suplem., pág. 261), siendo de destacar las siguientes publicaciones: Boni, G., Gamurrini, G. F., Cortese G., y Ceci, L., «Stele con iscrizione arcaica scoperta nel Foro Romano», en Notizie Scavi, 1899, pág. 151 y ss; Ceci, L., «Nuovo contributo all´interpretazione dell´iscrizione antichissima del Foro Romano», en Act. dell 'Accad. Naz. dei Lincei, S.M., 1899, pág. 549 y ss.; Idem, «Nuove osservazione sull´iscrizione antichissima del Foro Romano», ibidem, 1900, pág. 68 y ss.

15 Goidanich, P.G., Mem. Acc. Lincei, 7, Ser. 3 (1949), 317 y ss.

16 CIL. I, 3.

17 Guarducci, M., «La cosideta Fibula Prenestina. Antiquari, eruditi e falsari nella Roma dell´ottocento», en Act.dell ´Accad. Naz. dei Lincei, Roma, 1980.

18 Blanco Freijeiro, A., «Falsificadores de postín», en Historia 16, nº 62, pág. 121 y ss.

19 Dion. Hal., I, 64.

20 Amico era un gigante, hijo de Posidón y rey de los bébrices en Bitinia. De naturaleza salvaje se le tenía por inventor del boxeo y el pugilato. Atacaba a los extranjeros que llegaban a sus costas y así lo hizo con los Argonautas. A su desafío respondió Pólux quien consiguió vencerlo y perdonarle el pago de la apuesta, que no era otro que la propia vida del vencido, a cambio de respetar a los visitantes que llegasen a su reino.

21 Iolao era sobrino de Hércules (hijo de Íficles) y conductor del carro del héroe al que acompañó en muchas de sus aventuras. Se le consideraba protector de sus descendientes, los Heráclidas.

22 En las proximidades de Carrae, ciudad de Mesopotamia, el cónsul Marco Licinio Craso (115–53 a.C.), miembro del triunvirato constituido con César y Pompeyo, fue asesinado a traición, al acudir a una pretendida negociación de paz con el jefe de sus adversarios. Sus ejércitos sufrieron la primera derrota infligida a los romanos por los partos, en el 53 a.C., quedando las insignias militares en poder de los enemigos hasta el año 19 a.C., fecha en que Augusto consiguió recuperarlas. De entre todas las insignias, la más apreciada era la del aquila, de oro o de plata,con las alas explayadas y posada sobre una pértiga. Acompañó a las legiones victoriosas desde los tiempos de Mario. Como numen legionis recibía culto religioso, era llevada por el aquilífero (aquilifer) y se hallaba bajo lacustodia del primípilo (primipilus o primipilaris).

23 Según Fabio Pictor, en el 383 a.C.; según Polibio y Diodoro, en el 386; y según Tito Livio, en el 390 a.C.

24 La celebración del triunfo (triumphus) era decretada por el Senado, tras acordar una fiesta de acción de gracias(supplicatio). Este honor se le concedía al general que había vencido a un enemigo honorable al que tenía que haber infligido 5.000 bajas en una sola acción y haber sido proclamado imperator por el ejército. El aspirante no podía entrar con sus tropas en la ciudad antes de que el Senado le diera el oportuno permiso. En caso de no ser merecedor del triunfo, solo podía aspirar a la ovatio. El triunfador entraba en una cuadriga tirada por caballos blancos, e iba vestido, como Júpiter, con la túnica palmata y el manto de púrpura bordado de oro (toga picta). En la cabeza llevaba la corona de laurel y su rostro aparecía enrojecido por una capa de minio. En la mano

izquierda ostentaba un cetro de marfil, rematado por el águila imperial, y en la derecha una rama de laurel. Detrás de él se hallaba un esclavo sosteniendo sobre su cabeza la corona de oro de Júpiter. Era anunciado por los trompetistas y todos los músicos del ejército; iba precedido por los lictores con las fasces, y seguido por los magistrados y senadores. Detrás del cortejo iban los animales adornados para el sacrificio, los carros con el botín arrebatado al enemigo, carteles alusivos a las hazañas realizadas y los prisioneros en reata, muchos de los cuales eran desviados,después, hacia el Tullianum (la cárcel de Roma), donde eran ejecutados. Pasando por los llamados arcos triunfales(dispuestos para la ceremonia) entraba en el Foro y recorría la via sacra hasta llegar al templo de Júpiter Máximo,en el Capitolio donde hacía las pertinentes ofrendas y sacrificios.

25 Este astrónomo alejandrino tomó como modelo el año solar que desde lejanos tiempos era seguido en Egipto,país en el cual la estrella Sothis, regidora de su calendario y de las inundaciones del Nilo, tenía el mismo comportamiento que el Sol.

26 Al cabo de ciento veintinueve años, este calendario mostró un día de más frente al año solar por lo que el Papa Gregorio XIII, en 1582, encargó una nueva corrección al italiano Luigi Lilio que dejó al año en 365 días, y uno cada cuatro, en 366, a excepción de los siglos divisibles por 400. Este cómputo es el que usan, en la actualidad, la mayoría de los países.

27 Polib., Hist. de Rom., III, 22 y ss.

28 Pirro, rey de Epiro (318-272 a.C.), sucedió a su padre en el 306 a.C. En el 281 a.C., los habitantes de Tarento, en guerra con los romanos, solicitaron su ayuda. Desembarcó en esta ciudad con veintitrés mil hombres y veinte elefantes que causaron el pavor de sus enemigos. Derrotó a estos en Heraclea (280) y Asculum (279). Más tarde acudió, también, en socorro de los griegos de Sicilia, atacados por los cartagineses a los que, asimismo, venció. Habiendo perdido un gran número de sus hombres, exclamó con cierto deje de humor: Con otra victoria como esta tendré que volver a casa sin un soldado. Pese a todo, más tarde, fue derrotado por los romanos en Benevento. Después, todavía llevó sus armas a Esparta para ayudar a Cleomino, pero al entrar en Argos, una mujer le arrojó una teja

desde una ventana, causándole la muerte. Por lo rápidas e inútiles de sus conquistas, en el recuerdo histórico ha quedado la expresión de guerra pírrica como calificativo de toda aquella que, a pesar de iniciarse entre victorias, no conduce a nada.

29 Timeo (c. 350–260 a.C.). Fue el historiador griego más importante de la Grecia Occidental. Natural de Tauromenium (actual Taormina), en Sicilia, fue hijo de Andrómaco, perteneciente a la dinastía que volvió a fundar esta ciudad en el 358 a.C. Fue exiliado de la misma por el tirano Agatocles, hacia el 315 a.C., por lo que se trasladó a Atenas, donde estudió con Filisco de Mileto, alumno de Isócrates. Autor de numerosas obras; de entre ellas destaca su Historia de Sicilia, en 38 libros. Fue el primer historiador griego que hizo un resumen de la historia de Roma hasta mediados del siglo III a.C., punto del que partió Polibio, como él mismo confesó. Su obra nos es conocida por unos 164 fragmentos, muy citados por Diodoro y Polibio.

30 Actualmente, tras las excavaciones realizadas por Carl Blegen en Grecia, la guerra de Troya se fecha entorno al1280 a.C.

31 Cornelio Nepote (99–27 a.C.), historiador romano, nacido en la Galia Cisalpina, en la llanura del Pó, aunque luego fijó su residencia en Roma. Alejado de la política y dedicado a la actividad cultural, fue amigo de Cicerón, del orador Hortensio, de Varrón y de Catulo. Autor de tres libros reunidos en una obra que tituló Chronica y de otros tres que llamó Exempla, se le conoce, sobre todo, por su obra principal: De viris illustribus, una celebrada colección de biografías, de la que solamente se conservó el Libro III.

32 Bajo las órdenes de Pompeyo, Varrón había luchado en la guerra contra los piratas y, más tarde, durante el primer triunvirato fue enviado como gobernador de la Hispania Ulterior, donde desempeñó su cargo con acierto. Después de la muerte de César, figuró en la lista de los proscritos, pero volvió a ser indultado por su prestigio personal.

33 Cf. nota nº 3 del capítulo La Natalis Romae.

34 Sus-suis, cerdo; ovis-is, oveja; taurus-i, toro.

35 Vir., En., 8, 322 y ss; Ovi., Fast., I, 238.

36 Tema que ya trata Hesiodo (s. VII a.C.) en su obra Los trabajos y los días (166 y ss).

37 Aurea prima sata est aetas quae vindice nullo / sponte sua sine lege fidem rectumque colebat. Ovidio, Metamorfosis, 1.

38 Redeunt Saturnia regna, / iam nova progenies cabelo demittitur alto. Virg., Eglogas, IV (6-7).

39 Cervantes, Don Quijote de la Mancha, Capítulo XI, De lo que sucedió a Don Quijote con unos cabreros.

40 El nombre de Italia aparece, por vez primera, en época de Alarico (370-410 d.C.), para designar la tierra de Brucio, cuya capital era Consentia (actual Consenza), a orillas del Busento, en cuyo lecho, según la leyenda, los visigodos enterraron a su rey. Se relacionaba este nombre con la palabra italos («becerro»), así que,originariamente, es posible que Italia significase «tierra de becerros». Los griegos dieron esta denominación a todo el Sur de Italia y los romanos lo extendieron a toda la península.

41 Los aborígenes eran tenidos por los habitantes más antiguos de Italia central. Se les consideraba hijos de los árboles y se decía de ellos que vivían en estado nómada y que se alimentaban de frutos silvestres. Fauno parece haber sido un antiquísimo dios romano, protector de los pastores y de los rebaños, cuyo culto estuvo localizado en el Palatino. En sus orígenes se presentó como un dios bienhechor, favorable (qui fauet) y más tarde, pasó a ser un rey del Lacio, hijo de Pico y padre de Latino.

42 Erilo, hijo de la diosa Feronia, era un gigante que tenía tres cuerpos y tres vidas diferentes, al igual que Gerión. Solo nos es conocido por La Eneida. Feronia, a su vez, era una divinidad de las fuentes y los bosques, cuyo culto estaba muy difundido por Italia Central. En su templo de Terracina se manumitía a los esclavos, por lo que, a veces, fue identificada con Libertas, la Libertad.

43 Cf. nota 52 de este mismo capítulo.

44 Caco, hijo de Vulcano, vivía en una gruta del monte Aventino, aterrorizando al país con sus fechorías. Cuando Hércules, que venía de robar el ganado a Gerión, llegó a la ciudad del Tíber, Caco le robó, a su vez, parte de este ganado, recibiendo, por ello, el castigo merecido.

45 Cf. nota nº 56 de este mismo capítulo.

46 Hild. V., La légende d'Enée avant Virgile, París, 1883; Perret, J., Orígenes de la Légende Troyenne de Rome, París, 1942; Boas, H., Aenea's arribal in Latium, Amsterdam, 1938.

47 El Paladio era, probablemente, una estatua xoánica, es decir, de madera, personificación de la diosa Atenea, que se consideraba dotada de propiedades mágicas, capaces de proteger de todo mal a la ciudad que la guardaba y rendía culto. Por sus peculiares características y singular veneración se debieron de hacer numerosas copias de la misma, sin embargo, los dos episodios más destacados con respecto a su salida de Troya, son los protagonizados por Ulises y Diomedes, de quienes se dice que sustrajeron el antiquísimo xoanon de la ciudad; y por Eneas, quien también salió de Troya con tan venerable ídolo. Explicaciones posteriores pretendieron hacer ver que la verdadera estatua fue la que se llevaron los griegos, mientras que otras abogaban por la autenticidad de la que acompañó a Eneas en su largo viaje hacia Occidente. El hecho de que hubiera un duplicado, para evitar el robo de la auténtica,sobre todo, por las noches, como se decía que podía ocurrir, explicaría tal dualidad, legitimando ambas versiones.

48 Los Penates eran los dioses protectores de las casas, encargados de velar por su bienestar y salud. Su nombre hacía alusión a la custodia de las provisiones necesarias para la vida: penus-oris (provisiones de boca) que se guardaban en cada hogar. Los penates pertenecían a la familia, por lo que eran trasladados en cada cambio de domicilio o lugar que esta realizaba. Incluso el Estado, como el gran hogar común de todos los romanos, tuvo sus propios Penates, los Dioscuros, Cástor y Pólux, traídos por Eneas desde Troya.

49 Cf. descripción del Ara Pacis.

50 Varr., De re rustica, 2, 4, 18.

51 En su origen, Iuturna fue una ninfa honrada en las márgenes del Numicio, cerca de Lavinio, cuyo culto fue trasladado más tarde a Roma, dándose el nombre de «cuenco de Iuturna» a una fuente sita en las proximidades del templo de Vesta y del de los Dioscuros. Una leyenda contaba que se había visto a los divinos gemelos llevando a abrevar a sus caballos a dicha fuente, después de la victoria del Lago Regilo (499 a.C.), obtenida tras la batalla emprendida por los romanos contra los pueblos latinos que apoyaban a Tarquino el Soberbio en su lucha porvolver a reinar en Roma. Los poetas de época imperial la convirtieron en hija del mítico rey Dauno y en hermana de Turno, el rival de Eneas.

52 Dion. Hal., Antig. rom., I, 76 s.; Liv., I, 3 s.; Estrab., V, 3, 2; Plut., Rom., 3, ss.

53 El Lupercal era una gruta que se decía consagrada a Fauno Luperco, el genio bueno de la montaña y protector de los rebaños contra los lobos. Según otras versiones, se la tenía por el ovil de una loba, animal temido por los pastores, pero tenido como totem, consagrado a Marte, por los primitivos habitantes del Palatino. La fiesta de las Lupercalia (o Lupercale Sacrum) fue instituida, según la tradición, por Rómulo y Remo, y se celebraba el 15 de febrero. Tenía por objeto la purificación de los pastores y de los rebaños, mediante el sacrificio de cabritos, que se realizaba recitando preces de expiación. Se elegían a dos jóvenes y se tocaba su frente con el cuchillo aún bañado en sangre. A continuación se disponía un banquete con las reses sacrificadas y, después, los sacerdotes, los Lupercii, corrían alrededor de la colina del Palatino, envueltos en pieles de machos cabríos. Más tarde, provistos de una verga, entraban en la ciudad y las mujeres casadas se hacían azotar voluntariamente por ellos, en la creencia de que así se purificaban y aseguraban su fecundidad.

54 La fundación de una ciudad romana se hizo siempre siguiendo el rito etrusco. Se celebraban primero solemnes ceremonias y, después, se disponía un arado de cobre al que se uncían un toro y una vaca, símbolos,respectivamente, de la defensa y de la fecundidad, para trazar con él el surco que marcaba la línea del foso que debía cavarse para protección de la ciudad. En los lugares correspondientes a las puertas se levantaba el arado en un trecho

equivalente a la anchura de las mismas Las glebas de tierra que se echaban a los lados marcaban el lugar donde se alzarían las murallas. Se constituía, de este modo, el agger y la fossa. (Liv., Ab urbe condita, I, 44).

55 El pomerium (ponere murum) era el espacio delimitado por las murallas, considerado sagrado y en el cual noestaba permitido edificar ni cultivar (Liv., Ab Urbe condita, I, 44).

56 Cf. nota nº 2. del capítulo La Natalis Romae.

57 Roma (o Rhomi) según el vocablo griego, significa fuerza o valor. Según Plutarco, el fundador de Roma fue un antiguo rey de los latinos que expulsó del Lacio a los inmigrantes etruscos, procedentes de Tesalia, donde habían hecho escala desde su lugar de procedencia, Lidia (Asia Menor). A Romos, otro supuesto fundador de Roma, se le tenía por hijo de Imatión, enviado desde Troya, por Diomédes o por el hijo de Eneas, Ascanio, apareciendo, en este caso, como nieto del primero. En otras versiones se le citaba como hijo de Ulises y de Circe,y hermano de Telégono. Se le solían atribuir, también, como hermanos a Antias y Ardeas, fundadores, a su vez, delas ciudades de Ardea y Antio. Asimismo, se le presentaba como hijo de Roma, mujer de Latino, etc. Sin embargo,lo más probable es que el nombre de Roma se remonte al linaje etrusco de los Ruma, que elevó a centro urbano la colonia integrada por varias aldeas colindantes. Con él se relaciona, también, la palabra etrusca rumon (río), de suerte que Roma vendría a significar «ciudad del río».

58 Otras muchas leyendas atribuyen el nombre de Roma a una doncella del mismo nombre que, unas veces,aparece acompañando a Ulises y a Eneas en su desembarco en las costas itálicas procedentes del país de los Molosos (Iliria); o como hija o mujer de Ascanio; o como mujer del propio Eneas; o como hija de Telémaco y hermana de Latino; o como hija de Evandro; o como hija de Italo y de Leucaria e, incluso, como la profetisa que aconsejó a Evandro la elección del lugar para establecer, en él, su modesta aldea.

59 Anna Maria Carruba, La Lupa Capitolina. Un bronzo medievale, Roma, 2000.

60 También se han atribuido a Gugliemo della Porta, escultor que vivió hasta 1577.

61 Liv., X, 23. Los hermanos Olgunios fueron también los que sustituyeron la vieja cuadriga del fastigium (punto culminante) del Templo de Júpiter en el Capitolio por otra más moderna. (Iovemque in culmini cum quadrigis et adficum Ruminalem simulacra infantium conditorum urbis sub uberibus lupae posuerunt).

62 Cic., Cati. III: Recordaréis al mismo fundador de nuestra ciudad, Rómulo, en un grupo dorado, representado en el Capitolio en forma de un lactante que tiende los labios hacia las ubres de la loba.

63 El área sagrada de San Omobono, sita al pie del Capitolio y próxima al Vicus Iugarius, ha proporcionado restos arqueológicos que se remontan hasta el siglo VII a.C. Del nivel I (620-610 a.C.) procede un ara a cielo abierto,junto a la que apreció una inscripción etrusca arcaica. Sobre ella se levantó un templo, probablemente bajo el reinado de Servio Tulio (siglo VI a.C.) que, más tarde, fue derruido. En época de Camilo, tras la toma de Veyes (396 a.C.) se construyeron los templos gemelos de Fortuna y Mater Matuta.

64 Debe su nombre al haber sido parte de los predios de los Annibaldi. Sin embargo, según la leyenda, fue en este lugar donde Aníbal acampó con sus tropas.

65 Arrunte Tarquinio fue el oponente de Bruto, en la guerra habida entre etruscos y romanos, al final del período monárquico.

66 Coriolano, miembro de una ilustre familia y heroico militar, luchó contra los volscos y alcanzó fama imperecedera en la conquista de la ciudad de Coriolos, por lo que mereció el epíteto de Coriolano. Enemigo acérrimo de las reformas sociales y de los avances conseguidos por los plebeyos, acabó siendo condenado al destierro y se refugió en Anzio, la capital de sus antiguos enemigos que le acogieron amistosamente. En su deseo de vengarse de Roma, preparó un feroz ataque contra la ciudad que le había humillado. Sin embargo, ante las súplicas de su madre, dio la orden de retirada y se sometió al juicio de los volscos que, probablemente, le darían muerte por su traición. La famosa tragedia de W. Shakespeare, que lleva por título el nombre de este singular personaje, prototipo del

renegado arrepentido a tiempo, es la obra para la cual Beethoven compuso una famosa obertura.

67 La diosa Fortuna fue identificada con la Tique griega. La introducción de su culto se atribuía a Servio Tulio, especialmente favorecido por ella, hasta el punto de que en su templo se erigió una estatua de este rey. Se la representaba ciega, con el cuerno de la abundancia en su brazo izquierdo y un timón en la mano derecha para significar su condición de rectora de la vida humana. Era invocada con distintos nombres, según las circunstancias en que dejaba sentir su protección: Redux, Publica, Huiusce Diei etc.

68 Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio, Anco Marcio, Tarquino Prisco, Servio Tulio, Tarquino el Soberbio. A cada uno de ellos se le atribuyeron atinadas medidas de gobierno, sobre todo de carácter institucional y urbanístico. Tan solo el último de la serie, Tarquino el Soberbio, fue merecedor de que se le imputaran toda clase de delitos contra el pueblo.

69 Plut., Rom., 14; 18 ss.

70 Egeria era una ninfa de las fuentes, asociada, en sus orígenes, a la Diana de los bosques, en el lago Nemi. En Roma se le tributaba culto al pié del monte Celio, en un lugar próximo a la Puerta Capena. Se dice que, a la muerte de Numa Pompilio, vertió tantas lágrimas que se convirtió en una fuente.

71 Según algunas versiones pasaba por ser nieto de otra joven sabina, también llamada Hersilia y la única casada de cuantas fueron raptadas. Su marido Hostilio murió en la guerra contra los romanos y ella se casó con otro Hostilio al que dio un hijo, Hosto Hostilio, el padre de Tulo Hostilio.

72 Las excavaciones realizadas en dicho Foro han puesto al descubierto los cimientos de un templo arcaico datado precisamente a mediados del siglo VI.

73 Bruto el Viejo (Lucio Junio Bruto) no debe confundirse con Bruto el Joven (Marco Junio Bruto), el hijo adoptivo y asesino de César. Sobrino de Tarquinio el Soberbio, fue apodado Bruto ya que, durante mucho tiempo,se hizo pasar por débil mental para

protegerse de la crueldad de los Tarquinios. Sin embargo, llegado el momento, fue uno de los instigadores de la caída de la monarquía, tras la violación de Lucrecia, siendo él quien retiró el puñal de su pecho. Posteriormente, tuvo que pasar por el duro trance de presenciar, siendo ya cónsul, la ejecución de sus hijos Tito y Tiberio, implicados en una conjura encaminada a la restauración de la monarquía, asumiendo la tremenda decisión impuesta por el exemplum virtutis.

74 Horacio Cocles, (el tuerto) fue el defensor del puente Sublicio contra los etruscos; Mucio Escévola fue el héroe del que se contaba que había entrado en el campamento etrusco con el fin de asesinar a Posernna. Al dar muerte por error a un guardia fue conducido ante el rey. En su presencia y en castigo porque su mano le hubiera fallado,la metió en unas brasas dispuestas para la celebración de un sacrificio y se la dejó quemar, de donde le vino el nombre de Escevola (scoeva = zurdo). Admirado por su valor, el rey enemigo la puso en libertad; Clelia formaba parte de un grupo de jóvenes romanas enviadas como rehenes a Porsenna. Consiguiendo escapar, cruzaron el Tíber a nado y entraron en Roma. El rey etrusco exigió que le fueran devueltas, pero de nuevo en su poder,valorando su proeza les concedió la libertad.

75 También se ha interpretado esta escena como la lucha fratricida de Caile Vipinas y Mastarna, personajes etruscos equiparables a los griegos Eteocles y Polinices, hijos de Edipo y Yocasta que, enfrentados por el trono de Tebas, acabaron matándose uno al otro en una lucha cuerpo a cuerpo. Eteocles recibió honrosa sepultura, mientras que el cuerpo de Polinices, por orden de su tío Creonte, quedó insepulto, por haber llamado a los extranjeros contra su patria. Su hermana Antígona, desobedeciendo al tirano, cumplió con el deber sagrado de enterrar a Polinices. Vertió sobre el cadáver un puñado de tierra, gesto ritual que bastaba para cumplir con la obligación religiosa y con su conciencia. Por su rebeldía, fue encerrada viva en la tumba de los Labdácidas, de quienes era descendiente, y en ella se ahorcó.

III. LOS MUROS SERVIANOS

La invasión de los galos en el 390 a.C., al mando de Breno, obligó a los romanos a remozar sus sistemas defensivos. La legendaria frase que rezaba «son los hombres los que defienden muros de sus ciudades y no los muros a los hombres», tras la experiencia vivida tuvo que dejarse de lado ante la necesidad de buscar soluciones más prácticas. Y, así, según Tito Livio, en el 378 a.C., se comenzó la construcción de un recinto fortificado que conservó el nombre de «Muros Servianos», ya que la construcción del primer cerco defensivo que tuvo la ciudad se atribuía al sexto rey de Roma, Servio Tulio. Tal circunstancia hizo que, tradicionalmente, estas murallas se creyeran construidas por dicho monarca. Sin embargo, el recinto que debió de construir este rey, a finales del siglo VI a.C., como ya hemos visto, no pasaría de ser una fossa y un agger (talud) hecho a base de las glebas, procedentes de la excavación de la primera, y reforzado con bloques de «cappellacio», un tufo local, granular, de color grisáceo que solamente se empleó en época arcaica (siglos VII a V a.C.)[1]. Aparte de los vestigios que de este tipo de material se han encontrado en los niveles más profundos de estas murallas, también se han detectado en los cimientos del primitivo templo de Júpiter, en el Capitolio, y en las cisternas arcaicas de esta misma colina.

Para la construcción del recinto del siglo IV, se utilizó el tufo de Grotta Oscura, un tufo litoide, poroso, de color amarillento, que se empleó, muy frecuentemente en las construcciones romanas a partir de la caída de Veyes (396 a.C.), ya que las principales canteras de este material se encontraban en el territorio de esta ciudad etrusca. Sin embargo, existen vestigios de su uso en monumentos anteriores a dicha fecha, como es el caso del cipo del Lapis Niger y los restos más antiguos hallados en el área de San Omobono. Los bloques de esta clase de tufo son los únicos en los que aparecen inscripciones de cantera y, en algunos casos, signos inexistentes en el alfabeto latino, por lo que se ha pensado que pudieran ser de origen griego. De ser así, habría que considerar la posibilidad de una mano de obra especializada procedente de la Magna Grecia, cuya presencia en Roma, a comienzos del siglo IV a.C., sería de la mayor

importancia. La explotación de estas canteras cesó hacia el año 100 a.C., fecha en que comenzó a usarse el tufo del Anio, el material preferido para las construcciones de fines de la República y comienzos del imperio.

El aparejo de las murallas se hizo con sillares paralelepípedos, de unos 59 cm. de altura y de longitud variable, dispuestos a soga y tizón, alternativamente. La altura media era de unos 10 m. y su espesor llegaba a los 4 m. Su perímetro que alcanzaba los 11 km. incluía en su interior una superficie de 426 hectáreas.

Estas murallas fueron objeto de numerosas restauraciones, entre las que destacan las llevadas a cabo en los años 353, 217 y 212 a.C. (en el transcurso de la segunda guerra púnica) y en el 87 a.C. (en las guerras entre Mario y Sila). Esta última fecha es la que se atribuye al arco del Quirinal, conocido con el nombre de Porta Sanqualis y que es una tronera destinada a manejar desde ella piezas de artillería.

Recorrido y puertas de los muros servianos

El recorrido de los «Muros Servianos» ha podido ser reconstruido gracias a los escasos vestigios que de ellos se han conservado, así como por las distintas fuentes en los que se mencionan, ya que desde el siglo I d.C. fueron desapareciendo del panorama urbano, absorbidos por las nuevas construcciones que iban surgiendo a medida que la ciudad crecía. Sin embargo, aún pueden rastrearse algunos de sus tramos y evocar los nombres de sus puertas que se mantuvieron, a través del tiempo, como puntos de referencia utilizados en el lenguaje coloquial.

Al pie del Centum Gradus, en el Capitolio, se abría la Porta Cartularia y en la base del Arx, aproximadamente donde hoy se encuentra el Museo del Risorgiménto, la Porta Fontinalis, por la que se salía al Campo de Marte. La muralla continuaba rodeando el Capitolio y el Quirinal. Parte de sus restos pueden verse dentro de los mercados de Trajano, concretamente en la llamada «salita del

Grillo»[2], y un núcleo importante se detecta un poco más adelante, en la avenida de Magnanapoli. Los vestigios aparecidos en el centro de la plaza de esta colina pertenecen a un lateral de la llamada Porta Sanqualis, mientras que un arco de tufo de Monteverde puede verse en el vecino Palazzo Antonelli. Se trata de la tronera, a la que ya hemos hecho alusión, y que se ha fechado en el 87 a.C. Este tipo de tufo litoide, de color marrón claro, no muy fino, con intrusión de escoria polícroma, procedía de unas canteras sitas al pie del Janículo. Su empleo se generalizó a partir del siglo II a.C., y se mantuvo en uso hasta tiempo reciente.

En el tramo existente entre el Quirinal y el Pincio (la zona de jardines romanos por excelencia, desde la antigüedad hasta nuestros días) se abrían tres puertas: la ya citada Porta Sanqualis, la Porta Salutaris y la Porta Quirinalis. De este sector quedan vestigios en las vías «Salandria» y «Carducci».

Después de rodear el campus Sceleratus, la muralla giraba hacia el sur hasta alcanzar la Porta Collina que se abría hacia la zona de los Castra Praetoria, al final de la vía Alta Semita[3], hoy del «XX de Settembre»[4]. A fines del siglo pasado, fueron descubiertos restos de esta puerta al construir el Ministerio de Finanzas.

Seguía a continuación el tramo mejor fortificado, conocido con el nombre genérico de Agger, que venía a cubrír el flanco más desprotegido del recinto y que se extendía hasta la Porta Esquilina. Siglos después, en su emplazamiento se construyó un arco de tres vanos, conocido con el nombre de Arco de Galieno, porque fue erigido en memoria de este emperador asesinado por sus oficiales ilirios en el 262 d.C. En la actualidad, lo que queda del mismo es el arco central que aparece encajado entre dos edificios, en las proximidades de la «Via Carlo Alberto». Antes de esta puerta y a la mitad del recorrido de la muralla se abría en este sector la Porta Viminalis que daba acceso, también, a los Castra Praetoria y de la cual quedan restos en la actual «Piazza del Cinquecento».

Esta parte del recinto amurallado fue descrito por varios autores de la Antigüedad, de entre los cuales citaremos los testimonios de Estrabón[5] y Dioniso de Halicarnaso[6]. El primero, en época augústea hablaba de él en los siguientes términos:

Servio unió a las otras colinas el Esquilino y el Viminal, de fácil ataque desde el exterior, formando así un terraplén de seis estadios sobre el margen interno del foso. Sobre él alzaron un muro con torres desde la Puerta Collina a la Esquilina. En el centro hay una tercera puerta que tieneel mismo nombre de Viminal.

Dionisio de Halicarnaso daba al Agger una longitud de siete estadios (1.295 m.), medida que se acerca a la real, ya que tiene 1.300 m.; y de la fosa decía que tenía una profundidad de 30 pies (8,90 m.). Las medidas reales parece ser que alcanzaron mayores dimensiones, lo que ha hecho pensar que se procedió a su ampliación en época posterior a la que Dionisio se ocupó de este sector de la vieja muralla.

Se pueden ver vestigios de la misma en la «Piazza del Cinquecento» y en la de «Manfredo Fanti». A partir de esta zona resulta más difícil seguir su recorrido. Aún se aprecian algunos restos en la «Piazza Leopardi», junto al Auditorium de Mecenas, perdiéndose, después, todo tipo de rastros. Posiblemente seguiría por el Colle Oppius, bajaría hasta el valle y subiría de nuevo, abrazando esta colina. Cerca del convento de «Santi Quatro Coronati»[7] debió de abrirse la Porta Querquetulana, ya en el Celio, colina así denominada, en un principio, por ser zona cubierta por frondosos bosques de robles (quercus = roble). Próxima a ella se encontraba la Porta Caelimontana que afortunadamente ha llegado a nosotros por la remodelación que de ella se hizo en época augústea. En el año 10 d.C. los cónsules Cornelio Dolabella y Cayo Julio Silano construyeron, aprovechando la vieja puerta, un arco, desde entonces conocido con el nombre de Arco de Dolabella y Silano. Más tarde, fue empleado como soporte de la extensión que hizo Nerón del acueducto de Claudio para proveer de agua el palacio del Palatino. En la actualidad, en él desemboca la «Via de San Paolo della Croce» y se halla cerca de la iglesia de «Santa María in Domnica»[8]. Esta pendiente oriental del Celio aún se halla ocupada por la hermosa Villa Celimontana, construida en el siglo XVI por encargo de la familia Mattei. Hoy se encuentra en el centro de un hermoso parque público y es sede de la Sociedad Geográfica Italiana.

La muralla desde aquí bajaba hacia el valle del Circo Máximo y se

abría la Porta Capena, de la que partía una única vía que luego se bifurcaba en dos ramales: la via Appia Antica y la via Latina. Rodeaba después al Aventino, la colina en la que se concentraba la plebe, los inmigrantes y prisioneros y en la que se alzó un importante templo dedicado a Diana. Los restos más notables de estos muros, después de los de la «Piazza del Cinquecento», son los que se han conservado en el «Viale Aventino». En ellos se aprecia un núcleo de hormigón y unos paramentos de tufo. En cuanto al arco que se abría en el muro es muy semejante al del «Palazzo Antonelli», por lo que se ha fechado en el año 87 a.C. Igualmente, han aparecido vestigios en la vía de San Anselmo y bajo la Iglesia de Santa Sabina que se alza en la parte más alta de esta colina y fue construida en el siglo VI d.C. En este sector se abrieron la Porta Naevia, la Porta Rauduscula y la Porta Lavernalis.

El recorrido de la muralla entre el Aventino y el Capitolio es difícil de seguir y ha planteado numerosas dudas, ya que hay autores que sostienen que el lado de la ciudad que daba al río nunca estuvo fortificado. En cualquier caso, parece ser que al menos hubo dos tramos entre estas dos colinas y el Tíber, aunque su fecha siga siendo igualmente discutida. En el existente entre el Aventino y el río se abría la Porta Trigemina, y en el que había entre el Capitolio y el río, la Porta Flumentana y la Porta Carmentalis[9], por las que desde el Foro se salía a los grandes mercados: el de ganado, Forum Boarium, y el de verduras, Forum Holitorum, sitos ambos en el Campo de Marte.

Recientes descubrimientos realizados cerca de la iglesia de «Santa María in Cosmedin», de la fuente de la «Piazza della Bocca de la Veritá» y del templo de Portumnus[10] han denostrado que la muralla seguía un recorrido próximo al Tíber.

Las puertas Trigemina y Flumentana fueron restauradas por Augusto y se mantuvieron en pie, con su correspondiente inscripción, hasta el siglo XV, momento en el que fueron derribadas. La primera se abría cerca de «Santa María in Cosmedin» y la segunda en las proximidades del templo de Portumnus. En cuanto a la Carmentalis, se ha ubicado junto a la iglesia de San Omobono, de finales del siglo VI a.C. donde se han encontrado importantes restos de la Roma arcaica.

Hacia fines del siglo III a.C., este tramo de muralla fue destruido por un incendio, siendo reutilizado posteriormente como muro de contención en una de las grandes crecidas del Tíber. Es posible que fuera entonces cuando se construyeran los dos nuevos muros que se levantaron tras el Aventino y el Capitolio. Ambos sirvieron de protección al Trastevere y al Janicolo en el transcurso de las guerras civiles del siglo I a.C.

Aparte del seguimiento que hemos hecho del recorrido de estas murallas y de la situación de sus puertas, hay que considerar los aspectos sociales de estas últimas analizando la función que cumplieron de acuerdo con su ubicación dentro del recinto. Su influencia se extendió por los terrenos próximos a cada una de ellas, de tal forma que estos quedaron marcados, con el correr del tiempo, por las peculiaridades de sus características de tránsito y actividad, aún después de su desaparición.

Por las puertas Flumentana, Carmentalis y Trigemina se salía desde el centro de la ciudad a las zonas de mercado. Por ellas iban y venían mercaderes, tratantes, jornaleros y grandes negociantes. Por las meridionales del Aventino, Lavernalis Rauduscula na y Naevia se accedía a la zona de los Horrea (graneros) y Emporia (grandes almacenes), situados en las orillas del Tíber. Hay que imaginar que serían también zona de tránsito de hombres de negocios y descargadores empleados en las tareas del puerto. Sería un área de una actividad incesante, en la que la recepción de mercancía y su posterior distribución concitaba toda suerte de intereses.

De muy distinta condición social serían las gentes que desde las colinas del Quirinal y el Viminal, barrios habitados por las clases acomodadas, pasaran por las puertas que se abrían en los muros que los rodeaban: Sanqualis, Salutaris, Quirinalis, accesos que conducían a los jardines y paseos de la ciudad. Esta parte norte de Roma mantuvo siempre su carácter de zona verde. En la actualidad, en ella se extiende el bello parque del Pincio. Por las puertas Collina, Viminal y Esquilina transitaría la tropa, ya que daban paso a los Castra Praetoria. El carácter militar de los terrenos cercanos a ellas se mantuvo hasta que en el siglo III d.C., fecha en la que Septimio Severo trasladó la guardia pretoriana a la región donde hoy se encuentra la ciudad de Albano.

Muy distinto aspecto sería el que ofrecería la Porta Capena, la salida meridional de la ciudad y por la que viandantes, caballos y caballeros, lujosos carruajes y de alquiler, se dirigían hacia la Via Appia, una de las más transitadas de Roma y por la que se llegaba a las soleadas regiones de la Campania, donde los potentados romanos tenían hermosas villas de recreo. Junto a la citada puerta se situaban, a la espera de ofrecer sus servicios, los cisiarii o cocheros públicos, y en una placeta próxima, llamada Aureae Carruces, se reunían los coches de viaje, que tenían prohibido pasar por Roma hasta últimas horas de la tarde. La afluencia incesante de toda clase de gentes atraía además a curiosos y ociosos que confiaban en cumplir con algún encargo o realizar cualquier tipo de trabajo eventual que les solucionara la jornada.

Pasada la puerta, el primer tramo de la calle recibía el nombre de Via Tecta por estar flanqueada por pórticos en los cuales los peatones podían protegerse de la agresividad de los carros y carruajes que con frecuencia no respetaban los derechos de los ciudadanos de a pie.

Entre una puerta y otra había largos tramos de muralla que impedían el paso al exterior, sobre todo en el lado oriental, que se convertían en zonas muertas donde se establecían los desheredados de la fortuna. Los habitantes de los submoenia (al pie de las murallas), como eran denominados estos terrenos, vivían hacinados en casuchas miserables que se abrían, a ambos lados, de callejones estrechos y tortuosos, nidales de la prostitución y del vicio.

---

1 Para obtener esta toba se excavaron enormes cavernas bajo el Palatino, el Capitolio y el Quirinal.

2 «Salita» se traduce por cuesta, subida.

3 Semita, significaba en latín, senda, callejuela. La posterior evolución de la palabra sem´ta, dio paso al término senda, en castellano.

4 Con el nombre de esta importante vía se recuerda el 20 de

septiembre de 1870, fecha en la que las tropas del general Cardona entraron en Roma por una brecha practicada en la Porta Pia. El Papa Pío IX mandó izar la bandera blanca y, tras proceder a una protesta solemne contra la violación de sus derechos, se encerró en el Vaticano. Roma se convertía, así, en la capital de la Italia unificada, pero la ruptura con la Santa Sede se mantuvo hasta el llamado Pacto de Letrán, propuesto, en 1925, por Mussolini, quien firmó con Pío XI, «la conciliación de1929».

5 Estrabón, geógrafo griego, nacido en Amasia (Capadocia), vivió entre los años 66 a.C. y 24 d.C. y visitó Roma hacia el 44 a.C. Dejó escrita una Geografía en 17 libros, obra que con la de Tolomeo (siglo II d.C.), son las mejores que nos ha legado la Antigüedad.

6 Dionisio de Halicarnaso, crítico, retórico e historiador griego que vivió entre los años 60 a.C. y 10 d.C. Desempeñó un importante papel en la cultura de su época y, de entre sus escritos, destaca: Antigüedad Romana, en 20 libros que trataban de la Historia de Roma hasta el 264 a.C., pero los libros existentes (del 11 al 20) solo llegan hasta el 441 a.C. Otra obra suya es Tratado de imitación y estudio sobre los antiguos oradores; y toda una serie de escritos de carácter epistolar.

7 Este convento recibe su nombre de cuatro soldados que fueron martirizados por negarse a adorar a un dios pagano. Durante siglos fue el baluarte de la residencia papal que se hallaba ubicada en el palacio del Laterano. Construido en el siglo IV d.C. fue reconstruido después de que los normandos incendiaran la zona en el 1084. En su interior destaca la capilla de San Silvestre, cuyos magníficos frescos narran la conversión de Constantino por el citado santo.

8 Esta iglesia es famosa por los bellos mosaicos del siglo IX que alberga en su interior.

9 Dicha puerta debía su nombre a Carmenta, la mítica madre de Evandro. Con él llegó de Arcadia cuando, desterrado, hubo de buscar refugio en tierras de Occidente. Aunque no era este el nombre que tenía en su patria de origen, en Roma se la llamó así por poseer el don de la profecía (carmen = canto mágico). Se decía que había muerto a los 110 años y que su hijo la había enterrado al pie del Capitolio, cerca de la citada puerta.

10 Los templos del Forum Boarium, el de Portumnus (antiguamente llamado de la Fotuna Virilis) y el de Hércules (o mal llamado de Vesta, por su forma circular), son los mejores conservados de la Roma republicana y datan ambos del siglo II a.C. Su buen estado de conservación se debe al hecho de que fueron consagrados como iglesias cristianas.

IV. LAS MURALLAS AURELIANAS

Se ha dicho, y con razón, que la construcción de las murallas aurelianas, en términos históricos, marcó el principio del fin. La amenaza de los pueblos bárbaros, que en el 270 d.C. habían vuelto a trasponer los Alpes bajando hasta la altura de Florencia, pesaba con tal fuerza en la Roma del siglo III d.C. que el emperador Aureliano (270–75), temiendo que pudieran llegar hasta ella, decidió amurallarla, como antaño se hizo en el 390 a.C., después de la invasión de los galos. Con la expansión urbana de la ciudad en época imperial apenas si quedaron restos de los viejos muros servianos, manteniéndose solo en el recuerdo el nombre de algunas de sus puertas, como simple lugar de referencia. En los siglos de esplendor nada podía hacer pensar que llegaría el día en que la capital del Imperio tuviera que volver a encerrarse tras un nuevo cinturón protector.

Las obras se iniciaron en el año 271 y no se acabaron hasta el año 279, ya en tiempos de Probo (276–82), a pesar de que se procuró tardar el menor tiempo posible en su construcción. Por esta razón se aprovecharon cuantos edificios y arquerías de acueductos pudieron incorporarse a su fábrica: los muros de los jardines de los Acilios (hoy «Muro Torto»), el Castro Pretorio, los arcos del Aqua Marcia y el Aqua Claudia, el Anfiteatro castrense, la pirámide de Cayo Cestio, etc. La muralla con un perímetro de casi 19 km. (18.837 m.) que englobó una superficie de 1.386 hectáreas, fue obra de hormigón revestido de ladrillo, aunque en sus posteriores reconstrucciones se utilizaron materiales muy diversos, sobre todo el travertino. Tenía 6 m. de altura y 3,50 m. de espesor y, de trecho en trecho, se alzaban torres de planta cuadrada, de cien pies romanos (29,60 m.) de alto, que contaban con una cámara superior destinada a almacenar la impedimenta militar. Las puertas principales, flanqueadas por dos torres semicirculares, se componían de dos arcos de ingreso y paramentos revestidos de travertino. En las de menor importancia el doble arco se sustituyó por uno solo. Las secundarias se limitaban a ser un simple acceso abierto en el centro de un tramo, entre dos torres cuadradas.

Las primeras obras de remodelación se realizaron, pocos años después ya en tiempos de Majencio (306–312), pero las de refuerzo y transformación más importantes se llevaron a cabo en la época de Honorio (395–423), entre los años 401 y 402, para hacer frente a los posibles ataques de los godos. Dichas obras fueron de tal envergadura que a este nuevo recinto recibió el nombre de «muros de Honorio», aunque se sabe que fue Estilicón[1] el verdadero impulsor de su transformación Se duplicó la altura de la muralla, sustituyéndose el antiguo camino de ronda por una galería cubierta en la cual se abrieron numerosas troneras, y se levantó sobre esta un nuevo camino de ronda provisto de almenas. Fue entonces cuando se incorporó a la cerca el Mausoleo de Adriano con el fin de defender la orilla derecha del Tíber. Los dos arcos de ingreso de varias puertas se redujeron a uno solo y se procedió a la elevación y refuerzo de los torreones.

La siguiente restauración tuvo lugar en el siglo VI, siguiendo las directrices de Belisario (494–565), el general de Justiniano que conquistó Roma. Se tienen noticias del estado del recinto, por aquel entonces, por una descripción que del mismo se hizo en época bizantina y por las noticias recogidas en la Guerra Gotica de Procopio, erudito e historiador de la corte de Justiniano[2]. Al parecer, contaba con 5 entradas principales, 382 torres, 7.020 almenas, 116 letrinas y 2.066 ventanas exteriores.

A pesar de las muchas heridas que estos muros han recibido en el transcurso de los siglos, puede decirse que su trazado se conserva casi completo, aunque en ellos se perciben los cortes y desvíos de los que fueron objeto, así como los remiendos y composturas que se les practicaron en muy diversas épocas. Y si bien es verdad que no pudieron evitar la invasión de los bárbaros, a su modo cumplieron con su papel defensivo desde el momento de su construcción hasta la segunda Guerra Mundial. En 1870 se abrió un inútil boquete, a tiro de cañón, en la Porta Pía para que entrasen las tropas reales que no encontraron la menor resistencia, pero con este acto se simbolizó el inicio de los nuevos tiempos. Más tarde, sus altos paredones, en el tramo de la Puerta de San Pablo aún fueron testigos de los combates entre italianos y alemanes en la segunda Guerra Mundial.

Cada puerta tiene su propia historia y los avatares de tan venerables defensas se recogen el Museo de las Murallas (sito en la «Porta de San Sebastiano») donde se guardan numerosos planos, maquetas fotografías, etc. que dan cumplida cuenta de su construcción, transformaciones y avatares. En este caso, empezaremos la descripción de la muralla a partir de la Porta Flaminia, actual «Porta del Popolo», para seguir su recorrido en el sentido de las agujas del reloj, haciendo especial hincapié en cada una de sus puertas.

Porta flaminia (actual «porta del popolo»)

En la actualidad es la llamada «Porta del Popolo» y por ella se accede a la magnífica plaza de este mismo nombre diseñada por Valadier en 1814. En ella desemboca la «Via del Corso», antigua Via Lata, también denominada Flaminia porque desde allí salía la vía homónima, construida en el 220 a.C. para unir a Roma con las costas del Adriático. En su primer tramo llegaba hasta el puente Milvio, a partir del cual continuaba la Via Cassia.

Siguiendo el modelo aureliano, en un principio esta puerta se componía de dos arcos de acceso flanqueados por dos torreones, sin embargo, transformada en épocas posteriores, acabó siendo demolida por Sixto IV (1471–84). Su actual trazado se debe a Miguel Ángel, aunque su fachada exterior, en forma de arco de triunfo romano, fue realizada por Vignola (Jacobo Barocci, 1507–73) por encargo del papa Pío IV (1562–65). La interior fue obra de Bernini en el año 1665, a instancias de Alejandro VII Chigi (1655–67), con el fin de que por ella hiciera su entrada oficial la reina Cristina de Suecia a su llegada a Roma. En 1879 se le añadieron a los lados dos ingresos menores, lo que ha desvirtuado su proyecto original.

Desde esta puerta arranca un tramo bastante bien conservado («viale del Muro») que rodea al Pincio (antiguo collis Hortulorum) y sigue hasta la esquina en la que empieza la actual «Via del Muro Torto», un gran paramento de opus reticulatum que formaba parte

de los cimientos de los Horti Aciliorum y que fue utilizado en la construcción de la muralla aureliana, continuado luego hasta la Porta Pinciana.

Porta salaria (actual «porta pinciana o brasilia»)

por ella se accede a la Villa Borghese y en ella desembocan la «Via Veneto»[3] y la «Via de la Porta Pinciana». En la antigüedad a través de la misma se salía a la Via Salaria Vetus, una de las más importantes vías de comunicación de la ciudad desde los momentos de su fundación. Aquí se inicia uno de los tramos mejor conservados de toda la muralla.

Estuvo, como los anteriores, flanqueada por dos torreones y al parecer fue rehecha en tiempos de Honorio. Tiene una larga historia ya que fue testigo de numerosos avatares. Por ella entraron los godos de Alarico en el 410, porque algunos traidores abrieron la puerta desde dentro, dejando que la ciudad fuera saqueada. La gente buscó refugio en las iglesias, que Alarico respetó, ya que era cristiano, pero a pesar de todo hizo numerosos prisioneros entre ellos la propia hermana de Honorio, Gala Placidia, que se casaría más tarde con Ataulfo. Mientras, Honorio seguía en Rávena, indiferente a todo cuanto sucedía en la Urbe.

En el 476, el ostrogodo Odoacro depuso al último emperador Rómulo Augústulo. Ante tal acontecimiento, Justiniano envió a Roma a su General Belisario[4]. La ciudad, entre tanto, mantuvo una heroica resistencia, librándose importantes batallas entre la Porta Flaminia («Porta del Popolo») y la Prenestina («Porta Maggiore»). A la muerte de Odoacro, Vitiges, con 150.000 hombres, procedió al asedio de la Urbe, defendida por el general bizantino con tan solo 500 soldados. En tan desesperada situación, rechazó hasta sesenta ataques del enemigo, ya que los bárbaros no eran expertos en el asalto de murallas, y Belisario empleó todos sus recursos técnicos y sus potentes máquinas de guerra en la defensa. Reforzó los muros y colocó ballestas y catapultas en sus torres. Hizo levantar, también, muros de protección en la Porta Flaminia y unió el mausoleo de

Adriano a las murallas. Instaló su cuartel general en una de las torres de la Porta Salaria, en la todavía llamada Torre de Belisario y, desde allí, planeó todas las operaciones tácticas y estratégicas que llevo a cabo con éxito.

Regresó, después a Constantinopla, dejando a Besas al cargo de la defensa de la ciudad, asediada, esta vez por Totila, el sucesor de Vitiges. El godo consiguió entrar en Roma, valiéndose una vez más de la traición, por la Puerta Asinaria, próxima a la basílica de San Juan de Letrán, y como cometido prioritario se dedicó a la destrucción de las murallas desde la Porta Salaria hasta la Porta Praenestina. Besas huyó de la ciudad y Belisario volvió a ella, entrando por la Porta Ostiensis, procediendo, enseguida, a reconstruir los paramentos derribados. Totila que había abandonado Roma, al tener noticia de las medidas adoptadas por su enemigo y movido por el odio que siempre había sentido por los inexpugnables recintos fortificados de los romanos, volvió al ataque esta vez por la zona meridional de la ciudad que no había podido ser reforzada. Sin embargo, en la Porta Appia y la Porta Latina, Belisario colocó, una vez más, sus potentes máquinas de guerra y consiguió rechazarle.

Después de la defensa heroica que este general hizo de Roma y de los buenos servicios prestados a Justiniano, cayó en desgracia. Regresó a Constantinopla y, allí, por orden del emperador fue apresado y torturado, hasta el punto de que le fueron arrancados los ojos. Según cuenta una vieja leyenda, volvió a Roma y como un mendigo ciego vivió en el interior de la Porta Salaria, la misma que tantas veces había defendido con valentía y acierto. El busto anónimo, que se conserva en el mismo lugar donde se supone que consumió sus últimos años, se cree que es el del propio Belisario y como a tal se le respeta.

En Roma, quedó una simple guarnición bizantina, derrotada por Totila que volvió a conquistar Roma, al irse Belisario. Más tarde se dio la paradoja de que tuvo que ser él quien la defendiera de los ataques de Narsés, el nuevo general enviado por Justiniano para hacerse cargo del mando de la ciudad. Cuando, al fin, consiguió entrar en ella, la encontró desierta y maltrecha y, desde entonces, pese a conservar su monumentalidad y aparente grandeza, no

volvería a ser la misma.

Próxima a la actual «Piazza Fiume» se abrió la otra Porta Salaria que daba acceso a la Via Salaria Nova y que fue demolida en 1870. El tramo que corre desde aquí hasta la «Porta Pía», se conserva en buen estado.

Porta nomentana

(próxima a la actual «porta pía»)

Se abría a unos 75 m. del lugar que hoy ocupa la «Porta Pía», y daba salida a la vía del mismo nombre. De esta puerta, ahora cerrada, aún son visibles los estípites[5], realizados en opera latericia, y la torre semicircular de la derecha. La de la izquierda fue derruida en 1827.

La «Porta Pía» fue construida por Miguel Ángel, entre 1561 y 1565, por encargo del papa Pío IV (1562–65), aunque la fachada posterior fue realizada por Vespignani en 1868. Antes de llegar a ella, hay un monumento adosado a la muralla que recuerda la toma de Roma por los «bersaglieri» del ejército real, el 20 de septiembre de 1870, fecha en la que Roma se convertió en la capital de la Italia unificada. Dicha fecha dio nombre a la «Via XX de Settembre» que conduce hasta la citada Puerta y que en época imperial se denominaba la Alta Semita[6]. Algunos de los cañonazos de las baterías reales abrieron un boquete en la muralla, en las proximidades de la «Porta Pía», entrando por él los soldados sin encontrar la menor resistencia. El papa Pío IX (1846–78), que había celebrado misa a las siete de la mañana, ordenó que se pusiera una bandera blanca en la cúpula de San Pedro, indicando la rendición. En consecuencia, la brecha en la muralla que, inevitablemente, recuerda un acto carente de heroísmo por parte de los atacantes, se ha convertido, sin embargo, en un símbolo de la toma de Roma y el final del reinado temporal de los papas. En su interior se halla el Museo histórico de los «bersaglieri» y, detrás, en la plaza se alza el «Monumento del bersagliere», levantado en 1932.

Los castra praetoria

Entre la Porta Nomentana y los Castra Praetoria se abrían dos postigos en la muralla. Uno a 43 m. de la primera, y el segundo muy cerca del recinto cuartelario, pero ambos fueron cerrados en la reconstrucción realizada en época de Honorio. Se llegaba después al Castro Pretorio, el cuartel permanente de las cohortes pretorianas, construido por el emperador Tiberio. En tiempos de Aureliano se incorporó al recinto amurallado y sus muros originariamente de 4,73 m. de altura, fueron recrecidos en unos dos metros y medio, al tiempo que se cerraban las puertas del lado norte y la del este, dejando abierta la del sur.

Las cohortes pretorianas se convirtieron en las fuerzas decisivas a la hora de elegir y deponer emperadores. Los problemas se iniciaron con el propio Tiberio al nombrar Prefecto de la Guardia Pretoriana a Aelio Sejano y poner en sus manos el gobierno de la ciudad, mientras él permanecía en su residencia de Capri. Convertido en el señor absoluto de Roma, desencadenó contra él toda clase de animadversiones, por lo que acabó siendo asesinado junto con toda su familia por Sertorio Macrón, quien se alzó como el nuevo prefecto de los pretorianos. Calígula consiguió pronto deshacerse de Macrón, pero él, a su vez, fue asesinado por los pretorianos quienes eligieron a Claudio, en el propio Castro Pretorio, desde donde le llevaron al Senado para que los senadores, atemorizados, le reconocieran como emperador. Sin embargo, esto no fue obstáculo para que el propio Claudio hiciera asesinar a varios prefectos, entre ellos a Catonio Justo por instigación de Mesalina, y a Rufio Pollio por razones desconocidas. Más tarde, su liberto Narciso, al ser nombrado prefecto, consiguió la condena de la infiel Mesalina. En tiempos de Nerón continuaron las intrigas pretorianas. Este emperador eliminó a varios prefectos antes de conceder este cargo a Ofonio Tigelino, un personaje ambicioso y cruel que acabó suicidándose con su Señor por evitar las represalias de las que iba a ser objeto.

En la época de los Flavios y de Trajano, los pretorianos estuvieron

sometidos por estos emperadores, ya que fueron hombres de mando capaces de dominar a las legiones; sin embargo, en época de Cómodo, volvieron a surgir nuevos conflictos. Nombrado prefecto Triginio Perenne se hizo dueño de la ciudad a la que gobernó con mano férrea y de forma venal. Como Sejano sufrió una horrible muerte y, asimismo, el emperador fue asesinado. Se nombró, en su lugar a Publio Helvio Pertinax, asesinado por los pretorianos tres meses después de su nombramiento. La larga crisis de intereses y de luchas civiles terminó con la victoria de Septimio Severo, quien se encargó de acabar con el poder de las cohortes pretorianas, trasladando sus cuarteles en el 195 a Albano, a 47 km. de Roma. El golpe final, no obstante, lo recibieron de manos de Constantino, ya que en la batalla del Puente Milvio lucharon a favor de su enemigo Majencio. Tras su victoria procedió a la destrucción del Castro Pretorio, no dejando en pie más que sus muros externos.

Pasados los Castra Praetoria se abría la Porta Chiusa, así llamada porque fue cerrada ya en época avanzada. Sus restos se ven todavía en la actual «Vía Monzambano», a la altura de los números 4 y 6. Desde aquí hasta la Porta Tiburtina la muralla solo se conserva en su parte inferior, abierta por el trazado de varias calles modernas. En la actualidad, en el área de los Castra se encuentra la Biblioteca Nacional.

Porta tiburtina (actual «porta san lorenzo»)

En su origen fue un arco de triunfo monumental construido en época augústea (5 a.C.) para permitir el paso sobre la Via Tiburtina de los varios acueductos que formaba el singular conjunto del Aqua Marcia, Tepula y Iulia. Esta vía era la que conducía y sigue conduciendo a Tívoli, la antigua Tibur. En el proceso de construcción de la muralla aureliana se incorporó a su trazado, al igual que se hizo con el doble arco de la «Porta Maggiore», de época de Claudio. Posteriormente, en la reforma de Honorio se le añadió un nuevo ingreso que fue destruido en 1869 por Pío IX (1846–8). Al lado de la puerta, en su lado externo, aún queda un tramo de muralla bien conservado.

El arco de época de Augusto, hecho de travertino, se conserva en muy buen estado. En él se aprecian sus pilastras toscanas y su clave ornada con bucráneos. Arranca de un nivel más bajo que el actual y en su ático aún se ven los huecos en los que se insertaban los conductos de agua de los acueductos ya citados. En ellos han aparecido dos inscripciones, una de Augusto, con la fecha del 5 a.C., y otra de Tito, del 79 d.C., con la mención de la restauración del Aqua Marcia que entonces se llevó a cabo. Existe otra más, de época de Honorio, que hace referencia a la reconstrucción de los muros.

En el tramo que media entre la Porta Tiburtina y la Porta Praenestina se aprecian huellas de un postigo arquitrabado que fue cegado en época antigua. Su función era la de dar paso a los Horti Liciniani y al templo de Minerva Medica. Asimismo, entre la quinta y la sexta torre, de este mismo trecho, se insertó en la muralla una casa de pisos, de casi 16 m. de altura y 30 m. de ancho cuya fachada aparece encastrada en la muralla.

Porta praenestina (actual «porta maggiore»)

En su origen fue un doble arco, perteneciente al Aqua Claudia y que se elevó en el punto, conocido con el nombre de ad Spes Veterem (Esperanza Antigua), por estar próximo al templo dedicado a esta divinidad en el 477 a.C., considerado muy anterior al que luego se levantaría en el Foro Holitorio, hacia el 260 a.C. En este lugar confluían la mayoría de los acueductos que llegaban a Roma: el Anio Vetus, del 272 a.C., subterráneo; el Aqua Marcia (144 a.C.), el Aqua Tepula (125 a.C.), el Aqua Iulia (33 a.C.), seguidos por el Aqua Claudia y el Anio Novus, ambos comenzados por Calígula y terminados por Claudio en el año 52. Transportaban el agua a las vías Labicana y Prenestina, dos de las calzadas más importantes de la antigua Roma.

Los dos arcos que sostienen estos dos últimos acueductos, superpuestos uno encima de otro, es lo que se conoce como «Porta Maggiore» porque, más tarde, se convirtió en una puerta urbana incorporada a las murallas aurelianas por la que había que pasar

para acceder a la iglesia de «Santa Maria Maggiore». Cuando en tiempos de Honorio estas se reformaron se edificó un bastión más avanzado en el cual se abrió una nueva puerta, flanqueada por torres, en una de las cuales se incluyó la tumba del panadero Virgilio Eurisaces, proveedor del Estado, y de su mujer Atinia, construida en el año 30 a.C.[7]

La inscripción de Honorio que figuraba sobre esta nueva puerta, aparece ahora en la parte exterior de «Porta Maggiore». Esta parte de la fortificación, que se ve en algunas antiguas imágenes de la ciudad, fue demolida en 1838 y la última restauración de la puerta y de su entorno se realizó en 1957.

La mampostería de travertino y su estructura que se conserva hasta una altura de 19 m. es de aparejo tosco y poco cuidado, muy corriente en las construcciones de la época de Claudio. La inscripción del ático, repetida en ambas fachadas, es de este mismo emperador:

TI CLAUDIUS DRUSI F CAESAR AUGUSTUS GERMANICUS PONTIF(EX) MAXIM(US)/ TRIBUNICIA POTESTATE XII COS V IMPERATUR XXVII PATER PATRAE / AQUAS CLAUDIAM EX FONTIBUS QUI VOCABANTUR CAERULUS ET CURTIUS A MILIARIO XXXXV / ITEM ANIENEM NOVAM A MILLIAR LXII SUA IMPENSA IN URBEM PERDUCENDAS

Tiberio Claudio, hijo de Druso César, Augusto Germánico, Pontífice Máximo, con poder tribunicio por duodécima vez, cinco veces cónsul, veintisiete veces emperador, Padre de la Patria, acometió la traída de aguas de su propio peculio del aqua Claudia desde los manantiales llamados Caeruleus y Curtius a 45 millas de distancia, y desde el Anio Novus a 62 millas.

La inscripción fue añadida por Vespasiano después de haber realizado en ella algunas obras de reparación. Debajo, aún hay otra

de Tito quien también la restauró.

La muralla desde este punto sigue hacia el Este. En realidad este tramo está constituido por los arcos cegados del acueducto Claudio para convertirlos en un muro defensivo. A la altura del Circo Variano, del que quedan muy pocos restos, se separa de la arquería del acueducto y describiendo un ángulo agudo se dirige al Sudoeste. En dicho ángulo estaba el palacio imperial Sessoriano, cuyos restos se englobaron, en parte, en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén. Después llegaba al Anfiteatro castrense, también incorporado a la muralla. Era un pequeño edificio, todo él construido de ladrillo, de época posterior a la de los Severos y que, tal vez, perteneció al palacio Sessoriano. Los arcos de la fachada, encuadrados por medias columnas, fueron cegados y se recreció la parte superior del edificio para adaptarlo a la estructura de la muralla. A partir de aquí y hasta la Porta Asinaria existe un tramo bien conservado y restaurado recientemente.

Porta asinaria (o «de los asnos»)

pasada la Puerta de San Juan, construida en 1574, se encuentra la antigua Porta Asinaria, una de las entradas secundarias, destinada al tránsito de los animales de carga. Restaurada no hace muchos años, es un claro ejemplo de los accesos menores que se abrieron en la primitiva muralla. Sin embargo, en la restauración de Honorio se la añadió una torre semicircular a cada lado. Desde fuera se puede ver la fachada recubierta de travertino y las dos hileras de ventanas que iluminan las galerías superiores. En algunos puntos de la parte interna de este trecho de la muralla, en vez de una galería simple, hay una doble superpuesta, con lo que se consiguió superar el desnivel del terreno, muy apreciable en esta zona.

Aún había otro ingreso secundario, pasada la Puerta de San Juan; era una portezuela visible, todavía, en 1868 por el que se accedía al palacio del Laterano.

Porta metrovia (actual «porta metronia»)

esta puerta, cuyo nombre actual es el de Metronia, fue uno de los accesos secundarios existentes en este tramo de la muralla que, desde aquí hasta Porta Latina, se conserva en buen estado. Su primera reconstrucción data del 1157 y, recientemente, se ha restaurado todo el sector hasta el Bastión de Sangallo, pasada la Porta Appia (hoy de San Sebastián), cerca de la cual se encuentra el ya mencionado Museo de las Murallas.

Porta latina

De ella salía y sigue saliendo la vía homónima. Es una de las puertas más bellas y mejor conservadas de todo el recinto. La fachada, de travertino es, básicamente, de época aureliana, aunque se aprecien retoques de la reconstrucción posterior. La puerta original, de la cual aún se aprecia el trazado, era notablemente más grande, y fue rehecha en tiempos de Honorio. En su parte superior, realzada, se abrieron cinco pequeñas ventanas, en forma de arco para iluminar las cámaras de maniobras. Más tarde fueron cegadas, posiblemente en el transcurso de la guerra contra los godos.

La torre de la izquierda es en gran parte de época de Aureliano, mientras que la de la derecha es una restauración de época medieval (siglo XII). Sobre la clave del arco todavía se aprecia el anagrama de Constantino. El cerramiento, como era usual en las puertas principales, se componía de una puerta de doble batiente al exterior y, en el interior, una reja deslizante en sentido vertical, guiada por acanaladuras laterales, bloqueaba el acceso en caso de necesidad. En el tramo siguiente las restauraciones han sido numerosas en los siglos XV, XVI y XVIII.

Porta appia (actual «porta san sebastiano»)

Debe su antiguo nombre a la Via Appia, la «reina de las vías romanas», que partía desde ella como sucede en la actualidad. Construida por orden del cónsul Apio Claudio en el 313 a.C., enlazaba a Roma con Tarento y es una de las vías romanas más bellas y mejor conservadas de cuantas hasta nosotros han llegado. Su nombre actual responde, en cambio, al hecho de ser la salida que conducía a la catacumba de San Sebastián, cerca de la cual se levantó una basílica en el siglo IV y, posteriormente, una iglesia, en el siglo XVII en honor de este mártir[8].

En su estructura se aprecian todas las fases por las que atravesó la muralla. En un principio, como todas sus puertas principales, constó de dos arcos gemelos entre dos torres semicirculares de dos plantas, abriéndose en la superior las correspondientes ventanas. En la primera reconstrucción se ampliaron dichas torres quedando englobadas en otras estructuras de planta de herradura y duplicadas en altura. En el patio interno, del que aún queda el lado oeste, se utilizó como una segunda puerta el llamado por error arco de Druso. Dicho arco era en realidad un soporte del acueducto antoniniano destinado a llevar el agua a las Termas de Caracalla. Se construyó en el siglo III d.C., así que no guarda la menor relación con Druso. Aún se mantiene en pie sobre la Via Appia a unos 500 m. de la Puerta de San Sebastián. En época de Honorio, se construyeron probablemente los grandes basamentos cuadrados, revestidos de mármol, dentro de los cuales se ubicaron las torres. Posteriormente, se procedió a su reestructuración interna y por último las citadas torres se elevaron con una planta más.

En la pilastra que hay a la izquierda, según se entra, se halla una imagen del arcángel San Gabriel con una inscripción que, en un curioso latín medieval, recuerda la victoria de los romanos sobre Roberto d´Angio, rey de Nápoles, el 29 de septiembre de 1327. El cerramiento, como en el caso de la Porta Latina se componía de una puerta de doble batiente y una reja deslizante.

Su interior, restaurado en época reciente, ha sido objeto de numerosas transformaciones, sobre todo entre 1942–43, cuando fue ocupado por el secretario del partido fascista Ettore Muti. De esta época son los mosaicos en blanco y negro todavía existentes en las

dependencias de maniobras y en otros lugares. Aquí se ha instalado el Museo de las Murallas, donde se expone la maqueta de esta puerta mostrando sus diferentes fases constructivas, así como una amplia documentación sobre la historia y evolución de las citadas murallas.

Sigue siendo uno de los accesos más monumentales de Roma y por él se procura que entren los visitantes más ilustres. En 1536, Carlos I de España hacía su ingreso en la ciudad por la Porta Appia a su vuelta de la conquista de Túnez y años más tarde, Marco Antonio Colonna, el almirante de la flota papal, hacía lo mismo tras la victoria de Lepanto (1571), siendo acogido con un solemne Te Deum celebrado en «Santa María in Aracoeli»

De gran interés es el tramo que media entre esta puerta y el llamado «Bastión de Sangallo». En la cuarta torre se aprecia una pintura bizantina de la Virgen con el niño y a la altura de la decimocuarta comienza el citado bastión, una importante obra de refuerzo de la muralla encargado por Pablo III Farnesio (1534–49) a Antonio Sangallo el Joven en 1537, temeroso de que pudiera repetirse un nuevo saqueo de la ciudad como el perpetrado en 1527 por las tropas de Carlos I. Para su construcción se destruyó un tramo de la muralla y se derribó la Porta Ardeatina, que era la siguiente a la Appia. En ella desembocaba y desemboca la vía que viene desde las Termas de Caracalla. El trecho que sigue a este enorme bloque, visible desde el exterior, sigue en línea recta hacia el noroeste y tuerce en ángulo hacia el sudoeste, incluyendo parte del Aventino. Presenta numerosas restauraciones y puede apreciarse que casi todas las torres han sido reconstruidas.

Porta ardeatina

Se abría entre la Porta Appia y la Porta Ostiensis y fue derruida, como acabamos de decir, en 1537 al construirse el «Bastión Sangallo».

Porta ostiensis (actual «porta san paolo»)

Esta puerta, junto con la de San Sebastián son las dos mejor conservadas de todo el recinto y en ambas pueden seguirse las remodelaciones de las que han sido objeto a través del tiempo. En un principio su estructura fue la habitual en el primer trazado: dos ingresos en forma de arco, flanqueados por dos torres semicirculares. En época de Majencio se adjuntaron dos muros a la contrapuerta y en la de Honorio la entrada se redujo a un solo vano a la vez que se realzaron las torres. Por ella entraron los godos de Totila en el 594 d.C.

De esta puerta sigue saliendo la Via Ostiensis que llega hasta el Puerto de Ostia. En la actualidad en ella se encuentra el Museo de la Vía Ostiense, donde se exponen maquetas de la antigua Ostia, de los puertos de Claudio y de Trajano, junto con los vestigios de los monumentos que jalonaban en este viejo camino y las copias de las inscripciones en él halladas.

El nombre actual se debe al hecho de que conduce a la basílica de San Pablo Extramuros, una de las más importantes de la cristiandad y, sobre todo, una de las primeras en ser levantada en el siglo IV. Fue totalmente destruida en el siglo XIX y reconstruida unos años después.

La pirámide de cayo cestio

Se levanta al oeste de la puerta anterior y en su día fue incorporada a la muralla aureliana. Este curioso monumento de época de Augusto fue el capricho de un rico pretor, Caius Cestius, muerto en el año 12 d.C., del que no conocemos más que esta singular construcción que le sirvió de tumba. Es una imponente pirámide construida en hormigón y revestida de mármol blanco de Luna (Carrara) que alcanza una altura de 36,40 m. La elección de una última morada tan ajena a las costumbres romanas ha hecho pensar

que su propietario pudo haber residido en la provincia de Nubia, anexionada a Roma en el 24 a.C., donde por esta época se construyeron pirámides semejantes. Originariamente estuvo rodeada de cuatro columnas a imitación de los modelos de las pirámides de Meroe.

Su inscripción dedicatoria, repetida en los lados este y oeste dice:

C(AIUS) CESTIUS L(UCI) F(ILIUS) POB(LILIA TRIBU) EPULO PR(AETOR) TR(IBUNUS) PL(EBIS) / VII VIR EPULONUM.

Cayo Cestio Epulo, hijo de Lucio, de la tribu votante Pobilia, pretor, tribuno de la plebe, septenviro, responsable de los banquetes sagrados.

Los epulones eran siete sacerdotes estatales que se encargaban de los banquetes oficiales en honor de Júpiter. Su pertenencia a este estamento acredita su alto rango social y su posición económica que le permitió pagarse tan costosa tumba.

En el lado oriental, una segunda inscripción nos informa de que en su construcción se tardaron 330 días:

OPUS APSOLUTUM EX TESTAMENTO DIEBUS CCCXXX / ARBITRATU / PONTI P F CLA MELAE HEREDIS ET POTHII L(F).

El trabajo fue completado de acuerdo con la voluntad, en 330 días, por la decisión del heredero [Lucius] Pontius Mela, hijo de Publius de la Claudia, y Pothus.

En la cara oriental del monumento aparece otra inscripción moderna grabada por orden del papa Alejandro VII para conmemorar los trabajos de restauración llevados a cabo en esta tumba y en sus alrededores:

INSTAURATUM. AN. DOMINI. MDCLXIII

El monumento, hecho de hormigón (opus caementicium), está recubierto por losas de mármol. La cámara interior, rectangular y cubierta por una bóveda de cañón, es accesible por una puerta moderna. El recubrimiento de ladrillo es uno de los ejemplos más antiguos de este tipo de aparejo (opus laetericium) que se ha conservado hasta nuestros días. La decoración pintada corresponde al llamado III estilo y es especialmente rica, presentando paneles enmarcados por candelabros, con figuras femeninas sedentes y de pié. En cada esquina de la bóveda hay una victoria.

En la Edad Media, este monumento era conocido con el nombre Meta Remi y de todos respetado por conocerse su carácter funerario. En el pedestal de la estatua de bronce del difunto, que actualmente se encuentra en el Museo Capitolino, se menciona a sus herederos, entre ellos a Valerio Mesala y a Agripa.

De aquí hasta el Tíber, se aprecian numerosos restañados en la muralla. Rodeaba al monte Testaccio y, al llegar al río, seguía hacia el norte más de 800 m. para luego continuar por la otra orilla. En este punto había dos torres medievales desde las cuales se tendía la cadena que cerraba, en caso de necesidad, el curso fluvial, lo que también debió de hacerse en la antigüedad.

Puertas de la orilla derecha del tíber

Las murallas de la orilla derecha del río incluían gran parte del Trastevere, dejaban fuera al Vaticano y describían, más o menos, un

trayecto de forma triangular cuyo vértice se correspondería con la actual «Porta San Pancrazio» que sustituyó en tiempos modernos a la Porta Aurelia. De todo el recorrido transtiberino quedan escasos vestigios.

Porta portuensis (actual «porta portese»)

De ella partía la vía que conducía a los puertos de Ostia, el de Claudio, primero, y el de Trajano, después. Fue derribada en 1643 y sustituida por la «Porta Portese», ubicada más al norte del lugar ocupado por la anterior.

Por esta puerta, en el 455, cuarenta y cinco años más tarde del saqueo de Alarico, entraron en Roma los vándalos al mando de Genserico, procedentes del norte de África. El pillaje de la ciudad duró dos semanas y se llevaron todos los objetos de valor que pudieron cargar en las naves que tenían dispuestas junto a la isla Tiberina y que consiguieron conducir hasta Ostia. En el botín se incluyeron piezas de tanto valor como fueron las tejas doradas del templo de Júpiter Capitolino.

Porta aurelia

Esta puerta, que se abrió en zona próxima a donde se encuentra la actual «Porta San Pancrazio», fue demolida, en 1664 por Urbano VIII (1623–44) para unir las murallas aurelianas con las leoninas y asegurar, de este modo, la defensa del Vaticano. Por dicha «Porta San Pancrazio» en el año 1849 las tropas francesas, mandadas por el general Vailant, asaltaron Roma.

Porta septimiana (actual «porta settimiana»)

Fue reconstruida por el papa Alejandro VI Borgia (1492–1503) en 1498, en la «Via della Lungara», en el Trastevere, por lo que su aspecto es totalmente renacentista. La vía que de ella sale es una calzada recta y larga cuyo trazado data del siglo XVI.

Las murallas leoninas

Aunque de época muy posterior, complemento del recinto aureliano fueron las llamadas «Murallas Leoninas» por haber sido mandadas construir por el papa León IV (848–5) después del ataque sarraceno que sufrió el Vaticano en el 846. Miden 3 km. de longitud y fueron construidas por los prisioneros enemigos. Tres años después volvieron al ataque, pero afortunadamente fueron derrotados por este mismo pontífice en Ostia.

La «Porta Santo Spirito» fue obra del arquitecto Antonio de San Gallo, el Joven (1543–44) y está enmarcada por dos recios bastiones que mando añadir el papa Pío IV Médici en 1564. Urbano VIII (1623–44) en 1623 aumentó el cerco de la orilla derecha para incluir el Gianicolo y unir la antigua muralla aureliana con la leonina para una mejor defensa del Vaticano. Desde entonces sus lienzos han sido restaurados en numerosas ocasiones.

El Vaticano se convirtió en residencia de los pontífices por ser considerado el lugar en el que San Pedro fue enterrado. Su monumento más conspicuo es la Basílica de San Pedro y las residencias papales convertidas en museos que con sus colecciones de escultura clásica, la capilla Sixtina, las estancias de Rafael, etc. hacen del conjunto uno de los lugares más prestigiosos y venerados del mundo occidental.

La declaración del Vaticano como Estado dentro de un Estado quedó definida por el tratado de Letrán de 1929, firmado por el papa Pío XI y Mussolini. En recuerdo de dicho pacto se abrió la «Via della Conciliazione» que va desde la Basílica de San Pedro al «Castel

Sant´Angelo», el que fuera en su día el mausoleo de Adriano.

---

1 Estilicón fue un vándalo, formado «a la romana» que llegó a ser Magister Militum (general del Imperio de Occidente), en tiempos de Teodosio. Se casó con la hija adoptiva de este emperador, Serena, y fue suegro de Honorio al que casó con su hija María. Nombrado regente en el 395, fue, sin embargo, decapitado en el 408, por supuesta alta traición.

2 Procopio, historiador bizantino del siglo VI, fue uno de los más importantes eruditos de la corte de Justiniano. Entre sus obras más destacadas se encuentran el Libro de las guerras e Historia Secreta.

3 En época imperial la zona de la «Via Veneto» fue un barrio residencial con importantes zonas ajardinadas y donde se alzaron lujosas villas de los próceres de la ciudad. Famosos fueron los Horti Sallustiani, de los cuales aún pueden verse algunas ruinas en la actual Plaza de Salustio. Después del saqueo de Roma en el siglo V d.C., esta zona quedó abandonada hasta que en el siglo XVII se construyeron el Palacio Barberini y la Villa Ludovisi, hoy desaparecida, ya que después de 1870, fecha en la que Roma pasó a ser la capital del nuevo reino de Italia, los Ludovisi vendieron sus dominios, en 1879, por no poder hacer frente a los impuestos. De tan importante propiedad solo se conserva el «Casino dell'Aurora». A partir de 1900, la «Via Veneto» empezó a convertirse en una frecuentada arteria donde se abrieron hoteles y cafés de moda.

4 General bizantino, probablemente oriundo de Tracia (494–565), que llegó a ser uno de los más destacados militares con los que contó el emperador Justiniano. Venció a los persas delante de Dara; conquistó Cartago y el Norte de África a los vándalos; Catania, Palermo, Siracusa, Nápoles y Roma a los godos. Al final de sus días, debido a la ingratitud del emperador, murió en la pobreza.

5 Estípite, pilastra en forma de pirámide truncada con la base menor hacia abajo.

6 Semita, sem´ta = senda

7 Cf. Esquilino. Tumba del panadero Eurisaces.

8 El que iba a ser conocido con el nombre de San Sebastián era originario de Narbona y fue soldado del ejército de Diocleciano quien le nombró jefe de la cohorte de sus guardias. Denunciado como cristiano fue condenado a morir asaeteado. Cumplida la sentencia y creyéndosele muerto fue abandonado en el lugar donde cayó abatido por las flechas. Sin embargo, su cuerpo fue recogido por unas mujeres cristianas, entre las que se encontraban la matrona Irene, quienes consiguieron curarle. Poco después, recriminó al propio emperador su cruel persecución a los cristianos, por lo que fue de nuevo condenado a morir esta vez apaleado, lo que se cumplió en el 304, cuando ya Maximiano compartía el poder con Diocleciano.

V. LOS ACUEDUCTOS DE ROMA

El aprovisionamiento de agua a Roma, que fue la ciudad mejor abastecida de la antigüedad, se hizo por medio de largos y magníficos acueductos (aquae), de nueve de los cuales tenemos exacto conocimiento gracias a la descripción que de ellos hizo Frontino en su célebre Tratado de los acueductos de la ciudad de Roma. Este ingeniero militar y destacado hombre político de época flavia, bajo el gobierno de Nerva, fue nombrado curator aquarum en el año 97 d.C., es decir encargado del cuidado y mantenimiento de dichas canalizaciones.

El autor de tan importante obra, De aquae ductu Vrbis Romae, Sexto Julio Frontino (41–104 aprox.) fue, como se ha dicho, un ingeniero militar que tuvo un relevante cursus honorum. Al año siguiente de la muerte de Nerva fue nombrado consul suffectus por segunda vez, siendo su colega el propio Trajano[1], por lo que se sentaba en el Senado a la derecha del emperador. Más tarde fue nombrado augur y, a su muerte, fue Plinio el Joven el que le sucedió en este cargo.

Sus contemporáneos le consideraban un gran servidor del Estado, y él mismo, según Plinio, creía haber hecho en su vida lo suficiente para merecer la inmortalidad[2]. El texto del tratado ha llegado a nosotros a través de varios manuscritos, todos los cuales derivan directamente del Codex Casinensis, escrito probablemente por Pedro el Diácono y conservado en la Abadía de Monte Casino.

Por orden cronológico, dichos acueductos son los siguientes: Aqua Appia, Anio Vetus, Aqua Marcia, Aqua Tepula, Aqua Iulia, Aqua Virgo, Aqua Alsietina (o Augusta), Aqua Claudia, y Anio Novus. De los otros dos, construidos en época posterior al tratado de Frontino, conocemos también su trazado, aunque no tengamos la suerte de contar con su descripción. Son el Aqua Traiana y el Aqua Alexandriana, de época de Alejandro Severo.

Los lujosos palacios de los Césares, las suntuosas termas y fuentes, así como los regadíos de la bella campiña romana, exigieron que la

traída de aguas a la ciudad y su salubridad fueran preocupaciones prioritarias de la administración pública para el buen desenvolvimiento de la vida urbana. Sabido era que donde el agua corría (aqua caesa) no entraba la peste, como había sucedido en los viejos tiempos, cuando la que se consumía era la extraída del Tíber y de los pozos naturales. Recuérdese, como ejemplo, la peste del 293 a.C., que obligó a la consulta de los Libros Sibilinos y a la importación del culto de Esculapio, desde Epidauro a Roma, en cuyo honor fue construido un templo, en el 289 a.C., en la Isla Tiberina[3].

Los acueductos eran canalizaciones por las que corría el agua desde los manantiales hasta la ciudad, aunque dicha denominación solía aplicarse a las partes de la conducción que salvaban un desnivel mediante una serie de arquerías de mampostería por cuya parte superior transcurría el specus o canal de agua. A veces dicho canal podía ser doble o triple, como sucedía en el caso del Aqua Claudia y del Anio Novus sobre la «Porta Maggiore», el punto más elevado de Roma donde confluían la mayor parte de los acueductos que procedían de los manantiales existentes en el área oriental de la ciudad.

El primer acueducto de Roma fue el que construyó el censor Appio Claudio Caeco en el 312 a.C. Hasta esa fecha el agua se extraía directamente del Tíber y de la capa freática a la que se llegaba por medio de pozos, de las fuentes urbanas y de las cisternas en las que se recogía el agua de lluvia. La impresionante longitud de los acueductos (hasta 90 kilómetros) se debía a la distancia de las fuentes de las que se captaba el agua, pero también a la necesidad de mantener una inclinación constante de modo que la corriente fluyera de forma natural. Para ello se modificaba el relieve o se levantaban las arcadas precisas sobre las que pudiera discurrir el canal. De esa manera se evitaba el sistema de sifones, complicado y costoso, teniendo en cuenta las técnicas y materiales de la época.

El agua que corría hacia Roma, antes de ser distribuida, se guardaba en los castelli (castillos de agua) que generalmente contenían tres depósitos de igual capacidad. Uno de ellos abastecía a las fuentes y piscinas públicas; el segundo a los baños; y el tercero a las viviendas a las que llegaba el agua por tuberías de plomo.

En la época imperial, el flujo de agua a la ciudad era de 13 m^3 por segundo, lo que equivale a 123 millones de litros en 24 horas. En época de Constantino los 11 acueductos en uso abastecían 11 complejos termales; 856 baños; 15 ninfeos; 2 naumaquias; 3 lagos; y más de 1.300 fuentes, a las que hay que añadir las instalaciones imperiales y privadas. El personal encargado de su mantenimiento ascendía a unos 700 hombres.

Se ha calculado que en el siglo II d.C. Roma llegó a contar con 1.000.000 de habitantes, cada uno de los cuales podía disponer de unos 1.000 litros de agua, mientras que, actualmente, no llega a los 400. El abastecimiento de agua hasta la ciudad era un servicio público y gratuito. Los ciudadanos tenían una reserva en sus impluvia o estanques domésticos, en los que se recogía el agua de lluvia e, incluso en sus pozos particulares, pero el agua potable se iba a buscar a las fuentes públicas. La acometida a las casas privadas era muy costosa y corría a cargo del solicitante que tenía que contar, además de con los gastos de las obras de acometida con los correspondientes a los permisos oficiales.

A partir de las invasiones bárbaras, en el transcurso de las cuales se destrozaron algunos de sus más importantes acueductos con el fin de dejar sin agua a sus asediados habitantes, Roma perdió parte de su verde campiña y volvió a conocer el azote de las infecciones y de la peste, viéndose afectada, como todos los países europeos, por la llamada «peste negra» que, entre 1349 y 1351, acabó con un cuarto de la población del viejo continente. Afortunadamente, en la ciudad renacentista y barroca volvieron a correr las fuentes, alimentadas en su mayoría por los viejos acueductos debidamente restaurados. En la actualidad aún lo siguen haciendo para deleite de propios y extraños.

La mayoría de los pilones de las fuentes romanas están a ras de suelo, ya que antaño los viandantes podían refrescarse con el agua que se almacenaba en ellos[4]. Sin embargo, desde principios del presente siglo, cuando las necesidades del creciente tráfico rodado impusieron nuevas exigencias urbanísticas, las fuentes pasaron a tener otro cometido. Se dispusieron, en muchos casos, como reguladoras del naciente tráfico automovilístico y en consecuencia sus tazas se construyeron en alto. Tal fue el caso de la Fuente de las

Náyades, construida en 1901 en la Plaza de la República. El culto a las ninfas de la salubridad de las aguas (náyades, nereidas y oceánidas) se mantiene en la mentalidad colectiva con tal fuerza que es muy frecuente que cualquier tipo de embalse que tenga una fuente, un manantial o un pequeño lago, se halle colmado de monedas que la gente arroja, de modo espontáneo, sin tener muy claro el por qué. Esto sucedía en el Lacus Curtius, sito en el Foro romano y en la actualidad en la famosa «Fontana de Trevi».

Los ingenieros romanos lograron su mayor fama en el trazado de puentes y acueductos. Su solidez les ha permitido desafiar el paso del tiempo, ya que los deterioros que en ellos se han producido han sido en su mayoría debidos a la mano del hombre y no a los agentes naturales. Numerosas construcciones de este tipo se mantienen en los países que Roma dominó, y en ellos cumplieron con su cometido haciendo gala de su reciedumbre. De firme traza fueron los arcos de los puentes que cruzaron los ríos tal y como se reflejaron y se siguen reflejando en sus aguas, mejor o peor reconstruidos, pero aún causan un mayor impacto las arquerías, sencillas o múltiples de los acueductos, enteros o desmochados, que se yerguen sobre valles y campiñas formando parte de su paisaje. Ellos son, sin lugar a dudas, la muestra indiscutible de la grandeza de Roma. Con tales construcciones de servicio urbano con las que enseñó a todos los pueblos del Imperio a vivir «a la romana», quiso demostrar que era capaz de aunar unos principios puramente prácticos con otros de carácter estético.

Siguiendo un orden cronológico, veamos, a continuación, los once principales acueductos de Roma.

Aqua appia

Este acueducto, el más antiguo de todos, como ya se ha dicho, fue obra del censor Appio Claudio Craso, llamado, más tarde, Caecus (el Ciego)[5], el mismo que trazó la vía que lleva su nombre y que sigue siendo la calzada más famosa y mejor conservada de todas las de Roma. Fue construido en el año 312 a.C., antes de la peste del 293,

lo que demuestra que su aporte no bastaba para satisfacer las necesidades de la ciudad. Se alimentaba de los manantiales que estaban entre la milla VIII y IX de la via Prenestina y casi todo él era subterráneo, salvo en un corto tramo que corría a la altura de Porta Capena. Tenía una longitud de más de 16 km. (16.571 m.) y un caudal de 73.000 m^3 al día. Entraba en la ciudad por un lugar conocido con el nombre de ad Spem Veterem o Spes Vetus (la Esperanza Antigua), donde más tarde se levantaría la actual Porta Maggiore y que, con el tiempo, se convirtió en el punto obligado de entrada de otros muchos acueductos. Desde allí se dirigía al Celio y, atravesándole, corría después por el valle que se extiende entre esta colina y el Aventino, sobre arcos que se apoyaban en la citada Porta Capena. Seguía por el Aventino, ya por conductos subterráneos, e iba a desembocar cerca de la Porta Trigemina, en el Foro Boario. Los restos que de él se han descubierto demuestran que fue construido con bloques de tufo, unidos entre sí y provistos de una cavidad central para permitir el correr del agua.

Anio vetus

Este segundo acueducto data del año 272 a.C. (481 años después de la fundación de Roma, como dice el propio Frontino). Fue construido por Manio Curio Dentato, censor con Lucio Papirio Cursor. Fue él quien decidió la traída de aguas del Anio (luego llamado Anio Vetus) hasta la ciudad contando con el botín obtenido en las guerras contra Pirro (318–272 a.C), el rey de Epiro, libradas en la Magna Grecia y Sicilia. Una de las funciones primordiales de los censores era el impulso y vigilancia de las obras públicas.

Mucho más largo que el anterior, superaba los 63 km. (63.640 m.); tomaba el agua del citado río Anio (actualmente Aniene, afluente del Tíber), y tenía una caudal de 175.920 m^3 al día. Entraba por el mismo sitio que el anterior, Spes Vetus, atravesaba el Esquilino por una canalización subterránea y llegaba hasta la zona donde hoy se encuentra la Estación Termini.

Aqua marcia

Este acueducto, que sigue siendo uno de los más importantes de Roma, fue construido por el pretor Urbano Q. Marcio en el 144 a.C. gracias a un crédito de 180 millones de sestercios. Arrancaba del río Anio y tenía un recorrido de cerca de 91 km., alcanzado un caudal de 187.600 m^3 diarios. Entraba en la ciudad por Spes Vetus y seguía el recorrido que más tarde harían los muros aurelianos, en los que se englobaron los arcos que había de este acueducto y que llegaban a la Porta Tiburtina. Desde aquí seguía por lo que hoy es la «Via Marsala», próxima a la actual estación Termini, hasta llegar a la altura del «Ministerio del Bilancio e del Tesoro». A uno de sus ramales se le hizo llegar hasta el Capitolio por el Quirinal.

Aqua tepula

Debía su nombre a la temperatura de sus aguas (tepula, agua tibia), ya que llegaba a alcanzar los 21º. Fue mandado construir por los censores Cn. Servilio Cepión y L. Casio Longino, en el 125 a.C. El manantial se encontraba cerca de los Montes Albanos, próximos a Marino. Entraba en la ciudad por Spes Vetus y desde allí seguía el mismo recorrido que el Aqua Marcia. Se desconoce la longitud de su recorrido, pero se sabe que su caudal era de 17.800 m^3 al día.

Aqua iulia

Mandado construir por Agripa en el 33 a.C., procedía del mismo sitio que el anterior, fundiéndose con el Aqua Tepula en un nuevo y único conducto que recibió el nombre de Aqua Iulia en honor a Augusto, quien llevaba por adopción el gentilicio de Iulius. Las traídas de agua que hizo este emperador en años posteriores al 27 a.C. ya llevaron el nombre de Augustae (ramales de la Appia, de la

Marcia y de la Ardeatina). Su recorrido era, también, el mismo que el del Aqua Marcia. Su longitud se acercaba a los 22 km. (21.677 m.) y su caudal era de 48.240 m^3.

Aqua virgo

Debe su nombre al llamado «manantial de la doncella» del que procedía y que, según la leyenda, había sido mostrado a unos soldados a punto de morir de sed. Como testimonio de lo acaecido, en los relieves que adornan la parte superior de la Fontana de Trevi, todavía alimentada por este acueducto, se representó este providencial suceso[6].

Fue mandado construir por Agripa en el año 19 a.C., y aunque la fuente que lo alimentaba se encontraba próxima a la del Aqua Iulia, seguía un recorrido completamente distinto a los anteriores. Llegaba a la ciudad por la zona del actual Pincio y atravesaba los Horti Lucuniani (por donde hoy se encuentra la «Piazza di Spaña»). A partir de allí corría por encima de arcadas, cuyos restos aún pueden verse en la «Via del Nazareno» y «Via del Bufalo». Esta parte, a juzgar por la inscripción en ella aparecida, fue reconstruida en época de Claudio (41–54). Atravesaba la via Lata («Via del Corso»), por encima del arco de Claudio y continuaba por la «Via del Seminario» hasta llegar frente a los Saepta Iulia, una plaza monumental porticada como señalaba Frontino, ya muy cerca del Panteón. Desde aquí, un canal subterráneo conducía el agua hasta las Termas de Agripa. Se desconoce su longitud total que debió de alcanzar unos 21 km., 14.105 pasos como señala Frontino, y su caudal se ha calculado en 15.680 m^3 diarios.

Aqua alsietina

Procedente de los lagos Martignano (Alseatinus) y Bracciano, no

llevó a Roma agua potable, ya que su conducción debió de hacerse con el exclusivo propósito de alimentar la Naumachia de Augusto, sita en el Trastevere. Por esta razón, este acueducto fue llamado también Aqua Augusta.

El comentario del propio Frontino, al referirse a él, nos informa de que no tenía otro objeto que el de alimentar el gran estanque que Augusto había hecho construir junto al Tíber y en el que tuvo lugar un célebre combate naval el año 2 d.C., fecha que se corresponde con esta traída de aguas. Teniendo en cuenta que no eran potables, se tiene noticia de que más tarde se canalizaron para ser utilizadas en el regadío de los jardines de la zona y para el servicio de casas particulares.

Tuvo un recorrido de unos 33 km. (32.815 m.) y un caudal de 15.680 m^3 diarios. Llegaba por el Gianicolo y se dirigía directamente a la Naumachia.

Aqua claudia

Fue empezado por Calígula, junto con el Anio Novus, en el 38 d.C., y terminado por Claudio en el 52 d.C. Según nos dice Frontino, el sucesor de Tiberio estimó que siete acueductos eran insuficientes para el servicio de Roma y los placeres de la ciudad, por lo que en el segundo año de su reinado decidió acometer la construcción de dos nuevos, los que luego serían el Aqua Claudia y el Anio Novus.

Fue, sin duda, una obra maestra de la ingeniería y el más grandioso de todos los acueductos que llegaron a la ciudad. El manantial del que tomaba las aguas se encontraba en el miliario XXXVIII de la Via Sublacensis. Este se nutría de dos copiosas fuentes: la Caerula (la fuente azul) y la Curtia (sita en el antiguo dominio de los sabinos). Llegaba a Roma después de recorrer casi 69 km. (68.681 m.), de los cuales unos 15 km. (15.060 m.) lo hacía por encima del suelo. Los últimos 10 km. (10.508 m.), antes de llegar a la ciudad, iba por encima de la arquería que, aún, sirve de ornato a la campiña romana en esta zona, constituyendo uno de los espectáculos más

sorprendentes de las afueras de la ciudad. Su acceso a Roma era el Spes Vetus, punto en el que se alzó el doble arco, conocido con el nombre actual de «Porta Maggiore» y que se convirtió en el elemento más monumental de todo el acueducto. En el siglo III d.C. parte de sus arcos fueron incorporados a las murallas aurelianas, cerrándose algunos de ellos con fábrica de ladrillo. Sin embargo, se respetaron los dos bajo los cuales discurrían la via Labicana y la via Prenestina.

Llevaba agua al Esquilino, al Viminal y al Quirinal. Desde «Porta Maggiore», un ramal de época de Nerón se dirigía hacia el oeste para suministrar agua al Celio, al Palatino y al Aventino. El acueducto originario y su ampliación han proporcionado inscripciones de la época de los emperadores Vespasiano y Tito que procedieron a su restauración en los años 71 y 81 d.C.

En realidad, eran seis los acueductos que, procedentes de distintos manantiales, accedían a la ciudad por «Porta Maggiore», construida, como se ha señalado, sobre el conocido lugar denominado Spes Vetus. Restos de los arcos del acueducto de Nerón se ven todavía en el Celio, cerca de San Juan de Letrán. Parcialmente incorporados a edificios posteriores, sus arcos llegan por la «Via del Laterano» a la «Piazza della Navicella» y se aprecian sobre el arco de Dolabella y Silano. Este arco («Via San Paolo della Croce») fue erigido en el año 10 d.C. por los cónsules Cornelio Dolabella y Cayo Junio Silano, luego se empleó como soporte de la extensión que hizo Nerón del acueducto de Claudio para el Palatino y, más tarde, fue utilizado como puerta del recinto aureliano. Desde aquí se dirigía al templo de Claudio, alimentando el ninfeo neroniano; Domiciano prolongó la arquería hasta la residencia imperial del Palatino, la Domus Flavia, siendo todo este tramo restaurado por Septimio Severo en el siglo III d.C. El caudal de este gran acueducto era de 184.280 m^3 al día.

Anio novus

Este acueducto, como el anterior, se comenzó en época de Calígula

al mismo tiempo que el del Aqua Claudia, siguiendo en parte su mismo recorrido. Comenzaba en la via Sublacensis en el miliario XLII, en el Simbruinum, región montañosa de Italia Central, situada al Sur de Subiaco. Tomaba el agua de un río que atravesaba tierras cultivadas en terrenos arcillosos, por lo que sus orillas, poco consistentes, se desintegraban dando lugar a un curso fangoso y sucio. Por esta razón, después de los diques de captación, se intercaló un estanque de decantación para que el agua del río reposara y se clarificase. A pesar de todo, en época de lluvias llegaba turbia a la ciudad. El Anio Novus recibía al Rivus Herculaneus que nacía frente a las fuentes del Aqua Claudia, al otro lado del río. Aunque era un agua muy pura, al mezclarse con la otra, perdía su transparencia. Tenía unos 87 km. de longitud (86.876 m.) y su capacidad fue superior a la de los otros acueductos, ya que alcanzó los 189.520 m^3 de caudal al día.

Aqua traiana

Por ser posterior a la muerte de Frontino, los datos que sobre este acueducto tenemos no son tan precisos como en el caso de los anteriores. Fue construido en el 109 d.C. para alimentar, sobre todo, la zona del Trastevere, aunque llegaba hasta las termas de Trajano. El manantial se encontraba en Vicarello, en las proximidades del lago de Bracciano y entraba en la ciudad por el Gianicolo, después de un recorrido de casi 33 km. (32.500 m.). Seguía por las vías Clodia, Cassia y Aurelia, hasta llegar a la «Porta San Pancrazio». Un buen tramo de esta parte se encontró en 1912, bajo la actual Academia Americana en la «Via Angelo Masina».

Este acueducto se convirtió en el llamado «Acqua Paola», el mismo que alimenta a la «Fontana Paola». Con la construcción de esta monumental fuente («Via Garibaldi», en el Gianicolo) se conmemoró la reapertura en 1612 del citado acueducto trajaneo. Tanto esta traída de aguas como la fuente deben su nombre al papa Pablo V Borghese, que fue quien ordenó la reconstrucción del primero y la construcción de la segunda. Originariamente contó con cinco pilas pequeñas, pero en 1690 Carlo Fontana alteró su diseño,

añadiendo una pileta que es la que todavía hoy conserva.

Aqua alexandrina

El último de los acueductos de la Roma antigua debe su nombre al emperador Alejandro Severo (222–235) que fue quien lo mandó construir, hacia el 226. El manantial se encuentra en una localidad sita a unos tres kilómetros de Colonna y llegaba a Roma por una arquería de ladrillos que recorría la via Prenestina, la via Labicana, hasta llegar a «Porta Maggiore», para continuar hacia el Campo de Marte. Su destino fue alimentar las llamadas Termas Alejandrinas, una reconstrucción de las de Nerón, sitas en el citado Campo de Marte. Su caudal se ha calculado en unos 992.200 metros cúbicos diarios.

1 Plin., Panég., 61.

2 Plin., Epist., IX, 19, 6.

3 Cf. Capítulo XVIII. La llanura del Tíber: la Isla Tiberina.

4 Hoy por hoy está prohibido meterse en sus pilones. Cf. Capítulo XIII: las Fuentes de Roma.

5 Este personaje, ya anciano y ciego, fue quien tras la victoria de Pirro en Heraclea (280 a.C.) dejó oír en el senado su patriótica voz para no negociar con su enemigo.

6 Cf. Capítulo XXIII, Las Fuentes de Roma: Fontana de Trevi.

VI. LAS XIV REGIONES AUGÚSTEAS

Las reformas urbanísticas y administrativas previstas por César (102–44 a.C.) con la promulgación de la ley De urbe augenda, encaminada a la transformación de Roma de acuerdo con los modelos de las grandes ciudades helenísticas de la época, Alejandría, Apamea, Antioquía, Éfeso, etc., tuvieron que ser llevadas a cabo por Augusto (63 a.C.–14 d.C.), ya que su prematura muerte truncaron su vida y sus proyectos.

Hasta entonces, Roma era una ciudad de aspecto pobre, con casas de madera y adobe, dispuestas sin el menor criterio de planificación urbanística a lo largo de calles de trazado irregular que, en el mejor de los casos, alcanzaban los 5 o 6 m. de anchura. Incluso, sus edificios públicos no dejaban de tener un aspecto provinciano, muy alejado de los gustos estéticos de los nuevos hombres de estado que, por razones de sus campañas militares, habían conocido otro tipo de ciudades que habían despertado su admiración por sus largas avenidas porticadas, por sus suntuosos templos y por la magnificencia de sus edificios civiles y de esparcimiento. A todo esto había que añadir el hecho de que, a comienzos del siglo I a.C., se produjo un gran crecimiento demográfico de la ciudad como consecuencia de las guerras mantenidas en el exterior. Ello trajo consigo un hacinamiento de la población y la correspondiente escasez de viviendas, sobre todo, en los barrios más humildes y populosos. Se ha supuesto que Roma, en tiempos de César, debió de tener unos 800.000 habitantes, lo que supone una cifra muy elevada considerando su extensión y las posibilidades de su edificación urbana en tales momentos.

Roma se convirtió en una ciudad cara y con graves problemas de suelo. Se construyeron viviendas de hasta seis y ocho pisos con escasos recursos económicos y materiales muy pobres, destinadas a albergar a un número de vecinos muy por encima de su capacidad habitable. El resultado fue que en tales barrios fueron frecuentes los derrumbamientos e incendios generadores de grandes desastres.

Sabemos por la Res Gestae (19–21), el testamento de Augusto

conservado en el Monumentum Ancyranum[1], que él fue quien restauró más de 80 templos; concluyó unas 40 obras iniciadas por César, tanto sagradas como civiles; rehabilitó el Templo de la Concordia, en el Foro, etc. Reparó también los viejos acueductos y construyó dos nuevos: el Aqua Iulia y el Aqua Virgo, para una mejor distribución de aguas por toda la ciudad. Asimismo dragó el lecho del Tíber, para facilitar la labor de arrastre de los navíos de carga hasta los puertos y astilleros de sus orillas que, al mismo tiempo, fueron saneadas. Cubrió la Cloaca Máxima en todo su recorrido y abrió nuevas alcantarillas en las vías urbanas, a la vez que se que regularizaba su trazado y se nivelaba su pavimento.

La expansión de la ciudad de Augusto se centró principalmente en el Campo de Marte, una extensa zona rodeada por el codo descrito por el Tíber en la parte norte de la ciudad, destinada, antaño, a los ejercicios militares y acampada de las legiones[2]. Allí se habían construido, en el siglo II y I a.C., el Pórtico de Metelo, el Circo Flaminio, el Teatro de Pompeyo, los Saepta Iulia, etc. Más tarde, en época imperial, se edificarían el Panteón, el Pórtico de los Argonautas (así llamado por las pinturas que le ornaban con la representación de esta mítica gesta), las Termas de Agripa, el jardín del Euripus, la Basílica de Neptuno, el Pórtico de Vipsania (con el Orbis Pictus, un gran mapa mural del Imperio), el Ara Pacis, el Horologium y Mausoleo de Augusto, las Termas de Nerón, etc. En realidad, el proceso de urbanización y ajardinamiento de esta extensa área fue obra de Agripa, el compañero militar y yerno del emperador (63–12 a.C.), quien transformó de forma definitiva el aspecto de esta zona, por la que Roma seguiría creciendo, en tiempos posteriores, de acuerdo con los criterios selectivos con los que inició su proceso de transformación.

A las mejoras edilicias de la época augústea, hay que añadir las ornamentales, ya que la ciudad se adornó con arcos de triunfo, estatuas ecuestres y bellas esculturas de bronce y de mármol, procedentes de los expolios perpetrados en Grecia, Asia Menor y Egipto. Por todo ello está justificada la frase que se atribuye a Augusto: recibí una ciudad de barro y la he convertido en una ciudad de mármol.

Pese a todo, la reforma más importante que Roma le debió a

Octavio fue su división en catorce distritos o regiones con el fin de facilitar su administración y mejorar la prestación de los servicios públicos. Para su delimitación se valió de las vías principales que salían de la ciudad, restaurando su pavimento y reparando, en parte, las viejas puertas en las que estas desembocaban.

Cada uno de los catorce distritos tenía sus propios magistrados, ediles y tribunos, que se elegían anualmente. A su vez, se subdividían en otras unidades menores llamadas vici (de vicus, barrio), regidos por cuatro cargos electos, los vicomagistri, generalmente libertos de buena posición. Ellos se encargaban de las funciones de culto y gobierno que les estaban encomendadas: el cuidado del compitum (altar compital)[3]; la supervisión de las nuevas edificaciones, para que se cumplieran las ordenanzas vigentes; la distribución de la ración pública; y la organización de las brigadas de los vigiles cuyo cometido era el control y extinción de los incendios, actuando también como cuerpo de policía y de vigilancia nocturna.

Las catorce regiones augústeas fueron las siguientes:

I. Porta Capena

II. Celimontium

III. Isis et Serapis

IV. Templum Pacis Esquiliae

V. Alta Semita

VI. Via Lata

VII. Forum Romanum et Magnum

VIII. Circus Flaminius

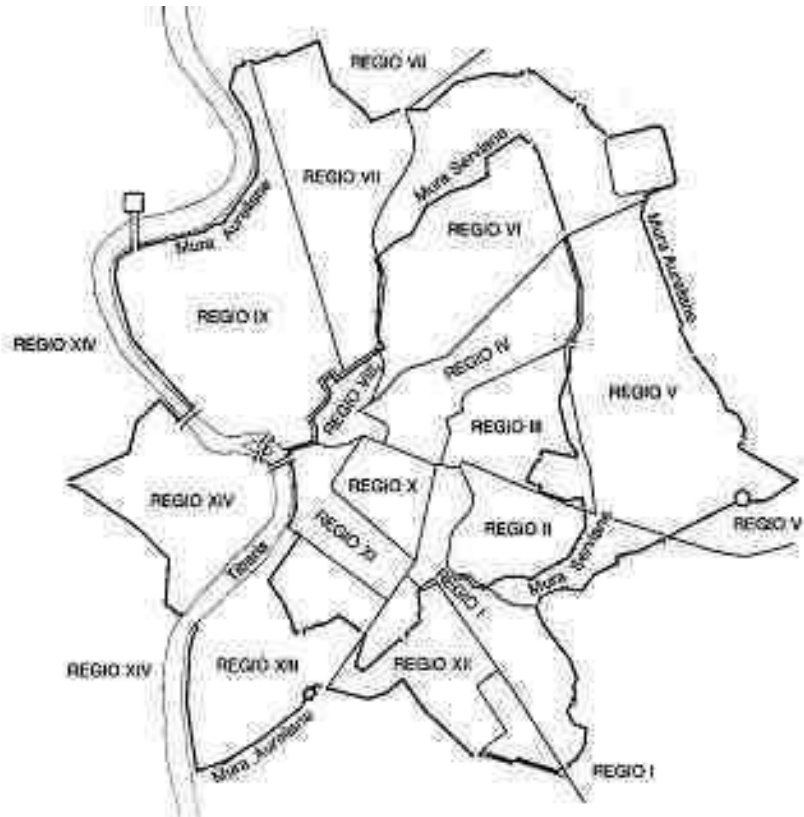
IX. Palatium

X. Circus Maximus

XI. Piscina Publica

XII. Aventinus

XIII. Transtiberim



Las XIV regiones augústeas, según Coarelli

---

1 Cf. Capítulo XIII, el Campo de Marte: el Ara Pacis.

2 Cf. Campo de Marte.

3 Los altares compitales eran santuarios sitos en los cruceros. En ellos se hacían ofrendas a los Lares, deidades que regían los cruces de los caminos, las entradas de las ciudades y las fronteras.

VII. EL PALATINO

Pincha para descarga de fichas iconográficas: 14,7 MB

Pincha para ver la imagen del Palatino: 1,8 MG

En las páginas anteriores, nos hemos referido, con frecuencia, al Palatino por ser la colina en la que se asentó la Roma de Rómulo, escenario de la mayoría de los mitos y leyendas con que se envolvieron sus orígenes y fundación. En este capítulo trataremos de su configuración topográfica y del proceso de su desarrollo urbanístico, desde la Roma Quadrata hasta el momento en que se convirtió en la sede de la Domus oficial de los Césares.

La colina del Palatino se yergue en la margen occidental del valle del Tíber, a 51 m. sobre el nivel del mar. No es la colina más grande ni más alta de Roma, pero si la más aislada y próxima al río y, en particular, a la isla Tiberina que fue el primer nexo de unión entre ambas orillas. Su aspecto es el de un cerro de planta trapezoidal, en el que originariamente se destacaban tres altozanos, aunque con el correr del tiempo, los edificios que sobre ellos se levantaron, afectaron su estructura primitiva hasta el punto de modificarla por completo. Dichos altozanos fueron: al este, el Palatium, que daba al Circo Máximo; al oeste, el Germalus, próximo al Capitolio y al Foro, donde se ubicaría la llamada casa de Livia, y donde, siglos más tarde, se construirían los Jardines Farnesio; y, el tercero, la Velia, una pequeña colina, sita entre el Palatino y el Esquilino, que iba a fundirse con las últimas estribaciones de este monte, las llamadas Carinae[1]. Su configuración fue completamente transformada por Nerón, ya que hasta aquí llegaron las dependencias de su Domus Aurea y, después, en este montículo se alzaría el arco de Tito.

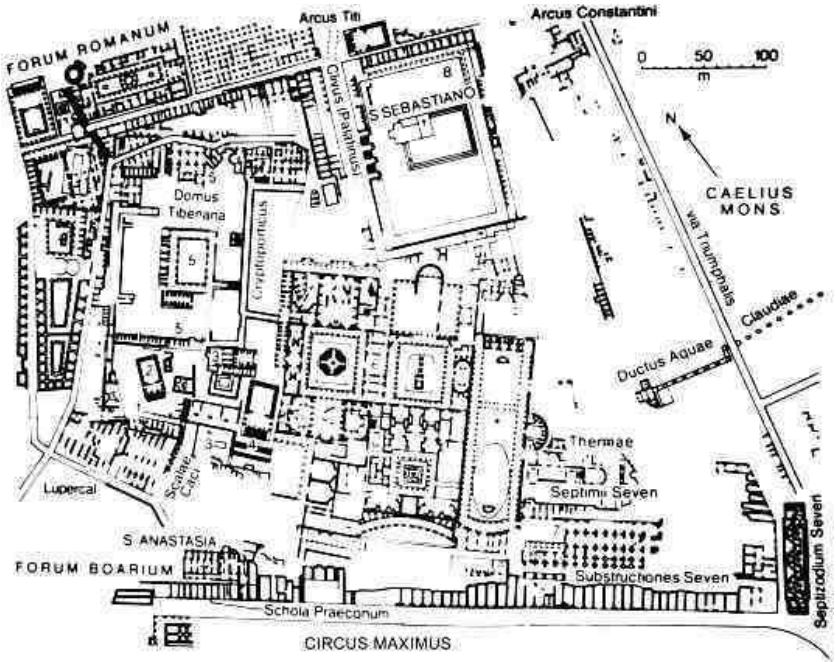
El nombre de Palatium, que acabó extendiéndose a toda la colina, ha sido objeto de diversas interpretaciones etimológicas. De entre todas ellas destacan la que lo vinculan con Palante, el hijo de Evandro; la que le hace derivar de Pales, la divinidad protectora de los pastores, el principal oficio de los primitivos pobladores de estas tierras, y en honor de la cual se celebraban las Parilia o Palilia, de

las que ya hemos hablado; e, incluso, la que lo asocia con la palabra palus (palo, palafito), en recuerdo de las prehistóricas estructuras de su hábitat, adecuadas a los terrenos pantanosos que rodeaban al monte[2]. El nombre del Germalus se ha relacionado con el de los dos gemelos, Rómulo y Remo, pero con escaso fundamento, ya que su denominación más antigua fue la de Cermalus[3]. Por lo que respecta a la Velia, es posible que esté en relación con la raíz Vel que también se encuentra en el vocablo Velabrum[4].

En el Palatino, Rómulo fundó su nueva ciudad, la Roma Romuli, cuyo primitivo pomerium se ha identificado con la Roma Quadrata, fortificada con el sistema primitivo de la fossa y del agger: un parapeto de tierra que, procedente de la excavación del foso, se apoyaba en la propia roca y sobre el cual se levantaba una defensa de estacas. Los primitivos muros de esta colina se construyeron, más tarde, de tufo o «capellaccio» (toba grisácea, de origen volcánico) para reforzar sus partes más vulnerables. Este primer recinto dataría de finales del período monárquico, de época de Servio Tulio, rey al que la tradición atribuía la construcción de los llamados muros servianos, aunque tales muros, como ya hemos visto, son de fecha muy posterior. Sin embargo, en la memoria quedó el hecho de que este monarca fue el primero que fortificó la ciudad fundada en el Palatino.

Desarrollo y expansión de la roma quadrata

Tácito[5] y Solino[6] son los únicos autores que conceden a la Roma Quadrata la categoría de ciudad, si bien existen notables diferencias entre ambos a la hora de señalar sus límites. La reducida superficie de que nos habla Solino demuestra que, al referirse a ella, solo consideró el área palatina, mientras que las dimensiones mucho más amplias a las que se refiere Tácito, hacen comprender que, para él, la ciudad de Rómulo incluía terrenos exteriores a la primitiva muralla.



Según este autor, era de forma cuadrangular y sus vértices se encontraban en el Ara Máxima de Hércules, erigida en el Foro Boario[7]; en el Ara de Consus[8] que se encontraba en el Circo Máximo; en las Curiae Veteres, en el ángulo nordeste de la colina; y en el Santuario de los Lares, que se alzaba al pie de la Velia. Restos de la primitiva muralla se han hallado en varios puntos: cerca de las Scalae Caci, delante del Lupercal, bajo la Domus Tiberiana, bajo la fachada de la Domus Flavia, etc.

El recinto debía de tener tres puertas, al menos así nos lo dice Plinio[9], aunque hay otros autores que hablan de cuatro. Dichas puertas fueron la Porta Mugonia, que se abría hacia la Velia, así llamada porque por dicho paraje se dejaban oír los mugidos de los bueyes que por ella entraban o salían; la Porta Palatii, cerca del templo de Iupiter Stator; la Porta Romana o Romanula, cercana al punto de encuentro entre la Via Nova y el Clivus Victoriae[10], y que daba paso a la zona del Velabrum. Esta puerta es posible que fuera el ingreso más antiguo de la Roma Quadrata, ya que en la escalera que salía de la Fons Iuturna a la Via Nova se decía que había sido oído el aviso de Aius Locutius, un dios de origen desconocido que se manifestó como una voz anónima para prevenir a los romanos de la

invasión gala (390 a.C.). Otro punto de acceso fueron las Scalae Caci, de las cuales aún quedan vestigios en el Germalus y que, según la leyenda, se comunicaban con el Atrium Caci, donde habitaba el gigante Cacus o Cacius[11]. Se ha supuesto que pudiera haber una cuarta puerta cerca de las Curiae Veteres, en el ángulo oriental, o en la zona del ara de Consus. Ovidio y Plutarco hablan, además, de una Porta Fenestella que, posiblemente, no fue más que un postigo abierto en el ángulo próximo al Templo de Vesta, accesible por una escalera que subía desde el Foro.

Partiendo del núcleo primitivo del Palatino, la Roma Quadrata debió de extenderse muy pronto por gran parte del Foro, como lo demuestran los sepulcros encontrados junto al templo del Divus Iulius, al de Antonino y Faustina, bajo algunos tramos de la Via Sacra, etc. Lo más probable es que en el siglo VIII a.C. se produjera una progresiva ampliación del primitivo asentamiento, llegándose a la total anexión del Foro y del Esquilino. Los pobladores de este monte, cuya ocupación se ha fechado en el siglo IX a.C., pertenecían a la etnia de los sabinos, descendientes de los vilanovianos, antepasados de los sabelios-samnitas. Su costumbre de inhumar a sus muertos está acreditada por los vestigios arqueológicos de sus enterramientos, que primero se realizaron en los terrenos del propio altozano y, más tarde, en el Foro.

El terreno ocupado por el poblado en cada colina era limitado. Se disponían junto a él recintos para el ganado y áreas destinadas a los huertos y cultivos, respetando siempre la zona de bosque que sería bastante extensa. En tales condiciones, la población no pasaría de unos centenares de habitantes que vivían en cabañas, de planta ovalada, de muros de barro y techumbres de juncos y paja, sostenidos por un armazón de estacas o postes, cuyas huellas aún pueden apreciarse en el suelo. Cada poblado tenía su ciudadela o arx, reducto militar y a la vez centro religioso, donde se levantaba el santuario principal, construido con los mismos materiales que las chozas.

Los vestigios arqueológicos más antiguos detectados en el Palatino son los suelos de las cabañas de la Edad del Hierro que se levantaron en los siglos X y XI. En ellos aún son visibles los orificios correspondientes a los enclaves de los postes de madera que

sostuvieron sus techumbres. En las excavaciones realizadas entre 1946 y 1948 salieron a la luz tres de estas chozas, de las que ya se conocía su existencia desde 1907. La planta de la mayor es de forma rectangular, con las esquinas redondeadas y mide $5 \times 3{,}5$ m. Es la que se ha supuesto que fue la de Rómulo y, como tal, ha sido reconstruida. Ocuparon una zona del Germalus, próxima al lugar donde Augusto tendría su residencia y no lejos de las Scalae Caci. En el área comprendida entre las cabañas y la llamada Casa de Livia se han hallado restos de antiguas cisternas, una de las cuales se mantiene en buen estado de conservación, y al pie de la ladera que desciende hacia el Foro Boario se encuentra el Lupercal, la mítica cueva donde la Loba crió a los gemelos.

Al producirse la fusión entre latinos y sabinos, el Foro, es decir el valle que se extendía a los pies del Capitolio, entre el Palatino y el Esquilino, se convirtió en el lugar de reunión de los habitantes que poblaban estas colinas. Pronto pasó a ser también el centro religioso y civil de la ciudad, albergando en su solar el culto de Vesta y el de Vulcano, al tiempo que el de Iovis (Júpiter) se ubicaba en el Capitolio.

De esta primera etapa de fusión surgió el Septimontium o ciudad de las siete colinas, aunque estas no fueran, por entonces, las llamadas a ser las tradicionales de la ciudad de Roma. Este nuevo recinto incluía: el Germalus, el Palatium, la Velia, el Cispius, el Fagutal, el Oppius (las tres cimas del Esquilino) y la Subura (zona que se extendía entre el Oppius y el Collis Viminalis).

La estructura socio-política de este nuevo núcleo urbano, consecuencia de la expansión de la primitiva ciudad palatina, sigue siendo motivo de controversias. No puede precisarse si sus pobladores constituían una comunidad integrada, defendida por un sistema de fortificaciones comunes, o si simplemente, como sostiene Raymond Bloch[12], se trataba de una mera unión de aldeas autónomas que constituirían lo que se ha denominado la Liga Septimontial, dentro de la cual, cada poblado, tendría su propio sistema defensivo. Lo cierto es que estas siete primeras colinas no estuvieron rodeadas por un muro continuo. Solamente el Palatino y el Capitolio contaban, por entonces, con fortificaciones de tierra, procedente de la excavación de la fossa, como ya se dijo. Lo más

probable es que el primer vínculo de unión entre las tribus de estos cerros fuera de carácter religioso, tal vez el culto de Iupiter Capitolinus, al que ya estaría consagrado el Capitolio, el más alto de los montes de la zona.

El recuerdo de este primer intento de unificación pervivió a través del tiempo, y a él se le dedicaba la fiesta del Septimontium[13], celebrada el 11 de diciembre por los habitantes de estas colinas hasta bien avanzada la época imperial. En el transcurso de la misma se suprimía el tránsito rodado por dicha área, en recuerdo de la remota época en la que los distintos poblados que en ella se asentaban no estaban unidos entre sí por medio de caminos.

Coincidiendo con el crecimiento de este primitivo núcleo, se siguió un período de prosperidad e intensificación del tráfico comercial por el Tíber con las ciudades etruscas, al tiempo que se producía el declinar de la ciudad de Alba Longa, suceso que, como hemos visto, tuvo lugar en la época del tercer rey de Roma, Tulio Hostilio, quien acabó trasladando a los vencidos albanos al monte Celio. Llegaron, entonces, las primeras influencias griegas y etruscas. El Foro perdió su carácter de zona funeraria para convertirse en centro de actividad civil y comercial, al tiempo que la Velia pasaba a ser el nexo de unión entre el Palatino y el Esquilino.

El segundo paso, en el proceso de unificación y desarrollo, iniciado por los pobladores de los altozanos citados, fue la aparición de la Roma de las Quattuor Regionum (Cuatro Regiones), que se ha fechado entre finales del siglo VII y comienzos del VI a.C. En esta nueva ampliación se incorporaron al pomerium los montes Celio, Viminal y Quirinal, además de la famosa roca del Capitolio, dividiéndose la ciudad, así constituida, en cuatro regiones:

La Suburana (la Subura y el Celio).

La Esquilina (con sus colinas, Opio, Cispio y Fagutal).

La Collina (el Quirinal y el Viminal).

La Palatina (Palatino, Capitolio y Velia).

La inclusión del Quirinal (con sus tres altozanos: Latiaris, Mucialis o

Sanqualis y Salutaris) dentro del nuevo recinto sigue siendo un enigma. De esta colina lo que se sabe por las leyendas, es que estaba ocupada por una etnia, la de los sabinos, pobladores también del Viminal, distinta a la de los latinos, los ocupantes del Palatino, y a los del Celio, descendientes, según la tradición, de los habitantes de la Antigua Alba Longa, como ya hemos dicho.

Roma contó desde entonces con un incipiente trazado urbanístico y en ella se inició la construcción de edificios religiosos y civiles de cierta entidad, procediéndose incluso a pavimentar el Foro por primera vez. Este pomeriun, dentro del cual no se incluía al Aventino, se mantuvo hasta le época de Sila (siglo I a.C.)[14]. En los días 16 y 17 de marzo se celebraba la fiesta de los Argei[15] con una solemne procesión en memoria del ensanche de la Roma de las «Cuatro Regiones».

Con el transcurso del tiempo, el Palatino fue ocupado por modestas casas de particulares y, en él se levantaron varios templos, como luego veremos. Sin embargo, en los últimos siglos de la República se convirtió en lugar de residencia de los personajes más notables de la época que construyeron en su suelo lujosas viviendas. De entre todas ellas merecen recordarse la de Cneo Octavio, cónsul en el 165 a.C.; la de Tiberio Sempronio Graco, el padre de los dos famosos tribunos; la de M. Fulvio Flaco, cónsul en el 125 a.C.; la del orador L. Licinio Craso, cónsul en el 95 a.C.; la de Druso, tribuno de la plebe en el 91 a.C.; la de Q. Vario, sita en el Germalus y de cuyo destino posterior tenemos noticia ya que fue adquirida por Cicerón. A su muerte, pasó a ser propiedad de Censorino y, más tarde, de Statilio Sesenna, siendo incluida finalmente en el palacio de Calígula; la de Marco Antonio que luego fue de Agripa y, posteriormente de Valerio Messala; la de Germánico, el hijo de Druso y sobrino de Tiberio; la de Tiberio Claudio Nerón, el primer esposo de Livia y padre del emperador Tiberio; la de Hortensio, el orador contrincante de Cicerón, la Domus Quinti Hortensii, adquirida después por Augusto. Agrandada y restaurada fue convertida en su residencia privada, la Domus Augusti. Esta colina fue un lugar apreciado por este primer emperador, ya que en ella había nacido y en ella viviría hasta su muerte. Vino al mundo en la domus Octavii, sita en una de sus pendientes, próxima a la Velia, conocida con el nombre de ad capita Bubula[16], donde en su día se

edificaría el primer templo en honor del fundador del Imperio, la Aedes Caesarum. Fue erigido a raíz de la muerte de Augusto por su mujer Livia y su hijo adoptivo Tiberio. Al principio fue una simple ara, pero pronto se convirtió en el templo de todos los emperadores divinizados[17]. Quedó casi arrasado por el incendio del año 68[18], pero más tarde se reconstruyó y de su existencia nos da noticia Suetonio[19].

Restos de casas republicanas se han encontrado bajo la Domus Flavia, destacando la llamada Casa de los Grifos y el Aula Isíaca. La primera se localizó bajo el Larario y, por las pinturas que ornaban sus paredes correspondientes al llamado segundo estilo pompeyano, se ha fechado hacia el 100 a.C. Algunas de estas pinturas permanecen in situ, y otras se han trasladado al Antiquarium del Palatino. En cuanto a la segunda, debe su nombre al hecho de ser una estancia cuyas paredes aparecen decoradas con pinturas de estilo egiptizante, muy en boga hacia los años 30 a.C. De ellas trataremos de nuevo al hablar de los hallazgos realizados bajo el palacio de los Flavios.

Los primeros emperadores Julio-Claudios continuaron viviendo en el Palatino. De este modo se edificó la Domus Tiberiana, agrandada por Calígula; la de Nerón, conocida con el nombre de Domus Transitoria y en la cual vivió hasta que construyó la Domus Aurea en el Esquilino. Más tarde, aquí edificarían su suntuoso palacio los Flavios, la Domus Flavia y la Domus Augustana, ampliada por Septimio Severo. De esta manera, al final de la época imperial la colina estaba cubierta por un conjunto de edificios que abarcaban todo su suelo, de suerte que el nombre de Palatium se convirtió en sinónimo de residencia señorial.

Los templos del palatino

Los templos más antiguos del Palatino fueron el de la Victoria, comenzado hacia el 307 a.C. y dedicado en el 294 a.C.; el de Iupiter Stator[20], erigido por esta misma fecha; el de la Magna Mater, construido en el 204 a.C.; y el de Apolo, ya de época de Augusto[21].

El templo de la Victoria

Este templo se alzó en la zona occidental del Germalus, en un lugar próximo al que en el 204 a.C., ocuparía el de la Magna Mater. Se comenzó a construir en el 307 a.C. y fue dedicado el 1 de agosto del 294 a.C. por Lucio Postumio Megello, magistrado que había financiado su edificación con los fondos obtenidos de las sanciones públicas y del botín procedente de las guerras samnitas[22].

La Victoria, un numen sacro en sus orígenes, se convirtió en una divinidad muy venerada, a partir del siglo III a.C., como propiciatoria de los éxitos militares de los romanos. Su culto se relacionó, desde el principio, con los orígenes míticos de Roma, por esta razón se ubicó su templo en un lugar próximo a la cabaña de Rómulo y al Lupercal[23]. El proyecto supuso también el trazado del Clivus Victoriae, el camino de acceso al Palatino que iba a unirse a las Scalae Caci.

Este templo fue construido con sillares de toba (roca volcánica de baja calidad), sobre un podium (o basamento) de 33 x 19 m. No queda nada de su alzado pues fue expoliado casi en su totalidad, ya en época antigua. Se conservan bloques del relleno de hormigón de la parte delantera del podio y varios sillares de toba, correspondientes a los muros de su lado oriental. Algunos fragmentos de capiteles corintios y de un entablamento de travertino estucado parecen corresponder a la reconstrucción que se hizo de este templo a comienzos del siglo I a.C., tras el incendio del 111 a.C. Debió de ser un períptero con columnas de 11,2 m. de altura y sine postico, según fórmula habitual en estos templos arcaicos. Una inscripción hallada entre sus materiales hace alusión a la reconstrucción realizada en época de Augusto.

El templo de Iupiter Stator (Victor o Propugnator)

Noticias dispersas y confusas hablan de un templo existente en el Palatino dedicado a Iupiter Statator, Victor o Propugnator, según las distintas denominaciones que recibió. Su localización ha sido muy

discutida, aunque cabe pensar que todas las citas conocidas hagan referencia al templo de Iupiter Stator, sito al pie de la Velia cerca del Arco de Tito, en la Via Sacra. También es posible que el «dios de dioses» contase con más de un santuario en la urbe, consagrado, en cada caso, bajo diferentes advocaciones, todas ellas alusivas a su condición de impulsor victorioso de los ejércitos romanos.

Sobre el primitivo fanum de Iupiter Stator, que según la tradición había sido erigido por Rómulo cerca de la Porta Mugonia, tras la victoria obtenida sobre los sabinos[24], se levantó el templo construido, en el 294 a.C., por el cónsul M. Atilio Regulo. Sobre él volveremos a hablar en el capítulo del Foro romano.

El templo de la Magna Mater

La entrada en Roma de la diosa Cibeles, la Magna Mater Deum Idaea, tuvo lugar el 10 de abril del 204 a.C., en uno de los momentos más críticos de la segunda Guerra Púnica. El suelo italiano sufría la invasión de los ejércitos de Aníbal y nada hacía presumir que, tan solo dos años después, el general cartaginés sería derrotado por Escipión en la batalla de Zama. La situación era tan desesperada que se decidió consultar a los Libros Sibilinos. En ellos, como era de esperar, se encontró la respuesta adecuada: traer a Roma la venerada «Piedra Negra» de Pesinunte (Frigia), un meteorito o roca volcánica que se tenía por la cratofanía de la Gran Madre y que, por entonces, se encontraba en el Metroon de Pérgamo. Según otra versión la consulta se hizo al Oráculo de Delfos pero la respuesta fue la misma. Cumplido este mandato con puntual obediencia, las consecuencias no pudieron ser más favorables: Italia se vio libre del invasor y, a los tres meses de la llegada de la diosa, se recogió una de las mejores cosechas conocidas de los últimos años.

Cuando el barco que traía a la diosa llegó a la embocadura del Tíber, el joven Publio Escipión subió a bordo y la recibió de las manos del sacerdote y la sacerdotisa frigios que la habían acompañado en la travesía y que iban a quedarse en Roma, encargados de su culto. Sin embargo, a esta versión que parece ser la real, se unió otra legendaria, la de la calumniada vestal Claudia

Quinta[25]: el barco que transportaba a la «Dama Negra», en su subida por el río, se quedó, de pronto varado, siendo inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para desencallarlo. Fue entonces, cuando la citada joven, cuya conducta moral había sido puesta en entredicho, imploró a la Gran Madre que atestiguase su virtud «cediendo ella, la diosa casta, a las castas manos». Expresada su súplica en alta voz y delante de todos los presentes, ató su cinturón al navío que suavemente se dejó arrastrar por ella hasta el muelle. De este modo, su virtud quedó libre de toda mancha.

Desde entonces, Roma contó con una divinidad tutelar nueva y una leyenda más. La estatua de Claudia Quinta se colocó en el vestíbulo del templo que, en honor de Cibeles, se decretó construir en el Palatino el mismo año de su llegada. En un primer momento, la imagen de la diosa, probablemente labrada en plata y teniendo por rostro un fragmento de la piedra negra, se depositó, provisionalmente, en el templo de la Victoria.

El citado templo se construyó cerca del anterior, dentro del pomerium, ya que por proceder de la Tróade, la patria de Eneas, el mítico antepasado de los romanos, la diosa asiática no fue considerada como una divinidad extranjera. Su dedicación por Marco Junio Bruto tuvo lugar el 11 de abril del 191 a.C., fecha en que se celebraron, por vez primera, los Ludi Megalenses, que, a partir de entonces, tendrían lugar anualmente. Con ellos se cerraba el ciclo de las Attideia, las fiestas en honor de Cibeles y su paredro el joven Attis que se desarrollaban en el mes de marzo. Con motivo de tales juegos, en los que tenían lugar espectaculares carreras de cuadrigas en el circo, comediógrafos de la talla de Plauto y Terencio escribieron algunas de sus más famosas obras que se representaron en la gran explanada que se extendía delante del templo, cuya escalinata servía de graderío a los espectadores que allí se reunían. El culto de la Magna Mater arraigó con fuerza en Roma y alcanzó una gran difusión en Italia y en todo el occidente mediterráneo.

El templo fue pasto de las llamas dos veces. Una en el incendio del 111 a.C. que también afectó al templo de la Victoria y la otra en el del 3 a.C. En la primera ocasión fue reconstruido por C. Cecilio Metelo Caprario, cónsul en el 110 a.C., y la segunda por Augusto[26]. La planta del templo original ha desaparecido casi por completo,

pero su podio de toba debía de tener poco más o menos las mismas dimensiones (33 x 17 m.) que el de la primera de sus reconstrucciones, que ya se hizo de hormigón. Los tambores de las columnas que aún se conservan, a lo largo de su lado oriental, fueron labrados en peperino (lapis albanus) y debieron de tener una altura de unos 11,5 m. Las exteriores fueron de orden corintio y de orden jónico las del interior de la cella. En la reconstrucción realizada en época de Augusto, la columnata interior se rehizo totalmente, utilizándose columnas de mármol corintias dispuestas, probablemente, en dos alturas. El nuevo pavimento se hizo con mármoles policromos, como el breccia rosa, el rosa-gris de Quíos, y pizarra. Al tiempo se rehizo la plaza que se extendía en la parte delantera del templo.

Un relieve de la época de Claudio, inserto en una pared interna de la Villa Medici, representa, probablemente, la fachada de este edificio, reconstruido por Augusto. Aparece como un templo hexástilo, próstilo (sin columnas a los lados) de orden corintio, y precedido por una alta escalinata.

Cerca del templo se encontró, en 1872, una estatua de mármol de Cibeles sin cabeza, ya que en la antigüedad fue frecuente la mutilación expresa de los ídolos paganos, en especial de aquellos que habían gozado de una especial veneración popular. La diosa aparecía sentada en un trono flanqueado por leones, como una gran matrona romana, siguiendo el modelo pergameno. Tanto esta estatua, como los restos de las de los leones, se conservan en el Antiquarium del Palatino.

La última noticia que tenemos del santuario de Cibeles se debe al historiador del siglo V, Zósimo[27], quien cuenta el episodio de la visita que Serena, la hija de Teodosio el Grande y esposa de Estilicón, hizo al templo de la diosa. Sorprendida por las joyas que la adornaban, sintió la tentación de colocárselas ella, por lo que fue severamente reprendida por una anciana que allí se encontraba y que era la única superviviente de las vírgenes vestales.

El templo de Apolo

Este templo fue considerado, ya por los autores antiguos, como el más lujoso de Roma y la obra más suntuosa de las realizadas por Augusto. Fue fundado por él en el 36 a.C., tras la batalla de Nauloco, durante la campaña contra Sexto Pompeyo, cuando todavía era el joven Octaviano, miembro del segundo Triunvirato, constituido en el 43 a.C., junto con Marco Antonio y Emilio Lépido. Su inauguración tuvo lugar el 9 de septiembre del año siguiente, con toda solemnidad, como nos transmiten varios autores[28] y como él mismo dejó dicho en su testamento (Res Gestae)[29].

Al parecer, Augusto adquirió los terrenos próximos a su casa, que antes había sido del orador Hortensio, como luego veremos, con el fin de proceder a su ampliación. Sin embargo, una determinada zona fue fulminada por un rayo[30], suceso que fue interpretado por los arúspices como una clara señal de que dicho espacio tenía que ser utilizado con fines religiosos. Dadas estas circunstancias, el citado espacio fue considerado idóneo para la ubicación del templo de Apolo, dios de la luz y del fuego, protector del emperador. De esta manera, pasó a formar parte de la Domus Augusti.

En torno al templo se dispuso un gran pórtico con columnas de «giallo antico», para delimitar, en cierto modo, el temenos o recinto sagrado del santuario (area Apollinis). Fue llamado pórtico de las Danaides[31], porque entre sus columnas se colocaron las cincuenta estatuas de las hijas de Dánao, y las de sus maridos, los cincuenta hijos de Egipto[32]. Estas figuras decorativas de bellas muchachas con su jarra de agua manante al hombro, se convirtieron en modelos ornamentales muy repetidos en época de Augusto.

A la entrada del área sagrada, se alzaba un arco triunfal levantado en honor de Octavio, el padre del emperador[33]. Al templo se accedía por una alta escalinata (celsi gradus) y, delante del mismo, se encontraba una gran estatua de Apolo junto a la cual había cuatro basas que sostenían réplicas en bronce de la célebre vaca de Mirón (armenta Mironis)[34]. Este escultor griego vivió en torno al 460 a.C. y el original de tan célebre obra se colocó en la escalinata de la fachada occidental del Partenón.

El templo de mármol blanco de Luna (actual Carrara) era diástilo[35], es decir que los intercolumnios pares medían tres diámetros de las columnas. No puede precisarse si fue hexástilo u octástilo pero sí se

sabe que era de orden jónico y que en la cima de su frontón aparecía una cuadriga de bronce dorado, conducida por el Sol. En su cella se hallaba un famoso grupo escultórico compuesto por el dios en compañía de su madre Leto y su hermana Ártemis, copias todas ellas de creaciones de famosos escultores griegos: Scopas, Cefisodoto y Timoteo. También podían verse allí las estatuas de las nueve Musas y otras famosas obras de arte[36].

Las hojas de la puerta de acceso al templo estaban revestidas con láminas de marfil en las que se habían tallado escenas alusivas a la matanza de los Nióbides[37] y a la expulsión de los galos del Parnaso. En el interior de la cella se custodiaban grandes cantidades de oro, de plata, además de una gran colección de gemas y de sellos. En el basamento de la estatua de Apolo se guardaban los famosos Libros Sibilinos[38] que habían sido trasladados aquí desde el templo de Iupiter Capitolinus, con el fin de realzar el carácter sagrado y oracular de este dios que por, vez primera, era recibido dentro del pomerium de la ciudad[39].

En conexión con el templo había dos bibliotecas, una griega y otra romana, especializadas en obras de jurisprudencia y de literatura. Se iluminaban con grandes lámparas de bronce y sus paredes se veían decoradas con medallones de bronce en los que aparecían representados los más famosos escritores griegos y latinos.

Este templo sufrió grandes daños durante el incendio neroniano del año 64, pero fue restaurado por Domiciano. En él solía reunirse el Senado y en él se celebraron actos oficiales y algunas fiestas, especialmente con motivo de las victorias navales, ya que Augusto atribuyó la victoria del Actium (31 a.C.) sobre Marco Antonio y Cleopatra, a este dios al que adoptó como protector personal. Tan vinculado se sintió a él que dejo correr la leyenda de que su madre, Atia, le había concebido una noche en que había dormido en su templo.

En el año 17 fue elegido como centro de la solemne celebración de los Ludi Saecularis, acontecimiento que se repitió bajo Septimio Severo, en el 204. Hay que constatar el hecho de que en las noticias que nos han llegado de los primeros Ludi, se habla del Pórtico de las Danaides, lo que no sucede en el segundo caso. En realidad, a partir de la época de Augusto no vuelve a hablarse de este pórtico

que probablemente fue destruido en el incendio neroniano del 64. Amiano Marcelino nos informa de que este hermoso templo fue pasto de las llamas el 18 de marzo del 363 y, a partir de esta fecha, no volvió a ser reconstruido[40]. El acceso al templo, desde el Foro Boario, recibió el nombre de clivus Apollinis.

Fue excavado parcialmente por Pietro Rosa en 1865 y en 1870, y más tarde por Bartoli, en 1937. Entre los materiales hallados en las nuevas excavaciones, reanudadas en 1956, han salido a la luz numerosas lastras con relieves en los que se encuentran representados Perseo, Atenea con Medusa, la disputa de Hércules y Apolo por el trípode délfico, cariátides, etc. En algunas de estas lastras aún se aprecian vestigios de su policromía original. Se ha supuesto que pudieran haber decorado el Pórtico de las Danaides. Todos estos materiales se conservan en el Antiquarium del Palatino.

El santuario de la Victoria Virgo

Entre el templo de la Victoria y el de Cibeles se encuentra un pequeño podio de hormigón que se ha identificado como perteneciente al santuario de la llamada Victoria Virgo, datado por los materiales y ladrillos aparecidos en su entorno a mediados del siglo II a.C. Las excavaciones realizadas en esta zona han demostrado que se alzó sobre dos edificios de épocas anteriores, uno de los cuales es probable fuera el santuario original dedicado por Marco Porcio Catón en el 193 a.C.

Vestigios de otros edificios sacros

En zona próxima al templo de la Magna Mater se hallaron restos de un pequeño santuario realizado en parte con opus reticulatum en tiempos de Augusto y rehecho, más tarde, por Adriano, con fábrica de ladrillo. Tales restos se identificaron, en un principio, con los del Auguraculum (o templo augural), donde Rómulo realizó con su lituus los auspicios previos a la fundación de la ciudad y donde, a partir de entonces, los augures observaban el vuelo de las aves para a emitir sus vaticinios antes del inicio de cualquier acto oficial o

empresa arriesgada. Este edificio aparece en una inscripción de época de Adriano que fue quien lo restauró. No obstante, en la actualidad se cree que estos restos corresponden al templo de Iuno Sospita, que algunos autores sitúan en dicho lugar.

Vestigios de otro santuario, situado al norte de las Scalae Caci, pudieran ser los del templete circular de Vesta, construido por Augusto en terrenos próximos a su casa, cuando se hizo con el cargo de Pontifex Maximius y trasladó la sede pública que requería este cargo sacerdotal desde la Regia a su residencia del Palatino. Su representación en algunas monedas de la época de Tiberio ha permitido conocer su aspecto externo.

La casa de livia y de augusto

En el área sita al este del santuario de la Magna Mater se han hallado restos de casas tardo-republicanas que fueron respetadas al construirse las residencias de los diferentes emperadores que habitaron en el Palatino. Es más, este conjunto de viviendas que debió de salvarse, en una gran parte, del incendio de Nerón, fue restaurado más tarde por Domiciano, como demuestran los materiales recuperados en las excavaciones realizadas en la zona.

Entre dichos restos, se han exhumado los de dos viviendas, consideradas desde antiguo independientes una de la otra. Por esta razón, se habla de la casa de Livia y de la casa de Augusto. Sin embargo, a partir sobre todo, de las excavaciones realizadas en 1961 en el área meridional de la primera, se cree que ambas formaron parte de una única residencia, la denominada Domus Augusti.

Augusto vivió siempre en el Palatino, de niño en la casa paterna, en la Domus Octavii; más tarde en una zona próxima al Foro, encima de las Scalae Anulariae, en la vivienda que le vendió el orador Calvo. Finalmente, se traslado a la que compró al los herederos del orador Hortensio (114–50 a.C.) entre los años 4l y 40 a.C.[41], y es posible que los restos hallados correspondan a esta última.

Teniendo en cuenta las diferentes reformas de la que fue objeto desde su adquisición, no es de extrañar que su planimetría fuese irregular y que la disposición de sus ingresos, salas y habitaciones se hubiera modificado en diferentes momentos, atendiendo a razones prácticas, pero respetando su estructura. La primera ampliación la realizó en el año 36 a.C.[42], a su regreso de Sicilia; y volvió a hacer nuevas obras a raíz del incendio del año 3 a.C., que dañó parte de la casa y el templo de Cibeles.

Aparte del interés que despierta el estudio de la que fue la modesta residencia de este gran emperador, quien siempre hizo gala de parsimonia[43] y austeridad ante el pueblo, son de valorar las espléndidas pinturas que ornaban las paredes de sus principales estancias. Algunas de ellas han llegado hasta nosotros en un buen estado de conservación y nos permiten admirar la delicadeza y valor ornamental del llamado segundo estilo[44], ya de época avanzada, al que pertenecen todas ellas, datadas hacía el año 30 a.C. En cambio la construcción de las casas, en las que se utilizó un opus quasi-reticulatum, de factura tosca, se corresponde con fechas que oscilan entre el 75 y el 50 a.C., momento en que debieron de ser construidas, aunque fueran, más tarde, transformadas de acuerdo con las necesidades y gustos de sus moradores.

La primera de ellas, la llamada de Livia, debe su nombre a un pasaje de Suetonio en el que recuerda que la futura emperatriz, antes de casarse con Augusto vivió en el Palatino cuando todavía era la mujer de Tiberio Claudio Nerón, y que en la casa familiar de su entonces marido había alumbrado a su hijo Tiberio[45]. Vino a reforzar esta hipótesis el hallazgo de una cañería de plomo en la que aparecía el nombre de Iulia Aug (usta)[46]. Sin embargo, tanto este trozo de tubería como otros aparecidos, ya de época de Domiciano y de Septimio Severo, hacen pensar que en las diversas restauraciones realizadas en estas viviendas, en distintas épocas, se utilizaron tuberías fabricadas en los talleres imperiales. Tanto es así que se cree que dicha inscripción pudiera aludir a a Iulia, la hija de Tito, más que a la mujer de Augusto.

La casa de Livia fue excavada por Pietro Rosa en 1869, por encargo de Napoleón III. En la actualidad se la considera parte de la de Augusto, aunque es posible que fuera el sector privado de la misma,

gobernado por la emperatriz. Ocupa un terreno en pendiente, situado a un nivel más bajo que el del templo de la Magna Mater. Se accedía a ella por un corredor en cuesta, pavimentado con un mosaico de teselas blancas y negras, del que aún se aprecian restos. Este pasillo iba a desembocar a un patio rectangular en el que unas pilastras cuadradas, de las que quedan las basas, estaban destinadas, sin duda, a sostener el techo. Por esta razón no puede pensarse que fuera un atrio, como a veces se ha dicho, sino más bien un tipo de ingreso secundario a la vivienda. El acceso principal de la misma debía de estar en su lado oriental y fue cerrado en un momento dado. El sector principal se componía de un atrio y de toda una serie de habitaciones que se abrían al mismo.

A la parte de la vivienda convertida en secundaria, se llegaba, desde la principal, por un largo pasillo. Desde el citado patio cubierto se tenía acceso a tres estancias: en el centro, se abría el tablinum que, probablemente, constituía el nexo de unión entre las dos partes de la casa y, a cada lado del mismo, había otras dos salas. Las tres estaban decoradas con bellas pinturas del llamado segundo estilo.

En la pared de la derecha del tablinum se encontraba la composición pictórica que mejor se ha conservado. Entre columnas corintias, apoyadas en altas basas, recuerdo de las escenografías teatrales empleadas en el segundo estilo, el espacio se dividió en tres partes. En la escena central aparece un conocido tema mítico: Io, vigilada por Argo, el de los cien ojos abiertos por todo su cuerpo, a la que acude a liberar Mercurio[47], copia de un célebre cuadro del pintor Nikias[48]. En los laterales (se ha perdido el de la derecha) se figuraban dos puertas con sus batientes abiertos, que dejaban ver un conjunto de construcciones, en perspectiva, animadas con la presencia de algunos personajes. Sobre las cornisas de los lados, a media altura, se ven unos cuadritos (pinakes) de género. En el de la izquierda aparecen dos mujeres, una de pie y otra sentada. Entre ellas se ve a un muchacho llevando en sus hombros una cabra, posiblemente destinada al sacrificio. En el de la derecha se advierte la presencia de otras tres mujeres, una matrona con sus siervas. Como complemento ornamental, figuran toda una serie de pequeños motivos decorativos: esfinges, esbeltas victorias aladas, racimos de uvas, candelabros, etc., que confieren al conjunto una delicada atmósfera ilusionista, tratando de representar

«todo lo que no existe, ni puede existir», característica esencial de este segundo estilo, sobre todo en su etapa de madurez, próximo ya al tercer estilo, en el que se utilizaron elementos fantásticos y arquitecturas inverosímiles.

Enfrente a la puerta de entrada había un cuadro que representaba a Polifemo y Galatea[49]. La pintura, en buen estado de conservación en el momento de su hallazgo, está ahora prácticamente perdida. En la escena aparecía un paisaje marino con rocas al fondo, en el que se veía a varias nereidas y a Galatea a lomos de un hipocampo. La enorme figura del cíclope emergía de las aguas, llevando sobre su hombro la figura de Eros.

En la estancia de la derecha se ha conservado bastante bien la decoración de la pared de la izquierda. En ella figuran motivos más simples, dentro de unos recuadros. En el sector inferior cuelgan ricas guirnalda de frutas y hojas, mientras que por arriba corre un friso de fondo amarillo en el que aparecen bosquejados, con la técnica del trazado de mancha, tipo impresionista, diversos motivos egiptizantes. En la otra sala quedan restos que demuestran que las paredes estuvieron pintadas, pero sin escenas figuradas. En estas tres habitaciones se han mantenido restos de sus pavimentos, todos ellos de mosaicos en blanco y negro.

Al sur de este mismo patio, se encuentra otra estancia, considerada como un triclinium, en la que, también, se ha conservado su decoración pictórica. En el centro de la pared de enfrente a la entrada, había un cuadro de tema paisajístico con un betilo, representación anicónica de la diosa Diana.

Las excavaciones realizadas en 196l en el área meridional de la casa de Livia fueron definitivas para ampliar los conocimientos de la de Augusto y del templo de Apolo anejo a sus dependencias. Según Ovidio, en la casa de Augusto había una parte dedicada a Febo (Apolo), otra a Vesta, y la tercera al propio emperador[50]. Por otra parte, esta zona estaba próxima a la cabaña de Rómulo, personaje con el que siempre trató de equipararse.

Con anterioridad, se habían hallado restos de un peristilo cuyo pavimento de mármol se sobrepuso sobre otro de mosaico, en blanco y negro, correspondiente a una vivienda de fines del siglo II

o inicios del I a.C. Hacia las Scalae Caci, salieron a la luz un gran número de habitaciones, cuyos muros de opus quasi-reticulatum son de la misma fecha. Todo ello demuestra que se trata, como en el caso de la anterior, de una casa de época republicana, transformada a comienzos del Imperio. Posteriormente, aparecieron una serie de ambientes entorno a una gran estancia central, que se ha identificado con la zona de representación oficial, próxima al templo de Apolo. Esta parte estaba pavimentada de mármol, mientras que el resto de la casa tenía suelos de mosaico en blanco y negro. La parte más notable del ala occidental se compone de dos estancias en las que se han conservado pinturas, igualmente, del segundo estilo pompeyano. La primera de estas estancias es la llamada «Sala de las Máscaras», porque en una de sus paredes se encuentra una decoración arquitectónica inspirada en la escenografía teatral, como sugieren las máscaras, que pueden verse en sus laterales, apoyadas en la cornisa que se encuentra a media altura. En el centro aparece la representación de un santuario agreste, en el que se destaca una columna o betilo, similar al del triclinium de la casa de Livia. La segunda está decorada con guirnaldas de agujas de pino que penden de unas finas pilastras.

La domus de tiberio y de calígula

La casa que Tiberio construyó en el Palatino fue el primero de los palacios de los Césares, proyectado ex novo y de acuerdo con un plan meditado y uniforme. Se alzó en el lado occidental de la colina, tras el área ocupada por el santuario de Cibeles, posiblemente sobre la que fuera su casa natal[51]. Luego, fue ampliada por Calígula con nuevas dependencias que llegaron hasta el Foro, y más tarde por Nerón y Domiciano.

El solar de la Domus Tiberiana fue ocupado en el Renacimiento, como ya se ha señalado, por los Jardines Farnesio, lo que ha dificultado las excavaciones que solo han podido realizarse con cierta facilidad en su parte septentrional y meridional.

A mediados del siglo XVI, el cardenal Alejandro Farnesio, sobrino del papa Pablo III (1534–49), compró los terrenos en los que se encontraba el palacio de Tiberio, haciendo restaurar parte de sus edificios y encargando, además, al arquitecto Vignola (1507–76) que proyectara un jardín adecuado a la importancia de la renovada mansión imperial. Surgieron, así, los bellos Jardines Farnesio, dispuestos en terrazas desde el Germalus hasta la Casa de las Vestales en el Foro. Desde el siglo XVII, se convirtió en uno de los primeros jardines botánicos de Europa y en él se introdujeron una gran variedad de plantas exóticas, coleccionadas por el cardenal Odoardo Farnesio, entre las que destacó un tipo de acacia, denominada desde entonces «acacia farnesina».

El trazado de estos jardines fue modificado, posteriormente, por orden de Napoleón III, que en 1860 procedió a su restauración y, más tarde, fueron reformados de nuevo por el arqueólogo Giacomo Boni quien vivió en la llamada «Pajarera», desde 1907 hasta su muerte; incluso fue enterrado en un lugar próximo a la que había sido su residencia, y que él mismo había aparejado como un viridarium, es decir, como un pequeño jardín interior cubierto, en el que cultivó toda clase de plantas y flores.

Estos jardines son, sin duda, uno de los parajes más bellos y

evocadores de Roma y desde ellos se contemplan unas hermosas vistas tanto del Foro como de las colinas más próximas. Sus avenidas flanqueadas por árboles frondosos y maravillosas rosaledas hacen pensar en la belleza que debieron de tener, en su día, los espacios de recreo con los que Tiberio rodearía su mansión, considerada como el primer palacio monumental construido en Roma.

Los edificios de los jardines que aún quedan en pie son la ya citada «Pajarera» que se extiende hacia el Foro, con terrazas escalonadas y ninfeos (entre ellos la «Estancia de la lluvia»), siguiendo los modelos renacentistas, y el Palacio levantado sobre el ala meridional de la Domus Flavia. En su lado noroeste destaca una galería cuya decoración pictórica realizó Federico Zuccaro (1542–1609).

La Domus Tiberiana no debió de ocupar un área superior a la parte central de los citados jardines (150 m. × 120 m.), aunque después fue ampliada por Calígula hasta hacerla llegar al mismo Foro. Él fue quien construyó el llamado atrium Gai, precedido de una entrada monumental, sirviéndose del templo de los Dioscuros y del atrio de Vesta como si fueran los propileos sacros de su mansión. Según cuentan algunos autores, era frecuente verle aparecer entre las estatuas de Cástor y Pólux para ser adorado por los transeúntes como si fuera él también un dios[52]. Esta parte de la casa imperial que sufrió las devastadores castigos del incendio neroniano del año 64 y el del 80, fue más tarde restaurada por Domiciano, quien construyó una entrada monumental, sobre la de Calígula, próxima al Foro, en la zona que luego se levantaría «Santa María Antica», en el siglo VI.

El palacio de Calígula[53] es célebre porque fue el escenario de sus desmanes antes de ser asesinado el 24 de enero del año 41 por un grupo de conjurados que actuaban bajo las órdenes de los tribunos Cornelio Sabino y Casio Cherea, ambos pertenecientes a su séquito personal[54].

Entre los años 1861 y 1863, Pietro Rosa excavó la zona central de los jardines, sacando a la luz un gran peristilo y algunas de las estancias que se abrían a su alrededor. Del lado meridional de este peristilo salía un corredor en dirección al templo de la Magna

Mater. Y, junto a él, se han hallado un grupo de 18 estancias, de planta rectangular, cubiertas con bóveda de cañón, construidas con fábrica de ladrillo. En una de ellas, se han conservado restos pictóricos con escenas figuradas (una mujer, una pantera, pájaros, etc.), datadas en el siglo III. Estas dependencias parece ser que fueron construidas por Nerón, después del incendio del 64. En el ángulo meridional de este peristilo hay un pilón oval con escalones, que se cree que pudo pertenecer a un vivarium. En el lado oriental se encontraban dos escaleras que se comunicaban con el llamado Criptopórtico, asimismo edificado por Nerón. Este largo corredor, iluminado por medio de ventanas dispuestas en un lado de la bóveda que lo cubría, conserva vestigios de mosaicos y pinturas. Se han recogido restos de estuco procedentes del techo, decorado con casetones, motivos vegetales y un panel en el que aparecen cuatro erotes o amorcillos. Estos materiales se conservan en el Antiquarium del Palatino.

Bajo los jardines Farnesio quedan todavía algunas habitaciones impracticables con muros de fábrica de ladrillo. Parece ser que pertenecen a una restauración del palacio llevada a cabo por Cómodo (180–192), ya que en la Historia Augústea se habla de la Domus Palatina Commodiana, como de una casa distinta a la de las otras residencias imperiales[55].

El palacio de domiciano

La suntuosa mansión erigida por Domiciano en el Palatino comprendía el palacio oficial (Domus Flaviorum), el palacio privado (Domus Augustana), las bibliotecas, el hipódromo, las termas (solo iniciadas) y otras muchas dependencias. Aunque los Flavios procedían de una modesta familia provinciana de origen ecuestre, a la hora de proyectar su residencia es obvio que tuvieron presente el ejemplo de la Domus Aurea, concebida según los modelos principescos del Oriente helenístico. Por esta razón, aunque su morada no alcanzó las magnitudes de la de su predecesor, se construyó con el mismo lujo y ostentación, utilizando los recursos técnicos más avanzados de su época para crear espacios y estancias

de grandes dimensiones, revestidas de ricos mármoles y otros materiales nobles.

Su edificación se realizó entre los años 81 y 96, coincidiendo con el período en que reinó Domiciano, quien con esta y otras ambiciosas construcciones que acometió llegó a agotar el erario público. Para reponer fondos recurrió a la incautación de las fortunas de los ciudadanos que eran acusados de alta traición, en su mayoría de forma arbitraria y en virtud de delaciones motivadas por envidias y rencillas personales. Este clima de opresión y de inseguridad provocó la trama de una conspiración que, encabezada por su propia esposa Domicia, culminó con el asesinato del emperador el 18 de septiembre del año 96. El Senado se hizo cargo del poder, que puso en manos del senador de mayor categoría, M. Cocceio Nerva, perteneciente a una antigua familia plebeya, y decretó la damnatio memoriae del odiado tirano.

El arquitecto de los magníficos edificios que componían el conjunto de la mansión imperial fue Rabirio, famoso por su maestría e inteligencia. Fue autor también de la reconstrucción del templo de Júpiter Capitolino y amigo del poeta Marcial[56], que celebró su talento y su obra al tiempo que adulaba sin disimulo a Domiciano[57], quien llegó a proclamarse Deus et Dominus, adoptando un ceremonial y protocolo de tipo oriental en el que se imponía la proskinesis o postración reverencial ante su persona, exigencia acorde con su gobierno dictatorial y autocrático.

El palacio de Domiciano fue excavado en parte por Francesco Bianchini, por encargo de Francisco I, duque de Parma, entre 1722 y 1724. Se sacaron entonces a la luz las tres grandes salas que daban a la Velia y algunas estancias subterráneas, decoradas con pinturas que fueron incluso copiadas por Gaetano Piccini y Francesco Bartoli.

El palacio, de planta rectangular, tenía dos fachadas, una en su lado nordeste que se abría hacia la Velia y otra al noroeste, que daba a la Domus Tiberiana. La primera se componía de una escalinata de acceso y de un pórtico de tres cuerpos que se correspondían con las tres grandes salas del ala a las que precedían. La segunda, contaba, también, con un pórtico corrido del que quedan escasos restos, ya que, poco después de su construcción, esta parte del palacio mostró

deficiencias en su cimentación que obligaron a cerrar la columnata por medio de refuerzos transversales. El conjunto de la gran mansión imperial se componía, como ya se ha dicho, de tres sectores perfectamente diferenciados: sector oficial o de recepciones ceremoniales (Domus Flaviorum); el sector privado (Domus Augustana) y el Hipódromo o Estadio.

La Domus Flaviorum

En el primero de estos sectores se encontraban tres estancias, contiguas y paralelas entre sí, destinadas a la celebración de los actos oficiales. La primera, sita al norte, era la denominada Basílica, atendiendo a su planta y aspecto, o Auditorium, porque también se ha supuesto que fuera la sala donde el emperador celebraba las sesiones de su Consejo privado (Consistorium). Se componía de tres naves separadas por medio de dos hileras de columnas corintias de «giallo antico», dispuestas muy próximas a las paredes laterales, y estaba rematada por un ábside que se abría al fondo, rodeado de una balaustrada de mármol. Esta especie de tribuna era desde donde probablemente hablaban los colaboradores más próximos al Emperador para asesorarle cuando eran requeridos. Es posible que esta sala estuviera cubierta por una bóveda, aunque no faltan quienes opinan que su techumbre fue plana y que sobre ella se dispuso una terraza. Su altura actual es de 16,3 m., y corresponde tan solo al primer piso.

La siguiente es la llamada Aula Regia, un grandioso espacio (38 m. de longitud $\times$ 21 m. de anchura), tal vez hípetro, es decir, a cielo abierto, si es que se trataba de un gran patio de honor de inspiración oriental, como han sugerido algunos arqueólogos. Estuvo decorado con dieciséis columnas acanaladas de «pavonazzetto» y con doce estatuas de basalto negro situadas en los nichos de las paredes. Dos de estas estatuas, la de Baco con un Sátiro y la de un Hércules joven, fueron recuperadas en 1724, en el transcurso de las excavaciones realizadas por Bianchini, y donadas al Duque de Parma que se las llevó consigo, por lo que se encuentran en el Museo de dicha ciudad. Al fondo de la sala se abre un ábside, donde estaba el trono (augustale solium) del Emperador, desde el que aparecía como dominus et deus. En esta solemne

estancia recibía las salutationes de sus súbditos, a los embajadores extranjeros y presidía los Consejos oficiales. Muy discutido ha sido el tema de su cubrición, que algunos suponen una grandiosa bóveda, lo que es poco probable dadas sus dimensiones, o una cubierta plana, a unos 30 m. de altura, adornada con casetones, para la cual se emplearían vigas de unos 26,5 m, aunque el grosor de sus muros (3 m.) se ha considerado excesivo para este tipo de techo. Por último, existe la posibilidad, como ya se ha apuntado, de que fuera un espacio sin cubrir.

La tercera de estas salas era el llamado Lararium, o capilla privada donde se custodiaban los Penates o dioses protectores de la casa imperial. Aquí se encontró en el transcurso de las excavaciones de Bianchini una piedra negra, de unos tres pies de altura (unos 90 cm.) que algunos autores han supuesto la acus Matris Deum, es decir un cono pétreo representación anicónica de la diosa Cibeles que Heliogábalo[58], devoto de la diosa, custodiaba en una de las capillas del palacio. Sin embargo, también se ha pensado que pudiera ser el ambiente destinado a albergar el cuerpo de guardia de los pretorianos encargados de la protección del palacio.

Las excavaciones practicadas bajo el pavimento de estas salas han sacado a la luz numerosos restos de construcciones anteriores de época republicana (muros de opus incertum y de opus reticulatum) y neroniana, sobre las que volveremos a hablar más tarde.

Desde este sector oficial se accedía, por dos entradas, a un gran peristilo que constituía el centro de todas las construcciones de este sector, sostenido por columnas de mármol negro de Numidia, de las cuales aún se conservan in situ las basas, fragmentos de los fustes y de los capiteles. En su centro se hallaba una gran fuente, restaurada en época reciente, de forma octogonal rodeada de muretes dispuestos en laberinto. Este hermoso lugar era por donde Domiciano solía pasear y cazar moscas aprovechando la fresca sombra de los pórticos que le rodeaban. Le dio el nombre de Sicilia[59], siguiendo el ejemplo de Augusto que, cuando necesitaba pensar y estar solo, se retiraba a un peristilo de su casa al que denominó Siracusa. Sin embargo, sus paseos no debían de ser demasiado relajados ya que, obsesionado ante la idea de ser atacado por la espalda, hizo recubrir las paredes con lastras de mármol de

Capadocia[60], pulidas hasta el punto de actuar como espejos.

En el lado occidental del peristilo se abre una sala octogonal, flanqueada de otras dos de traza mixtilínea que se ha considerado un acceso de entrada secundario desde el porche occidental, en comunicación, por medio de algunos tramos de escaleras, con el criptopórtico de Nerón; en el oriental se perciben los vestigios de otra amplia estancia que se ha pensado que pudiera ser el tablinum, enmarcado por otras dos más pequeñas, repitiendo en parte el esquema de la zona del poniente.

Atravesando el peristilo se llega al majestuoso triclinium, o comedor de gala, conocido por su lujo como la Coenatio Iovis, pavimentado con mármoles de color (opus sectile), vestigios de los cuales aún se conservan en la parte de la exedra, que se abre en su testero meridional y sobre la cual se elevaba una grada o plataforma donde se instalaba la kliné o lecho del emperador para aislarle del contacto de los invitados que asistían a sus fastuosos banquetes. Bajo ella, en época de Adriano (hacia el 120), se dispuso un hypocaustum para dotarla de una cálida temperatura en los días de frío. La altura de esta sala se ha calculado que debió de ser igual a su longitud: 31,60 m. Se accedía a la misma a través de una columnata de granito gris de Egipto y en el interior se alineaban tres órdenes superpuestos de columnas de las que no quedan restos, pero gracias al poema de Estacio[61] en honor de Domiciano, se sabe que las inferiores eran de mármol amarillo de Numidia, las intermedias de mármol morado de Frigia y las superiores de mármol gris rosáceo de Quíos, o verdoso de Carystos. En sus paredes se abrían grandes ventanales desde los cuales se podían ver sendas fuentes, de forma oval, que se alzaban en cada uno de los dos patios que se hallaban a sus lados. De estos dos patios, solo el occidental ha sido excavado, ya que el oriental está cubierto por el Antiquarium (Museo del Palatino)[62]. Bajo su pavimento se han hallado restos de dos comedores construidos por Nerón antes y después del incendio del año 64, aunque de menores dimensiones.

En el flanco meridional de este sector se han descubierto restos de lo que pudo ser otro pórtico de acceso, próximo al cual había dos estancias iguales y paralelas, de planta rectangular y cabecera absidada, con grandes nichos en sus paredes. Se ha supuesto que tal

vez fueran dos bibliotecas, construidas asimismo en época de Domiciano de quien se sabe que rehizo muchas de las destruidas por el fuego en tiempos anteriores a su reinado[63]. Su situación, entre el flanco occidental de la Domus Augustana y las ruinas identificadas como pertenecientes al Templo de Apolo, hace suponer que sustituyeron a las pertenecientes a dicho templo, edificadas por Augusto cerca del Pórtico de las Danaides.

La Domus Augustana

En el flanco oriental de la Domus Flaviorum, el sector oficial del palacio, se extendía la Domus Augustana, la residencia privada de Domiciano que llegaba por su parte meridional hasta el Circo Máximo. Su mal estado de conservación ha impedido la posible reconstrucción de muchas de sus zonas.

A juego con el peristilo de la fuente octogonal, se abría otro similar en el que había un estanque ornamental de forma rectangular y cabecera absidada, en cuyo centro se alzaba, sobre un alto podio, un templete al cual se accedía por medio de un puentecillo. Dada la devoción que este emperador profesó a Minerva, se ha pensado en la posibilidad de que dicho templete hubiera estado dedicado a esta divinidad o a otra de carácter campestre. En cualquier caso, este modelo de lago artificial con isleta se mantendría en Roma a lo largo de los siglos y se reavivaría a partir de la época renacentista. La parte que se extiende al norte de este peristilo está completamente destruida, por lo que nada puede decirse con seguridad acerca de su estructura. Se ha aventurado la posibilidad de que pudiera haber estado ocupada por un patio de acceso o por otro peristilo.

En el lado meridional del peristilo del lago se encuentran una serie de edificaciones con las que se solucionó el desnivel del terreno existente en esta ladera del Palatino y que se extiende hasta el propio Circo. A continuación, se abría un nuevo peristilo, ya a nivel más bajo, lo que obligó a construir el pórtico que le rodeaba en dos alturas. En su centro se alzaba una nueva fuente, cuyo motivo ornamental está compuesto por cuatro peltas (escudos curvos propios de las amazonas) contrapuestas. En su lado norte destacan

dos salas octogonales, cubiertas con bóvedas y con las paredes adornadas con nichos alternativamente semicirculares y rectangulares. Estas salas enmarcan a otra de planta cuadrada. En su costado occidental se halla otra estancia flanqueada por dos ninfeos y una escalinata por la que se accede al nivel del sector oficial. Tal vez fue esta la zona más vivida por el emperador, que debió de tener aquí sus habitaciones privadas, pero su mal estado de conservación ha hecho imposible su reconstrucción.

Las dependencias de la Domus Augustana llegaban hasta la exedra columnada que se abría sobre el Circo Máximo. La fachada estaba formada por un amplio porche, en forma de segmento de círculo, en cuyo centro había una puerta que comunicaba a través de un largo corredor con el patio inferior. Las columnas de este pórtico se han perdido y solo quedan los huecos de las basas.

A ambos lados de la exedra se encontraban, en el lado occidental, el llamado Pedagogium, y en el oriental el pulvinar o palco, sito en la parte meridional del Hipódromo.

Fue construido en época de Septimio Severo, y desde tan privilegiado lugar los emperadores veían las carreras que se celebraban en el Circo Máximo.

El Pedagogium es un edificio de época domicianea, concebido como una dependencia aneja al palacio. Por los graffiti que han aparecido en sus paredes se ha supuesto que pudo ser una escuela destinada a la formación de los esclavos imperiales encargados de la administración palatina. Entre dichos graffiti, el más sorprendente es el que representa a un asno crucificado con una inscripción en griego en la que se lee: Alexamenos adora a su dios. Se halla en el Antiquarium y es una muestra evidente del desprecio con que se veía por entonces a los cristianos. La mayoría de los nombres que aparecen sobre sus paredes son griegos, lo que demuestra su condición de esclavos. También se han conservado, en algunas de sus salas restos de pinturas, fechables en el siglo III d.C. Este edificio fue excavado en el siglo XIX, cuando era propietario de esta zona el zar Nicolás I. La parte descubierta consiste en un peristilo rodeado de salas, de entre las cuales, la que ocupa el centro tiene forma absidada. No se conoce su planta exacta, porque no ha sido excavado en su totalidad.

La Domus Praeconum o Casa de los Heraldos era otro edificio que se encontraba entre el anterior y el Circo Máximo. Se componía de un patio rectangular con un pórtico de pilastras en sus cuatro lados, al norte del cual se abrían tres estancias cubiertas con bóveda, sobre las cuales es posible que descansara un segundo piso. Estaba decorado con ricos mosaicos y bellas pinturas, fechables a comienzos del siglo III d.C. (hoy en el Antiquarium), que denotan la importancia del edificio. En uno de los mosaicos se ven algunas figuras de heraldos, personajes que han dado nombre al edificio. Se tiene noticia, por algunos epígrafes de la existencia de nuntii circi, portadores de estandartes, como los que aparecen en el citado mosaico, que precedían al cortejo circense, por lo que cabe la posibilidad de que esta casa fuera su sede oficial.

El Hipódromo o Estadio

El llamado Hipódromo o Estadio se extiende a lo largo del flanco oriental de la Domus Augustana y, por su traza, recuerda a un circo o estadio. Al parecer, Domiciano tenía una especial predilección por este tipo de edificios, ya que construyó un gran estadio en el Campo de Marte, convertido, después, en la bella «Piazza Navona», y otro edificio semejante al del Palatino en su villa campestre junto al lago Albano. Este último, según sabemos por Plinio, era un jardín frondoso con toda clase de plantas y árboles, lo que ha hecho suponer que el del Palatino hubiera tenido un destino parecido.

Se le conoce con el nombre de Hipódromo porque por los restos de unas construcciones semicirculares que se han hallado en sus extremos se ha pensado que pudieran ser los elementos terminales de una spina que partiría su planta en dos, al igual que sucedía en los circos. Lo más probable es que fuera una zona ajardinada que, a la vez, sirviera de picadero.

Su planta es un largo rectángulo con su lado meridional curvo y, aunque se construyó al tiempo que el palacio, sufrió modificaciones en época de Adriano, Septimio Severo y Teodorico[64]. Este rey ostrogodo fijó su residencia en el palacio de los Césares y construyó en el interior de este edificio un recinto oval para ser utilizado, según opiniones, como vivero de plantas o para caballeriza, con lo

que se modificó en parte la estructura del citado lado curvo. En el centro de su arena se ven además restos de lo que fue un pórtico de época tardo imperial que daba acceso a un atrio decorado con columnas.

En su interior corría un pórtico de dos pisos de 6 m. de ancho, sostenido en su planta baja por pilares de hormigón revestidos de mármol, de los que solo quedan las basas, mientras que el piso superior se elevaba sobre columnas marmóreas. En el centro del lado oriental se abría una gran tribuna (pulvinar) en forma de hemiciclo. En su planta baja había tres salas decoradas con pinturas de las que han quedado escasos vestigios y en la segunda se levantaba un alto podio, en el cual se abrían las puertas de ingreso. Su decoración consistía en una columnata, de orden corintio, muy próxima a la pared del fondo. Por este lado llegaba el acueducto construido por Domiciano para el abastecimiento de su residencia. Más tarde, fue restaurado por Septimio Severo con el fin de suministrar agua a sus termas.

La domus severiana

Recibe este nombre la ampliación del palacio imperial llevada a cabo por Septimio Severo (193–211) en la zona meridional, sobre una plataforma construida por Domiciano quien, al parecer, ya había tenido la intención de construir unas termas. De este nuevo edificio, incluido el conjunto termal, apenas si quedan otros restos que los de sus infraestructuras de ladrillo y los restos del pulvinar o palco imperial que este emperador construyó al sur del Hipódromo para poder ver las carreras del Circo Máximo, sin salir de su propia mansión.

En la zona sita al sudeste de las termas, cerca de la Via Appia, se edificó el célebre Septizodium o Septizonium[65], un ingreso monumental, en forma de ninfeo o frons scenae, para dignificar la entrada meridional de la ciudad con el fin de que los visitantes procedentes de África, donde se hallaba la ciudad de la que procedía la familia del emperador, Leptis Magna, percibieran a su

llegada, al primer golpe de vista, la magnificencia de la ciudad y de la casa de su emperador. Algunos diseños del Renacimiento, entre ellos uno de Francisco de Holanda que se conserva en El Escorial, lo muestran como un edificio de tres pisos con un pórtico en la parte delantera de cada uno de ellos, pero originariamente parece ser que se componía de siete zonas verticales u horizontales, una por cada planeta, estructura a la que debía su nombre. En planta tenía una longitud de cerca de 90 m. y el nicho central, flanqueado por otros dos menores, adornados con estatuas y surtidores de agua, albergaba una efigie colosal de Septimio Severo. Una inscripción que ha llegado a nosotros y que aparecía en el arquitrabe del primer piso, dedicada al emperador y a su hijo Caracalla, L. Septimius Severus et M. Aurelius Antoninus, haciendo constar su titulatura familiar y sus magistraturas, nos da la fecha del año 203. Este edificio se mantuvo en pie hasta el siglo XVI que fue cuando lo hizo derribar el papa Sixto V (1585–90) para utilizar sus materiales en algunas de las obras que acometió, entre ellas la capilla que hizo construir en «Santa Maria Maggiore», en el Esquilino.

El sector oriental del palatino

El sector oriental de esta célebre colina, en el que hoy se levantan las iglesias de San Sebastián y San Buenaventura, estuvo ocupado, en su día, por una gran terraza artificial de planta rectangular, construida para sostener a un único edificio al que se accedía, tal vez, por una entrada monumental, el llamado Pentapylum o puerta de cinco vanos de la que hablan los Catálogos Regionales. Sus imponentes cimientos de opus laetericium son aún visibles cerca del arco de Tito. Al parecer, su fachada principal se abriría en el lado occidental de dicha plataforma y estaría precedida de una amplia escalinata.

Se cree que el templo que se levantó en esta vasta área, hoy ocupada por la iglesia de San Sebastián, que es el punto más alto del Palatino, fue el de Heliogábalo (217–222), erigido en honor al Sol[66], divinidad sincrética llamada a tener un gran protagonismo en Roma en los siglos III y IV. Se sabe que San Sebastián fue

martirizado por orden de Diocleciano, después de haber sido juzgado stans super gradus Elagabali, escalinata que estaba situada delante del citado templo, sobre el que se levantó, en el siglo X, una iglesia en honor a dicho mártir.

Debió de ser un gran edificio (60 x 40 m.) donde este emperador reunió los objetos más sagrados de la ciudad: el hogar de Vesta; los ancilla, los escudos de Marte que se habían conservado en la Regia; el Palladium, traído por Eneas desde Troya; la piedra negra de Cibeles, etc. Sufrió un gran incendio, pero se debió reconstruir, ya que una inscripción de mediados del siglo IV, recuerda a un consularis Campaniae que, entre sus cargos estaba el de praepositus Palladii Palatini. La fama del Palladium que se conservaba en el templo de Heliogábalo, considerado como fatalis pignus salutis atque imperii (prenda profética de la salud y del imperio) dio nombre, durante todo el Medioevo a esta región que se denominó regio Palladii, o Pallara, por lo que recibió el nombre de «Santa Maria in Palladio», la que después sería iglesia de San Sebastián.

Algunos autores han situado en esta zona, también, los llamados Jardines de Adonis, donde anualmente, por primavera, se celebraban las Adonea o fiestas fúnebres en honor de este dios de la vegetación que, según la leyenda, había instituido su amante, la propia diosa Afrodita. En vasos, cajas, o recipientes de un considerable tamaño, se plantaban semillas que, regadas con agua caliente, brotaban con toda rapidez. Sin embargo, al forzar su crecimiento, se secaban muy pronto, hecho que recordaba el destino del joven dios de origen oriental, muerto en plena juventud por el ataque de un jabalí. Sus fieles seguidoras, portadoras de tales «jardines», recorrían las calles en procesión y prorrumpían en lamentos rituales para testimoniar su dolor ante la brevedad de la vida de Atis. Le estaba consagrado el árbol de la mirra, porque en él fue convertida su madre Mirra, tras haber consumado el incesto con su padre Tías, rey de Siria. Las flores propias de su culto eran las anémonas y las rosas rojas. Las primeras, porque fueron las que de este color se tiñeron al contacto con su sangre, y las segundas porque sobre ellas se derramó asimismo la sangre de Afrodita, quien al ir a socorrer a su amado se clavó la espina de una rosa blanca en el pie, convertida desde entonces en roja pasión.

Los edificios hallados bajo la domus flavia

El Aula Isíaca y la Casa de los Grifos

Dentro de los vestigios arqueológicos correspondientes a edificios de épocas anteriores hallados bajo la Domus Flavia, destacan el Aula Isíaca, así llamada por los motivos decorativos de sus paredes, y la Casa de los Grifos que recibe su nombre de los dos grifos afrontados que aparecían pintados dentro de un luneto que ornaba uno de sus muros.

Los restos del Aula Isíaca que se encontraron bajo la Basílica corresponden a una casa republicana decorada con pinturas del segundo estilo avanzado, que han sido fechadas entre los años 30 y 25 a.C. La mayoría de sus motivos decorativos representan temas alusivos a los cultos egipcios centrados en los dioses Isis y Serapis. De forma reiterada aparece el jarro de pico, la sítula, guirnaldas con flores de loto, el uraeus (la cobra), etc. Todo ello ha llevado a pensar que era un santuario dedicado a Isis por Calígula en el palacio imperial y que debió de ser destruido en el 64 por el incendio acaecido en tiempos de Nerón. Los restos pictóricos se conservan en el Antiquarium y existen diversas acuarelas realizadas por destacados pintores del siglo XVIII[67].

La Casa de los Grifos se encontró a unos 2 m. bajo el pavimento del Lararium. El edificio construido en opus incertum muestra reconstrucciones posteriores de opus quasireticulatum. Sus paredes estuvieron decoradas con pinturas que se han fechado a finales del siglo II y comienzos del I a.C. Tanto las pinturas que decoraron sus estancias como los mosaicos de sus pavimentos se conservan, asimismo, en el Antiquarium. Entre ellos es de destacar un suelo de mármol, decorado con opus scutulatum, así llamado porque las piezas musivas tenían la forma de pequeños escudos, frecuente en Roma entre los años 150 y 120 a.C. En las pinturas, las más antiguas del segundo estilo llegadas a nosotros, aparecen por vez primera las columnas que se destacan exentas con respecto a los fondos. Como en el caso del Aula Isíaca debió de sufrir también los

efectos del incendio del año 64. Se considera que es la casa republicana más significativa de cuantas se han conservado de esa época en Roma. Hay investigadores que han sugerido la posibilidad de que perteneciera al orador Craso o al cónsul Lutacio Catulo.

Bajo la Domus Flaviorum se han hallado restos de la Domus Transitoria, es decir de la ampliación del palacio julio-claudio, llevada a cabo por Nerón y en la que vivió hasta el 64 e, incluso, de la Domus Aurea que se extendió desde el Esquilino hasta el propio Palatino.

---

1 Barrio de Roma, cuya primitiva configuración, como una de las últimas estribaciones del Esquilino, recordaba a las quillas de los barcos (carina-carinae).

2 Palatium quod Palantes cum Evandro venerunt, qui et Palatini (Varr., De lin. Lat.8; Cf. Liv. I, 5, 1-2). Palatium id est mons Romae, appellatus est, quod ibi pecus pascens, balare consueverit, vel quod palare, id est errare, ibi pecudes solerent; alii quod ibi Hyperborei filia Palanto habitaverit, quae ex Hercule Latinum peperit; alii eumdem quod Pallas ibi sepultus sit, aestimant appellari (Fes. 220-276).

3 Varr., De lin.lat., V, 54.

4 El Velabrum era una zona de mercados, sita al norte del Forum Boarium, entre el Palatino y el Tíber.

5 Tác. Ann., XIII, 24); Cornelio Tacito, orador, abogado e historiador romano que vivió entre los años 55 a 119 d.C. De su vida no tenemos más noticias que las que nos transmiten sus propias obras y las cartas de su amigo Plinio el Joven, con quien mantuvo una buena amistad. Su actividad profesional se desarrolló en época de los Flavios y debió de morir poco después de que Adriano subiera al trono imperial. Sus obras más importantes fueron Dialogus de oratoribus, De vita et moribus Iulii Agricolae, Germania, Historiae, Ab excessu divi Augusti, etc.

6 Sol., I,18; C. Iulio Solino fue un geógrafo del siglo III d.C., que escribió una Geografía en la que concedió una especial atención a las curiosidades y detalles de interés, siguiendo el modelo creado por Plinio el Viejo, en su Historia Natural.

7 El Foro Boario era el Mercado de Ganado y se ubicaba, entre el Palatino y el Tíber.

8 Consus era un dios romano, muy antiguo y de carácter desconocido. Su altar, subterráneo, se encontraba en el centro del Circo Máximo y se desenterraba en el transcurso de sus fiestas, las Consualia, y cuando había carreras de caballos. Entonces, además, se dejaba descansar a los animales de tiro: caballos, asnos y mulos y se les coronaba con flores. El carácter subterráneo de su culto ha llevado a pensar que se tratase de una divinidad protectora del grano y de los silos. El rapto de las sabinas se produjo, como ya hemos visto, en el transcurso de dichas celebraciones en honor de Consus.

9 Plin. Nat. Hist., III, 67.

10 Varr., De lin. lat., V, 164; Fest., 262.

11 Plut., Rom., 20; Diod. IV, 21. El tricípite Caco era un dios del fuego, hijo de Vulcano y numen local de Roma que aparecía ligado a la figura de Hércules. Cuando este héroe regresó de Occidente con los rebaños de Gerión, a los que dejó pastar en el Forum Boarium, Caco le robó cuatro vacas y cuatro bueyes. Para que los animales no dejaran rastro, los arrastró por la cola, haciéndoles caminar hacia atrás, con lo cual sus pisadas parecían dirigirse en sentido contrario a su gruta, sita en el Aventino. Descubierto por Hércules se entabló una reñida batalla, que acabó con la muerte del ladrón. Sin embargo, Diodoro nos habla de otro Cacius, hombre de fuerza extraordinaria que vivía en el Palatino y que acogió a Hércules hospitalariamente. Su nombre sería el recordado en las llamadas Scalae Caci, una de las subidas a dicha colina y próxima a la gruta en la que vivía este personaje: el atrium Caci.

12 Bloch, R., Tite-Live et les premiers siècles de Rome, Paris, 1965.

13 Hay quien opina que el término Septimontium es una corrupción

de saepti montes, es decir montes cerrados o fortificados (del verbo saepio-psi-ptum, cercar, amurallar).

14 Au. Gel., XIII, 14, 4; Aulo Gelio fue un gramático latino, nacido en África en el 130 a.C., autor de numerosas obras, entre las que destaca Las noches áticas.

15 Argei-orum, lugares de Roma, dedicados a la celebración de sacrificios.

16 Suet., Aug., 5; Sal., Hist. fragm., II, 45.

17 plin., Nat. his., XII, 94.

18 suet., Galba, I.

19 suet., Aug., 5.

20 Iupiter Stator (el que detiene a los enemigos).

21 Suet., Aug., 72.

22 Liv., X, 33, 9. Los samnitas eran los habitantes de la región del Samnio, situada al Este del Lacio y de la Campania y al Oeste del Adriático. Con ellos Roma sostuvo guerras continuas del 343 al 290 a.C.

23 La Victoria (Νίκη, en griego) en el mundo romano se decía que fue criada por Palans, hijo de Hércules y Dina, una hija de Evandro, quien le consagró un templo en la cumbre de su colina en el Palatino, próximo al Clivus Victoriae, no lejos de la actual iglesia de San Teodoro.

24 Liv., I, 12, 3-6; Dion., II, 50; Ov., Fast., VI, 793 ss.

25 Liv., XXIX, 11 y 14; Ov.,Fast., IV, 298 ss.; Plin., Hist.Nat. VII, 35.

26 Monum. Ancyr., IV, 8: Aedem Matris Magnae in Palatio feci.

27 Zosi., Hist. Novae, II, 31, 2. Este historiador griego escribió entre los años 450 y 502 su obra llamada Historiae Novae, en seis libros, desde Augusto hasta el 410.

28 Dio Cas., LIII, 1; Hor., Carm., I, 31. Prop., Eleg., IV; Virg., En.,VIII, 704, etc.

29 Monum. Ancy., IV, I, 24, 35.

30 Suet., Aug., 25

31 Monum. Ancyr., IV, 19; Ov., Trist.,, III, I, 61; etc.

32 Las Danaides fueron las cincuenta hijas de Dánao, (rey de Libia primero y fundador de Argos, después) que le acompañaron en su viaje a Egipto por temor a los cincuenta hijos de su hermano, también llamado Egipto. Después de una aparente reconciliación con sus sobrinos, consintió en que desposaran a sus hijas. En el banquete de bodas encargó a cada una de sus hijas que matara a su respectivo esposo, con una daga que él mismo les entregó. El mandato paterno fue cumplido por todas, menos por Hipermestra que salvó a Linceo, por haberla respetado. Casadas, posteriormente con jóvenes del país, engendraron la raza de los dánaos, que vino a sustituir a la de los pelasgos. No obstante, tras su muerte fueron condenadas en los Infiernos al inútil trabajo de llenar un recipiente sin fondo. Por esta razón, su representación iconográfica fue la de unas bellas jóvenes con una vasija al hombro de la cual manaba un chorro ininterrumpido de agua.

33 Plin., Nat. hist., XXVI, 36.

34 En una moneda de Tiberio, en la que se representó el templo de Vesta en el Palatino del que no se han encontrado restos, aparece flanqueado por dos famosas estatuas de vacas cuyos originales se atribuyen a Mirón, armenta Myronis (Prop., Eleg., III, 31, 7 ss).

35 Vitr., De archit., III, 3, 4.

36 Plin., Nat. hist., XXVI, 13.

37 Níobe era hija de Tántalo y hermana de Pélope. Casó con Anfión con el que tuvo siete hijos y siete hijas. Orgullosa de su fecundidad se declaró superior a Leto, que se sintió ofendida. Para vengar a su madre Apolo mató con sus flechas a los hijos de Níobe y Ártemis hizo lo mismo con las hijas. Solo se salvaron de la matanza un hijo

y una hija. Esta última se quedó tan pálida a consecuencia del miedo que había pasado que recibió el nombre de Cloris. Más tarde casó con Neleo, el padre del longevo Néstor. Níobe huyó horrorizada y llena de dolor. Fue a refugiarse en la casa de su padre Tántalo, junto al monte Sípilo, en Asia Menor. Allí fue transformada en roca por los dioses, pero aún así, siguió llorando hasta hacer que de ella fluyera un manantial.

38 También se depositaron aquí los Libri Fulgurales, los Libri Rituales, los Libri Acheruntici y las revelaciones de la ninfa Vegoia de quien, según la tradición, procedía gran parte de la sabiduría etrusca. Fue ella quien enseñó a este pueblo el arte de interpretar el significado de los relámpagos, la forma de purificar los lugares tocados por el rayo y el conjunto de ritos concerniente a la vida social, la fundación de ciudades, la roturación de los campos, etc.

39 El culto a Apolo se introdujo en Roma con motivo de la gran peste del año 439 a.C., como divinidad salutífera, erigiéndose el primer templo en su honor en las afueras del pomerium, en los llamados Prata Flaminia, cerca de la Porta Carmentalis, ya que por ser un dios foráneo no podía ser admitido dentro del recinto sagrado de la ciudad. Se levantó sobre un antiguo altar existente, al menos desde el 449 a.C. Su construcción se inició en el 433, aunque no fue consagrado hasta el 431 a.C., siendo dedicado a Apolo Medicus. Fue varias veces restaurado y en el 34 a.C., C. Sosius inició la reconstrucción total del templo, próximo a los restos del anterior. Los vestigios de este último aún se ven junto al Teatro de Marcelo. El culto a Apolo alcanzó una gran popularidad a finales del siglo III a.C., hasta el punto de que el Senado decretó la celebración de juegos en su honor graecu ritu, al tiempo que se propiciaba el envío de emisarios para hacer consultas al Oráculo de Delfos, el gran centro sapiencial y oracular de la antigüedad, cuyos designios eran siempre respetados. Se instauraron así los Ludi Apollinaris que se celebraban, anualmente, del 4 al 15 de julio en honor del deus sospitalis. En época de Augusto consiguió finalmente hacerse un hueco dentro del pomerium, junto a la casa de su protegido.

40 Am. Marc. XXIII, 3, 3. Amiano Marcelino (hacia 330-395) fue un historiador romano. Nació en Antioquía y se trasladó a vivir a Roma

hacia el 370. Escribió una Historia de Roma que comprendía desde el reinado de Nerva (96-98), hasta la derrota de los romanos por los godos en el 378, en la batalla de Adrianópolis.

41 Suet., Aug., 72-73.

42 Monum. Ancy.,VI, 13-24.

43 La parsimonia, en el mundo romano, era la virtud del ahorro y de la economía.

44 Los estilos pictóricos romanos de finales del la República al siglo I d.C., se han clasificado de acuerdo con los repertorios pompeyanos conservados bajo la lava del Vesubio en las ciudades de Pompeya, Herculano y Stabies. Las circunstancias en las que se produjo esta catástrofe y su descubrimiento a partir del siglo XVIII, han hecho de ellos un testimonio irrepetible a través del cual podemos estudiar sus diferentes etapas y su evolución. El primer estilo, llamado de «incrustación», se limitó a simular materiales marmóreos para cubrir las paredes y se empleó desde la segunda mitad del siglo II a.C., hasta comienzos del I a.C. El segundo estilo, denominado de «perspectiva arquitectónica», simuló arquitecturas posibles, de formas esbeltas, que recordaban a las escenografías teatrales. Entre ellas aparecían cuadros, por lo general de tema mitológico, copias de célebres pintores griegos y perspectivas de diferentes tamaños. Se generalizó desde la época de Sila, siglo I a.C. a la de Tiberio, siglo I d.C. El tercer estilo, conocido con el nombre «de candelabros», por la repetición de este motivo decorativo, gustó de las arquitecturas fantásticas, puramente ornamentales, entre las cuales aparecían elementos, muy sutiles y variados: seres alados, guirnaldas, además de los repetidos candelabros que le dieron nombre. Debió de empezar a emplearse en la época de Augusto y se extendió hasta la de Nerón. El cuarto estilo, el «ilusionista» es considerado, por algunos autores como una etapa final del anterior. Se caracterizó por un derroche de imaginación en las estructuras arquitectónicas, de modo que la pared desaparecía, bajo los efectos ópticos, producidos por su movimiento y los elementos ornamentales que entre ellas figuraban. Se inició hacia mediados del siglo I d.C., y estaba en pleno apogeo cuando, en el año 79, se produjo la erupción del Vesubio.

45 Suet., Tib., 5.

46 C.I.L. XV, 7264.

47 Io fue una hermosa sacerdotisa del templo de Hera, en Argos, de la que Zeus se enamoró. Ante los celos de su esposa, la transformó en una ternera blanca. Hera exigió que se la ofreciese como presente y confió su custodia a Argo, el de los cien ojos. Compadecida de la suerte de su amante, a la que a veces el dios visitaba, bajo la forma de un toro, encargó a Hermes (Mercurio) que la liberase. Para lo cual, con su varita mágica durmió los cincuenta ojos que Argo tenía abiertos, ya que los otros cincuenta estaban cerrados por el sueño. Hera envió entonces un tábano para atormentar a su rival. Enloquecida recorrió toda Grecia. De ella tomó el nombre el golfo Jónico, pasó a Asia, dando origen al nombre del Bósforo (Paso de la Vaca) y llegó a Egipto donde alumbró a su hijo Épafo, del que descenderían las Danaides.

48 Plin. Nat. hist., XXXV, 132.

49 Con posterioridad a los poemas homéricos, Polifemo se convirtió en el protagonista de una aventura amorosa compartida con la nereida Galatea, difundida por un idilio de Teócrito (Teócr. XI), y luego tratada por Ovidio (Ov., Met., XIII, 759 ss). La ninfa rechazó al Cíclope por su rudeza, pero existe otra tradición, según la cual llegó a enamorarse de él y le dio hijos.

50 Ov. Fast., IV, 91, ss.

51 Suet., Tib., 5.

52 Suet., Gaius, 22, 2.

53 Caius Caesar Caligula (12 a.C.– 41 d.C), hijo de Agripina y de Germánico, fue conocido con el nombre de Calígula (botita) por los soldados del campamento de su padre. Fue el último emperador de la familia de Augusto y por su falta de cordura se le ha considerado como prototipo de la llamada locura de los Césares.

54 Suet., Gaius, 58.

55 Hist. Aug., Com . 12, 7.

56 Marco Valerio Marcial, fue un poeta romano nacido en Bilbilis (Calatayud) y que vivió entre los años 40 y 104. Se trasladó a Roma en el año 64 y habitó en una modesta casa del Quirinal. En su Libro de espectáculos celebró la inauguración del Coliseo, y en sus doce libros de Epigramas reflejó y satirizó las costumbres de la sociedad de su tiempo. Aduló, en vida, a Domiciano y le criticó duramente tras su muerte, sin conseguir, a pesar de ello, ni el favor de Nerva ni de Trajano. Desengañado regresó a su tierra natal donde residió hasta su muerte.

57 Marc., Epigr. VII, 56; VIII, 36.

58 M. Aurelius Antoninus Elagabalus (217–222), ascendió al trono con solo 14 años de edad. Era un joven afeminado, sacerdote del dios Sol en el santuario de Emesa, que dejó el gobierno en manos de su madre Soaemia y de su abuela Maesa que era la hermana de Julia Domna, la esposa de Septimio Severo y madre de Geta y de Caracalla. Rindió culto a Baal, el dios supremo de los sirios e, incluso le dedicó un templo en el Palatino, siendo, asimismo, devoto de la diosa Cibeles.

59 Hist. Aug., Pertinax, II, 6.

60 Suet., Domit., 14, 4.

61 Est., Silva, 4, 2, 18-31; Estacio (49–96) fue un poeta romano, natural de Nápoles que escribió, entre otras obras, las Silvae en las que describe diversas partes de Roma durante el reinado de Domiciano.

62 Este Museo se formó con los hallazgos realizados por Pietro Rosa a finales del siglo XIX y que en 1822 fueron transferidos al recién creado «Museo Nazionale Romano» de las Termas. Se reabrió en 1936 en el edificio actual, transformado a partir del Convento de las Hermanas de la Visitación. Se cerró entre 1984 y 1997 para proceder a una nueva reestructuración.

63 Suet., Domit., 20

64 Teodorico el grande (455–526), rey de los ostrogodos, hijo de Teodomiro, fue educado en la corte de Bizancio. Vuelto a su patria

(Panonia) fue nombrado rey (474–475). Prestó destacados servicios al emperador de Oriente, Zenón, que le nombró senador, patricio, jefe de la milicia, cónsul y capitán de la guardia imperial (484); emprendió la conquista de Italia, que se hallaba en poder de Odoacro y, sin dejar de reconocer en principio la soberanía de Bizancio, se hizo proclamar rey de Italia.

65 Hist. Aug., Sev., 19, 5; ibid. Geta, 7, 2.

66 Hist. Aug., Elagab., 3, 4.

67 Arroyo de la Fuente, M.A., Propuesta para un análisis iconográfico de la Tabla Isíaca del Museo de Turin. Tesis Doctoral. UCM. págs. 142–143. Madrid, 2012.

VIII. EL CAPITOLIO

Pincha para descarga de fichas iconográficas (El Capitolio): 8,9 MB

Pincha para ver la imagen del Capitolio: 1,8 MG

El Mons Capitolinus, a pesar de ser la colina más pequeña (200 m. × 400 m.) de las siete tradicionales que configuraban la antigua topografía de Roma, ha sido y sigue siendo la más venerable de todas ellas porque a través del tiempo ha mantenido el carácter religioso y sagrado que tuvo desde sus orígenes. Así, no es de extrañar que Mussolini, haciendo gala del lenguaje grandilocuente que solía emplear en sus manifestaciones públicas, la declarase il monte più sacro del mondo dopo il Golgota[1]. Y aunque lo dicho así, suena como una exageración efectista, no deja de ser verdad.

El Capitolio fue la fortaleza natural de la ciudad, tanto por su posición dominante como por el hecho de ser una roca aislada, casi inexpugnable y por lo tanto de fácil defensa. Como tal cumplió con su cometido en los momentos de mayor peligro, pero además sobre ella se alzó el templo consagrado a Iupiter Optimus Maximus, el más importante de todos los construidos en el ámbito romano, de suerte que esta colina y su templo pasaron a simbolizar el poder y la autoridad de Roma como caput mundi (cabeza del mundo), hasta el extremo de que el concepto de capital deriva de la palabra capitolio.

Aunque por incuria y abandono, en la Edad Media, parte de esta colina llegara a ser il Monte Caprino, a la par que el Foro era il Campo Vaccino, el Capitolio o Campidoglio, como se llama en italiano, ha mantenido su importancia y en él se halla la sede del Gobierno de la ciudad. El Consejo Municipal o Comune di Roma celebra todavía sus reuniones en el «Palazzo Senatorio», el magnífico edificio renacentista cimentado sobre el viejo Tabularium de época de Sila (siglo I a.C.).

La colina del Capitolio se eleva a unos 46 m. sobre el nivel del mar y su ocupación, según los vestigios arqueológicos hallados en el

área sobre la que se encuentra la iglesia de «Santa María in Aracoeli», se remontan a la Edad del Bronce (siglos XIV y XII a.C.). Las cerámicas aparecidas son las más antiguas de cuantas se han encontrado en Roma, lo que no es de extrañar si se considera la posición estratégica de la colina. Por un lado dominaba la vía fluvial del Tíber y, por otro, el valle del Foro, zona de encuentro e intercambio comercial de los habitantes de los montes vecinos. En época protohistórica es posible que estuviera en manos de los sabinos, los habitantes del Quirinal, aunque en época de Rómulo pasara a depender de los latinos, asentados en el Palatino. Las fuentes hablan de la casa que Tito Tacio, el rey sabino, tuvo en el Capitolio y de los templos que, allí mismo, fundó y consagró a Terminus, Iuventas y Marte, cerca del de Iupiter Feretrius[2], mandado construir por Rómulo. La conquista de Capitolio por los sabinos, tras la guerra provocada por el rapto de sus mujeres, pone de manifiesto el interés que, tanto unos como otros, mostraban por el dominio de esta colina. Por otro lado, el hecho de que dicha hazaña solo hubiera sido posible merced a la ayuda de Tarpeya[3], la joven romana que traicionó a los suyos por ambición, evidencia su condición de fortaleza inexpugnable. Era un punto intermedio entre estos dos pueblos, el sabino y el latino, y a ambos convenía disponer de un lugar de refugio y de resistencia seguro en caso de necesidad, condiciones que no cumplían de modo satisfactorio ni el Quirinal ni el Palatino.

Como recuerdo ejemplarizante de este legendario episodio, desde la llamada roca Tarpeya (rupes Tarpeia o Tarpeium Saxum), declarada como lugar funesto, se despeñaba a los reos acusados de traición a la patria, a los incestuosos y a los grandes criminales. Esta práctica se mantuvo hasta época imperial y a las ejecuciones asistía todo el pueblo. Sin embargo, lo más probable es que, originariamente, Tarpeya fuera la divinidad tutelar de este altozano cuyo nombre más antiguo fue el de Mons Tarpeius[4]. La localización de dicha roca ha sido muy discutida, aunque, finalmente, se ha situado en la zona meridional del Capitolio, donde se abrió, más tarde, el Centum Gradus que, en el Medioevo, se convirtió en el Monte Caprino.

Del primitivo aspecto del Capitolio poco es lo que queda actualmente. En la antigüedad solo era accesible desde el Foro y en él se distinguían dos cimas: la septentrional, el Arx, fortificada

desde los tiempos más remotos, se consideraba la fortaleza por excelencia. En ella se levantó, posteriormente, el templo de Iuno Moneta, en el mismo sitio en el que hoy se alza la iglesia de «Santa María in Aracoeli»; y la meridional, el Capitolium, nombre que, con el tiempo, se hizo extensivo a todo el monte. Los autores clásicos, no obstante, diferenciaron siempre sus dos altozanos, refiriéndose a cada uno de ellos por su nombre.

Según la leyenda, la denominación de Capitolium se debía al hallazgo casual de un cráneo humano (caput), en el transcurso de las obras de cimentación del templo de Júpiter, en época de Tarquinio Prisco, lo que, según los presagios, se interpretó como el anuncio de que dicho lugar se convertiría en caput mundi, es decir en «cabeza del mundo»[5]. Sin embargo, la existencia de un Capitolium vetus, sobre el Quirinal hace pensar más bien en una denominación de origen sabino (caput) con la cual se hacia referencia a la posición eminente de cualquier altozano.

En esta cima se levantó el famoso templo de Iupiter Optimus Maximus, dedicado a la gran triada, llamada por ello capitolina: Júpiter (el dios de dioses), Juno (la protectora de la familia) y Minerva (la diosa de la guerra).

Entre las mencionadas alturas se extendía una depresión denominada el Asylum (inter duos locos)[6], por ser zona en la que se dio acogida a una población forastera procedente de las zonas vecinas, gracias a la cual Rómulo consiguió aumentar el número de habitantes de su recién fundada ciudad. Los que hasta allí llegaban eran aceptados, sin que nadie indagase acerca de su procedencia o situación social (liber an servus esset). En esta zona se levantaría, como más tarde veremos, el Tabularium.

No se sabe si el Capitolio tuvo un sistema de murallas propio o si estuvo incluido en el primitivo recinto del siglo VI a.C., pero lo que sí es cierto es que después del ataque de los galos en el 390–384 a.C., fue protegido por los muros, mal llamados servianos, que construidos con bloques de la toba amarillenta de grotta oscura, abarcaron todo el perímetro de la ciudad. Desde entonces se convirtió en un baluarte inexpugnable. Las puertas próximas a esta colina fueron cuatro: la Padana, junto a la roca Tarpeya; la Carmentalis, la más importante de todas, porque daba acceso a la

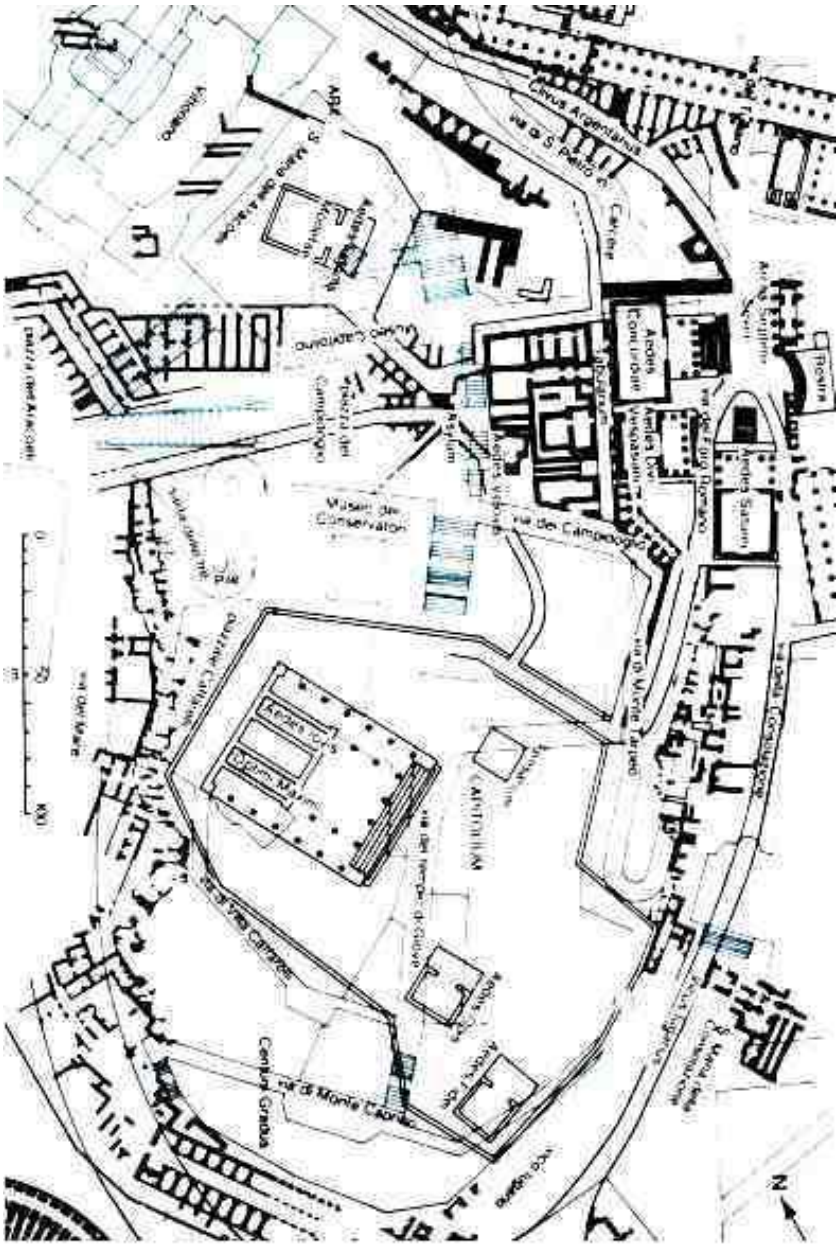
vía que provenía del Foro Holitorio y del puerto fluvial; la Flumentana, que se supone se abría en el lado nordeste, abriendo camino hacia el Campo de Marte; y la Fontinalis, sita en la zona oriental del Arx.

La única vía de acceso al Capitolio era el Clivus Capitolinus, prolongación de la Vía Sacra del Foro. Se iniciaba ante la fachada del templo de Saturno, continuaba en línea recta por la pendiente meridional de la colina y, luego, giraba hacia el Norte para alcanzar la fachada del templo de Júpiter. En el año 174 a.C., los censores A. Fulvio Flacco y A. Postumio Albino, lo hicieron pavimentar con grandes lastras de piedra y mandaron construir un pórtico, en su lado derecho, que iba desde el templo de Saturno al de Júpiter[7].

Los otros dos accesos al Capitolio no eran vías, sino escalinatas: las Scalae Gemoniae (escalera de los lamentos) y el Centun Gradus (cien peldaños). La primera, que arrancaba del Arx, se corresponde, en la actualidad, con la escalinata que existe entre la Carcer Mamertina (antiguo Tullianun) y el templo de la Concordia. Debía su nombre, según la leyenda, al hecho de que a ella se arrojaban los cuerpos de los ajusticiados en la vecina prisión[8]. La segunda, de la que no se han encontrado restos, comunicaba la colina con la zona del Teatro Marcelo, dando acceso al Campo de Marte. Las fuentes hablan de una tercera escalinata, el Gradus Monetae que debía de ser un simple tramo de las Scalae Gemoniae (Gradus Gemonii o Gradus Gemitorii) que daba acceso directo al templo de Iuno Moneta, situado en el punto más alto de la ciudadela[9].

El Capitolio fue escenario de importantes sucesos históricos. En él se reunía el Senado cada año, con motivo de la sesión inaugural, o cuando circunstancias excepcionales así lo requerían. A Iupiter Optimus Maximus le ofrecían sacrificios los magistrados tras su elección y los generales que partían para la guerra. En este lugar, los cónsules realizaban las levas militares y los jóvenes vestían la toga viril por vez primera. De aquí salía la solemne procesión de los dioses capitolinos que, con motivo de los ludi magni, eran transportados en lujosas carrozas desde el templo de Júpiter al Circo Máximo y viceversa. En este marco, Tiberio Graco[10] murió asesinado en el 133 a.C., en el transcurso de un Comicio celebrado en lugar próximo al templo de Júpiter. Posteriormente, se levantó

una estatua en su honor, muy venerada por el pueblo, y que fue colocada en el arranque del Centum Gradus. También tuvo lugar en esta colina el enfrentamiento entre los partidarios de Vespasiano y de Vitelio, en el año 69 d.C., produciéndose, como consecuencia, uno de los más devastadores incendios de los muchos que sufrió el Capitolio[11].



En época imperial, el Capitolio quedó, casi exclusivamente, reservado para las celebraciones de los sacrificios solemnes en honor de Iupiter Optimus Maximus y a las pompae o procesiones triunfales que, subiendo por el clivus capitolinus se acercaban al

templo para ofrecer al dios los expolios de la guerra, como agradecimiento por la victoria obtenida.

En época republicana. famosos fueron el triunfo de T. Quinto Flaminio[12], en el 194 a.C., por su victoria sobre los macedonios; el de Emilio Paulo, el vencedor de Perseo, en Pidna, en el 168 a.C.; el de L. Mummio, el conquistador de Corinto, en el 146 a.C.; los cuatro triunfos de César después de la guerra de las Galias, de la de Egipto, de la de Farnaces[13] y de la de África; y el de Augusto, en el año 28 a.C., tras la victoria del Actium sobre Marco Antonio y Cleopatra. Ya en época imperial destacó, de modo especial, el de Tito, tras la toma y destrucción de Jerusalén, en el año 70 d.C.[14].

El templo de Iupiter Optimus Maximus

La construcción de este templo se inició, según la tradición, en tiempos de Tarquinio Prisco, es decir en el período final de la monarquía etrusca, y su dedicación, hecha por el cónsul Horacio Pulvillo, tuvo lugar el 13 de septiembre del 509 a.C., el primer año de la República[15]. Se alzó no lejos del lugar en el que ya, desde la época de Rómulo, se levantó el templo (o altar) de Iupiter Feretrius, ante el cual se depositaban las armas capturadas a los enemigos (spolia opima). Hasta allí eran llevadas en andas (feretria) en el transcurso de las ceremonias triunfales con las que se celebraban las victorias. Para su construcción se hizo necesario el allanamiento de una buena parte de la colina y la incorporación de los terrenos de algunos santuarios que tuvieron que ser demolidos. Entre ellos el de Marte, el de Terminus y el de Iuventas, mientras que pudieron ser respetados los que se encontraban en los extremos del área Capitolina: el de Fides, el de Iupiter Feretrius y el de la Fortuna Primigenia.

Este gran templo (53 m. × 63 m.) es una muestra clara de la relevancia alcanzada por Roma en el siglo VI a.C., ya que pasó a sustituir al de Iupiter Latiaris, enclavado en el Monte Albano, al convertirse la ciudad del Tíber en el centro de la Liga Latina. Como todos los templos etruscos se alzó sobre un podium y el material

empleado para la construcción de sus paredes y columnas fue el «cappellaccio», un tufo muy usado en los edificios de esta época[16]. El aparejo era de grandes sillares (opera quadrata) y la techumbre de madera estaba recubierta por losas de barro policromado. Se accedía al pórtico (pars antica) por una amplia escalinata. Dicho pórtico se presentaba con una fachada hexástila, aunque contaba con tres filas de columnas, lo que sumaba un total de dieciocho. Su interior (pars postica), cerrado en su zaguera por un muro ciego, se dividía en tres naves o cellae, ya que el templo estaba dedicado a la tríada capitolina, Júpiter, Juno y Minerva (Tinia, Uni y Menrva, en etrusco)[17]. La central, la más ancha de las tres, era la dedicada a Júpiter; la de la derecha, a Minerva y la de la izquierda, a Juno. La cúspide del frontón se remató con una cuadriga de terracota, obra del escultor etrusco Vulca de Veyes[18]. Posteriormente, en el año 296 a.C., fue sustituida por una de bronce por decisión de los hermanos Ogulnii, ediles en dicho año. Ellos fueron, también, los que hicieron fundir una loba de bronce del Lupercal[19]. En los otros dos extremos del frontón se pusieron las cuadrigas de Marte y de Minerva.

En la cella central se hallaba la estatua sedente, también en terracota policromada, de Júpiter, llevando en su mano derecha el haz de rayos, símbolo inequívoco de su poder y, posiblemente obra, también, de Vulca de Veyes. En las naves laterales estaban las de Juno y Minerva, ambas estantes. En las grandes fiestas el rostro del dios se pintaba de rojo y se le vestía con los ropajes del triunfo[20]. Más tarde, en el siglo I a.C., posiblemente en la reconstrucción silana fue sustituida por otra inspirada sin duda en el Zeus de Olimpia, obra del escultor neoático Apollonios, posiblemente el mismo que se presentaba como hijo de Néstor ya que así firmó la escultura conocida como el Torso Belvedere, que se conserva en el Museo Vaticano[21]. Copias de esta estatua, que bien pudiera haber sido crisoelefantina, es decir de marfil y de oro, debieron de colocarse en todos los capitolia de los municipios y colonias, aunque realizadas simplemente en mármol. El célebre Júpiter de Otricoli, hoy en el Museo Vaticano, es muy posible que fuera una de estas copias[22].

Este templo, que acumuló trofeos, exvotos y riquezas en un número ingente y de un valor incalculable, fue en varias ocasiones pasto de devastadores incendios, de entre los cuales los más graves fueron

los del año 83 a.C., 69 y 80 d.C. Tras el primero, el del año 83 a.C., un partidario de Sila, Q. Lutacio Catulo, cónsul en el 78 a.C., se hizo cargo de su reconstrucción, siendo su arquitecto, como se ha podido saber por un reciente hallazgo epigráfico, Lucio Cornelio, del que más adelante hablaremos. El material empleado fue la piedra y aunque se ha dicho que parte de sus columnas fueron las del Olimpeion de Atenas, traídas a Roma por el propio Sila, parece que tal desatino no pasó de ser una mera intención o falsa leyenda, ya que algunas monedas del año 43 a.C., representan al templo todavía con una columnata dórica[23]. Las fuentes hablan de la magnificencia de este templo, en el que se colocó una nueva cuadriga sobre el vértice del frontón y para el cual ya se hizo la estatua crisoelefantina de Zeus, inspirada en la de Olimpia y que, como ya hemos dicho, bien pudiera ser la atribuida a Apollonios.

Aparte de los incendios citados, aún sufrió las consecuencias de algunos de menor transcendencia. El del año 26 a.C., ya en época de Augusto, un rayo le produjo nuevos estragos y lo mismo sucedió con los acaecidos en el 9 a.C. y 56 d.C., aunque, en cada ocasión, se llevaron a cabo las reparaciones necesarias.

En el año 69 d.C., tras la muerte de Nerón, el Capitolio se convirtió en escenario de las luchas entre los partidarios de Vespasiano y Vitelio, y como consecuencia de las mismas se provocó el ya citado incendio que causó al templo graves daños[24]. Vespasiano, nombrado emperador, se apresuró a su restauración. Se celebró una solemne ceremonia inaugural el 21 de julio del 70 a.C. para la puesta de la primera piedra. Asistieron a ella todas las autoridades políticas y religiosas, incluidas las vestales, siendo el pontífice Plauto Eliano y el pretor Elvidio Prisco los encargados de ofrecer los sacrificios augurales a la triada capitolina[25]. Para su construcción eligió los materiales más nobles y costosos de la época: mármol pentélico para sus muros y columnas, tejas de bronce dorado para la techumbre y puertas revestidas con placas de oro. Algunas monedas de este emperador ofrecen la imagen del templo reconstruido, con pronaos hexástilo y columnas corintias.

Sin embargo, en el año 80 d.C., siendo emperador Tito y aún sin terminar las obras emprendidas por su padre, se produjo un nuevo incendio que, tras arrasar el Campo de Marte llegó hasta el

Capitolio, causando grandes destrozos en el templo. Por esta razón, tuvo que ser Domiciano quien, en el año 81 d.C., a la muerte de su hermano, acometiese la reconstrucción, no solo del templo de Júpiter, sino también de los otros edificios y monumentos de esta colina. De esta misma fecha, son el templo de Vespasiano y el Pórtico de los Dii Consentes, en el Foro. En las monedas de la época se aprecia que en el vértice del frontón del templo se colocó una cuadriga de bronce conducida por Júpiter y en los extremos las bigas de Marte y de Minerva. Los restos de columnas y elementos decorativos exhumados pertenecen, en su mayoría, a esta reconstrucción de Domiciano. Entra dentro de lo posible que el arquitecto encargado de una obra tan importante fuera Rabirio, el genial autor de la Domus Flavia del Palatino.

En el transcurso del saqueo de Roma por Alarico, en el 410 a.C., y en el de los vándalos de Genserico, en el 455 a.C., el templo de Júpiter fue despojado de todas sus riquezas y materiales constructivos de valor, por lo que con este expolio comenzó su decadencia. Las excavaciones realizadas en 1919, a raíz de la demolición del Palacio Caffarelli, permitieron descubrir los restos de su basamento cuadrangular, revestido con sillares de «cappellaccio» y algunos fragmentos de sus columnas. El núcleo más importante de estos vestigios puede verse bajo el ala del «Museo Nuovo Capitolino» (a la derecha de la «Piazza del Campidoglio»). Los restos del podio se aprecian, asimismo, desde su esquina suroccidental, en la «Via del Templo di Giove», hasta el extremo oriental en el «Piazzale Cafarelli».

El área capitolina

Con este nombre se hace referencia a la explanada que, precedida por una amplia escalinata, se extendía ante la fachada del templo de Júpiter y que aparecía llena de monumentos, trofeos, exvotos y estatuas de los que tenemos noticia por las fuentes escritas. Sin embargo, en la mayoría de los casos se desconoce su ubicación exacta dentro de la misma, al igual que sucede con respecto al último tramo del clivus capitolinus. El gran número de templetes y

estatuas que allí se acumularon obligó, en varias ocasiones, a retirar muchos de ellos. Esto es lo que sucedió, por citar un ejemplo, en 179 a.C. por orden de los censores de dicho año. Asimismo se tiene noticia de que época de Augusto, se trasladaron un buen número de estatuas desde el Capitolio al Campo de Marte[26].

En el siglo pasado, al abrir la actual «Vía del Templo de Júpiter», se hallaron restos de un edificio que se ha identificado con el templo de Iupiter Custos, erigido por Domiciano en agradecimiento por haberse librado del ataque de los partidarios de Vitelio cuando en el año 69 d.C. atacaron e incendiaron el Capitolio[27]. Este núcleo de opus caementicium, con escaleras, quedó partido en dos por el trazado de la vía y sus restos son apreciables a ambos lados de la misma. Sin embargo, por la forma cuadrada de este edificio, no faltan arqueólogos que piensan que tales ruinas pertenecían al Tensarium, el lugar destinado a guardar los carros sagrados (tensae) en los que se sacaba en procesión a los dioses capitolinos con motivo de festividades muy señaladas, como lo eran los Ludi Romani. Dicho edificio se ve representado en un relieve de Marco Aurelio, expuesto en la escalinata de entrada del Palacio de los Conservadores. También se ha barajado la posibilidad de que procedieran del Ara Gentis Iulae (o Ara Pietatis), de la que se sabe que estaba por dicha zona.

El templo de Fides (Publica Populi Romani) se levantaba al parecer en el ángulo meridional del Área. Su fundación se atribuía a Numa Pompilio y se tiene noticia de que fue reconstruido en varias ocasiones, incluso en época de Augusto. En él se custodiaban los tratados que Roma firmaba con otros pueblos. Posiblemente, restos del mismo sean los hallados cerca de la Iglesia de San Omobono: parte de un podio de opus caementicium, fragmentos de columnas y una gran cabeza marmórea de una divinidad femenina, perteneciente a una estatua de culto. También se ha pensado que estas ruinas fueran las del templo de Ops Opífera (la Abundancia portadora de riquezas), del que también hablan las fuentes y cuyo emplazamiento se ha supuesto al norte del anterior. El hecho de haber aparecido entre los citados restos inscripciones bilingües, en griego y latín, con dedicatorias hechas por pueblos originarios de Asia Menor y fechables en el siglo II a.C., ha inclinado su adscripción a favor del templo de Fides, la divinidad garante de los

tratados y de las relaciones diplomáticas.

El templo de Iupiter Tonans debió de estar a la entrada del Área Capitolina, en la zona que daba al Foro. Fue mandado construir por Augusto, como él mismo hizo constar en su testamento, en agradecimiento por haberse liberado de un rayo en el 26 a.C., en el transcurso de su expedición a Cantabria, en Hispania. Era todo de mármol y fue dedicado por el propio emperador el 1 de septiembre del año 22 a.C. En su interior hizo colocar una estatua de Júpiter, con cetro y haz de rayos, que se decía era una obra de Leochares. Delante de él se alzaban las estatuas de los Dioscuros y de Higía, la diosa de la salud. A juzgar por las monedas en las que aparece representado, era un templo hexástilo de orden corintio[28].

De la fundación del templo de Mars Ultor (Vengador) por Augusto, en lugar próximo al de Iupiter Feretrius y de su dedicación, el 20 de mayo del 20 a.C., tenemos varias noticias, entre las que destaca la consignada en su testamento[29]. En él se depositaron las insignias perdidas por Craso en la batalla de Carrhae, frente a los partos en el 53 a.C. y recuperadas por Tiberio en el 20 d.C. Por las monedas sabemos que era un edificio de planta circular, con un pórtico tetrástilo o hexástilo. Más tarde, un nuevo y suntuoso templo dedicado a la misma divinidad se alzó en el Foro de Augusto, para conmemorar la victoria sobre los asesinos de César, lo que demuestra la preferencia del emperador por esta divinidad en su condición de propiciador de la venganza.

De entre las innumerables estatuas y trofeos que, desde la época de Servio Tulio, se alzaron en el Área Capitolina, destacan dos estatuas de Hércules, una de las cuales se tenía por obra de Lisipo, traída a Roma desde Tarento; otra de Marte; las ya citadas de los Dioscuros; y una de Higía; un grupo broncíneo de la loba amamantando a Rómulo[30], etc. Aparecían allí las estatuas de los siete reyes de Roma y las de cuantos generales y personajes destacados habían alcanzado la fama.

Algunas de ellas han llegado hasta nosotros, como es el caso del grupo de bronce de Iugurta, rey de Numidia (154–104 a.C.), en el que se representaba la rendición de dicho personaje vencido y muerto más tarde por los romanos. Donado a Sila por el rey Bacco de Mauritania hoy se conserva en el Museo Capitolino; y la estatua

de Aristogiton, uno de los tiranicidas que, en el año 510 a.C. acabaron con la tiranía de los Pisistrátidas atenienses. Su efigie y la de su compañero Harmodio fueron inmortalizadas en un famoso grupo escultórico de bronce, realizado por el escultor Kritios y el fundidor Nesiotes, que fue colocada en el ágora de Atenas. De dicha obra se conocen varias copias y una de ellas, fechable en el siglo I a.C. es la que debió de colocarse aquí junto a la de Bruto, el instaurador de la República, en el 509 a.C. Se ha sugerido que pudiera ser la representación simbólica de Escipión Nasica, el principal responsable del asesinato de Tiberio Graco acaecido en el Capitolio, en el año 133 a.C.

A la entrada de esta zona, en el 190 a.C. se erigió el Arco de Escipión el africano, adornado con siete estatuas de bronce y precedido por dos fuentes de mármol. Es de suponer que dichas estatuas fueran las de los miembros más destacados de esta insigne familia.

El Arx y el templo de Iuno Moneta

El templo de Iuno Moneta se levantó en el Arx, en el lugar en el que hoy se alza la iglesia de «Santa María in Aracoeli». De él no se han encontrado ninguna clase de restos y ni siquiera puede afirmarse que perteneciera al mismo la antefija arcaica, de terracota, descubierta en el jardín de la citada iglesia, ya que es de comienzos del siglo V a.C., y el templo según la tradición fue fundado en el 343 a.C., por M. Furio Camilo tras la victoria obtenida sobre los Auruncios[31].

Muy discutido sigue siendo el epíteto de Moneta (la avisadora)[32] que en este templo recibió Juno, venerada en el Capitolio como Regina. Una vieja leyenda lo atribuía a las sabias advertencias hechas por la diosa durante un terremoto[33]. Según otra versión se debía a que las numerosas ocas, aves consagradas a la diosa, que se hallaban en el recinto del templo, anunciaban con sus graznidos la presencia de los visitantes.

Cuando en el 268 a.C.[34] se iniciaron en Roma las acuñaciones en plata, convirtiéndose el denario en la unidad monetaria, la Ceca del Estado se instaló en las inmediaciones de este templo, por lo que a la nueva pieza se la conoció también con el nombre de moneta (moneda), palabra que pasó a designar cualquier tipo de dinero[35]. Esta Ceca se mantuvo en el Arx hasta finales de la época flavia (siglo I d.C.) en que pasó a ocupar un nuevo edificio en la III región augústea (llamada de Isis y Serapis). También se tiene noticia de que en este templo se conservaron los libri lintei, así llamados por haber sido escritos en tiras de lino. El núcleo principal de los restos de este templo se cree que se encuentra bajo el transepto de la iglesia del Aracoeli, pero en realidad no se han hallado restos del mismo.

En el Arx también estuvo el Auguraculum, desde donde los augures observaban el vuelo de las aves para emitir sus predicciones. Desde este altozano se disfrutaba de una amplia vista que alcanzaba hasta el Monte Albano (hoy Monte Cavo) a 27 km. al sudeste de la ciudad.

El Capitolio también fue sede de algunos templos dedicados a las divinidades orientales, Dea Caelestis, Mitra e Isis, de algunos de los cuales, aún quedan huellas: El de Isis se alzaba en el Arx, y sabemos que existía ya en el 58 a.C., fecha en que fue destruido por orden del Senado. Es evidente que debió de reconstruirse porque se tiene noticia de que Domiciano, en el asedio del Capitolio por los partidarios de Vitelio, se refugió en él, y que con el pelo rapado y disfrazado de sacerdote isíaco pudo salvarse de la persecución de sus enemigos. A dicho templo debió de pertenecer el obelisco de Ramsés II que, en siglo XVI, fue transportado a la Villa Celimontana. Por lo que se refiere a los mitreos se sabe que uno se hallaba en la pendiente del Aracoeli, otro en la zona del actual Museo Capitolino y el tercero próximo a la escalinata del Campidoglio.

También se tiene noticia de la existencia del Templo de la Concordia, fundado por el pretor L. Manlio en el año 217 a.C., tras haber conseguido dominar una revuelta de sus tropas en la Galia Cisalpina; y de otro consagrado a Honos y Virtus (llamado de la Virtus Mariana o Mariana monumenta), construido por C. Mario

para custodiar los expolios bélicos de la guerra contra cimbrios y teutones (102–101)[36].

Entre las ruinas aparecidas en las pendientes de esta colina, destacan las de a una insula o bloque de viviendas, visibles entre la base del Aracoeli y el monumento a Víctor Manuel. Fue descubierta en 1927 cuando se derruyó la iglesia de Santa Rita, del siglo XVII. Fue, entonces, cuando aparecieron también los restos de otra iglesia de los siglos XII–XIII, «San Biagio del Mercado», que se había edificado en los pisos segundo y tercero de la casa romana.

Del edificio, que se apoya en la roca, quedan además de la planta baja y el entresuelo, otras tres plantas y huellas de una cuarta que quizás no fuera la última. La planta baja se componía de varias tabernae (tiendas o locales comerciales)[37] que daban a un patio común y que se comunicaban directamente con una superior, un entrepiso con suelo de madera. Una balconada de travertino señala aún el paso a los pisos de alquiler, en los que había un gran número de habitaciones, iluminadas por ventanas rectangulares. El edificio se ha fechado en el siglo II d.C. y es un típico ejemplo de la construcción urbana de baja calidad en la época imperial. Se calcula que este bloque de viviendas pudo albergar hasta 380 personas, aunque sus condiciones de vida fueran muy poco saludables y cómodas[38], tal como señalaron en su día Marcial y Juvenal, buenos conocedores de la vida cotidiana en Roma. Es la única construcción de este tipo que se ha conservado en esta ciudad. Las plantas cuarta, quinta y sexta se encuentran por encima del suelo actual. Los tres pisos inferiores fueron sacados a al luz en el transcurso de una operación de limpieza de la zona realizada en época de Mussolini.

En la Edad Media, una sección de estas plantas superiores fue transformada, como ya se ha dicho, en iglesia, por lo que su campanario y una Virgen, del siglo XIV que aparece dentro de un nicho, son todavía visibles desde la calle.

El Asylum, el Tabularium y el templo de Veiovis

En esta depresión, que se alzaba entre el Arx y el Capitolium, se construyó en el 78 a.C. el Tabularium o archivo general del Estado, destinado a la custodia de los documentos oficiales (tabulae) conservados, hasta esa fecha, en la Regia o sede del Pontifex Maximus. Según los textos fue obra de L. Lutacio Catulo, cónsul en el 78 a.C., censor en el 65 a.C. y encargado, durante esos años, de la reconstrucción de los edificios afectados por el incendio del 83 a.C., en especial los del Capitolio[39]. Sin embargo, se tiene por seguro que el impulsor de su edificación fue Sila, empeñado en la transformación urbanística de Roma. Con este gran edificio se rellenó el valle del Asylum, y se dignificó la cabecera del Foro.

Se conoce el nombre del arquitecto, Lucio Cornelio, gracias a una inscripción funeraria descubierta en la via Prenestina y conservada en el «Hospital Fatebenefratelli», ubicado en la isla Tiberina[40]. Por ella se deduce que trabajó a las órdenes de Lutacio Catulo entre los años 78 y 65 a.C. y que no solo debió de ocuparse de la edificación del Tabularium, sino también de la reconstrucción de todos los monumentos del Capitolio. A juzgar por su obra, no hay duda que debe ser considerado como uno de los grandes arquitectos de Roma. Incluso se le ha supuesto autor de templos como el de la Fortuna en Preneste (Palestrina), y los de Hércules y Iupiter en Tibur (Tívoli), edificios que marcaron hitos en la arquitectura al utilizarse en ellos novedades estilísticas y técnicas llamadas a tener gran repercusión.

El edificio debió de tener tres plantas: un basamento y otros dos pisos que se abrían hacia el Foro con sendas galerías de arcos. El basamento medía 73,60 m. de longitud y 11 m. de altura y estaba construido con bloques regulares de tufo y de peperino, en hiladas horizontales a soga y tizón alternativamente. En él se abría una puerta que daba acceso a las plantas superiores. La primera de las galerías (10,50 m. de alto × 7 m. de ancho) estaba formada por once arcos de medio punto, enmarcados por medias columnas dóricas adosadas de peperino, mientras que los capiteles eran de travertino, al igual que el arquitrabe del friso dórico que corría sobre dicha columnata; en la segunda, de idéntica traza, las columnas debieron de ser jónicas y de travertino, a juzgar por los restos que han sido hallados delante de su fachada, ya que las partes altas del edificio fueron completamente destruidas por Miguel Ángel al construir el «Palazzo Senatorio». En los escasos recintos interiores que aún se

conservan se pueden apreciar varias clases de bóvedas de opus caementicium: de medio punto, rebajada, de arista y de rincón de claustro, de escalera, etc. Estas novedades constructivas, sin duda de origen helenístico, supusieron un gran avance en el desarrollo de la construcción romana.

Lo más importante de este edificio fue pese a todo la ordenación de su fachada con arcos enmarcados por arquitrabes y columnas, lo que supuso la certera combinación de los sistemas de construcción griegos y romanos, siguiendo una fórmula que iba a ser desde entonces mil veces repetida. Por otro lado, el empleo del orden dórico-toscano, es decir, la columna dórica con plinto y fuste liso, en el primer piso y jónico en el segundo, marcó un ritmo idóneo en la superposición de las columnatas con que se adornaron las fachadas de varios pisos, y en especial las de los teatros y anfiteatros, en los cuales el tercero de ellos, cuando lo había, se adornaba con columnas corintias.

Restos de un singular templo, consagrado a Veiovis fueron hallados en 1939 en el viejo solar del Asylum, a espaldas del Tabularium, en cuya planta se aprecia, en el lado sudoeste un entrante previsto para respetar dicho templo. Se sabe que fue dedicado en el 192 a.C.[41] y se conservan vestigios de una primera restauración que debió de realizarse en época posterior. Sin embargo, lo conservado pertenece a una etapa más tardía, probablemente hacia el 78 a.C., fecha de la construcción del Tabularium, aunque se perciben indicios de haber sido restaurado por Domiciano, tras el incendio del 80 d.C. Su estructura era muy similar al templo de la Concordia que se alzaba en la cabecera del Foro, ya que por falta de espacio, como señala Vitrubio[42], sobre un podio de travertino se construyó una cella más larga que profunda, con un pronaos o pórtico de cuatro columnas precedido por una escalinata. Sobre el pavimento del pórtico todavía puede verse una pequeña ara de mármol, mientras que la gran estatua de culto, privada de cabeza y de manos, se conserva en las estancias del Tabularium.

La «Piazza del Campidoglio»

Desde el siglo XVI, en terrenos correspondientes a los que ocupó el antiguo Asylum, se abre la hermosa «Piazza del Campidoglio», tal vez la más bella del mundo, proyectada por Miguel Ángel entre 1546 y 1550, por encargo del papa Pablo III Farnesio (1534–49), aunque no se terminó hasta el siglo XVII. Se cuenta que Miguel Ángel se hizo cargo de este proyecto a raíz de la visita que Carlos I hizo a Roma, ya que el pontífice se sintió avergonzado del aspecto de barrizal que presentaba por entonces el Capitolio. En consecuencia, se comenzó por la pavimentación de la plaza y la restauración de las fachadas del «Palazzo dei Conservatori» y del «Palazzo Senatorio». La idea de construir un tercer edificio, el «Palazzo Nuovo» fue del propio Miguel Ángel para dar al conjunto una forma trapezoidal. El genial artista solo llegó a completar la doble escalinata del «Palazzo Senatorio», pero la estructura de su proyecto fue respetada por los arquitectos que lo continuaron y terminaron.

A esta plaza se accede suavemente por una majestuosa escalinata, la celebre «cordonata», proyectada por Miguel Ángel, aunque fue realizada por Vignola[43] (Jacopo Barocci). Es una escalera renacentista, de trazo y cálculo paradigmáticos, que nada tiene que ver con la que conduce a Santa María in Aracoeli concebida para penitentes. A sus pies se encuentra una pareja de leones recostados, de granito negro, procedentes de algún santuario egipcio de época ptolemaica, desde donde fueron llevados a Roma en época de Domiciano (87–96 d.C.) para ornato del Templo de Isis en el Campo de Marte. En el siglo XV, estuvieron en la plaza frontera al Palacio de San Juan de Letrán, al pié de la estatua de Marco Aurelio que también se encontraba allí por aquel entonces. Fueron trasladados al Capitolio a mediados del siglo XVI y su adaptación como fuentes se hizo entre 1587–88, cuando se llevó el agua por medio de tuberías hasta dicha colina.

A la izquierda se halla la estatua de Cola di Rienzo (1313–54), obra de Masimi (1887), cerca del lugar en el que se supone que fue asesinado. Sabido es que este famoso personaje, que intentó liberar a la ciudad de la tiranía de los nobles, acabó convirtiéndose, a su vez, en un tirano odiado por el pueblo.

Al final de la escalera se yerguen, a ambos lados de la misma, las

estatuas colosales de los Dioscuros, Cástor y Pólux, los penates de Roma, traídos por Eneas desde Troya, protectores de la ciudad desde siempre y sobre todo a partir del Renacimiento[44]. Estos dos míticos hermanos fueron un ejemplo de arrojo y valentía para la juventud romana de todos los tiempos. Dichas estatuas proceden de las termas de Nerón, en cuyos terrenos fueron halladas en el siglo XVI. Son dos magníficos ejemplares escultóricos inspirados en modelos griegos del siglo IV a.C. que siguen impresionando por su noble porte, acompañados de sus corceles.

Sobre la balaustrada hay dos trofeos que, a juzgar por el tipo de armas que llevan, pueden fecharse en época flavia, aunque son conocidos como los «Trofeos de Mario» porque en el recuerdo se mantenía el hecho de que los trofeos que dicho general obtuvo en la guerra contra cimbrios y teutones se custodiaron en el Capitolio, en el templo de Honos y Virtus. También se encuentran, al final de la balaustrada, las estatuas de Constantino y Constancio y dos piedras miliarias de la «Via Appia».

Al fondo de la plaza se levanta el «Palazzo Senatorio», construido sobre el viejo Tabularium silano; Está enmarcado, a la derecha, por el «Palazzo dei Conservatori» y, a la izquierda, por el «Palazzo Nuovo», edificios que hoy son conocidos como los Museos Capitolinos. El primero de estos tres edificios es la sede del Ayuntamiento de Roma y fue proyectado por Miguel Ángel aunque su construcción corrió a cargo de Giacomo della Porta (1539–1602) y Girolamo Rainaldi (1570–1655). Tiene forma irregular, casi trapezoidal, ya que uno de sus lados quedó más corto que el otro, al tener que adaptar el edificio al Tabularium. Bajo la doble escalinata hay una fuente, coronada por una estatua de Minerva, transformada en Dea Roma con una cruz en la mano en lugar de la espada que blandía originariamente. Sixto V (1585–90), enemigo acérrimo de las estatuas de las divinidades paganas, fue quien impuso tal cambio para aceptar la colocación de la diosa de la sabiduría en su nuevo emplazamiento. Esta estatua fue comprada por el Municipio en 1593. Su cuerpo es de pórfido rojo y su cabeza de mármol blanco. En realidad es el resultado de la unión de dos fragmentos escultóricos no pertenecientes a una misma figura. A sus lados, sobre sendos pedestales, se hallan las estatuas de dos grandes ríos, el Tíber, a la derecha, con la loba y los gemelos, y el Nilo, a la

izquierda, apoyado en una esfinge. Estas estatuas fueron trasladadas desde el Quirinal en 1518, donde habían decorado las Termas de Constantino, edificadas hacia el 315.

El edificio fue coronado por una esbelta torre, obra del arquitecto lombardo Martino Longhi, el Viejo († en 1591), sobre la que se levanta una estatua de Roma y una cruz. Esta torre es la que alberga a la famosa Patarina, la campana que solo repica en ocasiones solemnes, entre ellas el 21 de abril de cada año, fecha de la natalis Romae. En su interior son dignas de mención algunas de sus hermosas dependencia: la Sala del Concejo Municipal o de Julio César, así llamada por la estatua del gran dictador que en ella se encuentra, una obra realizada en 150 d.C.; la Sala de las Banderas; la Sala de la Junta Municipal; la Sala de Cleopatra, que debe su nombre a la estatua de esta reina de Egipto que en ella se conserva.

El «Palazzo dei Conservatori» fue la sede de los tribunales a finales de la Edad Media. Sus hermosas salas, adornadas con valiosos frescos, siguen empleándose todavía para reuniones de carácter político, y en la planta baja se encuentra la oficina municipal de registros. Se comenzó a construir en 1450, siendo posteriormente transformado según el proyecto de Miguel Ángel (1475–1564). Estas obras se comenzaron en 1563, un año antes de su muerte, y fueron llevadas a término por Giacomo della Porta y Martino Longhi, el Viejo, entre 1564 y 1569. La mayor parte de este palacio, uno de los más importantes museos de Roma, está dedicado a la escultura, aunque en la segunda planta se exhiben obras de el Veronés, el Guercino, Tintoretto, Rubens, Caravaggio, Van Dyck y Tiziano. Las ampliaciones de este edificio se conocen con el nombre de «Museo Nuovo» y «Braccio Nuovo».

El «Palazzo Nuovo», que se encuentra enfrente del de los Conservadores, fue, como ya se ha dicho, proyectado por Miguel Ángel como parte de las obras de remodelación de la plaza del Capitolio, aunque no fue terminado hasta 1654. En 1734 fue convertido en museo por decreto del papa Clemente XII Corsini (1730–40). Las dos plantas de este palacio están dedicadas principalmente a la escultura. La mayoría de las obras expuestas son copias romanas de famosos originales griegos. Hay también dos colecciones de bustos recopilados en el siglo XVII de casi todos los

filósofos y poetas de la antigua Grecia, así como de destacados personajes públicos de Roma. En su patio se encuentra una fuente del siglo XVIII adornada con la escultura de un río, copia de un ejemplar helenístico. Es el llamado Marforio, muy popular en Roma, ya que, en tiempos, fue una de las estatuas parlantes de la ciudad, interlocutor del denominado Pasquino, la estatua más célebre de todas cuantas sirvieron de soporte a los libelos satíricos, de carácter anónimo, que se emitían contra el gobierno, los nobles y poderosos de la ciudad. De entre sus salas destacan: la egipcia, sita en la planta baja; la de los gladiadores, donde se encuentra el célebre Galo moribundo, una hermosa copia de un original griego, posiblemente de la escuela de Pérgamo, fechable en el siglo III a.C.; la del Fauno rojo, por la magnífica escultura que procedente de la Villa Hadrianea, en Tívoli, se halla en la sala. Es un copia romana, en mármol rojo, de un original griego del siglo II a.C., muy acorde con el exquisito gusto que Adriano mostró en la decoración de su célebre mansión; la de los Filósofos, conocida con este nombre porque en ella se ha reunido una rica colección de retratos griegos y romanos con los que se decoraron las bibliotecas y jardines de antiguos próceres; la de los Emperadores, por ser aquí donde están los retratos de los emperadores romanos; la de las Palomas, a la que da nombre el famoso mosaico de las Palomas, procedente, también, de la Villa Adrianea, confeccionado con minúsculas teselas (opus vermiculatum); el Gabinete de Venus, donde se halla la célebre Venus Capitolina, una espléndida y libre versión de la Afrodita de Gnido, de Praxíteles, realizada en el siglo I a.C.; la sala de la Loba Capitolina, etc.

En el centro de la plaza se yergue, majestuosa, la estatua ecuestre del emperador Marco Aurelio (161–180), en bronce dorado. Conservada, desde antiguo, en el Palacio de Letrán, ya que fue en el Laterano donde apareció, fue respetada siempre porque se creyó que representaba al emperador Constantino, el que dio la paz a la Iglesia con el Edicto de Milán en el año 313 d.C. Tal suposición venía respaldada por el hecho de que este emperador vivió en las Aegregiae Lateranorum Aedes, una magnífica villa de recreo perteneciente a un tal Laterano, cuyos bienes le fueron confiscados por Nerón, como castigo por haber formado parte de la conjuración de los Pisones[45]. Más tarde, Domiciano la convirtió en una dependencia privada, a la que llamó Mica Aurea, para utilizarla

como lugar de reunión con sus más íntimas amistades. Sus sucesores la siguieron ocupando como lugar de retiro y personal esparcimiento.

La estatua fue trasladada al Capitolio entre los años 1535 y 1538. Es un ejemplar casi único, modelo de la mayoría de las ecuestres de todo mundo y en especial de las renacentistas y barrocas. Llegada a nosotros en muy buen estado de conservación, se supone que fue fundida en torno al 186 d.C., mide 3 m. de altura y se yergue sobre un hermoso pedestal, obra de Miguel Ángel, en el que pueden verse las célebres abejas que sirvieron de emblema heráldico a la poderosa familia de los Barberini. Sobre la cabeza del caballo se levanta un mechón de sus crines con la caprichosa forma de una lechuza («civetta», en italiano), singularidad que ha servido para originar una de las muchas leyendas que circulan por Roma: la desaparición de la graciosa «civetta» supondría el final de la ciudad. Lo mismo sucedería si se desvaneciera, el revestimiento dorado que recubre la estatua de bronce. Por esta razón fue retirada de su pedestal y se procedió a su restauración entre los años 1981 y 1989. En la actualidad se encuentra expuesta en el «Palazzo Nuovo», mientras que en la plaza se ha colocado una excelente réplica realizada en 1997.

La iglesia de «Santa María in Aracoeli»

La iglesia de «Santa Maria in Aracoeli» fue construida en el siglo VI d.C., según la tradición, por San Gregorio Magno (590–604), en la zona meridional de la colina capitolina, sobre el Arx, probablemente en el lugar ocupado por el antiguo templo de Iuno Moneta y sobre el ara donde se decía que la Sibila de Tibur (Tívoli) previno a Augusto del nacimiento de Cristo. Se supone que los restos del templo están bajo el transepto de la izquierda, en lo que es la capilla de Santa Elena, donde la tradición popular asegura que estuvo el altar erigido por Augusto y en el cual la Sibila hizo su transcendental predicción: Ecce ara primogeniti dei.

Esta iglesia jugó un importante papel en la vida de la ciudad

medieval. La nobleza y los próceres se reunían en ella para tratar de los asuntos municipales. Estuvo en manos de distintas órdenes monásticas, pero Inocencio IV (1243–54) se la confió a los franciscanos en 1250 y ellos fueron los que llevaron a cabo su reconstrucción. La fachada se concluyó entre finales del siglo XIII y comienzos del XIV. Su interior está dividido en tres naves y sus 22 columnas proceden de edificios muy diversos. La inscripción de la tercera columna de la izquierda indica curiosamente que perteneció al dormitorio de los emperadores (a cubiculo Augustorum). El suelo es de taracea marmórea, del llamado estilo cosmatesco[46], de hacia 1200, y su techo está adornado con motivos navales con los que se conmemoró la batalla de Lepanto (1571), por orden del papa Gregorio XIII Buoncompagni (1572–85), cuyo emblema heráldico, el dragón, puede verse cerca del altar. Para los dorados de este suntuoso techo se empleó el oro costeado por Venecia.

Alberga importantes monumentos funerarios, tales como el del archidiácono Giovanni Crivelli, realizado por Donatello (1386-1466) y algunas de sus capillas fueron decoradas por famosos pintores. La primera, a la derecha fue obra del Pinturicchio (1454–513), quien trabajó en ella hacia 1480. En sus paredes se relatan la vida y la muerte de san Bernardino de Siena. En el altar mayor se venera a la «Madonna del Aracoeli» y, en la segunda capilla de la nave de la izquierda, se encuentra el famoso Belén en el que se exponía el venerado «Bambino del Aracoeli» que, habitualmente se custodia en la capilla de la sacristía. Es una figura de madera de olivo del Niño Jesús que data del siglo XV. Fue tallada por un monje franciscano con la madera de un árbol procedente del huerto de Getsemaní. Esta imagen, objeto de devoción en el mundo entero, recibe una cantidad ingente de regalos, donaciones y peticiones. Las cartas que a diario se le dirigen se cuentan por centenares.

A dicha iglesia se accede por uno de los laterales de la plaza del Capitolio, por la puerta que se abre detrás del «Palazzo Nuovo», o por su famosa y empinada escalinata que consta de 124 escalones. Fue construida o, al menos rehecha, en el año 1348, en agradecimiento por el fin de una epidemia de peste que había asolado a la ciudad y muy probablemente con vistas a la celebración del año santo de 1350. El tribuno Cola di Rienzo (Nicola Gabrini, 1313–1354) solía arengar a las masas desde esta

escalinata, siempre frecuentada por ciudadanos romanos y peregrinos. Hasta el siglo XVII era normal que, en los meses de buen tiempo, durmieran en ella los extranjeros que visitaban la ciudad. Sin embargo, fue el príncipe Cafarelli, que vivía en dicha colina, el que consiguió librarse de ellos utilizando métodos tan expeditivos como el de lanzar barriles llenos de piedra por dichas escaleras. Según una creencia popular, los que suben de rodillas sus 124 peldaños son premiados por la lotería.

Dicha escalinata, la más larga de todas las de Roma, fue también el modelo de las otras muchas que existen en la ciudad y que también sirven de lugar de estancia y encuentro para los numerosos visitantes que recorren las calles de Roma. Proyectada con una mentalidad medieval, acorde con la época en que fue trazada, se presenta como una empinada subida para sacrificio de peregrinos y penitentes. En contraste, la «cordonata», trazada por Miguel Ángel, un gran humanista, propicia un acceso fácil a los hombres de todos los tiempos.

La «Piazza Venezia»

Concebida como un gran rectángulo (130 m. × 75 m.), hoy es el centro neurálgico, ya que en ella confluyen las principales arterias de la ciudad. Dominada por el monumento de Víctor Manuel II que se apoya en la colina del Capitolio, está enmarcada a la derecha por el «Palazzo Venezia» y la plaza e iglesia de San Marcos, y a la izquierda por el «Palazzo di Assicurazioni Generali di Venezia», en cuya fachada aparece un magnífico león alado del siglo XVI, símbolo de esta gran ciudad.

La «Via IV de Novembre» conduce a la «Via Nazionale» que lleva a la «Piazza della Republica», a la «Piazza del Cinquecento» y a la Estación Termini. Por la «Via del Corso», la antigua vía Flaminia, se llega hasta la «Piazza del Popolo»; y por la «Via del Plebiscito» se accede al «Corso Vittorio Emanuele» que llega hasta las orillas del Tíber, a la altura del puente que lleva este mismo nombre; por último la «Via dei Fori Imperiali», atraviesa en núcleo de la antigua

Roma.

El monumento de «Vittorio Emanuele II»

Este monumento, conocido también con el nombre de «Vittoriano», se comenzó a construir en 1855 y fue inaugurado en 1911. Se erigió en honor de Vittorio Emanuele II de Saboya, primer rey de la Italia unificada (1861), cuyos restos mortales se encuentran, junto con los de su esposa Margarita, en el Panteón de Roma. En un principio, mereció severas críticas de los más destacados arquitectos romanos y europeos de la época, recibiendo irónicos apodos, tales como el de «la tarta nupcial» o «la máquina de escribir», sin embargo con el paso del tiempo ha llegado a ser muy querido por los romanos. Aunque su mole de mármol blanco sigue desentonando en el marco de ruinas venerables en el que se alza, ha llegado a convertirse en uno de esos pastiches históricos de los que Roma es magistral hacedora, hasta el punto de que las superposiciones que en ellos se combinan llegan a resultar coherentes. En este caso, el análisis de todos los componentes, de aspecto grandilocuente, nos hace caer en la cuenta de que están en conexión con la mentalidad colectiva e historicista del pueblo romano, latente siempre y exaltada a partir de su reunificación.

Se edificó en una de las laderas del Capitolio y en él se simbolizó la unidad del pueblo italiano, el valor militar, y el resurgimiento de la nación. Además, es el Altar de la Patria, porque en él se custodian los restos del soldado desconocido («il milite ignoto»), un caído anónimo de la primera guerra mundial (1914–18). Por todo lo que representa, en él se han celebrado y se siguen celebrando los más importantes actos oficiales y de carácter militar.

El proyecto fue obra del arquitecto Giuseppe Sacconi quien realizó todo el monumento en mármol blanco de Brescia. Mide 81 m. de altura y la gran escalinata de acceso, compuesta por varios rellanos, está flanqueada a ambos lados por dos altos pedestales en los que se yerguen dos magníficos grupos escultóricos. El de la derecha es una representación del «Pensamiento» y el de la izquierda de la

«Acción», siguiendo la inspiración mazziniana[47].

La escalinata conduce al Altar de la Patria, obra del escultor Angelo Zanelli, en cuyo interior se encuentra la citada tumba del soldado desconocido. Dicha escalinata está flanqueada por dos leones alados y dos victorias broncíneas. El altar está presidido por una estatua de la Dea Roma hacia la cual confluyen los cortejos triunfales del Trabajo (a la izquierda) y del Amor Patrio (a la derecha).

A cada lado de la escalinata se hallan dos fuentes, sobre las que aparecen las personificaciones de dos divinidades marítimas. La de la derecha representa al Mar Tirreno, acompañado de una loba y de una nereida, y la de la izquierda al Mar Adriático. Cada una de estas fuentes está flanqueada por dos pedestales sobre los que se alzaron, enmarcando a la primera los grupos alegóricos de la «Concordia» y de la «Fuerza»; y a la segunda, los del «Derecho» y del «Sacrificio». Son conceptos muy en consonancia con los ideales de la Roma clásica y con el espíritu colectivo y solidario del que siempre se enorgulleció el pueblo romano. Recuérdese el templo de la Concordia en el Foro, uno de los más venerados de Roma, y la célebre frase de Salustio: la concordia hace crecer las cosas pequeñas y la discordia destruye las grandes[48]. Habría que recordar, también, los rostros llenos de arrugas de los retratos republicanos como un intencionado testimonio destinado a ensalzar los sacrificios vividos por los padres de la patria, ejemplos de virtudes para las generaciones posteriores. En cuanto al Derecho se refiere, piénsese en la sentencia irrefutable de: lex dura, sed lex.

Todas estas consideraciones nos demuestran que, a pesar del controvertido aspecto de este singular edificio, el espíritu de su lenguaje está en perfecta consonancia con el legado histórico de Roma.

Dos escaleras laterales conducen a la plataforma sobre la que se yergue la estatua ecuestre de bronce dorado de Vittorio Emanuele II, que alcanza la espectacular altura de 12 m. y que fue obra del escultor Enrico Chiaradia. En su basamento están representadas las ciudades de Italia que contribuyeron a la unificación de la nación, esculpidas por Maccagnini.

Corona el monumento un pórtico de 22 m. de largo con 16

columnas corintias de 15 m. de altura, que sostienen un arquitrabe ornado con águilas y guirnaldas, sobre el que corre un friso decorado con 16 estatuas que representan a las regiones de Italia. En sus extremos aparece rematado por dos propileos monumentales sobre los que se alzan sendas cuadrigas. La del lado derecho va guiada por una hermosa figura femenina que representa a la «Libertad» y la de la izquierda, por otra similar que simboliza la «Unidad». Delante de cada uno de ellos se alzan dos columnas coronadas por Victorias.

En su interior tiene su sede el «Museo del Risorgimento», con su correspondiente biblioteca y archivo. En él se encuentran las banderas de la Marina militar, así como las de todos los regimientos desde la Unidad hasta la Segunda Guerra mundial. También se conservan aquí los distintos bocetos realizados para la construcción del «Vittoriano».

La tumba de Caius Publicius Bibulus

Detrás de la fuente del Mar Adriático, a la izquierda del gran monumento que acabamos de ver, se hallan las ruinas de la tumba de Caius Publicius Bibulus, un personaje destacado de los últimos tiempos de la República (siglo I a.C.). En su tiempo se alzó al comienzo de la Via Lata (actual «Via del Corso») y su fachada principal se orientó al suroeste, hacia la vía que salía de la Porta Flumentana.

Construido en un nivel más bajo del actual, se componía de una cella rectangular de la que solo se conserva una fachada en cuyo centro se abre una puerta flanqueada por cuatro pilastras tuscánicas que encuadraban sendos paneles. El friso superior, del que queda un fragmento estaba decorado con guirnaldas bucráneos y rosetas. En el basamento se conserva una inscripción que se repetía también en los lados, dando a conocer el nombre y datos personales del difunto:

C(AIO) POPLICIO BIBULO AED(ILI) PL(EBIS) HONORIS/ VIRTUTISQUE CAUSSA SENATUS/ CONSULTO POPULISQUE IUSSU LOCUS/ MONUMENTO QUO IPSE POSTEREIQUE/EIUS INFERRENTUR PUBLICE DATUS EST.

A Gaio Publicio Bibulo, edil de la plebe, en reconocimiento a su valor y a sus méritos, por decisión del Senado y del pueblo le ha sido concedido a expensas públicas un terreno par el sepulcro para que él y sus descendientes sean en él enterrados.

Dicho monumento, que por sus características arquitectónicas y decorativas se ha fechado, como hemos dicho, a finales de la República, resulta un ejemplar insólito y hace pensar que muchos debieron ser los méritos del difunto que lo ocupó para que se le concediera tal privilegio a él y los suyos. Por otra parte, no deja de ser sorprendente que sus hoy modestos vestigios se mantengan al lado del más monumental edificio conmemorativo de Roma.

El «Palazzo Venezia»

Coronado de almenas, es uno de los principales edificios renacentistas de Roma, famoso por su grandiosidad y belleza. Se atribuye a León Battista Alberti (1404–72) aunque es probable que fuera obra de Giuliano da Maiano, que fue quien esculpió la puerta. Fue construido hacia 1455, para el cardenal veneciano Pedro Barbo, el futuro papa Pablo II (1464–71). Más tarde, en 1564, pasó a ser sede de la Embajada de Venecia en Roma y desde 1797, fecha en que fue adquirido por Austria, se convirtió en la Embajada de este país. En 1916 lo fue por el Estado y, durante el período fascista, Mussolini instaló en el mismo su despacho oficial en la llamada «Sala del Mappamondo». Desde el balcón de su fachada pronunció sus más famosos discursos, escena frecuente en los documentos gráficos de la época.

Las ventanas del segundo piso ofrecen la inconfundible estructura de cruz latina, utilizada en todos los edificios papales y en los edificados por los güelfos, los defensores del pontificado a lo largo de la Edad Media, frente a los gibelinos, partidarios del emperador, como jefe del Sacro Imperio Germánico. Hoy es sede del Instituto Nacional de Arqueología y Museo del propio palacio. En él se conservan importantes obras de arte entre las que destacan una notable colección de esculturas, como la de Arnolfo di Cambio y los bronces de Barsanti. Cuenta además con una gran muestra de las artes cerámicas y decorativas de época medieval y renacentista.

La iglesia de San Marcos

Esta bella iglesia se alza en la recatada plaza del mismo nombre. Fue mandada edificar, en el año 336, por el entonces pontífice San Marcos, en honor de San Marcos Evangelista, quien, según la tradición, escribió su Evangelio en una casita situada en la falda del Capitolio. Las reliquias de este papa de corto pontificado (336–37) se encuentran bajo el altar mayor. La iglesia fue restaurada en el 792 por Adriano I (772–95) y más tarde por Gregorio IV (827–44), en el siglo IX. Los magníficos mosaicos que decoran el ábside son de esta época. En él aparece la figura de Cristo en el centro rodeado de Santos; San Marcos aparece a su izquierda y Gregorio IV a su derecha. El «campanile» es románico, de finales del siglo XII o comienzos del XIII. Las obras de restauración más importantes se llevaron a cabo entre 1455 y 1471, cuando el papa Pablo II Barbo (1464–71) hizo de San Marcos la iglesia de la comunidad veneciana en Roma. La fachada compuesta de un pórtico de columnas y una galería con pilastras se atribuye a Leon Battista Alberti o a Giuliano da Maino. El techo recubierto de oro y tonos azules está decorado con el emblema heráldico de Pablo II, el león rampante, en recuerdo de San Marcos, santo patrón de Venecia, ciudad natal de este pontífice. En su interior, de tres naves, obra de Filipo Barigioni, quién trabajó en él hacia 1740, destacan sus columnas de jaspe siciliano. En el muro de la derecha del pórtico, puede leerse la inscripción de Vanozza Cattanei, amante del papa Borgia Alejandro VI (1492–1503) y madre de sus tres hijos.

En uno de los extremos de la Plaza de San Marcos, donde hace esquina con el «Palazzeto Venezia», se halla parte de una estatua de gran tamaño de la diosa Isis, como se deduce del nudo isíaco que luce en su pecho, y que se la conoce con el nombre de «Madama Lucrecia». Posiblemente perteneció a una imagen de culto de esta diosa que se hallaría en su templo del Campo de Marte. Es muy popular entre los romanos, puesto que fue una de las estatuas parlantes de la Roma medieval y renacentista, junto con la llamada de «Pasquino» (hoy próxima a la «Piazza Navona») y a la del «Marforio» (actualmente en el patio del «Palazzo Nuovo») ya que en ella se ponían los libelos condenatorios a la política papal.

1 Esta anécdota se relaciona con la rotunda negativa con que el Duce respondió a la propuesta de practicar un túnel que atravesara el Capitolio para facilitar el tráfico.

2 Liv., I, 55.

3 Tarpeya fue la heroína epónima del Capitolio que, en tiempos remotos recibió el nombre de Mons Tarpeius. Según una posterior leyenda era hija de Espurio Tarpeyo, a quien Rómulo había confiado la defensa de la ciudadela en la guerra contra los sabinos, después del célebre rapto de las sabinas. Acampado Tito Tacio al pié del Capitolio, Tarpeya se enamoró de él y accedió a entregarle la fortaleza a cambio de convertirse en su esposa. Tacio, una vez lograda la complicidad de la joven, en lugar de cumplir su palabra, la mandó aplastar bajo el peso de los escudos de sus hombres. Según otra versión, no fue el amor lo que movió a Tarpeya a traicionar a los suyos, sino la ambición. El precio que pidió a Tito Tacio fue la entrega de lo que sus soldados y el propio Tacio llevaban el brazo izquierdo, es decir, sus brazaletes de oro. Tacio aceptó y cumpliendo, a su modo, con la promesa, la hizo sepultar bajo el peso de los escudos que era lo que verdaderamente llevaban sus hombres en el brazo izquierdo, en el momento del asalto a la fortaleza. Los mitógrafos romanos han tratado de absolver a Tarpeya, a la cual se tributaba un culto local en el Capitolio. Sin embargo, desde la roca Tarpeya se precipitaron, siempre, a los condenados por crímenes de traición a la patria.

4 Varr., De ling. lat., V, 41; Dion. Hal. III, 69, 4; IV, 60 ,3; VII, 35, 4; VIII, 78,5; Plu., Roma, 18; Numa, 7.

5 Fab. Pic., Fragm., 12; Varr., De ling. lat., V, 41.

6 Liv., I, 8, 5-6; Dion. Hal., II, 15; Plut., Roma, 9; Estra., V, 230.

7 Liv., XLI, 27, 7; Tác., Hist., III, 71.

8 Val. Máx., VI, 9, 13; Plin., Nat Hist., VIII, 145.

9 Ov., Fasti., I, 638.

10 Los hermanos Graco, Tiberio y Cayo, hijos de Tiberio Sempronio Graco y Cornelia, hija de Escipión el africano, intentaron la reforma agraria con medidas que parecieron demagógicas a la clase patricial. Tiberio fue asesinado en el Capitolio, en el 133 a.C., y Cayo murió en una revuelta callejera, en el 121 a.C.

11 Tác., Hist. III, 71, ss; Suet., Vitell., 15.

12 Liv., XXXIV, 52.

13 Farnaces era el hijo de Mitrídates, al que derrotó en la batalla de Zela (47 a.C.). En una marcha de cinco días, César venció con un pequeño ejército al enemigo. Fue, entonces, cuando anunció su victoria con la célebre frase: Veni, vidi, vinci (llegué, vi, vencí)

14 Flav. Jos., Bell. Jud., III, 7, ss.

15 Liv., II, 8, 6; VII. 3, 8; Pol., III, 22.

16 Vitr., De arch., III, 3, 5.

17 Las tres divinidades que componían la llamada triada capitolina fueron una adaptación de los dioses griegos Zeus, Hera y Atenea, pero conservando algunos rasgos diferenciales. Júpiter, de origen indoeuropeo era el dios del claro cielo. Se le rindió culto bajo numerosas acepciones: Maximus, Tonans, Victor, Stator, etc. Se le dedicaban los idus de cada mes. Juno, su esposa, también fue venerada bajo numerosas advocaciones: Regina (reina), Pronuba (favorecedora de los matrimonios), Lucina (propiciadora de los

partos), Moneta (la avisadora), etc. Se le dedicó el mes de junio y los animales a ella consagrados eran las ocas y los pavos reales. Minerva, la hija de Júpiter, era en un principio la diosa de la guerra y de la inteligencia, pero en Roma fue considerada sobre todo patrona de la industria, de las artes y las ciencias. Su fiesta principal era el Quinquatrus, entre los días 19 a 23 de marzo, y dedicada a los maestros y artesanos.

18 Se tenía a la ciudad de Veyes como el centro de la gran escuela de coroplastas etruscos, de entre los cuales destacó el escultor Vulca. Según Plut. (Poplic., 13-14) y Plin. (Nat. Hist., XXVIII, 16; XXXV, 157), los romanos encargaron a este artista la colosal cuadriga que debía coronar la cúspide del frontón del templo de Júpiter Capitolino. En el proceso de su cochura se hinchó de tal modo, ya que sus proporciones sobrepasaron a las previstas, que fue imposible sacarla del horno sin romperlo. Los adivinos interpretaron este hecho como señal de que dicha obra no debía salir de Veyes, pese a las protestas de los romanos al enterarse de esta decisión. Sin embargo, en unos juegos celebrados en la ciudad etrusca, unos caballos se desbocaron y no pararon hasta llegar al Capitolio. Este nuevo prodigio fue interpretado como una señal de la voluntad de los dioses que así se manifestaban a favor de que la cuadriga coronase, como en un principio se pensó, el gran templo capitolino, lo que se hizo inmediatamente. Este legendario pleito alude a la rivalidad de Veyes y Roma, al gran prestigio de la primera como cuna de grandes escultores y al predominio político de la segunda.

19 Gruta situada en la ladera noroeste del Palatino, donde la loba alimentó a Rómulo y Remo. Según la leyenda, fue el augur Atio Navio, quien trasladó al Comitium el ficus ruminalis poniendo bajo dicha higuera la primera loba de bronce con los gemelos. Cic., De divi., I, 33; Plin. XV, 77; Tac., Ann., XIII, 58.

20 Ov., Fasi., I, 201-2; Plin., Nat. Hist., XXXIII, III, 12; XXXV, 157.

21 Este escultor ateniense, Apollonios, hijo de Néstor, firmó el llamado Torso Belvedere (que es, posiblemente, una estatua mutilada de Polifemo) y el Luchador, en bronce, del Museo de las Termas. Trabajó en Roma en el siglo I a.C., como copista y adaptador de modelos griegos de época clásica.

22 El Zeus de Otricoli fue hallado en la antigua Otriculum, a 75 km. al norte de Roma, pocos años antes de la Revolución Francesa, en el transcurso de unas excavaciones patrocinadas por el papa Pío VI (1775–99). Esta gigantesca cabeza de Zeus se supuso una copia de la del templo de Olimpia, obra de Fidias, sin embargo, hoy se la considera más cerca de los modelos de Bryaxis y Leochares, escultores ambos del siglo IV a.C.

23 Plin., Nat. Hist., XXXVI, 45.

24 Tác., Hist., III, 71-72.

25 Tác., Hist., IV, 53; Suet., Vesp., 8; Di. Cas., LXV, 7,10; Plut., Popl.,15.

26 Aparte de los templos que se describen en el texto, las fuentes nos hablan de los siguientes santuarios menores: el de la Fortuna Primigenia, el de Iupiter Victor, el de Iupiter Soter (Libertador), el de Iupiter Africus, el de Felicitas, el de Valetudo (Salud), el del Genius Populi Romanus, el de Venus Victrix, el de Liber Pater, el de Indulgentia, etc.

27 Tác., Hist., III, 74; Suet., Domit., 5.

28 Mon. Ancyr., IV, 5; Suet., Aug., 29.

29 Mon. Ancy., V. 42; Ov., Fast., V, 579

30 Cic., Cat., III, 8,19.

31 Liv., VII, 28, 4 ss; Plut., Cam., 27.

32 Participio del verbo monere, avisar.

33 Cic., De div., I, 101.

34 Liv., VI 20, 13; Cic., Ad Att., VIII, 7, 3.

35 Para el fomento del comercio Roma estableció muy pronto un régimen monetario garantizado por el Estado. Para los primitivos intercambios se utilizaba el ganado (pecus), de ahí el nombre genérico de pecunia que recibió el dinero. Más tarde, para el tráfico

comercial se utilizaron pedazos de cobre, no acuñados, aes rude, de distinto peso. En tiempos de la República, dichos lingotes llevaban el cuño de los decemviros con lo cual se garantizaba la pureza y peso de las piezas y, posteriormente, cuando se sintió la necesidad económica de utilizar monedas, se comenzaron a fundir piezas de cobre cuya unidad fue el as. El as se correspondía con una libra (327 gramos), de ahí que recibiera el nombre de as libralis, equivalente a 12 unciae. Desde el 268 a.C., se estableció la Ceca junto al templo de Iuno Moneta y se implantó la unidad de plata conocida con el nombre de denarius (décimo). El denario equivalía a cuatro sestercios y un sestercio a dos ases y medio. El sestercio, a pesar de ser la moneda de plata más pequeña se convirtió en la base monetaria de cálculo de los romanos. En el anverso llevaba, generalmente, la cabeza de Jano y en el reverso la proa de un buque. Andando en tiempo, el denario de oro, el aureus (equivalente a 25 denarios y a 100 sestercios) se convirtió en la moneda fuerte de la época desde el Mar del Norte al Golfo Pérsico.

36 Victoria de Mario, en el 102, sobre los teutones en Aquae Sextiae; y sobre los cimbros en el 101, en Vercellae.

37 Los establecimientos donde se despachaba vino y comidas se denominaban termopolia, ya que ellas incluso el vino se servía caliente. Funcionaban como una llamada «tavola calda».

38 Una insula era una casa de vecinos de varios pisos. Augusto puso el límite de 70 pies (unos 20 m.) para la altura de este tipo de edificios, pero la carestía de las viviendas en Roma llevó al incumplimiento de la ley, por lo que Trajano tuvo que imponerla de nuevo extremando los sistemas de vigilancia y control.

39 Se conoce una inscripción , descubierta junto al Tabularium y hoy colocada en su lado septentrional que dice: [Q. Lu], tatius Q(uinti) f(filius) Q(uinti) n(epos) C[atulus co(n)s(ul) / de s] en(atus) sent(entia) faciumdu[m coeravit] / eidemque [p]rob[avit] (Quinto Lutacio Catulo, hijo de Quinto, sobrino de Quinto, cónsul por decisión del Senado, mandó construirlo y lo aprobó). Otra inscripción, hoy perdida, pero transcrita en el medioevo sirve de ratificación a la anterior: Q (uintus) Lutatius Q(uinti) f(ilius) Q(uinti) [n (epos)] Catulus co(n)s(ul) / substructionem et tabularium / de s(enatus) s(ententia) faciumdum coeravit, [ei]

demque / pro[bavit]. El texto es prácticamente el mismo, aunque se especifica que el monumento se componía de un basamento y del edificio destinado a servir de archivo estatal.

40 La inscripción de la Vía Prenestina dice: L(ucius) Cornelius L(uci) f(ilius) Vot(uria tribu) / Q(uinti) Catuli co(n)s(ulis) praef(ectus) fabr(um) / censoris architectus. (Lucio Cornelio, hijo de Lucio, de la tribu Voturia, prefecto de las tropas de ingenieros de Quinto Catulo cuando era cónsul, y arquitecto cuando era censor). Ello significa que este arquitecto romano, procedente posiblemente de Ostia, a juzgar por la tribu a la que pertenecía, trabajó para Lutacio Catulo entre los años 78 a 65 a.C., ya que dichas fechas coinciden con los cargos de cónsul y censor desempeñados por este personaje.

41 Liv., XXXV, 41, 8.

42 Vitr., De arch., IV, 8, 4.

43 Jacopo Barocci de Vignola (1507–1573), fue más conocido por el nombre de Vignola por haber nacido en esta ciudad, próxima a Módena.

44 Los Dioscuros, Cástor y Pólux, fueron hijos de Leda y Tindáreo, aunque Pólux era, en realidad, hijo de Zeus y, por lo tanto, inmortal. Al morir Cástor, Pólux pidió a su padre compartir su suerte con la de su hermano. Por esta razón les fue permitido que alternaran su estancia entre los dioses y el Hades.

45 Nerón (54–68 d.C) después de haber asesinado a su madre Agripina, a su hermano Británico y a su esposa Octavia, y tras el célebre incendio de la ciudad, que muchos le atribuyeron, fue objeto de graves y secretas críticas por parte de la nobleza y de los pretorianos que apoyaron la conjuración organizada por C. Calpurnio Pisón, un hombre muy inteligente, pero falto de la necesaria energía para llevar a cabo su plan. La trama fue descubierta, con lo que se desencadenó la muerte de una serie de personajes notables, entre ellos la del propio Séneca.

46 Esta técnica de pavimentos de taracea de mármol, el opus sectile de los romanos, fue continuada en la Roma medieval por unos

artesanos, los hermanos Cosmati, por lo que este tipo de suelo se denomina con el nombre genérico de «cosmatesco».

47 Giuseppe Mazzini, político e intelectual (nacido en Génova en 1805 y muerto en Pisa en 1872), desempeñó un papel importante en el «Risorgimento» y en la lucha por la unificación de su patria. Miembro de la sociedad secreta «Carbonaria», fundó la «Giovane Italia», una asociación cuyo fin era promover, mediante la educación del pueblo, la unidad de una Italia independiente y republicana. Sus ideas revolucionarias le llevaron a luchar contra el régimen piamontés, el gobierno austríaco, el Estado pontificio y el poder de Napoleón III. Europeísta convencido, fundó en París, con Ledrú-Rollin, el Comité Democrático Europeo y participó en la creación de la Primera Internacional. Representante del liberalismo nacionalista, ha sido considerado como uno de los padres de la democracia italiana.

48 Salust., Bell.Iugurt., X, 6.

IX. EL FORO

Pincha para descarga de fichas iconográficas (El Foro): 17 MB

Pincha para descargar imagen del Foro Romano: 2,5 MG

El desarrollo de la vida religiosa, política y comercial de la Roma antigua se concentró en el Foro, llamado Forum Magnum, para distinguirle de los denominados «Imperiales», construidos, a partir de la época de César (siglo I a.C.), cuando los cambios históricos y sociales, así como el crecimiento de la ciudad requirieron de amplios espacios urbanos para la celebración de los actos oficiales. Sin embargo, el viejo Foro mantuvo siempre su calidad de centro venerable, por lo que hasta el siglo IV d.C. todos los emperadores se preocuparon de su mantenimiento, levantando incluso nuevos templos y edificios en él. El último y más importante fue la Basílica de Majencio (o de Constantino), edificio señero de la arquitectura de todos los tiempos, ya que la columna erigida por Bonifacio IV en el 608 d.C., en honor al emperador bizantino Focas por haber cedido el Panteón para el culto de todos los mártires cristianos (Santa Maria ad Martyres), no pasó de ser un sencillo monumento conmemorativo.

Durante el Medievo se fueron abandonando y en consecuencia arruinando sus monumentos más emblemáticos, ya que considerados vestigios de la Roma pagana a nadie interesaba su cuidado y restauración. Por esta misma razón, se permitió su lenta destrucción y la utilización de sus materiales en la construcción de nuevos edificios. Solo se salvaron los que por sus características específicas pudieron transformarse en iglesias. Tal fue el caso del llamado templo de Rómulo, convertido en la iglesia de los Santos Cosme y Damián; el de Antonino y Faustina, en la de San Lorenzo en Miranda; la Curia, en la de San Adrián; el secretarium Senatus, en la de la Santa Martina; y el atrio de Domiciano, en Santa Maria la Antigua.

Sobre las ruinas de los viejos templos se elevaron torres y se construyeron fortalezas. Entre el arco de Tito y la basílica de

Majencio los Frangipani levantaron la que se extendía hasta el Coliseo y el Palatino; sobre los Rostra se alzó la torre de Campanaro; otra, llamada de la Inserra se adosó al templo de los Penates; una tercera, la de Miranda, al templo de Antonino y Faustina; y una cuarta al arco de Septimio Severo.

En época renacentista el nivel del Foro creció considerablemente y cubierto de hierba, llegó a convertirse en un pastizal, en el llamado «campo vaccino», del que afloraban algunos vestigios inquebrantables: el arco de Septimio Severo, las columnas del templo de los Dioscuros, las del de Saturno, las del de Vespasiano, las ruinas de la basílica de Majencio, etc.

Hasta el siglo XVIII el Foro permaneció en el más absoluto abandono. La providencial figura de Winckelmann abrió nuevos horizontes para la ciencia arqueológica y como consecuencia se despertó el interés por la antigua Roma. Las primeras excavaciones del Foro fueron realizadas por Carlo Fea, comisario de la Antigüedad en 1801, a las cuales siguieron las dirigidas por Antonio Nibby y Pietro Rosa, quien también llevó a cabo las practicadas en el Palatino. Más tarde, entre 1898 y 1922, fue Giacomo Boni el encargado de seguir adelante con los trabajos iniciados por sus predecesores. A este arqueólogo le cupo la suerte, al realizar la exploración de la zona próxima al arco de Septimio Severo, de descubrir el Lapis Niger y de levantar la famosa lápida para exhumar los restos que bajo ella se encontraban. Posteriormente, a partir de 1934 el sucesor de Boni fue Alfonso Bartoli quien continuó los trabajos en curso e inició otros nuevos en áreas tan significativas como las del templo de Vesta, la Curia y la Basílica Emilia. Desde entonces, exceptuando el paréntesis impuesto por la segunda Guerra mundial, las excavaciones en el Foro y en toda la ciudad de Roma no han cesado.

El Foro en época republicana

El Foro ocupó la depresión que se extendía entre el Capitolio, el Palatino y el Esquilino y que se prolongaba por el sudoeste hacia el

río, a través del valle del Velabro. En sus orígenes fue una zona pantanosa, utilizada como lugar de enterramientos entre los siglos X al VII a.C. por los habitantes de las colinas que se alzaban en su entorno, como lo han demostrado los restos de las necrópolis halladas en las proximidades del templo del Divino Julio, del de Antonino y Faustina y del lugar en el que se alzó la estatua ecuestre de Domiciano. Sin embargo, más tarde se convirtió en el punto de encuentro y mercadeo frecuentado por los pobladores que habitaban las colinas próximas, sobre todo las del Capitolio, el Palatino y el Quirinal. Como zona neutra, extra muros, tanto para los sabinos como para los latinos, que comenzaron a llamarla foras (afuera)[1], es decir «externa» con respecto a su ciudad, tuvo en un principio un destino esencialmente comercial, tanto es así que los primeros edificios que en él se levantaron fueron los mercados de carne bovina y porcina (tabernae lanienae) y de pescado (forum piscarium) que se mantuvieron como tales hasta la época de los Gracos (siglo II a.C), así como el mercado público (Macellum) sito en el lado oriental, donde mercaderes y campesinos llevaban cuanto querían vender a los numerosos clientes que al mismo acudían. En época imperial este mercado fue trasladado al Esquilino.

Hacia el año 616 a.C. se instauró en Roma, como ya hemos visto, la dinastía de los reyes etruscos y en torno al 600 a.C. Tarquinio Prisco acometió la magna obra de la desecación de este valle,

construyendo la Cloaca Maxima que atravesaba su zona central hasta desembocar en el Tíber. En un principio debió de ser un canal abierto, pero ya en el 179 a.C., fecha en que se construyó la Basílica Emilia, estaba completamente cubierto. En el punto donde la cloaca atravesaba la Via Sacra, se alzó delante de la citada basílica un templete, a cielo abierto, dedicado a Cloacina, la divinidad protectora de las aguas subterráneas, más tarde identificada con la propia Venus.

Una vez conseguida la plena utilización del solar, se procedió a su pavimentación y a la delimitación funcional de sus dos principales áreas: el Comitium, lugar de reunión destinado a la actividad política, y el Forum a la mercantil. Se comenzó por urbanizar el primero de estos espacios, un suave montículo sito al noroeste, al pie del Arx (el altozano septentrional del Capitolio) que no se solía inundar, ni siquiera antes de la construcción de la citada cloaca. Al mismo tiempo, en el Capitolio, se inició la edificación del templo de Iupiter Optimus Maximus (cuya inauguración no tuvo lugar hasta comienzos de la República en el 509 a.C.) y la reconstrucción de la Regia, destruida por un incendio. Tenida por la casa de Numa Pompilio, pasó a convertirse en la sede del Pontifex Maximus.

Entre los santuarios más antiguos del Foro que, según la tradición, fueron edificados en tiempos de la monarquía, se encontraban el de Ianus y el de Vesta. El primero se hallaba entre el Comicio y la Basílica Emilia y, al parecer, era un recinto cuadrado, de reducidas dimensiones con dos puertas abiertas sobre el mismo eje, de este-oeste. Albergaba en su interior la estatua de gran tamaño del «dios bifronte», el dios de las dos caras opuestas, así representado porque, según la leyenda, después de firmada la paz entre Rómulo y Tito Tacio y haberse convenido la construcción de este templo, se acordó que fuera presidido por un dios de doble faz para que mirara a uno y a otro rey, sin hacer entre ambos la menor diferencia. Según otras fuentes, su construcción se atribuía a Numa Pompilio, que fue quien determinó que sus dos puertas permanecieran abiertas en tiempos de guerra y cerradas en los de paz[2]. Por desgracia, a lo largo de la historia de Roma, fueron pocas las veces en las que estas pudieron cerrarse[3]. Más tarde, las fuentes citan otros templos consagrados a este dios así como varias imágenes del mismo.

El templo de Vesta, la diosa del hogar doméstico, de estructura circular como las más antiguas cabañas del Lacio, destinado a albergar el fuego sagrado, estuvo originariamente dentro del pomerium de la Roma Quadrata[4] y no en el Foro, aunque hay autores que sostienen lo contrario, es decir que siempre estuvo en las afueras de la ciudad para evitar que el fuego de su hogar se pudiera propagar a las humildes cabañas del Palatino. Lo más probable es que en un principio estuviera en el interior del recinto urbano y que posteriormente se ubicase fuera del mismo.

En los inicios de la República se construyeron dos importantes templos: el de Saturno, iniciado al parecer en tiempos de la monarquía sobre un antiquísimo altar, dedicado a este dios de raigambre itálica; y el de Cástor y Pólux, los Penates de Roma, traídos desde Troya por Eneas.

Pocas noticias se tienen del Foro durante los siglos V y IV a.C. Sin embargo, después del 390, tras la invasión de Breno, se reanudó la actividad edilicia. Se atribuye a Camilo[5], el vencedor de los galos, la construcción, en el 367 a.C., del Templo de la Concordia. Sin embargo, el gran desarrollo del Foro se inició al final de las guerras púnicas[6], ya que al convertirse Roma en el siglo II a.C. en la señora del Mediterráneo occidental, se inició su transformación urbanística con el fin de equiparar su aspecto al de las grandes ciudades helenísticas con las que se había entrado en contacto. En consecuencia, los humildes puestos de carne y pescado se trasladaron a zonas alejadas del Foro y se sustituyeron por tiendas ocupadas por banqueros, cambistas y joyeros (tabernae argentariae), al tiempo que se procedía a la construcción de varios edificios públicos. Se edificaron cuatro basílicas: la Porcia, la Emilia, la Sempronia y la Opimia, y se delimitó el área del Comicio, el centro de reunión de los comitia, las asambleas del pueblo en las que cada ciudadano emitía su voto siempre que las circunstancias lo requerían y el lugar donde el pretor administraba justicia. Se regularizó el trazado de la Via Sacra y el de las secundarias que de ella partían: el Vicus Iugarius, hacia el Forum Holitorium; el Vicus Tuscus, hacia el Velabrum (mercado de aceite y de comestibles); y el Forum Boarium (mercado de Ganado); el Clivus Argentarius, hacia el Campo de Marte; el Argiletum hacia la Subura y el Esquilino; el Clivus Capitolinus, hacia el Capitolio, etc.

La Via Sacra que, según Varrón[7], sirvió en un principio de senda de unión entre la casa del rex sacrificulus (sita en la Velia) y el Arx, pasando delante de la Regia, se convirtió en el camino recorrido por las pompas triunfales que subían hasta el templo de Iupiter Optimus Maximus, fundiéndose con el Clivus Capitolinus. En época histórica su recorrido completo era el siguiente: arrancaba de la zona donde más tarde se alzaría el Coliseo, subía por la Velia e iniciaba el tramo conocido como Summa Sacra Via, después descendía hacia el valle del Foro, torcía ligeramente hacia el Sur, iba por delante del templo de Baco y del de los Penates y llegaba a la Regia. Este trecho era la Media Sacra Via, llamada también Clivus Sacer (cuesta sacra). A partir de este punto se dividía en dos ramales que rodeaban a la plaza o foro, propiamente dicho. Uno, el de la derecha, pasaba por delante de la Basílica Emilia y desembocaba en el Comicio; el otro, el de la izquierda, discurría ante la casa de las Vestales (Vicus Vestae) y la Basílica Sempronia para ir a desembocar, rodeando el templo de Saturno, al inicio del Clivus Capitolinus.

El nombre de Sacra Via se debía, según algunos autores, al hecho de haber sido en ella donde Rómulo y Tito Tacio establecieron su pacto de alianza y, según otros, por servir de paso a las sagradas procesiones, presididas por los sacerdotes encargados de ofrecer los sacrificios a los dioses. Su estado actual es una mezcla del trazado de época de Augusto y del de tiempos de Constantino, que fue cuando se procedió a su última remodelación sobre las realizadas en tiempos anteriores: una tras el incendio de Nerón y la otra en tiempos de Adriano al construir el templo de Venus y Roma.

El Vicus Iugarius, cuyo nombre se relacionaba con un altar de Iuno Iuga, encargada de unir a los matrimonios en discordia (quam putabant matrimonia iungere), lo más probable es que se llamase así porque por él pasaban los bueyes uncidos por yugos o porque en él se hallaban establecidas las tiendas de los fabricantes de los mismos. Se hallaba entre la Basílica Sempronia y el templo de Saturno y por él se llegaba al Forum Holitorium.

El Vicus Tuscus era la vía que se abría entre la Basílica Sempronia y el templo de los Dioscuros. Conducía al Velabrum y al Forum Boarium y su nombre se debía probablemente al hecho de que en él se hallaba instalada una colonia de etruscos (tusci) desde época

muy antigua. Por otro lado, las inscripciones aquí aparecidas hablan de tiendas de vestiarii purpuraii (vendedores de tejidos de púrpura) y de turarii (vendedores de perfume) de los que el vicus recibió el nombre de Turarius[8]. Esta barriada tuvo siempre fama de estar habitada por gentes de mal vivir (impia turba), según la opinión de autores como Horacio y Plauto[9].

El Clivus Argentarius bordeaba la ladera nororiental del Arx pasando por delante del Tullianum, sirviendo de inicio a la Via Lata-Flaminia que atravesaba todo el Campo de Marte. Se llamaba así por las tiendas de los plateros, orfebres y banqueros (argentarii) que se abrían a lo largo de su recorrido, o por la Basílica Argentaria, próxima al Foro de César, que funcionaba como un Banco y casa de cambio.

El Argiletum que conducía a la Subura, uno de los barrios más populosos de Roma, era una calle de intenso tráfico, que pasaba entre el flanco occidental de la Basílica Emilia y el propio Comicio. Su nombre, lo más probable es que derivase del aspecto arcilloso de su primitivo suelo, antes de su pavimentación. En él se abrían numerosas tiendas, destacando de entre ellas las de los libreros.

La otra arteria importante del foro fue la Via Nova, que discurría por delante del Palatino y era casi paralela a la Via Sacra. A semejanza de esta recibía el nombre de Summa en sus inicios, en el altozano de la Velia y el de Infima en la zona próxima a la Romanula. En su tramo medio pasaba por delante de la casa de las Vestales, el lucus (bosque) Vestae y el ara de Aius Locutius, una voz divina que, según la leyenda, previno a los romanos de la invasión de los galos en el 390 a.C.

En época republicana el aspecto del Foro era muy diferente al que tuvo en época imperial, cuyos restos son los que hoy podemos ver. La plaza del Foro propiamente dicha estaba delimitada por un gran número de pozos rituales que aún pueden apreciarse cerca del Lapis Niger, de los Rostra y en la Via Sacra, delante de la Basílica Iulia. El área central, en torno a la cual giraban los más importantes edificios era el Comitium, al que ya nos hemos referido, presidido en su zona septentrional por la Curia Hostilia, la sede del Senado así llamada en recuerdo del tercer rey de Roma, Tulo Hostilio[10] a quien se atribuía su construcción. En época de César fue sustituida por

una nueva edificada en el mismo el lugar.

El su lado occidental se encontraba la Basílica Porcia, la primera que se edificó en el Foro en el 184 a.C, costeada por el censor M. Porcio Catón sobre el solar de dos casas señoriales, el atrium Titium y el atrium Maenium. Contó con la oposición del Senado y de la plebe, que desconfiaban del poder que iba adquiriendo este célebre personaje, fustigador implacable de la sociedad de su tiempo.[11] Fue destruida en el incendio del 52 a.C. y no volvió a levantarse[12].

Al sur de la Basílica Porcia, no lejos de los Rostra, se hallaba la Graecostasis, la sede oficial de las embajadas de los pueblos extranjeros y, en particular, de los del mundo helenístico[13]. A comienzos del Imperio, fue sustituido por otro edificio conocido con el nombre de Graecostadium que se levantó entre el Vicus Tuscus y la Basílica Iulia, edificada, ya por entonces, sobre la Sempronia.

En el área oriental del Comitium se supone que estuvo el primitivo Tribunal del Pretorio, ya que uno de los usos más importantes del Foro durante la República fue el de ser sede de los tribunales de los pretores, que sin tener en un principio un lugar estable para sus actuaciones, se instalaban sobre tribunas de estructuras lígneas, tanto en el Comicio como en el propio Foro. Son varias las noticias que de ellos tenemos así como de los sitios que ocuparon. El más antiguo de todos fue el situado junto a la Curia, destinado principalmente a la resolución de las causas civiles, mientras que las penales se resolvían en otro tribunal, ubicado en el llamado Foro medio[14].

Cerrando la plaza, se encontraban los Rostra, o tribuna de oradores que en época imperial se encontraban al comienzo del Foro medio. Recibía este nombre por estar decorada con los espolones de los navíos tomados al enemigo. A raíz de la victoria naval de Duilio sobre los cartagineses, el Senado decretó en el 260 a.C. la erección de dos columnas honoríficas, coronadas por su efigie, una delante del Circo Máximo y otra en el Foro, en el área del Vulcanal. Un fragmento de esta última columna fue hallado en el 1565, cerca del arco de Septimio Severo y trasladado al Museo Nuevo del Capitolio. Sin embargo, estos restos no pertenecen a la columna original, sino a la reconstrucción que de la misma se hizo en época augústea, cuando los Rostra fueron cambiados de lugar.

El aspecto del Foro, por entonces, no pasaba de ser el de una ciudad provinciana en la que, poco a poco, las necesidades de la vida pública iban imponiendo las exigidas transformaciones en todos los ámbitos de su natural desarrollo.

El Foro a finales de la República y en época imperial

En el transcurso de los dos últimos años de la República los ejércitos romanos se extendieron por toda la cuenca del Mediterráneo, lo que supuso no solo el enriquecimiento material de Roma, sino también la toma de conciencia de nuevas formas de vida y avanzadas concepciones urbanísticas. Las suntuosas ciudades helenísticas despertaron la admiración de los generales triunfadores, quienes, en su regreso, trataron de emular las construcciones que les habían impresionado, tanto para dignificar el aspecto de su ciudad, como en beneficio propio, ya que su actividad edilicia se convertía en un reclamo propagandístico a su favor. Siguiendo este proceso de mejoras, se sanearon y reconstruyeron los viejos edificios y se construyeron muchos nuevos de mayor categoría y empaque que los existentes.

Desde tiempos de Sila, pasando por los de César y a lo largo de toda la época imperial, no hubo ningún gobernante o emperador que no se ocupara de mejorar el aspecto de Roma y, en consecuencia, el del Foro. Un edificio construido en el viejo solar se consideraba una actuación de prestigio a la que se la dedicaba el máximo interés, aún en tiempos en los que la aparición de los Foros Imperiales, signo inequívoco de la modernidad y ampliación de la urbe, desviara hacia escenarios más amplios la celebración de los actos públicos.

En los inicios del siglo I a.C. la reconstrucción silana del Capitolio y la edificación del Tabularium[15] proporcionaron al Foro un telón de fondo monumental. Más tarde, durante la época de César y de Augusto se aceleró el proceso de su transformación. En el año 54 a.C. el gran Dictador inició una ampliación hacia el lado septentrional con la construcción del Foro que llevó su nombre, el

primero de la serie de los imperiales, al tiempo que remodelaba el área del Comicio y de la Curia, sustituyendo además la vieja Basílica Sempronia por una nueva llamada Iulia en su honor.

A partir de entonces los cambios de aspecto del Foro se sucedieron de forma ininterrumpida, con sucesivas transformaciones y la aparición de nuevos edificios, hasta que el incendio del 283 d.C. obligó a su casi total reconstrucción, tarea que llevó a cabo el emperador Diocleciano (284–305 d.C)[16]. Se acortó la plaza del Foro y se remodeló el área del Comicio, edificándose prácticamente ex novo la vieja Curia. Dicha zona quedó delimitada por unos nuevos Rostra, al tiempo que se embellecía el extremo occidental, donde se alzaron los antiguos, con una serie de columnas honoríficas a juego con otras siete erigidas frente a la Basílica Iulia.

En la época bajoimperial, aparte de la construcción de la gran Basílica de Majencio, terminada por Constantino, se reedificaron templos como el de Saturno y se restauraron monumentos tan emblemáticos como el del Pórtico de los Dei Consentes, ya en pleno siglo IV.

La fundación de la ciudad de Constantinopla supuso para Roma el comienzo de su decadencia. En primer lugar porque el centro neurálgico de la actividad política y económica del Imperio se traslado a Oriente, y en segundo porque fue el propio Constantino quien inició la serie de los impunes expolios de los que iba a ser víctima Roma a través del tiempo. El desmantelamiento de varios monumentos públicos, en mejor o peor estado de conservación, se justificó con la necesidad perentoria de decorar la nueva ciudad.

En el Foro, a pesar de tales circunstancias, aún se hicieron algunas remodelaciones de acuerdo con los nuevos tiempos. Según la tradición, el último monumento levantado en él fue la llamada «Columna de Focas», erigida a principios del siglo VII, cuando la Roma cristiana había comenzado la transformación de los templos paganos en iglesias, como fue el caso de la Curia, convertida en la Iglesia de San Adriano en el año 630.

En la Edad Media, la población se distribuyó en pequeños grupos al otro lado del Capitolio y hacia la zona del Vaticano, abandonando los terrenos del viejo Foro. Poco a poco, el mítico corazón de la

antigua Roma se fue arruinando, víctima de los terremotos y del abandono de sus monumentos por falta de recursos económicos para su conservación. En continuo proceso de destrucción, alcanzó los siglos XVI y XVII en los que se convirtió en la impune cantera para la construcción de los edificios papales y señoriales de la Roma renacentista y barroca. El Foro pasó a ser, como ya hemos dicho, el «Campo Vaccino» y el Capitolio el «Monte Caprino». Sepultadas las ruinas de sus antiguos edificios bajo el tapiz de las hierbas que sobre ellas crecían, se convirtieron en pastizales de vacas y cabras, al cuidado de pastores ignorantes del glorioso pasado por el que transitaban sus rebaños.

Descripción de los monumentos del Foro

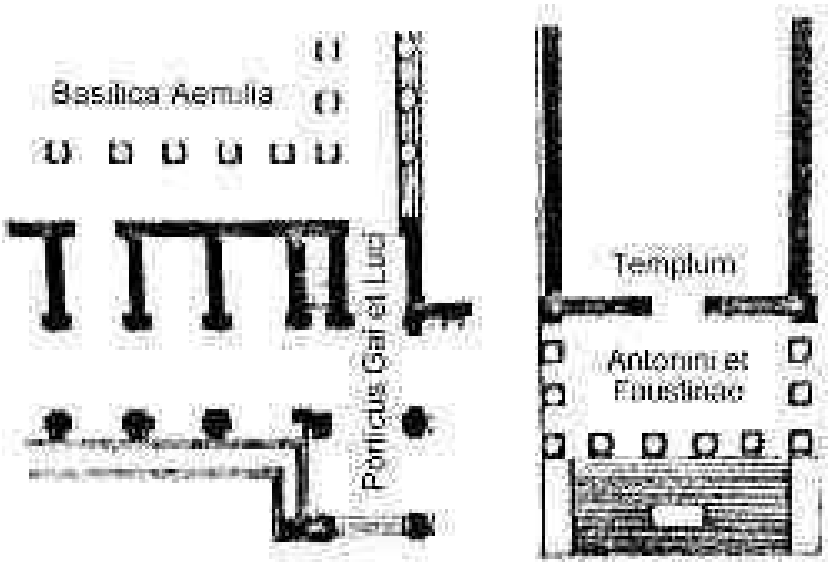
El área del Comitium

Pincha para descargar imagen del Comitium: 0,5 MG

El área del llamado Comitium se situaba el ángulo septentrional del Foro, entre la Basílica Emilia, el arco de Séptimo Severo y el Foro de César. Este lugar era considerado como un templum, por haber sido consagrado en su día por los augures y, en consecuencia, orientado de acuerdo con los puntos cardinales. De su carácter sacro nos hablan tanto los autores antiguos como toda una serie de restos fundacionales y pozos rituales. Su primitiva forma, concebida como un espacio circular rodeado de gradas, se puede reconstruir basándose en los comitia de algunas colonias, como los de Cosa y Paestum, fechados hacia el 273 a.C., ya que ambos se han considerado imitaciones del modelo romano. No se descarta la idea de que en el Comitium se celebrasen algunos de los más antiguos espectáculos públicos, hasta el punto de que hay quienes aventuran la hipótesis de que su trazado pudiera haber servido de de inspiración al del anfiteatro. Lo cierto es que fue el lugar más antiguo destinado al desarrollo de la actividad política de la ciudad. Sus distintas partes se integraron en un todo funcional, espejo fiel de los tres estamentos básicos en los que se apoyaba el estado romano: la asamblea popular, que tenía sus reuniones en la plaza

central; el Senado, cuya sede era la Curia; y los Rostra, la tribuna destinada a la expresión de la opinión pública por parte de los magistrados.

Los monumentos más significativos se dispusieron en torno a la plaza. Al norte se alzó la llamada Curia Hostilia, erigida, según la tradición, por el rey Tulio Hostilio. Más tarde, en el año 80 a.C., fue ampliada por Sila cuando el Senado pasó de tener 300 miembros a 600, siendo remodelada por el hijo del dictador tras el incendio del 52 a.C. Al noroeste, junto a la Curia, se encontraba la Basílica Porcia. Destruida también en el incendio del 52 a.C. nunca volvió a reconstruirse. A a sus pies se encontraba el Tullianum y más al sur se alzaba la Columna Maenia. El lado occidental lo ocupaba el Senaculum, otro lugar de reunión de los senadores, mientras la parte meridional estaba cerrada por la Grecostasis (plataforma desde donde los embajadores extranjeros podían asistir a las reuniones del Senado) y por los Rostra, la tribuna de los oradores, así llamada cuando en ella se encastraron las proas de las naves capturadas al enemigo en el año 338 a.C., en la batalla de Anzio. El Lapis Niger estaría entre estos dos edificios.



La Curia

Julio César hizo derribar la vieja Curia Hostilia y construyó un nuevo edificio para las reuniones del Senado, desplazando su ubicación al oriente del anterior. Adosado al lado suroeste del que sería su nuevo Foro se levantó en el lugar que ocuparía siempre, a pesar de las remodelaciones de que fue objeto a lo largo del tiempo.

La muerte de César en el 44 a.C., supuso la interrupción de las obras, aunque por decreto del Senado recibiera el nombre de Curia Iulia. Como era de esperar, fue Augusto quien se encargó de finalizar su construcción que no llegó a terminarse hasta el 29 a.C. Su decoración se adecuo al gusto de la época, siguiendo la corriente clasicista imperante en tales momentos. Su ingreso debió de estar precedido de un porche columnado, tal y como puede apreciarse en algunas monedas de la época, y la cúspide del frontón se coronó con la estatua de una Victoria alada sobre un globo. En su interior, sobre un podio adosado al testero, se colocó otra Victoria que Augusto había traído de Tarento. En torno a esta estatua se sitúa, a finales del siglo IV, la disputa mantenida entre San Ambrosio y Aurelio Símaco[17], uno de los últimos senadores paganos de Roma. Tras la acalorada diatriba, de la que salió vencedor el primero, la famosa Victoria fue retirada del lugar de honor que había ocupado durante más de tres siglos.

La Curia fue remodelada por Domiciano en el año 94 d.C., y tras el incendio que sufrió en el 282 d.C., en época de Carino, Diocleciano la reconstruyó prácticamente ex novo, consagrándola en el 303 d.C. De dicha época data el edificio que aún se conserva y en el cual se celebraron las sesiones del Senado hasta la época de Teodorico, aunque Diocleciano hubiera limitado sus funciones a las de un mero Ayuntamiento. Como tal siguió funcionando hasta el siglo VII, que fue cuando el papa Honorio lo transformó en el 630 en una iglesia dedicada a San Adrián. Entre 1930 y 1936 fue totalmente desmantelada para proceder a su correcta restauración de acuerdo con su función inicial.

Dicho edificio tiene planta rectangular y presenta cuatro grandes contrafuertes en los ángulos externos. Su altura, hasta el extremo superior del tejado, es de 31,6 m. En la fachada principal se abren una puerta de entrada y tres grandes ventanales destinados a

iluminar el aula interior, cuyas medidas son 21 m. de altura, 27 m. de longitud y 18 m. de ancho, acordes con las proporciones del canon establecido por Vitrubio para este tipo de construcciones. El techo era de viguería plana; el actual de madera, es de época reciente. Los muros exteriores, estaban revestidos de mármol blanco en su tercio inferior, a modo de alto zócalo; el resto, chapado de ladrillo, estaba recubierto por un fino estuco blanco de textura marmórea. Las puertas de bronce de su ingreso son réplicas modernas de las originales, que ampliadas y decoradas con las estrellas heráldicas de los Chigi, se encuentran en el ingreso principal de San Juan de Letrán, donde fueron trasladadas, en 1660, por Alejandro VII, miembro de tan poderosa familia.

De la época de Diocleciano son asimismo los restos del pavimento de mármoles policromos, uno de los mejores ejemplos del llamado opus sectile que se ha conservado, así como la decoración de las paredes internas, en las que se abren una serie de hornacinas, enmarcadas por columnitas apoyadas en modillones coronados por un tímpano y que estaban destinadas a albergar diferentes estatuas. El aula presenta dos sectores longitudinales con graderías en las que se situaban los asientos de los senadores.

De acuerdo con un dibujo de Antonio de Sangallo el joven[18], se creyó durante algún tiempo que la Curia había contado con varios edificios anejos, entre ellos el Chalcidicum, el Secretarium Senatus y el Atrium Minervae. Estudios recientes han venido a demostrar que el primero era el pórtico que precedía a la propia Curia, el segundo un tribunal senatorial, establecido a finales del Imperio en una de las tabernae del Foro de César, sobre el que se construyó la iglesia medieval de San Lucas y Santa Martina, completamente reconstruida en el 1640 por Pietro de Cortona[19], y el tercero era fruto de un simple error por su proximidad con el Foro de Nerva.

Los plutei o anaglypha Traiani

En el interior de la Curia se exponen los llamados anaglypha Traiani, dos grandes relieves de mármol, hallados en 1872 en el área central del Foro. Están esculpidos por ambas caras y formaron parte de un a un monumento desconocido, una especie de tribuna

que tal vez se encontraba en el recinto donde se hallaba el ficus ruminalis o en el de los rostra Anziati o, incluso, en el lugar donde se alzó la estatua ecuestre de Domiciano.

En ellos aparecen representados dos de los más famosos decretos sociales promulgados por Trajano: la institutio alimentaria y la condonación de la deuda pública. En las caras posteriores aparecen los animales que se sacrificaban en una suovetaurilia, es decir, un cerdo, una oveja y un toro, ceremonia que tenía lugar tras la celebración de todo acto público de relevante importancia.

Las citadas disposiciones se dieron a conocer en sendas proclamaciones que tuvieron como escenario el propio Foro. Por esta razón, en dichos relieves aparecen los principales edificios del mismo, lo que les convierte en un documento de gran valor iconográfico. La escena en que se conmemora la institutio alimentaria, se inicia con la figura de Trajano que, escoltado por los lictores, arenga a la muchedumbre desde los rostra del templo de Augusto. Al fondo se distinguen el arco de Augusto, el templo de los Dioscuros, la Basílica Iulia, el ficus ruminalis y la estatua de Marsias. En el centro vuelve a aparecer el emperador, sentado sobre un alto podio y acompañado por la personificación de Italia llevando a un niño en sus brazos. La citada medida consistió en conceder unos préstamos a los propietarios de los minifundios, a muy bajo interés, con el fin de que los réditos así obtenidos se destinasen a la crianza y educación de los niños huérfanos. Con esta fórmula la propaganda oficial aunaba la preocupación imperial por la asistencia a la agricultura y a la infancia desvalida.

En el otro relieve, se ve al emperador ordenando quemar los registros de las deudas atrasadas al Estado, con lo cual se evitaba que los ciudadanos pudieran verse en prisión por cantidades a las que no podían hacer frente. La escena constituye una continuación del episodio anterior, como lo demuestran los edificios del Foro que aparecen representados en el fondo: a partir de la izquierda, se vuelve a ver el ficus ruminalis y la estatua de Marsias; luego parte del lado oriental de la Basílica Iulia, el vicus Iugarius, el templo de Saturno, el templo de Vespasiano y Tito, para terminar con los rostra Anziati.

El Lapis Niger

Los restos de este antiguo monumento son los únicos vestigios conservados de lo que fueran, en su día, los edificios del primitivo Comicio. Descubiertos por Giacomo Boni, en 1899, durante las excavaciones llevadas a cabo en el Foro, hoy pueden verse frente al Arco de Septimio Severo.

La llamada «Piedra Negra» era un área cubierta con un enlosado cuadrangular de mármol negro, separada del pavimento de travertino del Foro, de época de Augusto, por una baranda compuesta de lajas, también de mármol. Por debajo de este suelo negro se descubrieron los vestigios materiales de lo que debió de ser, en época arcaica, un monumento de carácter religioso. El conjunto se componía de un altar en forma de «U», levantado sobre un doble zócalo del que solo queda el inferior, fechado en el siglo IV a.C; la basa de una columna de principios del siglo III a.C., que probablemente sirvió de pedestal a una estatua, y un cipo de toba piramidal en el que se conserva una inscripción bustrofédica[20], escrita en latín arcaico y parcialmente mutilada, datable en el segundo cuarto del siglo VI a.C. De dicha inscripción, uno de los testimonios más importantes a la hora de estudiar las fuentes para el conocimiento del desarrollo y evolución de la ciudad de Roma, ya hemos hablado al tratar de los documentos epigráficos más antiguos llegados hasta nosotros. La opinión más generalizada es que se trata de una lex sacra referida al propio monumento, con la expresa maldición a los profanadores de tan venerable lugar que posiblemente fue también un lugar sacrifical[21].

Es probable que este conjunto fuera destruido durante la invasión de los galos de Brenno[22] en el año 390 a.C. y que sus restos, al no poder ser objeto de reconstrucción, dado su estado ruinoso, se demolieran y colocaran bajo el enlosado de mármol negro a finales de la época republicana, probablemente en época de Sila quien hacia el año 80 a.C., procedió, como ya vimos, a la remodelación del Comicio. Se trataba de señalar el emplazamiento de un conjunto venerable, de carácter fúnebre que merecía ser recordado por su significado histórico y político de una manera sobria y sencilla.

La tradición literaria romana se refería siempre a este punto del Foro con el calificativo de «funesto», ya que se creía que en tal lugar

estuvo la tumba de alguno de los más venerables ancestros de la ciudad. Había autores que aseguraban que era la de Rómulo[23], otros la de Faústulo[24], o la de Hosto Hostilio, compañero de Rómulo y abuelo del tercer rey de Roma, Tulio Hostilio.

En la actualidad, se cree que este lugar se corresponde con el Vulcanal, el antiguo santuario de Vulcano[25], erigido en el sitio donde se decía que Rómulo fue asesinado por los senadores, en vez de ser ascendido a los cielos según se hizo creer al pueblo. Dionisio de Halicarnaso (siglo I a.C.), al describir esta parte del Foro, habla de un santuario al aire libre dedicado a la divinidad del fuego y menciona la existencia de una inscripción escrita con «caracteres griegos arcaicos», semejantes a las letras del alfabeto greco-calcídico que aparece en la citada inscripción bustrofédica.

En cualquier caso, es evidente que fue un lugar de veneración o de culto muy ligado con la funcionalidad del Comicio, por lo que hay que pensar que si no fue una tumba bien pudo ser un Heroon, es decir un monumento funerario o simplemente honorífico, dedicado al fundador de la ciudad y protector de las antiguas asambleas del pueblo romano.

Los Rostra republicanos

La tribuna de los oradores de la Roma republicana se levantaba en el Comitium, al este del Lapis Níger. Su nombre se debió al hecho de haber sido decorada, en su frente principal, con los rostra[26] o espolones de las naves capturadas en la batalla contra los volscos, sostenida victoriosamente por el cónsul Cayo Menio, en el 338 a.C., en el puerto de Antium. Al parecer fue este mismo general el que construyó la primitiva plataforma, mientras que la parte curva y escalonada de su parte frontal se edificó en época de Sila. En honor de este mismo cónsul se erigió la columna Maenia, en las cercanías de las Scalae Gemoniae, así llamadas por los llantos de los condenados que salían del Tullianum o Carcer Mamertina, la lóbrega prisión de la ciudad, para ser ejecutados.

Estos Rostra Vetera fueron destruidos cuando César remodeló esta zona del Foro, por lo que sus restos desaparecieron bajo el

pavimento del nuevo Comitium. La construcción de los Rostra, llamados imperiales, en el lado oeste del Foro, fue comenzada al mismo tiempo y terminada por Augusto.

Los Rostra imperiales

De los Rostra Imperiales, inaugurados en 29 a.C., se han conservado restos de la fachada en las proximidades del arco de Septimio Severo. Su longitud era de unos 23,80 m. y su fábrica se componía de grandes bloques de tufo (opus quadratum) recubiertos por lastras de mármol. En su parte frontal presentaba como ornato las proas de las naves tomadas al enemigo. En la parte posterior, la que daba al Capitolio, se abría una escalinata semicircular, probablemente recuerdo de la forma originaria de la antigua tribuna. Entre ambas fachadas, algunas pilastras de ladrillo (que quizá fueron en un principio de travertino) servían para sostener la plataforma, cuyo suelo se ha supuesto que sería un sencillo tablado de madera. El lateral próximo al arco de Septimio Severo presentaba un lado curvo ricamente revestido de mármol (portasanta y africano).

La ampliación de la tribuna, realizada en ladrillo se ha atribuido gracias a una inscripción, a quien fue prefecto de la ciudad entre los años 455 y 476 d.C., Ulpio Junio Valentino en época de los emperadores León y Antemio que habían rechazado la invasión de los vándalos en el año 476 d.C., por lo que dicha ampliación recibió el nombre de Rostra Vandalica.

La existencia de estas tribunas públicas permitió a los ciudadanos romanos la exposición de sus puntos de vista políticos y sociales. A ella subieron los mejores oradores de cada época; desde ella se ensalzaban o criticaban las acciones de los personajes públicos y se rendían los honores debidos, en brillantes oraciones fúnebres, a los más respetados ciudadanos difuntos, antes de que se iniciase la procesión funeraria, compuesta por los familiares y deudos que portaban con orgullo y como signo de prosapia los bustos de sus antepasados (imagenes maiorum). Las expresiones tales como in rostra ascendere (subir a la tribuna), aliquem pro rostris laudare (elogiar a alguien públicamente) o rostra movere (agitar al pueblo desde la tribuna) dan idea de lo que fue su uso e importancia en la

vida pública de Roma. Su primera reconstrucción se realizó en 1904.

Umbilicus Urbis y Milliarium Aureum

Entre la fachada posterior de los Rostra y el Arco de Septimio Severo aún es hoy visible una construcción cilíndrica de ladrillo, de época severiana (siglo III d.C.), identificada con el umbilicus urbis Romae, monumento con el que, a imitación del ónfalos (ombligo) de las poleis griegas, se señalaba el centro de la ciudad.

Simétricamente, en el otro extremo del hemiciclo, se encontraba el Milliarum Aureum, una columna erigida por Augusto en el 20 a.C. para indicar el punto ideal de convergencia de las vías del Imperio. En él se indicaba la distancia de Roma a las principales ciudades del mismo. Restos de esta columna, que marcaba lo que hoy llamamos el kilómetro cero, fueron descubiertos en varias épocas: un fragmento marmóreo de la basa, decorada con palmetas todavía puede verse delante del templo de Saturno.

El arco de Septimio Severo

Erigido entre los Rostra y la Curia, fue construido en el 203 d.C. para celebrar las dos campañas victoriosas de Septimio Severo contra los partos (195 y 197 d.C.) en el actual Irán. Por ello, las principales gestas de la contienda son el motivo ornamental de los relieves de los cuatro paneles que coronan los arcos menores de las dos fachadas. En ellos se representaron las hazañas más significativas y las principales operaciones militares realizadas en Oriente, como la conquista de la capital, Ctesifonte en el 197 y la posterior anexión de la nueva provincia de Mesopotamia en el 199.

Este gran monumento honorífico de ladrillo y travertino con revestimiento de mármol, mide 20,88 m. de altura, 23,27 m. de ancho y 11,20 m. de profundidad. Presenta tres arcos de ingreso de los cuales el central es el más grande y a los dos laterales se accede mediante unas pequeñas gradas. Está coronado por un ático de

grandes dimensiones, en el que figuran las pertinentes inscripciones por ambas caras, informándonos de que dicho arco se erigió en honor del emperador Septimio Severo y de sus hijos Caracalla y Geta en el año 203, por haber «restaurado la Republica y expandido los dominios del pueblo romano».

La inscripción de letras de bronce ha desaparecido, pero por los huecos dejados por las grapas con las que se sujetaban dichas letras se ha podido descubrir que la dedicatoria original, en la que se citaba a ambos hijos, fue alterada tras el asesinato de Geta por su hermano Caracalla en el 212 d.C. Así se observa que la conjunción et fue eliminada de la tercera línea y que la frase optimis fortissimisque principibus (excelentes y valientes príncipes) se reemplazó por P. Septimio L. fil. Getae nob (ilissimo) Caesari, es decir dedicado a Geta, el otro hijo del emperador, asesinado por Caracalla tras la muerte de su padre y cuyo nombre se borró de todos los monumentos públicos.

El ático, cuya estructura es hueca y solo cuenta con una bóveda de hormigón para sostener el techo, estuvo coronado, como testimonian las monedas que reproducen el arco, por una serie de estatuas de bronce. En el centro se hallaba un carro triunfal tirado por seis caballos y conducido por el emperador acompañado de sus hijos. A los lados estaban unos soldados a pie y de caballería en cada una de las esquinas. Las ocho columnas exentas, de orden compuesto, que enmarcan los arcos, se levantan sobre altos plintos, decorados con bajorrelieves que representan a soldados romanos escoltando a los partos cautivos.

La decoración comprende las figuras de victorias aladas y los genios de las estaciones, en los triángulos que enmarcan el arco central, y de las personificaciones de las divinidades fluviales en los laterales, coronados por un estrecho friso en el que aparece el cortejo triunfal con el botín y los prisioneros cautivos. En las claves de los arcos están representados Marte, el dios de la guerra, en el central, y otras divinidades menores en los laterales, entre las que se reconoce a Hércules.

Los cuatro paneles de 3,92 m. × 4,72 m., situados sobre los arcos laterales, representan como ya se ha dicho los principales episodios de las dos campañas contra los partos. La lectura iconográfica de las

escenas debe hacerse de abajo hacia arriba.

Comenzando por el panel de la izquierda de la fachada que da al Foro, puede verse, en la zona inferior, al ejército saliendo del campamento; en la zona media, una batalla; en la zona superior: a Septimio Severo arengando a las tropas y la liberación de Nisibis. En el panel de la derecha, en la zona inferior aparece la maquinaria de asedio ante la ciudad de Edesa que se rinde; en la zona media a los pueblos sometidos por Septimio Severo; en la zona superior, un consejo de guerra en un campamento fortificado y el inicio de una nueva contienda.

En los relieves del lado del Capitolio, las escenas representadas son: en el panel izquierdo, en la mitad inferior, el ataque a la ciudad de Seleucia, en el Tigris, y derrota de los partos; mitad superior, la caída de la ciudad sitiada y sumisión del enemigo; panel derecho, mitad inferior, el sitio de Ctesifonte; mitad superior, el emperador se dirige a sus tropas ante la ciudad tomada. El estilo de estos relieves guarda gran similitud con el de la columna de Marco Aurelio, apreciándose la insistencia de los recursos efectistas del claroscuro, logrado con el empleo del trépano o terebra y el olvido de los modelos escultóricos clásicos vigentes hasta la época de Trajano y de Adriano. Con el advenimiento de los Severos surgieron formas de expresión distintas, consecuencia de la exigencia de la rápida ejecución de las obras públicas y la falta de mano de obra especializada.

Este magnífico fornix convertido en fortaleza en la Edad Media y utilizado en diversos usos ajenos a su inicial proyecto, ha sufrido graves deterioros en el transcurso del tiempo infringidos por manos humanas, aparte de los producidos por la contaminación atmosférica.

Basa del monumento de las Decennalia de Diocleciano

En el año 303, Diocleciano visitó Roma y con tal motivo mandó alzar un importante monumento conmemorativo en el Foro romano, en un lugar próximo a los Rostra para celebrar sus Vicennalia, es decir sus veinte años de feliz gobierno, ya que él había subido al

poder en el 283, al tiempo que las Decennalia o década de la instauración de la Tetrarquia que, según él se vanagloriaba, había supuesto un período de paz y prosperidad (felicitas temporum), dada la concordia y colaboración que habían mostrado los tetrarcas.

Dicho monumento se componía de cinco columnas monumentales erigidas sobre basamentos cuadrados, ornados con relieves y rótulos alusivos a su dedicación. La central y de mayor altura estaba coronada por la estatua de Júpiter y las otras por las de los cuatro corregentes. A la derecha e izquierda del dios de dioses estaban las de los dos augustos, Diocleciano y Galerio, y en los extremos, las de los césares, Maximiano y Constancio Chloro.

De tan importante conjunto arquitectónico, del que puede verse una imagen en uno de los relieves del arco de Constantino, concretamente en el del lado norte, en el que se ve al emperador pronunciando una oratio desde los Rostra del Foro, solo queda una de las basas, al parecer la correspondiente a la columna de Constancio, decorada con relieves en sus cuatro lados. Asolado y arruinado en el Medievo, no se tuvo conocimiento de su existencia hasta el siglo XVI que fue cuando empezaron a recogerse fragmentos pertenecientes al mismo.

En la citada basa puede verse, en una de sus caras, al emperador en el momento de realizar una libación sobre un ara, mientras una Victoria y un personaje togado, representación del Genius Senatus, coronan su cabeza. A la derecha aparece una figura femenina sedente, representación de la Dea Roma, y tras ella se muestra la faz radiada de Helios, el dios sincrético que recibió culto en Roma a partir de su introducción por el emperador Aureliano; a la izquierda se ve al flamen Martialis, tocado con el galerus coronado por el apex, al dios Marte, y a dos camilli (acólitos) , uno tocando el doble aulós y el otro llevando una acerra (caja de incienso). Completa la escena otro personaje barbado de discutida filiación.

En los otros lados se ven, en uno una procesión senatorial, muestra de la asistencia de los próceres de la ciudad a tan solemne acto; en el otro una escena de sacrificio suovetaurilico; y en el cuarto a dos Victorias llevando un escudo en el que figura la siguiente inscripción: Caesarum decennalia feliciter.

Los relieves muestran una innegable pérdida de calidad en su ejecución con respecto a épocas pasadas. Se caracterizan por la incisión lineal con la que se remarcan los contornos de las figuras y acusan la premura de su factura, lo que fue frecuente en esa época en la que prevaleció lo monumental y propagandístico sobre el refinamiento de los acabados.

El Equus Constantini

En 1872 fue descubierta la basa de una estatua ecuestre, a medio camino entre el templo de César y la columna de Focas. Al principio se pensó que era el Equus Domitiani, pero posteriormente fue identificada como el Equus Constantini atendiendo a las basas que se citan en el Itinerario de Einsiedeln y el Catálogo Regional. Según la inscripción, copiada por el anónimo de Einsiedeln, fue dedicada en 352–353 d.C., por el Senado y el pueblo a Constantino II.

La Columna de Focas

Esta columna, que aún se yergue frente a los Rostra, es el último monumento erigido en el Foro, en el siglo VII d.C. Es de mármol de Proconeso, de orden corintio y fuste acanalado. Mide 14,8 m. de altura y se alza sobre un plinto de bloques de mármol y un basamento de ladrillo de varios peldaños marmóreos, con lo que el monumento alcanza la altura total de 22,2 m. Lo más probable es que esta columna perteneciera a un edificio antiguo y que se aprovechara para la ocasión, como ya se solía hacer por esas fechas. El capitel corintio responde a los prototipos más frecuentes utilizados a mediados del siglo II d.C.

La parte de la escalinata que falta se destruyó en las excavaciones de 1955, cuando se extrajo la inscripción de Surdinus, de letras de bronce y 13 m. de longitud, que se hallaba sobre el pavimento de travertino de época augústea. Sabemos que este personaje Lucius Naevius Surdinus fue el pretor urbano que estuvo al cargo de la ceca varias veces entre los años 23 y 9 a.C. Con dicha inscripción se conmemoraba la nueva pavimentación de esta área, donde antes se

encontraba un viejo anfiteatro dedicado a los juegos gladiatorios. Dicha reforma debió de llevarse a cabo tras el incendio del 14 a.C.

La inscripción que figura en el lado norte del plinto nos informa de que esta columna fue dedicada por el exarca de Italia Smaragdus, en el 608 d.C., al emperador bizantino Focas, colocando sobre ella una estatua de bronce dorado de este mismo personaje. En realidad, hasta que en 1816, a instancias de lady Elizabeth Forster, viuda del quinto duque de Devonshire, se excavó esta zona, dejando a la vista su pedestal, nadie sabía a quien estaba dedicada.

Dicha inscripción nos proporciona los siguientes datos:

OPTIMO CLEMENTISS[IMO PIISSI] MOQUE /PRINCIPI DOMINO N(OSTRO)/ F[OCAE IMPERAT] ORI / PERPETUO A D(E) O CORONATO, [T]RIUMPHATORI / SEMPER AUGUSTO / SMARAGDUS EX PRAEPOS(SITO) SACRII PALATI /AC PATRICIUS ET EXARCHUS ITALIAE / DEVOTUS EIUS CLEMENTIAE / PRO INNUMERALIBUS PIETATIS EIUS BENEFICIIS ET PRO QUIETE / PROCURATA ITAL(IAE) AC CONSERVATA LIBERTATE / HANC STA[TUAM MAIESTA] ATIS EIUS / AURI SPLEND [DORE FULGE] NTEM HUIC / SUBLIMI COLU[M]NA [E AD] PERENNEM / IPSIUS GLORIAM IMPOSUIT AC DEDICAVIT / DIE PRIMA MENSIS AUGUSTI INDICT(IONE) UND(ECIMA) / P(OST) C(ONSULATUM) PIETATIS EIUS ANNO QUINTO.

Al óptimo, muy clemente, muy pío príncipe nuestro señor Focas, supremo emperador a perpetuidad, coronado por Dios, triunfador, siempre Augusto. Smaragdus, antes prepósito en el Palatino, patricio y exarca de Italia, devoto a su clemencia por los innumerables beneficios de su piedad, la paz traída a Italia y a la libertad preservada, erigió esta brillante estatua de su majestad en lo alto de esta sublime columna para su perenne gloria, el 1 de agosto del 608.

En realidad, Flavio Nicéforo Focas Augusto, emperador del Imperio romano de Oriente entre el 602 y el 610, se hizo célebre por su crueldad, ya que había subido al trono tras asesinar a su predecesor Mauricio y a sus hijos que fueron asimismo asesinados ante sus ojos. Pese a ello, se granjeó la estima de Roma al donar al Papa Bonifacio IV el Panteón en el 608. Al año siguiente fue transformado en una iglesia dedicada a los Santos Mártires, tras haber sido trasladados a ella los restos de los cristianos que habían sufrido martirio y cuyos cadáveres se encontraban en las catacumbas. A esta dedicatoria se añadió en la Edad Media la de la Virgen María, por lo que el templo pasó a llamarse «Santa María ad Martyres».

Eran tiempos en los que los bizantinos dominaban la ciudad de Roma, aunque el papa era la figura más respetada de la ciudad. Con el gesto de la citada donación Focas se granjeó la amistad del pontífice y la de Smaragdus, el exarca de Rávena, al que rescató de un largo exilio y repuso en el poder. Él fue quien agradecido levantó la columna con la estatua de Focas, según consta en la inscripción.

El final de este emperador, famoso por la citada columna, fue cruel. Su sucesor, Heraclio, le decapitó personalmente, mutiló su cuerpo, lo exhibió por la ciudad y lo quemó después.

La Columna Rostrata de Gaius Duilius

Cerca de los Rostra se alzaba la columna rostrata de Cayo Duilio, erigida tras la primera victoria naval de los romanos sobre los cartaginenses, que tuvo lugar en Milazzo (Mylae) en el 260 a.C., en la primera guerra púnica (264–241 a.C.). Al regreso del vencedor y tras celebrarse su triunfo, se alzó en el Foro una columna conmemorativa decorada con las proas de las naves enemigas Según los Fastos Capitolinos, Duilio fue cónsul en el 260 y dictador en el 231 a.C.

El monumento fue rehecho en tiempos de Augusto y la basa de mármol, con la copia exacta de la antigua inscripción, fue descubierta en el siglo XVI en lugar próximo al Arco de Septimio Severo. En la actualidad, se encuentra expuesta en el «Museo Nuovo

Capitolino».

El Templo de Saturno

Uno de los templos más antiguos y venerados de Roma, hasta el punto de que en él se custodió el erario público a lo largo del tiempo. La fecha de su fundación se ha fijado en el 497 a.C., al igual que el altar que le precedía y que más tarde se trasladó al punto que aparece en la Forma Urbis Severiana, plano oficial de la ciudad.

La restauración del edificio se llevó a cabo en tiempos del edil Lucio Munacio Planco, que costeó su construcción en el 43 a.C., con el botín de su victoria alpina. De esta época es el gran podio revestido de travertino, que mide 40 m. de longitud, 22,5 m. de ancho y 9 m. de alto, tal y como se conserva en la actualidad.

Una segunda restauración se realizó entre los años 360–380 d.C., tras haber sufrido los efectos del fuego, probablemente en el incendio de Carino en el 283 a.C, como se hace constar en la inscripción del arquitrabe:

SENATUS POPULUSQUE ROMANUS / INCENDIO CONSUMPTUM RESTITUIT

Destruido por un incendio, restaurado por el Senado y el pueblo romano

De esta fecha son las seis columnas de granito gris de la fachada, las dos de granito rojo de los lados, y el frontón, realizado casi todo con bloques pertenecientes a edificios más antiguos. Gran cantidad del material utilizado pertenecía a la restauración del 43 a.C. Las columnas mismas no concuerdan a veces con sus basas, distintas unas de otras, aunque todas aparecen coronadas con capiteles iguales de estilo jónico, esculpidos en mármol blanco. Los fustes son

todos de granito egipcio: los seis de frente de color gris y los dos laterales de tonalidad rosácea, lo que demuestra que procedían de diferentes lugares. Por lo tanto puede considerarse a este edificio como un producto de los llamados spolia, es decir de los desmantelamientos que se hicieron de los monumentos viejos para construir nuevos sin poner excesiva atención en el ensamblaje de los materiales así reunidos.

El basamento de travertino estaba dividido por una escalera de acceso al templo. La escalinata ha desaparecido y solo se conserva una parte de las bovedillas que la sostenía en un punto donde se piensa que pudo albergarse la tesorería. En el mismo lado, varios orificios dispuestos regularmente revelan la presencia de un panel rectangular en el que debían anunciarse los actos públicos y exhibirse los documentos relativos al Erario.

La primera construcción de este templo tuvo lugar en un momento de carestías y de epidemias que se sucedieron a raíz de la profunda crisis económica que se produjo tras la caída de la monarquía, por lo que se dedicó a uno de los dioses más antiguos y venerados por el pueblo romano, Saturno. Este dios, antes de su identificación con Crono, era venerado por su facultad de alejar de la ciudad las enfermedades y calamidades, lua Saturni (el verbo luo, significaba expiar, liberar)[27].

Según la tradición, había llegado a tierras itálicas desde Grecia en época muy remota, instalándose en el Capitolio donde fundó un poblado fortificado al que dio el nombre de Saturnia. Como muestra de su venerabilidad hay que recordar que a Italia se la conoció, primero, como Tellus Saturnia, divinidad prolífica que aparece en uno de los relieves del Ara Pacis. Acogido por Jano, otro dios vernáculo, dio el nombre al Lacio porque en dicho territorio se había ocultado (latuerat) al ser destronado por Júpiter. Considerado como un dios civilizador, se decía que bajo su gobierno se sucedieron años de gran prosperidad, los llamados Saturnia regna identificados con la Edad de Oro de la humanidad, de la que, como ya hemos dicho, al recordar los mitos y leyendas de Roma, han hablado todos los mitógrafos y conocedores del mundo clásico.

En la cella del templo se custodiaba la estatua del dios que presidía las procesiones en los ritos triunfales. Se le representaba como un

dios barbado, con túnica y la cabeza velada; con una hoz en la mano y los pies unidos con cintas de lana, para que no huyera. Su festividad, las Saturnalia, se celebraba el 17 de diciembre, en fechas próximas al solsticio de invierno. Eran fiestas en las que reinaba el regocijo y en las que los familiares y amigos se intercambiaban regalos. Los esclavos gozaban de una gran libertad y hasta se les permitía embromar a sus amos y hacerse servir por ellos. Los pies del dios se liberaban de sus ataduras en tal ocasión.

El Pórtico de los Dei Consentes

Cerca del Tabularium, al sur del templo de Vespasiano y Tito, se descubrió en 1834, en un área elevada con respecto al nivel del suelo, un edificio de ladrillo compuesto por dos cuerpos que se unían en ángulo abierto y delante del cual se encontraban los restos de un pórtico compuesto por 12 columnas de mármol verde, veteado, de Carystos y capiteles corintios, que fueron restauradas y colocadas en su lugar originario en la reconstrucción llevada a cabo en 1858.

Tras dicho pórtico había ocho salas contiguas. En seis de ellas es probable que se expusieras, por parejas, las estatuas de bronce dorado de los doce dei consentes («consejeros») del panteón romano, adaptación de las doce máximas divinidades griegas (dodekatheon), seis dioses y seis diosas, de las que nos habla Varrón, informándonos de que se encontraban en el Foro. Dichas divinidades eran: Juno, Vesta, Minerva, Ceres, Diana y Venus; Júpiter, Neptuno, Vulcano, Marte, Mercurio y Apolo[28].

Este singular monumento debió de erigirse en época flavia, aunque la inscripción sobre el arquitrabe del pórtico recuerda que tanto las estatuas de los Dei Consentes, como el edificio que las contenía, habían sido restaurados por Vetius Agorius Pretextatus, prefecto de la ciudad en 367 d.C., lo que le convierte en uno de los últimos testimonios del renacimiento pagano del siglo IV, obra de un personaje que estaba en contra del cristianismo entonces pujante.

Templo de Vespasiano y Tito

La construcción de este templo fue iniciada por Vespasiano y terminada por Domiciano. En su arquitrabe se conserva una inscripción mutilada que se corresponde por la citada, íntegramente, en el Anónimo Einsiedeln[29], cuando aún estaba intacta:

DIVO VESPASIANO AUGUSTO S.P.Q.R / IMPP. CAAESS. SEVERUS ET ANTONINUS PII FELICES AUGG. RESTITUER.

En ella que se hace constar que dicho templo fue dedicado por el Senado a Vespasiano divinizado, tras su muerte en el 79 d.C. y a su hijo, fallecido dos años después. La inscripción menciona, también, una restauración llevada a cabo por Septimio Severo y Caracalla a principios del siglo III.

Se levantó en el lado oriental del Tabularium, junto al templo de la Concordia, con el que ocupa el testero del Foro. De él solo se conservan tres columnas del pronaos, corintias, de mármol blanco italiano y de 14,2 m. de altura. Sobre ellas corría un entablamento con un sorprendente friso de bucráneos y representaciones de los instrumentos empleados en los sacrificios: galeros sacerdotales, hachas, cuchillos pateras, jarras, etc.

El templo, próstilo, hexástilo, tenía seis columnas en el frente y dos a los lados. La falta de espacio para su construcción se acusa en sus medidas (22×33 m.), así como en el singular trazado de la escalinata, encerrada entre las columnas del pronaos. El podio o basamento y las gradas de la escalinata fueron consolidados en 1811, por el arqueólogo Valadier.

En su interior, la cella tenía columnas adosadas a las paredes longitudinales internas y, al fondo de la misma, se hallaban los zócalos que sostenían las estatuas de los dos emperadores.

Templo de la Concordia Augusta

Es uno de los primeros templos romanos erigidos en honor a la personificación de un concepto abstracto, pero de particular importancia para la historia civil de la ciudad. Fue construido, según la tradición, por Marco Furio Camilo, adalid del partido aristocrático, en el año 367 a.C., para conmemorar la paz entre patricios y plebeyos tras la promulgación de las Leges Liciniae-Sextiae (Leyes Licinias-Sextias). Con dichas leyes, promovidas por Cayo Licinio y Lucio Sexto, se reconocía la igualdad derechos políticos para ambas clases sociales, por lo que fue difícil su proceso de aprobación, conseguida finalmente gracias a la mediación del dictador Camilo.

Más tarde, en el 121 a.C. se procedió a una restauración del templo y a la colocación de una nueva dedicatoria a la Concordia, por parte del cónsul patricio Lucio Opimio, tras el asesinato de Cayo Graco y el de sus seguidores. En este caso se celebraba la victoria de la aristocracia sobre las pretensiones democráticas de este famoso reformador[30]. Dicho templo, cuyo podio se ha identificado dentro de la estructura del de época posterior, era un períptero sine postico, es decir, sin columnata en su parte zaguera, de planta rectangular de 41×30 m. Al mismo tiempo, Opimio construyó junto a este templo una basílica a la que dio su nombre, en el solar que luego ocuparía el templo de Vespasiano y Tito.

Entre los años 7 y 10 a.C., Tiberio reconstruyó completamente el templo, destruido por el fuego, consagrándolo esta vez a la Concordia augústea. De esta época son los restos llegados a nuestros días, gracias a los cuales se aprecia que se cambió por completo la estructura del viejo edificio. La cella, mucho más ancha que larga, caso insólito en los templos romanos, se dispuso transversalmente con respecto al pronaos, de forma que la entrada principal se encontraba en lado mayor.

Tal y como se aprecia en las monedas de la época, se accedía al pórtico hexástilo, de columnas corintias, por una escalinata, a cuyos lados se encontraban las estatuas de Hércules y la de Mercurio, garantes de la seguridad y de la paz de los nuevos tiempos. En el umbral, incrustado en bronce había un caduceo, símbolo de Mercurio y de la paz que ofrecía. En la cúspide del frontón se

erguían las figuras de tres diosas, con los brazos unidos, semejantes a la Tres Gracias[31] y que en este caso se ha supuesto que representarían a la Concordia, a la Paz y a la Salud. Sin embargo, teniendo en cuenta que este templo se convirtió en un importante museo de esculturas y pinturas helenísticas, algunas pertenecientes a la colección privada de Livia, no sería de extrañar que las tres citadas esculturas fueran las de las Tres Gracias a quienes se las atribuían toda clase de influencias sobre los trabajos del espíritu y de las obras de arte. Junto a ellas se erguían dos figuras masculinas con armadura y lanza, representando, tal vez, a Tiberio y a su hermano Druso a quienes se había dedicado el templo, ya que su construcción se había costeado con el botín obtenido en la victoria militar sobre Germania en el año 7 a.C., lo que justificaba la aparición de la figura de la Victoria en sus extremos.

Todavía se conserva in situ el podio y el umbral de la cella de 43×23 m., en cuyo testero se encontraba la estatua de Vesta (la Hestia griega) que Tiberio había traído de Paros. Este edificio se utilizó, a veces, para reuniones del Senado, tanto en época republicana como imperial. Aquí fue condenado a muerte el prefecto del pretorio Sejano en el 31 d.C., acusado de conspirar contra Tiberio.

La Cárcel Mamertina (Tullianum)

Debajo de la iglesia del siglo XVI, conocida con el nombre de San José de los Carpinteros («San Giuseppe dei Falignami») y situada en las laderas del Capitolio, al norte del Templo de la Concordia, seencuentra la que fue la más conocida prisión de Roma y que, en la Edad Media, recibió el nombre de «Cárcel Mamertina». Solo una parte de la misma ha llegado hasta nuestros días y es la que corresponde a la sórdida mazmorra que en las fuentes clásicas se la denominaba Tullianum, ya que, según la leyenda, se atribuía su construcción al rey Servio Tulio. En realidad, era una gran cisterna con acceso a la Cloaca Máxima, de la época en la que la ciudad fue gobernada por reyes etruscos y lo más probable es que su nombre provenga de la palabra tullus, es decir brote de agua o manantial.

Fue una construcción subterránea, en forma de tholos, formada por hiladas horizontales de sillares de tufo cubierta por una falsa bóveda. Su estado actual es el resultado de la mutilación de dicha bóveda cuando se decidió convertirla en prisión (Carcer Tullianus). Su techo, primero fue de madera y, después, de piedra. Sobre este último se construyó una cámara superior, en forma de un cuadrilátero irregular, donde hoy se encuentra la capilla de «San Pietro in Carcere», con un simple altar, presidido por las efigies de ambos apóstoles, y en el que se ve la cruz boca abajo para recordar que San Pedro pidió ser crucificado en dicha posición. Esta capilla, restaurada y convertida en centro de meditación espiritual, es en uno de los lugares más visitados por los peregrinos cristianos.

La fachada de travertino, que oculta una más antigua de toba, se remonta al consulado de Cayo Vibio Rufino y Marco Coceio Nerva (entre 39 y 42 d.C.), tal y como nos indica la inscripción que en ella aparece. Por una entrada moderna se accede a un recinto trapezoidal edificado con bloques de toba, de mediados del siglo II a.C. Atravesando una puerta, hoy tapiada, se accedía a las galerías que se abrían al pie del Capitolio, llamadas latomías (lautumiae) por ser las canteras de toba donde trabajaban losesclavos condenados a la extracción de dicha piedra.

En el pavimento de la cámara superior se abría un agujero que era el único acceso a la inferior y a lacual ahora se accede por una escalera moderna dispuesta a tal fin. Este recinto, de planta circular, era la parte más inhóspita y sórdida de la prisión, ya que sus paredes rezumaban, en un fluir continuo, el agua que se abría paso a través de las filtraciones existentes, como todavía sucede en la actualidad.

En este lóbrego ambiente eran torturados y asesinados, generalmente por estrangulación, los condenados a muerte y los enemigos del Estado, entre los que se cuentan personajes tan famosos como Yugurta, Vercingetorix; los partidarios de Cayo Graco, los de Catilina, Sejano y sus hijos, etc.

La tradición cristina sostenía que en esta cárcel estuvieron prisioneros San Pedro y San Pablo. El primero hizo que un manantial brotara de la celda, bautizando con su agua a los

dos guardias de la prisión, Martiniano y Proceso que, más tarde sufrieron martirio, siendo condenados a la hoguera.

Salustio (Cat. XXXV, 3) describió el Tullianum con estas palabras:

En el Carcer hay un lugar que se llama el Tullianum. Se halla a unos doce pies de profundidad bajo el nivel del suelo. Está ceñido en todas partes por gruesas murallas. Se cubre con bloques de piedra que se van juntando en bóveda. La suciedad, las tinieblas y su olor nauseabundo hacen de él un lugar repugnante y horrible.

El nombre de prisión Mamertina es medieval. Se le ha relacionado con un templo de Marte que se encontraba cerca y con Martiniano, uno de los guardianes de san Pedro. Lo más probable es que derive del nombre del propietario de estos terrenos, Claudio Mamertino, conocido comandante militar del siglo IV d.C.

La Basílica Emilia

Es la única basílica de época republicana que ha llegado hasta nuestros días, ya que de las anteriores, las ya citadas Sempronia, Opima y Porcia, no quedan huellas. Fue fundada en el año 179 a.C. por los censores M. Fulvio Nobilior y M. Emilio Lépido, recibiendo, en consecuencia, el nombre de Basilica Emilia y Fulvia. La Gens Aemilia se ocupó, siempre, de su mantenimiento, llevando a cabo varias modificaciones a lo largo de los siglos. Así, M. Emilio Lépido, cónsul en el 78 a.C., financió su primera restauración, decorando la planta inferior con una serie de escudos dorados en los que aparecían las efigies de sus antepasados.

Sin embargo, en el 55 a.C. el edil Lucio Emilio Paulo, hermano del triunviro Lépido, construyó una nueva basílica sobre el solar de la antigua, de la que apenas quedan huellas. Destruida por un incendio, unos veinte años más tarde, fue reconstruida por su hijo Lucio Emilio Lépido Paulo en el 34 a.C., año de su consulado. En este momento, la basílica adquirió su forma canónica. En el 14 a.C. sufrió de nuevo los estragos del fuego y volvió a ser reedificada por el mismo Lucio Emilio Lépido Paulo, aunque las obras fueran costeadas en parte ya por Augusto. Fue entonces cuando se decoró el pórtico y la cella.

La línea de tiendas que flanquearon uno de los lados largos de la basílica, llamadas tabernae novae, se dispusieron sobre las tabernae veteres, consumidas por las llamas. El conjunto se transformó en un gran pórtico de dos alturas con lo que se le confirió una especial suntuosidad a uno de los accesos del edificio. Este pórtico fue probablemente dedicado en el año 2 a.C. a los nietos de Augusto Gayo y Lucio César, por entonces sus únicos herederos. La última restauración, de este magnífico edificio, se efectuó tras el incendio del 410 d.C., causado en el transcurso de la invasión de los visigodos de Alarico.

La basílica es un edificio de probable origen helenístico-oriental cuyo modelo se introdujo en Roma en tiempos de la segunda guerra púnica. Sus antecedentes hay que buscarlos en edificios de carácter suntuoso y regio tales como la stoa basileos del Ágora de Atenas. En el ámbito romano estos grandes espacios cubiertos se utilizaron

para múltiples funciones de carácter público, relacionadas con las actividades políticas, económicas y judiciales que, en los viejos tiempos se habían desarrollado en el del Foro. Al hacer su aparición este tipo de ambientes monumentales pasaron a cobijar tales actividades en los días de frió y lluvia, desempeñando más tarde los cometidos que se les asignaron por derecho propio.

La Basílica Emilia consta de una gran aula (70 × 29 m.), dividida en naves por hileras de columnas: la central, con una longitud de casi 12 m., estaba flanqueada por una más pequeña al sur y otras dos al norte. Se conservan restos del piso solado con mármoles policromos. El edificio estaba precedido, en el lado de la plaza del Foro, por el pórtico de dos pisos, con 16 arcos sobre pilastras al que ya nos hemos referido. Las tres columnas que aún hoy se mantienen erguidas son de la época de la reconstrucción efectuada en el 410 d.C., tras el incendio sufrido por la invasión de los bárbaros.

El Santuario de Venus Cloacina

Frente a la Basílica Emilia quedan restos de un basamento circular de mármol perteneciente a un pequeño santuario a cielo abierto. Su representación en las monedas, coronado por dos efigies femeninas, permite suponer que en él se veneraba en un principio a Cloacina, divinidad encargada de proteger y de purificar las aguas de la Cloaca Máxima, y a Venus con la que llegó a identificarse, hasta el punto de producirse la superposición de ambas diosas, con el predominio nominal de la segunda sobre la primera. Se hallaba ubicado en el lugar por el que entraba en el Foro la citada cloaca y en el cual se habían desarrollado además dos míticos episodios de la historia de la ciudad. Uno era la purificación con ramas de mirto del ejército romano y sabino, una vez resuelto el problema del rapto de las sabinas; y el otro la muerte de Virginia, una bella doncella, a manos de su propio padre para evitar el acoso del lascivo decenviro Apio Claudio.

El Templo de Jano (Ianus)

Se levantaba cerca de la Basílica Emilia, sobre la vía del llamado Argiletum, en el punto en que desembocaba en el Foro. Al parecer, allí se levantó un simple arco de doble puerta que se tenía por el más antiguo santuario consagrado a esta divinidad, Su estatua bifronte se hallaba colocada en el centro de su pasaje. De dicho monumento no han quedado vestigios materiales, pero podemos imaginar su aspecto por las representaciones que del mismo se encuentran en monedas de tiempos de Nerón. Se sabe que sus puertas permanecían cerradas en tiempo de paz y abiertas en caso de guerra. Según Servio, el comentarista de Virgilio, el edificio habría sido destruido bajo Domiciano y sustituido por un arco cuadrifonte erigido en el centro del vecino Foro Transitorio, circunstancia que explicaría su total desaparición.

La Basílica Iulia

La Basílica Iulia debe su nombre a Julio César, quien inició las obras en el 54 a.C., al mismo tiempo que acometía la restauración de la Basílica Emilia y la construcción de su nuevo Foro. Se alzó sobre el solar de la antigua Basílica Sempronia, levantada en 169 a.C. por Tiberio Sempronio Graco, padre de los tribunos de la plebe Tiberio y Cayo, quien para edificarla había ordenado la demolición de la casa de Escipión el africano y de algunas tiendas anejas (tabernae veteres).

Terminada por Augusto, sufrió serios daños en el incendio del año 14 a.C., por lo que fue reconstruida por el propio emperador y dedicada a sus nietos e hijos adoptivos Cayo y Lucio, nacidos del matrimonio de su hija Julia y su compañero de armas Agripa, aunque siempre fue conocida con el nombre de su fundador.

El incendio de Carino del 283 d.C. volvió a causarle graves destrozos por lo que tuvo que ser restaurada por Diocleciano a comienzos del siglo III. Más tarde, durante el saqueo de Alarico, en el 410, fue objeto de una parcial destrucción y de nuevo fue reconstruida en el 416 por el prefecto de la ciudad, Gabinio Vetio Probiano, quien trasladó algunos bronces griegos a su interior, entre los cuales había algunos que se atribuían a artistas de primera fila, como nos transmiten las fuentes escritas.

Esta basílica que se encontraba entre el Vicus Iugarius al oeste y el Vicus Tuscus al este, era la sede del tribunal de los centumviri, encargado principalmente de los litigios privados y, en especial de los referentes a las herencias y tutelas, aparte de servir como lugar de reunión y encuentro para quienes frecuentaban el Foro. El edificio, de grandes dimensiones (101 × 49 m.), tenía una gran nave central (82 × 18 m.) en torno a la cual había otras cuatro menores que funcionaban como pasillos laterales. Eran espacios abovedados, de dos pisos y con arcos enmarcados por columnas. El aula central estaba solada con mármoles prolícromos y solía estar dividida en cuatro partes por medio de paneles de madera o cortinajes, con el fin de posibilitar la actividad simultánea de cuatro tribunales. En la actualidad, del edificio se conserva solo el podio con sus peldaños, mientras que las pilastras de ladrillos son una integración moderna. Aún permanecen en su lugar original algunas bases de estatuas con inscripciones, tres de las cuales citan como autores de las obras que sustentaban a Policleto, Praxíteles y Timarco. En los peldaños y en el pavimento del pórtico se perciben aún tableros de juegos (tabulae lusoriae) grabados en el mármol; también se observan varios dibujos esgrafiados en el suelo de algunas de las estatuas que se hallaban en las cercanías. Todo ello demuestra el modo que tenían quienes acudían a los tribunales de distraer sus esperas.

Los locales externos de la parte lateral zaguera, aún sin excavar en su totalidad, se ha supuesto que debieron de estar ocupados por los secretarios de los tribunales, escribanos, administrativos y cambistas, los nummulari de la basílica (CIL VI 9709). En esta zona trasera se encontraba el Graecostadium, un posible mercado de esclavos griegos y el templo del Divino Augusto que se alzó sobre el solar de la primera casa que había ocupado el emperador antes de dedicarse a la vida pública. Fue decretada su construcción por el Senado a raíz de su muerte, en el 14 d.C., aunque no se terminaría hasta el año 37. Más tarde, fue destruido por el fuego, siendo reedificado por Domiciano en la década de los 80–90 y restaurado, de nuevo, por Antonino Pío en el 150.

Las excavaciones efectuadas en el interior del edificio han sacado a la luz algunas ruinas de la Basílica Sempronia, por debajo de la cual se descubrió el impluvio de la que debió de ser la casa de Escipión el africano.

La estatua de Marsias y los tres «alberi sacri»

En el área del llamado «tramo central del Foro» y en lugar próximo al Lacus Curtius, en una zona no pavimentada, se encontraba la estatua de Marsias y tres árboles tenidos por sagrados: una higuera, un olivo y una vid.

El citado Marsias debía ser una escultura exenta, probablemente de bronce, perteneciente a una fuente helenística presidida por a este viejo sileno frigio, al que se le atribuía la invención de la flauta, mientra que se decía que Pan lo fue de la siringa.

Conocido es su disputa con Apolo, por la supremacía de la calidad de la música emitida por la flauta, frente a la de la de la lira del dios. Vencido, recibió el cruel castigo que mereció su osadía por lo que fue condenado a ser desollado vivo por el esclavo escita. Por esta razón la mayoría de sus representaciones iconográficas se corresponde con este momento. Sin embargo, aquí aparecía como un viejo paposileno con un grillete en uno de sus tobillos, razón por la cual se convirtió en centro de reunión de libertos y esclavos que realizaban en torno a esta efigie, sus transacciones y chapicheos.

Junto a él se alzaban tres árboles tenidos por sagrados: una higuera (se decía que era el ficus ruminalis que retuvo el canastillo en el que abandonaron a Rómulo y Remo), un olivo y una vid, símbolos de la economía romana. La imagen de Marsias y uno de los árboles, posiblemente la higuera, aparecen representados en los anaglipha Traiani, que se conservan en el interior de la Curia, ya que las escenas que en ellos se desarrollaron tuvieron como escenario el Forum Magnum.

Dichos árboles, venerados de siempre por los romanos, han vuelto a plantarse, hace unos años, en el lugar en que se supone que estuvieron los originarios.

El Lacus Curtius

Los dos graves incendios que afectaron al Foro en el 14 y en el 9 a.C., a los que nos venimos refiriendo obligaron no solo a la restauración de numerosos monumentos, tales como la Basílica Emilia, la Iulia, el templo de los Dióscuros y el de Vesta, sino también a una nueva pavimentación de su área central. La fecha del nuevo solado se ha podido datar gracias a la inscripción, ya citada, en la que se menciona a L. Naevius Surdinus, pretor ca. 9 a.C, hallada junto a la columna de Focas.

En las cercanías de esta inscripción se encuentra una zona empedrada, de forma irregular y hundida respecto del pavimento más reciente, donde se ha conservado un tramo de enlosado de travertino de época cesariana e incluso, donde esta falta, restos de uno aún más antiguo, de toba. En el lado oriental hay un área trapezoidal de cappellaccio (toba grisácea de baja calidad), en medio de la cual hay un basamento circular, abierto en el centro y que debe identificarse con un antiguo pozo ritual. Más al este hay dos probables basamentos donde debieron de alzarse sendos altares de forma rectangular. Tales restos se han identificado con el Lacus Curtius, un vernáculo y sagrado lugar, acerca de cuyo origen se tejieron diversas leyendas.

En el lacus, término que indica la naturaleza del lugar (tal vez un estanque pantanoso) recibía el nombre de Curtius, porque según una de las versiones alusivas a su origen, en el él se había caído el sabino Mettius Curtius luchando con Rómulo. Según otra, el caído en el lago había sido Caius Curtius, cónsul en el 445 a.C., al ser herido por un rayo. Sin embargo, la leyenda más generalizada y la llamada a perpetuarse fue la que aseguraba que había sido el joven Marcus Curtius quien, durante la guerra entre romanos y sabinos, se había arrojado a la profunda sima que allí se abría en beneficio de la patria, ya que esta, según los designios oraculares, solo podía cerrarse con el sacrificio de lo más preciado que tenía Roma: un joven armado y montado en su caballo.

El relieve de época republicana, hallado en 1553, en que se representaba el momento de dicha inmolación debía de pertenecer al monumento que aquí se alzó en su día. Una réplica del mismo señala hoy tan emblemático lugar, mientras que el original se encuentra en Museo del Palacio de los Conservadores.

En tiempos de Augusto ya estaba generalizada la costumbre de echar monedas en el pequeño lago que aún se abría en dicho punto del Foro. Esta costumbre aún pervive en muchos monumentos antiguos en los que fluye el agua, como sucede en la bella fontana de Trevi. Junto al Lacus fue asesinado, en 69 d.C., el emperador Galba.

Vestigios del Equus Domitiani

Los vestigios de lo que debió de ser la famosa estatua ecuestre de Domiciano se han localizado al Este del área del Lacus Curtius. En dicho punto hay una cavidad rectangular (1 m. de profundidad y 8 m. de anchura) que gracias a la descripción de Estacio se ha identificado con el hueco que ocupó el basamento de dicha estatua, cuyo pedestal debió de medir 6×12 m.

Domiciano se hizo levantar esta colosal estatua ecuestre en la mitad del Foro, frente al templo del Divino César y entre las dos basílicas en el año 91 para celebrar sus victorias sobre los germanos. Se decía que su tamaño era unas seis veces el natural. Sin embargo, de tal enorme escultura no quedó nada después de la damnatio memoriae que sufrió este emperador tras su violenta muerte en el año 96.

Por una moneda en la que se representó dicha estatua ecuestre se sabe que el emperador, extendía la mano derecha, en ademán solemne, mientras que en la izquierda sostenía una figura de Minerva, diosa de la que era fiel devoto. El caballo pisaba con una de sus patas delanteras la imagen simbólica del Rhin sojuzgado.

Los tres bloques de travertino que son ahora visibles en el suelo, insertos en opus caementicium, servirían quizá para fijar los pernos metálicos que, atravesando todo el basamento, iban a sujetar las patas del caballo. Considerando estos escasos elementos, se ha podido calcular que la estatua alcanzaría los 8 m. de altura (12×13 m. con el basamento) y que su anchura sería de dimensiones semejantes.

Tras su destrucción, se ha pensado que este lugar pudiera haber sido ocupado por una tribuna en época de Trajano a la que tal vez

pertenecieron los relieves o anaglypha que se encuentran en el interior de la Curia, ya que en este lugar se encontró una inscripción trajanea. Más tarde, esta tribuna debió de ser demolida y los conocidos relieves, por su importancia social y política, fueron colocados más al norte sobre sendos basamentos. En el emplazamiento de la desaparecida tribuna es posible que se alzara la estatua ecuestre de Septimio Severo que se sabe se encontraba en el Foro, o la de Constantino, cuya inscripción fue copiada en el Anónimo de Einsiedeln. En ella se hacía constar que se hallaba en el centro del Foro. Hay quienes, sin embargo, identifican la base de esta estatua con los restos que se han hallado un poco más al este.

El Templo de los Dioscuros

Según la tradición, durante la batalla del lago Regilo (499 a.C.) entre romanos y latinos, dos jóvenes y desconocidos jinetes condujeron con gran intrepidez a los romanos, quienes gracias a su ayuda consiguieron la victoria. Inmediatamente después de acabada la contienda fueron vistos en el Foro abrevando sus caballos en la fuente de Iuturna. El pueblo identificó a sus salvadores con los Dioscuros y el dictador Aulo Postumio Albino erigió un templo en su honor en agradecimiento por la ayuda prestada. El edificio fue consagrado por su hijo en el 484 a.C., y posteriormente fue completamente reconstruido en 117 a.C. Fue entonces cuando se llevó a cabo la ampliación del podio por L. Cecilio Metelo, el dalmático, así llamado tras su victoria sobre los dálmatas. Una nueva restauración fue realizada por Verres en el 73 a.C. y las últimas y definitivas reparaciones fueron las llevadas a cabo por Tiberio tras el incendio del 14 a.C. La consagración tuvo lugar en el 6 d.C, en su propio honor y en el de su hermano Druso, muerto en campaña en el 9 a.C., al caerse de un caballo.

De este período son la mayoría de los restos que han llegado hasta nosotros. Entre ellos las tres columnas corintias (14,8 m. de altura) que aún se yerguen sobre el alto podio correspondiente a las reconstrucción de Metelo en el año 117 a.C. El templo era períptero, con ocho columnas corintias en los lados más cortos y 11 en los más largos. Se componía de una cella sobre el citado podio, de $50 \times 30 \times 7$ m. de mampostería, revestida originariamente con

bloques de toba, que en la Edad Moderna fueron arrancados de su sitio y utilizados en otras obras. En la Forma Urbis el edificio presenta una escalinata central de acceso, que en las excavaciones arqueológicas no ha sido hallada. Se encontraron, en cambio, dos pequeñas escaleras laterales. La escalinata central tal vez fuese eliminada en alguna de las restauraciones, para convertirse en una tribuna rostrada, una de las varias que hubo en el Foro. Por los hallazgos efectuados en varias de las cámaras que se abrían en la parte baja del alto podio, sabemos que algunas se utilizaron como oficinas de pesas y medidas, locales destinados a asuntos bancarios e incluso, hasta en una de ellas, tuvo su sede un dentista.

El culto de los Dioscuros, Cástor y Pólux, es de origen griego y fue introducido en Roma, en el siglo VI a.C. a través de las ciudades de la Magna Grecia. Eran hermanos gemelos: hijo de Zeus y Leda era Pólux, y de Leda y Tindáreo, Cástor. Por lo tanto, uno era inmortal y el otro mortal, pero tan unidos estaban que decidieron compartir su destino más allá de la muerte, así un día ambos moraban en el Hades y otro en el Olimpo. Se les tenía por jinetes habilísimos en la guerra y en las justas, por lo que se les consideraba protectores de los Juegos Olímpicos y más tarde en Roma de los Juegos del Circo. Fueron, por esta razón, dioses tutelares de la aristocracia ecuestre. Delante de este templo, a ellos dedicado, los caballeros ofrecían sacrificios en su honor y los censores pasaban revista a las tropas. Cada año el 15 de Julio, para conmemorar la victoria del Lago Regilo, hasta 5000 jinetes tomaban parte en el desfile que presidían dos jóvenes montados en sendos caballos blancos. En época de Augusto, la fiesta fue trasladada al 27 de enero y los divinos gemelos asociados a los herederos de Augusto, sus nietos Gayo y Lucio César.

Además, se les veneraba como a los Penates de Roma, ya que fueron traídos por Eneas, desde Troya, como puede verse en uno de los relieves del Ara Pacis y como tales flanquean la escalinata de acceso al Capitolio.

Fons y Lacus Iuturnae

Entre el templo de Cástor y Pólux y el de Vesta hubo una fuente que

debió de ser utilizada, desde tiempos remotos, por los pobladores del Palatino. Esta fuente fue asociada con Iuturna, la hermana de Turno, rey de los rútulos, a quien ayudó en su lucha contra Eneas[32]. Según la leyenda, amada por Júpiter, le fue concedida la inmortalidad y, convertida en ninfa, reinó sobre las fuentes y corrientes de agua del Lacio.

En sus orígenes esta ninfa fue venerada, como divinidad salutífera en las márgenes del río Numicio, cerca de Lavinio. Más tarde, su culto se trasladó a Roma y se dio su nombre a la fuente del Foro que pasó a llamarse Cuenco de Iuturna. En ella, como ya hemos visto, se decía que los Dioscuros, habían llevado a abrevar sus caballos después de haber participado en la batalla del Lago Regilo.

Un templete de mármol blanco, reconstruido tras el incendio del 283 d.C., marca el lugar donde se encontraba dicha fuente. En su construcción se utilizaron materiales de épocas anteriores, incluido el arquitrabe en el que figura la inscripción Iturnae s[----], que hay que completar con la palabra sacrum, es decir consagrado a Iturna, o con la siglas SPQR, en cuyo caso habría que leer: a Iturna, el Senado y el pueblo romano. El ara que se alza delante de la edícula es probable que no perteneciera al conjunto. Las figuras representadas en el relieve que se encuentra en su frente, un hombre armado con lanza y una mujer, se han identificado con Iuturna y Turno, o con Venus y Marte. Dicho relieve se ha fechado en época severiana. También se encuentra aquí el brocal de un pozo de mármol, en el que figura por dos veces la inscripción del edil curul: M. Barbatius Pollio, personaje que vivió en época de Augusto.

Una construcción cuadrangular de edad republicana, realizada en opus quasi-reticulatum y revestida de mármol, recogía el agua de la fuente. En el centro de este pequeño estanque había una base sobre la que estaban colocadas las estatuas de los Dioscuros. Fragmentos de las mismas fueron descubiertos en su fondo en las primeras excavaciones realizadas en esta zona hacia 1900. Asimismo había un relieve en el que aparecían los gemelos con Iuturna, Júpiter y Leda. El conjunto arquitectónico fue construido por Metelo a fines del siglo II a.C. Mas tarde, la fuente fue restaurada en época de Tiberio, al tiempo que se procedía a la remodelación del vecino templo de Cástor y Pólux.

En sus proximidades, en su lado meridional, fue construida, en el 328 d.C. la statio aquarum, por Fl. Maesius Egnatius Lollianus, que era curator aquarum et minuciae, es decir encargado de los acueductos y de la distribución del grano, tal y como figura en la inscripción del pedestal de una estatua de Constantino que este personaje dedicó al emperador. Dicha oficina debió de trasladarse, en la citada fecha, a este lugar desde su primitiva sede que se encontraba en el «área sacra» del Largo Argentina. Varias estatuas decoraban este edificio. Entre ellas la de Esculapio, dios de la salud, y otra de un Apolo arcaizante que hoy se encuentra el Antiquarium del Foro.

También al sur del conjunto de la fuente de Iuturna había un recinto, probablemente de época trajanea, al que se le añadió un ábside para convertirlo en un oratorio cristiano, consagrado a los «Cuarenta Mártires». En él se veneraba la memoria de los cuarenta soldados cristianos que en Armenia sufrieron martirio, muriendo congelados en un lago helado durante la persecución de Diocleciano del 303. El fresco que se ve en la pared del fondo con la representación de este episodio, se ha fechado en el siglo VIII.

Edificios de Domiciano y «Santa Maria Antiqua»

Detrás del templo de los Dioscuros se encuentran los restos de una serie de edificios de época de Domiciano, construidos hacia el 90 d.C., cuyo destino sigue planteando muchas dudas. Posiblemente fueron diseñados para servir de vestíbulo monumental a la residencia de los césares. Para su construcción se arrasó la llamada Domus Gai (mansión de Calígula) que, concebida como una ampliación de la Domus Tiberiana llegó a unirse con el citado templo de Cástor y Pólux.

De las edificaciones domicianeas aún se conserva una gran sala cuyo muro trasero se alza todavía con una altura de 26 m. No queda nada de la fachada, ni de su interior, ya que la muerte del emperador en el 96 d.C., paralizó las obras en curso. En época de Adriano, a comienzos del siglo II d.C., esta estructura se convirtió en un horreum, con almacenes y oficinas instalados a lo largo de sus largos muros y con un gran patio pavimentado en su centro. Este

espacio venía estaba al servicio del funcionamiento de esta zona de tabernae conocida con el nombre de horrea Agrippiana o Agrippiniana, en honor de Agripa. Estos depósitos de grano, construidos en época augústea, en el punto en el que el Vicus Tuscus se dirige hacia el Velabrum, se convirtieron en un lugar ocupado por bodegas y empresas comerciales de todo género. En uno de estos locales se halló una inscripción, dedicada por tres mercaderes al genio de los Horrea Agrippina.

En parte de las ruinas domicianeas, entre las que hay que citar las de una rampa de acceso al Palatino, se instaló, en el siglo VI, la Iglesia de «Santa María Antiqua», al parecer en tiempos del papa Justino II (565 × 578). A mediados del siglo IX la iglesia tuvo que ser abandonada, tal vez tras el terremoto del 847. El venerado icono de la virgen María, al que debía su nombre de Antica, fue trasladado a «Santa María Nova» («San Francesca Romana») donde se continuó su culto. A pesar de su corta existencia fue decorada con ricos frescos que aun se conservan in situ.

En la nave izquierda hay una serie de pinturas repartidas en tres frisos. En los dos superiores se ven escenas del Antiguo Testamento referidas a la historia de Jacob y José y, en el inferior aparece la figura de Cristo con nueve santos griegos a su izquierda y once latinos a su derecha. En el lado izquierdo del ábside hay restos de pinturas superpuestas, así como en el patio, que debió de estar techado en su día. Posteriormente la iglesia fue destruida, aunque el atrio se siguió utilizando como templo, en este caso consagrado a San Antonio y asociado a un monasterio que se mantuvo en uso hasta principios del siglo XII.

Templo de César (Aedes Divi Iulii)

Fue erigido por Augusto dentro del programa de reestructuración general del Foro que acometió para mejorar el aspecto del ámbito más significativo de la ciudad y además con la intención propagandística de difundir la fama de la Gens Iulia. Con este edificio monumental se cerraba el lado oriental de la plaza, dejando atrás la Regia y el templo de Vesta que pertenecían a tiempos pasados.

Se dedicó a Julio César, divinizado tras su asesinato acaecido en los Idus de Marzo del año 44 a.C. Con esta divinización post mortem, ritual de origen oriental seguido por los príncipes helenísticos, se instauraba por vez primera en Roma una costumbre inusual, pero que, a partir de entonces, iba a convertirse en un ceremonial imitado sin pudor por el resto de los emperadores e incluso algunas emperatrices.

Se levantó en el mismo lugar en el que el cuerpo de César fue incinerado cerca de la Regia, edificio que se consideraba su residencia oficial dada su condición de pontífice máximo. Los ritos de cremación se solían celebrar en el Campo de Marte pero en el caso de César, caído a manos de sus enemigos en las gradas del teatro de Pompeyo, ya que la Curia estaba en obras, se decidió que su cadáver fuera trasladado al Foro en una litera de marfil y expuesto en los Rostra, antes de ser colocado en su pira funeraria. En ese punto fue además donde Marco Antonio pronunció el discurso fúnebre en su honor que conmovió a la multitud[33].

En recuerdo de este acto se levantó una columna de mármol dedicada al Parenti Patriae (al padre de la patria), como se hizo constar en la correspondiente inscripción. Más tarde, esta columna fue reemplazada por una exedra semicircular con un ara, que se conservó en la fachada del nuevo templo, en el centro del podio.

Del templo del divino Julio (Aedes Divi Iulii), tras los expolios sufridos, sobre todo en el siglo XV en que fue utilizado como cantera de materiales de construcción, solo queda el basamento. Estaba formado por un alto podio (25 m. de ancho, 27 m. de largo y 5,5 m. de alto) que sostenía una amplia cella, a la que se accedía por dos escalinatas laterales. Estaba precedida por un pronaos hexástilo, de columnas corintias en el frente y una en cada costado. La parte frontal del podio presentaba un hemiciclo dentro del cual se encontraba un altar circular, posiblemente el que se levantó en el punto donde tuvo lugar la cremación del cuerpo de César. Posteriormente, el hemiciclo y el altar se cubrieron con un muro rectilíneo, convirtiéndose el alto podio en una de las tres tribunas oratorias que sabemos había en el Foro, decorada con los rostra de las naves de Antonio y Cleopatra vencidas en la famosa batalla de Actium (31 a.C.). Sin embargo, hay quienes opinan que dichos

rostra no adornaban el podio de este templo, sino el frente de una tribuna para oradores que se levantaba delante del mismo. Desde dicha tribuna se pronunciaban las oraciones fúnebres dedicadas a los emperadores y personajes más conspicuos de la vida pública.

En el interior de la cella se encontraba la estatua de César con la cabeza coronada por una estrella (sidus Iulium), tal y como aparece en las monedas de la época, aunque en ellas este situada en el frontón del templo.

El edificio estaba rodeado en tres de sus lados con un pórtico que se ha identificado con el llamado Porticus Iuliae. Estaba, además, conectado con la basílica Emilia por medio del pórtico dedicado a Cayo y Lucio César, los nietos de Augusto, y con el templo de los Dioscuros por el arco levantado para celebrar la citada victoria de Actium.

El Arco de Augusto

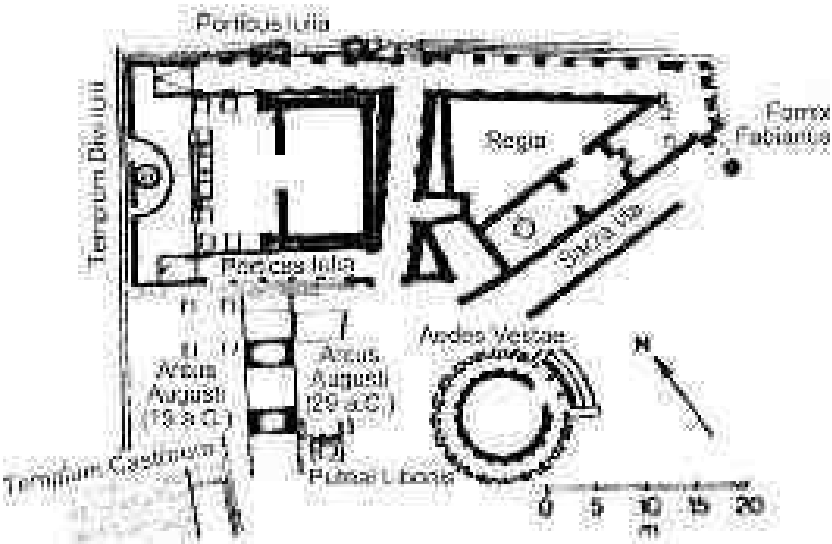
A la derecha y en lugar muy próximo al del templo del Divino Julio son visibles los escasos restos de un arco de tres vanos que se alzó en este punto. Fue erigido por el Senado tras la recuperación de las insignias capturadas por los partos a Craso en la batalla de Carrae (55 a.C.). Según las fuentes se erigió junto al templo del Divino Julio, sin embargo, al descubrirse en esta zona en 1546 una gran inscripción (2,67 m. de largo) con una dedicatoria a Augusto, fechada en el 29 a.C, tras la victoria del Actium, se plantearon serios problemas a la hora de identificar dicho arco. La solución al enigma parece haberse encontrado a raíz de unas excavaciones recientes, ya que más al este se descubrieron los cimientos de de otro arco de un solo vano fechado en el 29 a.C. y sustituido en el 19 a.C. por uno nuevo, en el que se colocó la inscripción del más antiguo.

La reconstrucción del arco se ha podido hacer a partir de los fragmentos hallados y por una moneda en la que aparece representado. Solo estaba cubierto con una bóveda el arco central, mientras que los laterales tenían sofitos planos, coronados por tímpanos; sobre estos había dos estatuas de partos, mientras que

sobre el ático del paso central, donde figuraba la inscripción, se encontraba una cuadriga conducida por Augusto.

Se cree que los Fastos Consulares y Triunfales (hoy en los Museos Capitolinos), es decir, las listas con la relación de los cónsules y de los triunfadores desde época republicana, se encontraban inscritas en los paneles de los vanos menores de este arco y no en la Regia como a veces se ha dicho.

La Regia



Pincha para descargar imagen de la Regia: 0,8 MG

Este antiguo y venerable edificio se encontraba a espaldas del templo del divino César, entre el de Vesta al sur y el de Antonino y Faustina al norte, ocupando un triángulo con el que se cerraba el Foro medio. Se atribuía su construcción a Numa Pompilio (ca. 715–673 a.C), el segundo rey de Roma y codificador de los principios fundamentales de la religión romana. Se decía también, siguiendo el testimonio de Festo, que la Regia por ser la casa del rey había sido su residencia oficial. Sin embargo, hoy se estima que su estancia en ella sería solo como rex sacrorum, ya que nunca fue sede real, ni

siquiera del pontífice máximo que vivía en la Domus publica, cerca de la casa de las Vestales.

En las excavaciones realizadas en la zona han aparecido vestigios arqueológicos que se remontan a la época monárquica, hecho que acredita su innegable antigüedad. En el siglo VIII a.C. el solar estaría ocupado por chozas semejantes a las que había en el Palatino, situación que se prolongaría hasta finales de la siguiente centuria, que fue cuando se construyó el primer edificio de adobes sobre cimientos hechos con bloques de toba. El conjunto se componía de dos salas principales y un atrio sin cubierta, a cielo abierto. A lo largo del siglo VI a.C. fue reconstruido tres veces. Más tarde, volvió a rehacerse en el siglo III a.C. y en el 148 a.C. De la remodelación hecha en tiempos de Domicio Calvino, en el 36 a.C., se han hallado numerosos fragmentos de mármol y otros materiales esparcidos en las proximidades del lugar que se ha supuesto que fue principal enclave.

A pesar de las muchas reconstrucciones de las que fue objeto, su planta y estructura interna fueron respetadas por considerarse el edificio como un lugar sagrado. En su interior había un santuario consagrado a Marte donde se conservaban los escudos sacros (ancilia), que eran golpeados por los salii, los sacerdotes de este dios, cuando salían en procesión entonando el canto guerrero conocido con el nombre de Carmen Saliare. Había además otro santuario dedicado a Ops Consiva, una ancestral divinidad sabina que confundida a veces con Rea, se veneraba como paredra de Crono. En la Regia se conservaban también los archivos de los pontífices, el calendario y los anales de la ciudad.

De acuerdo con la coexistencia de ambos santuarios el edificio se componía de dos partes: la meridional, de planta rectangular, perfectamente orientada de este a oeste, subdividida en tres ambientes sería la dedicada a Marte; y la oriental, de trazo más irregular, a Ops. Al norte se encontraba un recinto trapezoidal, un patio descubierto que ha sido identificado por algunos autores con el Atrium Regium. Aquí son todavía visibles algunos restos de lo que fue tan singular y arrasado conjunto arquitectónico.

Desde este punto se iniciaba la llamada Sacra Via Summa que, dejando a su derecha las terrazas del Palatino, ascendía hacia el

altozano de la Velia, cuya cima corona el Arco de Tito.

El Arco de Fabiano (Fornix Fabiani)

Entre la Regia y la Casa de las Vestales, al inicio de la Sacra Via Summa se alzaba uno de los más antiguos arcos triunfales de Roma, el Fornix Fabianus, erigido por Q. Fabio Máximo en 121 a.C. para conmemorar su victoria sobre los alóbroges (naturales de la Galia narbonense). Fue restaurado por su nieto en 56 a.C., y fragmentos de las inscripciones pertenecientes al mismo fueron descubiertos ya en el siglo XVI. Sin embargo, el lugar preciso donde estuvo el arco no se pudo fijar hasta que recientes sondeos en la zona han permitido su localización.

El Templo de Vesta (Templum Vestae)

Es uno de los templos más antiguos de Roma, aunque su aspecto actual se debe a la última de sus restauraciones, la efectuada, tras el incendio del año 191 por decisión de la emperatriz Julia Domna, esposa de Septimio Severo. En él se custodiaba permanentemente encendido el fuego sagrado de Vesta, la diosa del hogar. Su extinción suponía la amenaza de grandes desgracias.

Pertenecía esta diosa, como la Hestia griega, al grupo de las doce divinidades mayores y según la mayoría de los autores, su culto del que se encargaba el Pontifex Maximus asistido por las vírgenes vestales, fue introducido en Roma por Rómulo, hijo de la vestal Rea Silvia y el dios Marte. Otros lo atribuían a Numa Pompilio (ca. 713 a.C), de quien asimismo se decía que fue quien instituyó el sacerdocio femenino. Tales divergencias plantean problemas de verosimilitud, como casi todas las viejas leyendas referidas a Roma, sin embargo en su conjunto vienen a avalar la antigüedad de citado culto a Vesta y de su templo; templo que, al parecer, nunca estuvo en el interior del recinto palatino, sino en el Foro, es decir, en las afueras para evitar los riesgos de los incendios que podía provocar un hogar siempre encendido.

La planta circular del templo fue posiblemente heredera de la de las cabañas que poblaron esta zona en la Edad del Hierro, hechas con paredes de madera y mimbre trenzado, revocadas con arcilla y cubiertas con techos de paja, como señala Ovidio en sus Fastos[34]. Lo que si es cierto es que las distintas reconstrucciones de las que fue objeto no alteraron su traza ni su orientación, ya que mantuvo siempre la de su primitiva planta con entrada en lado oriental como prueba de respeto a su antigüedad

Su cella, también circular, estaba rodeada de 20 columnas corintias. Se alzaba sobre un podio de 15 m. de diámetro revestido de mármol, y a ella se accedía mediante una escalinata abierta en el oriente. El techo era cónico y tenía una abertura en su cenit para permitir la salida del humo.

Dentro de dicha cella no había ninguna estatua de culto, sino tan solo el hogar sagrado de la diosa, cuyo fuego era atendido por las vestales. Una cavidad trapezoidal de 2,40 × 2,40 m. que se abría en el podio y a la que solo se podía acceder desde la cella, es posible que fuera el penus Vestae (despensa de Vesta), el sancta sanctorum, es decir, un recinto semejante a una sacristía al que solo podían entrar las sacerdotisas. En él se guardaban los objetos que supuestamente Eneas trajo consigo desde Troya y que eran garantes de su lugar de procedencia. Entre ellos estaba el Palladium, el antiguo xoanon (estatua de madera) de Atenea, y las imágenes de los sagrados Penates, los Dioscuros, Cástor y Pólux, llamados a convertirse en los custodios de la nueva urbe.

Las fiestas en honor de la diosa, las Vestalia, se celebraban entre el 7 y el 15 de Junio. En ellas desfilaban las vestales acompañadas de las virtuosas matronas romanas que, descalzas, seguían a las diferentes estatuas que de la diosa se exhibían. En ellas participaban, también coronados de flores y guirnaldas, los asnos, animales consagrados a la diosa a los que en ese día se les dispensaba de todo trabajo. La dedicación de estos animales de origen mediterráneo, frente al caballo de procedencia indoeuropea, ha sido para algunos autores un signo evidente del carácter ancestral de esta diosa. Sin embargo, una leyenda tardía contaba que esta casta divinidad había sido defendida por uno de estos humildes animales del acoso sexual de Príapo, razón por la cual el

asno se hizo acreedor de su protección.

El fuego (focus publicus) era renovado el primero de Marzo, utilizando para ello las brasas reservadas a tal fin, después de haber procedido a la limpieza del hogar y haber arrojado las cenizas al Tíber. Se preparaba también la mola salsa, una especie de torta no comestible, hecha con harina sagrada de trigo tostado mezclada con sal que se esparcía sobre la cabeza de los animales que se iban a sacrificar.

La institución de las vírgenes vestales fue el único sacerdocio femenino de la religión romana. En un principio fueron seis las componentes del grupo y más tarde diez. Eran elegidas entre las hijas de las familias patricias en edades comprendidas entre los seis y los diez años de edad. De su período de formación se encargaba la Vestal Máxima y estaban obligadas a mantenerse al servicio de la diosa por un período mínimo de treinta años sin romper su voto de castidad. El quebrantamiento de este compromiso era castigado con la pena de ser sepultadas vivas, porque su sangre no podía ser derramada. La punición de la infractora se llevaba a cabo en una estancia subterránea del agger serviano cerca de la Puerta Colina, en el Quirinal, en el llamado campus sceleratus (terreno impío o funesto). El amante, a su vez, era azotado en el Comicio hasta su muerte.

Estas sacerdotisas eran las encargadas de mantener siempre encendido el fuego y se ocupaban además de todas las cuestiones referidas al culto doméstico. Como contrapartida, por consagrar los mejores años de su juventud a la diosa, eran muy respetadas por todos los ciudadanos y gozaban de grandes privilegios, tales como no estar sujetas a la tutela del padre, que pasaba al Pontifex Maximus; disponer de medios económicos propios; poder ir montadas en carros por la ciudad; ir precedidas de un lictor cuando salían a la calle; gozar de puestos reservados en los espectáculos públicos; y librar de la muerte al reo que se cruzase con una de ellas en el camino. Una vez cumplidos treinta años de servicio, podían casarse y el Estado era el encargado de pagar su dote. Sin embargo, dada la edad en que recuperaban su libertad, en torno a los cuarenta, la mayoría de ellas permanecían en la casa donde había transcurrido su juventud convirtiéndose en maestras de las novicias.

Su vestimenta se correspondía con su alto rango y condición. Sus túnicas eran del más puro lino de color blanco y estaban adornadas con una orla de púrpura. Su tocado, de corte arcaizante, era un complejo trabado de trenzas y cintas de lana blanca y escarlata (infulas) que el resto de las mujeres solo usaban en algunas ocasiones, entre ellas el día de su boda.

Este templo venerando fue clausurado por Teodosio en 394 d.C. A partir de entonces sufrió los rigores de los expolios con que fueron castigados todos los edificios del Foro para construir la Roma medieval y renacentista.

La Casa de las Vestales (Atrium Vestae)

Junto al templo de Vesta se encontraba el llamado Atrium Vestae, la Casa de las Vestales, existente ya en época republicana. Estaba próxima a la Domus Publica, la residencia del Pontifex Maximus hasta que Augusto la donó a las Vestales cuando en el año 12 a.C él pasó a ostentar dicho cargo. La nueva sede del pontífice pasó a ser su propia casa, sita al otro lado del Palatino. Por debajo del edificio actual se pueden observar todavía, los restos de otro más antiguo, de dimensiones más reducidas y orientado de norte a sur.

Tras el incendio del año 64, el edificio de la Casa de las Vestales fue reconstruido por Nerón de acuerdo con una planimetría que se mantuvo como núcleo básico a partir de entonces. En tiempos de Trajano se remodelaron algunas de sus dependencias para completar las reformas iniciadas por Domiciano y hacia el 113 d.C., se terminó el peristilo y los edificios que lo rodeaban por sus cuatro lados. Más tarde, Septimio Severo restauró por completo todo el conjunto. Se convirtió entonces en una lujosa mansión de 84 habitaciones, dotada de un gran peristilo central, rodeado de salas y almacenes destinados a cubrir todos los servicios necesarios para garantizar la autonomía de la casa.

El edificio fue abandonado en 394 d.C. tras la abolición de los cultos paganos decretada por Teodosio. Las vestales que estaban ejerciendo sus funciones en tales momentos, fueron desligadas de las mismas y obligadas a abandonar su centenario hogar que, a

partir de entonces, fue utilizado para funciones muy distintas.

La Casa tenía la entrada en su lado oeste. Aparecía flanqueada por una edícula o templete, quizá un larario, desde donde se pasaba a un gran patio central de forma rectangular, en torno al cual había un pórtico, de doble altura, sostenido por columnas de mármol verde de Caristos, 18 en los lados largos y 6 en los cortos. A él se abrían las distintas dependencias dispuestas en dos pisos. Este patio tuvo tres fuentes que en época de Constantino se inutilizaron, levantándose en cambio en el centro un basamento octogonal de ladrillos para ser decorado con plantas. En el pórtico había varias estatuas de las vestales máximas, muchas de las cuales fueron halladas en el patio junto con las basas. Su colocación actual en el peristilo no responde a la que tuvieron en un principio, pero dan idea de su porte. Entre ellas destaca la dedicada a la vestal máxima Flavia Publicia (v[irginis] V[estalis] maximae), entre los años 247–257 d.C., donada por dos deputati, en agradecimiento por la ayuda recibida en beneficio de su carrera política. El nombre de otras muchas nos ha llegado por las inscripciones de las citadas basas.

El centro del lado oriental se abría una amplia sala, cubierta por un techo abovedado, que se ha supuesto que pudo ser el tablinum, es decir el archivo oficial de la mansión. A él se abrían seis dependencias también abovedadas, todas de tamaño casi idéntico (4,15 × 3,50 m.). Se cree que estas piezas fueron las destinadas a servir de lararios y a albergar incluso la estatua del fundador del sacerdocio de las vestales, Numa Pompilio y que hoy se encuentra en el Antiquarium.

En la planta baja del lado meridional se encontraban los cuartos de servicio que se extendían a lo largo de un pasillo (horno, cocina, molino, etc.). En el piso superior estaban las habitaciones de las vestales y los baños. En el lado oeste había una pieza de tamaño considerable donde tal vez se encontraba el triclinium o comedor oficial. Del lado septentrional se conservan escasos restos, aunque bajo los mismos se observan vestigios de las épocas arcaica y republicana, como ya se ha dicho.

En el extremo occidental, al pie del Palatino, donde había un bosquecillo sagrado (lucus Vestae), se han hallado restos de un recinto terminado en ábside, que se ha identificado con el santuario

de época republicana erigido en honor de Aius Locutius. Este dios, cuyo nombre contiene dos veces la idea de hablar (aio y loquor) era una misteriosa divinidad que solo se manifestó con ocasión de la invasión de los galos en el 390 a.C., anunciando la proximidad del enemigo. Tras la caída de Roma en sus manos y su posterior expulsión, Marco Furio Camilo, quien consiguió vencerlos, levantó en su honor el citado santuario en el lugar mismo en que se dejó oír su voz, en desagravio por no haber atendido su advertencia a tiempo.

El Templo de Antonino y Faustina

La monumental inscripción que se ha conservado en el arquitrabe hasta nuestros días, identifica a este templo como el construido en honor de Antonino Pío y de su esposa Faustina:

DIVO ANTONIO ET / DIVAE FAUSTINAE EX S (ENATUS) C (CONSULTO)

En realidad fue este emperador quien lo erigió en memoria de Faustina tras su muerte, acaecida en el 141 d.C.; y cuando, pasados unos años murió él, en el 161 d.C., por un decreto del Senado se dedicó a la pareja real divinizada. Tras esta parte del entablamento se levanta el frontón barroco construido en el año 1602.

El edificio ha llegado hasta nuestros días en buen estado de conservación porque en la alta Edad Media se construyó en él la iglesia de «San Lorenzo in Miranda» en el siglo VII o VIII, pero también por la singular solidez de su construcción que resistió las más severas agresiones. Vanas fueron, en efecto, las tentativas que se hicieron para abatir el pronaos y utilizar los materiales que podían obtenerse con el derribo del templo. Los surcos oblicuos que se aprecian en la parte superior de las columnas, hechos para colocar las cuerdas con que se intentó producir su desplome y, en consecuencia, el de todo el edificio, son muestra inequívoca de las

pertinaces tentativas que se hicieron en varias ocasiones. También se ha dicho que tales ranuras se hicieron para sujetar un techo provisional que se colocó en 1430 cuando la iglesia se confió al gremio de los boticarios.

El templo, de grandiosas dimensiones, se compone de una cella cuyas paredes estaban realizadas con bloques de peperino (lapis albanus, de origen volcánico y tono grisáceo con motas negras) que, en su momento, estuvieron revestidos con mármol cipolino (marmor carystium, veteado de blanco y verde, procedente de la isla de Eubea). La cella está asentada sobre un basamento y a ella se accedía por una escalinata de mármol de la misma anchura que la de la fachada que ha sido rehecha en ladrillo en época moderna. En el centro del interior había un altar construido con ladrillos, del que se han hallado algunos restos. También se encontraban las estatuas sedentes de tamaño colosal de Faustina y Antonino, de las que se han hallado algunos fragmentos en las cercanías del templo. El pronaos está constituido por seis columnas corintias en el frente y dos en cada uno de los costados, realizadas también en mármol cipolino. Alcanzan una altura de 17 m. y en algunas de ellas se aprecian grabadas imágenes de algunas divinidades. El friso presenta una decoración de grifos enfrentados y roleos de acanto.

A la derecha de este templo se descubrieron en 1902 restos de una necrópolis arcaica que, en tiempos, debió de ocupar una extensa parte de esta zona. Las tumbas halladas son de la Edad del Hierro y han proporcionado unas cuarenta urnas en forma de cabaña. Los enterramientos de adultos, en gran parte de incineración, se fechan en el siglo IX a.C, y las de niños, de inhumación, son del siglo VII a.C. Las de inhumación de adultos son de época posterior. Todo el material recogido en estas excavaciones se conserva en el Antiquarium del Foro.

El llamado Templo de Rómulo

Se alza en la Via Sacra en el área comprendida entre la necrópolis arcaica y la basílica de Majencio. En la actualidad prevalece la tesis de que no se trata de un templo dedicado a Rómulo, el hijo divinizado de Majencio muerto a los cuatro años de edad, sino de

una construcción de tiempos de Constantino que algunos arqueólogos identifican con el «Templo de los Penates» (dioses protectores de la ciudad), sito en terrenos que fueron ocupados por la basílica de Majencio a comienzos del siglo IV d.C., razón por la que se trasladó a un solar próximo a la misma, utilizándose para su construcción materiales expoliados de otros edificios.

Es de planta circular, hecho de hormigón revestido de ladrillos. Presenta una fachada curvilínea en cuyo centro se abre la entrada con la puerta de bronce original, de época severiana, enmarcada por dos pequeñas columnas de pórfido, cuyas basas son de travertino y sus capiteles de mármol al igual que el arquitrabe que sostienen. A los lados de la entrada hay cuatro hornacinas para estatuas. Flanqueando el templo hay dos estancias alargadas y absidadas, precedidas por dos columnas de mármol veteado, que debían albergar las estatuas de los Penates.

En el siglo IV d.C. el templo pasó a ser el atrio de la iglesia de los «Santi Cosma e Damiano», levantada sobre un vasto espacio del Forum Pacis, que se encontraba a sus espaldas. La dedicación a estos dos hermanos, patrones de médicos y cirujanos, es un argumento a favor de que estos gemelos fueron la versión cristiana de la pareja de los Dioscuros, los Penates de Roma. En la ciudad actual estos cuatro personajes conviven sin el menor problema, ocupando cada par de gemelos el lugar que les corresponde.

San Cosme y San Damián, dos hermanos gemelos que practicaron gratuitamente la medicina, por lo que fueron llamados los anárgiros (los sin dinero), nacieron en Arabia en el seno de una familia cristiana en la primera mitad del siglo III d.C. Ambos fueron médicos y juntos sufrieron el martirio probablemente en el otoño del 303 (el 27 de septiembre según el Martitologio romano) durante la persecución de Diocleciano, en Egea (Cilicia), una localidad de Asia Menor situada a pocos kilómetros de Tarso, la ciudad natal de san Pablo. La espada con la que se dice que fueron decapitados se conserva como sagrada reliquia en la catedral de Essen, Su culto se extendió por todo el Imperio y en especial por Roma. El papa Símaco (498–514) les consagró un oratorio en el Esquilino y el papa Félix IV, hacia el 530, les dedicó una iglesia en la Via Sacra del Foro, aprovechando parte de edificios anteriores. Hoy se accede a

ella desde la Vía de los Foros Imperiales.

La Basílica de Majencio

La Basílica de Majencio, llamada también Basílica Nova, se encuentra fuera de la actual zona arqueológica del Foro Romano y a ella se accede desde la Via de los Foros Imperiales. Su construcción fue iniciada en el 308 por Majencio y acabada por Constantino después del año 313, quien modificó su estructura interior y trasladó la entrada desde la fachada oriental a la meridional, sobre la Via Sacra. El edificio se levanta sobre una plataforma parcialmente enclavada en el terreno y ocupa un área de 100×65 m. del altozano de la Velia, la misma que en su día ocuparon unos antiguos almacenes, de considerables dimensiones, dedicados a la venta de especias orientales, conocidos como Horrea Piperitaria.

La entrada del primer edificio que Constantino respetó, daba acceso a un pórtico estrecho y alargado desde el cual se pasaba a través de tres vanos a la gran nave central, orientada de Este a Oeste y de grandes dimensiones: 80 m., de longitud, 25 m. de ancho y 35 m. de altura. Este gran espacio estaba coronado por tres bóvedas de arista que se apoyaban en ménsulas de hormigón reforzadas por arbotantes desde los tejados de las naves laterales y, aparentemente sostenidas por ocho columnas de mármol de 14,5 m. de altura, que estaban adosadas a las pilastras. De ellas no queda ninguna in situ. La única conservada fue trasladada por orden de Pablo V, en el 1613, a la «Piazza de Santa Maria Maggiore» donde se yergue en la actualidad. En la estructura de esta basílica se aprecia una clara influencia del frigidarium de las termas de Diocleciano, hasta el punto que se ha pensado que ambos edificios pudieron ser obra de un mismo y genial arquitecto.

En el testero de la nave central, frente de la entrada de Majencio, se abre un ábside semicircular en el que se colocó una gigantesca estatua de Constantino, cuya cabeza de 2,60 m. de altura y uno de los pies de 2 m. de largo, fueron descubiertos en 1487 y hoy se encuentran en el Museo de los Conservadores. A ambos lados de la nave central había dos menores, divididas por tres arcos y cubiertas con bóvedas de medio cañón, artesonadas y estucadas.

En el nuevo proyecto, impulsado por Constantino, se cambió el eje del edificio llamado desde entonces Basílica Nova, de este-oeste a norte-sur, conservando no obstante la tripartición de su espacio interior. La modificación más notable fue la apertura de una nueva entrada en el lado meridional. Ante ella se alzaban cuatro altas columnas de pórfido y estaba provista de una escalinata de ingreso para superar el desnivel existente entre su suelo y el de la Vía Sacra. En el centro del testero septentrional, frontero a la misma, se abrió un nuevo ábside semicircular precedido por dos columnas y con hornacinas enmarcadas por columnitas sobre modillones empotrados en las paredes.

Esta basílica se tiene como un ejemplo de soluciones técnicas muy avanzadas, precursoras de las grandes construcciones del gótico medieval por cuanto en ella aparecen la bóveda de arista y los arbotantes. La obra muraria es de hormigón revestido de ladrillo y este a su vez de placas de mármol y estuco. Las bóvedas iban ornadas con grandes lunetos octogonales y en las paredes se abrían grandes ventanales para iluminar su interior.

El Porticus Margaritaria

Cuando en 1878–79 fue excavada la parte del Foro que se encuentra entre la Via Sacra y la Via Nova salieron a la luz los cimientos de un gran edificio rectangular que se extendía desde el Atrium Vestae hasta el principio del Clivus Palatinus, cerca del Arco de Tito. Rodolfo Lanciani, el arqueólogo que dirigió las excavaciones lo identificó como el Porticus Margaritaria, mencionado en la Regio VIII en el Catálogo Regional. Se basó para ello en varias inscripciones halladas en la zona en las que se hacia referencia a los margaritarii de sacra via; y lo dató en época de Septimio Severo. Estampillas de ladrillos con el nombre de Domitia Lucilla, madre de Marco Aurelio, fueron encontrados en las excavaciones, lo que vino a confirmar que el pórtico de Nerón fue convertido en el Porticus Margaritaria ya en el segundo cuarto del siglo II d.C. Dicho pórtico era el lugar donde estaban instalados los vendedores de perlas (margarita en griego significa perla) y de los joyeros. Los margaritarii, por lo general libertos enriquecidos, gozaron en Roma de una buena posición social, ya que el empleo de perlas y joyas

alcanzó un gran incremento en esta época. Uno de estos personajes, Manio Publicio Hilario, fue quien edificó un templo a la diosa Cibeles en el Celio[35].

Sin embargo, E.B. Van Deman reconoció en dichos vestigios las ruinas del pórtico principal del vestíbulo de la Domus Aurea de Nerón que daba a la Via Sacra y sobre el cual, después del gobierno de Domiciano, se construyeron los ya citados Horrea Piperitaria en la zona norte. Con el tiempo, la parte meridional también se convirtió en un área comercial.

El Arco de Tito

Este singular fornix debe su buena conservación al hecho de haber sido incorporado, en su día, a la fortificación medieval de la familia Frangipane. Fue restaurado por los arquitectos Stern y Valadier en 1822, como se hace constar en la inscripción de época moderna que se lee en el ático en el lado que mira al Foro. En cambio, es original el epígrafe del lado que da al Coliseo, en el cual se informa de que el arco fue dedicado al emperador Tito, probablemente tras su muerte en el 81 d.C., por su hermano y sucesor Domiciano, para conmemorar la victoria en la campaña judaica del 70 d.C.

SENATUS / POPULUSQUE ROMANUS / DIVO TITI DIVI VESPASIANO F(ILIO) / VESPASIANO AUGUSTO

Con este monumento se conmemoraba la victoria de Tito, quien como lugarteniente de su padre Vespasiano, puso fin a la guerra judaica, tomando Jerusalén y destruyendo su templo, tras proceder a su expolio. Sus más sagrados objetos litúrgicos fueron trasladados a Roma y se exhibieron en la procesión triunfal que recorrió la ciudad en el año 70 d.C.

Por sus similitudes estilísticas con el arco de Benevento hay quienes opinan que se acabó en tiempos de Nerva o de Trajano. Es un arco

de un solo vano, revestido de mármol pentélico de 15,40 m de altura, 13,5 m. de ancho y 4,75 m. de profundidad. En su ornamentación se aprecian varias novedades de gran transcendencia por el influjo que ejercieron a partir de entonces: sus estriadas columnas que, apoyadas en un plinto, flanquean el arco; sus capiteles compuestos en los que ya se mezclaron las volutas del jónico con los acantos del corintio, tal y como sucedió en los que adornaron las columnas del tercer piso del Coliseo; y los nichos ciegos que se abren entre los pares de columnas.

Si como se cree este arco es el representado en el relieve de los Haterii (Museo Latrano) debió de tener durante algún tiempo un frontón triangular entre el friso y el ático, como sucedía en el arco de Tiberio en Orange.

La decoración escultórica externa comprende dos figuras de Victorias sobre globos terráqueos, portando estandartes, coronas de laurel y ramas de palmas, enmarcando el arco; la diosa Roma y el Genio del Pueblo Romano en las claves del mismo; y en el arquitrabe un friso en el que se conmemora el triunfo de Vespasiano y Tito sobre los judíos. En el interior del arco, en el centro de la bóveda artesonada, aparece la apoteosis de Tito conducido por un águila hacia el empíreo.

Sin embargo, lo más interesante del conjunto escultórico son los dos grandes relieves que decoran los laterales de su interior en los que se conmemoraron las escenas del triunfo imperial, celebrado tras la victoria obtenida en la guerra judaica. En el del lado norte se representa al emperador, protagonista del desfile triunfal, montado en su cuadriga conducida por la diosa Roma. Coronado por una Victoria, va precedido por los lictores con sus fasces, y tras él aparece la personificación del Pueblo Romano, representado por un joven con el torso desnudo, y por la del Senado, visto como un ilustre togado. En el lado sur aparece el cortejo en el momento de atravesar la Porta Triumphalis, vista en escorzo; sobre angarillas de madera (fercula) se transportan los objetos del rico botín procedente del expolio del Templo de Jerusalén: las mesas de oro, las trompetas de plata, el candelabro de siete brazos (menorah), etc., que iban a ser depositados en el Templo de la Paz de Vespasiano. Algunos de los personajes del séquito portan tablillas

con asas (tabulae ansatae) en las que debían figurar los nombres de las ciudades conquistadas.

En un lugar próximo al lado meridional del arco se hallan los restos de un podio que se atribuyen al templo de Iupiter Stator (el que detiene). Según la leyenda fue erigido por Rómulo tras una batalla contra los sabinos que tuvo lugar en el propio Foro. En el transcurso de la misma los romanos se vieron obligados a retirarse retrocediendo por la Vía Sacra, pero en la Porta Mugonia, Rómulo invocó a Júpiter ofreciéndole un templo si detenía el avance de sus enemigos. Escuchada su súplica y victoriosos de tal enfrentamiento Rómulo fundo el prometido templo (o altar), probablemente en las proximidades de la citada Puerta. Posteriormente, en el 294 a.C, Marco Atilio Régulo, en una situación similar, cuando los romanos estaban perdiendo la batalla contra los samnitas invocó al dios y la situación cambió por completo, por lo que construyó un templo en el lugar donde se alzaba el antiguo altar. En él, el 8 de noviembre del año 63 a.C. Cicerón pronunció su famoso discurso contra Catilina.

Al desconocerse la ubicación de la Porta Mugonia, la localización de este templo plantea numerosas dudas. La opinión más general es que se encontraba en las proximidades del arco de Tito, ya que en 1827, al ser demolida una torre medieval, aparecieron restos de un edificio que se han identificado con dicho templo.

Más al oeste, pueden verse las ruinas de un edificio republicano, que tuvo en su día numerosas estancias y que se ha supuesto que pudo ser un lupanar.

El Templo de Venus y Roma

Situado entre la Basílica de Majencio y el Coliseo, ocupa una vasta plataforma artificial de 150 m. de longitud, obtenida gracias a la ampliación de la colina Velia aparejada por medio de estructuras de cimentación. Fue levantado sobre los restos del monumental atrio de la Domus Aurea de Nerón y para disponer del espacio necesario para una construcción de tan grandes proporciones hubo que trasladar a un lugar próximo al Anfiteatro Flavio la gigantesca

estatua de bronce (35 m. altura) del emperador, cuya cabeza, por orden de Vespasiano, ya se había sustituido por la del dios Helios (el Sol). A este coloso debería el nombre de Coliseo el citado anfiteatro. El arquitecto que realizó el traslado fue un tal Decriano quien utilizó veinticuatro elefantes para conseguir transportarlo de pie hacia su nuevo emplazamiento.

Este ambicioso templo, inspirado en modelos helénicos de los que era devoto Adriano, fue iniciado en 121 d.C. e inaugurado en 135. Se decía que fue proyectado personalmente por el emperador, prescindiendo de los servicios del que fuera el arquitecto de Trajano, Apolodoro de Damasco, con quien al parecer mantuvo serías diferencias. El edificio está compuesto por un pórtico columnado que deja libres las fachadas y que tiene en el centro de los lados más largos dos propileos de acceso. El conjunto se presenta como una edificación de grandiosas dimensiones (145×100 m.) El templo propiamente dicho es una gran seudo díptero, decástilo de orden corintio (10 columnas en los frentes y 20 en los laterales), sin basamento, como era habitual en los templos romanos, pero apoyado sobre un estilóbato de cuatro gradas, y con dos cellae contrapuestas a las que se accede mediante dos pronaos de cuatro columnas entre las pilastras terminales del pórtico de la fachada. Originariamente las cellae no tenían ábside y estaban cubiertas por viguería plana. El aspecto actual se debe a la restauración llevada a cabo por Majencio tras el incendio del 307: las cellae se remataron entonces con sendos ábsides destinados a cobijar las estatuas de Venus (sita hacia el Coliseo), como protectora de la Gens Iulia y de la diosa Roma (sita hacia el Foro), como patrona de la ciudad que era el centro del mundo (caput mundi).

Hasta ese momento dichas divinidades habían aparecido en numerosos relieves como acompañante de los emperadores, sobre todo en los desfiles triunfales, pero carecían de estatuas de culto. En este caso ambas contaron con tal privilegio: a la primera de estas dos diosas se la representó como a Venus Felix, protectora de la fertilidad y de la prosperidad, sentada en un trono con una lanza en su mano izquierda y un Cupido alado en la derecha. A la segunda como a la Roma Aeterna, sedente en una silla curul, con una lanza en su mano izquierda y una Victoria en la derecha. Con ellas se

transmitía el mensaje de la edad dorada (aetas aurea) del Imperio, acuñado con éxito bajo el gobierno de Trajano y utilizado por sus sucesores. La cella de la diosa Roma es la que se conserva en mejor estado.

El techo original fue reemplazado entonces por bóvedas semicirculares artesonadas y estucadas. Además, los lados más largos del interior se jalonaron con columnas de pórfido y en sus paredes se construyen hornacinas, enmarcadas por columnitas de pórfido y apoyadas sobre modillones, para colocar estatuas. La obra muraria era de hormigón revestido con ladrillos y forrado con lajas de mármol. Su pavimentación se hizo con ricos mármoles policromos. En la actualidad ya no tiene la columnata que rodeaba al edificio, reemplazada por un seto perimetral. Como vestigios in situ solo quedan algunas columnas de granito gris del pórtico.

El Antiquarium

El Antiquarium del Foro se halla instalado en el antiguo convento de la iglesia y basílica menor de «Santa Maria Nova», conocida también como «Santa Francesca Romana». Esta iglesia se construyó a mediados del siglo X sobre un oratorio dedicado a los santos Pedro y Pablo que el papa Pablo I había erigido en uno de los costados del templo de Venus y Roma. Según la tradición ocupó el lugar donde se decía que Simón el Mago había muerto. Este personaje para demostrar que sus poderes eran superiores a los de san Pedro y san Pablo levitó ante ellos. Ambos apóstoles se arrodillaron y rezaron. En ese momento Simón cayó al suelo para no levantarse jamás. Las piedras en basalto donde los dos santos dejaron la huella de sus rodillas están empotradas en la pared meridional.

Recibió el nombre de «Santa Maria Nova» para distinguirla de la llamada «Santa Maria Antiqua», ya en ruinas por esa época, tal vez como consecuencia de un temblor de tierra. En el siglo XIII fue reconstruida por el papa Honorio II, siendo entonces cuando el ábside se decoró con el bello mosaico de la Maestá, la virgen entronizada y acompañada de santos, y construyéndose el esbelto «campanile» incrustado con mármoles polícromos. Desde 1348

estuvo al cuidado de los benedictinos olivetanos y en el siglo XVII se dedicó a «Santa Francesca Romana», canonizada en 1608 y cuyos restos se encontraban en la cripta. Su pórtico de travertino y la fachada fueron rehechos por Carlo Lombardi en el 1615.

En su interior, de una sola nave, se encuentran obras de gran valor y la tumba del papa Gregorio XI, quien consiguió trasladar la sede del papado desde Avignon a Roma. Fue reconstruida a partir de un dibujo de Per Paulo Olivieri, firmado y fechado en 1584 y que se encuentra en el lado meridional del transepto.

El museo ocupa el claustro del convento y en él están expuestos los hallazgos más importantes de las excavaciones realizadas en el Foro, desde las correspondientes a los más antiguos enterramientos arcaicos de los siglos IX y VIII a.C., hasta los retratos imperiales en él aparecidos, e incluso el torso de la Victoria que presidió en su día la Basílica Iluia.

«Santa Francesca Romana», cuyo nombre real era Fancesca Bussa di Leone (1384–1440) fue una mujer perteneciente a la nobleza de la ciudad, casada y madre de familia ejemplar que fundó, al quedarse viuda, un convento de monjas oblatas benedictinas. Es una santa muy popular en Roma ya que es la patrona de los conductores y motoristas cuya festividad se celebra el 9 de marzo.

1 Aunque, con el tiempo, la palabra forum adquirió el significado de plaza pública o mercado, en un principio el origen de su denominación se debió a este adverbio de lugar, foras, que significaba afuera.

2 Livio, I, 19; Varrón, De lin, lat. V, 165; Plinio, Nat.hist. XXXIV, 33.

3 Se cerró en tiempos de Numa; en el 235, después de la primera Guerra Púnica; en el 30 a.C., después de la batalla del Actium (Accio, promontorio de Acarnania, en el Epiro, donde Augusto venció a Marco Antonio); en la época de Nerón; de Cómodo; de Gordiano III; y en otros breves espacios de tiempo, bajo emperadores que, con tal gesto, pretendían hacer ostentación de su

buen gobierno

4 Tácito, Ann.XII, 24.

5 Marco Furio Camilo era considerado «segundo fundador de Roma». Tomó la ciudad etrusca de Veyes (396 a.C.), cuyo asedio duraba diez años, y expulsó a los galos que, en el 390 a.C., se habían apoderado de Roma. Su caudillo, Breno, cayó prisionero de las tropas del general romano y fue ejecutado en el propio campo de batalla.

6 Primera guerra púnica, del 264 al 241 a.C., Sicilia se convirtió en provincia romana, como primera posesión fuera de Italia y, poco después (238 a.C.) eran sometidas Cerdeña y Córcega que pasaron a formar una nueva provincia. Segunda, 218 al 201 a.C. (desde la toma de Sagunto, en el 219, por los cartagineses hasta la batalla de Zama, en el 202). Tercera 150-146 a.C. (del desembarco de los romanos en África a la destrucción de Cartago).

7 Varrón, De lin. lat. V, 47.

8 CIL., VI, 9926, 33923; XIV, 2433.

9 Horacio, Sat.II, 3,228; Plauto, Curcul. 482.

10 Varrón, De lin.lat.V, 155.

11 Marco Porcio Catón (232-147 a.C.), llamado el Antiguo o el Censor, célebre por su austeridad y por las continuas críticas que de él mereció la sociedad corrupta de su tiempo. Fue autor de varias obras de entre las cuales destacó la titulada Orígenes del pueblo romano, muy tenida en cuenta por los tratadistas de la época. Su bisnieto, que llevó su mismo nombre, llamado de Utica (96–46 a.C.) fue, asimismo, un político severo, de recta conducta, que censuró, siempre que fue necesario a políticos de la talla de Craso, Pompeyo, César, Cicerón, etc. Escribió una obra dedicada a su bisabuelo, Elogio a Catón.

12 Liv., XXXIX,44; Plutarco,Cato Maior,19; Cato Minor, 5.

13 Plinio, Nat.hist.VII, 212).

14 Liv., XXVI, 27, 9; XVII, 50, 9.

15 Cf. Capítulo VIII, el Capitolio: el Asylum, el Tabularium y el Templum Veiovis.

16 Roma sufrió en varias ocasiones severos incendios que destruyeron barrios enteros y numerosos edificios. Por su importancia destacan los acaecidos en las siguientes fechas: 111, 83, 52, 26 (Augusto), 14, 9 a.C.; 56, 64 (Nerón), 69 (Vitelio-Vespasiano), 80 (Tito), 94 (Domiciano), 191 (Commodo), 217 (Macrino, uno de los más voraces), 283 (Carino), 363(destrucción del templo de Apolo). Terremotos: especialmente intensos fueron los de los años 470 y 847.

17 Quinto Aurelio Símaco (340–402) fue un destacado escritor y estadista, conocido sobre todo por sus «Relaciones» (Relatio) y por ser un convencido defensor del paganismo, la religión tradicional romana, frente al cristianismo. En desacuerdo con San Ambrosio, defendió la permanencia de la Victoria como símbolo del Imperio romano en el interior de la Curia, aunque, a la postre, su criterio no fue respetado.

18 Antonio Sangallo, el joven (Florencia 1484–Temi 1546), fue un famoso arquitecto y pintor renacentista perteneciente a una destacada familia de artistas y discípulo fiel de las enseñanzas de Donato Bramante en Roma.

19 Pietro da Cortona (1596–1669), célebre arquitecto y pintor romano de comienzos del barroco.

20 Dícese de la escritura en la que un renglón aparece de izquierda a derecha y el siguiente de derecha a izquierda. Debe su nombre a su semejanza con los surcos que abren los bueyes al arar (Βοῦς, buey; στρέφω, volver)

21 Cf. Capítulo II, Fuentes para el estudio de los orígenes de Roma: la inscripción del Lapis Niger.

22 La invasión de los galos al mando de su jefe Brenno tuvo lugar en el 390 a.C., fecha de la batalla de Alia. Tras su victoria, incendiaron y saquearon la ciudad, aunque no pudieron tomar el

Capitolio ya que, según la leyenda, lo impidieron las ocas de la diosa Juno (Iuno Moneta, la avisadora) que advirtieron del peligro con sus cacareos. Brenno accedió a la retirada de sus tropas a cambio del pago de un abusivo botín. Se decía que fue fijado por medio de una balanza y pesos trucados. Al darse cuenta los senadores romanos del fraude de las pesadas y protestar airados, él puso en el platillo del peso exigido su propia espada, con lo que aumentó la cuantía del oro que debía entregarse. Brenno, mofándose de sus enemigos, exclamó: Vae victis (¡Ay, de los vencidos!), frase llamada a convertirse en una conocida sentencia. Liberada Roma por el dictador Camilo, el triunfador de la famosa ciudad etrusca de Veyes (396 a.C.), dió a las desafiantes palabras de su enemigo una rotunda respuesta: Non aurum, sed ferro, recuperanda est patria (no es el oro, sino la espada lo que recupera a la patria).

23 Según la leyenda, Rómulo, a la edad de 54 años, el día de las nonas de julio cuando estaba pasando revista a sus tropas en el Campo de Marte, en el pantano de la Cabra (Palus Caprae) fue sorprendido por una terrible tempestad, acompañada por un eclipse de sol. Entre rayos y truenos desapareció del mundo de los vivos para ser llevado junto a los dioses, como más tarde aseguró Julio Próculo. Este personaje confesó que Rómulo se le había aparecido y le había revelado que se había convertido en el dios Quirino. Le ordenó, además, que dijera a los romanos que se le levantara un templo en el Quirinal, petición que fue atendida. Sin embargo, frente a esta mítica y prodigiosa ascensión de Rómulo al Empíreo, los historiadores de épocas posteriores sostuvieron que fue asesinado por los senadores quienes inventaron la citada leyenda de su ascensión a los cielos, para calmar a la plebe. Aportaban, como argumento, la existencia de la llamada tumba de Rómulo en el Comicio, bajo la Piedra Negra a la que hicieron referencia varios autores (Festo, Dioniso de Halicarnaso, Plutarco, etc.).

24 Faústulo fue el pastor que, a orillas de Tíber, al pie del Palatino, recogió a los gemelos Rómulo y Remo, confiando su crianza a su esposa Aca Larentia.

25 Vulcano, identificado con el Hefesto griego, fue una divinidad romana que contaba con un flamen particular (sacerdote) y una

fiesta propia que se celebraba en plena canícula estival, el 23 de agosto de cada año. Se le sacrificaba un ternero rojo y un verraco que se arrojaban al fuego, encendido en su honor, así como pececitos y otros pequeños animales. Se creía que estas ofrendas preservaban la vida de las personas en cuyo beneficio se realizaban. Al parecer su culto fue introducido en Roma por el sabino Tito Tacio, aunque la construcción de su santuario se atribuía a Rómulo.

26 Se llamaba rostrum (rostra, en plural) al espolón de bronce que reforzaba la proa de los navíos de guerra. Con él se embestía a las naves enemigas para provocar su hundimiento.

27 Lua, una ancestral divinidad romana estaba asociada a Saturno en una fórmula de devotio o consagración de los despojos de los enemigos. Se la consideraba portadora de la peste o generadora de una gran mancha mágica que se deseaba que cayese sobre los adversarios.

28 A las estatuas de estas doce divinidades eran a las que, en algunas solemnidades, se las ofrecía un banquete (lectisternium) sentándolas alrededor de una mesa, colocadas en sus correspondientes klinés o biclinia.

29 El «Anónimo de Einsiedeln» es un manuscrito de hacia el año 800, descubierto en una abadía suiza del lugar del que recibe su nombre (localidad de Einsiedeln = eremita). En él se describen algunos itinerarios de Roma, sus principales monumentos y sus inscripciones.

30 Tiberio y Cayo Sempronio Graco, hijos de Cornelia (hija de Escipión el Africano) fueron unos famosos reformadores sociales durante la segunda mitad del siglo II a.C. Su actividad dio un gran impulso a las luchas que enfrentaron a los optimates (terratenientes) con los populares (proletarios), pero ambos fueron asesinados a manos de sus enemigos.

31 Las Tres Gracias en latín, identificadas con las Cárites griegas, eran Eufrósine, Talía y Áglae. Encarnaban cuanto de amable y bello había en la naturaleza. Se las representaba como a tres jóvenes desnudas, cogidas por los hombros y mirando dos de ellas en la misma dirección y la del medio en dirección opuesta.

32 Virg., En., 12.

33 Suet., Los doce Césares, Cayo Julio César, LXXXII; W. Shakespeare, Marco Antonio (drama escrito en cinco actos, en verso y prosa, en 1599): Discurso fúnebre de Marco Antonio: Entonces estalló su poderoso corazón y, cubriéndose el rostro con el manto, el gran César cayó a los pies de la estatua de Pompeyo, al pie de la cual se desangró... ¡Oh que funesta caída, conciudadanos!

34 Ov., Fast., VI, 260 s. Ovidio identifica a Vesta con la Tierra, lo que justifica la forma circular del templo que recuerda al globo terráqueo

35 Cf. Capítulo XVI, el Celio: Basílica Hilariana.

X. LOS FOROS IMPERIALES

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Foros Imperiales): 7,3 MB

Pincha para descargar imagen de la Planimetría del Centro monumental de la Roma antigua: 0,9 MG

Pincha para descargar imagen de la Planimetría actual de los Foros Imperiales: 1 MG

En tiempos de César el espacio del Foro dedicado al desarrollo de la actividad política resultaba insuficiente. El área del Comitium no ofrecía el marco adecuado para la celebración de los actos públicos que los nuevos tiempos requerían y, dada la estructura del propio Foro limitado al Norte por la roca del Capitolio y cubierto su suelo por venerables edificios, no era posible ningún tipo de ampliación satisfactoria. Por otro lado, hay que tener en cuenta que desde la época de Sila, el propósito de todos cuantos dirigieron los destinos de la República fue hacer de Roma una ciudad equiparable a las grandes urbes helenísticas con las que habían tomado contacto a través de sus campañas militares.

Tales circunstancias potenciaron la creación de nuevos espacios urbanos, los llamados Foros Imperiales que, unidos al Forum Magnum, así denominado a partir del nacimiento de sus émulos en reconocimiento a su solera histórica, conformaron el centro monumental y político de la nueva Roma. El primero de todos ellos fue el de César, edificado al norte del antiguo Foro como una prolongación del mismo, a su regreso victorioso de las Galias. Después se construyó el de Augusto en el área situada al este del de César, en la ladera del Quirinal, para celebrar su victoria sobre los asesinos de César, Bruto y Casio en la batalla de Filippos en el 42 a.C. Más tarde, fue Vespasiano quien mandó edificar el Templum Pacis, tras su triunfo en las guerras judaicas, para depositar en él los expolios del templo de Jerusalén. Al estar enclavado dentro de un amplio recinto rodeado de pórticos, a partir del siglo IV d.C. comenzó a llamarse Forum Pacis o Forum Vespasiani. Entre éste y

el de Augusto quedó un espacio vacío que Domiciano decidió urbanizar con un nuevo Foro, estrecho y largo, que fue terminado por Nerva, razón por la cual recibió el nombre de Forum Nervae, aunque también fue conocido como Forum Transitorium, ya que servía de acceso al Argiletum, un populoso barrio comercial, donde tenían sus tiendas los anticuarios y libreros.

El último Foro fue el construido por Trajano después de sus victorias en las guerras dácicas, al norte del de Augusto. Para disponer del espacio necesario para realizar su proyecto tuvo que mandar rebajar más de 30 m, un montículo adyacente al Quirinal, proeza técnica de la que dejó constancia en la inscripción de su célebre columna, como luego veremos.

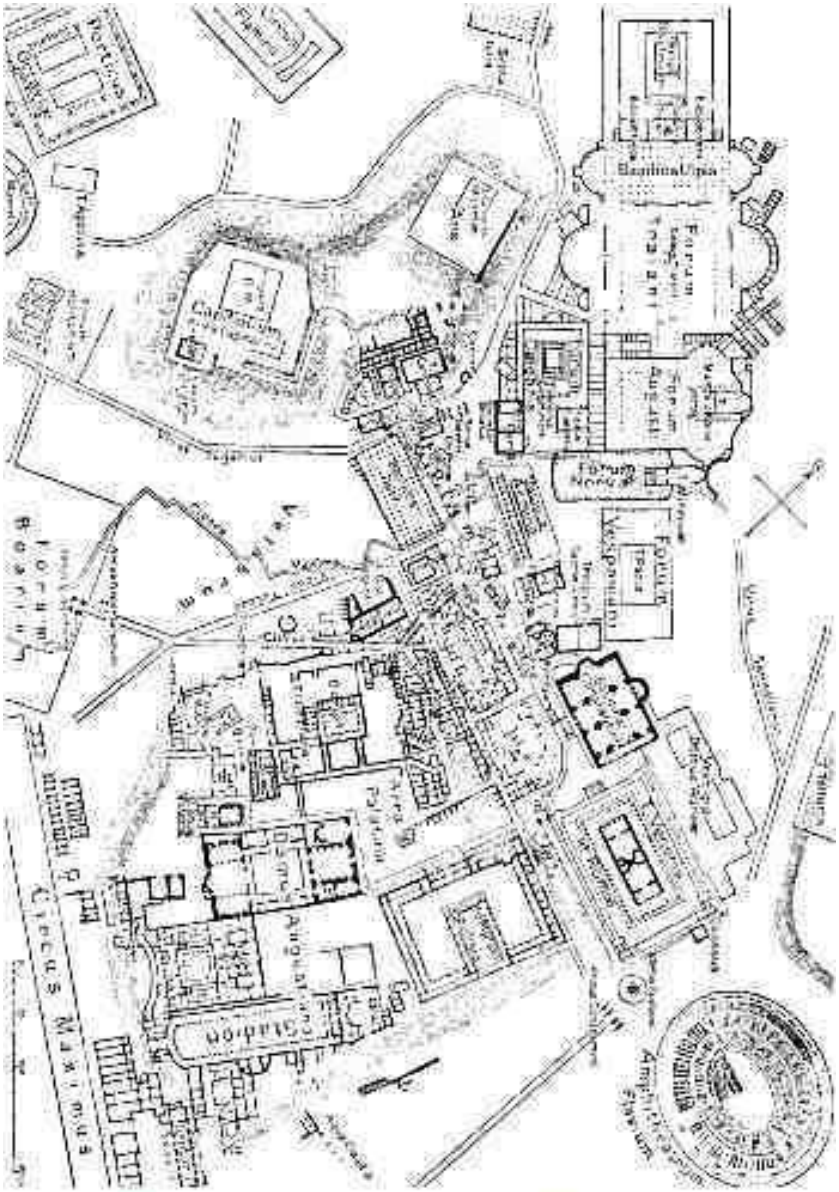
En el transcurso de la Edad Media y del Renacimiento este conjunto de Foros de época imperial sufrió grandes daños, ya que desde el siglo IV d.C. se descuidó su mantenimiento y conservación. La Roma cristiana eligió nuevos espacios para el emplazamiento de sus templos y residencias, por lo que tras las invasiones de los bárbaros se fue convirtiendo, poco a poco, en una cantera de fácil acceso de la que extraer toda clase de materiales para la construcción de nuevos edificios. Además, sobre las escasas ruinas que iban quedando se levantaron un número considerable de modestas viviendas que vinieron a cubrir los pocos restos que habían conseguido salvarse.

La recuperación de esta zona monumental de Roma en la medida que fue posible, ya que parte del Foro de Augusto y el Templum Pacis Vespasiani se encuentran soterrados bajo la actual Vía de los Foros Imperiales, se debe principalmente a las obras de excavación y restauración de Corrado Ricci quien, desde 1911 a 1932, se dedicó al rescate y consolidación de estas imponentes ruinas, testimonios evidentes de la grandeza urbanística que alcanzó Roma a partir del el siglo II d.C. Los trabajos se centraron en el área comprendida entre el Foro de Augusto, el de Nerva y el de Trajano, incluidos los Mercados, y los resultados de los mismos fueron recogidos en los dibujos realizados por Ludovico Pogliaghi. Sin embargo, no se proporcionaron datos referentes a la estratigrafía antigua, ni del llamado barrio alejandrino, derruido para posibilitar el trazado de la «Via del´ Impero» y del que solo queda, como

testigo de su presencia, la llamada «Via Alexandrina».

En 1932, Mussolini inauguró la «Via del' Impero» (antigua «Via dei Monti»), construida sobre parte del solar ocupado por los Foros Imperiales, de los cuales aún afloraban numerosas ruinas. A pesar del interés que siempre manifestó por la grandeza del pasado de Roma, a la hora de crear una amplia avenida para unir el Coliseo con la «Piazza Venezia» no reparó en soterrar los restos arqueológicos del área que había sido el centro monumental de la ciudad antigua. Dicha arteria, hoy denominada «Via dei Fori Imperiali», se programó en definitiva como marco para la celebración de los desfiles militares y propagandísticos con los que el Duce trató de justificar la implantación y exaltación del régimen fascista.

En estos últimos años de acuerdo con el Proyecto Foros Imperiales iniciado en 1995 por la Soprintendenza Comunale de Roma, se ha llevado a cabo una nueva excavación en el área correspondiente al Foro de Nerva, y el 21 de abril (fecha conmemorativa de la natalis Romae) de 1998 se abrieron otras tres excavaciones: en el Foro de Augusto, en el Templo de la Paz y en el de Trajano. Desde entonces, coincidiendo con el plan de intervenciones y restauraciones de los edificios más emblemáticos de la ciudad, iniciado con motivo del Jubileo del año 2000, y contando con la financiación prevista, se puso en marcha un ambicioso plan de excavación y de restauración dirigido por Eugenio La Rocca que ha incluido, además, la creación de un museo dedicado a la exposición de todos los objetos hallados en el ámbito de tales recintos. Dicho museo se ha instalado en la llamada Basílica o Gran Aula, sita en los mercados de Trajano. Por otro lado, la «Torre dei Conti», construida a finales del siglo XII[1], sobre una de las exedras del templo de la Paz, una vez restaurada, se convertirá en la sede del Museo Arqueológico Medieval.



Planimetría del Centro monumental de la Roma antigua

A pesar de los inconvenientes que supone toda excavación urbana y el caos que se creó en el centro de Roma en el año 2000 con la visita de miles de peregrinos que se encontraron con el corazón de la ciudad horadado por un imponente hueco, solo sorteable por

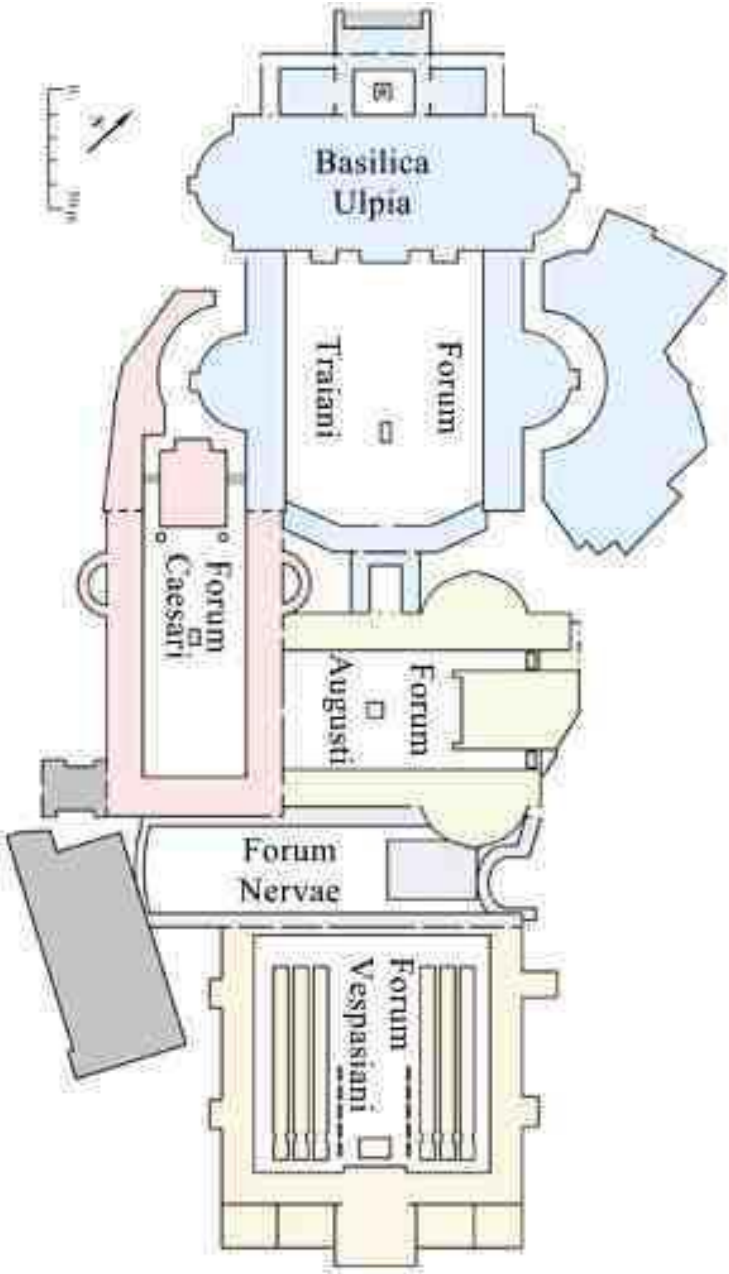
metálicas pasarelas, puede decirse que tanto los romanos como los visitantes aceptaron y siguen aceptando gustosos todo tipo de incomodidades porque salta a la vista que la excavación que se está llevando a cabo en los Foros Imperiales es la más importante de cuantas se han realizado en Italia y que, gracias a ella, se podrá conocer, con exactitud, más del 50% de lo que fue el centro monumental de la Roma antigua.

En el mes de Junio del 2001 se abrió al público la vía principal de los Mercados de Trajano, la llamada «Via Biberatica» y la apertura del Museo de los Foros Imperiales tuvo lugar en la primavera del 2002. Al hablar del Foro de Trajano volveremos a tratar con más detalle de este gran proyecto arqueológico

El Foro de César (Forum Caesaris)

Cuando César concibió el proyecto del nuevo Foro, el Forum Caesaris, se encontró con el problema de que el área elegida para su ubicación se hallaba cubierta de casas particulares, generalmente de gente acomodada, que habían ido construyendo sus viviendas en la zona norte del Foro. Al convertirse de este modo en una barriada céntrica, el suelo llegó a alcanzar precios muy altos. Por entonces, aún no había comenzado la expansión urbanística de la ciudad por el Campo de Marte, proceso que se iniciaría años más tarde en virtud del plan de desarrollo impulsado y llevado a cabo por Augusto y Agripa, y los solares más solicitados eran los que se apiñaban entorno al viejo casco republicano. En consecuencia, lo primero que tuvo que hacer César fue comprar dichas casas por las que pagó una gran suma de dinero, aunque las cifras varían según los autores que nos hablan de esta operación[2]. La expropiación fue posible gracias al rico botín de guerra (ex manubiis) que había conseguido en la Guerra de las Galias y que se jactó de ceder por entero al pueblo romano para embellecimiento de la ciudad. Los trámites de dicha expropiación se iniciaron en el 54 a.C. y no se acabaron hasta el 51 a.C., fecha en que debieron de iniciarse las obras de demolición y adecuación del terreno, ya que había que proceder al desmonte de parte de la zona comprendida entre el

Capitolio y el Quirinal y que más, tarde sería continuada por Trajano. César[3] continuó, entre tanto, luchando en la Galias hasta el 52 a.C. En ese mismo año Pompeyo[4] consiguió ser nombrado cónsul único (sine collega) con la ayuda del Senado. Tal medida y el hecho de conocer la noticia de que había sido declarado enemigo de la Patria, provocó finalmente su decisión de regresar a Roma. Fue entonces cuando cruzó con sus tropas el Rubicón, un insignificante riachuelo fronterizo entre la Galia Cisalpina y la Alta Italia, pronunciando la legendaria frase de: Alea iacta est[5]. Pompeyo huyó a Brindisi y se embarcó hacia Durazzo[6] con el fin de trasladar la guerra a las provincias orientales. Su equivocada estrategia terminó con su derrota en la batalla de Farsalia[7] en el 48 a.C. y, más tarde, su vil asesinato en Egipto a manos del eunuco Potino, el valedor del joven Ptolomeo XIV frente a su hermana Cleopatra VII. Fue en esta contienda decisiva para César cuando hizo voto solemne de dedicar un templo a la divinidad de su gens, Venus Genitrix[8], dentro del Foro que ya se estaba construyendo. La inauguración solemne tuvo lugar en el 45 a.C.



Planimetría actual de los Foros Imperiales

El nuevo Foro era un rectángulo largo y estrecho (160 × 75 m.), en

uno de cuyos testeros cortos, el occidental, se adosó el citado templo, frente a su acceso principal, sito al este. Todo él fue rodeado de pórticos en los que se ubicaron las consabidas tabernae o locales comerciales. Las obras fueron terminadas por Augusto después de la muerte de César.

El templo de Venus Genitrix, se elevaba sobre un alto podium de opus caementicium, al fondo del Foro. Era picnóstilo, según Vitrubio[9], lo que significaba que la distancia que mediaba entre las columnas del pronaos y las de los laterales de la cella era de un diámetro y medio, mientras que proporción canónica era de dos diámetros y un cuarto. Las excavaciones han demostrado que era octástilo en su frente, que tenía nueve columnas en sus lados largos y que el del fondo era ciego. La cella tenía seis columnas, a cada lado, muy próximas a sus paredes y sobre las cuales corría un arquitrabe decorado con figuras de erotes (amorcillos). Terminaba en un ábside en el que se colocó la estatua de la diosa patronímica, obra del escultor Arquesilao de Cirene, uno de los muchos artistas griegos que trabajaron en Roma en esta época. Al parecer llevaba un pequeño Eros en el hombro y otro cogido de la mano. Este último, en algunas descripciones, se le identifica con Iulo, el fundador de la estirpe Iulia[10]. Se tiene noticia de que fue colocada en su sitio antes, incluso, de ser terminada del todo.

El pórtico del templo sirvió de pinacoteca y en él se exhibieron cuadros de destacados artistas griegos que César había hecho adquirir. Además, se colocaron en él una escultura de bronce dorado de Cleopatra; otra con loriga del propio César; una reproducción, también en bronce dorado, de su fiel caballo; etc.[11] En el centro de la plaza se alzó la estatua ecuestre del dictador, al igual que las anteriores, de bronce dorado.

En todo el conjunto, construido de acuerdo con una planificación axial, puede apreciarse el eco de modelos helenísticos que César consideró idóneos para la propaganda de su ideología política, encaminada a la divinización imperial. No puede olvidarse que en Egipto se había levantado el Cesarion, un templo dedicado en su honor cuando ya había sido consagrado como dios. La mentalidad romana aún no estaba preparada para aceptar los procesos de identificación entre las glorias militares y las divinas, ni para la

deificación de sus generales, pero lo cierto es que el esquema de este Foro, ampliado y mejorado, se convirtió en el modelo de los construidos posteriormente y marcó el camino para la aceptación de la divinización imperial que se atribuirían sus sucesores. Sin embargo, los templos que presidieron los siguientes Foros todavía estuvieron consagrados a los dioses: a Marte, el del Foro de Augusto; a la Paz, el de Vespasiano; a Minerva, el de Domiciano. Solo en el caso del de Trajano, si es que hubo un templo rematando el conjunto (lo que en la actualidad se descarta) se dedicó al emperador: Templum Divi Traiani. Lo más probable es que fuera todo el conjunto el que recibiera ese nombre por voluntad expresa de Adriano.

Los fragmentos arquitectónicos exhumados de este primer Foro Imperial, pertenecen, sin embargo, a la reforma llevada a cabo por Trajano entre los años 108 y 113 d.C., iniciada probablemente por Domiciano, tras el incendio del año 80 d.C. Este incendio no solo afectó al Capitolio, sino también al centro monumental de la ciudad. Las columnas del interior de la cella eran de mármol de «giallo antico» y durante largo tiempo solo tres de ellas se mantuvieron en pie, las mismas que, después de su caída, se alzaron tal y como pueden verse en la actualidad. El Foro y el templo, totalmente restaurados, fueron inaugurados el 18 de mayo del 113 d.C., el mismo día que la columna trajana.

La plaza porticada se amplió hacia el Oeste, con la construcción de la Basilica Argentaria que vino a ocupar el área del antiguo Atrium Libertatis. De este edificio de ladrillo se han encontrado importantes restos. Se abría al Clivus Argentarius que, desde la Carcer o Tullianum, ascendía bordeando las laderas del Capitolio y el Forum Caesaris por su lado sudoccidental, hasta desembocar en la Via Lata. A dicha Basílica se accedía desde el fondo del pórtico meridional del Foro por medio de dos escalinatas. En el revoque que cubría las paredes del fondo se han podido leer algunos versos de la Eneida por lo que se ha supuesto que pudo haber sido una escuela de jóvenes. En el Medioevo se levantó sobre ella una pequeña capilla con pavimento de mármoles de color. Más tarde el Atrium Libertatis se instaló en el ábside occidental de la basílica de Trajano.

En época de Diocleciano después del incendio de Carino en el 283 a.C., se procedió de nuevo a una reconstrucción del Foro y de las tabernae, que fueron rehechas casi por entero. Pese a todo, la ruina del pórtico y del templo debió de empezar ya en época de Constantino, pues se tiene noticia de que fue por entonces cuando se tuvo que proceder a la consolidación de la fachada del mismo para evitar su desplome.

De su decoración se conocen varios fragmentos a través de los dibujos de Labacco (Architettura, Roma, 1557) y de Palladio (Antichità di Roma, 1576), tratadistas ambos que intentaron reconstruir su planta y alzado. Algunos de los restos del friso cubierto de exquisitos relieves de roleos de hojas de acanto y delicados erotes, pasaron a manos del cardenal Andrea della Valle y, más tarde, a la Villa Medici (donde todavía se encuentran), y al Museo Capitolino («Braccio Nuovo»). Otros pueden verse al pie de sus dos fachadas, tal y como salieron a la luz en las excavaciones realizadas en este foro por Corrado Ricci entre los años 1930 y 1933.

Las recientes excavaciones han sacado a la luz una buena parte de los pórticos del Foro, tanto los del lado sudeste, que marcaba el confín con el Argiletum y el Foro de Nerva, como los del lado sudoeste, pegados al Foro Republicano y a la iglesia de «Santi Luca e Martina», una antigua iglesia medieval edificada sobre parte de los edificios anexos a la Curia y totalmente reconstruida por Pietro da Cortona en 1640. Dichos trabajos han dejado al descubierto todo el perímetro de este Foro, aparte de proporcionar restos de un gran interés, incluidos, en algunas zonas, los vestigios de su pavimento.

El Foro de Augusto (Forum Augusti)

Este monumental Foro fue proyectado para albergar en su interior el templo de Mars Ultor (Marte Vengador), erigido en cumplimiento del voto hecho por Augusto al dios de la guerra en el año 42 a.C., tras la victoria de Filippos, sobre los asesinos de César, Bruto y Casio[12].Como en el caso de su antecesor, Augusto[13] tuvo que

enfrentarse a un largo proceso de expropiación de las casas existentes en el área elegida para desarrollar su proyecto, hasta el punto que de que no pudiendo adquirir todo el terreno deseado, tuvo que resignarse con lo conseguido y alzar un alto muro (30 m. de alto) aún hoy visible de piedra gabina y peperino, materiales refractarios al fuego, para aislar todo el conjunto del populoso barrio de la Subura (el valle existente entre el Quirinal y el Esquilino), donde los incendios eran muy frecuentes. Esta expropiación, como en el caso de su antecesor, se pagó a título personal con el producto del botín de guerra (ex manubiis).

El Foro se proyectó como un gran rectángulo porticado, más corto pero más ancho que el de César (125 m. de largo y 118 m. de ancho, contando las exedras), en cuyos lados mayores se encontraban dos hemiciclos cubiertos que se abrían hacia el Foro por medio de un pórtico columnado. Uno de ellos, excavado en 1888, se conserva en pie casi hasta su coronamiento (33 m. de altura), y el otro se ha visto liberado en tiempos recientes de las construcciones del «Convento dell' Annunziata», que había sido edificado en su interior y en parte del templo de Marte.

La inauguración de este nuevo Foro tuvo lugar en el año 2 a.C.[14], pero en dicha fecha el templo de Marte Vengador estaba aún sin terminar. Las obras fueron continuadas por sus sucesores y se mantuvieron en curso por espacio de un siglo. Tiberio, en el 19 d.C., hizo levantar dos arcos a ambos lados del templo en honor de las victorias de Druso el Menor (hijo de Tiberio) y Germánico (hijo de su hermano Druso) sobre los germanos[15]. Adriano, por su parte, aún realizó en él notables mejoras[16].

Los pórticos laterales estaban sostenidos por columnas de mármol «cipollino», de 9,50 m. de alto, rematadas por capiteles corintios, sobre los que corría un arquitrabe adornado con una rica cornisa de ménsulas y casetones; sobre el citado arquitrabe se alzaba un ático en el que alternaban elegantes cariátides, copia de las del Erectheion de Atenas, con clípeos en los que figuraba la cabeza de Zeus Amón y de otras divinidades. Restos de esta decoración se conservan en el Antiquarium del Foro y en la casa de los Caballeros de Rodas.

En tan grandioso escenario Augusto hizo colocar las estatuas de los

principales reyes y héroes de Roma, desde Eneas, pasando por los míticos reyes de Alba Longa y los más destacados héroes de la República, hasta llegar al propio César. Según algunos autores dichas estatuas eran de bronce dorado[17], mientras otros dicen que eran de mármol[18]. Es posible que unos y otros llevasen razón. Tal vez las colocadas en los nichos de los hemiciclos, por ser menor su profundidad, fueron las de bronce, mientras que las colocadas en los intercolumnios de los pórticos laterales, serían las esculpidas en mármol. Todas ellas tenían dos inscripciones: una en la basa, con el nombre y cargo del personaje (titulus) y la otra en una placa de mármol que se supone fijada en la pared o en un pequeño pedestal delantero, donde se hacían constar sus principales hazañas (elogium). En el pórtico norte se dispusieron las estatuas de Eneas, hijo de Venus y Anquises, de Iulo y la de los míticos reyes de Alba Longa, antecesores todos ellos de la gens Iulia. En el lado meridional estaban la de Rómulo, el fundador de la ciudad, y la de los mas célebres personajes de la República (summi viri), tales como Aulo Postumio, el vencedor de los Latinos en la batalla del Lago Regilo (496 a.C.); Apio Claudio Cieco, el célebre fundador de la Via Appia y el Aqua Appia (312 a.C.); Duilio, el vencedor de los cartagineses en Mylae (260 a.C.); Q. Fabio Máximo, el dictador nombrado después de la derrota del Lago Trasimeno (217 a.C.), a quien por sus dotes de estrategia y habilidad en los sistemas de ataque, se le dio el nombre de Cunctator (Contemporizador); L. Cornelio Escipión, el Asiático, vencedor de Antioco III en Magnesia (189 a.C.); Q. Cecilio Metelo, el Macedónico († en el 115 a.C.); Mario (156–86 a.C.) y Sila (138–78 a.C.), los dos enconados rivales; C. Julio César, el padre del dictador y el propio Julio César (102–44 a.C.). La galería de celebridades se completaba con la estatua de Augusto que, montado en un carro triunfal, debió de ocupar el centro del Foro, frente al templo de Marte, en una zona todavía en proceso de excavación[19].

En este Foro, destinado a la gloria del emperador y a la celebración en él de toda suerte de ceremonias militares y triunfales, se reunió el Senado siempre que hubo que tomar decisiones para declarar la guerra, firmar la paz o decretar los triunfos militares. Además, sirvió de marco idóneo para actos solemnes, tales como la entrega de despachos a los gobernadores que partían para las provincias del Imperio y su recibimiento a su regreso, momento en el que iban a

depositar al pie del dios Marte las insignias de las victorias; la investidura de la toga virilis[20] a los jóvenes de las familias aristocráticas que iniciaban así su carrera política; y, en general, todas las actividades de especial realce relacionadas con la vida militar.

Este incomparable espacio, calificado por Plinio como una de las obras más bellas que jamás ha visto el orbe, se convirtió además en una incomparable galería de arte[21]. Se citaban como obras destacables dos cuadros de Apeles (famoso pintor griego del siglo IV a.C.). En uno de ellos aparecían los Dioscuros acompañados de una Victoria; y en el otro se representaba a Alejandro en un carro triunfal y la imagen alegórica de la Guerra con las manos atadas. Más tarde, este cuadro fue retocado en época de Claudio, sustituyéndose el rostro del caudillo macedón por el de Augusto. Había también dos famosas estatuas de marfil: una de Apolo y otra de Minerva, ambas atribuidas al escultor Endoios.

En el fondo del pórtico de la izquierda había una gran sala cuadrada, revestida de mármol, en la que fue hallado un basamento que debió de servir de asiento a una gigantesca estatua de 14 m. de altura que se ha identificado con el Coloso de Augusto citado por Marcial[22]. Se cree que dicha estatua fue erigida por Claudio que fue quien transformó dicho espacio, originariamente sede de un Tribunal, en un heroon dedicado a la memoria del fundador del Imperio. Sin embargo, lo más probable es que fuera Tiberio quien tras la muerte y divinización de Augusto, ordenase su factura y colocación en tal emplazamiento.

Una sala cuadrada, con un atrio en el centro y rodeada de un pórtico con pilastras, que se encuentra en el ángulo septentrional del recinto, casi aislada del Foro, se ha supuesto que pudiera ser una dependencia de la casa de los Salii, los sacerdotes de Marte que estaban encargados de la custodia del templo. Se contaba que al emperador Claudio, cuando en una ocasión estaba presidiendo una reunión en el Foro, le llegó el olor de las viandas que preparaban estos sacerdotes para la celebración de un ágape, lo que despertó su apetito de tal manera que abandonó su puesto oficial para participar del banquete[23]. Los Frates Arvales también celebraban en este Foro sacrificios en honor del dios Marte y del Genius del

Emperador, encargado de velar por su salud[24].

A derecha e izquierda del templo se abrieron sendos arcos por los que se llegaba a la Subura y al Esquilino respectivamente. El de la derecha, ligeramente sesgado, fue conocido en el Medioevo con el nombre de «Arco dei Pantani» por estar enclavado en terrenos frecuentemente encharcados; a la izquierda había una serie de tres arcos, más pequeños y bajos, y una escalinata interna con la que se salvaba el desnivel existente.

El templo de Marte, al que se accedía por una amplia escalinata compuesta por diecisiete gradas de mármol, se adosó al lado oriental del Foro. Se alzaba sobre un podium de 3,35 m. de altura, de tufo revestido de mármol y decorado con guirnaldas metálicas. Su estructura respondía al modelo itálico: períptero por tres de sus lados, con ocho columnas corintias en cada uno de ellos, mientras que el muro trasero era ciego. Las columnas, asimismo de mármol de Carrara, medían 15,30 m. de alto y tenían un diámetro de 1,76 m. Tres de ellas han sido restauradas y colocadas en su lugar para dar una idea de lo que fue el templo en sus días de esplendor.

En el interior de la cella había dos hileras de columnas destinadas a sostener la techumbre. Se alzaron sobre plintos y a corta distancia de los muros, permitiendo que entre sus intercolumnios se colocasen las oportunas estatuas. La pared del fondo describía un gran ábside dentro del cual se alzaban las estatuas colosales de Venus y Marte sobre un basamento precedido por una escalinata de cinco gradas de mármol. Hay que suponer que serían obra de escultores pertenecientes al taller de Pasíteles, el más destacado de los artistas griegos establecidos en Roma en esta época y al que, desde el punto de vista estilístico, se le considera la figura principal de la llamada escuela neoática. El grupo se conoce por varias réplicas de terracota llegadas hasta nosotros. Por ellas se sabe que Marte, barbado, lucía una indumentaria militar y llevaba una lanza, mientras que Venus, apoyada en el hombro del dios, vestía un ligero jitón e iba acompañada de su hijo Eros. La anchura del basamento (cerca de 9 m.) ha hecho pensar en la posibilidad de que en vez de dos estatuas hubiera habido tres, siendo la tercera la del Divus Iulius.

Se sabe como pudo ser la decoración del frontón gracias a un

relieve de época de Claudio en el que se reprodujo la fachada del templo. En el centro aparecía Marte, apoyado en su lanza; a la izquierda estaban Venus y Eros, seguidos de Rómulo, sedente, observando como augur el vuelo de las aves, y de la representación del Palatino, una figura recostada que se adecuaba al espacio triangular de la comisura; a la derecha se encontraban la Fortuna, la Dea Roma y el río Tíber, también recostado.

En el sancta sanctorum del templo, localizado en un espacio asimétrico que se encontraba a la izquierda del ábside, se guardaban las insignias militares que los partos habían arrebatado a Craso en la batalla de Carrae (53 a.C.) y que habían sido devueltas a Roma en tiempos de Augusto, en el año 20 a.C.

Este grandioso templo comenzó pronto a sufrir graves daños, sobre todo porque, en el Medioevo, se instalaron en su interior numerosos hornos de cal con el fin de aprovechar in situ la abundancia de sus restos marmóreos. Como consecuencia su ruina debió de seguir un acelerado proceso, por lo que no es de extrañar que ya en el siglo IX a.C., los Bassiliani erigiesen sobre su destruida cella una capilla y excavasen el basamento para hacer una cripta sepulcral, lo que significa que las columnas de la fachada ya no se mantenían en pie. Hacia 1230 ocuparon parte de su recinto los Caballeros de Rodas[25] que establecieron aquí su sede o Priorato. En 1465 el cardenal Marco Bembo inició la reforma de dicho Priorato, y a esta remodelación pertenecen las elegantes galerías y salas con ventanas renacentistas que se abren al Foro. Entre los siglos XVIII y XIX, sobre una de las exedras se construyó el ya citado «Convento dell' Annunziatta», demolido al iniciarse las tareas de reconstrucción del Foro. En la actualidad, la mitad de su extensión total se encuentra bajo la vía de los Foros Imperiales, por lo que las excavaciones realizadas en su suelo han tenido que hacerse de forma parcial, bajando hasta el nivel originario de su primitivo pavimento.

El Templo o Foro de la Paz (Forum Vespasiani)

De este gran pórtico columnado, al que se refirió Plinio[26] como uno

de los espacios más hermosos de la ciudad, quedan escasos vestigios ya que se halla cubierto casi en su totalidad por la vía de los Foros Imperiales. Los restos que aún pueden rastrearse se encuentran en parte bajo la «Torre dei Conti», una torre que aún se alza esquina a la via Cavour y que fue erigida en el siglo XII, sobre una de las exedras septentrionales del Templum Pacis. Destruida en parte por un temblor de tierra que tuvo lugar en 1348, fue reconstruida por el papa Urbano VIII a comienzos del siglo XVII. En 1825, el canónigo A. Dionigi realizó dos prospecciones arqueológicas en los alrededores de dicha torre, consiguiendo exhumar interesantes restos de entre los cuales merecieron especial atención algunos fragmentos de columnas de granito rojo y mármol africano.

Parte integrante de este conjunto fue una gran sala con nichos en las paredes, sito en su ángulo sudoeste, que se cree que pudo ser la Bibliotheca Pacis. Fue transformada, en el 527 por el papa Félix IV (526–30) en la iglesia de los «Santi Cosma e Damiano»[27], convirtiéndose en vestíbulo de la misma al templo de Rómulo, así llamado por creerse que fue erigido por Majencio en honor de su hijo, muerto en el 307 d.C. Este edificio, del que ya hemos hablado, era de planta circular, enmarcado por dos edificios alargados, terminados en ábside, que se alza junto a la basílica de Majencio. Su fachada está formada por dos columnas de pórfido y de un arquitrabe procedente de un edificio más antiguo, y su hermosa puerta de bronce sería una de las pocas originales que se conservan en Roma.

Su dedicación es motivo de controversia, ya que hay quienes opinan que fue consagrado por Constantino a los Dioscuros, como compensación al hecho de haber tenido que derribar un pequeño sacellum a ellos dedicado al modificar la planimetría y construcción de la basílica empezada, en su día por Majencio[28] y que por ello aún se conoce con el nombre de su mortal enemigo. En la actualidad se ha procedido su total restauración.

En la pared externa de la citada sala, identificada con la Bibliotheca Pacis, se fijó la Forma Urbis, el plano general de Roma en su segunda versión, es decir la realizada por Vespasiano y Tito. La primera fue la de Agripa[29] y estuvo expuesta en el Porticus Vipsianae Pollae, junto con el Orbis Pictus (mapa del universo

conocido) en el Campo de Marte; la tercera fue la realizada por Septimio Severo y Caracalla, por ello conocida con el nombre de la Forma Urbis Severiana.

Esta última medición y planta catastral de Roma se grabó en losas de mármol que se fijaron en el mismo sitio que su predecesora. La pared donde estuvo durante siglos ha llegado casi intacta hasta nosotros y su análisis ha demostrado que el aparejo laetericio es de época de los Severos, ya que toda ella debió de rehacerse al proceder a la sustitución de un plano por otro. Dicha pared mide 23 m. de altura por 17 m., de ancho y en ella aún pueden verse las huellas de las grapas y de las alcayatas con que se fijaron las placas marmóreas, rectangulares, de 2×1 m., que componían este famoso plano. En él se representaron los principales edificios de la ciudad, sus calles, plazas, pórticos, manzanas de casas (insulae), etc., con sus respectivos nombres, escritos en letras capitales de diverso tamaño, según la importancia del lugar indicado. Por esta razón, en su conjunto, viene siendo el documento de referencia más fidedigno a la hora de tratar de localizar muchos de los edificios desaparecidos de la antigua Roma. Los fragmentos recuperados en el entorno de su ubicación son muy numerosos y han permitido la reconstrucción de una buena parte de los principales sectores de la ciudad. Los primeros hallazgos se produjeron en 1562, sin embargo, fue a partir del siglo XIX, cuando se encontraron la mayoría de ellos. En 1867 se exhumaron un buen número de pedazos; en 1888 se rescataron 185; en 1898, 451; y en las excavaciones de 1891, salieron a la luz otros 25 más. Desde entonces y hasta la fecha, no han dejado de aflorar nuevos trozos. Todos los restos hallados se encuentran en el Antiquarium Comunale del Celio en proceso de reconstitución y de estudio.

El nombre original del Foro de Vespasiano fue el de Templum Pacis o Pacis Opera y tan solo en época tardía se le comenzó a designar como Forum Pacis o Vespasiani, ya que la idea esencial de todo el conjunto era rendir tributo a la Diosa de la Paz, tras la victoria aplastante sobre el pueblo judío y la pacificación de Oriente. Esta gran plaza porticada con magníficas columnas de mármol africano se alzó donde, en época republicana, estuvo ubicado el gran Macellum, demolido para incorporar su solar a la nueva construcción.

Fue en el año 71 d.C. cuando Vespasiano decidió levantar un nuevo templo para depositar en él los trofeos traídos de Jerusalén y en especial los arrebatados a su célebre templo: el candelabro de los siete brazos de oro macizo, las tablas de las leyes de Moisés y las trompetas de oro y de plata, objetos sagrados representados con todo lujo de detalles en el relieve del triunfo de Tito que orna el interior del arco del Foro, erigido en honor de este emperador. La ubicación y estructura de dicho templo aún siguen siendo motivo de discusión, pero se tiene noticia de que su inauguración tuvo lugar en el 75 d.C.

En este recinto del Templum Pacis, Vespasiano reunió una de las mejores colecciones de esculturas y pinturas de los más famosos artistas griegos, allí expuestas para la admiración y disfrute del pueblo. Con esta medida condenaba la postura de Nerón, quien las había acumulado en la Domus Aurea como objetos de su exclusiva propiedad, a la par que dejaba constancia de su generosidad política.

Entre dichas obras destacaba el Iálisos de Protógenes, la Scylla de Nikómaco, la Batalla de Issos, copiada en el famoso mosaico de la Casa del Fauno de Pompeya y cuyo original se atribuye a Filóxeno de Eretria, etc. Tan variada colección justifica que Flavio Josefo, el historiador de las guerras judaicas, al referirse a ella dijese que «para verlas viajaban antes los hombres de un sitio a otro de la tierra»[30]. Su mayor parte se perdió en el incendio de Cómodo que tuvo lugar en el 191 d.C. y causó grandes destrozos en el área de los Foros. El recinto fue reconstruido por Septimio Severo y se mantuvo en buen estado de conservación durante un par de siglos. Su ruina se produjo como consecuencia de los varios movimientos sísmicos que afectaron esta zona y, en especial el del año 408 d.C., en el transcurso del cual, «rugió la tierra bajo esta gran plaza por espacio de siete días», pero su total devastación tuvo lugar durante el asedio de los bárbaros a Roma[31].

En las recientes excavaciones se han conseguido sacar a la luz unos 5.500 m^2 de los 24.000 m^2 que se ha supuesto que llegó a ocupar tan espectacular conjunto arquitectónico y es de esperar que, con el tiempo, se pueda recuperar en su totalidad si se consigue, algún día, como se pretende, conquistar para la Arqueología la via de los Foros

Imperiales.

El Foro de Nerva (Forum Transitorium)

Este Foro alargado y estrecho (120 × 45 m.), situado entre el de Augusto y el Templo de la Paz de Vespasiano, fue comenzado a construir por Domiciano con el fin de urbanizar el espacio que había quedado libre entre los dos citados Foros y que era una zona de paso desde el Argiletum hacia la Subura y las Carinae[32]. Sin embargo, fue terminado por Nerva[33] quien procedió a su inauguración en el año 97 d.C. La doble denominación con la que fue conocido en la Antigüedad, se debió tanto al recuerdo de este emperador como a su condición de pasillo transicional.

La plaza porticada tenía dispuestas las columnas muy próximas a las paredes por falta de espacio. En uno de los lados cortos, el del fondo, próximo al hemiciclo del Foro de Augusto, se alzó un templo eneástilo, dedicado a Minerva, diosa que gozó de una especial veneración por parte de Domiciano. El otro lado menor, cuyos restos aún pueden verse en la zona próxima al muro posterior de la Basílica Emilia, era curvo y en él se encontraban los accesos que conducían tanto al Foro de César, como al viejo Foro a través del Argiletum que se abría paso entre la Curia y la citada basílica.

Gran parte de este conjunto se encuentra bajo la Vía de los Foros Imperiales y, en la actualidad, solo son visibles los restos correspondientes a una parte del templo de Minerva que se conservó en relativo buen estado hasta el siglo XVII, fecha en la que el papa Pablo V Borghese (1605–21) lo hizo derribar casi completamente para aprovechar sus columnas y entablamento en la construcción de la monumental «Fontana dell' Acqua Paola», en el Gianiculo[34], y en la capilla Borghese en «Santa Maria Maggiore». La dedicación de este templo a Palas Atenea fue el motivo por el cual todo el recinto recibió un tercer nombre, el de Forum Palladium.

En la actualidad se conservan dos columnas del pórtico (las «colonnacce») con un tramo del muro del fondo, construido con

bloques de peperino. Sobre el ático se aprecia un bajorrelieve con la figura de Minerva, y en el tramo del friso que en su día corría por todo el Foro, pueden verse varias escenas correspondientes a los trabajos femeninos de los que era patrona la diosa Minerva y la representación del mito de Aracne[35]. Como novedad constructiva puede señalarse la aparición de columnas exentas, separadas de la pared y acompañadas de su correspondiente entablamento, lo que produce un continuo movimiento de avance y retroceso de todos los elementos horizontales, incluido el ático. Este recurso estilístico fue muy característico de la época flavia.

En el centro de la plaza, el emperador Alejandro Severo colocó una gigantesca estatua suya, probablemente ecuestre, de la que no se ha encontrado el menor resto. El pavimento presenta dos niveles: uno inferior de travertino, correspondiente a la época de Nerva y otro de grandes lastras de mármol de época posterior.

Bajo el solado más antiguo se han hallado, en el transcurso de las excavaciones, algunos vestigios de casas privadas de época anterior a la construcción del Foro, así como un fragmento de la primitiva Cloaca Máxima, cubierto por un arco de piedra, y algunas tumbas de cremación excavadas en el suelo primitivo, a unos 4 m de profundidad, que se han fechado entre los siglos IX y VIII a.C.

El Foro de Trajano (Forum Traiani)

Fue el último y más grandioso de los Foros que tuvo Roma. Se construyó, como en el caso de los anteriores, con el producto del botín (ex manubiis) procedente de las dos guerras mantenidas en Dacia (Rumania) que concluyeron con la absoluta victoria de Trajano en el año 107 d.C.[36]. Las obras empezaron en dicha fecha, bajo la dirección del arquitecto Apolodoro de Damasco[37], y su inauguración tuvo lugar en enero del 112 d.C. Al tiempo que se realizaban dichas obras, se procedió a la restauración del de Augusto que, debidamente reconstruido, se abrió al público en la misma fecha que se mostraba terminada la columna, el 18 de mayo del 113 d.C.

Este vasto conjunto arquitectónico fue el resultado de un ambicioso proyecto urbanístico compuesto por el Foro, propiamente dicho, la basílica Ulpia, la célebre columna historiada entre las dos bibliotecas, el supuesto Traineum (el templo del divinizado emperador, sobre cuya existencia, como ya hemos dicho, hoy existen razonadas dudas) y los Mercados que, dispuestos en hemiciclo, se construyeron en las laderas del Quirinal. Con esta serie de edificios, Roma alcanzó su máximo esplendor edilicio, acorde con los momentos de prosperidad y bienestar a los que había llegado bajo el cetro del emperador hispano que con razón recibió el sobrenombre de Optimus. Para disponer del terreno necesario, como en los casos anteriores, hubo que liberar la zona de las casas que se encaramaban por la citada colina del Quirinal y proceder a un descomunal movimiento de tierras hasta rebajar el suelo unos 30 m. De esta proeza se dejó constancia en la inscripción principal que figura en el pedestal de la columna.

Parte de las ruinas de tan magno conjunto arquitectónico desaparecieron bajo el trazado de los Foros Imperiales; y las que aún son visibles están separadas en dos sectores por la «Via Alessandrina». En el primero se encuentra la columna, vestigios de uno de los hemiciclos de la basílica Ulpia, una de las bibliotecas y restos del propio Foro. El segundo es el que aparece unido a los Mercados a los que se accede desde la «Salita (cuesta) del Grillo».

Desde el Renacimiento ya se alzaron voces, entre ellas las de Miguel Ángel, pidiendo que se demolieran los edificios próximos a la gran columna para que esta se pudiera ver tal y como se proyectó en su día, pero tuvo que transcurrir mucho tiempo hasta que esta demanda fuera atendida. Las primeras excavaciones en el área del Foro de Trajano fueron llevadas a cabo por Winckelmann en 1756. El resultado más espectacular de las mismas fue la exhumación bajo la fachada del actual «Palazzo Valentini» de unas enormes columnas de granito egipcio que se supuso que pertenecían al supuesto Traianeum, construido en tiempos de Adriano en honor de su padre adoptivo. Sin embargo, de mayor transcendencia fueron las realizadas por los franceses entre 1812 y 1814. Fue entonces cuando se procedió a la demolición de todos los edificios existentes al sur de la columna, entre ellos los conventos de Santa Eufemia y del Espíritu Santo. En los siguientes trabajos llevados a cabo en este

sector participaron siempre los más destacados investigadores de la Escuela Francesa de Roma. Poco después de terminadas las obras de saneamiento y demolición, el papa Pío VII (1800–23) hizo construir un gran muro de contención alrededor de la zona excavada, colocándose en sus paredes parte de los materiales y fragmentos escultóricos hallados.

En 1883, la publicación de los trabajos realizados por Rodolfo Lanciani fue definitiva para seguir y comprender la topografía de la Roma antigua. Sus opiniones se tuvieron por indiscutibles hasta que, a principios del XX, se reanudaron las excavaciones en la ciudad. A tenor de los hallazgos que se iban produciendo se modificaron supuestos que parecían fuera de toda duda. En 1916 Boni prospectó el entorno de la columna de Trajano y se encontró con una serie de casuchas e incluso con los restos de una vía antigua que ha permitido conocer el estado de la zona con anterioridad a la construcción del monumento. Pocos años después, las excavaciones más sistemáticas fueron las dirigidas entre los años 1928–32, por Corrado Ricci, sobre todo las realizadas en los Foros. Sin embargo, no pudo realizarse una planimetría de tan singular centro monumental, dados los impedimentos físicos con los que había que enfrentarse. Esta situación se mantuvo hasta que en 1972, James E. Packer y Kevin L. Starring, profesores de la Northwestern University de Illinois, empezaron la reconstrucción gráfica de los edificios que componían este vasto conjunto con la colaboración de los fotógrafos del Getty Center, basándose en los datos proporcionados por la Forma Urbis y contando con el apoyo de dos estudios de arquitectura, Groma S.R.L. y T.A.U. S.R.L.

No obstante ha sido en estos últimos años, de acuerdo con el proyecto encaminado a la recuperación de los Foros Imperiales iniciado en 1995 y las excavaciones realizadas a partir de 1998, cuando se han dado pasos decisivos para el conocimiento de su trazado urbanístico y hecho descubrimientos de gran importancia. Se ha llegado hasta la pavimentación original que alcanza una superficie total de 1.600 m^2 y se han hallado parte de los cimientos del basamento de la colosal estatua ecuestre de Trajano (equus Traiani) que se suponía emplazada en el centro de la plaza porticada. Así puede verse en la célebre maqueta de Italo Gismondi, realizada a comienzos del siglo XX y que se encuentra en el Museo

de la Civiltà Romana. Sin embargo, los restos del citado basamento, entre ellos un gran bloque de mármol travertino, se han localizado a unos 25 m. más al sur de dicho centro, lo que obliga a replantarse la planimetría del Foro.

Los resultados obtenidos se han presentado en una exposición en la Columbia University de Nueva York, dirigida por Silvana Rizzo, coordinadora científica de las excavaciones arqueológicas de los Foros. Entre tanto, las tareas de limpieza y conservación están siendo dirigidas por Lucrecia Ungaro, responsable del proyecto de musealización de los Foros, dentro del cual se ha procedido a la habilitación de la Gran Aula de los Mercados como Museo de los Foros Imperiales. En él se han reunido y expuesto las piezas arqueológicas descubiertas desde 1700 y que, hasta ahora, se encontraban en los diversos almacenes existentes en el propio ámbito de la excavación.

En Junio del 2001 se abrió al público un circuito de alrededor de un kilómetro de longitud que permite apreciar los restos arqueológicos que hasta entonces eran inaccesibles. Su recorrido comprende la vía principal de los Mercados, la via Biberatica, a la que se accede por la «Via Quattro di Novembre» y se sale por la «Salita del Grillo». A ella se abren las tabernae (antiguas tiendas) en cada una de las cuales se indica, por medio de un rótulo, su supuesto uso, en virtud de los hallazgos efectuados en cada uno de estos locales, que ahora pueden ser visitados.

El Foro

El Foro, propiamente dicho, era una inmensa plaza porticada de 300 x185 m. (incluyendo las exedras laterales), pavimentada con grandes lastras de mármol. A ella se accedía por el lado septentrional del Foro de Augusto a través de un arco triunfal que se hallaba en el centro del porche columnado, de traza curva, que la servía de limite por este lado. El arco, representado en las monedas de la época, era de un solo vano, aunque aparecía dividido en cinco cuerpos encuadrados por seis columnas. En el central se abría el arco de ingreso, mientras que los laterales se veían animados por unos nichos coronados por un tímpano, que albergarían probablemente estatuas de dacios prisioneros. Encima de estos nichos corría un friso de retratos, tal vez de los generales de Trajano, sobre escudos (imagenes clipeatae) y, en el ático aparecía la estatua de Trajano en su carro triunfal, tirado por seis caballos, mientras era coronado por una Victoria. A unos 25 m. al sur del centro de este magno recinto rectangular se hallaba una estatua ecuestre del emperador, de bronce dorado y de grandes dimensiones (el equus Traiani) de la que nos hablan las fuentes y de la cual, en las recientes excavaciones se ha encontrado la base, como acabamos de decir.

En los lados más largos corrían dos pórticos cubiertos y, como en el Foro de Augusto, el piso superior de los mismos estaba coronado por un ático en el que alternaban estatuas de dacios prisioneros con clípeos, figuras y ventanas. Su pavimento era de lastras de mármol de colores. Detrás de cada uno de ellos se abrían sendas exedras cubiertas, siguiendo el modelo augústeo. A juego con ellas se proyectaron los ábsides que remataban los lados cortos de la basílica Ulpia, colocada transversalmente con respecto al eje menor del Foro, en su lado noroeste. La zona descubierta medía 118×89 m. De las dos exedras del Foro tan solo es visible la oriental, es decir, la que se abría ante el hemiciclo sobre el que se dispusieron los Mercados de los cuales estuvo separada en su día por un sólido muro de bloques de peperino.

En este magnífico escenario se celebraron cuantos acontecimientos de singular relevancia tuvieron lugar en tiempos de Trajano, de Adriano[38] y de sus sucesores. Entre los muchos actos que el

emperador hispano decidió realizar en este marco solemne, está la manumisión de esclavos que hasta entonces se hacía en el Atrium Libertatis, sobre el que se superpuso uno de los hemiciclos de la basílica; aquí quemó públicamente las tablillas en las que se consignaban las deudas condonadas a los ciudadanos de Italia y de las provincias, que alcanzaban por entonces sumas ingentes; Marco Aurelio (161–180) vendió, en este mismo lugar, un gran número de objetos de valor de propiedad imperial, consistentes en copas de oro, de plata y de vidrio, trajes de seda y tejidos dorados, cuadros y esculturas de grandes artistas, etc., con el fin de recaudar fondos para la guerra contra los marcomanos, evitando así pedir dinero al Senado y a las provincias, etc.;[39] Alejandro Severo (222–225) hizo colocar en este marco sin igual las estatuas de los personajes más ilustres de Roma, reunidas después de hacer un expurgo por toda la ciudad[40]. De esta galería de personalidades que, posiblemente se inició ya en tiempos del propio Trajano, se han recuperado dos cabezas gigantescas: una del emperador Nerva y la otra de Agripina, la madre de Nerón; Aureliano (270–275) ordenó que se quemaran en este Foro las tablillas en las que estaban consignados los nombres de los proscritos[41] para acabar con su persecución. Aquí se exponían las leyes públicas; se distribuían los congiarii (distribuciones de víveres o de dinero); se realizaban operaciones de cambio de monedas; los cónsules y pretores administraban justicia; y los personajes destacados pronunciaban sus discursos. También se tiene noticia de que se celebraban audiciones poéticas y toda clase de acontecimientos relevantes.

Este Foro se mantuvo en buen estado de conservación hasta el Bajo Imperio. Conocida es la anécdota referente a la impresión que su vista le produjo al emperador Constancio II, tercer hijo de Constantino, que en el 356 d.C. visitó Roma en compañía del príncipe persa Hormisdas. Según cuenta Amiano Marcelino[42], asombrado por la belleza de la estatua ecuestre de Trajano expresó su sentimiento por no poder llegar a tener una semejante. Su acompañante le consoló, haciendo gala de un fino humor: «comenzad construyendo la cuadra según este modelo, si lo podéis, para que vuestro caballo esté tan cómodamente alojado como el que vemos aquí».

Restos de la decoración escultórica de este Foro se conservan en el

Museo del Laterano, en Villa Medici, en el Louvre, etc. Los prótomos de caballos, rinocerontes, elefantes y otros animales que adornan el claustro de Miguel Ángel, en las Termas de Diocleciano, son parte de los hallazgos realizados en su suelo, así como el célebre relieve con el águila de alas explayadas dentro de una corona, que se conserva en el atrio de la iglesia de los «Santi Apostoli», y los cuatro paneles que Constantino empotró en su arco.

La Basílica Ulpia

Recibió este nombre del gentilicio del Emperador (Marcus Ulpius Traianus) y fue la más grande de todas las construidas en Roma (171 m. de longitud; 120 m. sin los ábsides, y 60 m. de anchura). Se alzó transversalmente al eje del Foro, rompiendo con el modelo tradicional italo-helenístico que imponía la ubicación del templo al fondo del ámbito porticado. La originalidad de este proyecto se ha atribuido al propio Apolodoro, quien es posible que quisiera trasladar al centro urbano de Roma el esquema de los principia, es decir, las plazas centrales de los campamentos militares, que solían cerrarse por uno de sus lados con una basílica. Se ha sugerido que incluso las bibliotecas y la columna se ubicaron en lugares similares a los que en los campamentos ocupaban los archivos y el santuario de las insignias militares que se alzaba en el centro de los mismos. En este caso, el citado santuario fue sustituido por un pétreo volumen desenvuelto, la célebre columna historiada, en el que se exponía al público la narración de las campañas dácicas. Es posible que tal disposición fuese sugerida por el propio emperador, dado su carácter militarista, pero lo más probable es que fuera el propio Apolodoro quien, deseoso de agradar a su Señor, realizara el proyecto para satisfacer sus gustos. Después de compartir con él que tantas campañas bélicas no es de extrañar que conociera sus deseos y aficiones.

Cada vez se percibe con más claridad el hecho de que Trajano prescindió, en un principio, del edificio de culto para un dios o para su propia persona divinizada. Su mente pragmática le hizo concebir un conjunto arquitectónico funcional, de características puramente cívicas, a través del cual el pueblo romano pudiera recibir el mensaje de la grandeza de Roma y de los logros obtenidos en el

terreno de la política exterior.

El interior de la basílica se dividía en cinco naves, separadas por esbeltas columnas de granito gris, de mármol «giallo antico», de «cipollino» y de «pavonazzetto», y los lados menores terminaban en sendos ábsides, precedidos de seis columnas. Sus proporciones y trazado eran similares a los de las exedras del Foro de acuerdo con un buscado efecto de simetría. Las excavaciones realizadas en este espacio han permitido constatar que no todas las columnas eran iguales. Las de la nave central, la sala de reunión, dedicada a actividades judiciales y comerciales, eran de mayor altura y mayor diámetro que las de las naves laterales, de menores dimensiones a causa de la inclinación del techo hacia el exterior. Las basas y los capiteles eran todos de mármol blanco y de estilo corintio. Las paredes estaban chapadas de mármol de Carrara y el techo aparecía recubierto por una lámina de bronce dorado. El empleo de tan ricos materiales permite imaginar que el aspecto de este ámbito tenía que ser verdaderamente suntuoso[43]. Tanto las naves laterales de la basílica como los pórticos perimetrales del Foro estaban adornadas con estatuas de personajes ilustres. Algunas de ellas fueron colocadas en época de Trajano y otras lo fueron en tiempos de sus sucesores[44]. Su ingreso por la parte del Foro estaba precedido de una escalinata de tres peldaños. En este lateral se abrían tres puertas de acceso. La central y principal se componía de tres arcos y las laterales solo de uno. Salvado con dicha escalinata el desnivel existente entre el pavimento del Foro y el de la basílica, esta quedaba enrasada con el de las bibliotecas y el del pedestal de la columna. En la fachada posterior, la que daba a la columna y a las citadas bibliotecas, solo había dos puertas.

En una moneda de Trajano se reproduce la fachada principal, es decir, la que daba al Foro. En ella se aprecia su división vertical en tres cuerpos, cada uno de ellos con su correspondiente puerta de ingreso. El ático aparecía adornado por un friso decorado con altorrelieves y que debía de rematar también los otros tres lados. En el centro había una cuadriga de bronce, tal vez conducida por Trajano, y en los extremos sendos trofeos. Este friso, repartido en cuatro fragmentos, es posible que sea el que Constantino utilizó para la decoración de su arco.

En el área de la basílica, aparecieron algunas estatuas de bárbaros prisioneros y varios fragmentos escultóricos, entre los que destacan uno en el que aparece una Victoria sacrificando a un toro y otro en el que una figura, semejante a la anterior, adorna con guirnaldas un candelabro sagrado.

Cabe la posibilidad de que, más allá de las bibliotecas, se abriese otro pórtico. En el caso de tener dos pisos como se ha sugerido, desde el superior se podrían ver de cerca los relieves de la columna. Lo que cada vez parece más obvio, a tenor de los hallazgos realizados en los subterráneos del «Palazzo Valentini» y de la iglesia del Santo Nombre de María, consistentes en restos de viviendas particulares, es que nuca existió el Trajaneum, tal y como se venía suponiendo. Basándose en estos resultados Eugenio La Rocca y Roberto Meneghini han propuesto una estructura del Foro totalmente diferente a la admitida como tradicional. Han empezando por trasladar su fachada principal al lado norte, tratando de buscar el emplazamiento del Templum Traiani, si es que lo hubo, dentro del recinto interior. Siguiendo el ejemplo del Templum Pacis, lo más probable, es que lo que hiciera Adriano fuera dedicar todo el conjunto a su padre divinizado.

Las Bibliotecas

La cultura romana se alimentó de fuentes bilingües, griegas y romanas, razón por la cual siempre hubo bibliotecas en las que se reunieron obras escritas en estas dos lenguas. Las principales bibliotecas de Roma fueron las siguientes: la que estaba en el Atrio Libertatis; la del Templi Apollinis; la del Porticus Octaviae; la del Templi Augusti; la de la Domus Tiberianae; la del Templi Pacis; la existente in Capitolio; la que había in Templo Aesculapii. A todas ellas se le sumarían las dos bibliotecas construidas en este magno conjunto arquitectónico con el fin de custodiar en ellas importantes fondos literarios e históricos, además del archivo privado del emperador, una nutrida colección de decretos de pretores, y los llamados libri lintei (de lino)[45], parte de los cuales fueron trasladados, posteriormente, a las Termas de Diocleciano.

Dichas bibliotecas se alzaron a los lados de un pequeño espacio que

se abría a continuación de la Basílica Ulpia, en cuyo centro se alzó la columna, como un volumen desplegado en el que se narraba la crónica oficial de las guerras dácicas. Al parecer, la de la derecha fue la biblioteca griega, y la de la izquierda la latina. Ambas fueron edificios de planta rectangular, precedidos por un porche columnado, con dos o tres pisos en los que había una serie de aulas en cuyas paredes se abrían nichos, también rectangulares, para contener las estanterías en las que se encontraban depositados los volumina. Dichos nichos se encontraban separados del suelo por medio de una escalinata de tres gradas, sobre la que se alzaba una rica decoración arquitectónica combinada con la presencia de estatuas de personajes ilustres. Una de las bibliotecas, la situada al sudoeste, pudo ser exhumada en parte, hasta una altura de 3 m., lo que ha permitido tener una idea bastante clara de su estructura. Todos los muros eran de ladrillo ya que este material era capaz de absorber la humedad externa como convenía a la conservación de los papiros y pergaminos. Su revestimiento se hizo con placas de mármol y su cubierta fue posiblemente abovedada, y el pavimento también debió de ser marmóreo.

La Columna

Esta famosa columna, coronada por la estatua de Trajano hasta el año 1587, fecha en la que Sixto V (1585–90) mandó que fuera sustituida por la de San Pedro, realizada por Giacomo della Porta, es el único elemento arquitectónico del vasto conjunto del Foro y de sus dependencias que ha llegado prácticamente intacto hasta nuestros días. El hecho de que fueran depositadas en su basa las cenizas de un emperador tan respetado por su fama de buen militar, su nobleza de carácter y sentido de la justicia, incluso por la Roma cristiana, es probable que contribuyera a su condición de monumento digno de ser conservado y hasta de ser coronado por la figura del primer papa de Roma; Tanto fue así que, en la Edad Media se construyó, adosada a su basamento, la pequeña iglesia conocida con el nombre de San Nicolás de la Columna, muestra evidente de que el terreno que la rodeaba se tenía por sagrado.

Conocida es la leyenda que aseguraba que san Gregorio Magno, el papa que dirigió los destinos de Roma entre los años 590 y 604, se

sintió conmovido por una de las escenas de la columna en la que aparecía Trajano ayudando a una mujer cuyo hijo acababa de morir. Por esta razón rogó para que el alma de un personaje tan compasivo fuera rescatada del Infierno. Dios se le apareció y le concedió la merced, pero le prohibió volver a rezar por las almas de los paganos. Este episodio caló de tal modo en la mentalidad popular que se decía que cuando las cenizas del emperador fueron exhumadas se pudo comprobar que no solo su calavera y su lengua estaban intactas, sino que esta había relatado su salida del Infierno.

Decretada la construcción de la columna, en un principio estuvo rematada por un águila, tal y como aparece en algunas monedas de época de Trajano. No es verosímil que entonces se proyectara como el monumento funerario del emperador. La decisión de colocar sus cenizas en el interior del basamento, así como la de cambiar el águila por la estatua de Trajano, debió de ser tomada por Adriano, en el 121 d.C., fecha en la que hizo consagrar todo el recinto a su padre adoptivo, ya divinizado. Hasta hace poco, dicha fecha se hacia coincidir con el inicio de la construcción del Templum Divi Traiani, cuya existencia, como hemos ido viendo hoy se cuestiona, al menos por lo que se refiere al lugar donde tradicionalmente se suponía que se alzó. Pese a toda la aureola que rodeó a la figura de este emperador, aceptar que sus cenizas fueran depositadas dentro de una urna de oro en el interior del citado basamento de la columna fue algo insólito en esta época, ya que estaban prohibidos los enterramientos en la ciudad. Las necrópolis se extendían a lo largo de los caminos y siempre en las afueras de las urbes. Tal vez, en este caso se recurrió al recuerdo de una vieja tradición, según la cual se permitía el sepelio de un cadáver dentro del pomerium, siempre que fuera el de algún personaje que por sus méritos militares hubiera entrado en triunfo en la ciudad.

En la noticia que nos transmite Dión Casio, escritor griego de época posterior a Adriano, acerca de la columna, es posible que mezclaran informaciones que en su tiempo ya se tenían por obvias:

Trajano levantó una columna en su Foro, tanto para que le sirviese de tumba, como para demostrar el trabajo realizado. Siendo todo el terreno montañoso, lo excavó tanto como altitud tuvo la columna y,

de este modo, se allanó la plaza.[46]

Si la primera parte de esta información no parece ser del todo exacta, como acabamos de ver, la segunda no hace más que transcribir el epígrafe que figura en el frente principal de la base de la columna:

SENATUS POPULUSQUE ROMANUS / IMP(ERATORI) CAESARI DIVI NERVAE F(ILIO) NERVAE/ TRAIANO AUG(USTO) GERM(ANICO) DACIO PONTIF(ICI) / MAXIMO TRIB(UNICIA) POT(ESTATE) XVII, IMP(ERATOR) VI, CO(N)S(UL) VI, P(ATER) P(ATRIAE) / AD DECLARAMDUM QUANTAE ALTITUDINIS / MONS ET LOCUS TANT(IS) OPER(IBUS) SIT EGESTU.[47]

El Senado y el pueblo romano al emperador César Nerva Trajano, hijo del Divino Nerva, Augusto, Germánico, Dácico, Pontífice Máximo, revestido por la decimoséptima vez de la potestad tribunicia, aclamado emperador por sexta vez, Cónsul por sexta vez, Padre de la Patria, para indicar cuál era la altitud del monte que con este trabajo tuvo que demolerse.

Las excavaciones realizadas por Boni en 1916 junto a la columna, pusieron al descubierto una vía antigua, sita a un nivel inferior, lo que motivó distintas interpretaciones acerca, sobre todo, de los términos mons y locus. De entre ellas, la más aceptada es que, en efecto, en el lugar de la columna existía un montículo con casuchas construidas en sus laderas, al pie del cual corría la citada vía. Al ser eliminado dicho altozano, se quiso dejar constancia de cual había sido su altura y el gran movimiento de tierras que había sido preciso realizar para allanar la zona, existente entre el Capitolio y el Quirinal. La altura del montículo debió de ser de unos 30 m., los mismos que midió la columna, llamada centenaria, por alcanzar los 100 pies romanos (29,78 m.).

Por los Fasti Ostienses se sabe que su inauguración tuvo lugar el 18 de mayo del 113 d.C., al tiempo que se abrió al público el restaurado Foro de Augusto. Teniendo en cuenta la originalidad de su concepción y el valor narrativo de sus relieves, resultó una obra sorprendente y admirada a través de los siglos. Concebida, como ya se ha dicho, como un volumen desplegado en espiral, Apolodoro quiso dejar en ella constancia de los triunfos de Trajano en las dos guerras dácicas que se desarrollaron entre el 101 y el 102 y el 105 y el 106 d.C., para gloria de Roma y de su Señor. Se ha pensado que pudiera ser una transcripción de los Comentarii del propio emperador quien, siguiendo la línea abierta por César con su De bello Gallico, había escrito una narración en prosa de las dos citadas campañas. De las hazañas del Optimus Princeps no solo había que dejar constancia en los volumina de los archivos imperiales, sino que debían ser conocidas por todos los ciudadanos romanos y por cuantos visitantes llegasen a la ciudad. La intención era proclamar que Dacia era ya una provincia romana, –por lo que Trajano había recibido el sobrenombre de Dácico– y que su capital Sarmizegetusa se había convertido en una colonia itálica. Convenía recordar, además, que el Imperio había alcanzado su máxima extensión. La línea de fronteras se había trasladado desde la Mesia[48] a la desembocadura del Danubio, en el Mar Negro, y el limes septentrional quedaba asegurado con la presencia permanente de diez legiones.

El monumento, concebido como una gigantesca columna dórica, se compone de un alto pedestal, de fuste historiado y de un capitel cuyo equino está decorado con ovas jónicas, y de un ábaco que sostiene una balaustrada de bronce. En el interior de este recinto vallado se encuentra un pedestal circular de menor diámetro que el fuste sobre el que se colocó, como ya se ha dicho, primero un águila, luego la estatua de Trajano y más tarde la de San Pedro que es la que aún puede verse en su cima. Su altura total es de 38 m. y de 29,78 m., sin contar la base y la escultura. El pedestal de 5,48 m de lado, construido con ocho grandes bloques de mármol de Carrara, aparece decorado por sus cuatro lados con detalladas panoplias militares que, según García y Bellido, son las mejores en su género de todo el arte antiguo: escudos, cascos, espadas, puñales, corazas escamadas, túnicas, grebas, tubas, arcos, saetas, carcajes, lanzas, etc.[49] En su lado principal, es decir, el que da a la Basílica

Ulpia, se encuentra la puerta de acceso a su interior y a la escalera de caracol, tallada en el mármol de los tambores del fuste. Por ella se llega hasta la cima de la columna, también llamada cochlea (de caracol) por su estructura interna, compuesta de 185 peldaños e iluminada por 43 estrechas ventanas o lumbreras. Sobre este ingreso se encuentra la inscripción conmemorativa, sostenida por sendas Victorias. El primer cuerpo de este basamento aparece rematado por una cornisa y un zócalo liso, en cuyas esquinas se asientan unas águilas de cuyos picos penden unas guirnaldas. En el recinto interno de este basamento es donde se depositaron las cenizas de Trajano y, posiblemente, las de su esposa Plotina, fallecida en el 121 d.C.

El fuste se apoya en una basa concebida como una corona de laurel, la corona cívica de la que se había hecho merecedor el emperador, y está compuesto por 18 tambores de mármol de Paros sobre los que se extiende la secuencia de sus magníficos relieves. Presenta una ligera éntasis, por lo que el diámetro en su base es de 3,8 m., y de 3,6 m. en su parte superior. La altura de los relieves oscila entre los 0,89 m. y 1,20 m. y sus 23 espirales alcanzan los 200 m. de longitud. En ellas se dejó constancia de 124 episodios en las que aparecen unas 2.500 figuras que en su día estarían ricamente policromadas. En este sin par relieve continuo, más de carácter documental que conmemorativo, se describen con todo lujo de detalles las distintas fases de las dos guerras. Empieza la narración con el paso del Danubio (representado como un viejo barbado, de medio cuerpo) sobre un puente de barcas, episodio con el que se inició la primera campaña y se concluye con escenas de la deportación de los dacios, una vez vencidos. Se suceden los diversos trabajos para la construcción de los campamentos, las «adlocuciones» del emperador a las tropas, las batallas y asedios, las sumisiones y ejecuciones de prisioneros, los parlamentos con los jefes bárbaros, las deportaciones, etc. Trajano aparece unas sesenta veces, acompañado en ocasiones por su fiel colaborador L. Licinio Sura. La separación entre las dos guerras se marcó por medio de la figura de una Victoria escribiendo en un escudo la crónica de dichas contiendas.

Tan perfectos son los relieves y tan perfecto el ensamblaje de las figuras que aparecen en los distintos paneles y tambores, que se ha

llegado a pensar en la posibilidad de que fueran tallados en los bloques de mármol y después izados hasta el sitio previsto para cada uno de ellos. Desde el punto de vista estilístico, se aprecia una genial fusión entre los elementos de origen helenístico, tales como la representación del espacio y de los paisajes con una suave graduación, la superposición de planos, la conexión orgánica de las escenas, seguidas unas de otras sin la menor interrupción, con el espíritu histórico narrativo de la más pura cepa romana, inspirador de escenas llenas de tensión y de realismo. De entre ellas sobresalen el suicidio de Decébalo, el jefe de los dacios, y las deportaciones finales después de la caída de Sarmizegetusa. Nada se sabe acerca de quien pudo ser su escultor, de forma que se ha hablado de un «maestro de las hazañas de Trajano», sin embargo lo más probable es que el autor de los bocetos y director de los trabajos de su ejecución fuera el mismo Apolodoro. Nadie como él conocía los episodios de las campañas militares narradas y nadie mejor que él, un gran artista experto en el arte griego clásico y helenístico, pudo bosquejar los episodios de los que se quiso dejar constancia.

Un magnífico vaciado de estos relieves puede verse en el «Museo de la Civiltà Romana» que se halla al sur de la ciudad, dentro del conjunto del EUR, (la «Esposizione Universale de Roma»), construido para la exposición internacional (una especie de Olimpiadas del trabajo) organizada para celebrar el vigésimo aniversario de la revolución fascista. Su inauguración estaba prevista para el año 1942, sin embargo, quedó suspendida debido a los acontecimientos de la segunda Guerra Mundial (1939–45).

El Supuesto Templo de Trajano

El Traianeum o Templum Divi Traiani, acerca de cuya construcción y emplazamiento existen muchas dudas, solo nos es conocido a través de su representación en las monedas de la época de Adriano, que fue quien lo mandó edificar aunque no dejara constancia del hecho, ya que, según cuenta la Historia Augusta, no quiso nunca que apareciera su nombre en los edificios que construyó.[50]

Hasta ahora se sostenía la hipótesis de que ocupaba el fondo de un pórtico cerrado en su testero por una exedra y que había sido obra

de Apolodoro de Damasco, ya que dicho arquitecto trabajó para Adriano en los primeros años de su ascensión al trono. Se suponía que era períptero y que se alzaba sobre un alto podium, en cuyo frente se abría una suntuosa escalinata que daba acceso a la fachada octástila del templo y al amplio porche que precedía a la cella.

Ya se ha dicho que el año 121 fue la fecha en la que Adriano dedicó todo el conjunto no solo a su padre adoptivo divinizado, sino también a Plotina, muerta en ese mismo año, por lo que si se erigió un templo en su honor debió de terminarse mucho después. La inscripción dedicatoria se conserva en el Museo Vaticano y una de sus columnas, de mármol gris, con capitel de mármol blanco, se encuentra junto a la de Trajano. Su fuste mide cerca de 2 m de diámetro, lo que da idea de las dimensiones de lo que pudo ser tal edificio. Si como en la actualidad se supone, la entrada al Foro se hacía por su frente septentrional, es obvio que el templo tuvo que ubicarse en otro lugar, tal vez en el testero meridional, con lo que habría que ver todo el conjunto con ojos nuevos y admitir una planimetría del mismo, totalmente diferente a la propuesta por Gismondi.

En el área que se extendía detrás las bibliotecas se levantan, en la actualidad, el «Palazzo Valentini», la supuesta casa de Miguel Ángel y dos iglesias casi gemelas, cubiertas ambas por una cúpula: la de Santa María del Loreto, construida por A. Sangallo el Joven, en 1507, y la del Santísimo Nombre de María, erigida por Derizet en 1738, para conmemorar la liberación de Viena del asedio de los turcos.

En consecuencia, la imposibilidad de prescindir de tales construcciones hace que siga siendo cuestión muy debatida el remate posterior de todo este magnífico conjunto. Según las opiniones más recientes, lo más probable es que fuera otro gran pórtico columnado de doble altura.

Los Mercados

Los Mercati Traiani han sido considerados como uno de los conjuntos arquitectónicos más importantes de la Roma Imperial y

un incomparable ejemplo de la arquitectura utilitaria de todos los tiempos, puesta al servicio del comercio al por mayor. Su finalidad fue ofrecer un lugar digno, casi suntuoso, donde los grandes asentadores pudieran realizar sus transacciones comerciales de acuerdo con las necesidades impuestas por los nuevos tiempos y la categoría social de los financieros que se encargaban de mover negocios de gran alcance económico. Por otra parte, se tuvo en cuenta, como modelo de inspiración, el esquema tradicional de la época republicana, cuando junto al Foro, el principal lugar de encuentro de los ciudadanos, se abrían los mercados en los que se expendían los productos más necesarios para el consumo cotidiano. Las circunstancias del bienestar económico de la época trajanea imponían un cambio total en la concepción y estructura de las tiendas de minoristas y de sus almacenes, pero se procuró que su destino siguiera siendo el mismo: el abastecimiento de la ciudad, aunque programado de acuerdo con procedimientos más racionales y sistemáticos. Se ha calculado que en ella hubo unos 150 locales, distribuidos en comercios, almacenes y oficinas.

Dispuestos en hemiciclo, en el espacio comprendido entre el Foro y las laderas del Quirinal, responden a un proyecto de ambiciosas proporciones y múltiples usos, lo que hizo de ellos una de las zonas más frecuentadas de Roma. Su edificación en terrazas, como fue el caso del Santuario de la Fortuna en Preneste y otras construcciones similares de corte helenístico, permite pensar que el proyecto fue también de Apolodoro de Damasco. Es más, los sellos laetericios son del primer decenio del siglo II d.C. (100–112), lo que significa que se empezaron a construir en cuanto estas estribaciones del Quirinal comenzaron a ser rebajadas para la construcción del Foro y edificios adyacentes. Con su edificación se consolidaron unos terrenos en pendiente, con lo que se evitaban posibles derrumbes y, a la vez, se conseguía no solo una solución estática, sino también estética que aún sigue provocando una gran admiración por su estabilidad y trazado.

La fachada exterior se ciñe a la exedra oriental del Foro de la cual estaba separada por una calle pavimentada con grandes lastras de mármol. Era de fábrica de ladrillo, como el resto del edificio, y en ella se abrían once locales comerciales (tabernae) de poca profundidad, solados con mármoles blancos y negros, y cubiertos

con bóvedas no visibles al exterior. A ellos se accedía por puertas cuadradas, con dinteles y jambas de travertino. Dichas puertas debieron de ser de madera y en algunos de los huecos aún se perciben las huellas de los goznes. Los locales de este primer piso eran de menor tamaño que los del piso superior y por ser los más frescos del conjunto se ha pensado que en ellos se venderían las verduras, las frutas y las flores. La mayoría tuvo una entreplanta de estructura lignea que hacía las veces de almacén.

En la parte superior de esta fachada, una serie de pequeñas ventanas, flanqueadas por pilastras de ladrillo, daban luz a un corredor cubierto con una bóveda anular, en el cual se abrían diez locales más. En el extremo norte de esta fachada había dos grandes salas semicirculares techadas por una media cúpula, que se ha supuesto que fueron utilizadas como escuelas o auditorios, al menos en la Baja Época, y otra similar en el extremo meridional.

Este primer cuerpo se hallaba separado de otro superior, también dispuesto en hemiciclo y separado del anterior por la llamada Via Biberatica[51], a la cual daban otras tabernae abiertas a ras de suelo. En ellas se cree que se vendía aceite, vino y cereales. En su lado norte, se abría una amplia sala, cubierta por una imponente bóveda de crucería cuyos arcos se apoyaban en ménsulas de travertino. Dicha sala se conoce con el nombre de la Basílica Traiana o Aula Magna. Desde su lado meridional se accedía a una serie de locales de dos pisos que, al parecer, se utilizaron como bodegas y oficinas gestoras de todo el ámbito comercial. En ella se reunían los negotiatores (mayoristas) y los arcarii (banqueros y recaudadores de impuestos), encargados de las ventas a los mercatores (minoristas), ya que estos mercados no eran de venta al por menor, como ya se ha dicho, sino establecimientos desde los cuales los distintos productos adquiridos llegaban a los mercados especializados y comercios al detalle que había por toda la ciudad. Las tiendas abrían temprano y cerraban al mediodía. Para atraer a la clientela muchas de ellas aparecían decoradas con reclamos en los que se representaban los productos que en ellas se vendían. Los comerciantes eran solo hombres y los clientes que hacían las compras eran asimismo solo varones.

Estos Mercados sufrieron toda clase de vicisitudes a partir de la

Edad Media. En el año 472 d.C. acamparon aquí las tropas de Ricimero, el nieto del rey visigodo Walia, que alcanzó las mayores dignidades, hasta el punto de que destronó y repuso emperadores a su antojo. En el 552 Bizancio se apoderó de Roma y de nuevo los ejércitos ocuparon sus dependencias. Entre 1200 y 1300 se levantó sobre parte de sus terrenos la llamada Torre de las Milicias, una recia construcción cúbica de tres plantas, de las que solo se mantienen dos en pie, con fines defensivos, en tiempos en los que las luchas internas, entre la nobleza y el pueblo, eran constantes en la ciudad. Estuvo anexionada al militiae palatium y en su interior se han hallado restos de estructuras de la época de Augusto y de Trajano, por lo que se ha supuesto que en este punto pudo alzarse alguna atalaya desde la que poder vigilar la actividad de los Foros. Durante siglos, esta torre fue señalada como el lugar desde el cual Nerón había contemplado el devastador incendio que bajo su reinado consumió una gran parte de Roma, y cuya autoría se imputó bien al propio emperador o a los cristianos.

Entre 1300 y 1400 las familias de los Annibaldi y de los Caetani lucharon duramente por el dominio de esta zona. En 1572 se construyó el convento de Santa Catalina de Siena sobre parte de sus estructuras. En 1828 se realizaron las primeras excavaciones, aunque aún no se valoraba la importancia de sus ruinas. Entre 1911 y 1914 se demolió el citado convento y en 1924 se derribaron muchas de las casuchas medievales que sobre los mercados se habían construido. De esta forma quedaron listos para las excavaciones sistemáticas que, entre 1930 y 1933 realizó Corrado Ricci, a quien se le ha dedicado la plaza conocida con el nombre de «Largo di Corrado Ricci» que conecta la vía de los Foros Imperiales con la vía Cavour.

Es de esperar que todos los trabajos que se están realizando en esta zona de los Foros y, en especial en el de Trajano, nos vayan proporcionando informaciones a través de las cuales podamos entender mejor, no solo las estructuras arquitectónicas de este conjunto monumental, sino también la actividad social y política de las que fue escenario durante siglos.

1 Esta torre fue construida a finales del siglo XII por Ricardo, conde

de Segni sobre una exedra del Foro de la Paz para confrontar su poder con el de la familia de los Frangipane. Destruida por los terremotos de 1349 y 1630 ha llegado a nosotros a la mitad de su altura primitiva.

2 Cicerón habla de sesenta mil sextercios grandes (Ad Att. IV, 17, 7), mientras que Plinio (Nat. Hist. XXXVI, 103) y Suetonio (Caes. 26, 2) elevan la cifra hasta los cien mil, equivalentes a cien millones de pequeños sextercios, lo que en época de César venía a equivaler a unos veinte millones de liras oro.

3 Caius Iulius Caesar, el célebre general y dictador romano, perteneciente a la ilustre familia de los Julios, nació en Roma el 12 de Julio del 102 o 100 a.C. Ostentó, antes de su acceso al poder absoluto, numerosos cargos públicos. Fue propretor de Hispania Ulterior y cónsul con M. C. Bíbulo. Con Craso y Pompeyo formó, en el 60 el primer triunvirato. Nombrado procónsul de la Galia Cisalpina, Iliria y la Galia Narbonense, con plenos poderes y ejército propio, sometió a las Galias entre los años 58 a 52 a.C. Tras la muerte de Craso, a manos de los partos, en Carrae, suceso que tuvo lugar en el 53 a.C., se enfrentó abiertamente con Pompeyo su yerno (estuvo casado con su hija Julia) y enemigo político al que acabó venciendo en la batalla de Farsalia en el 48 a.C. Destronó al rey de Egipto Ptolomeo XIII y colocó en el trono a su hermana Cleopatra VII, con la que tuvo a su hijo Cesarión. En una brevísima campaña de tres días venció a Farnaces, rey del Ponto y, de vuelta a Roma en el 45 a.C., fue nombrado Dictador perpetuo y como tal gobernó hasta el 15 de marzo del año 44 a.C (los célebres idus Martii) en que fue asesinado por C. Casio y M. Bruto, quienes como defensores de las libertades de la antigua República se pusieron al frente de los conjurados en contra de César.

4 Cneus Pompeius (106–44 a.C.), llamado el Grande, fue el famoso general romano que se enfrentó primero a Mario, el representante del partido popular y, más tarde, a César. A la muerte de Sila, en el 78 a.C., asumió la jefatura del partido senatorial o aristocrático, cuya causa defendió hasta su muerte. En el año 67 a.C. consiguió liberar de piratas la cuenca mediterránea y, en el 66 a.C., derrotó a Mitrídates, incorporando toda la zona oriental de la misma al Imperio romano. En el 60 a.C. formó parte del primer triunvirato

con Craso y César y, a la muerte de su esposa Julia, acaecida en el 54 a.C., se agrandó la enemistad con quien hasta entonces fuera su suegro. Abiertas las hostilidades, el desenlace final tuvo lugar en la batalla de Farsalia, el 9 de agosto del 48 a.C. Derrotado Pompeyo huyó a Egipto donde fue asesinado por el eunuco Potino, deseoso de congraciarse con César quien, sin embargo, profundamente disgustado porque un general romano de la talla militar de su adversario hubiera recibido una muerte tan vil, persiguió implacablemente a los ejecutores del crimen.

5 Suet., De vita Caesarum I, 32.

6 La antigua Dyrrachium, ciudad de Albania, en la costa del Adriático.

7 Farsalia era una ciudad de Grecia, en la provincia de Larisa (Tesalia). En sus inmediaciones se libró la célebre batalla entre César y Pompeyo, el 9 de agosto del 48 a.C.

8 La familia Iulia se jactaba de que su estirpe descendía de la diosa Afrodita (Venus) quien engendró con Anquises a Eneas, padre a su vez de Ascanio o Julo.

9 Vitr., De archit. III, 3, 2.

10 Plin., Nat. hist. XXXV, 156.

11 Plin., Nat. Hist. VII, 126; XXXV, 26, 136; XXXIV, 18; Suetonio., Caes. 61.

12 Filippos era una ciudad sita en los confines de Tracia; Ov., Fas., V, 569-78; Suet., Aug. 29

13 Caius Iulius Caesar Octavius, nació en el 63 a.C. en Campanita y murió en el 14 d.C. Sobrino y heredero de César, después de asesinado su tío, formó con Antonio y Lépido el segundo triunvirato. Derrotados y muertos los asesinos del gran dictador y una vez que Lépido desapareció del panorama político, se enfrentó con Marco Antonio, quien unido sentimentalmente a Cleopatra, intentó conseguir la independencia de Egipto. Vencido este último en la batalla del Actium (28 a.C.), regresó a Roma donde el Senado

le concedió el título de Princeps Civium Senatus y más tarde el de Augustus, revistiéndole de poderes tan extraordinarios entre ellos el del imperium (mando supremo del ejército) con lo que se convirtió en el primer emperador romano. Tras sus campañas en Hispania, cerró el templo de Jano y erigió el Ara Pacis Augustae en el campo de Marte, con lo que se iniciaba la Pax Augustea, tan cantada por poetas e historiadores. Su mejor amigo y colaborador fue M. Vipsanius Agrippa (62 a.C.–12 d.C.) que se casó en el año 21 a.C. con su hija Julia, hija de su segunda esposa Escribonia. Su tercera esposa fue Livia Drusilla con la que compartió su vida hasta su muerte, acaecida en Nola (cerca de Pompeya), a los 76 años, tras 44 años de reinado. Sin descendencia masculina, antes de morir, adoptó al hijo mayor de su esposa y de su primer marido Tiberio Claudio Nerón, quien llevó los mismos tria nomina que su padre. Conocido como Tiberio (15–68 d.C.), sería su sucesor y gobernaría desde el 14 al 37 d.C.

14 Suet., Aug. 56.

15 Tácito, Ann. II, 64.

16 Hist. Aug., Hadr. 19.

17 Dion Casio, LV, 10.

18 Hist. Aug., Alex. Sev., 28.

19 Esta cuadriga fue dedicada a Augusto por el Senado (Mon. Ancyr.VI, 26).

20 Hasta los 16 años, los niños patricios vestían la toga praetexta, guarnecida con una tira de púrpura y llevaban al cuello la bulla aurea, una cápsula circular que contenía un amuleto. Las niñas vestían esta misma indumentaria hasta el momento del matrimonio. El acto solemne que marcaba el paso de la infancia a la mayoría de edad, en el caso de los varones, se producía a los 17 años, en la ceremonia de las Liberalia que se celebraba el 17 de marzo. El muchacho dejaba la bulla y la toga praetexta y se revestía con la toga virilis (blanca, sin franjas de púrpura). Iba acompañado hasta el Foro (deducitur in forum) por el padre o tutor, por sus parientes más próximos y por sus amigos para ofrecer un sacrificio como

nuevo iuvenis y hacerse inscribir en la lista de los ciudadanos aptos para la guerra. Era en ese momento cuando recibía los tres nombres con los que iba a ser conocido el resto de su vida: praenomen (el nombre personal), el nomen gentile (nombre de la gens o gentilicio) y cognomen (apodo de la familia).

21 Plin., Nat. Hist. VII, 183; XXXIV, 48; XXXV, 27; 93-94; Paus.,, VIII, 46, I, 4.

22 El colossus Augusti se situaba en las proximidades de la aedes Martii... foroque triplici, es decir cerca de los tres foros construidos hasta entonces: el de César, el de Augusto y el de Vespasiano. (Marc.,, Epigr. VIII, 44).

23 Suet., Claud. 33.

24 Los salios eran los miembros del colegio sacerdotal consagrado al del culto de Marte. Se les consideraba descendientes de Salio, un compañero de Eneas, oriundo de Samotracia, o de Mantinea (Arcadia) o de Tegea, según las distintas fuentes en el que se le cita. Se le atribuía la introducción de la danza guerrera que interpretaban estos sacerdotes en el transcurso de la procesión anual que celebraban en honor del dios patronímico de Roma. Según otra versión eran descendientes del latino Cateto quien enamorado de Salia, la hija del rey etrusco Anio, la raptó para casarse con ella. Anio al no conseguir alcanzar a los fugitivos, desesperado, se arrojó al río más cercano que, desde entonces, lleva su nombre. Es el actual Aniano que vierte sus aguas en el Tíber, al norte de Roma. De la unión de Cateto con Salia nacieron Latino y Salio, el fundador del citado colegio sacerdotal. Los arvales eran, también, miembros de otro antiquísimo colegio sacerdotal consagrado a Mas (luego Marte), en su condición de divinidad viril, fertilizadora de los campos. Posteriormente, se consagraron a Ceres (la Deméter griega) diosa protectora de la vegetación cuyo culto se introdujo en el 496 a.C., junto con el de Dioniso.

25 Se dio el nombre de Caballeros de Rodas a la Orden de los Hospitalarios o de San Juan, después de que en 1310 se estableciesen en dicha isla en la que permanecieron hasta 1522, fecha en que cayó en manos de los turcos. La Orden fue fundada en Jerusalén, tras su conquista por los Cruzados en 1099, por el

provenzal Gerardo Tom. Tenía por objeto recibir y cuidar de los peregrinos y, a partir de 1113, defenderlos de los infieles incluso con las armas. Se convirtió así en una Orden militar, cuyos miembros se regían por la Regla de San Agustín. Después de la toma de Jerusalén por Saladino en 1186, pasaron a Rodas, como ya se ha dicho, y en 1522, obligados por Solimán el Magnífico, a Malta, isla que les fue cedida por Carlos V. Desde entonces se denominaron Caballeros de la Orden de Malta. En la actualidad subsiste como una institución honorífica. Rodas fue una isla turca hasta 1912, fecha en la que después de la guerra italo-turca, el Dodecaneso pasó a Italia. En 1948, después de seis siglos de dominaciones extranjeras (incluso alemana y británica), volvió a ser una isla griega.

26 Plin., Nat. Hist. XXXVI, 102 (pulcherrima operum quae numquam vidit orbis)

27 Cf. Capítulo IX, El Foro: el templo de Rómulo

28 Coarelli, F., Guida Archeologica di Roma, pág. 94, Roma, 1974.

29 Cf. el capítulo del Campo de Marte.

30 Flav. Jos., Bell. Iud. VII, 5, 7.

31 Proc.,Bell. Goth. IV, 21.

32 Barrio de Roma, situado al sur de la Subura, entre los Foros Imperiales y el Mons Oppius, en el Esquilino.

33 Marcus Cocceius Nerva nació en Narni (Italia) el 8 de noviembre del 30 a.C. Sucedió a Domiciano en el 96 d.C. tras ser elegido emperador por los pretorianos. Después del período de tiranía de su antecesor, su gobierno prudente y equilibrado supuso un gran alivio para el pueblo romano. Plinio el Joven fue nombrado prefecto del erario de Saturno y Frontino desempeñó el cargo de curator aquarum. Pertenecía a la aristocracia senatorial y en el momento de su elección ya había cumplido los sesenta años. Aceptado por el Senado, pero sin el apoyo de los pretorianos, su mejor acierto, ya que no tenía hijos ni familiares próximos, fue adoptar a Trajano, el Legado de Germania Superior, quien gracias a cuyas victorias había recibido el nombre de Germanicus. Murió de una pulmonía en el 98

d.C., a los dos años de haber sido nombrado emperador, en su lujosa villa de los Horti Sallustiani, a los 67 años de edad.

34 Esta monumental fuente, sita en la «Vía Garibaldi», se alzó en el 1612 para conmemorar la recuperación del antiguo acueducto de Trajano (Aqua Traiana), construido en el 109 d.C. En un principio contaba con cinco pequeñas pilas, pero en 1690 Carlo Fontana le añadió el gran tazón que aún puede verse en su parte delantera.

35 Aracne era una doncella de Lidia, hija de Idmón de Colofón, un experto tintorero. Tan habilidosa tejedora y bordadora llegó a ser que se atrevió a desafiar a la propia Atenea. La diosa se presentó ante ella como una anciana, para tratar de refrenar su vanidad, pero ante la insolencia de la joven aceptó el reto, recuperando su verdadera apariencia. Atenea representó en su tapiz a los Olímpicos, añadiendo en las cuatro esquinas algunos de los episodios protagonizados por mortales que habían desafiado a los dioses y recibido por ello castigos terribles. Aracne eligió como tema los amores de las divinidades en sus aspectos menos edificantes: el rapto de Europa por Zeus; los amores de este mismo dios con Dánae, etc. Su labor fue perfecta, pero Atenea airada, por su falta de respeto, rompió el tapiz y la golpeó con la lanzadera. La soberbia doncella se sintió ultrajada y se ahorcó. La diosa no permitió que muriera y la convirtió en araña. Este mismo tema es el que aparece en el tapiz que sirve de fondo al cuadro de las Hilanderas de Velázquez (Museo del Prado).

36 Marcus Ulpius Traianus, natural de Itálica (Santiponce, cerca de Sevilla), donde nació en el año 53 a.C., rigió los destinos de Roma por un espacio de casi veinte años (98-117). Hijo de un ilustre general, fue eminentemente un experto militar y un práctico administrador de los bienes del Imperio. Estuvo casado con Plotina, una lejana pariente que con su sensatez y prudencia contribuyó a perfilar su buena imagen privada y familiar. Respetuoso con el Senado, que llegó a otorgarle el título de Optimus Princeps, fue, sin embargo, debilitando su poder efectivo con certera diplomacia para poder desarrollar su política absolutista. Acabó con las instituciones republicanas (las asambleas populares y los comicios), haciendo que las únicas fuentes de legislación fueran los senatus consulta, emanados de la alta cámara. Saneó la situación financiera del

Imperio, sin aumentar la presión fiscal y para ello obligó a los senadores de origen provincial a invertir un tercio de sus bienes en Italia. Desarrolló un programa de intensificación de la producción agrícola, los alimenta, con lo que consiguió además un crecimiento demográfico. Se ocupó asimismo del bienestar de las provincias siguiendo siempre unas atinadas medidas de reforma administrativa y de participación en la política general. Durante su reinado, Roma conoció su época de mayor prosperidad, la verdadera aetas aurea, cantada desde época de Augusto. El Imperio alcanzó su mayor extensión territorial y el pueblo gozó de un manifiesto bienestar, aunque la represión decretada contra los cristianos se convirtiese posteriormente en uno de los puntos negros de su gobierno, señalado por los autores cristianos a partir del siglo IV d.C. Su negación ante la imposición de acatar el culto imperial, fomentado por la política unitaria de Trajano, les hizo conocer una severa época de persecución. Pese a todo, famosa se hizo la expresión que decía: felistor Augusto, melior Traiano (más feliz que Augusto y mejor que Trajano). Entre las reformas de carácter social que llevó a cabo, dos fueron las que alcanzaron un mayor reconocimiento popular: una de ellas fue la Institutio Alimentaria, una serie de leyes dictadas en el 101 d.C., con el fin de suministrar alimentos a todos los niños necesitados; la otra fue la Condonatio debita publica (condonación de las deudas públicas) para lo cual ordenó que se quemaran todas las tablillas en las que se constataban las cantidades pendientes de pago por parte de los ciudadanos. Este acto se realizó en el Foro Republicano, junto a los Rostra, cerca de donde se encontraron los llamados anaglipha Traiani, relieves en los que se representan ambos hechos y que se encuentran, en la actualidad, en el interior de la Curia. Entre sus campañas militares destacan las llevadas a cabo en Dacia (101–102 y 106 d.C.) que acabaron con su conversión en una provincia romana, tras la derrota y suicido de su enemigo, Decébalo; la anexión de Palmira, Damasco y Bosra a la provincia romana de Siria (106 d.C.); la conquista del reino nabateo, con capital en Petra, que pasó a ser la provincia de la Arabia Pétrea (106 d.C.); la campaña de conquista del Imperio parto: toma de Ctesifonte y Babilonia; y la creación de las nuevas provincias de Armenia, Mesopotamia y Asiria (116 d.C.), aunque la rebelión de las mismas, capitaneada por el rey Cosroes, le obligó a retirarse de los recién conquistados territorios. Murió en el 117 d.C. a los sesenta y cuatro años en Selino de Cilicia, tras sus

campañas contra los partos, cuando ya enfermo regresaba a Roma, dejando como legado de Siria a Adriano.

37 El arquitecto grecosirio, Apolodoro de Damasco (60–125), gozó de toda la confianza del Emperador, ya que le había acompañado en sus campañas como arquitecto e ingeniero militar. Construyó el puente sobre el Danubio en la antigua Dacia y la mayoría de los edificios que se edificaron en esta época. Después de la muerte de Trajano cayó en desgracia con su sucesor, Adriano, razón por la cual los últimos años de su vida se pierden en la sombra.

38 Hist. Aug., Hadrian. 7, 6.

39 Hist. Aug., Marcus 17, 4; 21, 9.

40 Hist. Aug., Sev. Alex. 26, 4.

41 Hist. Aug., Aurel. 39, 3.

42 Amia. Marce., XVI, 10, 15 s.

43 Paus., V, 13, 6; X, 5, 8.

44 Hist. Aug., Alex. Sev. 26, 4; Tácito, 9, 2.

45 Hist. Aug., Aurel. I, 7; 8, I; 24, 7; Tácito, 8, I.

46 Di. Cas., LXIII, 16, 2. Este historiador griego (170-235) escribió una Historia de Roma, en 80 libros, que comprendía desde la llegada de Eneas a Italia hasta el 229 de nuestra Era. Desempeñó cargos consulares en tiempo de Marco Aurelio, Pertinax y Alejandro Severo.

47 C.I. L. VI, 960.

48 Mesia, provincia romana al sur del Danubio, hoy repartida entre Rumania y Bulgaria.

49 García y Bellido A., Arte Romano, Madrid, 1972, pág. 365.

50 Hist. Aug., Hadrian. 19, 9 (numquam ipse nisi in Traiani patris templo nomen suum scripsit).

51 Este nombre se ha hecho derivar de los vocablos piper (pimienta), siguiendo el ejemplo de los Horrea Piperitaria del Foro que durante toda la Edad Media ocuparon un espacio en el que, en su día, se levantaron edificios pertenecientes a la Domus Aurea de Nerón. También se ha relacionado el término biber con la palabra «bevànda», que significa bebida, porque tal vez algunas de las tiendas que en ella había se dedicaron a la venta de bebidas, como parece demostrarlo el hallazgo de algunas cántaras y tinajas.

XI. EL VALLE DEL ANFITEATRO

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Valle del Anfiteatro): 8,7 MB

Pincha para ver imagen de la zona del Coliseo: 1,8 M

El amplio valle existente entre las colinas del Palatino, del Esquilino y del Celio, en cuyo centro se alza el Coliseo, era una zona cenagosa durante buena parte del año, ya que en ella se estancaba el agua caída en épocas de lluvias; por esta razón, aprovechando las características del terreno y su acusado desnivel, Nerón hizo construir en él un estanque artificial incorporado a su lujosa mansión, la Domus Aurea que, desde el monte Opio en el Esquilino, se extendió hasta el Palatino, como veremos al tratar de esta residencia palacial. Lo que no pudieron imaginar los arquitectos del palacio neroniano es que, sobre dicho estanque desecado se construiría, en época posterior, el anfiteatro flavio.

El aspecto actual de este valle no es el de antaño, ya que el corte que se hizo en la zona que unía la Velia con las Carinae[1], para construir los Foros Imperiales, desvirtuó su aspecto originario. Sin embargo, los monumentos y vestigios arqueológicos, que todavía hoy se encuentran en él, son de los más importantes y significativos de la antigua Roma: el arco de Constantino, la Meta Sudans (la fuente en que se refrescaban los espectadores del anfiteatro), el Coliseo y el Ludus Magnus o cuartel de los Gladiadores.

El arco de constantino

Este arco monumental, el de mayores proporciones de todos los arcos romanos construidos y conservados, sigue siendo para un gran número de los visitantes de Roma, el símbolo del triunfo del cristianismo contra el paganismo. La victoria de Constantino sobre Majencio, en el puente Milvio, al norte de Roma, el 28 de octubre

del 312 d.C. y el Edicto de tolerancia de Milán, promulgado en el 313 d.C., con el que la Iglesia conoció su primera época de paz oficial, van unidos desde entonces a este magnífico fornix[2] que se dio por terminado el 25 de julio del 315 d.C.

La rapidez con la que fue levantado justifica que la mayor parte de la decoración escultórica se tomara de monumentos de épocas anteriores, ya por entonces en mal estado de conservación. La práctica de la reutilización de materiales era ya frecuente en la Roma del siglo IV. La conservación de los edificios públicos era tan costosa que solo se restauraban los más emblemáticos o aquellos que aún se mantenían en un buen estado. En este caso, el resultado de los programados «expolios» oficiales fue la composición, como tantas veces se ha repetido, de un interesante palimpsesto a través de cuyos elementos ornamentales se han intentado rastrear los lugares de su posible procedencia y el proceso de construcción del propio arco.

Las obras de restauración del mismo llevadas a cabo en 1982 y las excavaciones practicadas en su entorno desde 1985[3] (las últimas a finales de 1990) han venido a demostrar que se trata de la superposición de tres arcos: uno de época de Domiciano (arrasado a raíz de su damnatio memoriae) sobre cuyos cimientos se construyó otro nuevo en tiempos de Adriano, aprovechado en una buena parte por el tercero y último que fue el de Constantino. Del resultado de estas nuevas investigaciones y de los tres arcos mencionados hablaremos más adelante, al describir la estructura y decoración escultórica de este singular monumento[4].

El espíritu de tolerancia que Constantino (274–337) demostró hacia los cristianos desde su advenimiento al poder y el posterior reconocimiento de su religión como una congregación de pleno derecho, a la que permitió recuperar sus bienes y gozar de la protección imperial, le valió el mayor de los respetos, no solo en su época, sino a lo largo de toda la Historia. Buena muestra de ello es que la estatua ecuestre de Marco Aurelio que preside la plaza del Capitolio, se salvó de daños y de ultrajes por creerse que era la de este emperador[5]. La tradición, siguiendo el criterio de Lactancio y Eusebio de Cesares, le considera el primer emperador cristiano, sin embargo, las violencias y asesinatos que cometió a lo largo de su

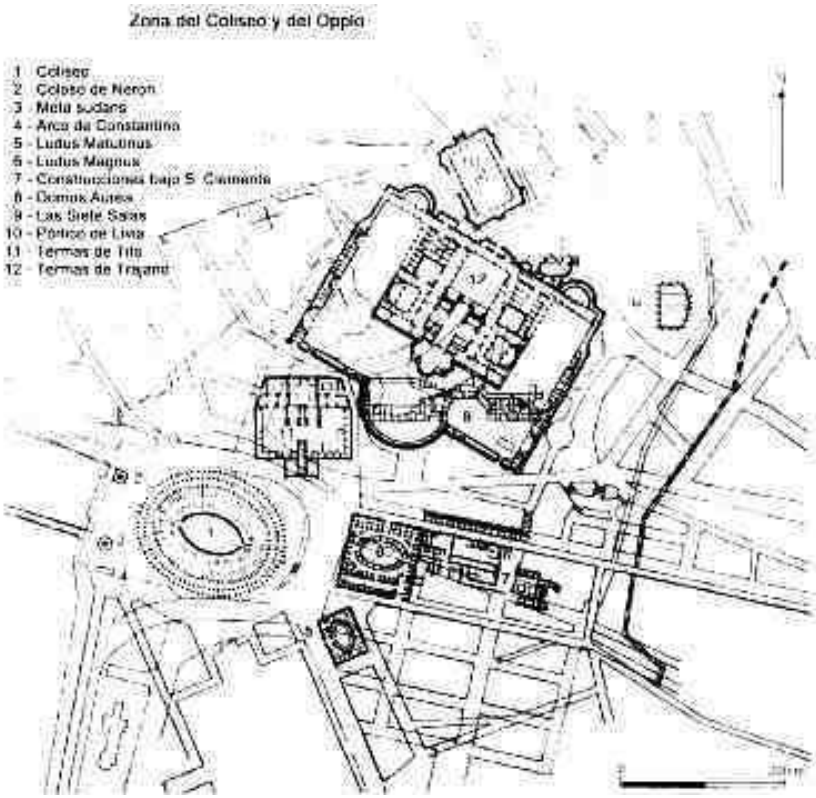
reinado para hacerse con el poder absoluto, demuestran que sus actos no se adecuaron al espíritu de la nueva doctrina y que, personalmente, siguió siendo fiel a las creencias paganas. Durante una época de su vida ostentó el cargo de Pontifex Maximus y su bautismo, que se supone tuvo lugar en el 323 d.C., no pasó de ser un gesto político más, ya que después de esa fecha decretó cuantos crímenes consideró precisos para hacerse con el poder absoluto. Tal vez, su acercamiento más sincero al cristianismo se produjo en los últimos años de su vida, pero más como fruto del temor supersticioso que siempre le inspiro esta religión, que como consecuencia de un cambio radical de sus ideas y de una conversión sincera. La circunstancia de que la fecha de su muerte coincidiera con el día de la festividad de Pentecostés del 337 d.C., vino a reforzar su vinculación con el Espíritu Santo, considerado el inspirador de las decisiones que habían traído la paz a la Iglesia. En su lecho de muerte se hizo revestir de la blanca túnica de los neófitos y, según algunas fuentes, pudo ser entonces cuando fue bautizado por Eusebio, obispo de Constantinopla, siendo enterrado en la iglesia de los Apóstoles de esta nueva ciudad a la que tanto entusiasmo y desvelos había dedicado.

Las leyendas relacionadas con la batalla del puente Milvio, que tuvo lugar el 28 de octubre del 312 han adquirido con el tiempo la categoría de prodigios divinos. Al iniciar la campaña contra Majencio, el hijo de Maximiano, Constantino, permitió a sus soldados que pintaran en sus escudos el signo de la cruz, lo que demuestra que ya eran muchos los cristianos que formaban parte de su ejército. Tras la victoria obtenida sobre su enemigo, se corrió la voz de que había sido su padre, Constancio Cloro[6], quien le había ayudado desde el Cielo. Tal supuesto no resultó extraño, ya que este emperador había suspendido las terribles persecuciones desencadenadas por su antecesor Diocleciano (284–305), propiciando una ansiada permisividad religiosa con la que se puso fin a tormentos y crímenes sin sentido. Además, esta pretendida ayuda se reforzó con el relato de otro singular milagro: la aparición en el firmamento de una cruz brillante con la inscripción en griego túto nika: (¡con esto vence!); in hoc signo vinces, en latín que el emperador vislumbró con toda claridad estando todavía en la Galia. El resultado de todos estos pretendidos portentos fue que el ejército de Constantino llevó, desde entonces en escudos y estandartes la

señal de la cruz y el monograma de Cristo (labarum), compuesto de las dos letras griegas cruzadas, X y P (de Χριστός) y de la primera y ultima de dicho alfabeto A y Ω, con las que se significaba el principio y fin de la vida. Así se reconoció al dios de los cristianos como al propiciador del triunfo que le abrió a Constantino las puertas de Roma.

Aparte de todos estos relatos, ensalzados por los autores cristianos de la época y posteriores, lo cierto es que, con la construcción de este arco se quiso conmemorar la victoria sobre Majencio, así como los decennalia (diez años de gobierno del emperador). Por esta razón, la dedicación del arco se hizo en el 316 d.C., fecha en la que se cumplía el décimo aniversario de su proclamación como augusto, a la muerte de su padre en York, acaecida el 25 de julio del 306 d.C., tras su regreso victorioso de una expedición militar en la frontera septentrional de Britania. Este acto fue el principio del final de la llamada Tetrarquia, establecida por Diocleciano[7], consistente en el reparto del poder entre dos Augustos y dos Césares, con el fin de aligerar la administración y mejorar la defensa del, ya por entonces, inabarcable Imperio.

Con Constantino, tras la derrota y muerte de Majencio y la posterior victoria sobre Licinio (Augusto, por entonces de Oriente), al que asesinó en el 325 d.C.[8], se instauró, de nuevo, la monarquía absoluta. La frase instinctu divinitatis (por inspiración divina), que figura en la inscripción del arco, con la que se aludió a la ayuda de un dios que los cristianos identificaron con el suyo, por el pretendido milagro de la aparición de la cruz antes de enfrentarse a su primer adversario[9] vino a respaldar y consolidar su inicial triunfo.



Para comprender su tolerancia con los cristianos y la aceptación de la difusión social de muchos de sus principios humanitarios, no puede olvidarse la influencia que debió de ejercer su madre, la que sería con el tiempo Santa Elena[10], por la que sintió una especial veneración. Sin embargo, los favores otorgados a la nueva religión respondieron más a razones políticas que religiosas, dado el aumento creciente de sus seguidores y su influencia en la sociedad de entonces. No puede olvidarse que la nueva capital de Oriente, Constantinopla, se comenzó a construir a marchas forzadas a partir del 4 de noviembre del 326 a.C., fecha de la ceremonia fundacional, muy próxima a la de su inauguración que tuvo lugar el 11 de mayo del 330 d.C. Para llevar a cabo con éxito tan acelerado proceso, Constantino necesitaba dejar a Roma y a los territorios occidentales del Imperio presididos por un ambiente de paz y concordia, al menos en apariencia.

El lugar elegido para la construcción de arco tan colosal y

significativo fue un punto clave de la antigua vía triunphalis, allí donde confluían el valle del Coliseo con el del Circo Máximo. Por dicha vía pasaban los triunfos que, procedentes del Campo de Marte, bordeando el Palatino entraban en el Foro y, tras recorrer la via Sacra, se dirigían al templo de Júpiter en el Capitolio[11]. Los sólidos cimientos encontrados al norte del arco en las últimas excavaciones han demostrado que estos debieron de formar parte de algunas de las edificaciones pertenecientes a la Domus Aurea de Nerón, destruidas posteriormente por los Flavios, cuando procedieron a la total remodelación de esta zona, al construir el Anfiteatro sobre el gran estanque neroniano. Fue Domiciano quien terminó su edificación y quien procedió además a la urbanización final del nuevo espacio creado en su entorno. Los cimientos de un conglomerado de cemento de 19,50 × 10,50 m., sacados a la luz en el frente meridional del arco, de época de este emperador, han hecho pensar a A. Ferroni[12] que corresponden a un arco de triunfo por él levantado, en consonancia con el de Tito. Así se organizaba el área de una forma coherente y se ennoblecía la nueva zona presidida por el anfiteatro. Se supone que dicho arco debió de ser construido al tiempo que se adecuaba la Meta Sudans y que posteriormente sería arrasado tras ser decretada su damnatio memoriae[13].

Más tarde, sería Adriano quien volvería a intervenir en la zona al construir el templo de Venus y de Roma sobre la Velia, dedicado en el 133 d.C. Es probable que fuera entonces cuando en el mismo sitio en que se alzó el arco de Domiciano, construyese otro de tres vanos. Este sería el que, andando el tiempo sería aprovechado por Constantino, añadiéndole un ático de obra de ladrillo y revestimiento de mármol. Según la fórmula tradicional, se hizo constar en la inscripción (la misma en ambas fachadas) del citado ático, que fue erigido por el Senado y el Pueblo Romano, en agradecimiento por haber librado al Estado, a un mismo tiempo, del gobierno de un tirano y de sus partidarios.

IMP (ERATORI) CAES (ARI) FL (AVIO) CONSTANTINO MAXIMO / P (IO) F (ELICI) AUGUSTO S (ENATUS) P (OPULUS) Q (UE) R (OMANUS) / QUOD INSTINCTU DIVINITATIS MENTIS /

MAGNITUDINE CUM EXERCITU SUO / TAM DE TYRANO QUAM DE OMNI EIUS / FACTIONE UNO TEMPORE IUSTIS / REM PUBLICAM ULTUS EST ARMIS / ARCUM TRIUMPHIS INSIGNEM DICAVIT.

Al emperador César Flavio Constantino Maximo, Pío, Feliz, Augusto, el Senado y el pueblo romano, porque por inspiración divina y por la grandeza de su espíritu, con su ejército liberó, a un tiempo a la república, de un tirano y de toda su facción, con armas justas, dedicaron este insigne arco de triunfo.

El resultado final fue un edificio monumental de casi 25 m. de altura (15,10 m. hasta la cornisa) de tres arcos enmarcados por columnas corintias de «gallo antico», apoyadas en altos plintos. El central mide 11,45 m. de altura y 6,50 m. de anchura, y los laterales 7,40 m. de altura y 3,35 m. de anchura. Para salvar el desnivel existente entre el lugar de su emplazamiento y la plataforma sobre la que se levantó, se construyeron unos escalones de acceso que se han puesto al descubierto en el transcurso de las excavaciones. Los materiales empleados en su construcción fueron el travertino en sus cimientos y partes inferiores, el ladrillo para el ático y el mármol blanco en el recubrimiento de su superficie externa.

Su aspecto recuerda al de Septimio Severo, erigido en el Foro[14] en el 203 d.C., también con motivo de su décimo aniversario de la ascensión al trono. Fue dedicado, tanto a él como a sus hijos Caracalla y Geta, en conmemoración de sus victorias sobre partos y árabes; su altura es de 23 m. y sus tres arcos también aparecen enmarcados por columnas. Sin embargo, la decoración arquitectónica y escultórica del arco de Constantino es distinta ya que no responde solo a la narración de unas victorias obtenidas en el transcurso de unas campañas militares puntuales, sino que se articuló como un rápido discurso propagandístico, aprovechando principalmente los materiales del arco de Adriano, completados con los que el propio Constantino añadió, referentes a su victoria sobre Majencio y posterior magnanimidad. A ellos hay que añadir además otros de época de Trajano y de los Antoninos, con los que se dio fin, sin demasiada coherencia, a la decoración de una obra en la que

había que emplear el menor tiempo posible.

La parte del arco de Adriano aprovechada en el de Constantino fue toda la estructura del mismo hasta la altura de la cornisa. Las columnas corintias que enmarcan los arcos tal vez pudieron proceder del arco de Domiciano, del erigido en este mismo lugar o en otro cualquiera, ya que se sabe que construyó varios arcos, todos ellos arrasados tras ser decretada su damnatio memoriae. Constantino las hizo colocar sobre unos altos plintos decorados con relieves en los que se representaron victoria con trofeos y bárbaros prisioneros, en el lado norte; y victorias escribiendo sobre escudos y, asimismo, bárbaros prisioneros, en el lado meridional. También son de época constantiniana las victorias aladas, portadoras de trofeos, que se encuentran en los triángulos que enmarcan los arcos, acompañadas de erotes, símbolos de las cuatro estaciones, y las figuras de las claves, al parecer sedentes, tal vez de la Dea Roma, prácticamente perdidas en la actualidad.

Los relieves colocados sobre los arcos menores y, a la misma altura, en los lados cortos, son también contemporáneos a los momentos de la construcción del arco y en ellos se narran las principales hazañas de Constantino. La secuencia de estos seis relieves, estrechos y largos (miden poco más de 1 m. de altura y entre 5,5 y 6,5 m. de largo) se inicia en el lado corto occidental, el que da al Palatino; continua en los dos situados sobre los arcos meridionales; en el lado corto del lado oriental; y, los dos, finales, sobre los arcos de la fachada norte.

En el primero se ve la salida (profectio) de Constantino de Milán camino de una expedición militar. Los soldados de su ejército llevan cubierta la cabeza con un bonete cilíndrico, el llamado pilus pannonicus, que hizo su aparición en el período de la Tetrarquía y se mantuvo en esta época. En el segundo se representó el asedio de una ciudad (obsidio) de Verona. En el tercero, se asiste al momento culminante de la batalla (proelium) del Puente Milvio (Saxa Rubra), al norte de la ciudad, en la via Flaminia (29 de octubre del 312), donde Majencio fue definitivamente vencido y encontró la muerte. En el cuarto aparece la entrada triunfal de Constantino (ingressus) en Roma tras derrotar a su enemigo. En el quinto, Constantino habla al pueblo (oratio) desde los Rostra (tribuna pública) del Foro,

acompañado de su corte. Al fondo se aprecian, como ya hemos señalado anteriormente, las cinco columnas honoríficas erigidas en el 303 d.C. para celebrar las vicennalia (veinte años de gobierno) de la Tetrarquía, el sistema adoptado por Diocleciano en el 283 d.C. Con ellas se quiso significar la concordia de los dos Augustos y los dos Césares (felicitas temporum) que, evidentemente, no fue respetada por sus sucesores. En la columna central, la más alta de todas, se colocó la imagen de Júpiter y, en las laterales, las de los cuatro tetrarcas: Diocleciano, Galerio (los Augustos) Maximiano y Constancio Cloro (los Césares)[15]. A la izquierda, aparece el arco de Tiberio y, a la derecha, el arco de Septimio Severo y la basílica Iulia. En el sexto y último de estos relieves, se ve al emperador repartiendo víveres y dinero (congiaria) al pueblo, como anuncio y símbolo de su generosidad (liberalitas). Este último acto tuvo lugar el 1 de enero del año 313 d.C., en el Foro de César.

La técnica empleada en estos relieves, realizados, a buen seguro, con premura y en talleres de escultores de formación artesana, se aparta, por completo, de las tendencias clásicas. Su concepción responde, como puede apreciarse de una simple ojeada, a criterios puramente dibujísticos y narrativos. Lo que se pretendía por encima de todo era dejar constancia de los episodios narrados con el mayor número de detalles posible, aún descuidando los aspectos representativos y formales. Se observa, por lo tanto, un cambio radical con respecto a las proporciones y a los esquemas compositivos de etapas anteriores. En este caso, como en muchos relieves de esta época y posteriores, triunfa el llamado horror vacui como recurso expresivo, y la isocefalia. Se abandona el empleo del trépano, generalizado sobre todo en tiempos de los Antoninos y de los Severos, para crear efectos de profundidad y claroscuro, y se recurre a un relieve de escaso volumen en el que se prescinde de los efectos de la simetría y de la perspectiva. Se diría que, después de siglos, en los que en el arte aúlico imperaron las corrientes inspiradas en los modelos clásicos importados de Grecia, en este período se deja que fluya, libre de trabas, el relieve continuo, narrativo, de carácter puramente romano, que solo afloraba en las obras de carácter popular, cuando las altas capas de la sociedad gustaban de los patrones helénicos.

Encima de estos relieves se encuentran dos tondos sobre cada uno

de los vanos menores, de más de 2 m. de altura, esculpidos al tiempo que se construyó el arco de Adriano, y dos en los lados menores, encastrado cada uno de ellos en el paramento de los sillares de mármol, ya que fueron hechos a propósito, en época constantiniana, para hacer juego con los anteriores. Por esta razón, en ellos se procuró ajustarse, lo más posible, a los modelos que se trataron de imitar, siendo su composición correcta y adecuada al espacio circular del tondo. En el situado en el lado oriental se representó al Sol invictus, Helios, montado en su carro tirado por cuatro corceles, elevándose hacia el cielo. Va precedido por la estrella de la mañana, Phosphoros o Lucifer, que lleva una antorcha en la mano. Debajo, aparece una figura recostada, de aspecto patriarcal, simbolizando al Océano. En el del lado occidental, de corte muy similar, se ve a Selene la Luna, descendiendo hacia la línea del horizonte en su carro, tirado solo por dos caballos. En este caso va guiada por Hesperos o Vesper, la estrella de la tarde. La figurara recostada que aparece en esta composición representa al Mar.

Los ocho tondos que se encuentran sobre los vanos menores pertenecieron al arco de Adriano, como demuestra el hecho de que no tuvieron que ser encastrados en la superficie mural como tuvo que hacerse en el caso de los embutidos en los paramentos laterales. Su factura y estilo responden a la técnica clasicista y depurada característica de las obras mandadas realizar por este emperador, buen conocedor y admirador del arte griego. Todos ellos tuvieron que ser recortados en su segmento de círculo inferior, al ser colocados, sobre los arcos menores, aunque algunos de ellos, como en el que se representó la «caza del jabalí», casi mantuvieron intacta su forma circular. En ellos se representaron escenas de caza a la que Adriano era muy aficionado, y de sacrificio a las divinidades campestres, protectoras de la naturaleza. En alguna de ellas aparece además la figura de Antinoo, el joven bitinio amado y divinizado por Adriano, lo que avala la fecha de su ejecución[16]. Las cabezas del emperador fueron en algunos casos reemplazadas por las de Constantino, y otras por las de Licinio, apareciendo incluso nimbadas. Su mayor interés radica en que son tal vez los retratos más fidedignos que tenemos de ambos personajes.

En el lado meridional, el primero que se veía desde la via triunfal,

se colocaron de izquierda a derecha los decorados con las siguientes escenas:

1ª) La partida para la caza: en este tondo se reconoce a Antinoo que aparece, a la izquierda, desnudo, cubiertos sus hombros y espalda por un manto corto, siguiendo el ideal heroico griego del joven cazador. Con la mano izquierda sujeta la correa del perro que está a su lado y gira la cabeza hacia él, y con la derecha las bridas del único caballo que aparece en la escena. La figura de Adriano, a la que le falta la cabeza, se reconoce por su posición preeminente dentro de la composición. Tanto estas dos figuras como la de los otros personajes que les acompañan están representadas en el momento de salir de la ciudad al campo. La ciudad se sugiere con uno de los arcos de salida de Roma y el campo a su vez por el árbol que figura a la izquierda.

2ª) Sacrificio a Silvano: En este caso se representó un sacrificio en un santuario campestre de este dios, venerado por los romanos como el numen tutelar de las selvas y forestas. El área sacra se significa por medio de sus atributos iconográficos: una cabeza de oso y la siringa, colocada sobre la rama del árbol que se encuentra tras su estatua. Los cuatro personajes que aparecen en la escena se presentan en diferentes niveles para recordar el relieve montañoso en el que se ubicaban este tipo de santuarios, compuestos de un pilar sobre el que se alzaba la figura del dios y un ara sacrifical.

3ª) La caza del oso: Adriano y dos acompañantes aparecen galopando en sus caballos, persiguiendo a un oso que corre acosado, delante de ellos, por un paraje montañoso. La figura del emperador, a la que le falta la cabeza, aparece envuelta en un manto que flota al viento, con lo que se insiste en el ímpetu y la rapidez de las que hacía gala el ilustre cazador en la persecución del animal. Se trata, pues, de una composición efectista y muy cuidada.

4ª) Sacrificio a Diana: De nuevo se representa una escena de culto, en este caso dedicado a Diana, la principal patrona de los cazadores. La diosa se encuentra sobre una columna, delante de la cual se halla el ara de los sacrificios. Entre las ramas del árbol que cobijan el lugar sagrado asoma una cabeza de jabalí, ya que las ofrendas de carácter vegetal que se hacían a la diosa eran preceptivas antes de iniciar la caza de la citada fiera. Adriano

aparece con la cabeza cubierta, según exigía el rito religioso, aunque su rostro fue sustituido por el de Constantino.

Las escenas de los tondos del lado septentrional son las siguientes:

1ª) La caza del jabalí: En este tondo, el menos rebajado de todos en su parte inferior, aparece Adriano seguido de Antinoo y de otro jinete persiguiendo al jabalí por un paraje pantanoso. El rostro del emperador fue sustituido por el de Constantino joven. Las notas paisajistas están significadas por el árbol que se ve al fondo, el terreno escarpado y las cañas de las marismas.

2ª) Sacrificio a Apolo: La ofrenda en esta ocasión está dedicada a Apolo, el hermano gemelo de Diana. La figura del dios se yergue sobre un alto pedestal, delante del cual se encuentra el ara. Al fondo de esta escena se ven dos árboles, posiblemente laureles, el árbol sagrado de esta divinidad. Actúa como oferente el emperador, cuyo rostro fue sustituido por el de Constancio Chloro, el padre de Constantino. Detrás de él está uno de sus acompañantes y, a la derecha, un personaje que, habiendo descabalgado de su caballo, lo conduce llevando sus bridas en la mano.

3ª) El regreso de la caza. En el centro de la escena se ve a Adriano (aunque su cabeza fue sustituida por la de Constantino) con otros cuatro personajes en el momento en que la caza se ha dado por terminada. Los árboles que se ven al fondo y a los lados subrayan el ambiente naturalista en que se desarrolla el último episodio de la cacería que ha concluido con la muerte del león que yace a los pies de los cazadores, cuyos caballos se encuentran a ambos lados. La figura del león muerto se añadió en época de Constantino, por lo que tuvo que modificarse la parte inferior del tondo.

Esta misma composición es la que figura en la parte central de la «Piccola Caccia» del mosaico de «Piazza Armerina» (Sicilia) donde se encuentra el esquema compositivo de los dos jóvenes cazadores que sostienen a sus cabalgaduras por las bridas, tal y como aparece en este tondo y en el del Sacrificio de Apolo. En el mosaico de «Piazza Armerina» se ve asimismo a un joven que lleva un perro de caza al igual que Antinoo en el primero de los tondos, La partida para la caza, de suerte que en el mosaico anteriormente citado, lo que se hizo fue reunir dos esquemas figurativos presentes en dos

tondos diferentes de este arco.

4ª) El sacrificio de Hércules. En el último de estos tondos se encuentra la escena del sacrificio de Hercules Invictus, caracterizada por un fondo arquitectónico significado por dos pilastras, detalle con el que se hacía referencia a la entrada en el área urbana y se aludía al Ara Maxima del Foro Boario. Las guirnaldas que aparecen junto a la estatua de Hércules son de laurel, planta que generalmente no se usaba en las ceremonias en honor de este semidiós. Sin embargo, según Macrobio[17] eran utilizadas por los sacerdotes del Ara Máxima, hasta el punto que su uso continuado en este tipo de ceremonias propició que los laureles crecieran de modo espontáneo en el Aventino. En primer término se ve al emperador (cuya cabeza fue sustituida por la de Licinio), capite velatus, ante el ara de ofrendas, acompañado de tres de sus compañeros de cacería.

El tipo de Hércules, aquí representado, es el mismo que figuró por vez primera en medallones y monedas emitidas entre el 121 y 122 d.C. (posteriores al III Consulado de Adriano en el 119 d.C.) No puede olvidarse que Hércules, procedente de Hispania, había liberado a la Roma de Evandro del ladrón Caco y que asimismo el emperador pertenecía a una familia de origen hispano. Por encima de la cabeza del personaje que aparece a la derecha, se ve la piel de león que se le ofrenda a Hércules.

Las escenas representadas en los tondos constituían una estudiada secuencia iconográfica para exaltar la virtus y la pietas (la virtud y la piedad) del emperador, esenciales en el programa del buen gobierno. La virtus podía expresarse por medio de escenas bélicas o de cacerías, en las que se ponía de manifiesto la habilidad y valentía de los participantes en ellas, siguiendo los modelos iconográficos de las gestas del gran Alejandro Magno, entre las que se hizo famosa la de la caza del león. En cuanto a la pietas, quedaba reflejada en la serie de las ceremonias religiosas y sacrificales en las que el emperador aparece como principal oficiante.

La calidad escultórica de estos relieves ha hecho pensar que pudieran haber sido obra de Apolodoro de Damasco, ya que muchos de los recursos estilísticos que aparecen en la columna de Trajano se repiten en ellos: concepción y tratamiento de las figuras y animales,

fondos paisajistas, etc. Sin embargo, esta impresión no pasa de ser una mera sospecha.

A los lados de las placas del ático, en las que figuran las inscripciones de la dedicación del arco, hay ocho relieves de más de tres metros de altura que, al parecer, pertenecieron a un monumento erigido por Cómodo (180–192) en honor de su padre Marco Aurelio (161–180). Probablemente se trataría de un arco cuadrifonte, sito en las inmediaciones de la columna honorífica de este mismo emperador y en ellos se representaron, también, diversos avatares de las guerras contra los cuados y marcómanos. Los episodios de la fachada meridional son, de izquierda a derecha: 1º) presentación de un jefe bárbaro a Marco Aurelio; 2º) prisioneros conducidos ante el emperador que aparece acompañado por su fiel general Claudio Pompeiano; 3º) escena de arenga a las tropas (adlocutio); 4º) la práctica de un sacrificio (lustratio) realizado en el campo de batalla. Los del lado norte son: lº) la entrada (adventus) del emperador a la ciudad por la Porta Triumphalis. Es recibido por Dea Roma y aparece acompañado de Marte, el dios de la guerra, que se encuentra junto a él, mientras una victoria alada vuela por encima de la cabeza imperial llevando una guirnalda en la mano. El templo representado al fondo es, probablemente, en de la Fortuna Redux; 2º) la salida de Marco Aurelio (profectio) de la ciudad por la misma Porta Triumphalis; 3º) escena de reparto de dinero y víveres (congiaria) en un espacio público que bien pudiera ser el Foro de Trajano, ya que el edificio que se divisa al fondo se ha identificado con la basílica Ulpia; 4º) escena de rendición de un jefe bárbaro.

Relieves muy similares y de dimensiones idénticas son tres que se hallan en la escalera de ingreso del Palacio de los Conservadores y en los que las escenas representadas son: el triunfo de Marco Aurelio montado en su carro, coronado por una victoria y precedido por un heraldo que toca la trompeta; el emperador, a caballo, aceptando la sumisión de unos bárbaros cautivos; y, por último, la realización, como oficiante, de un sacrificio ofrecido ante el templo de Júpiter Capitolino. Estos once relieves es probable que pertenecieran a un mismo arco, aunque hay quien opina que los tres del Palacio de los Conservadores (junto con otro perdido) pudieron pertenecer al erigido en el 176 d.C. para celebrar las victorias imperiales sobre los germanos y sármatas; mientras que los del arco

de Constantino serían los que ornaran el citado arco cuadrifonte, erigido después del 180 d.C. Aún existe otro relieve, semejante a estos, en la colección Torlonia y que se ha relacionado con el arco levantado por Marco Aurelio y Lucio Vero tras sus victorias sobre los partos en el 166 d.C.

El estilo de estos relieves se corresponde con el tipo de arte áulico, grequizante y academicista propio de la época de los Antoninos, en la que los talleres de copistas de obras griegas habían llegado a niveles de gran perfección, pero con escasos aportes de creatividad. Los efectos de claroscuro conseguidos por el uso del trépano, confieren no obstante unos rasgos muy peculiares a las esculturas y relieves de este período, como puede verse en la columna de Marco Aurelio. En todo este tipo de manifestaciones artísticas se aprecia además un gusto barroco que se manifiesta en las expresiones de los rostros y en el contenido de las escenas, en especial en aquellas referidas a la sumisión de bárbaros, tratados con más respeto que en épocas anteriores.

Sobre los plintos que se alzan encima de las columnas que enmarcan los citados relieves, aparecen, en cada fachada, las esculturas de cuatro dacios prisioneros. Fueron esculpidas en mármol «pavonazzeto» y, algunas de ellas, tienen las cabezas y las calzas restauradas. Se las ha supuesto procedentes del Foro de Trajano, al igual que los relieves encastrados en los laterales exteriores del ático y en el interior del arco central, de los que luego hablaremos. Sin embargo, si dicho Foro aún despertaba la admiración de los viajeros en el 356 d.C., fecha en la que el emperador Constancio II visitó Roma acompañado del monarca persa Hormidas[18], es difícil deducir de donde pudo Constantino, a comienzos del siglo IV, arrebatar tales esculturas y relieves sin causar en tan magnífico conjunto serios destrozos. Las noticias llegadas hasta nosotros en la Edad Media, demuestran que, en esta época. aún se mantenía en buen estado de conservación, razón por la cual los interrogantes acerca del emplazamiento original de las citadas piezas siguen abiertos. Se ha supuesto que estos elementos escultóricos pudieron formar parte del arco de entrada al Foro y que los relieves serían fragmentos del friso que le circundaba.

En los relieves citados se representan escenas de una grandiosa

batalla, cuyos moldes pueden verse, de cerca, en el «Museo de la Civiltà Romana». Miden unos 3 m. de altura y 20 m. de largo y constituyen el más grandioso relieve histórico llegado a nosotros. Además, se conservan fragmentos aislados, pertenecientes al mismo, dispersos por los museos de Berlín, París y Roma. En esta última ciudad destacan los conservados en el Casino Borghese. El estilo de su labra es semejante al de la columna de Trajano, por lo que se les ha considerado obra del mismo artífice, es decir, Apolodoro de Damasco.

Estas cuatro lastras, colocadas una al lado de otra, componen una secuencia única, sin separación entre una escena y otra, de acuerdo con los principios del más puro «relieve continuo» romano. En la primera de ellas (de izquierda a derecha) se representó el adventus de Trajano a Roma. El emperador, tras franquear uno de sus arcos de entrada, aparece recibido por Dea Roma y coronado por una Victoria alada. Sus oficiales y soldados le acompañan en esta ceremonia de bienvenida enarbolando sus picas y estandartes que cubren el paramento del fondo. Tras la figura de Dea Roma y, a renglón seguido, comienza una escena de lucha encarnizada contra los bárbaros que se continúa en el segundo y siguiente fragmento. En el tercero, aparece el propio Trajano a caballo, arrollando a sus enemigos que se rinden ante su fiera acometida o huyen aterrados. Detrás de él se destacan las figuras de los signiferi o portadores de estandartes. En el cuarto y último, a ritmo más lento, se representó la victoria total sobre el enemigo y el terrible castigo impuesto a los vencidos. Los soldados romanos exhiben en sus manos las cabezas cortadas a los enemigos, como señal de su triunfo implacable.

La lastra colocada en el lado exterior del ático occidental (el que da al Palatino) es, precisamente, la última de las anteriormente descritas. La siguiente, siguiendo el orden inverso a su anterior descripción, aparece en el lado occidental interior del arco central; la consecutiva, en el lado exterior del ático oriental; y, por último, la primera de todas ellas, en el lado oriental interior del arco central.

Este arco fue objeto de algunas restauraciones en el siglo XVIII, sobre todo en su parte superior: el ático y las estatuas de los dacios prisioneros. En general, puede decirse que fue un monumento muy

respetado a lo largo de los siglos por ser obra del emperador que había concedido la paz a la Iglesia. Apareció en numerosas pinturas de los artistas renacentistas que gustaron de reproducirle en sus cuadros, como emblema de la ciudad de Roma[19]. Su más reciente restauración se realizó entre 1982 y 1987.

La Meta Sudans

Delante del Arco de Constantino, en el lado que mira al Coliseo, se encontraba la fuente conocida como la Meta Sudans. Debía su nombre al hecho de que en el centro de su taza circular se alzaba un cono revestido de mármol, cuya forma recordaba a la de las metae que remataban la espina de los circos. En el interior de dicho cono se encontraban instalados los conductos que, a través de varios caños, dejaban correr el agua a chorros en el pilón, lo que le valió el calificativo de sudans (chorreante).

Su presencia se asoció a la del Coliseo, ya que era el lugar en el cual se refrescaban los asistentes a los espectáculos que en él se celebraban. De ella nos habla Séneca[20], entre otros autores, en una de sus epístolas y fue reproducida en las monedas acuñadas por Tito en el año 80 d.C., para conmemorar la inauguración del anfiteatro. Domiciano procedió a su restauración, recubriendo su primitiva estructura de ladrillo con mármol blanco.

El significado del lugar en el que se alzó se remontaba, no obstante, a tiempos remotos ya que, en su origen, fue un terminus, es decir, una señalización con la que marcar, en su caso, el punto de unión de las cuatro regiones servianas, primero, y de cinco de las catorce de Augusto[21] (VIII, X, III, II, I), más tarde.

Constantino, al construir su famoso arco, procedió a una total restauración de fuente tan popular y tan utilizada por los viandantes romanos. A pesar de su mal estado de conservación, se mantuvo en pie hasta 1936, fecha en que fue demolida para permitir el paso de los desfiles fascistas. En la actualidad su antiguo emplazamiento se ha señalizado con una plataforma circular de

mármol travertino.

El Anfiteatro Flavio (el Coliseo)

La mole imponente del llamado Amphiteatrum Flavium sigue siendo, después de veinte siglos de existencia, uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad de Roma. Su descarnada osamenta de indestructible hormigón, que ha resistido el paso del tiempo, se yergue entre las colinas del Esquilino, el Palatino y el Celio como un símbolo indiscutible de la grandeza imperial. Sus mármoles, revestimientos arquitectónicos y todo cuanto en definitiva pudo ser arrancado de sus estructuras, sirvieron para construir en el Medievo y en el Renacimiento iglesias, torres, fortificaciones y mansiones señoriales con las que poco a poco se fue configurando una nueva Roma. Así pues, compartió el destino adverso de todos los grandes monumentos de la urbe pagana, convertidos en fáciles canteras de materiales de construcción, con el agravante en su caso de que al considerarse su arena como el lugar donde habían encontrado la muerte infinidad de mártires cristianos, los expoliadores[22] se ahorraron todo tipo de remordimientos. Aunque no existan documentos fiables que avalen esta creencia popular, aún hoy en día se sigue considerando a este edificio como el lugar donde se masacraron a miles de cristianos y donde, sobre todo, fueron devorados por las fieras. Por todo lo expuesto, el que sus ruinas se mantengan enhiestas y dignamente consolidadas desde el siglo XIX, sigue siendo la garantía de pervivencia de la ciudad.

Frecuentado por toda clase de visitantes que viven la experiencia de su recorrido de forma muy diversa, según sus conocimientos históricos y credo religioso, su visión provoca siempre un singular asombro. Sus ruinas son espectaculares, capaces de sugerir un sin fin de imágenes tópicas e inevitablemente cinematográficas. La fantasía puede incorporar incluso el sonido del entrechocar de las espadas de los luchadores, los fieros rugidos de las fieras y hasta el delirio de los graderíos. Quizás por esta razón, al descender a la realidad, lo que más sorprende es comprobar que sus restos, sus descarnadas osamentas, se han convertido en sede de una de las

colonias más poderosas de los respetables y bien nutridos gatos romanos. Son tan grandes y de aspecto tan seguro y fiero que dan tentaciones de pensar que en ellos se han reencarnado los más bravos gladiadores, aquellos que murieron en la arena y aún se resisten a abandonar el escenario de sus triunfos y muerte[23].

Desde el punto de vista político, fue una de las respuestas que se esperaba de los Flavios (69–96) pertenecientes a una discreta burguesía[24], después del gobierno tiránico de Nerón (54–68), el último vástago de la aristocrática dinastía Julio-Claudia. Y así, en cumplimiento de las expectativas creadas ellos actuaron en consecuencia. Como gesto significativo del inicio de unos nuevos tiempos, los terrenos ocupados por la fastuosa Domus Aurea, disfrutados hasta entonces solo por el emperador, pasaron a ser patrimonio de la ciudadanía romana. Justo era por tanto que en dicha área se construyera un anfiteatro de piedra, un anfiteatro permanente, para solaz y recreo del pueblo cuya necesidad se venía dejando sentir desde época de Augusto. Fue mandado construir por Vespasiano (69–79) en el año 72 d.C., eligiéndose para su ubicación el espacio ocupado por un lago artificial del palacio, stagnum Neronis[25] y, desde un principio, fue conocido con el nombre de amphiteatrum flavium, anteponiendo al gentilicio de sus fundadores la denominación de las últimas edificaciones que con carácter provisional se habían levantado para la celebración de los munera en tiempos de César y de Augusto, en el Campo de Marte.

A pesar de las diferentes hipótesis que se han barajado para explicar el hecho de que a partir de época medieval, y ya en fecha avanzada (no documentada hasta el siglo VIII d.C.) pasase a ser conocido con el nombre de Colosseum, la más aceptada de todas ellas es la que atribuye dicho cambio a su proximidad con el Colossum Neronis, una gigantesca estatua de este emperador, de bronce dorado, que se alzó en el atrio de la Domus Aurea. Fue obra del escultor griego Zenodoro, quien al conseguir que su altura alcanzase los 35 m., superó la magnitud de la que le había servido de inspiración, el Coloso de Rodas, de 32 m., realizado en el siglo III a.C., por Chares de Lindos. Más tarde, al construir Adriano el templo de Venus y Roma sobre los terrenos ocupados en parte por dicho atrio, se procedió a su traslado a un lugar próximo al anfiteatro flavio. El encargado de esta proeza fue el arquitecto Decriano quien, según

las fuentes, tuvo que utilizar para el desplazamiento 24 elefantes[26]. Se le cambiaron entonces los rasgos personales de Nerón para convertirle en Helios (el Sol), añadiéndole una diadema radiada, cuyos radios medían 6 m. cada uno[27].

El culto a esta divinidad fue adquiriendo desde mediados del siglo II d.C. cierta importancia en Roma, aunque su época de mayor difusión la alcanzaría en el siglo III d.C., en el reinado del emperador ilirio Aureliano (270–275), bajo la advocación de Sol Invictus. Más tarde, Cómodo (180–192) convirtió al Coloso en Hércules, héroe semidivino del que era convencido admirador, haciendo que sus facciones fueran las suyas[28]. Tras su muerte, volvió a ser Helios y como tal se mantuvo hasta fines del Imperio. En dicha época se celebraban procesiones en su honor y se le coronaba de flores en el día de su festividad, el 18 de junio, fecha muy próxima a nuestras celebraciones del fuego que tienen lugar el 24 del mismo mes, en cuya noche se prenden las hogueras de San Juan. El Sol personificaba la eternidad celestial y la soberanía del emperador como regidor de destinos. Por esta razón no es de extrañar que el Coloso hiciera su aparición en las monedas de Gordiano Pío (238–244)[29] con corona radiada y el timón en la mano derecha, hasta entonces atributo de la Fortuna. No se sabe hasta cuando se mantuvo en pie, pero todavía en el siglo VIII, Beda el venerable ironizaba: Qumdiu stat Coliseus, stat et Roma. Quando cadet Roma, cadet et mundus (mientras se mantiene en pie el Coloso, también se mantiene Roma. Cuando Roma cae, también cae el mundo). Lo curioso del caso es que dicha predicción referida al Coloso de Nerón se hizo extensiva al anfiteatro.

Hay quienes opinan que fue demolido en el transcurso de las primeras invasiones godas. En cualquier caso, lo más seguro es que su bronce se empleara en la fabricación de armas y monedas. El basamento que le sostenía, de ladrillo recubierto de mármol, medía 7,5 m. de lado y sus restos visibles hasta época reciente fueron destruidos al iniciarse la construcción de la Vía de los Foros Imperiales.

Las obras de desecado del lago y cimentación del solar donde iba a alzarse un edificio destinado a soportar el peso de unos 55.000 espectadores, fue una ardua tarea y la posterior construcción de un

edificio de tan grandes proporciones, en solo ocho años, una empresa que solo puede explicarse por la pericia de los arquitectos romanos. Por desgracia, se desconoce el nombre del genial arquitecto que proyectó y dirigió una obra de tal envergadura. Su autoría se ha querido atribuir a Rabirius, el artífice de la Domus Palatina, pero se carece de datos fidedignos para sostener cualquier tipo de hipótesis sobre este particular. En tiempos de Vespasiano se construyeron los tres primeros graderíos a los que Tito (79–81) añadió el cuarto, mientras que el ático de madera, maenianum summun in ligneis, usque ad clipea[30] debió de ser obra de Domiciano (81–96), aunque hay quienes opinan que se construyó en época de Heliogábalo (218–222) y Alejandro Severo (222–235). Su inauguración tuvo lugar en el mes de junio del año 80 d.C., bajo el reinado de Tito[31], y los festejos que en él se desarrollaron duraron cien días. Se mataron 9.000 animales de todas las especies, hubo luchas de gladiadores, batallas navales en las que participaron 3.000 marineros de Córcega y Corinto y juegos circenses. De esta forma se deslumbró al pueblo con espectáculos manipulados con finalidades electorales y políticas. Mientras no faltasen los congiaria[32] y el panem et circenses[33], la plebe estaba servida. Era además el medio del que el Emperador se servía para mantener el contacto directo con el pueblo y calibrar el estado de sus mutuas relaciones.

La necesidad de construir un anfiteatro en Roma, como ya se ha dicho, era patente desde la época de Augusto, dada la afición del pueblo romano por los espectáculos públicos, ludi o juegos, que podían desarrollarse en el circo (carreras de caballos), en el teatro, en el estadio o en el anfiteatro. De entre ellos, los que gozaban del mayor favor de la plebe eran los ludi circenses, carreras de caballos, y los munera[34], combates de gladiadores; les seguían en popularidad las venationes (cacería de fieras) y las naumachiae (batallas navales). Anfiteatros importantes existían ya en época augústea en la Campania (Capua, Cumas, Cales, Puteoli, etc.), Lucania (Paestum) y Etruria; el de Pompeya, el más antiguo de todos los de Italia, fue construido en el año 70 a.C., tras el establecimiento de una colonia de veteranos de Sila en el año 80 a.C. Estos veteranos procedían en su mayoría de las escuelas de gladiadores de Capua, las más afamadas de todas y de entre las cuales sobresalía la de Aurelio Scauro. A ellas recurrieron tanto

Mario (156–86 a.C.) como Sila (138–78 a.C.) en momentos de peligro frente al enemigo exterior. En tales circunstancias, tanto uno como otro, no dudaron en reclutar soldados procedentes de las capas más bajas de la sociedad, incluidos los gladiadores. En general, los resultados fueron óptimos y muchos de los componentes de estas tropas, al licenciarse, se convirtieron en entrenadores de las escuelas gladiatorias de las ciudades en las que se establecían como veteranos. Este personal difundió el gusto por este tipo de luchas, como expertos en estas lides y cocedores de su trasfondo económico.

En Roma se celebraron, desde el siglo III a.C., munera (lucha de gladiadores) en distintos puntos de la ciudad y siempre con estructuras desmontables, realizadas en madera: en el Foro, entre la Basílica Emilia y la Basílica Iulia, en el Circo Flaminio, en el Campo de Marte, etc. De estas construcciones efímeras, las que mayor entidad tuvieron fueron las construidas por C. Curio, el Joven, en el 53 a.C., y por Statilio Tauro, en el 29 a.C., ambas en el Campo de Marte.

El primero de los dos fue un personaje muy próximo al círculo personal de Julio César. Le ayudó en secreto con el oro de la Galia, esperando obtener, como contrapartida a su contribución financiera, su apoyo para su candidatura de tribuno. Pensando en su carrera política estimó que el mejor sistema para obtener el favor de los electores era la organización de unos juegos escénicos, en honor de los manes (almas de los difuntos) de su padre, pero añadiendo al final unos munera. Para la celebración de tales espectáculos erigió en el año 52 a.C. dos espaciosos teatros desmontables, en cada uno de los cuales, por separado, tenían lugar las representaciones que se daban antes de mediodía; sin embargo, cuando pasada dicha hora se ofrecía el munus, los dos teatros giraban sobre sí mismos, uniéndose por los vértices de sus hemiciclos, de manera que el fondo de la arena quedaba cerrado formando un óvalo. Por esta razón, recibió el nombre de anfiteatro, generalizado desde entonces para denominar a este tipo de edificios. En él celebró el propio César un munus con motivo de su cuádruple triunfo en el año 46 a.C.

El segundo, pariente de Augusto, fue el patrocinador de otro

edificio similar al anterior y de estructuras más estables. También de forma elipsoidal se construyó parcialmente en piedra, aunque con graderíos de madera, razón por la cual fue fácil presa del incendio del año 64 d.C. en época de Nerón, es decir, pocos años antes de que se iniciasen las obras del futuro Coliseo.

Para la construcción del ambicioso proyecto flavio se procedió primero a desecar la zona y después a su sólida cimentación, construyéndose una plataforma elipsoidal de cemento, que alcanzó casi ocho metros de profundidad bajo la cavea (graderío) y tres bajo la arena. Su solado se realizó con grandes lastras de travertino, el material empleado masivamente en sus sillares (los cálculos realizados hablan de 100.000 m^3), procedente de las canteras de Albula, en Tibur (Tívoli), desde donde se abrió una vía de 6 m. de anchura con el fin exclusivo de posibilitar el transporte a Roma de los bloques de allí extraídos; asimismo se utilizó el tufo del valle del Anio y de Grotta Oscura. Dichos sillares se ensamblaron sin mortero, siendo unidos entre sí por espigas de hierro (se habla de 300 toneladas) que en su mayoría fueron robadas en la Edad Media, dada la carencia de metales que se dio en esta época. Su estructuras internas de hormigón, opus caementicium, son las que han subsistido petrificadas como sólidas rocas hasta nuestros días, mientras que los mármoles con que fueron recubiertas en muchas de sus partes, opus tectorium, fueron arrancadas de forma sistemática e implacable.

El edificio, de planta elipsoidal, que ocupó un perímetro de 527 m., tuvo unas dimensiones hasta entonces inusuales: los ejes exteriores medían 188 y 156 m., los interiores 86 y 54 m., y la arena alrededor de $79{,}5 \times 4{,}20$ m., alcanzando su cerramiento exterior una altura total de 48,50 m.; la cavea (graderío) tenía una inclinación hacia el interior de 37º. Como ya se ha dicho, Vespasiano hizo construir las tres primeras plantas con travertino gris, mientras que la cuarta, de travertino amarillento, fue la añadida por Tito; la superior, de estructura de madera, fue obra de Domiciano, al igual que gran parte de las galerías practicadas bajo la arena.

Su composición arquitectónica, tanto externa como interna, sentó las bases para cuantos edificios similares, contemporáneos o

posteriores, se construyeron en las provincias del Imperio. Su modelo fueron los teatros ya existentes en Roma como el de Pompeyo, el de los Balbos y el de Marcelo que, a diferencia de los griegos edificados en parajes naturales que brindaban la posibilidad de disponer la cavea en las laderas de una montaña, tuvieron que incluir sus graderíos dentro de unas fachadas urbanas. En tales fachadas, compuestas por arcos enmarcados por columnas, se repitió el modelo ya empleado con éxito en la arquitectura silana, sobre todo en el Tabularium cuyos restos aún presiden el Foro.

Encima de la plataforma que cubría la cimentación se alzó un estilóbato de dos escalones, para evitar que el agua penetrase en el primer corredor anular, y sobre dicho estilóbato se construyó el cerramiento elipsoidial del edificio con bloques regulares de travertino (opus quadratum) y compuesto por cuatro cuerpos en altura, parte de los cuales aún se mantienen en pie. Cada uno de los tres primeros constaba de ochenta arcos flanqueados por columnas, de orden toscano los de la planta inferior, jónico los de la segunda y corintio los de la tercera; el cuarto era un ático adornado con pilastras corintias, entre las cuales alternaban 40 ventanas rectangulares con 40 escudos (clipea) de bronce. Sobre cada ventana se colocaron tres ménsulas que se correspondían con otros tantos orificios abiertos en la sólida cornisa de remate. Dichas ménsulas servían de apoyo a los mástiles que, atravesando los citados orificios, servían para la fijación del velum o velarium (toldo) con el que un destacamento (vexillatio) de la flota de Misenum cubría el anfiteatro los días de sol implacable. La estructura de dicha cubierta se anclaba por medio de cuerdas a unos postes metálicos exteriores (mali), sitos en torno al edificio. Los marineros encargados de su colocación residían en un cuartel próximo al anfiteatro (Castra Misenatium), en la II región augústea denominada Caelemontium. En un principio esta cubierta móvil se hizo con la misma tela con que se hacían las velas de las naves, pero por su excesivo peso y los problemas que por esta razón planteaba su instalación, se fabricó posteriormente con seda o con lino. Las juntas de los paños iban reforzadas con tiras de tejidos de vivos colores, perfiladas con tonos plateados y dorados, lo que confería a este entoldado un vivaz e inusual aspecto.

Los arcos del primer piso eran los de mayor altura, 7,05 m. de alto y

4,20 m. de ancho; los de los otros dos medían 6,45 m. de alto, manteniendo la misma anchura que los inferiores. Hay quienes han supuesto que estos arcos estuvieron adornados con estatuas y así se propone en muchas de las reconstrucciones ideales que se han hecho de este sin par monumento; sin embargo, no se han encontrado fragmentos escultóricos que permitan avalar dicha hipótesis. Tampoco se aprecian vestigios de los posibles parapetos de protección que tuvieron que disponerse en las partes bajas de las arcadas. No obstante, los incendios y terremotos que sufrió a través de los siglos y el derrumbe de las miles de toneladas de piedra que colmaron su interior y que fueron en cada ocasión rápidamente rapiñadas, son factores que no permiten negar de manera categórica tal supuesto. En la actualidad, los arcos conservados son 32, del XXII al LIV. La entrada norte, la principal, se encontraba entre los números 38 y 39 y las basas que se han hallado a ambos lados, hace suponer que sirvieron como pedestales de estatuas.

En el interior, como en todos los anfiteatros, los elementos constitutivos de su estructura fueron la arena elipsoidal y la cavea o graderío. La arena, cuyo suelo originario fue de tablas (fáciles de desmontar) apoyadas en los muros de las infraestructuras, razón por la cual estas nunca estuvieron techadas. Estaba separada de los graderíos por un canal o euripus, sito a unos 60 cm. de distancia, para recoger las aguas de lluvia, y por una verja metálica que protegía los asientos preferentes del posible ataque de las fieras, en el caso de las venationes especialmente sangrientas y peligrosas. El primer cuerpo era un alto basamento o podium de 3,60 m. de alto (13 pies romanos), recubierto de placas de mármol y sobre el cual se alzaba una balaustrada de bronce. A partir de este zócalo se extendía la cavea, sostenida por las bóvedas de los corredores anulares (ambulacri), superpuestos unos a otros. Dichos corredores estaban comunicados entre sí por numerosas escaleras que servían de acceso a los espectadores hasta los diferentes niveles de sus gradas. De este modo se aseguraba un fluido sistema de tránsito de entrada y salida, muy semejante al que puede apreciarse hoy en nuestros edificios dedicados a espectáculos de masas. Las bóvedas corridas de sus pasillos contaban con arcos de refuerzo, dispuestos de trecho en trecho para conferirlas una mayor resistencia. Desde dichos pasillos anulares partían las escaleras que, desembocando en los vomitoria de los distintos pisos, conducían al público hasta sus

asientos cuyos números se fijaban en las tessera o billetes de entrada. Los visitantes de paso y los esclavos no contaban con la posibilidad de hacerse con una tablilla numerada, por lo que tenían que asistir a los espectáculos desde el ático de madera, donde se permanecía de pie.

La cavea estaba dividida en maeniana o pisos. El primero era la ima cavea (asientos preferentes), compuesta por tres o cuatro filas de asientos recubiertos de mármol, ya que era el sector destinado a los senadores y altos cargos políticos; el segundo, la media cavea, dividida en dos cuerpos de veinte y treinta filas cada uno era el lugar previsto para los caballeros, literatos, pedagogos, personas de prestigio etc.; y el tercero, la summa cavea, separada de la anterior por un alto muro de 5 m. con otras tantas filas era donde se sentaban los ciudadanos libres; por último, estaba el ático de madera, maenianum summun in lignis, cuya estructura resulta difícil de reconstruir. Era, como ya se ha apuntado, el ocupado por la plebe de más baja condición, los extranjeros, los esclavos y las mujeres. Esta particular disposición arrojaba un total de cinco alturas, separadas entre sí por un rellano (praecinctio, balteus) con su correspondiente antepecho chapado de piedra. El graderío estaba dividido a su vez en sectores (cunei) separados unos de otros por escaleras radiales. En cada uno de ellos, así como en el parapeto superior, se abrían los ya citados vomitoria, que facilitaban el rápido desalojo del anfiteatro como sucede hoy en nuestros cosos taurinos y estadios de fútbol.

El palco del emperador (pulvinar) se alzaba sobre el podium en el extremo sur del eje menor, el que daba al Celio. Se accedía a él por la puerta principal, y allí junto al emperador, se sentaban los miembros de la familia imperial, las vestales, los cónsules, etc. Enfrente, se hallaba el palco del prefecto de la ciudad que contaba, asimismo con una puerta de entrada privada. En él se situaban los magistrados, sacerdotes y otros altos cargos. En el extremo oeste del eje mayor se abría la porta triumphalis, por la que entraba el desfile inaugural; y en el otro extremo la porta libitinaria, por la que se retiraba a los cadáveres de los gladiadores que morían en la arena. Su nombre estaba en relación con la diosa Libitina[35], encargada de velar por el cumplimiento de las obligaciones que se debían a los muertos.

El subsuelo de la arena se componía de una compleja red de corredores y habitáculos previstos para los servicios que exigía el desarrollo de los espectáculos, y los lóbregos cuartuchos destinados a colocar las jaulas de las fieras, que se subían hasta los accesos que daban a la arena por medio de ascensores (pegmata), activados con la ayuda de poleas. Todas estas infraestructuras fueron agrandadas por Domiciano con el fin de poder albergar los barcos y útiles necesarios para la celebración de una notoria naumachia que se sabe tuvo lugar bajo su mandato. Sin embargo, debió de ser la última exhibición de este tipo que se dio en el anfiteatro, dada la complejidad que suponía colmar de agua su fondo, por medio de conductos dispuestos a tal fin. Debía de ser difícil conseguir un estanque artificial en el que pudieran maniobrar barcos de 1,50 m. de alto, así como evitar las filtraciones a través de las rendijas del suelo de madera en sus dependencias inferiores, aunque se hubiera impermeabilizado con bitumen (alquitrán). También costaría trabajo y tiempo proceder a su posterior desagüe, lo que se realizaba a través del un canal construido a 14,28 m. de profundidad bajo la plataforma de cimentación y que iba a desembocar en el colector que bajaba desde el Esquilino y pasaba bajo la arcada central del arco de Constantino. Este tipo de espectáculos se celebraron a partir de entonces en un edificio construido ex profeso cerca del Tiber.

Las instalaciones del anfiteatro Flavio fueron mejoradas por Nerva (98–117), Trajano (117–118) y Antonino Pio (138–161). Más tarde, sufrió severos daños en el incendio que tuvo lugar en tiempos de Macrino[36] (164–218), provocado por un rayo que cayó sobre la estructura del velum y los asientos de madera del piso superior. Causó tales destrozos que en su reconstrucción se emplearon cinco años (217–223), terminándose las obras bajo Alejandro Severo (222–235). En el 320 d.C., en época de Constantino (312–337), padeció nuevos daños como consecuencia de un rayo que destruyó parte de su estructura; sin embargo fue rehabilitado por completo, hasta el punto de que en el año 357 d.C. fue uno de los edificios que más impresionó al emperador Constancio II (317–361), hijo de Constantino, cuando visitó Roma[37].

Desde la promulgación del Edicto de Milán, en el 313 d.C., los influjos del cristianismo se dejaron sentir en todos los aspectos de la

sociedad romana, difundiéndose con su dogma el rechazo por las luchas de los gladiadores y las cacerías sangrientas, ya que en ambos espectáculos eran muchos los heridos y muertos que había. Por esta razón se sucedieron una serie de edictos encaminados a su abolición: el del 325 d.C., dado por Constantino; el de 357 d.C., por Juliano (361–363)[38]; y el del 397 d.C., por Honorio (395–423)[39]. No obstante, siguieron celebrándose hasta que en el año 404 d.C., este último emperador volvió a prohibir con un mayor rigor los ludi gladiatori. A pesar de todo, años después fueron restablecidos por Valentiniano III (419–455)[40] a comienzos de su reinado, procediéndose a nuevas restauraciones del edificio para reparar los desperfectos sufridos en los terremotos de los años 443 y 449 d.C. Sin embargo, fue él mismo quien los prohibió definitivamente en el 438 d.C. Desde entonces solo se celebraron en el anfiteatro las cacerías con animales, más o menos amaestrados, para evitar las carnicerías de tiempos pasados. El terremoto del 470 d.C., causó nuevos estragos en sus graderíos, sin que por ello se suspendieran las venationes, la última de las cuales tuvo lugar en el 523 d.C. Fue costeada por el cónsul Máximo para celebrar su ascensión al cargo, tras obtener el correspondiente permiso por parte del emperador Teodorico (455-526)[41] quien se lo concedió sin demasiado entusiasmo.

Desde los inicios de la Edad Media, el Coliseo se tuvo por lugar maldito, generador de leyendas de fantasmas y aparecidos, porque sobre él nunca dejó de pesar el cargo de que en su arena muchos habían sido los cristianos que habían sufrido martirio, la mayoría de ellos condenados ad bestias, como ya se ha dicho. Tal se supone que fue el caso de los santos Ignacio de Antioquia, Eustaquio, Abdón, Senén, etc. No obstante, se sabe que el lugar destinado a las ejecuciones y a los suplicios se encontraba en el Esquilino. Allí, probablemente, fueron asesinados los cristianos a los que se acusó de haber provocado el incendio del año 64 d.C.

Entre los siglos VI al XI pasó a ser propiedad de los Frangipane, una de las poderosas familias de la Roma medieval, quienes uniéndolo al Septizonio de Septimio Severo y a parte del Palatino, convirtieron esta zona del centro monumental de la vieja Roma en una sólida fortaleza. Uno de los terremotos que más le afectó fue el del año 847, acaecido bajo el pontificado de León IV (847–855). Este

temblor de tierra produjo grandes daños en casi todos los edificios de la ciudad pagana, hasta el punto de que puede señalarse esta fecha como el inicio de un proceso de ruina sin retorno. Dichos edificios, vestigios de un pasado obsoleto, no despertaban el menor interés, ni se les concedía más atención que la de derribar los elementos que pudieran desprenderse y causar perjuicios.

Otro terremoto, el de 1231, destrozó un amplio sector de la fachada sudoeste, produciéndose entonces la caída del piso superior interno. La retirada de las toneladas de piedras derribadas suscitó graves litigios entre el Papa y las familias nobiliarias, ya que uno y otros las consideraban material idóneo para su utilización en nuevas construcciones. En el año 1312 Enrique VII (1305–77) donó el ya destrozado anfiteatro al Senado y al pueblo de Roma. La recuperación popular del edificio permitió que se celebrasen festejos taurinos, como el del año 1332, patrocinados por la nobleza. La noticia de que tuvieron que construirse palcos de maderas para los señores que asistieron a tal espectáculo nos ilustra acerca del estado de ruina en el que estaban sus de sus graderíos.

Durante los siglos XV y XVI siguió cumpliendo con su destino de inagotable cantera de materiales de construcción. Bajo el pontificado de Sixto V (1585–1590) el arquitecto Domenico Fontana (1543–1607) propuso transformar parte de sus estructuras en locales para la instalación de la industria de la lana, incluidas las correspondientes viviendas para los trabajadores. No se llegó a realizar tal proyecto, pero sus bajos se utilizaron para almacenes de diversos usos, llegando, incluso en 1675, a ser utilizado como depósito de estiércol. En 1730 se vio afectado por un nuevo terremoto, pero esta vez su suerte inmediata fue mejor porque pocos años después Benedicto XIV (1740–58) dio un edicto prohibiendo el expolio de sus materiales. En 1749 se hizo en su interior una representación de la Pasión de Cristo, disponiéndose después un Vía Crucis y una gran cruz en el centro de la arena, con lo que se reavivó una vieja tradición medieval: la procesión que en Semana Santa, procedente del Testaccio (donde se alzaban tres cruces de madera en recuerdo de las del Gólgota), terminaba en el Coliseo.

Todas estas circunstancias hicieron que hasta bien entrado el siglo

XIX, no se procediera a la reparación de las estructuras que aún se mantenían en pie. En el año 1805 se iniciaron las primeras restauraciones patrocinadas por Pío VII (1800–1823)[42], para evitar los derrumbes de sus arquerías, ya en muy mal estado. En 1828 León XII (1823–1829) encargó al arquitecto Giuseppe Valadier (1762–1839) su consolidación, tarea que se continuó en 1852 bajo Pío IX (1846–1878), a pesar de los disturbios que ocurrieron bajo su pontificado[43]. Con el transcurso del tiempo, el anfiteatro se había cubierto con una densa vegetación que enmascaraba y dañaba sus estructuras, por lo que en 1870, cuando ya preocupaba su conservación, se procedió a librarle de ella. Los microclimas existentes en las distintas partes de su superficie habían hecho crecer una gran variedad de especies de flores y plantas, por lo que antes de su desarraigo, se realizó un estudio botánico muy completo que dio como resultado la catalogación de 420 especies de plantas diferentes. Por entonces, el encargado de las obras de restauración era ya el arquitecto Stern quien bloqueó con contrafuertes de ladrillo las arcadas ruinosas. Entre 1893 y 1896 se excavaron las estructuras existentes bajo la arena.

En tiempos recientes se ha procedido de nuevo a una meticulosa restauración. Sin embargo ello no ha evitado el desplome de parte de su fachada el día 26 de enero de 2012, sin que se produjera afortunadamente ninguna desgracia personal. Tales circunstancias obligaron a programar nuevas obras de restauración y consolidación que, iniciadas en el mes de marzo de ese mismo año, aún continúan en curso.

El Ludus Magnus y otros cuarteles gladiatorios

El Ludus Magnus se alzaba a escasos metros del Anfitestro Flavio, entre la «Via Labicana» y «San Giovanni in Laterano». En este lugar se encuentran las ruinas de un gran edificio cuyos restos fueron en parte sacados a la luz por A.M. Colini en 1937, aunque los trabajos de excavación no se terminaron hasta veinte años después Fue construido hacia el año 80 por Domiciano sobre sobre un modesto edificio comercial de época anterior. Era una construcción de ladrillo de tres plantas y con un patio central rodeado de habitaciones. En el centro de dicho patio se encontraba un pequeño anfiteatro (63 m. × 49 m) donde se entrenaban los gladiadores. La cavea estaba sostenida por muros radiales y a ella se accedía por medio de escaleras externas, mientras que a la arena se llegaba por ingresos situados en los puntos correspondientes al final de sus dos ejes. En uno de sus lados había una tribuna desde donde los invitados podían ver los entrenamientos, y desde uno de sus corredores se accedía directamente a los subterráneos del Coliseo.

Junto a este edificio se encontraban otras dependencias subsidiarias imprescindibles para el buen funcionamiento del anfiteatro: el saniarium, donde se curaba a los heridos, el spoliarum o depósito de los fallecidos, el armamentarum o almacén de armas y el choragium, contenedor de las tramoyas y complejas maquinarias escénicas que se empleaban en algunos de los grandes espectáculos.

Al sur del Ludus Magnus fueron descubiertos restos, hoy no visibles, de otros cuarteles serviciales de proporciones menores, vinculados al desarrollo de las actividades gladiatorias. El más importante fue el Ludus Matutinus, albergue de los bestiarii, los domadores de fieras salvajes, que también solían enfrentarse a ellas en luchas más o menos trucadas, dada su habilidad y el conocimiento que tenían de los animales. El emperador era propietario de todos los que le enviaban los reyes de las provincias sometidas y de tierras lejanas. Se les tenía en un Vivarium (parque zoológico) que se encontraba fuera de la ciudad, en terrenos próximos a la Puerta Prenestina. De esta gran reserva es donde se iban seleccionando los que se necesitaban para cada espectáculo.

Los otros tres cuarteles eran el Ludus Dacicus, el Ludus Gallicus y

los Castra Misenatium, igualmente próximos al anfiteatro. En los dos primeros se adiestraban a los prisioneros galos y dacios, condenados a pelear en la arena, y en el tercero residían los expertos marineros del puerto de Miseno[44], encargados de tensar el velarium del anfiteatro cuando se precisaba.

Los ludi romanos: festividades y espectáculos

El origen de los ludi romanos hay que buscarlo en la celebración de determinadas festividades religiosas tanto de carácter agrario, como militar y funerario, la mayoría de las cuales se pueden rastrear en el mundo etrusco, al que llegaron procedentes de Grecia, sobre todo a partir del siglo VII a.C.

En las solemnes exequias que Aquiles organizó en honor de su amigo Patroclo, muerto por Héctor, se perciben ya los rasgos de lo que serían los juegos fúnebres de épocas posteriores y que, por aquel entonces eran práctica habitual entre los aqueos. En torno a la gran pira funeraria en la que iba a ser incinerado Patroclo se sacrificaron muchas ovejas y bueyes, cuatro corceles, dos perros y se degolló a doce prisioneros troyanos. Los huesos del héroe, cubiertos de grasa, se depositaron en un cofre de oro que fue enterrado en el mismo emplazamiento en el que se levantó la pira. Más tarde, después de la muerte de Aquiles, siguiendo sus deseos sus restos fueron mezclados con los de su amigo. Como colofón de tales exequias se celebraron diversas carreras, pugilatos, lanzamientos de peso, de jabalina y juegos de arco, en los que intervinieron los más destacados aqueos[45]. Tan solo después de cumplimentar todos estos ritos, Aquiles pudo conciliar el sueño. El acto final de la venganza fue arrastrar de su carro, uncido por dos corceles, el cadáver de Héctor en torno a la tumba de su fiel amigo, antes de dejarle tendido en el polvo.

Este episodio pone de manifiesto que las carreras y las competiciones atléticas eran un espectáculo habitual en los funerales de los grandes héroes y generales y que los sacrificios humanos fueron frecuentes en el mundo griego en épocas remotas y excepcionalmente en tiempos más recientes, cuando ya los helenos habían rechazado las manifestaciones cruentas de cualquier tipo.

La práctica de estos juegos funerarios pasó a Etruria y en muchas de las pinturas de sus tumbas podemos ver testimonios gráficos de este tipo de contiendas, incluidos los sacrificios humanos. Se extendieron más tarde por Campania y Lucania y en especial arraigaron en Capua, ciudad fundada por los etruscos hacia el 600 a.C. Posteriormente, de la mano de los reyes etruscos penetraron en Roma donde con el tiempo fueron perdiendo su carácter de celebraciones religiosas para convertirse en un fenómeno político y social, exigido por la plebe y manipulado por los emperadores y la oligarquía dirigente, que necesitaba contar con su favor o entretener su descontento. Es evidente que los pueblos mediterráneos seguimos siendo proclives a las celebraciones de carácter festivo-religioso, muy abundantes en nuestros calendarios, sin que nadie se atreva suprimirlas, dado su carácter tradicional y popular.

En un principio, con la palabra ludi se hacía referencia en general a los spectacula que se ofrecían al pueblo para festejar algún acontecimiento destacado. Con el tiempo se dividieron en ludi circenses o carreras, que se desarrollaban en el circo; en munera o lucha de gladiadores; en venationes o cacerías; en naumachiae o combates navales. Estos tres últimos se celebraron regularmente en el anfiteatro, aunque para las naumachiae por la complicación que suponía el llenado de agua de la arena, como ya se ha dicho, se dispusieran recintos especiales cerca del Tíber, antes y después de la construcción del Coliseo.

Los más antiguos ludi conocidos fueron los magni ludi romani, cuya instauración se atribuía a rey etrusco Tarquinio Prisco (hacia el 600 a.C.). Se celebraban en otoño y se dedicaban a la gran tríada capitolina, Zeus, Juno y Minerva (Tinia, Uni y Menrva, en el panteón etrusco). Al principio solo duraban un día, más tarde cuatro y, por último quince. En su origen, el motivo fue el cumplimiento de las promesas hechas por los generales victoriosos a los citados dioses. Después, aparecieron los ludi dedicados a la diosa Ceres, las Cerialia (del 12 al 19 de abril); los ludi dedicados a Flora, las Floralia, (del 28 de abril al 3 de mayo) y en los cuales se permitían numerosas licencias, ya que en ellos podían participar incluso las cortesanas; los ludi apolinares, en honor de Apolo (del 6 al 13 de junio); los ludi Megalenses, consagrados a Cibeles (entre el

4 y el 10 de abril), etc.

De entre todos ellos, los ludi saeculares eran los que se revestían de mayor solemnidad y gran aparato, ya que con ellos se significaba la renovación del mundo con el paso de un siglo a otro. Los juegos seculares del año 17 a.C. fueron especialmente solemnes y se consagraron a Apolo, dios que Augusto adoptó como protector personal. En ellos se entonó el Carmen Saeculare[46] de Horacio, un encendido panegírico de los nuevos tiempos que se iniciaban bajo el gobierno de quien era el nuevo rector de los destinos de Roma.

Desde fines de la República y a lo largo de todo el Imperio, estos festejos populares pasaron a ser organizados por el Estado y su calendario y horarios (podían durar todo el día e incluso parte de la noche) eran fijados de acuerdo con los intereses políticos de cada ocasión[47].

En Roma, los lugares donde se celebraron las distintas variantes de los ludi fueron en un principio muy diversos, hasta que cada uno de ellos fue exigiendo un determinado tipo de edificio. Las carreras se desarrollaban en los circos y las luchas de gladiadores en diferentes espacios o en estructuras de carácter provisional, dispuestas para el desarrollo de actividades concretas y siempre desmontables[48]. Tales espacios fueron el Foro, los Saepta Iulia y el Campo de Marte, donde se levantaron los anfiteatros de Scribonio Curio el Joven[49] en el 53 a.C., y el de Statilio Tauro en el 58 a.C. Después de la construcción del anfiteatro flavio, tuvieron lugar siempre en su arena hasta la fecha de su prohibición en el 438 d.C. Para los combates navales se contaba con estanques artificiales próximos al Tíber e, incluso con el Coliseo, como ya hemos visto; las representaciones teatrales en los teatros, a partir del siglo I a.C.; y los ejercicios atléticos, a los que el pueblo romano no fue muy aficionado, en el estadio.

De los ludi circenses o carreras de caballos, así como de los circos, se tratará en el capítulo en el que se habla del Circo Máximo; de las representaciones teatrales en el referido a los teatros de Marcelo, Pompeyo y Balbo, mientras que en este apartado, se analizarán los munera, las venationes y las naumachiae, por ser los espectáculos celebrados en el anfiteatro.

El primer combate de gladiadores del que se tiene noticia en Roma se fecha en el 264 a.C., cuando los hijos del aristócrata Junio Bruto Pera hicieron pelear a tres parejas de esclavos en el Foro Boario en honor de su padre fallecido, tal y como debía de hacerse en el mundo etrusco. La influencia de este tipo de confrontaciones personales puede seguirse no solo en muchas de las pinturas de las tumbas de Etruria, sino también en algunas de las palabras empleadas en la jerga gladiatoria. Así, la palabra lanista (jefe y traficante de los gladiadores) se consideraba de origen etrusco y el personaje que retiraba los cadáveres de la arena, el Iovis frater, cubierta su faz con una horrible máscara y una maza en la mano, venía a ser un remedo del Charu (Caronte) tan frecuente en las pinturas tuscánicas en los siglos IV al I a.C.

Los gladiadores y el desarrollo de los munera

Los gladiadores, tenidos por infames (gentes de la peor calaña), procedían de las clases más bajas de la sociedad romana: criminales, condenados por estafas y hurtos, prisioneros de guerra, esclavos, y, en el mejor de los casos, libertos patrocinados por hombres libres, arruinados, de mala reputación y sin escrúpulos, que financiaban su preparación y compartían con ellos las ganancias en los casos de triunfo. También se daba el caso, por extraño que pueda parecer, de hombres libres que entraban voluntariamente en una escuela gladiatoria si cumplían los requisitos exigidos. Con este acto renunciaban a su libertad y aceptaban las reglas y la disciplina que regían en tales centros de adiestramiento. Al realizar su ingreso eran sometidos a una especie de ceremonia de iniciación, dura y vejatoria, para hacerles perder todo atisbo de la dignidad humana y del sentido de la independencia que habían tenido en el mundo del que procedían y que nunca recuperarían. Desde entonces, podían ser azotados, atormentados y recibir castigos que las leyes romanas prohibían que se aplicasen a los hombres libres. Aceptaban ser quemados con fuego y muertos por hierro, según algunas de las frases del juramento que tenían que hacer en el momento de su admisión. Esta clase de alistados voluntarios eran los llamados auctorati, (alquilados). Eran por lo general individuos desesperados, descolgados de la sociedad y amantes de la violencia que no

encontraban más salida para conseguir dinero rápido que el de hacer frente al riesgo de la muerte, confiando en sus condiciones físicas y en la fortuna.

Los gladiadores vivían en cuarteles (ludi gladiatori), de los que ya se ha hablado, regidos y financiados por los lanistae, personajes sin escrúpulos que no solo se ocupaban del férreo adiestramiento de sus hombres, sino que, como intermediarios expertos en comerciar con seres humanos, se encargaban de ofrecérselos a los magistrados de los municipios y provincias que en época imperial debían cumplir anualmente con la obligación de organizar los munera (praebere munera). Esto sucedió cuando tales espectáculos, organizados en un principio por la iniciativa privada de algunos potentados, pasaron a ser patrimonio de los estamentos estatales. Aparte del dinero que recibían de tales magistrados, contaban con el porcentaje obligado que los vencedores debían detraer de sus ganancias. De hecho, hubo muchos que alcanzaron fama y fortuna e incluso algunos de los que salieron indemnes de su peligroso oficio, se convirtieron en propietarios de sus propias escuelas.

En Roma, a comienzos del Imperio, desapareció la figura del lanista, ya que la potestad de la contratación de los gladiadores fue confiscada por el príncipe, Mas tarde, este traspasó a los procuradores, los funcionarios encargados de las rentas imperiales, la organización y distribución, de los participantes en los munera ordinarios, dos por año, que estaban obligados a financiar los pretores primero y los cuestores después. El emperador podía organizarlos con carácter extraordinario siempre que lo considerase oportuno, por lo que siguiendo esta práctica llegaron a convertirse en el espectáculo imperial por excelencia, manejado, según convenía, para conquistar el favor de la plebe. Los procuradores se encargaban asimismo de los cuarteles gladiatorios, edificados probablemente por Domiciano, y cuyos vestigios aún se detectan en la via Labicana[50].

Los gladiadores de cada cuartel constituían una especie de familia compuesta por instructores y discípulos; estos últimos sometidos a una rígida disciplina y a duros entrenamientos, no exentos de riesgos personales. El entrenador de cada grupo era el doctor, por lo general un viejo gladiador que utilizaba con precisión su vara

(rudis) para castigar, corregir y separar a los contrincantes que, en el fragor de la contienda, estaban a punto de malherirse[51]. Los ejercicios de lucha, esgrima, lanzamiento de flechas y cuchilladas se realizaban con ayuda del palus, una estaca o muñeco de madera con el que se ejercitaban, descargando fuerte golpes contra dicho maniquí (exerceri ad palum). El que alcanzaba la categoría de primus palus era un individuo de gran prestigio dentro de la escuela.

La falta de prestigio social de los gladiadores, por muy populares que llegasen a ser, explica el hecho de que sus representaciones fueran siempre de modesta entidad. Sin embargo, son muy numerosas las llegadas hasta nosotros y en soportes muy variados: estatuillas de bronce o de hueso; relieves de lucernas y placas cerámicas; pinturas y mosaicos; grafitti callejeros etc., es decir, siempre en manifestaciones de un arte popular. Se conocen los nombres de algunos de los que llegaron a ser famosos, tales como el de Spiculus, que contó con el favor de Nerón[52] o el de Columbus, contemporáneo de Calígula[53], así como los de otros por las lápidas funerarias que, tanto en Roma como en provincias, les dedicaron sus mujeres o familiares más allegados[54]. Uno de los temas más repetidos en este tipo de representaciones es el enfrentamiento de una pareja de combatientes, y la del gladiador herido con un dedo levantado, implorando el perdón del público.

A través de dichas representaciones, en las que se aprecian por su indumentaria las distintas clases de gladiadores que hubo, también documentadas por las fuentes escritas, hemos podido conocer las diferencias entre unas modalidades y otras.

Los samnitas, fueron los gladiadores de los que más se hablaba en época de Augusto; posteriormente apenas si se mencionan. Como su nombre indica, procedían de la región de Samnio, sita al Este del Lacio y de la Campania y al Oeste del Adriático[55]. Se caracterizaban por llevar una armadura muy pesada: casco provisto de dos carrilleras y un penacho de plumas (galea), escudo rectangular y curvo (scutum) y una espada corta (spatha), grebas (ocreae) de cuero, rematadas con metal, para proteger ambas piernas o solo la izquierda, y el brazo derecho recubierto por una manga de combate almohadillada (manica). El resto del cuerpo iba desnudo, cubierto

de cintura para abajo por un simple calzón corto (subligaculum), que llevaban todos los gladiadores, sujeto con un ceñidor de cuero.

Según los adversarios a los que se enfrentaban, los samnitas desempeñaron la función de secutor o contraretiarus, y de hoplomachus, sobre todo a comienzos del Imperio. Este último combatía con media coraza, casco con visera y cimera, espada corta, greba en la pierna izquierda, y brazo cubierto por vendas. Se solía enfrentar a los tracios. Samnitas solían ser también los provocatores, que en vez de espada llevaban lanza.

El retiarius combatía, por lo general, contra los murmillones. Llevaba una red de pescador (rete) con la que trataba de envolver a su adversario y un tridente (fuscina, tridens); se protegía el brazo izquierdo por una manica y el hombro con una pieza de metal (galerus) para parar y contrarrestar los golpes de espada del secutor.

Los tracios (traces) aparecieron en la arena desde la época de Sila (82–78 a.C.), tras las campañas contra Mitrídates, rey del Ponto, que fue cuando llegaron a Roma como prisioneros de guerra[56]. Llevaban un yelmo con visera y cimera, un escudo redondo o rodela (parma), un puñal corto y curvo (sica). Se protegían el brazo derecho con una manica de bandas y las piernas con grebas. Luchaban contra los murmillones y los hoplomachi.

Los murmillones (o mirmillones) eran de origen galo y su nombre procedía del pez (mormylos) que adornaba la cimera de su yelmo. Por su lugar de procedencia se les conocía, también, con el nombre de galli. Llevaban, además, escudo y una hoz. No son muchas las representaciones seguras que tenemos de este tipo de gladiadores, pero se sabe que solían enfrentarse a los retiarios y a los tracios. La mayoría procedían de la escuela iuliana, una de las más famosas en su género, creada por Julio César y que tenía su cuartel central en Capua, en Campania.

Trajano, con motivo de sus triunfos en las guerras dácicas, celebró unos famosos munera en los que hizo combatir a 10.000 gladiadores, entre los cuales figuraban un gran número de prisioneros traídos a Roma desde la Dacia. A partir de entonces, surgió la familia de gladiadores dácicos, famosos por su ferocidad y

valentía. Fueron alojados en el Ludus Dacicus de dimensiones más reducidas que el Ludus Magnus.

Teniendo en cuenta las distintas modalidades de lucha practicadas por los gladiadores, se pueden distinguir otras categorías: los dimachaeri, que luchaban con dos espadas; los velites, que utilizaban una jabalina provista de una correa que servía para su lanzamiento; los laquearii que usaban un lazo para inmovilizar a su adversario; los equites, jinetes que luchaban desde sus monturas, lanza en ristre; y los essediarii que combatían desde un carro de dos ruedas, llamado essedum. Por último, estaban los paegniarii, encargados de distraer al público entre combate y combate, sobre todo cuando estos eran especialmente sangrientos. Iban provistos de bastones y látigos y un pequeño escudo para protegerse de los golpes de sus contrincantes.

Familias gladiatorias acreditadas fueron también la Cesarea Alexandrina, fundada por César en Alejandría, y la Neroniana impulsada por Nerón; su sede principal estuvo, como la Iuliana, en Capua, ciudad de indiscutible prestigio en el adiestramiento de gladiadores desde la época republicana.

Las armas empleadas en los munera aparecían pintadas en las salas de honor de las escuelas gladiatorias. Tal fue el caso de la existente en Pompeya, cuyos frescos se han convertido en ilustraciones de un gran valor documental.

El ritual de los munera comenzaba la víspera, con la suculenta cena que se ofrecía a los gladiadores (libera cena) a la que podía asistir todo el que quisiera, para observar de cerca a los luchadores que al día siguiente podían perder la vida, pero que disfrutaban con gran regocijo del placer del banquete que compartían todos.

El espectáculo, como tal, comenzaba con una pompa o desfile de los gladiadores, perfectamente ataviados, y acompañados de sus ayudantes encargados de llevar las armas de los combatientes. Después de esta exhibición, muy del gusto del público, incluido el saludo ante el palco imperial: Ave Caesar, morituri te salutant! se procedía al examen de las armas (probatio armorum) y mientras se realizaba el sorteo de los contrincantes, entre la algarabía de los acordes de flautas, trompetas, cuernos, etc., se desarrollaba, a modo

de divertimento previo, un simulacro de combate (prolusio) con armas trucadas e inofensivas.

Según la modalidad del sorteo, se comenzaban las contiendas por parejas (paria) o en grupos (catervatium), regidas por un árbitro. Estos munera comenzaban al alba y duraban hasta el crepúsculo e incluso en época de Domiciano se continuaron durante la noche, a la luz de las antorchas. Evidentemente, los emperadores asistían solamente a los enfrentamientos de los gladiadores más afamados y en las horas de mayor concurrencia de público.

Los espectadores eran protagonistas activos del espectáculo ya que de ellos dependía, en último término, la vida o la muerte de los que, malheridos, dejaban su escudo en el suelo y extendían el dedo de su mano izquierda para solicitar su salvación. En caso de ser aceptada su súplica, el público, agitando pañuelos blancos, alzaba sus pulgares y gritaba: Mitte (¡dejále marchar!). En caso contrario, cuando los pulgares se volvían hacia abajo (pollice verso) significaba una sentencia de muerte inapelable, que debía ser ejecutada por su adversario con una estocada. El emperador o el prefecto de la ciudad, en su ausencia, eran los encargados de realizar el último gesto que en la mayoría de los casos coincidía con la decisión imperante en los graderíos.

Los juegos más sangrientos, en los que no había posibilidad de perdón para los combatientes, eran los denominados «a muerte», munera sine missione (missio, salvación), ya que en ellos no podía haber supervivientes. Los luchadores en este caso eran los reos más peligrosos del momento: bandoleros, asesinos, incendiarios que, conscientes de su suerte, procuraban acabar unos con otros lo más pronto posible para evitarse sufrimientos. Roma nunca tuvo cárceles suficientes para albergar a un gran número de presos: delincuentes, traidores o prisioneros de guerra, por lo que procuraba deshacerse de ellos cuanto antes. Este tipo de espectáculo era uno de los sistemas más rápidos y ejemplarizantes con los que contaba para suprimir a tales individuos, al tiempo que ofrecía una diversión apreciada por una plebe que agitada por sus más bajos instintos veía impasible como la arena se teñía de ríos de sangre.

Este tipo de espectáculos, a pesar de las críticas de las que fue objeto por parte de escritores y filósofos, se prolongaron hasta el

siglo III d.C. Los cadáveres eran retirados por esclavos con los rostros cubiertos con máscaras de Caronte y dirigidos por el Iovis frater, un remedo del Charu etrusco, provisto incluso del mazo fatal, para ser conducidos al spoliarium (depósito de cadáveres) por la puerta de Libitina, la diosa de la muerte.

Los vencedores recibían una palma como premio y daban una vuelta a la arena entre el clamor de la multitud, recibiendo vítores y regalos. Además percibían los estipendios pactados que en algunos casos podían ser muy importantes. Así, hubo veteranos, con oficio y suerte, que llegaron a conseguir fortunas considerables con las que obtuvieron su libertad y hasta cierta consideración social.

Aparte del personal encargado del funcionamiento de los cuarteles gladiatorios, el mantenimiento del anfiteatro precisaba de un gran número de esclavos y subalternos, entre los que destacaba el que se ocupaba de la apertura y clausura de sus puertas, el ostiarius, y el encargado de su archivo y administración, el tabularius, cuya función era el controlar y dar cuenta de los gastos que se originaban en la celebración de los juegos.

Las venationes

La afición de los romanos a los animales exóticos surgió con motivo de los desfiles triunfales de sus principales generales que, procedentes de tierras africanas o asiáticas, incorporaban en sus cortejos jaulas con fieras hasta entonces desconocidas para ellos. Azuzadas por la plebe, demostraban su ferocidad siendo motivo de general regocijo. Pronto, el enfrentamiento de unas fieras con otras se convirtió en un espectáculo muy del gusto del pueblo, así como las cacerías (venationes) de las mismas por parte de sus cuidadores (bestiarii) en el marco de unos escenarios artificiales en los que se simulaban montañas, bosques, árboles, etc., para dar una mayor emoción y verosimilitud a la exhibición.

Estas venationes comenzaron a ofrecerse al pueblo a raíz de la batalla de Zama en el 202 a.C., porque fue entonces cuando se capturaron un gran número de fieras africanas que fueron trasladas a Roma. Sin embargo, se considera que el primero de estos

espectáculos fue el organizado por M. Fulvio Nobilior, el vencedor de la Liga Etolia en el año 186 a.C.,[57] tras su victoria del 190 a.C. En el siglo I a.C. alcanzaron una gran popularidad y de entre todas ellas dejaron memoria por su esplendor las cacerías organizadas por el edil M. Emilio Scauro en el año 58 a.C., así como las costeadas por Pompeyo en el 55 a.C., y por César en el 46 a.C. A partir de Augusto se celebraron formando parte de los munera, con lo que los emperadores hacían gala cumplida de su magnificencia.

En los primeros tiempos las venationes se desarrollaban en los mismos recintos provisionales que los munera, debidamente preparados con verjas protectoras para evitar el ataque de las fieras a los espectadores. Una vez construido el anfiteatro y, sobre todo, a partir de Domiciano que realizó las obras necesarias en sus sótanos para la instalación de las jaulas y de las tramoyas que requerían este tipo de representaciones, se desarrollaron en este edificio. Al principio, las fieras procedían por lo general de Italia y de África, pero desde época imperial llegaron a Roma animales desde las más lejanas regiones del Imperio, de suerte que en el vivarium del emperador, al que ya se ha hecho alusión, había elefantes, hipopótamos, rinocerontes, bisontes, leones, tigres, panteras, leopardos, osos, jabalíes, etc. El transporte de estos animales generó un comercio especializado, tanto terrestre como marítimo, que produjo pingües beneficios.

Las venationes se ofrecían bajo cuatro modalidades capaces de realizar:

1ª) Exhibiciones de fieras amaestradas, capaces de hacer ejercicios insólitos de destreza, al igual que se hace hoy en nuestros espectáculos de circo. En tales casos, se hacía compartir la arena a fieras salvajes con animales domésticos en una pacífica convivencia. Los domadores o bestiarii, eran reos condenados al cuidado de las fieras y que venían a tener la misma categoría social que los gladiadores. Eran expertos en el adiestramiento de los animales que cuidaban y capaces de enfrentarse a ellos y darles muerte, en caso de necesidad, por lo que solían llevar consigo un cuchillo o espada corta.

2ª) Luchas feroces entre animales salvajes, azuzados unos contra otros e incluso atados por parejas para que su afán de supervivencia

incrementara su capacidad de desesperación y de ataque. También se introdujo la variante de enfrentar a animales feroces, como tigres o leones, con otros de carácter pacífico, tales como corzos, ciervos, monos, jirafas, avestruces, etc. Sus desesperadas carreras y saltos por liberarse de sus inevitables verdugos se convertía en uno de los espectáculos más divertidos para el público.

3ª) Cacerías en la que intervenían bestiarii y venatores; estos últimos solían ser esclavos especializados en la caza de animales de los países de los que procedían. Estaban mejor considerados que los anteriores y por lo general eran originarios de África, cuna de la mayoría de los animales exóticos que llegaban a Roma. Iban armados con lanzas, jabalinas, arco y flechas, látigos, redes, etc., y con dichas armas demostraban sus habilidades cinegéticas, acompañados de perros de presa, oriundos en su mayoría de Britania. Tanto los bestiarii como los venatores vestían túnica corta ceñida por anchos cinturones, calzaban botas altas y llevaban cubiertas las piernas, hasta la rodilla, por prietas bandas de tela almohadillada.

Una modalidad introducida por César fue el acoso de los toros desde caballos montados por expertos jinetes, según se practicaba en Tesalia y otras regiones de Grecia. Cuando los astados estaban exhaustos y sin resuello por la carrera, los jinetes saltaban sobre ellos y los remataban en el suelo, metiendo sus dedos en los ollares del animal y girando su cabeza hasta romperles el cuello.

4ª) Enfrentamientos de los condenados ad bestias, tanto hombres como mujeres, con las fieras hambrientas a las que se les exponía. Era el espectáculo más cruel de todos los que se desarrollaban en la arena del anfiteatro, ya que los reos, inermes o con una simple espada, según fuera la condena, se enfrentaban a los animales vestidos con un simple pantalón y una especie de camisa con capucha. Cuando los ataques de las fieras no demostraban la ferocidad esperada, eran azuzadas por los bestiarii contra sus víctimas.

Aprovechando este lamentable espectáculo se representaban mitos en los que la muerte de sus protagonistas era un hecho seguro. En ocasiones los condenados eran atados a un poste, sin posibilidad de escapatoria, con lo cual su suplicio y gritos de dolor se prolongaban

hasta que se producía su desmayo. Dentro de estas terribles ejecuciones, el que conseguía luchar con valor o escapar del acoso de las fieras podía ser perdonado de sus culpas y hasta obtener la libertad. Estos reos solían ser cautivos de guerra y, desde el siglo I d.C., cristianos y gentes acusadas de brujería y hechicería.

Recuérdese que Tito, como ya se ha dicho, con motivo de la inauguración del anfiteatro, hizo sacrificar en un solo día 5.000 bestias, y que Domiciano en las Quinquatria Minervae[58], organizó unas famosas venationes en las que él mismo participó, alanceando a las fieras desde su palco. Trajano, tras sus victorias sobre los dácios, organizó unos munera en los que participaron 10.000 gladiadores y además patrocinó unas venationes en las que se sacrificaron 11.000 animales. Filipo el árabe en el 249 d.C., para conmemorar el primer milenario de la fundación de Roma, inmoló todas las bestias traídas a Roma por Gordiano III y Alejandro Severo[59]: 32 elefantes, 10 alces, 10 tigres, 60 leones domesticados, 30 leopardos domesticados, 10 hienas, 6 hipopótamos, 1 rinoceronte, 10 cebras, 10 jirafas, 20 asnos salvajes, 40 caballos salvajes, etc. Probo, con motivo de su triunfo en el 281 d.C., organizó unas espléndidas venationes; y en una sola cacería fueron alanceados 120 leones jóvenes, cuyos rugidos hicieron temblar todo el anfiteatro. En días sucesivos se sacrificaron 100 leopardos procedentes de Libia, otros 100 de Siria, 100 leonas africanas, 300 osos, etc.[60]

Estas cifras hablan por sí mismas y, como en el caso de los munera, nos obligan a preguntarnos cómo este tipo de espectáculos crueles y sangrientos pudieron entretener a una sociedad que, en otros aspectos, consiguió logros políticos, institucionales y sociales definitivos para la Historia de Europa. Como ya se ha dicho, la última de las venationes, con la participación ya muy reducida en el número de animales y cazadores, se realizó en el 523 d.C., bajo Teodorico[61].

Los espectadores

Los ludi y los munera se ofrecían para el disfrute de la plebe, por lo que su entrada a los mismos fue siempre gratuita, aunque la

ocupación de asientos en los edificios en los que se desarrollaban se rigiese por determinadas reglas. En el caso del anfiteatro flavio se ha calculado su aforo en 55.000 espectadores, aunque hay quienes llegan a cifras que rondan los 87.000, según se considere que cada sitio era 60 cm. (dos pies) o de 45 cm. (pie y medio). Las galerías (maeniana) media y superior se ha calculado que pudieron sumar de 45 a 50 gradas. Se ha supuesto que lo más lógico es pensar que 45.000 espectadores pudieran asistir sentados y unos 5.000 de pie.

Leyes promulgadas desde fines de la Republica demuestran que los puestos más próximos a la escena de los teatros, como después a la arena de los anfiteatros, estaba reservada a la clase senatorial, la siguiente a la de los caballeros, y ascendiendo siempre con respecto a su categoría social a los pedagogos, hombres ilustres, invitados, clientes, frates arvales, etc. En la galería superior, de estructura lignea, se hacinaba la plebe a la que se sumaban los extranjeros, los esclavos y las mujeres.

A finales siglo III d.C. la distribución de los puestos se hacía en virtud de las distintas categorías de ciudadanos, asignado a cada uno un espacio, marcado en el asiento y entregándose una tesera para poder acceder al mismo. En el siglo IV tal distribución se hizo por familias, cuyos nombres constaba en el correspondiente sector que se les había destinado. La mayoría de dichos nombres, muchos de los cuales se han conservado son de época tardía (CIL, VI, 32098–32248) y demuestran el carácter clasicista de tales asignaciones.

Las Naumachiae

Las Naumachiae o combates navales que a veces llegaban a ser sangrientas batallas, se celebraron en grandes estanques que fueron denominados, por influencia griega, con el mismo nombre que el de los recintos en los que se desarrollaban. En términos romanos eran las navalia proelia, pero al utilizarse en ellas simulacros de naves extranjeras, sobre todo griegas, fenicias, adoptaron una nueva denominación, más acorde con el espectáculo ofrecido. Este tipo de luchas, a veces más crueles que la de los gladiadores, fueron una modalidad de los «combates de tropa» en los que se obligaba a

enfrentarse a dos pequeños ejércitos, formados por prisioneros o condenados a muerte.

El que cambió de escenario tales enfrentamientos fue Julio César quien además mandó construir, en el Campo de Marte, el primero de estos estanques artificiales para celebrar en él su triunfo del año 46 a.C. Su localización sigue siendo objeto de controversia, pero se tiene noticia de que en ella pudieron maniobrar birremes, trirremes y cuatrirremes, manejados por más de 2000 combatientes y 4000 remeros.

Posteriormente, Augusto en el año 2 a.C., con motivo de la inauguración del templo de Mars Ultor que presidía el Foro que había mandado construir, organizó una nueva naumachia, tratando de emular a la de su antecesor. Para ello, como él mismo dejó escrito en sus Res Gestae hizo construir un nuevo lago artificial en la margen derecha del Tíber de 1800×1200 pies romanos (533×355 m.) en el que combatieron 30 navíos provistos de espolón y otros muchos barcos menores. Su tripulación sumó unos 3000 hombres, sin contar los remeros.

Considerando las dimensiones de una trirreme (35 m. $\times$ 4,90 m.) es obvio que los treinta navíos no podrían maniobrar en el agua, sin embargo la vistosidad del espectáculo justificaría las deficiencias y estrecheces que pudieran darse. Las embarcaciones, ricamente engalanadas, simulaban en ocasiones célebres navíos griegos, egipcios o fenicios, con lo que se confería al enfrentamiento un carácter historicista.

No se sabe, con exactitud, en que parte del Transtevere estuvo ubicado el gran estanque de Augusto. Según Frontino[62], la construcción del acueducto Aqua Alsietina, de agua no potable, que recorría las pendientes del Janículo, tuvo como fin primordial la alimentación de dicho lago artificial[63]. Las opiniones más actuales lo sitúan entre la «Via Aurelia» al norte, y la iglesia de «San Francesco a Ripa» al sur. El viaducto de época republicana descubierto en la citada «Via Aurelia», cerca de «San Crisogono», podría en tal caso haber servido de canal de desagüe. En realidad, tuvo una vida efímera y, una vez desecada la zona que había ocupado, se convirtió en un bosque consagrado a César, nemus Caesarum, y más tarde a Gaius y Lucius, los malogrados nietos de

Augusto. Sin embargo, a partir del siglo I de la Era, esta vasta superficie fue ocupada por viviendas y diversas construcciones que borraron por completo la huella de su función acuática.

Claudio organizo en el año 52 d.C. una espectacular naumaquia en el lago Fucino[64] para inaugurar los trabajos de su drenaje. Gracias a Suetonio[65] sabemos que los naumachiarii saludaron al emperador con la famosa frase de Morituri te salutant (los que van a morir te saludan), expresión que luego se puso en boca de los gladiadores, sin el respaldo del menor testimonio fidedigno.

Armó trirremes y cuatrirremes que fueron ocupados por diecinueve mil hombres y rodeó todo el perímetro del lago con balsas para evitar la huída de los forzados contendientes. Dadas las dimensiones del embalse. los navíos pudieron realizar toda clase de maniobras de aproximación y de ataque, por lo que en este caso se pudo hablar de un verdadero combate naval. A tan singular espectáculo acudió gente de toda Italia y él mismo asistió, acompañado de su esposa Agripina.

En época de Nerón se tiene noticia de que tuvieron lugar las primeras naumaquias en un anfiteatro[66]. La primera de ellas se celebró en el año 57, en uno de madera levantado para la ocasión en el Campo de Marte. La segunda en el 64, precedida por luchas de animales y de gladiadores y clausurada con un gran banquete[67]. Nada se sabe acerca del recinto neroniano, en que fue celebrada dicha naumaquia ni de cómo se pudieron combinar en él los diferentes actos citados, pero lo más probable es la nueva construcción efímera se mantuviera en pie hasta el incendio del 68.

Con motivo de la inauguración del Coliseo, en el año 80, Tito ofreció dos naumaquias. La primera se celebró todavía en el stagnum Augusti, y la segunda ya en el nuevo anfiteatro[68]. Posteriormente, Domiciano[69] celebró otra en el 85 en el mismo lugar, y una más en el 89, pero esta vez en ya en un nuevo estanque excavado más allá del Tíber. Se aprovechó para su construcción parte de los materiales extraídos de las obras de reparación del gran circo, dos de cuyos lados habían sido pasto de las llamas. Por entonces ya debían de haberse percatado de las dificultades que el llenado de agua y su desagüe suponía para la arena del anfiteatro. Además, fue la época en la que este emperador, como ya hemos

dicho, construyó la compleja red de dependencias subterráneas necesarias para su buen funcionamiento.

Por otra parte, era obvio que las dimensiones de los anfiteatros, aún considerando las del anfiteatro flavio, no permitían, dadas las medidas de los navíos, grandes maniobras, por lo que los enfrentamientos entre ellos resultaban prácticamente inviables por lo que se convertían en simulacros de combate, figurándose incluso los naufragios por medio de mecanismos dispuestos a tal fin[70].

Después de la época flavia no se tienen noticias de otras naumaquias hasta le época de Trajano. Se sabe que este emperador inauguró un nuevo estanque en el 109, destinado a combates donde debieron celebrarse algunos de ellos. Sus vestigios se detectaron en el siglo XVIII en una planicie del Vaticano. Excavaciones posteriores han permitido reconstruir la planimetría del recinto, de dimensiones sueltamente menores que las del de Augusto. Aunque se cree que solo se utilizó en época de este emperador, parece ser que se mantuvo en uso en el Bajo Imperio, aprovechándose sus graderías para diversos tipos de espectáculos.

1 Las Carinae era la zona existente entre la Velia y el extremo suroriental del Monte Opio.

2 Fornix-icis, significaba arco.

3 La «Soprintendenza Archeologica di Roma» (en colaboración con otros organismos oficiales) comenzó en 1982 las obras de restauración del arco y, posteriormente, en 1985 inició las excavaciones a ambos lados del mismo que han permitido conocer la estructura y cronología de sus cimientos.

4 Conforto, Maria Leticia y otros, Adriano e Constantino. Le due fasi dell´arco nella valle del Colosseo. Milán, 2001.

5 Cf. Plaza del Capitolio.

6 Constancius Valerius Chlorus (el Pálido) fue un emperador romano (225–306) apreciado por sus súbditos por su sentido de

templanza y equidad. Era de cuna noble, ya que era bisnieto, por parte de su madre, del emperador Claudio. En el 273 d.C., se casó con Elena (más tarde Santa Elena), joven de humilde origen, a pesar de las leyendas con las que en tiempos posteriores se pretendió enaltecer su ascendencia. Por entonces, aún no era cristiana, aunque teniendo en cuenta su procedencia social, es posible que fuera simpatizante de la nueva religión, muy extendida entre las capas más desfavorecidas del Imperio. Al año siguiente de su enlace, nació su hijo Constantino en el 272 en Naissus (la actual Nis, en Serbia), por cuya crianza demostró poco interés. A su favor, en cambio, está el haber puesto fin a las sangrientas persecuciones de los creyentes de la nueva religión, decretadas por sus antecesores. En el 293 los emperadores Diocleciano y Maximiano nombraron césares a Galerio y a Constancio. Para estrechar los vínculos políticos con los familiares, Diocleciano casó a su hija con Galerio y Maximiano obligó a Constancio a divorciarse de Elena, para contraer matrimonio con su hijastra Teodora.

7 En el año 303, con motivo de los vicennalia de Diocleciano, los dos augustos, Diocleciano de Oriente y Maximiano de Occidente, cedieron sus puestos a sus respectivos césares: Galerio y Constancio Cloro. Diocleciano se retiró a su residencia de Spalato, en Dalmacia, creyendo haber consolidado el sistema tetrártico. Galerio nombró césar de Oriente a un sobrino suyo, Maximino Daya, y a Flavio Valerio, para Occidente, un personaje relacionado con la dinastía de los Severos. Quedaban fuera del sistema sucesorio los hijos de los antiguos tetrarcas: Constantino, hijo de Constancio Cloro y Majencio, hijo de Maximiano. Sin embargo, ambos hicieron valer su prestigio y, a pesar de que Licinio fue nombrado por Galerio augusto de Occidente, también recibieron el mismo cargo Majencio y Constantino, con lo que llegó el momento en que hubo cuatro augustos. Licinio se encargó de la zona oriental, Majencio se hizo fuerte en Roma, dominando incluso las provincias africanas y Constantino, que deseaba volver a la monarquía absoluta acabó derrotándole en la batalla del Puente Milvio, en el 312 d.C. En el 324 d.C. venció a Licinio cerca de Adrianópolis (Tracia), atravesó el Bósforo, después de que la tormenta destruyese la flota enemiga y en Crisópolis alcanzó la victoria definitiva, culminando, de este modo, sus aspiraciones de convertirse en el único Emperador del Imperio.

8 Después de sus triunfos sobre Licinio, Constantino le trató aparentemente con toda benevolencia, y le señaló Tesalónica como lugar de residencia. Sin embargo, en dicha ciudad le hizo asesinar y la misma suerte corrió su hijo, el joven Licinio, después de haberle convertido en esclavo.

9 C.I.L. VI, 1139.

10 Santa Elena, madre del emperador Constantino el Grande (274-337), como acabamos de ver, fue repudiada por su esposo Constancio Cloro en el 293 d.C., debido a sus modestos orígenes (se decía que era hija de un tabernero), y, desde entonces hasta que en el 306 d.C. fue nombrado César su hijo Constantino, debió de vivir retirada en Tréveris. Se cree que fue en esta ciudad, en la que pasó sus años de abandono, donde se hizo cristiana. Este alejamiento había mortificado tanto a su hijo que, cuando tomó el nombre de Augusto en el 307, hizo que su madre se trasladase a su palacio; y más tarde al quedar él solo como emperador, en el 324 d.C., le concedió el título de Augusta o Emperatriz. Respetada por su sencillez y virtudes, es obvio que debió de influir en su hijo. Movida por su devoción viajó hasta Jerusalén, donde hizo demoler el templo que, en honor de Venus, se había levantado en el monte Calvario. Mandó excavar bajo sus cimientos hasta dar con la cruz en la que fue crucificado Cristo y, sobre el citado monte hizo edificar una iglesia, otra en el Olivete y una más en Belén. Murió en brazos de su hijo en el 328 o 329 d.C. y fue enterrada en la Via Labicana, donde se encontraba la iglesia de los mártires Pedro y Marcelino, en un mausoleo cilíndrico de ladrillo, cuyos restos se conocen hoy con el nombre de Torre Pignattara. En su interior se encontró un magnífico sarcófago de pórfido, bellamente esculpido que en la actualidad se encuentra en el Museo Vaticano. Empezó a ser citada como santa en el siglo VII d.C. en Occidente y en el siglo IX d.C. en Oriente.

11 Cf. nota 23 del capítulo II: «Fuentes para el estudio de los orígenes de Roma».

12 Ferroni, Angela Maria, «L'arco di Adriano nel contesto urbano», en Conforto, M.L., y otros, Adriano y Constantino, le due fasi dell' arco nella valle del Colosseo, Roma, 2001, págs. 112 s.

13 Di. Cas., LXVIII 1,1.

14 Cf. el Arco de Septimio Severo en el capítulo IX: el Foro Romano.

15 De estas cinco columnas, situadas detrás de los rostra, fueron hallados numerosos restos a comienzos del siglo XVI, entre ellos tres de las cinco basas. Sin embargo, hoy solo se conserva una en el Foro, expuesta en un lugar próximo al arco de Septimio Severo.

16 Antinoo (nacido hacia el 110 d.C.) fue un joven bitinio de una gran belleza, amado por el emperador Adriano, quien, después de su misteriosa muerte en el Nilo, el año 130 d.C., instituyó un culto en su honor.

17 Macr., Saturnalia, III, 12, 1-9. Macrobio (hacia el 400 d.C.). Debió de ser prefecto del Pretorio de Roma en el 430 d.C. Fue autor de una obra titulada Saturnalia, diálogo ambientado en una cena de intelectuales no cristianos en el transcurso de las Saturnales (fiestas de fin de año) del 384 d.C.

18 Cf. Capítulo X, Los Foros Imperiales: el Foro de Trajano.

19 Escenas de la vida de Moisés, de Botticelli (1445–1510), en la Capilla Sixtina; La entrega de las llaves a San Pedro, de Perugino (1481–82) en la Capilla Sixtina; Disputa de Santa Catalina, del Pinturicchio (1454–1513), en la Estancia Borgia. Vaticano, etc.

20 Sén., Epist. 36.

21 Tac., Ann. XII, 24.

22 Con materiales del Coliseo se construyeron los siguientes edificios: la catedral de Orvieto, el Palacio Venecia, el Palacio Barberini, el Palacio Farnesio, el Palacio Capitolino, etc.

23 Se dice que la primera pareja de gatos llegó a Roma con Cleopatra, aunque otros autores sostienen que fue Pompeyo quien introdujo estos animales en la Urbe a su regreso del Ponto, tras su victoria sobre Mitrídates. Lo que es evidente es que su adaptación a las ruinas de la ciudad antigua es perfecta. Cada yacimiento arqueológico es el territorio de una familia cerrada que no admite

intrusos. Cualquiera de las medidas que se han propuesto, por parte de las autoridades, para acabar con su presencia en Roma han sido tan impopulares que no han podido llevarse a cabo. De todas formas hay que reconocer que donde hay gatos las poblaciones de ratas disminuyen.

24 Titus Flavius Vespasianus (69–79), el iniciador de la dinastía flavia, pertenecía a una familia burguesa de la Reate sabina (región de Italia central, al sur de Umbría y al norte del río Anio). Hombre íntegro y experto militar, fue considerado el personaje idóneo para restablecer el orden en el Imperio que se hallaba al borde de la ruina.

25 Suet., Vesp., 9.

26 Hist. Aug. Hadr. 19,12.

27 Suet., Ner., 31; idem, Vesp., 18; Plin., Nat. hist,. XXXIX, 45; Di. Cas., LXI, 15.

28 Hist., Aug. Comm. 17.

29 Marcus Antonius Gordianus III, llamado Pius (238–244) hijo de Gordiano I, llamado el Viejo (157–238) y hermano de Gordiano II, el Joven (192–238). Murió asesinado en Oriente por Filipo el Árabe (244–249).

30 Los clipea eran los escudos de bronce que adornaban el exterior del ático, por debajo de la cornisa, alternando con las ventanas que en él se abrían. Por su gran valor intrínseco, fueron arrancados de su sitio ya en la Edad Media.

31 Suet., Titus 7; Dión Cas. LXVI, 25; Eutropio VII, 21, etc.

32 Congiaria: distribuciones de víveres y dinero al pueblo.

33 Nam qui dabat olim imperium fasces legiones omnia, nunc se continet atque duas tantum res anxius optat, panem et circenses (Juv. X, 75 ss.). Décimo Junio Juvenal (42–125) fue un poeta satírico nacido en Aquino (Lacio) de cuya vida se tienen escasas noticias. Se conservan 16 sátiras suyas, en las que, con atinado lenguaje, denunció las costumbres corruptas de la sociedad romana.

34 munus-eris, oficio, obligación; munus efficere, cumplir un deber; en este caso con las honras fúnebres en honor de un difunto próximo y respetable.

35 Esta diosa tenía su santuario en un bosque sagrado, situado al sur de Roma, en la región del Aventino. Allí se reunían los libitinarii, que eran los encargados de los enterramientos y pompas fúnebres.

36 Marcus Opilius Macrinus (164–218) fue el Prefecto del Pretorio que, tras el asesinato de Caracalla, en el que participó de forma directa como cabecilla de la conjuración, se proclamó emperador. Su pacifismo en la guerra contra los partos hizo que parte de las tropas descontentas nombrase emperador a Heliogábalo, quien acabó venciéndole y haciendo que le dieran muerte sus soldados. En el 217 d.C. Roma sufrió uno de los incendios más voraces de cuantos había sido víctima.

37 Amm. Marc. XVI, 10, 14.

38 El emperador Juliano (361–363), llamado el Apóstata, fue sobrino de Constantino. Educado en el culto cristiano estudió en Constantinopla, donde recibió las influencias del paganismo. A la muerte de Constancio (340–361) abjuró de la religión en que se había formado y organizó un clero pagano. Murió combatiendo a los persas.

39 Honorius Flavius, (395–423), hijo de Teodosio el Grande, fue el emperador de Occidente que no supo contener la invasión de los bárbaros. En el 409 d.C. Alarico, rey de los godos, saqueó Roma y bajo su reinado el Imperio perdió Gran Bretaña, Galia e Hispania.

40 Flavius Placidus Valentinianus (419–455), hijo de Placidia, fue un emperador disipado, entregado a toda suerte de excesos. Permitió que el conde Bonifacio entregase África a los vándalos; asesinó al general Accio, el vencedor de Atila y finalmente fue asesinado por el senador Petronio Máximo, a cuya esposa había ultrajado.

41 Teodorico el Grande (455–526.), rey de los ostrogodos, era hijo de Teodomiro y se educó en Bizancio. Tras hacerse con el reino de

Italia que estaba en manos de Odoacro, rodeado de consejeros romanos, se dedicó a la reconstrucción del viejo Imperio y realizó importantes obras en Rávena, la ciudad elegida como su capital.

42 Confirmó el Concordato con Napoleón I en 1801, al que coronó como emperador. Consiguió la restauración de los Estados Pontificios y el restablecimiento de la Compañía de Jesús.

43 Proclamación de la República en 1848; restablecimiento del gobierno papal por las tropas francesas en 1850; anexión en 1870 de los Estados Pontificios al reino de Italia, etc.

44 Miseno era un puerto de la Campania, sito en el golfo de Pozzuoli en el Mar Tirreno.

45 Ilíada, XXIII, 802 s.

46 Cf. Capítulo XIII: el Campo de Marte, Ara Pacis.

47 Suet., Calig. 18, 2, 3.

48 Vitr., 5.1, 1-2.

49 Plin. XXXVI, 117.

50 La vía Labicana es la calle que saliendo de la actual plaza del Coliseo y bordeando el monte Opio (Esquilino) desemboca en la «Vía Emanuele Filiberto» que finaliza en la Puerta de San Juan, en el Celio.

51 Esta vara, rudis, se entregaba como recompensa al gladiador al que se le otorgaba la libertad o el retiro (rudem accipere, ser licenciado, lograr la libertad; rude donatus, licenciado, retirado).

52 Suet., Ner. 30.

53 Suet., Calig. 54.

54 García y Bellido, A., «Gladiadores de la España romana», Rev., Citius Altius Fortius, tomo IV (1962), fasc. 2, págs. 203-220; Idem, Aesp A, 33, 1960, págs. 116 ss.; Balil Illana, A., «Lex Gladiatoria de Italica», en Rev. Citius Altius Fortius, III, 1961, pág. 5 s.

55 Los samnitas sostuvieron continuas guerras con Roma entre 343 y 290 a.C.

56 Plut. Cras. 8.

57 Liv, XXXIX, 22, 2.

58 Las Quinquatria eran las fiestas dedicadas a Minerva, diosa por la que Domiciano sintió una especial devoción.

59 Hist. Aug., Gordianus, 33, 1.

60 Hist. Aug., Probus, 19, 5-8.

61 Casiod., Varia, V, 42.

62 Front., De aquis urbis Romae, 11,1-2.

63 Cf. Capítulo V, Los acueductos de Roma: Aqua Alsietina.

64 El lago Fucino se encuentra a unos 100 km. de Roma en la comarca de los Abruzzos.

65 suet., Claudio, XXI, 1214.

66 Suet., Nerón, XII, 2-6; Di.Cas., Hist., rom.,LXI, 9, 5.

67 Di. Cas., Hist., rom., LXII, 15, 1.

68 Di. Cas., Hist., rom., LXVI, 25, 1-4.

69 Suet., Domic., IV, 6-7.

70 Tac., Anales, XIV, 6, 1; Di., Cas., Hist., rom., LXI, 12,2.

XII. EL ESQUILINO

Pincha para descarga de fichas iconográficas (El Esquilino): 8,4 MB

El Esquilino, la mayor de las célebres colinas de Roma, conservó su carácter unitario hasta que fue subdividida en diversas regiones en cumplimiento de la ordenación administrativa de Augusto. Abarcaba tres cimas cuyos nombres eran: el Oppius al sur, el Fagutal en el extremo occidental y el Cispius al norte. Hacia el sudeste se extendían las estribaciones finales, las Carinae, y pegadas a ellas el altozano de la Velia, por medio del cual el Esquilino se unía al Palatino. Estos cinco montículos citados con los dos cerros del Palatino, el Palatium y el Germalus, constituyeron el primitivo recinto urbano, el Septimontium, que nada tenía que ver con el que más tarde abarcó las siete colinas tradicionales de la ciudad.

En un principio, el Esquilino fue un vasto y populoso barrio habitado, según la tradición, desde la época de Servio Tulio, quien tuvo en él su propia vivienda. Sin embargo, en épocas sucesivas fue adquiriendo un carácter esencialmente residencial, siendo pocos los edificios públicos y los templos que en él se alzaron. Algunos de estos últimos eran muy antiguos, como el de Diana y el de la Fortuna Virgo, erigidos por Servio Tulio en la zona más occidental de la colina, y el de Juno Lucina en el Cispio, construido en 375 a.C.

La zona oriental del Esquilino, fuera del trazado de las murallas servianas en época republicana, estuvo ocupada por una gran necrópolis sobre la que se superpusieron lujosas villas unifamiliares rodeadas de jardines, entre ellas la de Mecenas, el gran protector de las artes, amigo personal y consejero de Augusto.

En la actualidad la zona más visitada es la de las pendientes meridionales del Monte Opio donde se encuentran los restos de la Domus Aurea de Nerón y las Termas de Trajano que se construyeron sobre esta lujosa mansión. Cuenta además con hermosas iglesias muchas de ellas construidas sobre los cimientos de casas particulares donde los cristianos celebraban sus reuniones

secretas antes de la proclamación del Edicto de Milán en el 313. De entre ellas destacan la de «San Martino in Monti»[1]; la de «San Pietro in Vincoli»[2], donde están las cadenas que amarraron a San Pedro a las paredes de la Cárcel Mamertina, y el Moisés de Miguel Ángel, pensado para ser colocado en la tumba del papa Julio II; la de «Santa Prudenziana»[3]; la de «Santa Prassede»[4]; y la de «Santa Maria Maggiore», uno de los más hermosos templos de Roma y la principal iglesia de las consagradas a la Virgen María. Es la cuarta de las grandes basílicas de la ciudad y pertenece al Vaticano. Es, además, una de las que forma parte de la llamada «peregrinación de las siete iglesias» que se celebra en el mes de mayo[5].

«Santa Maria Maggiore»

Fue edificada entre el 352 y el 366, por el papa Liborio I, aunque fue reconstruida en el 452 por Sixto III. Del siglo V data su triple nave, separada por columnas, que aún forma parte de la misma. El suelo de estilo «cosmatesco» (de mármoles polícromos) y el campanario son del siglo XIII. El artesonado del techo es de época renacentista, posiblemente obra de Giuliano de Sangallo, quien debió de realizarlo por encargo de Alejandro VI Borgia. Según la leyenda para sus dorados se utilizó el primer oro que Cristóbal Colón había traído de América. En el período barroco se añadieron sus cúpulas gemelas y sus fachadas, tanto la principal como la trasera. En 1673 Carlo Rainaldi reconstruyó el ábside y en 1743 Ferdinando Fuga añadió la fachada principal atendiendo a las órdenes de Benedicto XIV. Los bellos mosaicos de su interior son del siglo V.

Su construcción va unida al prodigio de la nieve que cubrió el Esquilino un 5 de agosto del año 352. En dicha fecha, el papa Liborio tuvo un sueño en el que la Virgen le ordenó construir una iglesia en el lugar que encontrara cubierto de nieve. A la mañana siguiente se vio sorprendido al ver toda la colina nevada, por lo que se aprestó a cumplir con la voluntad de la Señora. Desde entonces este milagro se conmemora en su aniversario agosteño, haciendo que del techo de la iglesia caigan cientos de pétalos de rosas

blancas. En la actualidad se han sustituido por los de dalias, flores más económicas.

En 1587 el papa Sixto V mandó erigir en la «Piazza del Esquilino» un obelisco para que sirviera de guía a los peregrinos que se dirigían a esta famosa iglesia. Este obelisco procedía del Mausoleo de Augusto, como el de la «Piazza del Quirinale». Ambos estuvieron colocados ante el ingreso de dicho monumento y eran una réplica de otros existentes en Alejandría, situados delante del templo de César en el Gran Puerto. Labrados en época de Tutmés IV (1397–1388 a.C) fueron llevados hasta allí por orden de Cleopatra, y Domiciano mandó hacer una copia de los mismos para ornato de tan regio monumento.

La columna que se alza en la llamada «Piazza de Santa Maria Maggiore» procede de la Basílica de Majencio, en el Foro. Es la única conservada y en el año 1615 se le añadió una hermosa escultura de bronce de la Virgen con el niño.

La Domus Aurea

Esta sin igual mansión, llamada la Casa de Oro, celebrada y odiada por su lujosa ostentación[6], fue el fruto del sueño megalománico de Nerón, y por lo tanto va unida a su controvertida personalidad y al incendio que en el año 64 d.C. devoró una buena parte de la ciudad. Su autoria se ha atribuido a este emperador, siguiendo una difundida leyenda que se ha perpetuado a través del tiempo, sin argumentos de peso, pero casi imposible de erradicar de la memoria colectiva. En consecuencia, al hablar del que fue su suntuoso palacio es obligado evocar la vida y obras de quien se hizo famoso por su crueldad y excentricidades.

Nero Claudius Drusus Gernanicus Caesar (37–68 d.C.) hijo de Agripina, hermana de Calígula, y de Lucio Domicio Enobarbo, nació en Anzio (Antium) el 15 de diciembre del 37 d.C. Su progenitor murió de hidropesía cuando él apenas tenía tres años y su madre se casó con Claudio en segundas nupcias. Fue adoptado en el año 50 por su

padrastro y a la muerte de este en el 54, fue aclamado emperador por los pretorianos con solo 17 años.

La gens Domitia, pertenecía a la rama de los conocidos con el cognomen de Ahenobarbus, es decir, barba de bronce (aeneus), porque según la tradición, uno de sus antepasados fue el encargado por los Dioscuros[7] de anunciar al Senado la victoria de Lago Regillo (499 a.C.), en la que ellos habían intervenido y, como prueba de la veracidad de la noticia, hizo que tocaran su barba negra que adquirió el color del bronce. El cognomen de la gens Claudia, Nero, era un antiguo epíteto de origen sabino, que significaba fuerte y osado, fortis et strennus.

En una primera etapa, bajo influencia de su preceptor, el prefecto Burro, mantuvo una política equilibrada y de tendencia conservadora. En el 55, tras la muerte de Británico, el hijo de Claudio, y la de su madre Agripina en el 59, comenzó a dar muestras de un extraño comportamiento, aunque fuera por entonces su preceptor el propio Séneca, quien acabó retirándose a la vida privada, consciente de no poder orientar la conducta desenfrenada de su discípulo.

Para paliar la clara oposición que el Senado manifestaba ante sus actos y decisiones, fomentó su acercamiento al pueblo por medio de grandes espectáculos, sin conseguir por ello limpiar su imagen pública, ya que continuó cometiendo crímenes abominables. En el 62, fue asesinada su mujer, Octavia, hija de Claudio y en el 65, su siguiente esposa Sabina Popea, de una patada en el vientre estando encinta. Se casó después con Statilia Mesalina que al quedarse viuda se convertiría en la amante de Otón.

Después del incendio del 64, que atribuyó a los cristianos, dio paso a una persecución feroz de los mismos, victimas de la cual fueron los dos grandes apóstoles Pedro y Pablo. En el 65 ahogó en sangre la conjuración de Gaio Calpurnio Pisón, obligando incluso a Séneca a suicidarse, aunque no estaba implicado en tal conspiración, haciendo gala en todo momento de su poder arbitrario y tiránico.

Entre el 66 y el 67 viajó por Grecia, país por el que demostró siempre una franca admiración, dada su formación y cultura filohelena, pero a su regreso a Roma se encontró con que el gran

malestar político y social que se venía arrastrando desembocó en la insurrección de Sulpicio Galba, gobernador de la Tarraconense. En tal situación fue declarado enemigo público por el Senado y tuvo que refugiarse en la villa del liberto Faone, a pocos kilómetros de Roma, donde se hizo matar en el año 68, por otro liberto, Epafrodito. Según cuenta la leyenda, al tiempo que daba las últimas órdenes sobre sus exequias, repetía llorando, una y otra vez: ¡qué artista pierde el mundo!

La primera residencia de Nerón fue la Domus Transitoria, así llamada porque unía el Palatino con el Esquilino[8]. Algunos de sus restos se han descubierto bajo los cimientos de las construcciones del Palatino, siendo de destacar los vestigios de un lujoso ninfeo. Su parcial destrucción por el citado incendio del año 64 d.C., le brindó la ocasión de construir su nueva residencia, la Domus Aurea, una fastuosa mansión, hecha a medida de sus delirios de grandeza. Tras su muerte, se produjo su transformación y destrucción parcial, siendo su peor castigo el cegamiento de sus salas con ingentes cantidades de tierra, para que sus estructuras sirvieran de cimentación a las Termas de Trajano.

El incendio del año 64 d.C. devastó dos tercios de las catorce regiones administrativas en las que Augusto había divido Roma y, en especial los barrios y casas del Opio, el Fagutal y las Carinae. Se produjo en la noche del 18 al 19 de julio, en el aniversario de la toma de Roma por los galos, y duró seis días y siete noches, aunque algunos de sus focos se mantuvieron en activo por espacio de otras tres jornadas más. Este célebre incendio, cuya provocación intencionada tantas veces se ha atribuido al propio Nerón, tuvo lugar cuando el emperador estaba fuera de la ciudad, concretamente en Anzio, localidad sita a unos 61 km. de Roma, donde él había nacido y por la que siempre demostró una especial predilección. Al tener noticias de lo sucedido, aceleró su regreso cuanto le fue posible con el fin de tomar las medidas precisas para la extinción del fuego y ayudar a las víctimas. Cuando llegó a la urbe, la mayor parte de su mansión había sido pasto de las llamas por lo que no pudo hacerse más que intentar salvar la parte menos dañada.

En la actualidad y, a la luz de las recientes investigaciones, no

existen razones históricas de peso que permitan sostener la tesis de que el incendio fue provocado por orden imperial. Al parecer, se originó en un barrio de vendedores de aceite[9], desde el cual se propagó rápidamente a causa del fuerte viento que soplaba esa noche. Es más, se tiene noticia de que Nerón hizo todo cuanto estuvo a su alcance para paliar las necesidades de los damnificados con eficacia y generosidad. Lo que sí es cierto es que, por razones políticas, permitió que las sospechas de su autoria recayeran sobre los cristianos.

Por aquel entonces, los practicantes de esta nueva religión eran poco numerosos en Roma y vivían en los mismos barrios, populosos y mercantiles, que los judíos. Los romanos no hacían distinción entre unos y otros, con gran disgusto por parte de estos últimos quienes, probablemente, para diferenciarse de los que se habían convertido en sus adversarios doctrinales, propiciaron los rumores de su culpabilidad. El pueblo, que se negaba a aceptar que la desgracia vivida había sido fruto de un hecho fortuito, se tranquilizó al poder contar con unas supuestas víctimas propiciatorias sobre las que cargar la causa de su infortunio y, por otra parte, el emperador, cuya conducta empezaba a dar muestras de caprichosas excentricidades y a ser objeto de severas críticas, se propuso satisfacer los deseos de venganza de la plebe con un sádico suplicio aplicado a los supuestos incendiarios: los que aceptaron su culpa, después de crueles torturas, fueron cubiertos con una especie de sayal, impregnado en resina y atados a unos postes, desde donde pudieron asistir a los juegos celebrados en los jardines del palacio. Al anochecer, se les prendió fuego, para que sirvieran de antorchas vivientes a los espectáculos finales.[10]

Tal crueldad parece inconcebible por parte de quien en los comienzos de su reinado quiso suprimir los juegos de gladiadores y sustituirlos por otros de carácter teatral, musical y deportivo. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que la popularidad se ganaba en el contacto directo con la plebe en los juegos del anfiteatro y que había que someterse, en cierta medida, a su voluntad expresa.

Los acontecimientos descritos permitieron a Nerón proceder a una nueva planificación y remodelación de Roma, más acorde con las bellas ciudades helenísticas, objeto de su admiración. Proyecto

prioritario fue construirse una mansión señorial en la que poder dar rienda suelta a todas sus fantasías y acumular en ella las obras de arte más importantes llegadas a Roma, sobre todo en época de César y que, poco a poco, habían ido pasando a sus manos.

Los artífices del que iba a ser un palacio sin par fueron Severus y Celer, arquitectos e ingenieros, magistri et machinatores[11], es decir, expertos en la instalación de artilugios mecánicos, ya que fueron muchos los que en él se instalaron en los distintos espacios de recreo: lagos con surtidores y cascadas, bosques con sistemas de riego, pórticos con fuentes, pabellones (diaetae), comedores (cenationes) alamedas (xysti), baños (termae) de agua corriente algunos y otros de marina y sulfurosa, bibliotecas, etc. De entre todos estos espacios el más hermoso fue el Stagnum Neronis, sito en el valle existente entre el Esquilino y el Palatino. Este lago artificial, alimentado por el acueducto celimontano[12], era de planta rectangular y estaba rodeado de amplios porches y terrazas escalonadas cubiertas con bellos jardines y densos bosques, que albergaron toda clase de animales e incluso fieras destinadas tanto al placer de la caza como a formar parte del parque zoológico del emperador. El templo de Claudio, que se encontraba en su lado meridional, fue convertido en un hermoso ninfeo

Ocupaba alrededor de unas 50 hectáreas y contaba con unas 300 habitaciones. En realidad se concibió no como un simple palacio, sino como una villa suburbana de ambiente marítimo, típica del período tardorepublicano, cuyo modelo se impuso por entonces en la Campania y en especial en la zona de Baia donde se proliferaron las lujosas mansiones de recreo.

El palacio, propiamente dicho, se construyó en las pendientes meridionales del monte Opio. Medía 300 m. de largo por 90 de profundidad y estuvo orientado a los cuatro puntos cardinales. Su fachada norte se apoyó en un corte artificial realizado en el citado monte, aparejado como un murallón protector de este sector por ser el más expuesto al frío y a los vientos. Por esta razón, en dicha fachada no se abrieron vanos, ni ventanas; y para evitar que la humedad de las dependencias de los semisótanos se extendiera a las habitaciones propiamente dichas, se aisló del palacio por medio de unos criptopórticos, iluminados por tragaluces abiertos en el

arranque de las bóvedas o en las propias bóvedas.

Su estructura se planificó en dos partes bien diferenciadas: la occidental, destinada a ser la vivienda del emperador y la de los miembros de su familia, edificada de acuerdo con una planimetría rectilínea, de corte tradicional; y la oriental, la oficial o palaciega, en la que se dio respuesta a un indiscutible afán de novedad constructiva, procurándose evitar en todo momento la simetría en el trazado de los espacios, muchos de ellos de planta centrada, la regularidad de la combinación de líneas y ángulos etc. Se iniciaba así el gusto por la llamada arquitectura mixtilínea que habría de tener un gran éxito en época de Adriano, en especial en su Villa de Tívoli y en edificios de etapas posteriores.

La fachada ciega del norte hizo que las dependencias interiores resultasen oscuras y hasta se ha hablado de impericia por parte de los arquitectos; sin embargo, las recientes excavaciones han puesto de manifiesto que esta escasa iluminación se debió más al carácter simbólico que presidió este conjunto arquitectónico, relacionado con el culto solar, que a la falta de recursos técnicos.

El ala occidental, de corte tradicional, giraba en torno a un gran peristilo porticado en tres de sus lados y al fondo del cual se abría el correspondiente criptopórtico. En su centro había una fuente de pórfido que hoy se encuentra en la Plaza de San Pedro del Vaticano. En su lado oeste se encontraba el vestíbulo de ingreso. Se abría en la Velia y se extendía hasta la Regia (sede del Pontífice Máximo) y la Casa de las Vestales. Se componía de un triple pórtico de mil pies de largo y próximo a él se alzó el célebre Colossus Neronis, una estatua en bronce de 35 m. de altura, obra del escultor griego Zenodoro y de la que ya hablamos al tratar del Coliseo.

En este sector se encontraban numerosas dependencias de acceso y servicio, mientras que en la zona meridional estaban las destinadas a los dormitorios y vestuarios particulares de la familia imperial. Algunas de ellas con cabecera absidada. En el lado este se abría un espacioso corredor abovedado que servía de antesala al ninfeo de Polifemo, una especie de gruta artificial con cascadas en cuyo techo había un medallón de mosaico con la escena en la que el cíclope recibe una copa de vino de manos de Ulises. Con esta muestra del empleo del mosaico en los techos se abría el camino para lo que iba

a ocurrir en épocas posteriores.

El ala oriental, es muy posible que se acabara después de la muerte de Nerón, aunque se estima que él pudo disfrutar de algunas de sus dependencias más nobles. Su planimetría nada tiene que ver con la anterior, ya que responde a las más avanzadas corrientes de la arquitectura centrada y mixtilínea. El primer cuerpo de la misma es el llamado «patio pentagonal», rodeado asimismo de numerosas dependencias y corredores. En realidad, este conjunto es el que sirve de nexo de unión entre las dos grandes estructuras arquitectónicas que constituyen en palacio: la occidental, proyectada como residencia privada y la oriental, destinada al aparato oficial de recepción y celebraciones.

Al fondo del «patio pentagonal» se abría la sala de la «bóveda dorada». La decoración de su techo fue copiada por Francisco de Holanda en 1538 (se conserva en la biblioteca del Monasterio del Escorial) y, más tarde por L. Mirri, en 1776, quien sustituyó en el medallón central la escena del rapto de Ganimedes por la de Deméter con Triptólemo. En el cuerpo contiguo se encontraba la «sala ochavada», cubierta por una cúpula en la que se abría un óculo central, claro antecedente de la cubierta del Panteón. Estaba asimismo rodeada de dependencias entre las que destacan las salas de Aquiles en Sciros y la de Héctor y Andrómaca, así llamadas por los temas de las pinturas que las decoraban.

El interior de la mansión estaba dorado y adornado con incrustaciones de gemas, nácares y madreperlas. La mayoría de los paramentos estaban recubiertos de costosos mármoles y de las pinturas de las que más tarde hablaremos. Espectacular debía de ser la famosa coenatio rotonda (cenador redondo) que giraba de día y de noche como la bóveda celeste. Se trataría, posiblemente de una plataforma hidráulica que hacia girar una derivación del Aqua Claudia. Los techos de otros muchos comedores estaban formados por unas planchas móviles de marfil y oro que, accionados por esclavos durante los banquetes se entreabrían para dejar caer pétalos de flores sobre los invitados.

La decoración pictórica fue obra de Fabullus o Amullius[13], quien recibió el encargo de realizar la totalidad de su decoración. El gran esfuerzo que, sin duda tuvo que hacer y la fatiga que tamaña

empresa le causó, aunque fuera asistido por un numeroso plantel de colaboradores, justifican su supuesta queja de que el palacio se había convertido en una cárcel para él (carcer eius artis...fuit). Realizadas con gran premura, se limitaron a ser un reflejo de las tendencias pictóricas imperantes en la época, coincidentes con el cuarto estilo pompeyano, denominado «Ilusionista», sin que en ellas se advierta el menor atisbo de innovación. Desde un punto de vista de la composición arquitectónica se recurrió de nuevo a las estructuras posibles, a los espacios más abiertos y profundos, siendo su propósito final el eliminar la existencia física de la pared. Se utilizaron fachadas teatrales entre las cuales aparecían grupos estatuarios o figuras aisladas ocupando nichos y vanos, siempre de proporciones mesuradas.

Plinio define el estilo de este artista como «grave y severo al tiempo que florido y húmedo», calificativos difíciles de combinar, pero lo que si es cierto es que la decoración mixta de estuco y pintura con que se recubrieron las paredes de la mansión neroniana, debieron de ser de colores vivos y luminosos a juzgar por testimonios del famoso «techo de oro» que en su día copió Francisco de Holanda. Los cuadros mitológicos y las composiciones temáticas carecen del valor pictórico que muestran las pompeyanas, pero son de trazo muy suelto y resultan vivaces y expresionistas.

Cuenta Suetonio que cuando Nerón entró por primera vez en su nueva residencia, estuviera acabada o no, exclamó: ¡Bien! Ahora por fin puedo empezar a vivir como un ser humano[14]. Mientras, el pueblo escandalizado aseguraba que Roma se había convertido en una única casa, la del emperador.

A la muerte de Nerón, tan suntuosa mansión pasó a manos de Otón y de Vitelio[15] y con el advenimiento de los Flavios la idea de esta dinastía burguesa fue que los terrenos robados a la ciudad volvieran a ser patrimonio del pueblo. Los miembros de la nueva familia se reservaron una pequeña parte de la mansión, en la que vivieron Vespasiano y Tito y allí fue donde Plinio vio el grupo del Laocoonte[16]. Aunque esta magnífica obra pasase a decorar la mansión de Tito o sus termas, se tiene noticia de que la mayoría de las esculturas de la Domus Áurea fueron llevadas por Vespasiano al Templo de la Paz para disfrute de los ciudadanos.

Al norte de la Domus Áurea se edificaron después las Termas de Tito, sobre una instalación termal perteneciente a la propia mansión neroniana, mientras que las dependencias del monte Opio estuvieron habitadas hasta el 104 d.C., fecha en el que un incendio las destruyó en una gran parte. Fue entonces cuando se comenzaron las obras destinadas a la construcción de las Termas de Trajano, ubicadas en el punto culminante de la colina. Apolodoro de Damasco, su arquitecto, colmó de tierra las infraestructuras de la Domus Áurea para que sirvieran de cimientos a los edificios termales. Se inauguraron en el 109 d.C. y, desde entonces, la «Casa de oro» se convirtió en un complejo de subterráneos cegados.

El abandono de las Termas de Trajano, después de que Vitiges, rey de los ostrogodos, cortara en el año 539 parte de los acueductos de Roma, cambió para siempre el aspecto del monte Opio que en la Edad Media se convirtió en lugar ocupado por huertos y viñedos, aunque nunca se perdió el recuerdo de que había sido el solar de la Domus Aurea.

El descubrimiento de sus galerías subterráneas se inició en el siglo XV, cuando visitantes clandestinos descolgándose por agujeros practicados en ellas empezaron a copiar los motivos decorativos que veían en sus paredes, los llamados «gruteschi» por el lugar de su hallazgo. Destinados a alcanzar una gran difusión entre los motivos ornamentales usados en el Renacimiento se convirtieron en repertorios repetitivos. Los ambientes más visitados fueron los del ala oriental, en especial las salas radiales que se abrían a la sala octogonal, los corredores, el criptopórtico, y la sala de la bóveda dorada a la que se debía poder acceder desde lo alto del monte Opio. De la occidental se conocía la «sala de la bóveda de las lechuzas», la «sala de la bóveda amarilla», la «sala de la bóveda negra» etc.

Todas estas dependencias fueron visitadas por pintores toscanos y umbros, tales como Ghirlandaio, Pinturicchio, Perugino, Filippino Lippi, grandes artistas que habían sido llamados a Roma, en el 1480, por Sixto IV para la decoración de la Capilla Sixtina. El estilo de tales pinturas influyó en sus creaciones ornamentales, haciéndose famosa la disposición llamada «a candelieri» por tomar como eje fijo los típicos candelabros inspirados en los que aparecían

en la mansión neroniana. Muchos de estos artistas firmaron en las paredes de las grutas. Entre ellos, Ghirlandaio así lo hizo en la sala de Héctor y Andrómaca (ala oriental).

Más tarde, en talleres como los de Rafael se imitaron directamente las decoraciones de las estancias neronianas. El Vasari fue quien llevó por vez primera a este gran pintor a visitarlas y su firma puede verse en uno de sus criptopórticos. Se hicieron famosas las copias que se realizaron de tales motivos ornamentales y su influencia puede apreciarse en las decoraciones del Vaticano. Se puso de moda cubrir las paredes combinando mármoles de colores, finos estucos y pinturas de tema mitológico en las que las guirnaldas florales y los «amorini» eran parte esencial de la composición. El «Sacco de Roma», en 1527, por Carlos V, trajo como consecuencia la dispersión de los artistas del círculo de Rafael, pero las influencias de las pinturas de la Domus Aurea pervivieron, con más o menos fortuna, hasta encontrar un momento de nueva floración en el siglo XVIII.

Las primeras excavaciones en el pabellón del monte Opio se realizaron en el siglo XVI, aunque no de forma sistemática. Se liberaron algunos espacios colmatados de tierra, sobre todo con el fin de copiar algunas de las decoraciones pictóricas, pero hubo que esperar a comienzos del siglo XVII, a que Pier Sante Bartoli explorase algunas estancias y publicase unos primeros diseños[17]. Más tarde, en 1758–1759, bajo el papa Clemente XIII, se iniciaron las primeras excavaciones sistemáticas bajo la dirección del arquitecto inglés Cameron[18].

En 1774 el anticuario romano L. Mirri liberó de escombros dieciséis habitaciones e hizo que sus pinturas fueran copiadas por los pintores Smugliewicz y Brenna en una publicación con sesenta grabados que salió a la venta en el mercado de anticuarios[19]. En el siglo XIX, se acometieron nuevas e importantes excavaciones bajo pontificado de Pío VII. Entre 1811 y 1814, A. De Romains[20] liberó otras cincuenta estancias, y de 1912–1914, se realizaron nuevas excavaciones bajo la dirección del profesor A. Muñoz, director de la «Regia Soprintendenza ai Monumenti del Lazio e degli Abruzzi»[21].

Entre 1935–1936, bajo la dirección de A. Muñoz, se organizó el Parque Arqueológico del Monte Opio, en el cual las ruinas de las

Termas de Trajano se dispusieron entre jardines y paseos de acuerdo con los gustos «piranesianos», soslayando la presencia del palacio neroniano[22].

En 1939, se realizaron nuevos trabajos en el interior de la Domus Áurea, patrocinados por la «Soprintendenza ai Monumenti del Lazio». Fueron dirigidos por el profesor A. Terenzio, quien los continuó después de la Guerra, centrándose sobre todo en la consolidación de las estancias descubiertas. En fases sucesivas (1954–1957) el profesor Carlo Ceschi, descubrió ambientes aún no explorados[23], y en 1969, la «Soprintendenza de Roma» inició un sistemático programa de excavaciones, consolidación e impermeabilización de las bóvedas bajo la dirección de la Dra. Laura Fabbrini[24].

Después de veinte años de restauración, en 1999, las dependencias de la Domus Aurea se abrieron al público aunque tras los daños que en ellas causaron las copiosas lluvias del 2006 tuvieran que ser cerradas. En febrero de 2007 de se reabrieron para grupos limitados y con la preceptiva obligación de que los visitantes llevaran un casco. Se podían ver 150 salas, entre las que no se incluía la octogonal. De nuevo, las condiciones de inseguridad que presentaban sus muros obligaron a su cierre definitivo el 25 de marzo de 2008. Después de dicha fecha la aparición de grietas y filtraciones de agua hizo que el 30 de marzo de 2010 se viniera abajo parte del techo de una galería, con lo cual el acceso al público ha quedado en suspenso hasta que nuevas obras de consolidación permitan su visita en condiciones de máxima seguridad.

Las Termas de Tito

El emperador Tito hizo construir en las pendientes del Fagutal, al norte del Coliseo, un gran edificio termal, que fue terminado por Domiciano en el 80 d.C. Limitaba al este con la Domus Aurea y al coincidir la orientación de los dos edificios, se ha pensado que pudiera tratarse de una adaptación de los baños de la Domus Aurea, descritos por Suetonio.

Las Termas de Tito fueron erróneamente identificadas hasta fines del siglo pasado con los restos de las de Trajano. La única documentación que ha quedado (con la excepción de algunas pilastras de ladrillo aún visibles al norte del Coliseo) es la de una planta renacentista, dibujada por Palladio. De ella se deduce que el edificio, aún de proporciones modestas en comparación con las que iban a edificarse después, ya presentaba las características propias de las grandes construcciones termales romanas: dos secuencias de estancias dispuestas a los lados de un eje central y, al fondo, una amplia sala, esquema que probablemente seguía la tipología impuesta por los arquitectos de Nerón.

Las Termas de Trajano

Al Noreste de las Termas de Tito, en las pendientes del Opio, se construyeron las grandes Termas de Trajano. Comenzadas por Domiciano, uno de los emperadores que más obras edilicias acometió en su tiempo, se ha supuesto que el proyecto inicial pudo ser de Rabirius, uno de los arquitectos de la Domus Flavia, que siguió trabajando bajo sus órdenes. Sin embargo, como las obras se continuaron en el 104, después de otro gran incendio y se finalizaron en el 109, ya en época de Trajano, es de suponer que fuera su arquitecto oficial, Apolodoro de Damasco, el que se hiciera cargo de ellas.

Su planimetría se conoces gracias a la Forma Urbis Severiana y a los dibujos que hicieron los arquitectos del siglo XV, cuando sus restos eran todavía muy visibles. El gran conjunto termal (190×212 m.) se alzaba sobre una extensa explanada artificial (330×315 m.) y para su construcción fueron destruidas y colmadas de escombros parte de las estancias de la Domus Aurea, como ya hemos visto.

Constaba de un gran recinto rectangular perimétrico, columnado, en el que se abrían cuatro amplias exedras. Adosado a uno de sus lados mayores se alzó en edificio termal propiamente dicho, con sus dependencias y anexos en torno a un gran patio interior y otros dos menores. La gran sala central era el frigidarium, un ambiente de

grandes dimensiones, se componía de tres tramos cubiertos por bóvedas de arista. En su lado meridional estaba el tepidarium, la sala de tránsito que conducía a caldarium, cuya orientación a mediodía se adecuó al estudio de la posición del sol y de los vientos dominantes; con el fin de que esta zona gozase de la máxima insolación en las primeras horas de la tarde.

A las termas se accedía por varias entradas, aunque la principal, un monumental propileo, estaba situada al noreste y conducía directamente al área descubierta, donde estaría la natatio (piscina). A ambos lados de la misma había sendas salas circulares que daban paso a las palestras o patios porticados, situados en los laterales del frigidarium. Junto a estas dependencias se abrían dos ninfeos absidados. La zona meridional estaba rematada por un gran hemiciclo que debía de disponer de varias filas concéntricas de asientos, desde los cuales los espectadores asistían a las actividades realizadas al aire libre.

Es probable que esta organización espacial tuviera sus antecedentes en las Termas de Nerón (Campo de Marte) y en las de Tito, pero lo que es obvio es que su esquema monumental sería imitado, más tarde, en los conjuntos grandiosos de Caracalla y de Diocleciano.

La obra fue toda de hormigón revestido con ladrillos triangulares (semilateres), muy bien dispuestos y separados por llagas muy finas, de poca cal, lo que le convirtió en un aparejo laetericio de los mejor dispuestos de cuantos se conocen. Toda esta estructura se vio revestida por losas de mármol y capas de estuco. Las bóvedas se construyeron asimismo con hormigón hecho con pequeños guijarros de tufo poroso para aligerar su peso.

Tan magnífico complejo desapareció de modo incomprensible, debido tal vez a errores de cálculo en la combinación de empujes y contrarestos. En la actualidad aún quedan notables vestigios del mismo aunque discontinuos, dispersos por el Opio, además de la grandiosa cisterna de salas intercomunicadas, denominada de las Siete Salas («Sette Sale»).

El edificio conocido con el nombre medieval de Siete Salas, por ser siete las dependencias que se conservaban en buen estado, situado al noroeste de las Termas de Trajano, era en realidad una gran

cisterna de hormigón y ladrillo, destinada a distribuir el agua por medio de tuberías de plomo a todo el edificio termal y posiblemente a otras propiedades de la zona. Tenía una capacidad de ocho millones de litros, almacenados en dos niveles y su espacio interior estaba dividido mediante ocho muros paralelos en nueve compartimentos con aberturas escalonadas entre ellos. El agua que la alimentaba procedía del Aqua Iulia-Claudia. En el siglo IV, cuando el Esquilino se convirtió en un lugar ocupado por mansiones residenciales, sobre el techo de la cisterna se construyó una pequeña villa dotada de varios pabellones y salas de baños. En la Edad Media se utilizó como lugar de enterramiento por lo que, durante las excavaciones, se encontraron un gran número de esqueletos. Sus vestigios arqueológicos, aún en buen estado, pueden verse en uno de los laterales del llamado «parque de Trajano».

El Pórtico de Livia

Próximo a la actual «Via delle Sette Sale», estuvo el llamado Pórtico de Livia, erigido por Augusto en honor de su esposa entre el 15 y el 7 a.C, después de ser demolida la espléndida mansión de Publio Vedio Polión, un rico hacendado, poseedor de numerosas piscifactorías, que primero fue un gran amigo del emperador y luego cayó en su desgracia por haber arrojado a uno de sus esclavos, según la leyenda, a un estanque de lampreas para que fuera devorado por ellas.

Su ubicación y aspecto están documentados por la Forma Urbis Severiana, pero del que no queda nada visible in situ. El edificio (ca. 120×95 m.) era una gran plaza rectangular rodeada de un doble pórtico columnado. Uno de sus lados cortos lindaba con el Clivus Suburanus, desde el cual se accedía al citado pórtico por medio de una escalinata. Varios nichos de diversas dimensiones se abrían en los muros del fondo del pórtico y en cada una de sus esquinas había una fuente. En su centro se alzaba un edificio rectangular en cuyo interior se encontraba un ara o altar, semejante al del Ara Pacis. Por ello se ha pensado que pudo ser el Ara Concordiae, erigido por la propia Livia.

Se tiene noticia de que este pórtico estuvo en uso hasta el siglo V d.C., mientras que en el VI ya se utilizaba como necrópolis.[25]

El Titulus Equitii

Los subterráneos existentes al oeste de la iglesia de «San Martino ai Monti», a los que se llega desde la cripta, conducen a una interesante construcción de principios del siglo III d.C., compuesta por un gran patio central de 11×18 m., dividida por pilastras en dos alas, cubiertas por bóvedas de crucería. En el ángulo suroeste hay un vestíbulo, abierto a la calle (Clivus Suburanus) con tres puertas. El edificio tenía un piso superior, como demuestran las escaleras todavía existentes y aún conserva huellas de decoración pintada en el vestíbulo.

Se cree que este edificio es el que probablemente fue transformado en la iglesia de San Silvestre. Sin embargo, es dudoso que aquí tuviese lugar el más antiguo Titulus Equitii, es decir un lugar de reunión de los cristianos del barrio.

Los Tituli fueron los primeros lugares de reunión de los primitivos cristianos. Se llamaron así porque en la puerta de las mansiones se solía hacer constar, en una tablilla de madera, el nombre de la gens de sus propietarios. Con el tiempo muchos de estos lugares pasaron a convertirse en iglesias.

Edificio de la época de Augusto

Una excavación realizada en los años 1966–71 bajo la iglesia de «Santa Maria Maggiore», en la cima del Cispio, sacó a la luz, a 6 m. de profundidad del pavimento, los restos de un edificio de época de Augusto, que tuvo en su día un gran patio porticado. En las dos paredes largas del pórtico apareció pintado un gran calendario, el único encontrado in situ. Los paneles verticales en los que aparece

la lista de los días alternan con las representaciones de los trabajos agrícolas típicos de cada período. Es uno de los mejores ejemplos de pintura de paisaje de época constantiniana, o en cualquier caso no posterior al tercer cuarto del siglo IV d.C., época en la que se recubrió el calendario con una decoración de mármol simulado.

La Basílica de Iunius Bassus

A poca distancia de la iglesia de «Santa María Maggiore», donde se encuentra ahora el Seminario Pontificio de Estudios Orientales, se levantó la basílica de Iunius Bassus, cónsul en 331 d.C., y sobre ella, en el siglo V, se edificó la iglesia de «San Andrea Catabarbara».

En su origen, era un edificio rectangular, absidado, precedido de un atrio. Tal vez lo más destacable fue su rica decoración de opus sectile (taracea de mármoles polícromos) que se consevó en buen estado hasta el siglo XVI. Tras el hallazgo de sus vestigios en 1930, estos fueron totalmente demolidos. De todo el conjunto solo quedan cuatro paneles de taracea (dos de ellos en el Palacio de los Conservadores); en uno de ellos está representado el mito del pastor Hilas[26] raptado por las ninfas; en otro aparece la cuadriga del mismo Junio Basso en una carrera de las que se celebraban en el circo; en los otros dos aparecen algunos tigres en el acto de atacar a unos bovinos. La viva policromía de estos mosaicos se conseguía mediante la combinación de fragmentos de mármoles de diversos colores de entre los cuales se destacaban los jaspeados que se utilizaban para lograr los efectos de claroscuro.

El Auditorium de Mecenas

En la «Via Leopardi» se alzó en su día el Auditorium de Mecenas, cuyos restos fueron descubiertos en 1874. Constaba de una sala rectangular absidada (10,60 m. de ancho × 4,40 m de largo × 7,40

m. de altura) con las paredes animadas por una serie de nichos (seis a cada lado). La presencia de algunos orificios para la salida del agua en torno a los peldaños del ábside ha hecho pensar en la existencia, en este punto, de una gran ninfeo.

En la época de su descubrimiento aún se conservaban las pinturas parietales que decoraban el interior de los nichos de la sala absidada, con representaciones de floridos jardines, a guisa de trampantojo, simulando la vista de los mismos a través de falsas ventanas, de acuerdo con el estilo pictórico que imperaba a fines del siglo I a.C. Es probable que este edificio formara parte de la villa de Mecenas, sita en el Esquilino, descrita por Horacio y habitada posteriormente por el emperador Tiberio.

El nombre de Auditorio es el que le dieron sus excavadores en 1874 al descubrir las siete gradas concéntricas que aparecieron en el ábside, como si se tratara de un pequeño teatro en el cual los protegidos de Mecenas tal vez hubieran tenido la ocasión de recitar sus obras y hacer sus representaciones escénicas. Es posible, a tenor de las tuberías y canalizaciones aparecidas entre las citadas gradas, que el fondo del citado ábside estuviera concebido como un ninfeo, como ya se ha dicho. Estuvo solado con ricos mármoles y sus paredes se recubrieron con estucos de gran calidad. Fue, sin duda, un pabellón destinado a la celebración de banquetes y actos culturales a los que su propietario dedicó parte de su fortuna.

Gayo Mecenas, probablemente natural de Arezzo, fue uno de los mejores amigos y colaboradores de Augusto. Fue él mismo un destacado poeta y protector de artistas y literatos de la talla de Virgilio, Horacio, Propercio, etc. En los años finales de su vida se retiró a su finca (horti) del Esquilino, donde tenía una lujosa mansión construida hacia el año 30 a.C, sobre la antigua muralla republicana. A su muerte, acaecida en el año 8 a.C., dejó todas sus propiedades a Augusto, por lo que su sucesor Tiberio se trasladó a esta casa en el año 2 d.C. Se decía que Nerón había contemplado el incendio del Roma del año 64 d.C. desde la llamada «torre de Mecenas», probablemente un mirador situado en el punto más alto de los jardines. Su destino después de la destrucción de la Domus Aurea es incierto. Hacia mediados del siglo II d.C. parece ser que esta propiedad pasó a las manos de M. Cornelio Fronto, tutor y

amigo de Marco Aurelio.

En la actualidad el Auditorium se encuentra como un edificio aislado, en un pequeño parque, cubierto con un techo moderno.

Los trofeos de Mario

En el ángulo norte de la plaza de «Vittorio Emanuele» está la monumental estructura de ladrillos que fue conocida en el Renacimiento con el erróneo nombre de Trofeos de Mario, a causa de los dos relieves marmóreos que la recubrían y en los que aparecían armas y armaduras y que debieron de labrarse para uno de los monumentos triunfales de Domiciano a fines del siglo I d.C. o de Trajano, a principios del siglo II d.C. Los escudos y complementos son muy similares a los que se ven en la columna trajanea. A principios del siglo III d.C. fueron utilizados para decorar una fuente monumental y allí permanecieron hasta 1590, fecha en que fueron transportados a la balaustrada del «Campidoglio». Fue entonces cuando en la base de unos de ellos pudo verse una inscripción que indicaba que el mármol empleado se había extraído en época de Domiciano.

Templo de Minerva Medica

Entre 1875 y 1878 se realizaron excavaciones junto al que los humanistas del siglo XVI llamaron sin fundamento el «Templo de Minerva Medica», un gran edificio con cúpula, de planta decagonal cuyo diámetro es de 25 m. Construido de hormigón revestido de ladrillo, constituye uno de los ejemplos más interesantes de la arquitectura circular mixtilínea del siglo IV. En planta constaba de nueve nichos semicirculares, siendo el décimo el que conformaba su puerta de acceso. Estos nichos, altos y profundos, estaban animados por un ventanal cada uno, a través de los cuales se iluminaba el

interior de la sala. Su cúpula radiada presentaba una serie de nervios de ladrillo que se unían en su cenit, en un alarde de pericia arquitectónica. Unos veinte años después de su construcción, dada la fragilidad de sus muros, se reforzó su estructura con unos recios contrafuertes en los lados este y oeste, y posteriormente se consolidó con una exedra semicircular externa, situándose otros dos grandes contrafuertes rectangulares en la pared meridional. A la entrada se añadió además un porche.

Tenía calefacción bajo el suelo de la sala principal y en el citado porche. Las paredes estuvieron revestidas con placas de mármol y la cúpula con un mosaico de teselas vítreas, aunque posteriormente este revestimiento fue sustituido por un enlucido pintado. Todos los arcos de los nervios se conservaron intactos, sin su relleno, hasta 1828, fecha en que se derrumbó la cúspide, arrastrando tras sí toda la estructura radial.

El monumento, fechado a comienzos del siglo IV d.C. (hacia el 300), fue tal vez un comedor de lujo, o sala de representación de los famosos Horti Licinii (al noroeste de la «Porta Maggiore»), así llamados por pertenecer a la familia del emperador Galieno (253–268 d.C.), quien gustaba de trasladar en verano su corte a esta extensa finca de recreo. Después fueron propiedad del emperador Juliano.

El Hipogeo de los Aurelios

En 1919 se descubrió, a poca distancia de «Porta Maggiore», entre el «Viale Manzoni» y la «Via Luzzatti», dentro de un área cercada por los muros aurelianos, uno de los edificios funerarios más importantes del siglo III d.C., conocido con el nombre de «Hipogeo de los Aurelios». El lugar de su ubicación sirve de referencia para su datación, ya que en Roma nunca se permitieron los sepelios dentro de la ciudad, por lo tanto, dicho sepulcro tuvo que construirse antes del 270, fecha en la que se levantaron las nuevas murallas. Además, la obra laetericia muestra una fábrica posterior a la empleada en la época de los Severos.

Su parte inferior fue excavada en la toba, mientras que la superior, próxima a la superficie exterior, se construyó con ladrillo. Se accede a su interior por una escalera que conduce a un primer rellano, del cual salen otras dos escaleras. Una de ellas lleva a una puerta que da a una gran sala cuadrada que comunica con algunas galerías subterráneas. En el pavimento se lee una inscripción musivaria en la que se recuerda a cuatro personajes de la gens Aurelia, de la cual ha tomado el nombre este hipogeo. La otra sirve de acceso a dos salas más pequeñas que también se comunican con otras galerías.

La construcción de este monumento funerario, fechado como se ha dicho en el siglo III, no está en consonancia con las pinturas que le decoran, por lo que existen dudas con respecto a la fecha en que estas se realizaron. Aunque manifiestan una indiscutible inspiración cristiana presentan ciertos rasgos heréticos que han hecho pensar en su posible relación con las creencias gnósticas.

En el primer ambiente aparecen representados Adán y Eva en el paraíso, la creación de Adán y los doctores (o apóstoles) de la iglesia. En el segundo, se encuentran una serie de figuras varoniles alternando con otras femeninas y, en la bóveda, se percibe la imagen de una dama velada y de otras figuras maculinas con sus varas o cetros. A su alrededor las presencia de pájaros, delfines e hipocampos cumplen con su función de relleno puramente decorativo. Eros y Psique decoran la parte inferior de un arco, mientras en el fondo de los arcosolios se repiten las figuras varoniles llevando un rollo en la mano. Más interesante es la representación de un hombre que señala a una cruz.

En la tercera cámara la decoración es más variada y original. Se ve una enigmática escena de banquete al que asisten once comensales en torno a una mesa, mientras una figura femenina toca la cabeza de uno de los convidados. En otra de estas escenas se ha querido ver una versión muy particular del sermón de la montaña: Cristo aparece sentado en lo alto de una colina y tiene en la mano un rollo abierto, mientras en su entorno pacen ovejas y cabras en una bucólica pradera. En otro lugar se narra un episodio de la vida de Ulises: se ve a un hombre con túnica y pies descalzos, a una mujer, un telar y tres jóvenes desnudos. En otro luneto se representa a una ciudad vista desde lo alto, rodeada de murallas, en la que se ha

querido ver una alusión a la Jerusalén celeste. Hay todavía otra escena de ciudad en la cual entra triunfante un caballero acompañado de su séquito.

Esta mezcla de temas cristianos y paganos con una gran carga esotérica permite entender de qué modo se asociaron ideas de diferentes creencias, a la hora de buscar interpretaciones relacionadas con el mundo ultraterreno. Un mundo al que no estaban dispuestos a renunciar los personajes pertenecientes a las clases más poderosas de la sociedad en crisis del siglo III, las mismas que podían costearse lujosos sepulcros familiares.

El sepulcro del panadero Eurysaces

En 1838 apareció junto a la «Porta Maggiore», el sepulcro del panadero Marco Virgilio Eurysaces (ca. 30 a.C.) y de su mujer Atistia, cuya estructura, si bien recuerda en sus líneas generales el tipo de sepulcro con templete sobre un podio alto, presenta la singularidad de imitar la forma de un horno de pan.

Como ya hemos dicho en otras ocasiones, las leyes romanas estaban prohibidas las sepulturas dentro de las ciudades, por lo que a lo largo de las vías que salían de las principales puertas de las mismas se ubicaban las tumbas de las gentes pertenecientes a las clases media y alta. En este caso fue un tal Eurysaces, un hombre acomodado, tal vez un liberto enriquecido por haber sido proveedor del Estado, quien tuvo el gusto de reproducir en su monumento funerario el horno ante el cual había pasado parte de su vida.

Construido unos 80 años antes de que hiciera su aparición el Aqua Claudia, se incorporó a la torre central de la puerta de la muralla aureliana remodelada por Honorio, quedando a la vista cuando esta fue demolida en el siglo XIX. Su lado oeste, el que da a «Porta Maggiore», solo ha perdido el techo, mientras el lado este quedó malparado por la construcción de las torres añadidas. Ocupaba un terreno de forma trapezoidal, determinado por las vías que le rodeaban y se elevaba sobre un podio de bloques de toba, mientras

su parte superior se componía de un núcleo de hormigón revestido de travertino. La zona inferior presentaba una serie de parejas de cilindros, separados por pilares rectangulares, cuya funcionalidad ha sido muy discutida. Tal vez se recordase con ellos los tubos para la medición del grano. Este cuerpo servía de plataforma a la parte superior, rematado por un friso que se apoyaba en las pilastras de las esquinas y sobre tres hileras de círculos que recordaban las bocas otros tantos cilindros.

Sobre el friso que remata el primer cuerpo hay una inscripción que se repite a ambos lados del mismo:

EST HOC MONIMENTUM MARCEI VERGILEI EURYSACES PISTORIS, REDEMPTORIS, APPARET.

Esta es la tumba de Marcus Vergilius Eurysaces, panadero, contratista, él sirve.

En su parte superior se conserva un friso con un altorrelieve de travertino, en el que aparecen las tareas necesarias en el proceso de la fabricación del pan. En el lado sur, molienda del trigo y criba de la harina; en el lado norte, mezcla y amasado, moldeado de las hogazas y horneado en un horno semicircular; en el oeste, colocación del pan en canastas y traslado para ser pesado, antes de su venta. El conjunto de estas escenas, realizadas con un lenguaje sobrio pero de gran calidad y realismo, constituyen un precioso testimonio de la vida cotidiana romana.

La urna cineraria que contenían las cenizas de su esposa Atistia se encuentra en el Museo Nacional Romano tiene forma de panarium (cesta de pan). Un relieve de mármol que, probablemente pertenecía al lado este y que se conserva en el Museo Capitolino, se ve representado al matrimonio vestidos ambos de gala, él con toga y ella con estola.

Fuera de la Porta Praenestina estaba el Vivarium, una especie de jardín zoológico, donde, en época imperial, se reunían y mantenían las fieras destinadas a ser exhibidas en el anfiteatro y utilizadas en las venationes.

La «Porta Maggiore»

Del monumento conocido con el nombre de «Porta Maggiore» ya se habló al tratar de las puertas del recinto aureliano, ya que coincidía con la llamada Porta Praenestina. Construida en opus quadratum de travertino, con bloques que presentaban un rústico almohadillado, formaba parte del acueducto de Claudio, erigido entre los años 38 y 52 d.C., que en ese punto pasaba por encima de la Via Labicana y la Via Prenestina. Posteriormente, fue incorporado a las murallas aurelianas. Es un gran arco con dos accesos abovedados, rematado con un amplio ático dividido en tres franjas, sobre las cuales aparecen las inscripciones conmemorativas de la construcción, tanto la de Claudio, como la de las restauraciones promovidas por Tito y Vespasiano. En los pilares se abren arcos menores, encuadrados por parejas de semicolumnas corintias y por sendos tímpanos[27].

La basílica subterránea de «Porta Maggiore»

Fuera de la «Porta Maggiore», en el lado izquierdo de la Via Praenestina, se encuentra el ingreso a uno de los edificios más interesantes de la primera época imperial. Se trata de una basílica subterránea descubierta casualmente en 1917, bajo la línea férrea Roma-Nápoles. Las vibraciones a que se veía sometida su estructura hicieron que finalmente fuera aislada del tramo del ferrocarril entre los años 1951 y 1952.

Es una sala hipogea, casi rectangular de $11{,}5 \times 9$ m., excavada en la toba, a 10 m. bajo el suelo, y consolidada con cascotes de

hormigón. Aparece dividida en tres naves por seis pilastras que sostienen tres bóvedas de cañón de hormigón de 7,25 m. de altura. En el lado oriental se encuentra un pequeño vestíbulo y el occidental aparece rematado por un ábside. A este ambiente subterráneo se llegaba por un largo pasillo lateral acodado y también subterráneo, iluminado por unas aberturas cenitales practicadas en la bóveda. Este dromos desembocaba al ya citado vestíbulo, de planta cuadrangular, en el que se abría una lumbrera que era por donde únicamente entraba la luz natural y el aire al recinto interior. La iluminación de la sala central se conseguiría por medio de antorchas.

Ante los pilares hay restos de basamentos tanto para el depósito de posibles objetos litúrgicos como para estatuas, y ante el nicho absidal hay huellas de una supuesta sella donde se sentaría el oficiante mayor. Los suelos eran de losas de mármol blanco y franjas negras del mismo material.

Las paredes estaban revestidas con estuco blanco de extraordinaria finura, y por los temas que en ellas se representaron ha hecho suponer a historiadores de la talla de Jerôme Carcopino que este lugar pudo ser un punto de encuentro de una de las sectas neopitagóricas de la primera mitad del siglo I d.C., luego suprimidas por Claudio. También se ha barajado la posibilidad de que fuera una simple basílica funeraria.

Aceptando la primera hipótesis, el edificio se ha relacionado con un personaje conocido, un tal Statilius Taurus, cónsul en el 45 d.C, que pertenecía al círculo de los místicos neopitagóricos. Al parecer, primero cayó en desgracia de Claudio y, después fue acusado por su esposa Agripina de practicar mágicas supersticiones, cuando lo que en realidad quería era hacerse con sus ricas posesiones. Acosado por tales insidias acabó suicidándose[28].

Los estucos que ornaban las paredes han desaparecido casi totalmente, mientras que aún son visibles, aunque muy deteriorados, los de las bóvedas. Junto a motivos sencillos de figuras aisladas de divinidades y de fieles, se ven paisajes sagrados y escenas mitológicas cuya secuencia y significado aún son motivo de discusión. En el centro de la bóveda aparece representada la apoteosis de un joven con un jarro de vino en la mano que es

arrebatado al empíreo por un personaje. Se ha identificado con un Ganimedes oriental portador de una antorcha, es decir, el Aión de la inmortalidad de las religiones orientales. En los ángulos aparecen unos gorgoneia y diminutos Attis, el paredro de la diosa Cibeles.

En otras escenas se representan distintas fases de una supuesta iniciación a los misterios del «más allá». En el ábside, como la escena más relevante de todo el conjunto, se representó el suicidio de Safo desde la roca de la que fue empujada por el propio Eros. Abajo un triton abre su manto para recibir y transportar a la otra orilla el cuerpo de la poetisa. En el lado opuesto se ve la roca Léucade sobre la que Apolo exhorta a Safo y debajo hay otro tritón con remo y una cuerna, mientras que detrás de Apolo se encuentra Faón de Lesbos, un hermoso joven de quien se decía que se había enamorado Safo sin ser correspondida.

Su simbología escatológica alude a la liberación del alma del peso de la materia y de su metamorfosis en una nueva vida, lo que se corresponde tanto con la idea de la muerte como con el significado de una iniciación mistérica.

En otras escenas aparecen Orestes y Polisemna, Hermes y Alcestis, Apolo y Marsias, Fedra e Hipólito, el hilo de Ariadna, las Danaides, Hermes Psicopompo, Victorias, Nereidas, Bacantes, preparativos rituales, ofrendas etc. En casi todas estas representaciones se percibe un simbolismo funerario alusivo al tránsito de una vida mejor.

La decoración, de gran calidad, se corresponde con los esquemas del llamado tercer estilo pompeyano y podría remontarse a época tiberiana tardía.

El Arco de Galieno

Junto a la capilla de «San Vito» se encuentra el llamado Arco de Galieno, encajonado entre la citada iglesia y las viviendas existentes al otro lado de la calle; La parte conservada es de bloques de

travertino y mide 8,9 m. de altura. Su anchura es aproximadamente la misma y su profundidad es de 3,4 m. El arco se ve enmarcado por unas pilastras corintias que sostienen el entablamento horizontal. A la izquierda se perciben aún los vestigios de un ingreso menor que se apoyaba en el central. La misma disposición debía repetirse en el otro lado. Era, por tanto, una puerta con tres accesos, como debía ser también la Porta Trigemina, que se abría al Foro Boario, ya que en realidad se trata de un puerta del antiguo recinto mural serviano, la Porta Esquilina, reconstruida en época de Augusto. Posteriormente la inscripción dedicatoria de este emperador, sita en el ático, fue sustituida en el siglo III d.C. por una otra de M. Aurelio Víctor al emperador Galieno y a su esposa Salonina y de la cual aún se conservan vestigios:

GALLIENO CLEMENTISSIMO PRINCIPI, CUIUS INVICTA VIRTUS SOLO PIETATE SUPERATA EST, ET SALONINA SANCTISSIMAE AUGUSTAE / AURELIUS VICTOT V(IR) E(GREGIUS), DICATISSIMUS NUMINI MAIESTATISQUE EORUM.

A Galieno, príncipe clementísimo, cuyo invicto valor solo es superado por su piedad, y a Salonina, Santísima augusta / Aurelio Víctor, varón egregio, totalmente consagrados a la voluntad de sus majestades.

La parte que falta es posible que hiciera referencia al emperador Valeriano, el padre de Galieno, capturado y ejecutado por los persas en el año 260.

El Columbario de los Estatilios

Entre las murallas servianas y las aurelianas se descubrieron numerosos columbarios e hipogeos de época tardorrepublicana e

imperial. El más importante de todos, situado en la antigua Via Prenestina, antes de la «Porta Maggiore», es el «Columbario de los Estatilios», así llamado porque en él fueron enterrados los libertos de Estatilio Tauro, un alto personaje de época imperial, constructor del primer anfiteatro de Roma. En dicho monumento hay más de 700 nichos.

La basa de una estatua de augusto

En 1888 tuvo lugar el hallazgo de un ara de mármol que se elevaba sobre un alto podio, precedida por una especie de plataforma de bloques de tufo, revestida en su día por lastras de mármol y a la que se accedía por dos escaleras laterales. Detrás había unos bloques de travertino, con columnas del mismo material, que evidentemente habían sido reutilizados. La relación entre las diversas partes halladas presenta numerosas dudas, sin embargo la inscripción que aparece en la basa, nos da la clave de su función: era un pedestal destinado a sostener una estatua erigida en honor de Augusto a expensas del pueblo romano, cerca de un compitum, es decir, un cruce. El emperador había hecho señalar los puntos en los que se cruzaban las principales vías o caminos de la ciudad, tras la nueva división administrativa que él mismo había impuesto y es posible que en cada uno de ellos se alzase una estatua a él dedicada.

La Curia Athletarum

En el huerto del antiguo monasterio de «San Pietro in Vincoli», en el Fagutal, se produjo, a partir de 1569, el descubrimiento de numerosas inscripciones, casi todas griegas, lo que ha permitido suponer que el citado lugar era la sede de la asociación de los atletas griegos (Curia Athletarum).

Casa de época republicana

Entre 1956 y 1958, en el curso de los trabajos llevados a cabo en el interior de la iglesia de «San Pietro in Vincoli», A.M. Colini sacó a la luz los restos de una casa de época republicana, en la cual se superpusieron diversas fases. El edificio más antiguo (siglo III a.C.) se encontraba a 2 m. de profundidad del pavimento de la iglesia. Sus paredes eran de bloques de toba y los pavimentos de cerámica prensada o de grandes lastras también de toba.

En el nivel superior se hallaron una serie de pavimentos de mosaico, que han sido comparados, por el estilo de las figuras que en él aparecen, con los de la Casa de los Grifos del Palatino y fechados a finales del siglo II a.C. Por encima de otra reconstrucción, datable en los últimos años de la República, se construyó en época neroniana una gran domus, con jardín porticado y un criptopórtico que se extendía a lo largo de los lados este y oeste. Se ha pensado que esta última edificación tal vez hubiera podido formar parte de la Domus Aurea, a pesar de haber sido remodelada varias veces entre los siglos I y III d.C.

1 Fue construida sobre la casa de un tal Equitus, donde se reunían los cristianos en el siglo III d.C. En el siglo IV, el papa Silvestre I construyó una iglesia que, en el 500, se sustituyo por la de San Símaco, reconstruida en el siglo IX y transformada por completo en 1650.

2 Según la tradición, las cadenas de San Pedro fueron llevadas a Constantinopla y en el siglo V la emperatriz Eudoxia, esposa de Valentiniano II, depositó una de ellas en una iglesia de esta ciudad, enviando otra a Roma para hacérsela llegar al papa León I, quien construyó una iglesia para albergar tan importante reliquia en el 442. Años más tarde la cadena constantinopolitana llegó a Roma, quedando milagrosamente enganchada a su compañera en cuanto se pusieron juntas. Después, el papa Sixto IV encargó las obras de la reconstrucción de la iglesia a Meo del Caprina, siendo de nuevo restaurada en el siglo XVIII.

3 Se construyó sobre la antigua casa de un senador romano del siglo I d.C., llamado Prudente y que, según la leyenda, alojó a San Pedro. En el siglo II se levantaron sobre ella unas termas; y en el IV su interior se reutilizó como iglesia, llamada Ecclesia Prudentiana. Con el tiempo se inventó la existencia de una santa con este nombre, y se la supuso hermana de Santa Prassede. A pesar de saber que se trata de una santa inexistente, la iglesia no cambió de denominación. La actual fachada es del siglo XIX.

4 Esta iglesia fue edificada por el papa Pascual I en el siglo IX, donde antes se había alzado un oratorio del siglo II. Su interior está decorado con magníficos mosaicos bizantinos.

5 Las basílicas mayores de Roma son: la de San Pedro del Vaticano; la de San Juan de Letrán; Santa María Maggiore; San Pablo Extramuros; San Lorenzo Extramuros; San Sebastián Extramuros: Santa Cruz de Jerusalén. Las cinco primeras forman la llamada «Pentarquía».

6 Suet., Nero, 31; Tac., Ann., XV, 42; Plin., XXIII, 54 y XXV, 120.

7 Suet., Tib., 1.

8 Tac., Ann. XV, 38 y 39.

9 Tac., Ann. XV, 50. La imagen de Nerón, vestido con una túnica teatral y con la lira en la mano, de pie en la llamada torre de Mecenas, cantando la destrucción de Troya y gozando del panorama del incendio, por él provocado, para construir una nueva Roma, ha sido fruto de una leyenda, muy posterior, destinada a condenar la histriónica crueldad de tan funesto emperador.

10 Este tipo de suplicio no era nuevo, lo citan Séneca (de Ira, III, 3) y Juvenal (VIII, 235). Se envolvía a los condenados en una especie de sayón cubierto de cera y de azufre, conocido en términos populares como la tunica molesta (la túnica incómoda), para acelerar los efectos del fuego.

11 Tac., Ann. XV, 42.

12 Nerón derivó un nuevo ramal del Aqua Claudia, que desde Porta

Maggiore se dirigía al Celio, siempre sobre arcos, siguiendo más o menos el recorrido del Aqua Appia. Las arcaturas son todavía visibles cerca de «San Giovanni», «Piazza de la Navicella» y sobre el arco de Dolabella y Silano (erigido en el 10 d.C.) en el Celio. De aquí se dirigía al templo de Claudio, alimentando el estanque neroniano. Domiciano lo prolongó para que llegara al palacio del Palatino, y, más tarde fue restaurado por Septimio Severo.

13 Plin., Nat. Hist. XXXV, 120.

14 Suet., Nerón, 31.

15 Suet., Otho,7.

16 Plin., Nat. hist. XXXVI, 37. El grupo salió a la luz el 14 de enero de1506, en un lugar próximo a las termas de Tito, estando presente en la excavación el mismo Miguel Ángel quien la definió como «milagro del arte», repitiendo casi las palabras de Plinio, quien la había calificado de «obra maestra de todo el arte». Desde el Esquilino fue trasladado al «cortile del Belvedere» en el Vaticano, después de que el papa Julio II pagara al dueño de las viñas en las que había aparecido la cantidad de 600 florines. Fue colocado ante una fontana en los jardines de Belvedere, entonces en construcción. Nueve años después Francisco I de Francia expresaba el deseo de hacerse con tan bella escultura. El papa encargó una copia a Baccio Bandinelli, pero tardó tanto en realizarla que nunca llegó a Paris. Hoy se encuentra en la Galería de los Uffizi de Florencia. Sin embargo, el original fue trasladado a París en 1797 entre las mil piezas del botín de Napoleón, y hasta 1815 no fue restituido al Vaticano. Entonces se encargo a Montorsoli y a Cornacchini su restauración, completando las partes que faltaban en escayola, a modo de ensayo. Durante el tiempo que el grupo permaneció en el Palatino, estuvo colocado en un pedestal de mármol en el que se veían grabados los nombres de tres escultores rodios: Agesandros y sus dos hijos Atenodoros y Polidoros. Aún se sigue discutiendo si es el grupo original o una copia.

17 P.S. Bartoli, G.P. Bellori, Le pitture antiche delle grotte di Roma e del sepolcro dei Nasoni, Roma 1706.

18 C. Cameron, The Baths of the Romans, Londres, 1772.

19 L. Mirri, G.Carletti, Le antiche camere delle Terme di Tito e le loro pitturre, Roma, 1776.

20 A. De Romains, Le antiche camere esquiline dette comunemente delle Terme di Tito, Roma 1882.

21 Se publica, por entonces, la obra de F.Werge, Das goldene Haus des Nero, JdI, 28, 1913, págs. 127–244.

22 A. Muñoz, Il parco di Traiano, Roma, 1936.

23 Los resultados se publican: F. Sanguinetti, Lavori recenti nella Domus Aurea. «Palladio», 7, 1957, págs., 126 ss.

24 L Fabbrini, «Il piano superiore del quartiere orientale», Mem.Pont.Ac, 15, 1982, págs. 5 ss.

25 Ball Platner, S., «Porticus Liviae» en A Topographical Dictionary of Ancient Rome, Oxford University Press, 1929, p.423.

26 Hilas fue un joven de gran belleza, compañero de Hércules a quien acompaño en la expedición de los Argonautas. En una escala en Misia el muchacho recibió el encargo de ir a buscar agua a una fuente del bosque, donde fue raptado por las ninfas para conferirle la inmortalidad. Sus compañeros le buscaron en vano. En el transcurso de una fiesta anual, los misios le buscaban y gritaban su nombre por tres veces.

27 Cfr. Capítulo IV, Las Murallas Aurelianas: «Porta Praenestina».

28 Tac., Ann. XII.

XIII. EL CAMPO DE MARTE

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Campo de Marte): 19,3 MB

Pincha para ver imagen de la zona central del Campo de Marte: 1,8 MG

El Campo de Marte era una extensa llanura, fuera de los llamados «muros servianos», destinada en un principio a los ejercicios militares y a la acampada de las legiones a su regreso a la Urbe. Por esta razón recibió el nombre del dios de la guerra, en honor del cual se levantaba una Ara, cuya ubicación concreta se desconoce, aunque se supone que debía de alzarse en las proximidades de la Porta Fontinalis.

Se extendía en el recodo que el Tíber describe en la parte norte de la ciudad y, con el paso del tiempo, al ir perdiendo su primitiva función, se convirtió en una de las zonas idóneas para el crecimiento urbanístico de la misma, proceso que se inició a partir de los siglos II y I a.C. En sus terrenos se construyeron el Pórtico de Metelo, El Pórtico de Octavia, el Circo Flaminio, el Teatro de Marcelo, el Pórtico y Teatro de Pompeyo, el Teatro de Balbo, las Saepta Iulia, el Panteón y las Termas de Agripa, etc.; y ya, en tiempos imperiales, el Mausoleo de Augusto, el Ara Pacis Augustae, el Horologium Augusti, el Pórtico de Vipsania Polla, las Termas de Nerón, el estadio de Domiciano, las columnas de Antonino Pio y de Marco Aurelio, el Templum Solis de Aureliano, etc.

Según la leyenda estos terrenos fueron propiedad de los Tarquinios, pero al producirse su expulsión en el 509 a.C. e instaurarse la República, pasaron a ser del dominio público. La última cosecha que de ellos se recolectó fue despreciada y arrojada al Tíber, como símbolo del inicio de los nuevos tiempos. Se decía que de la acumulación de los haces de trigo había surgido la Isla Tiberina, testigo perenne de lo acontecido.

Esta zona espaciosa y llana fue urbanizada siguiendo las pautas de

las grandes urbes helenísticas, mejorando de tal forma el aspecto de la ciudad que Cicerón, en el año 70 a.C., podía decir que Roma era una ciudad hermosa[1]. Estaba atravesada por la Via Lata (ancha), así llamada por la amplitud de sus trazado, o Vía Flaminia, ya que era la que conducía a la calzada militar trazada por el general Gaius Flaminius, vencedor de los galos transalpinos en el 219 a.C.[2], con el fin de unir a Roma con la Italia septentrional. El Vicus Patricius, el Vicus Longus y la Alta Semita[3] (actual «Via XX Settembre») salían hacia las zonas de ensanche del Nordeste. El Campo de Marte, tras la reforma augústea en virtud de la cual Roma fue dividida en catorce regiones, fue desgajado en dos de ellas: la VII, (Via Lata) y la IX (Circus Flaminius). La primera comprendía la vía que la daba nombre y la parte occidental del Collis Hortulorum (el Pincio); la segunda abarcaba el resto de la llanura y pasó a denominarse Circus Flaminius, el más importante de los edificios de su zona meridional, aunque en un principio, no se considerase parte del Campo de Marte, ya que se incluía en la zona próxima al Tíber y a los mercados de ganado y de hortalizas.

Tres arcos sucesivos jalonaban la Via Lata: el Arcus Novus, el Arco de Claudio y el de «Portogallo». El primero, edificado por Diocleciano entre 303 y 304 d.C., con motivo de sus Vicennalia, es decir la conmemoración de sus veinte años de gobierno, se alzaba a la altura de la iglesia de «Santa Maria in via Lata» y sus restos fueron demolidos en el 1491. Algunas de las esculturas que le ornaron, de la época de Antonino Pío, reutilizadas por Docleciano se encuentran actualmente en la fachada posterior de Villa Medici.

El segundo, el de Claudio, se hallaba próximo a «Piazza Sciarra». Fue erigido para celebrar su conquista de Britannia, entre el 51 y el 52 d.C. y sobre él discurría el canal del Aqua Virgo que desde la época de Agripa suministraba el agua a toda esta zona y que fue restaurado por este mismo emperador en el año 46 d.C. Un gran fragmento de su inscripción conmemorativa se encuentra en el «Museo dei Conservatori», mientras que algunos restos de sus esculturas están en «Museo Nuovo Capitolino» y en la «Galería Borghese».

El tercero, el llamado de «Portogallo» (de Portugal), construido a finales del siglo II, se elevaba poco antes de la «Via della Vita» y fue

demolido en 1662. De él proceden dos relieves en los que se representa una adlocutio de Adriano y la apoteosis de su mujer Sabina. Ambos se hallan también en el «Museo dei Conservatori». Posiblemente fueron piezas ya reutilizadas en este arco, lo que hace pensar que la datación generalmente aceptada es la correcta.

En la actualidad su arteria principal sigue siendo esta antigua vía, convertida en la «Via del Corso», que parte de la «Piazza Venezia» y llega hasta la «Piazza del Popolo». Desde este punto, a derecha e izquierda, corren la «Via de Ripetta» cuya prolongación es la «Via della Scrofa», y la «Via del Babbuino» que, a partir de la «Piazza di Spagna», recibe el nombre de «Via Due Macelli». Transversalmente está cruzada por la «Via Condotti»[4], así llamada por los conductos que transportaban el agua a las Termas de Agripa que se hallaban próximas al Panteón.

En el área de la plaza actual, más o menos donde se alza la iglesia de «Santa Maria del Popolo» se encontraba el Sepulcrum Domitii, donde se depositaron las cenizas de Nerón en una urna de pórfido colocada bajo un ara de mármol de Carrara.

A finales de la Republica, las laderas del actual Pincio comenzaron a poblarse de mansiones señoriales de entre las cuales destacó la villa de Lúculo[5] (Horti Lucullani) construida, después del triunfo del 63 a.C. sobre Mitrídates, en el área que hoy ocupa la «Piazza di Spagna». Estaba dispuesta en una serie de terrazas unidas por escalinatas monumentales hasta llegar a su parte más alta, donde se abría una gran exedra en la que se alzaba un templete circular, que debió de estar situado en el punto donde hoy se encuentra el «Belvedere de Villa Medici». Este tipo de construcciones en terrazas escalonadas se inspiraron en modelos helenísticos cuyas estructuras se imitaron en conjuntos arquitectónicos de la importancia del templo de la Fortuna Primigenia en Palestrina. Sus actuales ruinas aún permiten formarse una idea de su monumental concepción. La domus o vivienda debió de alzarse en el lugar que hoy ocupa la iglesia de «Trinità dei Monti»[6]. Más tarde, esta villa señorial pasó a ser propiedad de Valerio el Asiático, personaje que fue obligado a suicidarse por Mesalina[7], quien deseaba apoderarse de dicha mansión. Conseguido su propósito, desde el 46 d.C. pasó a formar parte del patrimonio imperial.

La parte septentrional de toda esta zona estuvo ocupada por otras villas de nobles y magnates, rodeadas de espaciosos terrenos ajardinados, siendo de destacar los Horti Sallustiani y los Horti Acciliorum. El llamado «Muro Torto» que forma parte de las murallas Aurelianas se considera un resto de estas construcciones.

El Campo de Marte, abastecido de agua por el Aqua Virgo, fue objeto de un ambicioso plan de urbanización llevado a cabo por Agripa, contribuyendo con él a su proceso de transformación de forma definitiva. Entre el 27 y 25 a.C. hizo edificar el Panteón, unas magníficas Termas y la llamada basílica de Neptuno. Ajardinó además toda la zona este del área central de esta gran llanura con el llamado Campus Agrippae, un extenso parque natural con frondosos árboles, numerosas fuentes y un lago artificial. Fue inaugurado en el 7 a.C. y, a partir de entonces, se convirtió en uno de los lugares de recreo más frecuentados por los romanos que, sobre todo en el verano, iban a bañarse en las aguas del citado lago. En sus proximidades se encontraba el Porticus Vipsania Polla, iniciado por su hermana y terminado por Augusto. En las paredes de este pórtico se colocó el Orbis Pictus, el primer mapa del mundo conocido y la primera Forma Urbis (plano general de Roma). Las posteriores versiones del mismo se realizaron en época de Vespasiano y de Septimio Severo y ambas estuvieron colocadas en el Forum Vespasiani[8].

Agripa tuvo en estos terrenos, por él urbanizados, una lujosa villa y además en ellos se hizo construir su tumba. Son hechos que demuestran hasta que punto el Campo de Marte, al que dedicó buena parte de sus desvelos y actividad edilicia, fue de su total agrado. No solo lo eligió como lugar de residencia, sino también como lugar de su eterno reposo, aunque finalmente fuera enterrado en el Mausoleo de Augusto por se miembro de la familia imperial.

En esta zona se alzó, asimismo, el cuartel (statio) de la I Cohorte de los Vigiles[9] (próximo a la actual plaza de los «Santi Apostoli»); el Forum Suarium (el mercado de carne de cerdo); el Catabulum, sede del Cursus publicus, la oficina central de Postas, cuyos vestigios se han localizado cerca de la iglesia de «San Marcello al Corso», etc.

En nuestro caso, para la mejor localización de los edificios que se elevaron en esta amplia zona, dividiremos su estudio en tres

sectores topográficos: el septentrional, el central y el meridional.

El área septentrional del Campo de Marte

En este sector, aparte de las villas señoriales del Collis Hortulorum, actual Pincio[10], a las que ya hemos hecho alusión, los monumentos más importantes que en él se alzaron fueron el Tumulus Caesarum (Mausoleo de Augusto), el Ustrinum Domus Augustae (crematorio de la familia Imperial), el Ara Pacis, el Horologium Augusti (el reloj solar de Augusto), las columnas honoríficas de Antonino Pío y Marco Aurelio, el Ustrinum de los Antoninos y el Templum Solis de Aureliano.

Tumulus Caesarum (El Mausoleo de Augusto)

El imponente mausoleo de la Gens Iulia se comenzó a construir por deseo expreso de Augusto, antes de ser nombrado emperador, hacia el 28 a.C., poco después de la victoria del Actium sobre Marco Antonio y Cleopatra acaecida en el 31 a.C. Por entonces ya tendría en su mente el recuerdo de los grandes conjuntos funerarios de los príncipes helenísticos, de entre los cuales sobresalían por su magnificencia el Mausoleo de Halicarnaso y el de Alejandro, que había tenido la ocasión de visitar durante su estancia en Egipto. Por otra parte, el tipo de sepultura circular, tholos, contaba también con antecedentes mediterráneos e itálicos, visibles sobre todo en las tumbas de las necrópolis etruscas.

El Tumulus Caesarum, nombre con el que fue conocido en la antigüedad este singular mausoleo, se componía de un cuerpo cilíndrico de 87 m. de diámetro, cubierto en parte por un túmulo cónico de tierra que se alzaba sobre un alto basamento o podium de travertino de unos 12 m. de altura. De dicho túmulo, cubierto por un jardín de cipreses, sobresalía el citado cuerpo cilindrico que alcanzaba los 44 m. de altura. Su cúspide aparecía coronada por una estatua de Augusto que, según algunos autores, podría haber

sido el original, en bronce dorado, de la réplica en mármol hallada en Prima Porta[11]

En el basamento externo se abría una puerta de ingreso que daba a un pasillo abovedado que conducía a la gran cámara central. Esta entrada estaba flanqueada por dos obeliscos que, separados en la actualidad, se encuentran en el Esquilino, frente a «Santa Maria Maggiore», y en la fuente de los Dioscuros, en el Quirinal. Son copia de dos originales de época de Tutmés IV que Cleopatra hizo colocar delante del Cesareon, el templo de César divinizado, sito en el Gran Puerto de Alejandría. Las copias de los mismos fueron realizadas, más tarde, por encargo de Domiciano que fue quien decidió honrar la memoria de César y de Augusto, colocando a la entrada del Mausoleo del primer emperador de Roma las dos agujas pétreas citadas. No tenemos datos suficientes para rastrear el proceso de su ruina hasta 1527. En tal fecha se tiene noticia de que yacían en el suelo, uno atravesado en la calle y otro no lejos de su compañero. En 1587 Sixto V (1585–90) encargó a Domenico Fontana el traslado de uno de ellos al Esquilino y, dos siglos más tarde, Pío VI (1775–99) hizo llevar el otro al Quirinal, incorporándolo a la fuente en la que se erguían los Dioscuros procedentes de las Termas de Constantino, copia de unos originales griegos del siglo IV a.C.

A ambos lados de la puerta, se fijaron dos grandes placas de bronce en las que estaba grabado el testamento del emperador, es decir sus famosas Res Gestae, conocidas por el Monumentum Ancyranum, del que volveremos a tratar al hablar del Ara Pacis.

El machón central, revestido de bloques de travertino, llegaba hasta la cúspide. Estaba coronado por la citada estatua en bronce dorado del emperador y estaba rodeado, en su base, por la cámara funeraria, anular y abovedada, de 15 m. de diámetro y en la cual que se abrían tres nichos. En el centro del citado machón central había una pequeña estancia que se ha supuesto la cámara sepulcral de Augusto, por estar justamente a eje con la estatua que coronaba el edificio.

La cámara funeraria se veía, a su vez, rodeada por otras dos galerías anulares concéntricas, sobre las cuales cargaban las construcciones, también abovedadas, que formaban el núcleo de sostén del túmulo. El interior del podium o zócalo no era macizo ya que, internamente,

aparecía dividido en una serie de cámaras herméticas dispuestas en dos anillos concéntricos. Las del anillo interno eran cuadrangulares mientras que las del externo eran semicirculares, a modo de nichos divididos en dos cuadrantes por un muro radial. El Mausoleo se hallaba rodeado por un frondoso jardín abierto al público.

En este monumento funerario reposaron las cenizas de un buen número de miembros de la familia Julio-Claudia. El primero en ser enterrado en él fue Marcelo, el sobrino de Augusto, hijo de su hermana Octavia y marido de su hija Julia, que murió en el 23 a.C. La inscripción de su lápida, grabada en el mismo bloque de mármol en la que figuraba la de su madre Octavia, fallecida unos años después, fue hallada en 1927. Le siguieron Agripa, Druso el Mayor, los nietos del emperador, Lucio y Cayo César y el propio Augusto en el año 14 d.C. Después, entraron los restos de Germánico, de Livia, de Tiberio, de Agripina, de Calígula, de Británico, de Claudio y de Popea. Julia, la hija de Augusto no fue enterrada en el Mausoleo por orden expresa de su propio padre y tampoco se permitió que las cenizas de Nerón fueran depositadas en él, por lo que fueron llevadas al sepulcro de los Domicios, sito en la ladera del Pincio, donde hoy se alza la iglesia de «Santa Maria del Popolo», en una urna de pórfido sobre la que se colocó un ara de mármol de Carrara. En el año 96 se trajeron aquí los restos del emperador Nerva, aún sin estar emparentado con los julio-claudios, y en el año 218 los de Julia Domna, la esposa de Septimio Severo, por ser descendiente de la casa de César.

De los avatares que sufrió este singular Mausoleo no tenemos noticias hasta en siglo X. Fue entonces cuando en un documento del papa Agapito II (946–956), fechado en el 955, se habló de «Santa María in Agosto», situada in cacumine (en la cima) de una montaña formada por los puñados de tierra depositados en ella por los peregrinos que visitaban esta iglesia. Curioso detalle que concuerda con el deseo de Augusto, expreso en su testamento, de que todos los que visitasen su tumba depositasen en ella un puñado de tierra.

En el siglo XII estaba ya en estado ruinoso y fue entonces cuando fue transformado en fortaleza por los Colonna, fortaleza que fue destruida en 1241. A partir de entonces, se inició su implacable expolio sirviendo de cantera para la construcción de edificios de

toda índole. Se arrancaron de sus muros y paredes todos los revestimientos de mármol y de travertino que los cubrieron en su día, dejando al desnudo sus espléndidos paramentos de opus reticulatum que aún siguen asombrando a los numerosos visitantes que se acercan a ver esta monumental sepultura. La rapiña de sus materiales fue tan vandálica que no es de extrañar que la urna de Agripina, hoy en el museo Capitolino, pasase a ser utilizada en el mercado del «Campidoglio», como unidad de medida para el grano.

A comienzos del siglo XVI un notable aumento de población en esta barriada y las mejoras urbanísticas llevadas a cabo por el papa León X (1513–21) fueron factores que propiciaron la edificación de numerosas viviendas en esta zona, entre las cuales no faltaron algunas mansiones lujosas, propiedad de gentes acomodadas. La colina del Mausoleo se convirtió entonces en un amplio jardín, al gusto italiano, es decir ornado de estatuas y sarcófagos. En lugar muy próximo se encontraba el palacio de los Soderini, nobles pertenecientes a una ilustre familia florentina afincada por esas fechas en Roma y que debieron de influir en el aspecto de dicha zona ajardinada.

A inicios del siglo XVII el palacio y el jardín pasaron a ser propiedad de los marqueses de Correa, una familia de origen portugués que alquiló el jardín al español Bernardo Matas, quien aparejó en él, con una simple estructura de madera, un anfiteatro en el que se celebraron espectáculos de caza de toros y búfalos para divertimento de la nobleza y del pueblo. Desde entonces, este anfiteatro provisional sirvió de escenario de todo tipo de festejos populares.

En 1793 el marqués Vivaldi Armentieri, nuevo propietario de todo el conjunto, con permiso de la Cámara Apostólica, efectuó importantes sondeos en el interior del Mausoleo con el fin de conseguir estatuas y objetos arqueológicos. En el transcurso de estas excavaciones incontroladas fueron destruidas las estructuras superiores del edificio sin la menor consideración, ni atisbo de remordimiento.

El hecho de que este singular anfiteatro de madera siguiera siendo lugar elegido para la celebración de toda suerte de espectáculos populares: cacerías de animales, de música, de fuegos artificiales,

etc. obligó a buscar soluciones que ofrecieran una mayor seguridad para los espectadores que en él se concentraban. Así, en 1796 fue derruido el anfiteatro de madera para construir en su lugar uno de carácter permanente. En 1802 pasó a ser propiedad de la Cámara Apostólica y en 1810 se convirtió en el primer teatro dedicado a representaciones diurnas de comedias. El 21 de abril de 1819, con motivo de los festejos organizados para celebrar la visita de Francisco I de Austria, el nuevo anfiteatro fue decorado y cubierto por un velo proyectado por Giuseppe Valadier. Este famoso arquitecto llegó incluso a planificar una ampliación de este local, añadiendo un cuerpo de fábrica que debía extenderse hacia la «Vía Rippetta», con cómodas escaleras de acceso.

Los juegos de caza y los festejos populares tal y como venían celebrándose hasta entonces fueron prohibidos por León XII (1823–29) y Pío VIII (1829–30), permitiéndose tan solo los juegos ecuestres y algunas espectáculos selectos, pero siempre diurnos. El conde Telnefer, convertido en el nuevo propietario del anfiteatro, le dio el nombre de Umberto I y, a partir de entonces, únicamente se celebraron en él representaciones teatrales y operísticas. En 1910 fue cedido a la Comuna de Roma y acondicionado como sala de conciertos. Pasó a denominarse Auditorium Augústeo y, como tal, estuvo en funcionamiento hasta 1935, fecha en que se decidió su cierre definitivo para proceder a unas excavaciones sistemáticas con el fin de recuperar lo que quedaba del viejo Mausoleo.

Las excavaciones realizadas entre 1936–38 consiguieron liberarle de las construcciones que, poco a poco, habían ido surgiendo en su entorno y de parte de las tierras que cubrían su basamento. De esta forma se pudo proceder a su consolidación y a la realización de los dibujos de su estructura.

El Ustrinum Domus Augustae

Cerca del Mausoleo de Augusto, en un lugar muy próximo a la Via Lata se encontraba en Ustrinum Domus Augustae, es decir, el crematorio de la familia imperial donde fueron reducidos a cenizas los despojos mortales de los miembros de la familia Julio-Claudia, la mayoría de los cuales fueron enterrados, como ya vimos, en el

citado Mausoleo. Se encontraba ubicado entre las actuales «Via Vittoria» y «Via della Croce», en donde, en 1777, fueron encontrados sus restos.

El Ara Pacis Augustae

Para entender el significado que el edificio del Ara Pacis de Augusto tuvo en su día, así como el complejo programa de su decoración escultórica, es preciso conocer las razones y el momento histórico de su erección, ya que fue y sigue siendo un monumento emblemático y de gran contenido ideológico. En él se expresó, de modo sintético, el pensamiento político y religioso del primero de los emperadores romanos, al mismo tiempo que se utilizaba como eficaz medio propagandístico de la paz establecida en todo el orbe, tanto por tierra como por mar. Este era el deseo del pueblo, tras haber sido víctima de un pasado turbulento de guerras y disensiones internas. Augusto supo presentarse ante Roma como el gran hacedor de esa anhelada paz y dejar además constancia petrificada de su logro.

Como el mismo Augusto nos cuenta en su testamento, también conocido como Res Gestae Divi Augusti[12], a su regreso de Hispania en el año 19 a.C., tras la pacificación de los astures y cántabros, el Senado decidió erigir un altar a la Paz Augústea, en el Campo de Marte:

Cum ex Hispania Galliaque, rebus in iis provinciis prospere gestis, Romam redii, Ti. Nerone et P. Quintilio consulibus, Aram Pacis Augustae senatus pro reditu meo consacrandam censuit ad Campum Martium, in qua magistratus et sacerdotes virginesque vestales anniversarium sacrifium facere iussit. (Res Gestae, XII, 2).

«Cuando regresé a Roma, procedente de Hispania y la Galia, bajo el consulado de Tiberio Nerón y Publio Quintilio, llevadas a feliz término las empresas en esas provincias, el Senado decretó que se

consagrara en honor a mi regreso el Ara de la Paz Augusta, próxima al Campo de Marte, y dispuso que en ella los magistrados, los sacerdotes y las vírgenes vestales celebraran cada año un sacrificio».

Con esta última campaña Augusto había logrado la ansiada pax augusta, terra marique, conseguida en gran parte gracias a sus desvelos y esfuerzos personales, ya que creía en ella como en la única fórmula válida para lograr el entendimiento entre todos los pueblos que integraban el vasto imperio romano. Solo una paz larga y duradera podía generar una época de gloriosa prosperidad, hasta entonces nunca vivida.

Terminar con las guerras cántabras había sido para Augusto un desafío personal. Desde la muerte de Cesar la situación en el noroeste de Hispania era muy conflictiva, ya que los astures y los cántabros ofrecían una feroz resistencia a la dominación romana y esta circunstancia impedía considerar a la más occidental de las provincias como un país pacificado, lo que imposibilitaba cerrar el templo de Jano, como era su deseo.

Estas razones motivaron su intervención personal. Con la ayuda de su compañero de armas y yerno, Agripa[13] y la de Sexto Apuleyo, su cuñado, quien desde Burdeos impidió que los cántabros recibieran cualquier tipo de ayuda por mar, sometió con grandes esfuerzos y una estrategia bien programada, a estos pueblos montañeses. Solo a partir de entonces pudo hablarse de una Hispania pacata, lo que equivalía, en suma, cerrar el proceso de pacificación en todo el Imperio. Sin embargo, un examen detenido de la situación de estos pueblos después del año 19 a.C., demuestra que toda la región se consideró siempre un limes, es decir, una zona fronteriza, cuya conflictividad exigía un estado de constante alerta.

A pesar de todo, a su regreso a Roma pudo realizar su deseo de cerrar el templo de Ianus Quirinus que, desde su fundación solo se había cerrado una vez. Además se hizo merecedor de que el Senado decretara la erección de un altar consagrado a la Paz, en el Campo de Marte. Anteriormente, en el 20 a.C., ya se había levantado el Ara de la Fortuna Redux, frente a los templos del Honos y de Virtus, en la Porta Capena, para celebrar su retorno triunfante de Siria y su entrada por dicho ingreso meridional de la ciudad[14]. En esta ocasión el ara se levantaría en el Campo de Marte, en un lugar

próximo a la Porta Flaminia, al norte, que era por donde había entrado a la vuelta de su campaña en Hispania.

La constitutio o consecratio del Ara Pacis, con la celebración de los correspondientes sacrificios, realizados en el lugar elegido para su emplazamiento, sobre un altar provisional, tuvo lugar el 4 de julio del año 13 a.C., y la inauguratio o dedicatio cuatro años más tarde, el 30 de enero del 9 a.C., precisamente en el día del cumpleaños de Livia. Por esta razón en él se celebraron, siempre dos ceremonias conmemorativas anuales: una el día del aniversario de su fundación, y la otra en el de su inauguración oficial.

La ceremonia de la consecratio de este altar tenía que presentarse como un magno acontecimiento en el que participase todo el pueblo, para que de este acto quedara memoria imperecedera, ya que con él nacía un período de paz, hasta entonces nunca alcanzado, que escritores y poetas iban a encargarse de ensalzar[15]. Además, debía ser considerado como testimonio del nuevo programa político y religioso que se iniciaba. Gracias al emperador, el pueblo romano había vuelto los ojos a sus raíces, a la pietas erga deos y al respeto a las mores maiorum.

Estos propósitos coincidían, en el fondo, con los deseos del pueblo que había visto como, a partir de las guerras púnicas, la religión vernácula había sufrido un grave deterioro por la influencia de las corrientes helenísticas y la penetración de los cultos orientales, como los de Isis y Serapis, Cibeles y Mitra. Para purificarla de tales impregnaciones, Augusto inició una política encaminada a la restauración de los templos consagrados a los dioses ancestrales, la mayoría de los cuales se encontraban en ruinas, y a construir otros nuevos, como el de Apolo, divinidad tutelar de la casa Julia[16]. Fue este un suntuoso templo, erigido en el Palatino, y en él que la pareja de los divinos hermanos, Apolo y Diana, quedó equiparada en rango con la capitolina de Júpiter y Juno.

Restableció, además, instituciones casi olvidadas, tales como la de la Comunidad de los Frates Arvales y los cultos ancestrales de los Lares[17], disponiendo incluso que en cada una de las encrucijadas de los catorce distritos en que dividió a la ciudad, se erigiera una imagen en honor de los Lares compitales[18] y otra representando al Genius Augusti. Instauró como oficial el culto a Dea Roma,

haciendo que se levantasen templos en su honor en casi todas las provincias, consideradas piae et fideles, tras su pacificación. De entre todos estos templos, uno de los más conocidos, consagrado a Roma y a Augusto, fue el de Ancyra, en el que, como hemos visto, se expuso una copia de sus Res Gestae.

La recuperación del Ara Pacis se inició en el siglo XVI, aunque el primer descubrimiento de algunos de sus fragmentos tuvo lugar en 1568. En esa fecha aparecieron nueve bloques, esculpidos, todos de la misma altura, bajo el «Palacio Peretti» (más tarde «Fiano» y en la actualidad «Almagià»). Dicho palacio estaba situado detrás de la iglesia de «San Lorenzo in Lucina»[19] que se alzaba en la Vía Lata (hoy «Vía del Corso»). Más tarde, en 1859, se descubrió el relieve de Eneas y la cabeza de Marte, correspondiente al del Lupercal, sin embargo, hasta que en 1879, Duhn los relacionó con el Ara Pacis, permanecieron sin identificar por lo que se habían distribuido entre la «Villa Medici», el Vaticano y el Museo de los Ufizzi. En 1903 se realizaron las primeras excavaciones en dicho lugar, dirigidas por Petersen, sacándose a la luz la estructura del altar y algunos relieves más. Finalmente en los años 1937–38 con motivo de la celebración del bimilenario del nacimiento de Augusto, se concluyeron las excavaciones y con los materiales recuperados se procedió a la recomposición del monumento, en la «Via Ripetta», orientado de norte a sur y no de este a oeste, como estuvo en su día, ya que su fachada principal daba a la Vía Flaminia. El arqueólogo encargado de su reconstrucción fue Giuseppe Moretti y el arquitecto que dirigió las obras Vittorio Ballio Morpurgo.

Los relieves que se habían empotrado en la fachada de la «Villa Medici»[20] se dejaron en su lugar, poniéndose en la reconstrucción unas réplicas de los mismos, mientras que los que se guardaban en el Vaticano fueron donados al Estado italiano el 11 de febrero de 1954, en conmemoración del XXV aniversario de la firma del Tratado de Letrán.

En la actualidad este famoso altar, el Ara Pacis Augustae, se encuentra en el interior de un edificio construido ex-profeso para contenerle en el «Lungotevere in Augusta», obra del arquitecto Richard Meier e inaugurado el 22 de abril de 2006.

En su día fue dedicado al numen de la Paz –si deus, si dea– o a la

Paz augústea que vino a ser lo mismo, ya que ambos conceptos acabaron confundiéndose en una sola divinidad, de carácter abstracto, a la que se la comenzó a rendir culto desde estos momentos[21]. El ara fue un altar de sacrificios, siguiendo la tradición latina iniciada en el Ara Maxima de Hércules, erigida en el Foro Boario, pero en este caso se colocó dentro de un bello monumento de mármol de Carrara, consistente en un recinto hípetro (sin tejado), de planta rectangular casi cuadrada (11,65 × 10,62 m.), y muros ciegos de unos 4,60 m. de altura. En los lados de mayor longitud, orientados de este a oeste, se abrían dos grandes puertas de 3,60 m. de anchura. La entrada principal estaba precedida por una escalinata de ocho peldaños, en eje con la que conducía hasta el pie del ara. La zaguera se abría a ras de la calle, para posibilitar el acceso de los animales destinados a los sacrificios anuales que allí se celebraban.

En el interior, el ara se levantaba sobre un basamento corrido (6 × 7 m.) compuesto de cuatro escalones sobre los que aún se alzaban tres peldaños frontales de acceso al altar. Todo el monumento, tanto en su exterior, como en su interior estuvo decorado por una rica y variada ornamentación relivaria, en la que sin duda alguna, radica su mayor interés.

No se sabe quien fue el arquitecto que proyectó este monumento ni quienes los escultores que lo decoraron, ya que las fuentes no mencionan ningún nombre referido a su construcción, sin embargo, considerando su calidad estilística se cree que fue obra de maestros griegos, pero tan romanizados que fueron capaces de captar y traducir en piedra el espíritu propagandístico impuesto por el emperador y el sentir del pueblo romano. A veces, se ha querido relacionar a estos artífices con los dos maestros griegos, Saurio (lagarto) y Batraco (rana), a los que Octavio había hecho venir a Roma para restaurar el Pórtico de Metelo, sito en el Foro Boario, el cual tras su total restauración fue convertido en el Pórtico de Octavia, en honor de su hermana. Se decía que, haciendo gala de sus nombres, firmaron esta importante obra de una forma simbólica, poniendo un lagarto y una rana en los capiteles del citado pórtico. Su mal estado de conservación no ha permitido, sin embargo, valorar su factura originaria. Lo que si es cierto es que la exquisita habilidad con que están esculpidas las turgentes hojas de

acanto del friso inferior, entre las cuales campean los cisnes apolíneos e infinidad de diminutos animales que aluden a la fertilidad de la Tellus Saturnia, hablan de manos griegas.

Por su forma puede decirse que recuerda al Altar de Pérgamo, y que sus grandes relieves alegóricos se inspiraron en los cuadros paisajísticos del último helenismo. En cuanto a la procesión que anima sus lados largos, tiene un indiscutible antecedente en la gran pompa (procesión) de las Panateneas (fiestas en honor de Atenea), que adornaba el friso exterior del Partenón, y en la cual participaba todo el pueblo ateniense. Es, sin duda, el conjunto más importante del arte escultórico augústeo y la exaltación más cumplida del programa imperial, en consonancia con el Carmen Saeculare de Horacio[22], escrito para la celebración del inicio del nuevo saeculum, en el año 17 a.C[23]. En él se ensalzaba a la Paz como a una de las divinidades encargadas de proporcionar al pueblo romano toda clase de bienes.

En la decoración escultórica del Ara Pacis pueden distinguirse cinco apartados bien diferenciados: a) el zócalo corrido externo, decorado con roleos de acanto; b) los dos frisos externos con desfile procesional; c) los cuatro relieves alegóricos que flanquean, exteriormente, las dos puestas; d) el friso interno, animado por bucráneos y guirnaldas; e) los relieves de los pulvinares del ara.

a) El zócalo corrido externo.

Por encima del podium (basamento) externo corría un zócalo, decorado con bellos roleos de acanto[24] unidos en una rítmica sucesión de espirales. Este motivo ornamental de origen helenístico ejerció una notable influencia en época augústea, pero aquí se empleó con un intencionado sentido alegórico, ya que con su prodigalidad y turgencia se hacía alusión a la fertilidad de la Tellus Saturnia y la plenitud de los nuevos tiempos. El acanto es citado por Virgilio[25], junto con otros frutos, tales como la colocasia[26], las uvas, las zarzas, etc. Entre los roleos aparecen, a ras del suelo, los animales de la tierra: tortugas, ranas, culebras, lagartos, etc. Por encima de ellos penden jugosos tallos y frutos: las uvas, los higos, entre los cuales se ven los nidos de los pájaros, distintos tipos de aves y toda suerte de pequeños insectos. En la parte superior, campean los cisnes, emblema de la luz y del divino Apolo, la deidad

protectora de Augusto. Todo ello fue esculpido con tal maestría y finura que puede asegurarse que la labor de labra aquí empleada no ha sido superada ni siquiera por los artistas renacentistas. La aparición frecuente de lagartos y de ranas entre los roleos ha hecho pensar a algunos estudiosos de este singular altar que tal vez pudiera ser obra de Sauro y Batraco, los escultores anteriormente citados, sin que para dicha atribución haya otros argumentos de mayor peso.

b) Los dos frisos externos con desfile procesional.

En los dos lados largos y ciegos del monumento, y sobre la greca que sirve de elemento separador entre el zócalo de roleos y el friso que corre sobre él, se inmortalizó la procesión inaugural del altar, la celebrada en la fecha de su consecratio, es decir el 4 de julio del año 13 a.C. En ella participaría toda la familia imperial, todos los sacerdotes y magistrados y todo el pueblo romano. Por entonces, el ara de mármol estaría rodeada de una simple empalizada a la espera de ser convertida, como lo fue más tarde, en el centro de un lujoso estuche de piedra. Posiblemente, dicha procesión saldría del templo de la ancestral diosa Palé, la protectora de los rebaños y de los pastizales, que se alzaba en el Palatino y alcanzaría el septentrión del Campo de Marte, en un punto próximo ya al pomerium de la ciudad donde iba a consagrarse el Ara Pacis. La prueba de que el hecho histórico aquí representado es el correspondiente al del año 13 a.C., es la presencia, entre los asistentes, de Agripa capite velatus, en su condición de Pontifex Maximus, puesto que cuando se celebró el acto de su inauguración definitiva, una vez terminado el edificio, el 30 de enero del año 9 a.C., este ilustre personaje, ya no estuvo presente, dado que su muerte tuvo lugar el año 12 a.C. En dicha fecha fue el propio emperador quien ostentaba dicho cargo.

La procesión que figura en el friso principal, el del lado meridional, aparece presidida por Augusto. En ella estuvo presente toda su familia, ya que por tratarse de una inauguración de carácter incruento pudieron asistir incluso los niños. Abría la misma un grupo de lictores[27] a los que seguía Augusto, capite velatus, luciendo la corona cívica de hojas de laurel, representado con la dignidad y respeto que su cargo exigía. A continuación iban los

cuatro flamines maiores[28] o sacerdotes, tocados con el galerus, un bonete de cuero rematado por una larga y fina punta, el apex (ápice), vistiendo la laena, una túnica corta de lana y llevando en su mano derecha el commoetaculum, una corta vara con la que separaban a la gente que les rodeaba, para evitar todo tipo de contaminación personal con ella. De todos ellos, el que se ve en segundo término, es probable que sea Sexto Apuleyo, su eficaz colaborador en las guerras cántabras. Era el marido de su hermanastra Octavia Maior y padre de Sexto Apuleyo hijo que también desempeño importantes cargos políticos. Cierra este grupo de sacerdotes el flaminius lictor e inmediatamente después aparece Agripa, como Pontifex maximus. Es una figura revestida de gran dignidad y que parece impregnada de una cierta melancolía, lo que ha hecho pensar que tal vez el escultor la realizó después de su muerte. Detrás de él se encuentran, según algunos autores, su hijo, el pequeño Cayo César, agarrado a su toga, y su mujer, Julia, la hija de Augusto; según otros, esta figura femenina, llena de empaque y con la cabeza cubierta por el manto, que cae sobre sus hombros en elegantes pliegues, representaría a Livia (encarnación del espíritu de la paz); y, en este caso, se ha pensado que el pequeño, contemplado con ternura por una mujer que se ve en segundo plano, podría ser uno de los principitos que, procedentes de diversos reinos helenísticos, se educaban en la corte imperial, acompañados por sus madres o nodrizas, como prenda de las buenas relaciones existentes con Roma. Su indumentaria, una túnica corta, su pelo largo y el torque que luce en el cuello son detalles que apoyan esta suposición.

Sin embargo, la opinión más aceptada es que se trata de Cayo César y que su peculiar indumentaria: túnica corta, largos cabellos, ceñidos por una diadema de ramas de olivo y el torque en el cuello se explica porque se presenta ataviado «a la griega», como los jóvenes troyanos[29]. Se tiene noticia de que en año 13 a.C., con ocasión de la representación del Ludus Troiae, este nieto de Augusto había hecho su aparición en público como princeps turmae[30].

A continuación iban Tiberio, Antonia Minor, la hija de Octavia y Marco Antonio, llevando de la mano a su hijito Germánico, y su esposo Druso, con el que parece charlar animadamente; va vestido de militar, con un amplio manto o paludamentum y su pierna

izquierda, mal restaurada con una tosca caliga (bota militar), destaca, visiblemente, de la figura. Entre ambos, en segundo plano, se ve el rostro de la silentiaria, llevándose el índice a la boca para imponer el silencio, ya que ese era su cometido en todas las procesiones (favete linguis). El pequeño que, con toda familiaridad se coge del manto de Druso, se ha pensado que bien pudiera ser su otro hijo, Claudio, aunque hay quienes consideran que es el pequeño Domicio, hijo de Antonia Maior (la primogénita de Octavia y Marco Antonio) y de su esposo L. Domicio Enobarbo, quien en este caso iría acompañado de su madre, representada por la figura femenina que aparece tras él, de su hermana Domicia (de la que se sabe vivió muchos años) que aparece a su lado, y de su padre que sería el que cerraba el cortejo. Este último personaje se ha llegado a identificar, incluso, con Mecenas[31]. Todos los niños romanos llevan, colgada al cuello, la bulla, que era una pequeña cápsula circular que contenía filacterias (amuletos o cintas con palabras mágicas) para protegerles de todo mal y de posibles enfermedades. Los niños la llevaban hasta la edad viril y las niñas hasta su casamiento.

En el otro friso, el septentrional, aparece el cortejo formado por los padres de la patria, seguidos de sus camilli o acólitos, portadores de las sacra u objetos rituales (acerrae o cajas, mappae o pañuelos, etc.). Visten elegantes togas y lucen en sus cabezas, todas al mismo nivel, coronas de laurel. En las manos llevan ramas, también de laurel, lo que indicaba que ya habían pasado por una purificación o lustratio preliminar. Están esculpidas en alto y bajorrelieve, con el fin demarcar posiciones de primero y segundo plano. Para subrayar este efecto se obliga, en ocasiones, a que los pies sobresalgan del borde en el que se apoyan.

Este pausado desfile transfiere una atmósfera llena de mesura y distinción. En primer lugar iban los Septemviri[32], luego los Augures[33] y, detrás, los Quindecimviri[34]. Cerraban la procesión los miembros de rango secundario de la familia imperial. En primer lugar se encuentra una figura femenina que se ha pensado que pudiera ser Julia con su hijo menor, Lucio César; detrás iría Octavia Minor, la hermana preferida de Augusto, esposa de Marco Antonio y madre de Antonia Minor. Junto a ella se ve a un niño de unos diez años de edad vestido con la túnica de los camilli[35] y cuya identificación ha sido muy discutida. Se ha pensado que pudiera ser

el hijo de Agripa y de su primera mujer, Marcela Maior, hija de Octavia Minor y de Marco Claudio Marcelo, hermana por tanto de Marcelo, adoptado por Augusto al casarse con su hija Julia y muerto, prematuramente, en el 23 a.C. Sigue una pareja con una niña. El hombre pudiera ser Julio Antonio, el hijo de Octavia Minor y Marco Antonio, que fue pretor en el año 13 a.C. Fue muy estimado por Augusto hasta que se vio envuelto en un gran escándalo al convertirse en amante de su hija Julia, en el año 2 a.C. La mujer tal vez pudiera ser la primera esposa de Agripa, Marcela Maior. De esta suerte Octavia aparecería rodeada de sus hijos. La niña tal vez fuera Julia Minor, la hija de Agripa y de Julia, y el siguiente personaje togado se ha sugerido que pudiera ser Marco Apuleyo, hijo de la hermanastra de Augusto, Octavia Maior y de Sexto Apuleyo, el que fuera elevado a la categoría de Flamen Iulalis.

c) Los cuatro relieves alegóricos.

Los cuatro relieves alegóricos que se encuentran en los lados menores del monumento, aparecen enmarcados por lastras marmóreas, decoradas con bellos roleos de acanto, dispuestos «a candelieri» y rematadas por un capitel corintio. Por su composición responden al género de los cuadros paisajisticos del helenismo tardío, aunque los motivos que a ellos se superpusieron respondieran, en este caso, al programa previsto por el diseñador del conjunto escultórico. Se eligieron dos temas mitológicos de un gran calado histórico: el sacrificio de Eneas a su llegada a las costas del Lacio, y la representación del Lupercal, o cueva donde se criaron Rómulo y Remo, para ser colocados en los lados de la puerta zaguera; y dos alegóricos: la personificación de la Tellus Saturnia y de la Dea Roma, que flanquearían la puerta principal. En su restauración actual, sin embargo, aparecen dispuestos al revés: el del Lupercal y el de Eneas, aparecen en la fachada principal y el de la Tellus y Dea Roma, en la trasera.

En el relieve del Lupercal se representó la cueva en la cual la loba amamantó a los gemelos expósitos, Rómulo y Remo. Se encuentra en muy mal estado de conservación y apenas si quedan restos del mismo. Se conserva a la derecha parte de una figura masculina que se ha supuesto representaría a Faustulo, el pastor que recogió a los niños y a la izquierda parte de otra, descubierta en 1879, y que se

ha identificado con la del dios Marte, padre de las dos infantes y por extensión de todos los romanos. Se aprecian además vestigios de plantas y juncos es decir de la vegetación característica del escenario en el que se desarrolló este episodio, a las orillas del Tíber cerca del Velabro, al pie del Palatino. En dicho lugar se tuvo siempre por sagrada una cueva junto al ficus ruminalis, la higuera en que quedó enganchada la cesta en la que fueron depositados los dos infantes para que discurriera, al azar, por el río.

El relieve del sacrificio de Eneas está mejor conservado que el anterior y en él se representó el momento en el que el héroe troyano, padre de la gens Iulia[36], hizo un sacrificio en honor de los dioses Penates[37], los Dioscuros, que había traído consigo desde Troya. Dicho sacrificio debía realizarse, según el oráculo, en el lugar donde se encontrara a la víctima propiciatoria, una porca alba con sus treinta lechones, al pie de una encina (la «scròfa bianca» con sus treinta «porcellìni», que dicen los italianos), símbolo de las treinta gentes latinas.

Eneas aparece en el centro de la escena, con el manto probablemente de color púrpura, sine tunica, según fórmula establecida para representar a los héroes, luciendo una espesa barba y capite velatus, como sagrado oficiante, ya que iba a realizar un sacrificio. Al fondo se distingue un naiskos o templete que cobija a los dioses Penates. Ante él se encuentra una rústica ara, tal vez una simple roca, en la que iba a celebrarse un sacrificio incruento, antes que el cruento, y junto a ella, a la izquierda, se encuentran dos camilli o acólitos. El más alto que lleva una mappa o lienzo en el brazo izquierdo, le ofrece un lanx (plato) con frutos, mientras que con la mano derecha sostiene un praefericulum o jarro ritual. El más pequeño empuja a la porca alba que, según la prescripción oracular, debía sacrificarse a los Penates. Con la presencia de estos dos adolescentes se aludía a la nueva juventud romana (pubes romana) dispuesta a respetar la pietas erga deos y las mores maiorum.

Dentro del programa político de Augusto, inquietud primordial fue restaurar los templos de los dioses tradicionales, postergados por la avalancha de los cultos orientales que habían entrado en Roma en el transcurso de las Guerras Púnicas[38], y fomentar entre los jóvenes

su vinculación con los tiempos vernáculos. Con este fin renovó el Ludus Troisa (o Troiae), en él participaban los jóvenes aristócratas, quienes montados a caballo, realizaban un complicado ejercicio de equitación con el que se trazaba una especie de espiral o laberinto. Por todas estas medidas, cuando el Senado le concedió el título de Pater Patriae, lo recibió con lágrimas en los ojos, ya que no solo suponía una distinción personal, sino una vinculación directa con el propio Rómulo que fue el primero en recibirlo.

Eneas se presentaba, pues, en este relieve, como pius, como digno antecesor de Augusto quien a imitación suya también realizaría un sacrificio en el Ara de la Paz, tras celebrar la procesión en que se hizo acompañar de su familia, de los más altos magistrados y de todo el pueblo, un pueblo agradecido a sus medidas de restauración de las costumbres tradicionales. A la izquierda de la composición con una tunica manicata (con mangas), aparece la figura de otro joven que lleva un bastón de pastor. Podría representar a Ascanio o Iulo, aunque es de advertir que la cabeza no es la de la figura pristina, sino que se corresponde con una representación del Populus Romanus, encarnado siempre por una figura juvenil.

El relieve de la Tellus Saturnia es el más hermoso y el mejor conservado de los cuatro, aunque restaurado en 1784 por Francesco Corridori, presenta algunas incorrecciones. La bella matrona que ocupa su centro se ha supuesto una alegoría de la propia Pax Augustea, probablemente con el rostro de Livia. Sin embargo, lo más probable es que se trate de la representación de la Tellus Saturnia, pródiga en bienes bajo los nuevos tiempos de paz, la aetas felicissima, tal y como fue ensalzada por los poetas de la época[39].

El escultor la representó como una bella matrona con dos niños en su regazo, alusión a Rómulo y Remo, los fundadores de Roma y a su fecundidad como engendradora de hombres. Al fondo se perciben tallos de cereales y flores que recuerdan su condición de divinidad frugífera y a sus pies yacen un cordero y una ternera (con la cabeza mal restaurada), para indicar su riqueza en pastos y ganados. A cada lado se encuentra un aura velificans, sutil personificación de las brisas benéficas, surgida en los talleres tarentinos del siglo V a.C. La de la izquierda representa al aura de las aguas dulces o terrestres, como se indica por medio del manantial representado por

un cántaro manante entre juncos y por el animal sobre el que cabalga, un cisne, la sagrada ave de Apolo, emblema, también, del río Po ya que Cygnus, el rey de Liguria, fue transformado en esta ave por el dios[40]. El cuello del cisne está mal restaurado desde época renacentista, lo que se advierte por la torpeza de su ejecución y por el hecho de no haber respetado su giro hacia la izquierda. El aura de la derecha era la de las aguas saladas o marítimas, por ello cabalga sobre un cethos, monstruo marino con cabeza de lobo[41]. Esta composición es sin duda un fiel reflejo del espíritu reformista de Augusto que al conseguir la paz de su imperio hacía que la tierra se convirtiera en fuente de riqueza y prosperidad, de acuerdo con los principios del Estado agrario que había sido siempre la Roma tradicional.

El relieve de Dea Roma está perdido casi en su totalidad y su posible reconstrucción se ha hecho a partir del que, con el mismo tema, decoró el Altar de la Gens Augusta, en Cartago y que hoy se encuentra en el Museo del Bardo, de Túnez[42]. En él la diosa, tocada con un lujoso casco, aparece a la derecha, sentada sobre un montón de armaduras, fruto de los trofeos de pasadas guerras, pero ya inservibles ante la nueva situación presidida por la de paz y la prosperidad. En su mano derecha se posa una alada victoria cuyo cometido era poner en un pedestal el escudo de oro que en su honor el Senado y el pueblo romano decidieron colocar, en el año 27 a.C., en la Curia Iulia. Enfrente de la diosa se encontraba un ara sobre la cual aparecía la esfera terrestre, una cornucopia y el caduceo de Mercurio, símbolos todos ellos de la bonanza reinante en el orbe, gracias a paz augústea.

d) Los relieves del friso interno.

En un principio, ya se ha sugerido, que el día de su consagración el ara de mármol se rodearía con un simple vallado que, más tarde, fue sustituido por un recinto perimetral, también de mármol, en el cual intencionadamente se reprodujo la primitiva empalizada de juncos, adornada con guirnaldas tejidas con frutos y flores (manzanas, peras, uvas, higos, piñas, ramos de laurel, de encina, de olivo, espigas de trigo, pámpanos de vid, hojas de higuera, de hiedra), atadas con las ínfulas o cintas que habían ornado las cabezas de los bueyes sacrificados. Entre guirnalda y guirnalda

aparecen los bucráneos, los descarnados cráneos de las reses, que fijos en la pared sirvieron en su momento de soporte a dichas guirnaldas. Sobre ellas, y entre un bucráneo y otro, aparecen las páteras de libación

En realidad, la decoración de esta parte interna se dividió en dos zonas: en la inferior se representaron una serie de listeles verticales, en relieve, para sugerir la empalizada propiamente dicha, rematada por un friso de delicadas palmetas; y en la superior las guirnaldas y bucráneos ya citados.

Estos motivos ornamentales debieron ponerse de moda entre los orfebres que cincelaron objetos de metales preciosos, tales como los del Tesoro de Boscoreale (Museo de Nápoles) o la cántara de plata de Alesia (tal vez del propio César).

Es posible que, rematando el zócalo, hubiera una serie de figuras femeninas, de carácter alegórico, representando a las provincias del Imperio, desde entonces convertidas en piae et fideles. No obstante, los escasos fragmentos recuperados de estas esculturas no han permitido su reconstrucción.

e) Los relieves de los pulvinares.

Los pulvinares o cornua del ara se decoraron con dos bellas volutas afrontadas y apoyadas en dos leones alados. Bajo ellas corre un friso decorado con escenas del sacrificio suovetaurílico en el que se inmolaban cerdos, carneros y bueyes (terneras para Pax).Alrededor de la mesa interna giraba un relieve en el que se representaron los sacrificios anuales que allí se realizaban: el 4 de julio y el 30 de enero. Se conserva bastante bien el de la izquierda y en él pueden distinguirse a las vestales, al pontifex maximus, a los sacerdotes, a los camilli, y los animales destinados al sacrificio.

Con este discurso escultórico bien pensado, de factura exquisita y perfectamente articulado, el arte áulico al servicio de los ideales propagandísticos de Augusto, cumplía con el programa expuesto en el Carmen Saeculare de Horacio, de tan importante significado político, y que el poeta cerró con estos esperanzados versos: Esto esperamos que Júpiter otorgue / que lo consientan los celestes dioses / vamos a casa los que ya entonamos / el himno sagrado.

El Horologium o Solarium Augusti

En el siglo XVI, durante el pontificado de Julio II (1503–13), se descubrieron, bajo unas casas medievales, próximas a la actual Plaza del Parlamento varios de los fragmentos del obelisco que hoy se yergue en la Plaza de Montecitorio[43]. Sin embargo, no fue desenterrado hasta 1748, en tiempos de Benedicto XIV y tuvo que esperar a 1792, para verse de nuevo en pie, esta vez por orden de Pío VI. Para su restauración se utilizó el granito rosa de Asuan, procedente de la columna de Antonino Pio, en cuya basa aparecía representado, en uno de los relieves, el Campo de Marte y el obelisco del citado reloj solar.

Dicho obelisco fue el gnomon o aguja del Solarium Augusti, que se alzó en esta zona, en el lugar que se extiende entre la citada Plaza del Parlamento y la iglesia de «San Lorenzo in Lucina»[44]. El arquitecto que lo diseñó y dirigió las obras fue Facundus Novius y la dedicatoria que aparece en su base ha permitido deducir que su inauguración debió de tener lugar el 30 de enero del año 9 a.C., el mismo día en el que se procedía a la dedicatio del Ara Pacis. El obelisco fue erigido en tiempos del faraón Psamético II (594–588 a.C), como se ha podido saber tras la lectura de los jeroglíficos que él aparecen, y fue llevado a Roma, en el año 10 a.C., procedente de Heliópolis.

La citada inscripción (restaurada) de su pedestal, repetida a ambos lados, es la siguiente:

IMP. CAESAR. DIV. F.

AUGUSTUS

PONTIFEX MAXIMUS

IMP. XII COS. XI TRIB. POT. XIV

AEGIYPTO IN POTESTATEM

POPULI ROMANI REDACTA

SOLI DONUM DEDIT

El emperador César, hijo del divino (Julio)/ Augusto/ Pontífice Máximo/ Emperador por duodécima vez, Cónsul por undécima vez, ostentando la Tribunicia Potestad por decimocuarta vez (año 10 a.C.)/ con Egipto reducido bajo el poder del pueblo romano, / al Sol dio como ofrenda.

El Tumulus Caesarum (próximo al Ustrinum), el Solarium (o Horologium Augusti) y el Ara Pacis fueron monumentos estrechamente relacionados entre sí. Concebidos con el fin de embellecer a la ciudad, eran testimonio de los refinados gustos del emperador, al tiempo que vehículo eficaz para su propaganda política.

La reproducción simbólica del hemisferio celeste, hecha por medio de franjas de bronce, dispuestas en retícula, se extendía sobre el pavimento de una gran plaza circular, hoy llamada de «San Lorenzo in Lucina». Realizada en travertino, en su mitad superior se hallaba el cuadrante, con incrustaciones en bronce. En él se indicaban los meses y los días. El módulo base venía definido por la altura del obelisco, que servía de aguja, incluidos el plinto sobre el que se elevaba y el puntal que coronaba la esfera de bronce que se le puso como remate.

La vinculación entre el Solarium y el Ara Pacis era la línea equinoccial que, siguiendo su eje Este-Oeste, pasaba por el centro del Ara. Para conseguir este efecto el monumento fue colocado en posición ligeramente oblicua con respecto a la Via Lata, lo que no era apreciable a primera vista; y asimismo su eje fue desviado 18º 37’ respecto al eje Este-Oeste. Solo así se logró que la línea equinoccial del reloj penetrara en su recinto rozando el dintel de la puerta de entrada.

El plinto del obelisco se colocó a su vez en posición paralela

respecto al Ara y se ha demostrado que el ángulo formado por el eje que pasa por el centro del Mausoleo y une este monumento funerario con el obelisco era también de 18º 37', lo que demuestra que el desconocido y genial arquitecto conectó entre sí los tres monumentos siguiendo una rigurosa concepción astronómica y matemática.

Además, el 23 de septiembre, día del nacimiento del princeps, la sombra proyectada por la punta del gnomon sobre el reloj caía en la línea equinoccial y se dirigía siguiendo el eje Este-Oeste hacia el Ara Pacis, señalando el altar propiamente dicho. Según un complejo informe matemático parece ser que el Ara estaba conectada también con el reloj mediante la línea del solsticio de invierno que indica el comienzo del signo de Capricornio, bajo el cual Augusto fue concebido.

El complejo esquema del Tumulus-Solarium-Ara Pacis se concibió siguiendo modelos alejandrinos sabiamente adaptados por el princeps romano a sus propios intereses. El Mausoleo se inspiró en el de Alejandro y el mito de la aetas aurea (la edad dorada) en la propaganda acuñada en la corte ptolemaica, muy difundida entre los siglos II y I a.C. por los nuevos faraones de origen heleno. Los obeliscos que más tarde colocó Domiciano a la entrada del gran panteón familiar vinieron a subrayar los esquemas que deseaban copiar e imponer.

El reloj augústeo pasó a ser inexacto transcurridos 50 años, posiblemente como consecuencia de un corrimiento de tierra. Pese a todo, se supone, aunque muy deteriorado, debió de mantenerse en pie hasta el siglo XI. A tenor de las huellas de fuego y los grandes desperfectos que presenta, se cree que debió de ser derribado por el incendio provocado por los normandos en 1084[45].

La Columna de Antonino Pío

La columna en honor de Antonino Pío[46] fue erigida en el Campo de Marte después de su muerte, acaecida en el 161 d.C., por Marco Aurelio y Lucio Vero, sus hijos adoptivos, no lejos de donde se alzaría la de Marco Aurelio. Al parecer, había sido tallada en el año

106 d.C., para ser empleada en una de las construcciones proyectadas por Trajano. Era de granito rosa de Asuan, posiblemente con capitel corintio, y su fuste liso alcanzó los 14,75 m. de altura. En su cima se puso la estatua en bronce dorado del emperador. De ella no queda más que el pedestal de mármol blanco, hallado in situ en 1703, y restos del fuste, la mayor parte del cual fue aprovechado para restaurar el obelisco de Montecitorio. En la actualidad, lo que queda de ella se conserva en el llamado «Giardino della Pigna», del Vaticano.

El pedestal aparece decorado en tres de sus lados, y en el cuarto figura la inscripción de la dedicatoria. En la cara principal se representa la apoteosis de Antonino Pío y su esposa Faustina, es decir su ascensión al empíreo. Los bustos de la pareja imperial aparecen con sus respectivos cetros, entre dos águilas y sobre las alas explayadas del genio de la muerte, concebido como un joven desnudo, de larga y rizada melena, que lleva en su mano una esfera rodeada de una serpiente, símbolos del poder y de la eternidad, respectivamente. La escena se desarrolla en el Campo de Marte, donde en el Ustrinum Antoninorum se había procedido a la cremación de los cadáveres. Para la representación de tan célebre lugar se eligió la figura de un joven recostado, cubiertas sus piernas por un elegante manto, situado en el lado izquierdo de la escena, llevando en su mano un obelisco, precisamente el que sirvió de gnomon al Solarium Augusti. En el ángulo opuesto, a la derecha, aparece una Dea Roma sedente y mayestática, rodeada de armas de acuerdo con los modelos empleados en los monumentos oficiales.

En los lados menores, idénticos entre sí, se representó la decursio funeraria que solía celebrarse en este tipo de ceremonias. En cada uno de ellos se ve a un escuadrón de caballería, una turma, galopar en círculo alrededor de los componentes de la guardia de honor que, situados en el centro de la escena, enarbolaban las águilas y estandartes imperiales. Es obvio que se trataba de una variante de los giros y vueltas que se realizaban en el Ludus Troaie y que solo podían realizar expertos jinetes. Las paradas ecuestres honoríficas o conmemorativas adquirían un profundo significado en las ceremonias fúnebres. En ellas la muerte y la resurrección eran conceptos significados por los círculos concéntricos que tenían que hacer y deshacer los caballos amaestrados, en torno a un punto

central que servía de referencia.

Entre el relieve de la cara principal, en el que se ha representado un episodio de carácter oficial, tratado con rigor académico, y los de los lados laterales de corte narrativo y espontáneo, se advierten grandes diferencias, las mismas que se aprecian en otros muchos casos en los que confluyen las corrientes grequizantes y las de contenido puramente romano. Así, no es de chocar la utilización de recursos estilísticos muy simples en las escenas de la parada militar, tales como la perspectiva alta de la que se ha servido el escultor para representar al completo el círculo descrito por el escuadrón y la figuración del suelo por medio de simples subrayados de piedra con los que se brindaba apoyo a los cascos de los caballos. Este tipo de dicotomía entre las corrientes áulicas y las populares se dio siempre en la historia del relieve romano.

La Columna de Marco Aurelio

A imitación de la Columna Trajano, entre el 180 d.C., fecha de la muerte de Marco Aurelio[47], y el 193, se erigió en el Campo de Marte otra muy similar dedicada a la memoria de este emperador y a sus victorias sobre las tribus bárbaras del Danubio. A pesar del paso de los siglos, aún se mantiene en pie para ornato de la llamada «Piazza Colonna», después de ser restaurada, en el 1588, por Domenico Fontana, bajo el pontificado de Sixto V (1585–90). Compuesta de 28 tambores de mármol, se alzó sobre un alto plinto (10,50 m. de altura), que estuvo decorado en su lado principal, el que daba a la Via Lata, con escenas de sumisión de bárbaros, mientras que en el opuesto se hallaba la inscripción de la dedicatoria. Los otros dos estaban decorados con frisos de Victorias sosteniendo guirnaldas. Estos relieves fueron destruidos en 1589, en el transcurso de su restauración, pero nos son conocidos por algunos dibujos antiguos[48]. En el plinto actual solo aparecen las inscripciones de Sixto V.

El diámetro del fuste era de 3,86 m., su altura alcanzaba los 29,6 m. (unos cien pies romanos) y la total los 41,9 m. contando con la base y la estatua en bronce del emperador que la coronaba y que fue, después, sustituida por la de San Pablo. Las veintiuna espirales (dos

menos que en la de Trajano) que adornan la superficie del fuste están decoradas con relieves que representan las guerras mantenidas por el emperador contra los germanos y los sármatas. Siguiendo el modelo de la de Trajano, el relato comienza con el paso del Danubio por el ejército romano a través de un puente y, a continuación, siguen las escenas de adlocuciones, sacrificios implacables de prisioneros, sumisiones de enemigos y conducción de cautivos. A la mitad de la altura, una Victoria sirve aquí también de hito para marcar la separación entre las dos campañas bélicas dirigidas por Marco Aurelio: la germánica (contra los marcómanos y cuados), del 169 al 172 d.C., y la sármata, del 173 al 76. En el interior del fuste, en este caso sin éntasis, hay una escalera en espiral de 200 peldaños que conduce a la cima.

Pese a las similitudes de concepción entre esta columna y la de Trajano, los ochenta años transcurridos entre la construcción de una y de otra, se hacen patentes en la ejecución de sus relieves, en los que se aprecian notables diferencias. La altura de los frisos es mayor que la de su antecesora y en ellos las figuras aparecen tratadas con trazos esquemáticos, hechos con la profusa utilización del trépano para conseguir efectos de profundidad y claroscuro, muy en boga a partir de esta época. Con el empleo de tales recursos se ganó en expresividad pero se produjo una pérdida de la finura y calidad con la que se labraron los relieves del monumento trajaneo, fiel todavía a los modelos helenísticos y a las proporciones clásicas. Por otro lado, escenas como la del «milagro del rayo» (que destruyó una máquina de guerra levantada contra el campamento romano) o la del «milagro de la lluvia» (cuya providente aparición salvó al ejército de una muerte segura) introdujeron componentes de carácter sobrenatural muy propios de esta época, en la que los cultos orientales proliferaron en Roma y en la que, además, ya era frecuente la presencia de cristianos en los ejércitos imperiales. La necesidad de plasmar estos episodios obligó a crear nuevas iconografías. Así, el Iupiter Pluvius que terminó con la terrible sequía que a punto estuvo de acabar con las tropas en el transcurso de la primera guerra, tal y como nos cuenta Dión Casio[49], se representó como una gran imagen alada de la que caía la lluvia a raudales y cuyos rasgos recordaban más a los de las personificaciones de los ríos que a las de Júpiter. La reproducción de estos relieves en el «Museo della Civiltà Romana», permite su

detallado y accesible análisis.

Próximo a la columna se encontraba un templo dedicado por Commodo a su padre Marco Aurelio, del que han aparecido muy escasos vestigios, puesto que debió de demolerse ya en el Medievo. Asimismo, debió de alzarse un arco al que pertenecieron los relieves aurelianos que adornan el arco de Constantino.

Los Ustrina de los Antoninos

Dos recintos de planta cuadrada, existentes al nordeste de la Columna de Marco Aurelio, se han identificado con los crematorios imperiales de la dinastía antoniniana. El primero fue descubierto junto a la Columna de Antonino Pío, en 1703, en la «Via degli Uffici del Vicario». Se componía de dos recintos de travertino, uno dentro del otro, y de una línea de cipos que rodeaba al primero de ellos, que venía a ocupar un área de 30×30 m. y estaba pavimentada con grandes lastras de piedra.

El segundo de estos recintos, muy semejante al anterior, situado un poco más al este, fue descubierto en 1907, en el transcurso de unas obras de ampliación realizadas en el «Palazzo di Montecitorio». Sus restos fueron trasladados al Museo de las Termas.

El Templum Solis Aureliani

En el siglo III d.C. el Campo de Marte fue el lugar elegido por el emperador Aureliano (270–275 d.C.) para construir el Templum Solis en honor de la deidad suprema de la religión sincrética que, en torno al astro solar, alcanzó una gran difusión en esta época y que él mismo apoyó. Comenzó a edificarse en el 273 d.C., a su regreso de Oriente, vencedor de la reina Zenobia de Palmira y tras su victoria sobre Tétrico «emperador» de las Galias, en la zona existente entre la «Piazza di San Silvestre» y la «Vía del Corso». De él y de lo que pudo ser su entorno no queda el menor rastro, pero por un dibujo de Palladio (1518–1580), realizado cuando aún se conservaba parte del edificio, se puede tener una idea de su

disposición en planta y de lo que pudo ser su alzado. Su composición axial, que alcanzó los 250 m. de eje, permite deducir que este monumental conjunto se inspiró en modelos orientales, tales como los de los grandes templos de Palmira, Baalbek y Gerasa, que había podido admirar el emperador en sus viajes. Al parecer se componía de dos recintos sucesivos, dispuestos de norte a sur. El primero con los lados menores curvos, a modo de ábsides, estaba rodeado de pórticos y servía de monumental vestíbulo al segundo, un gran espacio rectangular, animado con nichos y exedras, en cuyo centro se alzaba el templo circular, alusivo en su forma y trazado a la deidad solar.

En su interior se colocó una estatua del emperador fundida en plata y otras de Helios y Baal. En los citados pórticos del vestíbulo se depositaba el vino destinado a las distribuciones gratuitas (vina fiscalia). En el siglo VI, todo el conjunto debía de estar en muy mal estado de conservación, pues ocho de sus enormes y ricas columnas de pórfido fueron enviadas a Constantinopla.

El área central del Campo de Marte

En esta zona se alzaron los siguientes templos y edificios, a los que nos referiremos siguiendo en lo posible un orden cronológico: los Saepta Iulia, el Teatro y el Pórtico de Pompeyo, el Teatro de los Balbos, los Templos del Largo Argentina, el Panteón, la «Piazza de la Rotonda», las Termas de Agripa y la Basílica de Neptuno, el Pórtico de Vipsania Polla, el Templo de Isis y Serapis, las Termas de Nerón, el Pórticus Divorum, el Estadio de Domiciano y el Odeón, el Templo de Matidia y el Hadrianeum.

Los Saepta Iulia

De este edificio[50], mandado construir por César, no queda prácticamente ningún vestigio. Sin embargo conocemos su planta por la Forma Urbis Severiana. Se destinó a las elecciones de los

Comitia centuriata[51], las genuinas asambleas populares cuyo voto era de la mayor importancia para alcanzar las principales magistraturas. César murió sin verlo terminado, pero fue continuado por Lépido e inaugurado por Agripa en el 26 a.C. Aparecía como un gran espacio de planta rectangular rodeado de pórticos y sus dimensiones, unos 310 m. de longitud por 44 m. de anchura, dan idea de su amplitud y magnificencia. Junto a él se construyó una gran sala destinada al recuento de los votos, el Diribitorium[52].

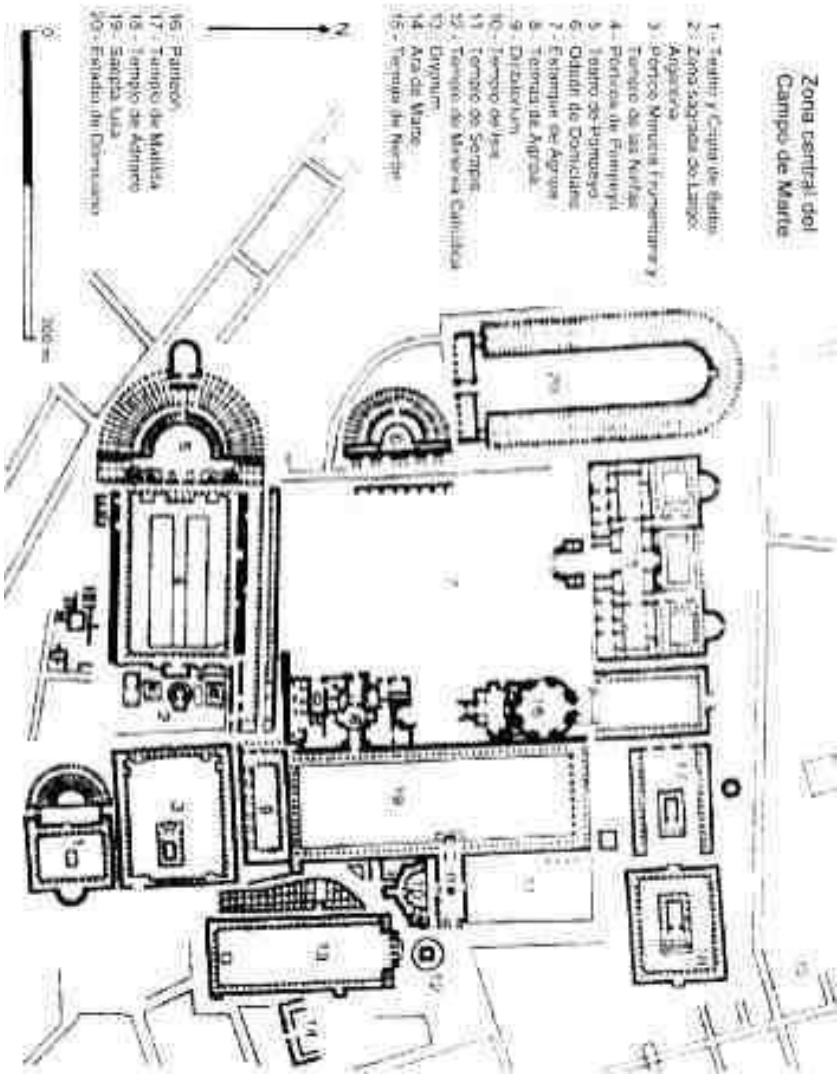
Situado en el centro del Campo de Marte y dedicado a una actividad eminentemente publica, sirvió para subrayar la importancia de la participación popular en la vida política de Roma, según el programa de César, que consideraba al pueblo merecedor de tan notable construcción para el desarrollo de las actividades que le competían por derecho. En época de Augusto perdió su primitiva finalidad y se convirtió en una simple plaza monumental en cuyos porches se establecieron elegantes tiendas, sobre todo, las dedicadas a antigüedades y obras de arte.

El Teatro y el Pórtico de Pompeyo

A su regreso a Roma en el 61 a.C., tras sus brillantes campañas de Oriente contra Mitrídates y Tigranes, Pompeyo celebró el triunfo que alcanzó un esplendor nunca visto hasta entonces: reyes y príncipes desfilaron detrás de su carro y en lienzos pintados se dio cumplida noticia de sus victorias. Después, procedió al licenciamiento de sus tropas, lo que fue un grave error por su parte, y decidió dotar a Roma de un teatro permanente, obra que nadie se había atrevido a realizar hasta entonces, ya que a ello se oponía la facción más conservadora del Senado.

Las representaciones escénicas al modo griego se celebraron en Roma desde mediados del siglo III a.C., y a tal fin se permitía la edificación de teatros ocasionales construidos en madera, como sucedió en los años 179, 174[53] y 154 a.C., aunque, pronto se mandaban derribar, como hizo el senador Escipión Nasica[54] por considerar estos tipos de representaciones perniciosas para la moral tradicional. Además, el Senado prohibió construir cualquier tipo de

teatros ni aun siquiera más allá de las murallas, a menos que se superara, por lo menos, una milla (la romana equivalente a 1.480 m.). A pesar de tales prohibiciones, de entre todos los teatros provisionales el más renombrado por su rica decoración fue el levantado en el año 58 a.C., por M. Emilio Scauro en el Campo de Marte, cuya descripción conocemos gracias a Plinio[55], quien calculó su capacidad para unos 80.000 espectadores, cifra que la crítica posterior ha considerado una exageración.



Pompeyo, conocedor de esta situación decidió, pese a todo, construir un tetro permanente en Roma. Como hombre cultivado que era, debió de sentirse impresionado por la visión de las ricas ciudades helenísticas en las que los teatros eran parte esencial del desarrollo de su vida cultural. Según Plutarco, la idea de hacer algo semejante la tuvo escuchando un concurso musical en el teatro de la ciudad de Mitilene, en la isla de Lesbos. El caso fue que, gracias a este general victorioso surgió una de las obras más monumentales

de la Roma republicana.

Las obras se terminaron en el 55 a.C. y la ceremonia de inauguración debió de celebrarse el 29 de septiembre de ese mismo año, coincidiendo con el aniversario de Pompeyo. Por Cicerón tenemos noticias de los fastuosos espectáculos que con este motivo se ofrecieron a los romanos.

El conjunto constaba de tres partes: el teatro propiamente dicho, compuesto por una cavea de 150 m. de diámetro y una capacidad de unos 12.000 espectadores, un doble pórtico rectangular adosado al hemiciclo del teatro, y el pequeño templo de Venus Victrix, que se alzaba en la parte central del hemiciclo.

La importancia de este teatro radica en que por vez primera la construcción exenta de la cavea se proyectó como un edificio independiente del suelo. Esta solución permitió, desde entonces, que los teatros romanos se convirtieran en monumentos ciudadanos, al no tener que someterse a las condiciones del terreno, como sucedía en el caso de los griegos, siempre excavados en las pendientes de las colinas más aptas a tal fin. La ordenación arquitectónica de la fachada, constituida por tres pisos se solucionó de forma semejante a la del Tabularium, es decir, por medio de hileras de arquerías superpuestas con los arcos flanqueados por pilastras a las que se adosaron columnas toscanas en el primer piso, jónicas las del segundo y corintías, en el tercero, acuñando un modelo llamado a repetirse en los futuros teatros y anfiteatros de todo el Imperio.

El magnífico pórtico, de grandes dimensiones (180 × 135 m.) fue concebido como lugar de esparcimiento para el público, estableciendo un prototipo que sería repetido en otras muchas ciudades en las que se construyó un teatro de cierta importancia, como aún puede verse en Mérida. Se adornó con árboles frondosos y con famosas obras escultóricas y pictóricas. Entre estas últimas se citaban cuadros de Polignoto y Nicias.

En el lado contiguo al pórtico había una exedra rectangular, en la que se alzaba una gran estatua en bronce de Pompeyo. Dicha exedra fue utilizada como Curia para las reuniones del Senado, mientras duraron las obras del Foro. Por esta razón, fue en este lugar donde

fue asesinado César el 15 de marzo del 44 a.C. En el teatro se colocaron también estatuas representativas de las 14 naciones dominadas por Pompeyo, realizadas por el escultor Coponio.

La construcción del templo de Venus Victrix fue la excusa que permitió edificar el teatro y el pórtico, ya que a ambos se los hizo figurar como dependencias del mismo. No podía olvidarse que en el año 55 a.C. las leyes restrictivas de Escipión Nasica aún estaban vigentes.

El conjunto de sus edificios sufrió serios deterioros con el paso del tiempo, siendo restaurado por Augusto en el 32 a.C. Más tarde, en época de Tiberio, se reconstruyó la escena. Sufrió graves daños en el incendio de Carino, en el 283 d.C., por lo que tuvo que ser reconstruido por Diocleciano y Maximiano. Desde entonces, los dos sectores en que se dividía el pórtico recibieron el nombre de Iovia y Herculia.

Del teatro y del pórtico apenas si se han hallado restos, sin embargo la curva interna del teatro puede seguirse perfectamente en las casas que rodean la plaza de «Grotta Pinta» que constituye uno de los casos más sorprendentes de adaptación a la estructura de un edificio desaparecido, pero que está presente en el trazado urbanístico de la ciudad. La curva externa puede rastrearse en la «Via del Biscione» y la «Piazza Pollarola». El «Palazzo Pio Righetti» construido en el siglo XVII frente al «Campo dei Fiori», se levantó en el lugar exacto donde estuvo el templo de Venus Victrix, utilizándose incluso sus cimientos para la nueva construcción. Restos de algunos cunei (secciones del graderío) del teatro aún son visibles en varias de las cantinas de esta zona. Famoso es el restaurante «Pancrazio» porque en él pueden verse restos del opus reticulatum de sus muros.

Frente al Teatro de Pompeyo se abría una gran explanada que desde la Edad Media pasó a ser una de las plazas de mercado más animadas de Roma. Es el citado «Campo de' Fiori» que aún hoy conserva su atmósfera tradicional. Antaño estuvo rodeado de posadas para peregrinos y viajeros, muchas de las cuales eran propiedad de una rica cortesana del siglo XV, Vanozza Catanei, amante del papa Alejandro VI Borgia. En la esquina, entre la «Piazza del Campo de' Fiori» y la «Via del Pellegrino» puede verse

su escudo que hizo decorar con el blasón de armas de su marido y el de su amante. En el centro de esta plaza se alza la estatua de una figura encapuchada que representa a Giordano Bruno. Este monje filósofo fue perseguido por sus ideas acerca de la pluralidad de los mundos y sistemas solares, el heliocentrismo, la infinitud del espacio y el movimiento de los astros. Acusado de herejía por la Inquisición, fue quemado en la hoguera el 17 de febrero de 1600.

El Teatro y el Pórtico (Cripta) de los Balbos

El llamado Teatro de los Balbos fue dedicado por L. Cornelio Balbo, el joven, perteneciente a una ilustre familia gaditana[56]. Lo construyó con el botín obtenido en sus campañas africanas contra la tribu de los garamantes del desierto líbico y tras la celebración de su triunfo en el 19 a.C. Fue el tercero y más pequeño de los tres teatros en piedra que tuvo Roma y su inauguración tuvo lugar el 13 a.C. Detrás de la escena había un pórtico cuadrado, rodeado de columnas y rematado por un ábside, como puede apreciarse en la Forma Urbis Severiana. El nombre de este pórtico, Crypta Balbi, ha hecho pensar que pudiera tratarse de un criptopórtico constituido, al menos en parte, por estructuras subterráneas. Ocupaba el área comprendida entre la «Via dei Delfini», «Via Caetani» y «Via delle Bottegue Oscure», esta última, debe su nombre a la proximidad del citado criptopórtico que en la Edad Media estuvo ocupado por los cordeleros, los antiguos funari. Este gremio que tuvo una gran importancia dio nombre incluso a la iglesia de «Santa Caterina dei Funari» que se alza en sus proximidades.

Parte de los restos de la cavea del Teatro se conservan en el «Palazzo Mattei Paganica», sede de la Enciclopedia Italiana. Hasta 1960, en que se realizaron nuevas prospecciones y estudios, dichos restos se consideraron pertenecientes a la curva del Circo Flaminio. Sin embargo, nuevas e importantes excavaciones realizadas entre 1981 y 1988 en los terrenos del antiguo convento de «Santa Caterina dei Funari» han permitido conocer diversos aspectos de la vida de la llamada «Edad Oscura de Roma», es decir la que va del siglo VI al XI, época en la que el recinto del antiguo pórtico se convirtió en un emporio comercial e industrial. Gracias a los dibujos de Giuliano da Sangallo (1445–1516) conocemos su planta y parte

de su alzado,

Así pues, los tres teatros de piedra de Roma fueron, el de Pompeyo, inaugurado en el año 55 a.C; el de los Balbos, del 13 a.C.; y el de Marcelo, del que más tarde hablaremos, iniciado por César y dedicado por Augusto, en el 11 a.C., a quien fuera su sobrino y yerno, tras su temprana muerte acaecida en el 23 a.C. A partir de esta fecha, los gustos del pueblo se centraron en los espectáculos ofrecidos en el anfiteatro y en el circo, por lo que las representaciones teatrales cayeron en desuso, hasta el punto de que en el siglo III d.C., estos tres edificios estaban totalmente abandonados.

Los templos del «Largo Argentina»

El Teatro Argentina, sito en la «Via de Torre Argentina» es uno de los más importantes de Roma. Fue fundado por la poderosa familia Sforza Cesarini en 1730, aunque la fachada es de un siglo posterior[57]. Frente a él se halla el conjunto arqueológico conocido con el nombre de «Área Sacra del Largo Argentina», sacado a la luz en las excavaciones realizadas entre 1926 y 1928. En el trascurso de las mismas se hallaron los restos de cuatro templos de época republicana que constituyen uno de los centros de mayor interés de la ciudad, tanto por su importancia como por su céntrica ubicación.

Esta zona estaba delimitada por edificios muy conocidos: al norte, por el Hecatostylum, un pórtico de cien columnas, o Porticus Lentulorum, así llamado porque fue construido por dos hermanos, los Lentuli, partidarios de Pompeyo, cónsules entre el 57 y 49 a.C., que murieron poco después de la batalla de Farsalia, y por las Termas de Agripa; al sur, por la zona del Circo Flaminio y los monumentos próximos al mismo; al oeste por el pórtico del Teatro de Pompeyo; y al este, por una gran plaza porticada de nombre Porticus Minucia Frumentaria.

Los citados templos son conocidos con las cuatro primeras letras del alfabeto A, B, C y D. De entre ellos el más antiguo es el «C», el tercero empezando por el Norte. Es un templo que se elevaba sobre un alto podium de tufo, períptero sine posticum, es decir sin columnata en su lado zaguero, y precedido por un altar. Los muros de su cella eran de ladrillo y el pavimento de mármol blanco, enmarcado en negro y aún visible, es el de la restauración llevada a cabo en tiempos de Domiciano, después del incendio del año 80 d.C, que afectó gravemente al Campo de Marte. El análisis de sus vestigios ha permitido fecharle en el siglo IV o comienzos del III a.C.

El templo «A», el más septentrional de todos, debió de edificarse en el siglo III a.C., aunque se supone que se reconstruyó en tiempos de Pompeyo. Se trata de un templo períptero canónico, con columnas de tufo y capiteles de travertino, aunque las que hoy se ven son de época más tardía. En la Edad Media se levantó sobre él la pequeña iglesia dedicada a San Nicolás, de la que aún son visibles los restos

de sus dos ábsides. Los fragmentos de columnas que se conservan en su lado norte pertenecen al citado Hecatostylium o pórtico de las cien columnas. Aquí se construyeron, en época imperial, dos lavatorios de mármol cuyos restos aún se ven detrás de este templo.

El templo «D», el más grande de todos, edificado en el flanco meridional, debió de erigirse en el siglo II a.C., aunque fue restaurado a fines de la época republicana y posteriormente en época trajánea, como ha demostrado el análisis de sus restos arqueológicos. El último de todos fue el «B» con cella circular construida sobre un alto podium, escalinata de acceso y pórtico tetrástilo. Las columnas corintias eran de tufo y las basas y capiteles de travertino.

Junto a este edificio se encontró una estatua de mármol griego de gran tamaño, ya que solo la cabeza medía 1,46 m. Se trata de un acrólito que se conserva en el Museo Capitolino, y cuyas vestiduras se ha supuesto que pudieron ser metálicas. Debió de ser la estatua de culto de este templo «B», dedicado, al parecer, a una divinidad femenina.

Tras las ruinas correspondientes a los templos «B» y «C» se han hallado los restos de una plataforma de bloques de piedra porosa que se ha identificado con la Curia de Pompeyo, un edificio rectangular al que ya hemos hecho alusión. Es difícil seguir las vicisitudes sufridas por estos edificios, por falta de excavaciones estratigráficas y porque los varios incendios que afectaron la zona obligaron a su reconstrucción en varias ocasiones e incluso a la elevación del suelo original con sucesivas pavimentaciones, la última de las cuales sobre el que fue edificado el templo circular «B», se ha datado hacia el 180 a.C.

Entre los edificios construidos en esta época en el Campo de Marte el que mejor parece adecuarse a las características de toda esta área es el Porticus Minucia Vetus, construido por el cónsul M. Minucio Rufo tras su triunfo sobre los tracios en el 107 a.C., y que figura en la Forma Urbis ubicado precisamente al este del actual «Largo Argentina». Se sabe que este Pórtico se componía de dos edificios: el Porticus Vetus y el Porticus Frumentaria, este último surgido como una ampliación del anterior en tiempos de Claudio para el reparto de las raciones de trigo gratuitas (frumentationes). Todos los

indicios de que disponemos parecen indicar que el «Area Sacra» debe asociarse con el Porticus Minucia Frumentaria y siguiendo este criterio los templos se han identificado con los dedicados a las siguientes divinidades: el «C» sería el consagrado a Feronia una antigua divinidad itálica de las fuentes y los bosques, cuyo culto estaba muy difundido en la Italia central. Esta diosa tenía un templo en el Campo de Marte del que ya se tiene noticia en el 217 a.C.; el «A» podría ser el de Iuno Curritis (protectora de las aguas corrientes) o el de Iuturna[58] otra ninfa de las fuentes. Se sabe que ambos templos fueron edificados en el Campo de Marte en el siglo III a.C.; el primero por Q. Lutacio Cercón tras su victoria sobre Falerii (actual «Civita Castellana») en el 241 a.C., y el segundo por Q. Lutacio Catulo después de su victoria sobre los cartagineses en el mismo año; el «D» se supone que fue el santuario de los Lares Permarini (Lares de las aguas) que se sabe fue dedicado en el 179 a.C.; y el «B» con la Aedes Fortunae Huiusce Diei (de la Fortuna Cotidiana) fundada por otro miembro de la gens de los Lutatii, Q. Lutacio Catulo, cónsul en el 101 a.C. con Mario, tras la victoria sobre los Cimbrios.

La atribución de tres de los cuatro templos a dioses de las aguas, la identificación del vecino templo de la «Via delle Botteghe Oscure», descubierto en 1938, con el Santuario de las Ninfas, que ocupaba el centro de la Villa Publica, construida en época de Claudio, la vecindad con las Termas de Agripa y la asociación del conjunto con los dos Porticus Minuciae, son factores que han llevado a pensar que estos edificios pudieran ser las sedes de las instituciones desde las cuales se controlaba el cuidado de los acueductos y la distribución del grano. Estos servicios fueron unificados por Septimio Severo en una sola administración al cargo de la cual estaba el Curator Aquarum et Minuciae. Más tarde, en época de Constantino, dicha administración se trasladó a otro edificio construido junto al antiguo santuario dedicado a Iuturna, el existente en el Foro.

El Panteón

El Panteón de Roma es uno de los edificios más conspicuos de la arquitectura occidental de todos los tiempos y el que mayor

influencia ha ejercido en cuantos arquitectos han tratado de emular su cúpula, a partir del Renacimiento. Su excelente estado de conservación, ya que fue consagrado como iglesia de Sancta Maria ad Martyres, en el año 609, y la pericia técnica de su construcción han hecho que sea considerado un monumento paradigmático, con más de 2000 años de existencia y el más grande de todos los llegados hasta nuestros días. Nada sabemos acerca del arquitecto que lo construyó en época de Agripa y nada tampoco del que lo rehizo, prácticamente ex novo, en tiempos de Adriano. Se ha pensado que este último pudo ser Apolodoro de Damasco, el gran arquitecto de Trajano, con el que Adriano tuvo notables diferencias desde sus primeros contactos. Sin embargo, dicha posibilidad carece de base histórica para poder ser manejada más allá de la simple suposición. Lo cierto es que el «segundo Panteón» fue la obra de un gran artista y un magnífico técnico, capaz de proyectar y de construir un monumento sin par, admirado por cuantos le han considerado un ejemplo a imitar. Así, no es de extrañar que Miguel Ángel lo calificase de «disegno angelico e non umano».

El primer templo que se alzó, en el lugar que hoy ocupa el que todavía se mantiene en casi perfecto estado de conservación, fue construido entre los años 27 y 25 a.C. por Agripa, dentro del programa de reestructuración y urbanización del área del Campo de Marte que planificó y llevó a cabo con gran éxito. Con este templo pretendía honrar a todas las deidades del Olimpo[59], lo que significaba la plena aceptación de las corrientes grequizantes que, poco a poco, habían ido penetrando en las capas altas de la sociedad romana, de tal suerte que los dioses griegos se habían ido identificado con los vernáculos romanos.

El lugar elegido fue aquel en el que confluían dos riachuelos de escaso caudal, el Acqua Sallustiana y el Amnis Petronia. En esta zona pantanosa, denominada Palus Caprae, era desde donde, según la tradición, Rómulo, el mítico fundador de la ciudad, había sido transportado al cielo por el dios Marte y es probable que, en memoria de tal prodigio, se levantase, en su día, un túmulo honorífico en dicho terreno, considerado sagrado. Entra dentro de lo posible que estos antecedentes fueran tenidos en cuenta por Agripa a la hora de elegir el punto de enclave ideal para construir un templo de tan profundo significado. Sabido es que los lugares

considerados sacros permanecen como tales en la memoria colectiva de los pueblos, aunque incluso lleguen a olvidarse los remotos orígenes de su sacralidad.

Las excavaciones realizadas en el entorno del Panteón, a fines del siglo pasado, dieron como resultado el hallazgo de restos pertenecientes al primer edificio, bajo el pórtico del actual. Se ha estimado, a través de los escasos datos de que se disponen, que debió de ser un templo de planta rectangular (19,82 × 43,76 m.) orientado hacia mediodía, es decir, en sentido opuesto al actual. Frente a su fachada principal se alzarían la basílica de Neptuno y las llamadas Termas de Agripa. Al parecer, sufrió grandes daños en el incendio del año 80 d.C., por lo que fue reconstruido en parte por Domiciano. Afectado de nuevo por otro incendio, el del año 110 d.C., ya en época de Trajano,[60] quedó en muy mal estado a partir de dicha fecha. Por ello no es de extrañar que fuera totalmente derribado cuando Adriano decidió sustituirle por otro construido ex novo entre los años 118 y 125, como lo atestiguan los sellos latericios. Sin embargo, es de celebrar el buen criterio del emperador quien, a pesar de ser el artífice del nuevo edificio, mantuvo la autoria de Agripa en la inscripción de su arquitrabe:

M (ARCUS) AGRIPPA L (UCI) F (ILIUS) CO (N) S (UL) TERTIUM FECIT.

Tal decisión parece estar acorde con la noticia que nos transmite la Historia Augusta[61] acerca del deseo de Adriano de que su nombre no figurara en los edificios por él construidos, salvo en el templo que dedicó a Trajano, su padre adoptivo, después de su muerte, en la cabecera del conjunto de su espléndido Foro, hoy de discutida ubicación.

Otra inscripción, en caracteres más pequeños recuerda la restauración que se llevó a cabo en el 202 d.C., en época de Septimio Severo y Caraccalla.

IMP. CAES L.SEPTIMIUS SEVERUS / ET IMP. CAES. M. AURELIUS ANTONINUS / PANTHEUM VETUSTATE CORRUPTUM CUM OMNI CULTU RESTITUERUNT.

El emperador L. Septimio Severo / y el emperador Marco Aurelio Antonino / el Panteón arruinado por el tiempo restauraron con todo cuidado.

El edificio actual se presenta como un cilindro de planta circular de 43,50 m. de diámetro, cubierto por una bóveda semiesférica que se alza, asimismo, a 43,50 m. de altura, es decir, que el espacio interno está constituido por una esfera perfecta, inscrita en un cilindro, cuya altura es igual al diámetro de dicha esfera. Nunca hasta entonces se había cubierto un espacio de tales dimensiones, razón por la cual, esta cúpula se convirtió en un modelo para la posteridad. En lo alto de la misma se abre un óculo redondo, de casi 9 m. de diámetro (8,92 m.), a cielo abierto, por el que penetra la única luz difusa que ilumina su interior y por el cual la lluvia cae tan difuminada que sus efectos no se perciben más que en la mancha, redonda y húmeda, que se marca en su suelo. Este pavimento de taracea de pórfido, granito y mármoles de colores («rosso» y «giallo antico»), dispuestos en motivos geométricos (círculos y rectángulos), se supone que es el original, sobre todo por lo que se refiere a sus materiales. De entre todas las restauraciones de que ha sido objeto, hay que destacar la de 1873, fecha en la que se procedió a su limpieza y a la reposición de los fragmentos perdidos o muy deteriorados, por orden de Pío IX (1846–1878).

El templo está precedido por un gran pórtico columnado de 33,10 m. de ancho por 15,50 m. de profundidad. En primera fila se encuentran ocho columnas de granito gris, con capiteles y basas de mármol blanco. De estas columnas, dos de las del lado izquierdo, fueron sustituidas en el siglo XVII, por otras procedentes de monumentos ya arruinados. Detrás de estas ocho columnas de fachada, otras doce, seis a cada lado de granito rosa, convierten a este espacio en un amplio porche de tres naves. La central conduce a la puerta de entrada y las dos laterales a sendos nichos en los que

posiblemente estuvieron las estatuas de Augusto y de Agripa. La magnífica puerta broncínea que cierra su único acceso al interior se considera la original, aunque sobre este punto existen disparidad de criterios.

El cilindro (de 6 m. de espesor en su arranque), está cimentado por diversas capas de hormigón mezclado con cascotes de travertino y tufo, materiales que se sustituyeron, al ganar altura los paramentos, por otros menos consistentes, tales como fragmentos laetericios y de lapilli volcánico, con objeto de aligerar su peso en sus partes superiores. Para su refuerzo y trabazón con los muros externos, cada metro y medio corren a todo lo largo y ancho de las paredes, una serie de tongadas horizontales de hiladas de grandes ladrillos, de 60 cm. de lado (bipedales). El espesor de este cilindro fue aminorado, asimismo, por la apertura de ocho amplias exedras, alternativamente rectangulares y semicirculares. Estas últimas son las actuales capillas que se corresponde con los ejes principales del edificio. De esta suerte, los machones que quedan entre dichas exedras, aunque aligerados, a su vez, por pequeñas cámaras semicirculares, son los que sostienen las cargas de la cúpula, de modo que las columnas de ricos capiteles corintios situadas delante de las exedras, son puramente decorativas. Sin embargo, el elemento principal de la estructura de estas paredes son las tres series superpuestas de arcos de descarga formados por roscas de ladrillos bipedales, que formando verdaderas bóvedas radiales dentro de la masa muraria, son las que distribuyen las cargas de la cúpula hasta conducirlas a los machones citados, los verdaderos soportes de la cúpula semiesférica. Al exterior, este cilindro, debió estar revestido con placas de mármol y de estuco, en sus partes superiores, de las que se han conservado algunos restos que permiten imaginar el espléndido aspecto que tendrían, en su día, los paramentos que hoy aparecen descarnados, hasta el punto de permitirnos ver su esqueleto arquitectónico.

La cúpula, que arranca de la mitad de la altura total, está formada por un núcleo de hormigón con cascote de tufo y lapilli, mientras en su parte externa aparecía forrada por una serie de capas horizontales de ladrillos bipedales. Lo más interesante desde el punto de vista arquitectónico es el festoneado de arcos y arquillos de descarga que, superpuestos unos a otros, van distribuyendo las

cargas de la cúpula hacia los mencionados ocho machones, previstos para recibir todo el peso de la misma. La bóveda va perdiendo espesor a medida que asciende hasta llegar a 1,40 m. en el anillo anterior al óculo. Toda ella aparece revestida interiormente con un reticulado de casetones que acentúan su forma esférica, ya que solo se interrumpe en la zona próxima al óculo, donde se recubre por un casquete liso. Al exterior estuvo cubierta por tejas de bronce, que hizo arrancar Constante II en el 665 d.C. Sin embargo, el hormigón y el opus signinum con que fue recubierta en su día hacen que siga siendo impermeable.

La visión que ahora tenemos del Panteón dista mucho de la que tuvo en la antigüedad. Su fachada aparece encajada al ras del nivel del suelo de la llamada «Piazza della Rotonda», mientras que antaño estaba precedida por una escalinata de unos seis peldaños que conducía a un amplio rellano anterior al pórtico columnado. Además, hay que imaginar a este edificio enclavado dentro de una plaza rectangular porticada de dimensiones mayores que la actual, de suerte que desde el exterior, el templo se aparecía como un peristilo canónico, ya que frontalmente el cuerpo cilíndrico era prácticamente invisible. En el año 735, el papa Gregorio III (731–41) lo hizo recubrir de láminas de plomo que si bien lo salvaron de una ruina total, modificaron las características originales del monumento.

A lo largo de la Edad Media, el Panteón sufrió, de algún modo, los avatares de las tensiones surgidas por las luchas de poder mantenidas entre el Pontificado, el pueblo y la nobleza. El papa Anastasio IV (1152–54) proyectó la construcción en él de una residencia pontificia para los canónigos de la iglesia que finalmente edificó su sucesor Adriano IV (1154–59). La propiedad de la plaza fue confiada a los canónigos de la nueva residencia por Calixto III (1455–58), situación que se mantuvo hasta el siglo XVII, lo que permitió a los religiosos cobrar gravámenes e impuestos a los mercaderes que allí se concentraban.

Entre 1305 y 1307, mientras el Papado estuvo en Avignon, el Panteón se utilizó como fortaleza y mercado, conociendo sus mejores momentos como ágora de mercaderes. El papa Urbano VIII (1623–1644) abolió los privilegios de los antiguos residentes de la

casa pontificia, pero despojó al Panteón de cuantos elementos de bronce conservaba aún para fundir el baldaquino que realizó Gian Lorenzo Bernini en San Pedro del Vaticano. Hizo derribar el pequeño campanario que se había erigido en 1270 y en su lugar levantó otros dos nuevos, situados a ambos lados del pórtico, siguiendo el proyecto encargado, asimismo, a Bernini. Estas criticadas torrecillas, calificadas con el nombre de «orejas de burro» fueron retiradas en el año 1883[62].

Alejandro VI (1655–67) sustituyó las dos columnas de la izquierda del pronaos por dos de granito rosa procedentes de las termas de Nerón o Alejandrinas (de las que más tarde hablaremos), encontradas en las proximidades de San Luis de los Franceses, cerca de la actual «Piazza Navona». Hizo rebajar el nivel de la plaza y demoler algunas casas propiedad del Capítulo para iniciar las excavaciones en uno de los lados del pórtico; y además, para evitar que los mercaderes entrasen en él, lo cerró con una verja. Posteriormente Inocencio XI (1676–89) restauró la techumbre de la cúpula y Clemente XI (1700–21), el altar mayor. Este mismo papa hizo colocar sobre la fuente, que ya se alzaba en su actual lugar desde 1575, el obelisco que fue hallado en las cercanías de la «Piazza de San Macuto»[63].

Benedicto XIV (1740–58) consiguió sustraer al Panteón de la jurisdicción del Senado Romano para confiar su cuidado y mantenimiento a la Curia Apostólica. Fue entonces cuando encargó a Paolo Posi que abriera en el ático catorce ventanas ciegas, alternando con pequeños rectángulos. Esta decisión, incomprensible e inútil, fue corregida en 1930 por el arquitecto Alberto Terenzio, siguiendo los diseños que de este monumento hicieran Rafael Sanzio y Baltasar Peruzzi.

En el período napoleónico se proyectó una ampliación de la plaza que nunca llegó a realizarse. Mientras tanto, Pío VII (1800–23) comenzó a liberar al Panteón de las diversas casuchas y construcciones que poco a poco se la habían ido adosando y trasladó cuantos bustos honoríficos se habían colocado en su interior, al Museo Capitolino. Esta labor de despejar al monumento de edificios parasitarios y de mala calidad, fue continuada por Pío IX (1846–78) en 1857 y, más tarde, por el Gobierno italiano.

El primer personaje enterrado en este lugar fue Rafael Sanzio (1483–1520), siendo el encargado de la realización de su mausoleo Lorenzo Lotti (1430–1541) también conocido con el nombre de Lorenzetto, el escultor que hizo en 1524, la llamada Virgen del sasso (de la roca o de Rafael) ya que, según el Vasari, el modelo original fue obra de este artista. Dicha Virgen, así llamada porque su pie se apoya en una roca, hoy se yergue sobre su tumba. La sepultura fue abierta en 1833 para verificar su contenido y sus restos fueron trasladados al sarcófago de época romana que a tal fin donó el papa Gregorio XVI (1831–1846). En dicho sarcófago se grabó un célebre dístico del cardenal Pietro Bembo, el gran humanista del siglo XVI[64]:

Ille hic est Raphael, timuit quo sospite vinci / rerum magna parens et morienti mori. (Aquí está aquel Rafael, del que la gran madre de todas las cosas – la Naturaleza – temió ser vencida mientras él vivió, y ahora que ha muerto teme haber de morir ella también).

La actual disposición de su sepulcro data de 1811 y es obra de Antonio Muñoz. El busto del artista que se encuentra a la izquierda es del escultor Giuseppe Fabris quien lo realizó en 1833.

Cuando el 9 de enero de 1878 falleció Vittorio Emanuele II, su heredero Umberto I decidió enterrarle en el Panteón, encargando su sepulcro al arquitecto Manfredo Manfredi. Posteriormente, este rey (muerto en 1900) y su esposa Margarita de Saboya (fallecida en 1926), recibieron sepultura en este mismo lugar por decisión de su hijo Vittorio Emanuele III, quien encargó sus monumentos funerarios a Giuseppe Sacconi, aunque fueron terminados, a la muerte de este arquitecto, por Guido Cirilli. La tumba se compone de una placa de alabastro enmarcada por bronce dorado. A los lados se yerguen las figuras alegóricas de la Bondad, obra de Eugenio Maccagnini y de la Munificencia, de Arnaldo Zocchi. Delante se encuentra una ara de pórfido en la que figuran las insignias reales, de Guido Cirilli. Desde entonces, el Instituto Nacional de la Guardia de Honor de las tumbas reales, fundado en 1878, se encarga de su servicio de honor y mantenimiento.

En su interior, el Panteón conserva destacadas obras de arte y pinturas de artistas famosos. Mención especial merece la «Capilla de los Virtuosos», fraternidad fundada por el canónigo Desiderio da Segni y declarada cofradía en 1545, por Pablo III Farnesio (1534-49). De ella formaron parte los artistas más destacados de Roma, desde el Renacimiento al siglo XIX. Esta institución subsiste con el nombre de «Academia Pontificia de las Bellas Artes» y en la actualidad tiene su sede en el Palacio de la Cancilleria. En la quinta capilla aparece una pintura sobre lienzo, de hacia 1750, en la que se representa al emperador Foca donando el Panteón al papa Bonifacio IV (608–615).

Este singular edificio depende, en la actualidad, de la Superintendecia de los Bienes Ambientales y Arquitectónicos del Lacio, siendo este organismo el que se encarga de su cuidado y restauraciones constantes.

La «Piazza della Rotonda»

Se extiende delante del Panteón y en ella se alza la bella fuente, ya citada, del siglo XVI (1575)[65] en la que Clemente XI (1700–1721) hizo colocar, en 1711, el obelisco de tipo egipcio de 6 m. de altura (veinte pies romanos) procedente del área donde se alzaron los templos de Isis y Serapis. El encargado de la obra fue su arquitecto predilecto, Carlo Fontana quien murió poco después de terminarla. El obelisco es similar al que coronó el monumento de «Santa Maria Sopra Minerva». Ambos obeliscos procedían del templo de Isis y Serapis, sito en el Campo de Marte y se hallaron en el jardín del Monasterio de los dominicos de «Santa Maria Sopra Minerva»[66], aunque el primero fue desenterrado en 1373 y el segundo en 1665.

Las Termas de Agripa y la Basílica de Neptuno.

Las Termas de Agripa fueron los baños públicos más antiguos de Roma y se construyeron a partir del 25 a.C., aunque no debieron de entrar en funcionamiento hasta el 19 a.C., fecha en la que comenzó a funcionar el Aqua Virgo. Posteriormente, fueron restaurados

después del incendio del 80 d.C. y, más tarde, casi rehechos ex novo por Adriano. En el siglo IV d.C., Constancio y Constante, hacia el 344–45 d.C., procedieron a una nueva remodelación.

Debieron de ocupar el área que se encuentra al norte del Largo Argentina, entre el «Corso de Vittorio Emanuele» y la «Via de Santa Clara». El edificio debía de medir de 80 a 100 m. de ancho, de este a oeste, y unos 120 m. de largo. Su planta respondía a los modelos termales más antiguos, con dependencias en torno a una gran sala circular que venía a medir unos 25 m. de diámetro. Sus pórticos y salas estaban adornados con copias de esculturas y pinturas de los de los más famosos artistas griegos. Muy celebrado fue el «Pórtico de los Argonautas», por el tema pictórico elegido para su decoración y, de entre la colección de estatuas, destacaba el Apoxiomenos de Lisipo, el famoso escultor griego del siglo IV a.C., muy estimada por los romanos. Junto a las Termas se extendía el hermoso jardín del Euripus, con un gran estanque del que salía un canal (euripus) que atravesaba todo el Campo de Marte e iba a desaguar al Tíber, cerca del actual puente de «Vittorio Emanuele».

Junto al edificio de las Termas se alzaba la llamada Basílica de Neptuno, en terrenos hoy atravesados por la «Via Palombella», que se encuentra en la parte trasera del Panteón. Su cubierta fue una bóveda de crucería, contemporánea a la reconstrucción de todo el conjunto realizada por Adriano en el siglo II d.C.

El Pórtico de Vipsania Polla

Este Porticus Vipsaniae Pollae fue construido por Agripa, en honor de su hermana Vipsania, no lejos de donde se alzó más tarde el Ara Pacis. Allí fue donde se colocó el gran mapa general del mundo conocido, el Orbis Pictus y posiblemente también el primer plano de la ciudad, la Forma Urbis, mandada realizar por el propio Augusto. Las siguientes ediciones de este plano serían las realizadas en época de Vespasiano y de Septimio Severo. Ambas estuvieron colocadas en una de las paredes del Forum Pacis[67].

El templo de Isis y Serapis

Este templo que debió de ocupar el lugar donde hoy se alza la iglesia de «San Stefano del Caco», próxima a la «Via di Pie di Marmo»[68] y a la «Via del Gesú» fue uno de los más importantes de los consagrados a las deidades egipcias. La religión y misterios de estos dioses se difundieron por el mundo grecorromano desde época helenística y, sobre todo, a partir de la conquista de Egipto por Roma, alcanzando su momento de auge en los siglos II y III d.C. Debió de ser construido en el 43 a.C., pero en época de Augusto y de Tiberio, al prohibirse su culto, el templo debió de sufrir las consecuencias de su casi total abandono, ya que el último de estos dos emperadores llegó incluso a ordenar que sus estatuas de culto se arrojasen al Tíber. Sin embargo, Calígula y Nerón protectores de la religión egipcia decretaron su restablecimiento y procedieron a la restauración del templo y de su recinto sagrado. Asimismo, después del incendio del 80 d.C., fue reconstruido por Domiciano y más tarde por el emperador Alejandro Severo (222–235 d.C.).

La ubicación del santuario se ha podido fijar por la Forma Urbis Severiana donde figura en lugar muy próximo a los Saepta y al Porticus Divorum de Domiciano. Se componía de una gran plaza porticada con una amplia exedra con columnas y el templo al fondo. Al lado opuesto se debía de encontrar el de Serapis, del que no ha quedado el menor vestigio. Del templo de Isis podemos hacernos una idea ya que la imagen de su frente se nos ha conservado en una moneda de Vespasiano, emperador que también fue protector de este culto. Se alzaba sobre un alto podium y era tetrástilo, con el intercolumnio central de mayor anchura que los laterales. El frontón era semicircular y en su interior aparecía Isis cabalgando sobre el perro Sirio. Toda la decoración era de motivos egipcios y en el pórtico se hallaban varias figuras isíacas.

Son varios los restos de obeliscos que se han hallado, en esta zona, todos ellos de unos 6 m. de altura. Aparte de los ya citados de la «Piazza Rotonda» y de la «Piazza de Santa Maria sopra Minerva», está el que hoy se encuentra en el «Viale delle Terme», en el monumento a los caídos de Dogali, que es de época de Ramsés II y procedía de Heliópolis; el que estuvo en los jardines Boboli de Florencia y hoy se encuentra en la villa Medici de Roma,

igualmente procedente de Heliópolis y de época de Ramsés II; y el que está delante del Palacio Ducal de Urbino, de época de Apries (siglo VI a.C.). A esta serie habría que añadir el que Bernini instaló en 1651, en la Fuente de los ríos, en «Piazza Navona», de 30 m. de altura (cien pies romanos). Procedía del Circo de Majencio, sito en la Vía Appia pero como entre los jeroglíficos que cubren sus superficie aparece el nombre de Domiciano, se ha pensado que, originariamente, estuviera situado en un cuadrado que aparece en la Forma Urbis en una posición coincidente con la intercesión de las actuales vías de «Pie di Marmo» con la del «Gesú». De esta misma zona proceden muchas esculturas relacionadas con los cultos egipcios: las estatuas alegóricas del Nilo y del Tíber que, hoy, se encuentran en el Museo del Vaticano y en el del Louvre, respectivamente; el torso de la llamada Madama Lucrezia, ahora en la esquina de la plaza de San Marcos, y que no es otra cosa que un fragmento de una estatua de Isis, como lo atestigua el nudo que se aprecia en su pecho (nudo isíaco), característico del atuendo de esta diosa, y el lote de las halladas en 1883 y que están en el Museo Capitolino.

Las Termas de Nerón

Entre la Saepta y el estadio de Domiciano, entre las actuales vías del «Pozzo delle Cornachiae» y «della Dogana Vechia» Nerón construyó sus Termas hacia el 62 d.C. Fueron restauradas por Alejandro Severo en el 227 d.C., por lo que pasaron a ser conocidas, con el nombre de Termas Alejandrinas. Su planta se ha podido reconstruir siguiendo algunos de los dibujos que de sus ruinas se hicieron en época renacentista. En general, puede decirse que su trazado respondía al esquema común de estos grandes conjuntos termales de época imperial. De ellas no nos han quedado más vestigios que algunos restos de muros hallados bajo el «Palazzo Madama» y dos columnas que encontradas en 1943 en la plaza de San Luis de los Franceses, se erigieron en la «Via de San Eustaquio». Otras dos se colocaron en 1666, como ya se ha dicho, en el pórtico del Panteón, para sustituir las dos últimas del lado izquierdo que estaban prácticamente destrozadas.

El «Palazzo Madama», que se encuentra en la zona oriental de la

«Piazza Navona», en el «Corso del Rinascimento», se construyó en el siglo XVI para residencia de los cardenales Medici, los primos Giovanni y Giuliano. El primero fue el papa León X (1513–1521) y el segundo, Clemente VII (1523–1534). Su magnífica fachada fue realizada en el siglo XVII, por Paolo Marucelli. En esta hermosa mansión residió Catalina de Medici, sobrina de Clemente VII, antes de casarse en 1533 con Enrique, el hijo de Francisco I de Francia. Su nombre se debe al hecho de que habitó en él Margarita de Austria, la hija ilegítima de Carlos I, que se casó con Alejandro de Medici y, tras quedar viuda, con Octavio Farnesio. Desde 1871 es la sede del Senado italiano.

La iglesia de «San Luigi dei Francesi» se encuentra al norte del «Palazzo Madama» fue fundada en 1518 pero no se terminó hasta 1589, habiendo trabajado en ella Giacomo della Porta y Domenico Fontana. Aquí fueron enterrados célebres personajes franceses y pueden verse famosos cuadros de Caravaggio. En uno de los nichos de su fachada se halla una estatua de San Luis, realizada en el siglo XVIII. En el lado meridional del citado palacio se alza la iglesia de «Sant´Ivo alla Sapienzia», una de las obras más admirables de Borromini, en la que trabajó entre 1642 y 1660. Esta pequeña iglesia se alza en el patio del «Palazzo della Sapienza», sede de la Universidad de Roma desde el siglo XV hasta 1935.

El Porticus Divorum

Este magnífico pórtico fue construido por Domiciano en honor de su padre Vespasiano y su hermano Tito. Conocemos su planta a través de la Forma Urbis, aunque de él no se ha conservado el menor vestigio. Era un gran espacio porticado, rectangular, oblongo, en cuyos extremos se alzaban dos templetes sobre podium, con un frente de cuatro columnas: uno dedicado a Vespasiano y otro a Tito.

El Estadio de Domiciano (Stadium Domitiani) y el Odeón

El antiguo estadio de Domiciano, construido en el 86 a.C., es hoy la plaza barroca más bella de Roma y uno de los lugares más

afortunados de la ciudad ya que, a través de los siglos, ha mantenido su carácter de centro ciudadano, siempre atractivo por su bullicio y alegría. En ella se siguen celebrando acontecimientos de carácter popular y continúa siendo punto de encuentro obligado en el que confluyen los peregrinos y visitantes de la ciudad, procedentes de todas las partes del mundo, atraídos por su espléndido marco arquitectónico y sus bellas fuentes.

Su nombre actual, «Piazza Navona» se ha interpretado como una derivación de los términos in agone ya que aquí tenían lugar las competiciones atléticas al modo griego (agon-onis), a las que nunca fueron muy aficionados los romanos. Buena muestra de ello fue que el empeño de Domiciano por fomentarlos, frente a los espectáculos del anfiteatro y las carreras de carros en el circo, no pasó de ser un episodio efímero.

La actual plaza conserva la planta del antiguo estadio, de forma rectangular y alargada, con su lado septentrional curvo y el meridional recto. Los edificios que la circundan se construyeron sobre las gradas de la cavea, cuyos restos aún son visibles en algunos sectores. En la plaza de «Tor Sanguigna» se aprecia claramente un tramo del lado curvo, conservado bajo algunas construcciones modernas. Asimismo, algunos de los vestigios de sus arcos son visibles en los bajos de la iglesia de «Sant'Agnese in Agone».

Este edificio fue construido para la celebración de los juegos atléticos, musicales y ecuestres del Certamen Capitolinum que en honor a Júpiter fueron instaurados en el 86 d.C. Medía 275 m. de largo por 106,10 m. de ancho y su aforo se ha calculado que pudo ser de unos 30.000 espectadores. Al ser un estadio, no tenía ni espina central ni carceres, por lo que su arena aparecía completamente despejada. Las puertas principales se abrían en el centro de los lados largos. Había otro acceso en el lado curvo y tal vez tres en el rectilíneo. El sector septentrional fue excavado entre 1936 y 1938 y se sacaron a la luz buena parte de sus restos. Las fachadas se componían de arcos apoyados en pilastras de travertino, adornadas con semicolumnas jónicas en el primer piso y corintias en el segundo, siguiendo un modelo similar al empleado en el Anfiteatro Flavio. En el interior, la cavea se componía de dos

graderíos (maeniana) separados por el correspondiente corredor existente (praecinctum) entre ambos.

El deterioro del edificio durante el Medievo fue similar al que sufrieron los grandes monumentos de la Roma pagana, aunque siempre conservó su vitalidad como plaza concurrida y marco idóneo para la celebración de los festejos populares. Se ha dicho que, para mejorar su aspecto, lo único que necesitaba era un «santo protector» y que este había sido Giovani Battista Pamphili quien en el año 1644 se convirtió en Inocencio X (1644–55). Con buen criterio nombró arquitecto papal a Girolamo Rainaldi, discípulo de Domenico Fontana, quien por encargo expreso del pontífice remodeló de la plaza. Sin embargo, no puede olvidarse que Gian Lorenzo Bernini, el gran arquitecto y escultor de la bella fuente que aún se yergue en su centro, había sido favorecido con el mecenazgo del papa anterior, Urbano VIII Barberini (1623–1644) por lo que ya había trabajado en la reordenación de gran parte de esta gran plaza.

Los trabajos comenzaron por el palacio Pamphili, que el papa donó a su cuñada Olimpia Maidalchini, una ambiciosa mujer que llegó a tener una pésima fama por su carácter dominante y dudosa virtud[69]. En 1652, el mismo Girolamo Rainaldi, contando con la colaboración de su hijo Carlo, comenzó la construcción de la Iglesia de «Sant´Agnese in Agone», junto al nuevo palacio[70]. En 1653 padre e hijo fueron sustituidos por Francesco Castelli, conocido con en nombre de Borromini (1599–1667), quien trabajó en dicho templo hasta 1657. En líneas generales, puede decirse que respetó el proyecto de su predecesor, pero añadió una original fachada cóncava, paradigma de la arquitectura barroca de Roma, para realzar la cúpula.

Esta iglesia se alzó sobre el lugar donde estuvo el lupanar en el cual esta virgen y mártir, una doncella de 13 años en el momento de su muerte, había sufrido martirio, en el 304 d.C., por orden de Diocleciano al rechazar a un joven de su Corte Según la piadosa tradición, la joven fue forzada a desnudarse en público y a renunciar a su fe. Ante tal escarnio se produjo el milagroso crecimiento de sus cabellos que llegaron a cubrir su desnudez por completo. En la cripta hay un relieve de mármol en el que se halla representado este milagro y que se encuentra supuestamente en el

mismo sitio donde fue martirizada. Su cuerpo, en cambio, fue enterrado en las catacumbas que llevan su nombre en la «Via Nomentana»[71].

Las sabrosas anécdotas que envuelven a los más importantes monumentos de la ciudad, muestran la indudable capacidad imaginativa e irónica de los romanos. Se dice que la estatua de la santa, que se encuentra en la fachada de la iglesia, dialoga con los personajes de la «Fuente de los ríos», para tranquilizarles acerca de la estabilidad de tan insólito edificio, puesta en duda por Bernini, enemigo profesional de Borromini. Ante dicho temor el río de la Plata levanta su brazo para protegerse de posible derrumbamiento de la iglesia en la que empezó a trabajar Borromini cuando Bernini había terminado la fuente. El Nilo, por su parte, prefiere mantener su cabeza velada para no ver la fachada del templo.

En 1651 Bernini levantó esta hermosa fuente de la que son sus principales protagonistas las estatuas colosales de los ríos Danubio, Ganges, Nilo (con la cabeza cubierta por un velo, por desconocerse sus fuentes en aquel entonces) y el Plata, como representación de las cuatro partes del mundo. Estas figuras, esculpidas por los discípulos de Bernini, dominan un gran pilón en el medio del cual se encuentra una enorme roca horadada por pretendidas grutas de las que emergen diferentes animales. Dicha roca se corona con un obelisco egiptizante de época de Domiciano, procedente del templo de Serapis y que posteriormente fue colocado en el circo de Majencio, en la Via Apia. Desde allí fue traído en 1651, por orden de Inocencio X para coronar la fuente. Los trabajos de su traslado fueron complicados, puesto que yacía por tierra, roto en cuatro pedazos, así como los de la preparación para su colocación en el monumento. En ellos colaboraron Ludovico Bernini, el hermano de Gian Lorenzo, y el famoso jesuita Atanasio Kircher que fue quien restauró los deteriorados jeroglíficos, ya que el monolito estaba en muy mal estado de conservación. Bernini decoró la punta del obelisco con una paloma, el animal heráldico del Inocencio X, llevando un ramo de olivo en su pico.

Los dos pilones laterales de la plaza fueron colocados en su actual emplazamiento por Giacomo della Porta, en 1576, en tiempos de Gregorio XIII Boncompagni (1572–85). El del lado meridional fue

remodelado, en 1651, por Bernini quien colocó en él la famosa figura de un etíope luchando con un delfín. Esta escultura, es la que da el nombre al conjunto, conocido con el nombre de «Fuente del Moro». En su cubeta alternan las figuras de tritones con mascarones. El del lado septentrional fue adornado, en 1878, con la figura de Neptuno luchando con un monstruo marino, nereidas y caballos marinos, por los escultores della Bitta y Zappalà y, a partir de entonces, se le conoce con el nombre de «Fuente de Neptuno»[72].

En la esquina meridional del palacio Pamphili se encuentra la «Piazza de Pasquino», asi llamada por encontrarse en ella una de las más famosas estatuas parlantes de Roma. Es un fragmento de un grupo helenístico que probablemente representaba a Menelao con el cuerpo de Patroclo. Durante años estuvo abandonado a su suerte hasta que en 1501 se colocó en una esquina cerca de la tienda de un zapatero llamado Pasquino del que tomó el nombre, pasándose a llamar el «Grupo Pasquino», por las dos figuras de las que se compone, aunque ambas están muy destrozadas. Se hizo célebre porque en él se fijaban los panfletos anónimos con los que se atacaba al poder papal y los abusos de los nobles. Por esta razón tales libelos pronto se denominaron «pasquines».

En lugar próximo al estadio, Domiciano construyó un odeón destinado a las audiciones musicales, con un aforo que se ha calculado para unos 11.000 espectadores. Sobre sus ruinas Baldasarre Peruzzi edificó en 1536 el «Palazzo Massimo alle Colomne», así llamado por el nombre de sus propietarios y por la bella columnata con la que este arquitecto decoró su fachada. La antigua residencia de la familia de los Massimi, de rancio abolengo y gran prestigio en Roma, había sido destruida en el «Sacco de Roma» en 1527. La fachada principal, es convexa, ya que Peruzzi respetó la curva formada por los restos de la cavea, que se encontraba en la «Via Papalis». El único resto, hoy visible, del edificio de Domiciano es una columna monolítica de «cipollino» que se ha colocado delante de la fachada posterior del palacio, en la «Piazza dei Massimi»[73].

El templo de Matidia

En la zona oriental del Panteón, en los terrenos ocupados hoy por la «Piazza Capranica», Adriano hizo construir un templo en honor a su suegra Matidia, muerta en el 119 d.C. Esta insólita decisión se ha justificado aludiendo a la especial consideración que este emperador sintió por la madre de su mujer, a pesar de las frías relaciones que mantuvo en cambio con su esposa. Sin embargo, el hecho de que Matidia fuera hija a su vez de Marciana, la hermana predilecta de Trajano, hace pensar que con esta dedicación a un familiar tan allegado a su padre adoptivo, dejaba patente su relación de parentesco con él. El templo, períptero y con doble pórtico, se levantó sobre una alta plataforma. De su monumentalidad y dimensiones pueden dar una idea los restos de columnas (17 m. de altura) que de él se han conservado, algunos de los cuales se encuentran embebidos en edificios de la citada plaza.

El Hadrianeum

Se denomina con este nombre al templo que en honor de Adriano erigió su sucesor, Antonino Pío, en el 145 d.C. junto al anteriormente citado, al norte del Iseum, y cuyos restos hoy se encuentran aprovechados e incluidos en el edificio de la Bolsa, sito en la «Piazza di Petra». Era un gran templo períptero, con ocho columnas en sus fachadas cortas y 15 en los lados largos. Se levantó sobre un alto podium de peperino, de 4 m. de altura, según la tradición tuscánica, pero sus esbeltas columnas acanaladas, de mármol blanco y bellos capiteles corintios siguieron las pautas de las corrientes helenizantes de las que Adriano había sido devoto admirador. Medían 15 m. de altura y las once que preceden a una de las fachadas del citado edificio de la Bolsa pertenecían a su lado derecho. Sobre ellas corría un friso de sección semicircular que hizo aquí su aparición por vez primera. En el interior aún pueden verse restos de la cella, cubierta con una bóveda decorada con casetones.

De este gran templo se han conservado también una importante serie de lastras de mármol en las que se representaron en altorrelieve las diversas provincias del Imperio, visitadas por Adriano en el transcurso de sus muchos viajes. A todas ellas las declaró, con gran acierto, piae et fideles, entendiendo que de su integración dependía la prosperidad de Roma. Estas figuras, que se

hicieron alternar con trofeos de guerra, se esculpieron siguiendo los modelos clásicos imperantes en la época, sobre todo los de inspiración policlética. Sin embargo, el contorneado de sus siluetas sobre el fondo liso, realizado por medio de un surco trazado con el trépano, se presenta como el anuncio de una técnica que a partir de este momento se iba a utilizar con gran profusión.

Su carácter simbólico hace difícil la identificación de muchas de ellas, aunque todas aparecen tratadas con una gran dignidad de acuerdo con la idea que de las mismas se pretendía transmitir. Originariamente fueron 38 las provincias representadas y de ellas se han conservado 16 que se encuentran repartidas entre varios museos y colecciones: 7 en el Museo de los Conservadores; 3 en el Museo Nacional de Nápoles; 2 en el Palacio Odescalchi; 2 en el Palacio Doria; y 1 en el Museo Vaticano. El lugar de su emplazamiento aún sigue siendo motivo de dudas. Es posible que decorasen la cara exterior del podium o las paredes de la cella.

El área meridional del Campo de Marte

El Circo Flaminio

En la división augústea el Circus Flaminius, situado en la zona meridional del Campo de Marte, dio nombre a la IX región, dada la importancia que en su día tuvo. Fue construido por C. Flaminius Nepos (m. en 217 a.C.), político famoso por sus ideas avanzadas en favor de la plebe, quien además trazó la Via Flaminia. De acuerdo con sus planteamientos fue destinado al disfrute del pueblo que llegó hacer de él su lugar de reunión (concilia plebis). En la actualidad se sabe que ocupaba la zona comprendida entre el Teatro de Marcelo, «Piazza Cairoli», «Via del Portico di Ottavia» y el Tíber. Por su configuración fue un lugar idóneo no solo para las carreras de carros, sino también para celebración de los cortejos triunfales. Con el trascurso del tiempo y, sobre todo en el siglo II a.C., todo su entorno se vio rodeado de una serie de pórticos y templos de mármol, obras en algunos casos de arquitectos griegos, de los que se tiene noticias, así como de quienes fueron sus dedicantes.

Desaparecido, con el tiempo, el prestigio de su nombre se mantuvo como lugar de referencia, aunque su planicie se enmascaró bajo nuevas construcciones.

El teatro de Marcelo

Este edificio es el único teatro en piedra que se conserva en Roma. Fue comenzado por César para emular al construido por Pompeyo y terminado por Augusto, quien lo dedicó en el año 11 a.C. a su sobrino Marcelo, muerto prematuramente en el 23 a.C. Este desgraciado joven era hijo de su hermana Octavia y primer marido de su hija Julia, por lo que se le consideraba su más directo sucesor.

Debía de estar ya casi terminado en el año 17 a.C., cuando se celebraron en él los Ludi Saeculares, pero su consagración no tuvo lugar hasta algunos años después, como ya se ha dicho. Se tiene noticia de que en tiempos de Vespasiano fue objeto de una importante restauración, sobre todo en la parte de la escena.

Ocupó parte del lado curvo del viejo Circo Flaminio que, por entonces, se había convertido en una simple plaza, construyéndose a ambos lados de la exedra posterior a la escena dos pequeños templos, probablemente en sustitución de otros dos que debieron de ser destruidos en el trascurso de las obras. Al parecer uno se dedicó a la Piedad y otro a Diana.

Los materiales empleados en su construcción fueron el hormigón, el ladrillo y el travertino y aunque en su fachada, de arcadas superpuestas, se utilizaron los órdenes clásicos para enmarcar sus vanos a imitación de los edificios griegos, como ya se había hecho en el Tabularium silano, en su interior se emplearon las bóvedas de cañón, así como las esquifadas. Con tales soluciones a la belleza de inspiración helena se unieron las soluciones prácticas de la arquitectura romana. Las claves de los arcos estaban decoradas con grandes máscaras de teatro, algunas de las cuales se han recuperado en el transcurso de las excavaciones.

La altura original del monumento se ha calculado en unos 32,60 m., mientras que la parte conservada no supera los 20 m. La fachada

externa era toda de travertino y se componía de 52 arcos enmarcados por pilastras. Al parecer tuvo tres alturas y de ellas solo se han conservado las dos primeras, con 12 arcos de orden dórico-toscano la primera y otras 12 de orden jónico la segunda. De la tercera no queda nada, aunque al transformarse en residencia principesca, en su lugar se construyó un tercer piso para poder contar con nuevas y modestas dependencias. Convertidas, en la actualidad, en pequeños apartamentos, muchas veces alquilados a personas de cierto prestigio intelectual o artístico, sus ventanas se abren en sus lisas paredes desafiando el paso del tiempo.

El deambulatorio interno y los muros radiales de los cunei (sectores de la cavea) son de opus quadratum (sillares regulares) de tufo fino hasta una altura de 10 m., siendo el resto de opus caementicium con paramentos de opus reticulatum. Los deambulatorios internos son de ladrillo, lo que demuestra el empleo de este material ya a comienzos del Imperio. La cavea medía 129,80 m. y se ha calculado que su aforo podía estar entre 15.000 y 20.000 espectadores; el diámetro de la orchestra era de 27 m. y de la escena no queda nada.

En el Medievo (siglos XI-XII) fue fortificado por la familia Pierleone, formando parte del recinto protector que iba de la Isla Tiberina al Capitolio. Más tarde, en 1368 fue ocupado por los Savelli quienes en 1519 encargaron al arquitecto Baltasar Peruzzi la conversión del viejo edificio en un palacio. En 1710 volvió a cambiar de dueños, siendo en este caso los Orsini los que pasaron a ser sus propietarios y realizaron nuevas modificaciones en su estructura.

Entre 1926 y 1932 se inició su proceso de restauración, liberándolo de los tenderetes que se habían instalado en el interior de sus arcos y de los edificios de baja calidad que se habían ido construyendo en su entorno. A partir de entonces los trabajos de mantenimiento han seguido un proceso ininterrumpido.

El templo de Apolo Sosiano

Este templo del que aún quedan tres hermosas columnas de mármol blanco sobre un podio moderno de travertino, muy próximas al teatro de Marcelo, se alzó en el mismo lugar que en otros tiempos

(h. 449 a.C.,) hubo un altar dedicado a Apolo. Se construyó por una decisión senatorial del 433 a.C., tras haberse superado una terrible peste. Fue consagrado en el 451 a.C., por Cneo Iulio, antepasado de César, y se dedico a este dios en su condición de sanador, Apollus medicus, a pesar de que por entonces aún era considerado un dios foráneo. Fue restaurado en el 353 a.C., después de la invasión de los galos y probablemente también en el 179 a.C., cuando se construyó frente a él un teatro en el que celebrar los Ludi Apollinares, instituidos en el 212 a.C., y que desde esa fecha se celebraron anualmente, en el mes de julio por espacio de nueve días.

De este edificio, situado unos metros más adelante del actual, se han encontrado vestigios bajo el pórtico del teatro de Marcelo. Otros restos, con una inscripción en mosaico, probablemente pertenecientes a las restauración del 179 a.C. se englobaron en el podio, construido con hormigón y bloques de tufo y de travertino. Finalmente fue Gayo Sosio quien en el año 34 a.C., procedió a su nueva reconstrucción con materiales de primera calidad.

El templo era un hexástilo pseudoperiptero, con siete semicolumnas a cada lado de la cella, de travertino estucado, mientras que su pavimento era marmóreo. Las tres magníficas columnas corintias de mármol de Carrara, acanaladas, de unos 14 m. de altura, fueron desenterradas entre 1926–28 en el otro extremo de la fachada del templo y colocadas en su emplazamiento actual.

Dada la poca distancia que existe entre este templo y el Teatro de Marcelo (menos de 6 m.) se ha supuesto que en el transcurso de su construcción se hizo preciso desplazarlo hacia atrás y adosarlo al Pórtico de Octavia, siendo sustituida su escalera de acceso frontal por otras laterales. El entablamento estaba adornado por un friso de hojas de laurel entre bucráneos y candelabros con basa en forma de trípode.

Su interior se convirtió en un museo de célebres obras de arte todas relacionadas con el dios sanador: pinturas de Arístides tebano, una estatua de Apolo, de Filisco de Rodas (siglo II a.C.); Apolo con una lira de Timárquides de Atenas (siglo II a.C.); un grupo de Nióbides atribuído a Praxíteles o a Scopas (siglo IV a.C.); un grupo de Apolo, Latona y Diana y un Apolo flechador, original de mediados del siglo V a.C., etc.

El epíteto de «Sosiano» que ha conservado este templo a través del tiempo hace pensar que mucho tuvo que ver con el ya citado Gayo Sosio, uno de los lugartenientes de César. Es probable que hiciera el voto de reconstruir el templo cuando se le concedió el honor del triunfo tras su victoria en Judea en el año 34 a.C. Esta decisión tendría serias implicaciones por cuanto Sosio era adversario de Augusto quien, a su vez, estaba construyendo otro templo dedicado a Apolo, en el Palatino. Sin embargo, el hecho de que los fragmentos conservados del friso interior muestren escenas de batalla con los pueblos del norte y no con los judíos, así como la presencia de ricos mármoles utilizados en el interior del templo, ha hecho pensar que tal vez, aunque empezado por Sosio, fue terminado por el propio Augusto quien en año 29 a.C. celebró un triunfo por sus victoria sobre los pueblos germanos. Además las fiestas en honor de Apolo fueron trasladas del mes de julio al 23 de septiembre, fecha del cumpleaños del emperador. Tampoco se puede descartar que fuera el propio Sosio el que lo acabara, porque aún siendo adversrio de Augusto y partidario de Marco Antonio, con quien compartió la derrota de Actium en el 31 a.C., se tiene noticia de que el emperador le perdonó, de modo que en el 17 a.C. estaba en posición tan privilegiada como para presidir los Ludi Saeculares. Reconciliado con su viejo enemigo nada impedía que fuese él quien acabase el templo a sus expensas, consiguiendo de este modo que siguiera llevando su nombre.

El Templo de Bellona

A la derecha del templo de Apolo se alzó otro templo, dedicado a Bellona, diosa de la guerra, cuyo podio se excavó entre 1938 y 1939. Fue erigido por Appius Claudius Coecus (el ciego) tras su victoria sobre etruscos y samnitas en el 296 a.C. Este personaje fue un célebre censor que vivió entre los años 340–273 a.C. Muy respetado en su tiempo por las medidas militares, políticas y sociales que acometió, fue quien trazó la Via Appia e impulsó la construcción del acueducto más antiguo de la ciudad, el Aqua Appia.

Bellona fue una diosa romana de perfil indefinido que acabó identificándose con la divinidad griega Enio, hija de Ares, siempre

presente en su cortejo. En Roma aparecía a veces como esposa de Marte. Se la representaba ensangrentada, con rasgos terribles, conduciendo su carro y con una antorcha encendida en su mano, o bien con una espada o una lanza.

Este templo mantuvo relación con la gens Claudia y, por lo tanto, fue heredada por la familia imperial perteneciente a la dinastía julio-claudia. Los materiales recuperados son muy escasos, pero los restos de mármol y travertino que se han hallado han hecho suponer que debió de ser reconstruido a fines del siglo I a.C.

El Pórtico de Octavia

Este edificio fue construido por Augusto ente 33 y 23 a.C. en honor de su hermana Octavia y ocupó el mismo lugar en el que antaño se levantó el Porticus Metelli, erigido por Quinto Cecilio Metelo, el macedónico, entre 146 y 131 a.C., así llamado por haber sofocado con éxito la insurrección macedónica.

En su interior se encontraban los templos de Iuno Regina, erigido por M. Emilio Lépido en el 179 a.C., y el de Iupiter Stator, el primero de los realizados en mármol por el arquitecto griego Hermodoro de Salamina, cuya actividad se desarrolló entre 146 y 102 a.C. El primero era un períptero, con columnas en tres de sus lados y un testero ciego. El segundo era un próstilo hexástilo, con tres columnas a los lados. De ambos quedan escasos restos.

El edificio tenía planta rectangular y estaba formado por pórticos de doble fila de columnas en sus lados más largos y presentaba dos propileos de acceso en el centro de los lados menores. Dentro de este espacio, Octavio construyó también la llamada Curia Octaviae, un edificio absidado que se levantaba en la parte posterior de los dos templos anteriormente citados y dos bibliotecas, una griega y otra latina, consciente de su necesaria existencia para el desarrollo de la ciudad.

Debió de ser destruido por el incendio del año 80 d.C., siendo restaurado por Domiciano y más tarde por Septimio Severo tras otro incendio, acaecido en el 191 d.C. De esta época son los vestigios

que aún se conservan del propileo meridional que en su día tuvo dos fachadas, una hacia el exterior y otra hacia el interior, con cuatro columnas de orden corintio. Su planimetría ha podido ser reconstruida gracias a su presencia en la Forma Urbis Severiana.

El templo de Neptuno

En el extremo occidental de lo que fue en su día el circo Flaminio, en la zona comprendida entre la «Via d´Speccchi», «la Via y la Piazza de San Salvatore in Campo», se alzó un templo del que aún pueden verse algunos restos en los bajos de las casas que ocupan hoy su solar. Era un templo periptero de mármol pentélico, con crepidoma en lugar de podio, lo que apunta al origen griego de su arquitecto que debió de ser el ya citado Hermodoro de Salamina.

El descubrimiento de algunos de los relieves que ornaron el pedestal de un grupo escultórico que se alzó frente a él con representaciones de una suovetaurilia y del thiasos marino, pertenecientes al llamado «Altar de Domitius Ahenobarbus», ha llevado a pensar que se trataba del templo de Neptuno citado por Plinio.

Esta famosa pieza arqueológica parece ser que fue la basa de un grupo escultórico de Skopas, en el que se figuraba a Poseidón, Thetis y Aquiles acompañados de nereidas y tritones. Fue llevado a Roma desde Bitinia por Domicio Ahenobarbo, que fue gobernador en dicha provincia entre los años 40 a 35 a.C. Por Plinio sabemos también que dicho grupo estaba ante el templo de Neptuno, en el Campo de Marte, templo que fue consagrado por este mismo personaje y que, al parecer, se encontraba próximo a los Navalia, lugar donde solían celebrase las batallas marítimas, con anterioridad a la aparición de las naumaquias.

El relieve se encuentra hoy repartido entre los Museos del Louvre y de Munich y en él se nos muestran los dos aspectos de las corrientes fundamentales del arte romano, es decir, la constante mezcla de elementos grequizantes con los de corte puramente vernáculo. En el fragmento de Munich se representaron las bodas de Anfitríte y Poseidón, ambos en un carro tirado por tritones, rodeados de nereidas y monstruos marinos, tema inspirado en los modelos

helenísticos; y en el otro, en el de Louvre, aparecen, en cambio, los preparativos para un sacrificio suovetaurilico a Marte, con el que Ahenobarbo iba a celebrar su victoria, y la prosaica escena de un supuesto censo o de una lustratio.

El Tarentum

En el límite occidental del Campo de Marte había un lugar conocido con el nombre de Tarentum[74] del que brotaban fumarolas de azufre, razón por la cual se le suponía uno de los puntos de acceso al inframundo. En el se alzaba un altar consagrado a los dioses del Averno, Ditis Patris et Proserpinae ara, es decir a Dis (Plutón) y Proserpina. Aparece citado sobre todo en los textos que hacían referencia a los Ludi Saeculares en los que se ofrecían sacrificios a estas divinidades. Posteriormente se alzó en este mismo lugar un edificio rectangular que probablemente fue un ustrinum (crematorio), tal vez el de Adriano.

En un lugar próximo se hallaba una antigua pista de entrenamiento para ejercicios deportivos y para la celebración de carreras de carros tirados entonces por tres caballos (triga), por lo que recibió el nombre de Trigarium. Se ha supuesto que su localización habría que buscarla a lo largo de la actual «Via Giulia».

«Santa Maria in Cosmedin»

Esta iglesia se construyó en el siglo VI sobre las ruinas de una Statio Annonae (o Central de abastecimientos), pasando a ser en el siglo VIII la Basílica de Adriano. Poco después se donó a los griegos refugiados en Roma.

El edificio se reformó como iglesia en el siglo XI y se decoró en el XII bajo el papa Calixto II, que fue cuando también se construyó su elegante «campanile». A lo largo del tiempo fue objeto de nuevas remodelaciones hasta que en el siglo XIX se la despojó de su fachada barroca para devolverla la sobriedad de su aspecto primitivo.

Es un templo de tres naves separadas por pilares antiguos y que aún conserva su forma basilical, propia del siglo VIII. A la derecha de la entrada se encuentra la tumba de Alphanus, camarero de Calixto II. Su pavimento, los ambones, el baldaquino, el altar mayor, el coro (schola cantorum), el candelabro pascual, el trono episcopal (sede), etc., parece que fueron realizados por los Cosmasti.

Dicho nombre deriva de un vocablo griego que significa adorno (kosmismata, en plural.) y que fue aplicado a toda una saga de artesanos griegos especializados en el solado de edificios con mármoles multicolores, procedentes de distintos edificios ya en ruinas. Trabajaron por toda Italia y, sobre todo, en la Roma del siglo XII donde llegó a ser famosa la «familia Cosmasti» que convirtió su forma de trabajar en el llamado «estilo cosmasteco». Esta técnica, conocida también con el nombre de opus alexandrinum, fue empleada por muchos musivarios de la época medieval.

La iglesia está precedida por un pórtico que alberga la entrada principal, obra del siglo XI. En uno de sus lados se encuentra encastrada la famosa «Bocca de la Veritá», un mascarón de época helenística, probablemente ornato de una fuente, que ha llegado a ser uno de los símbolos de obligada visita para turistas y enamorados que ante ella suelen jurarse amor eterno. Ello se explica porque, según una tradición medieval, quien introduzca la mano en la citada boca abierta, después de haber dicho una mentira, será víctima de un implacable mordisco.

1 Cic., Verr., II, 5, 127.

2 Gaius Flaminius fue el gran vencedor de los galos transalpinos que presionaban las fronteras septentrionales de Italia desde mediados del siglo III a.C. Cruzó el Po, penetró en la Italia septentrional y fundó las plazas militares de Cremona, Placentia y Mutina (219 a.C.). Para que Roma estuviera bien comunicada con la región recién conquistada, hizo construir la carretera militar que llevó su nombre y que llegaba hasta Arimium. La puerta de la muralla Aureliana, que a ella daba acceso, se llamó, asimismo, Porta Flaminia, y es la actual «Porta del Popolo».

3 Semita, significaba senda, atajo o callejuela. Su evolución posterior la convirtió en la palabra «senda».

4 La «Via Condotti» es una de las calles donde se encuentran las tiendas más elegantes del Roma. En el nº 86 está el famoso Café Greco, fundado por un griego (de ahí su nombre) en 1760. En el siglo XVIII fue el lugar de encuentro favorito de escritores y artistas extranjeros, como Keats, Byron y Goethe, y compositores como Liszt, Wagner, Bizet, etc.

5 Lucio Licinio Lúculo fue hijo del cónsul que vino Hispania con Galba en el 151 a.C. Sobresalió en la guerra contra los marsos en el 90 a.C., tomó parte en la primera guerra contra Mitrídates, rey del Ponto y dirigió la segunda, consiguiendo vencerle. Padre e hijo fueron censurados por su avaricia y por amasar una gran fortuna, gracias a la cual consiguieron quedar libres de las acusaciones que se les imputaron.

6 La iglesia de la «Trinità dei Monti» fue construida por orden de Carlos VIII de Francia en 1495. Saqueada en el transcurso de la ocupación napoleónica fue restaurada en 1816 por Luis XVIII. En su interior conserva magníficas pinturas de Daniel de Volterra, uno de los mejores discípulos de Miguel Ángel. En la pequeña plaza que la precede se erigió, en 1779, un obelisco a imitación de los romanos que se dice procedía del Circo de Salustio, sito en los jardines de la villa que este historiador tenía en la zona. Dichos jardines descendían hasta la «Porta Salaria» por un profundo declive existente entre el Quirinal y el Pincio. Desde este emplazamiento se disfruta de una de las vistas más espectaculares de Roma.

7 Mesalina (15–48), hija de Valerio Mesala, fue la tercera esposa del emperador Claudio con quien tuvo dos hijos: Británico y Octavia. Por su vida desenfrenada Claudio confió su castigo a los pretorianos quienes la dieron muerte.

8 Cf. Capítulo X, Los Foros Imperiales: Templo o Foro de la Paz.

9 Los vigiles eran los guardianes de noche y se encargaban también de la extinción de los fuegos (vigiles ignis). En cada una de las catorce regiones augústeas se estableció un cuartel de vigiles.

10 Los jardines del Pincio se encuentran sobre el flanco oriental de la «Piazza del Popolo», en una hermosa colina cubierta de frondosos árboles. Fueron diseñados a comienzos del siglo XIX por Giuseppe Valadier, el mismo arquitecto que remodeló la citada plaza.

11 Barrio de Roma, próximo a la Via Flaminia, donde tuvo su villa Livia, la mujer de Augusto, después de la muerte del emperador.

12 El testamento de Augusto o las Res Gestae Divi Augusti, así llamado por ser las palabras con las que empieza tal documento, lo conocemos a través del Monumentum Ancyranum, una copia del Index rerum Gestarum, redactado en el mismo año de su muerte, el 14 d.C. Apareció en 1555 en Ancyra, la actual Ankara (Asia Menor) y se la considera la «reina de las inscripciones». El original se grabó en dos planchas de bronce que fueron colocadas a la entrada del mausoleo que se había hecho construir Augusto, en el año 28 a.C. Copias del mismo se hicieron poner en los templos consagrados al emperador. El Monumentum Ancyranum aparece redactado en latín y griego. Fragmentos de una copia, escrita en griego, han aparecido en Apolonia de Pisidia e importantes restos de otra réplica en latín, se han hallado en Antioquía, por lo que, el conjunto de los mismos se conoce con el nombre de Monumentum Antiochonum. Publicados los fragmentos de estas series en 1927 han permitido integrar con mayor seguridad el texto de Ancyra. En la actualidad, aparece grabado en latin, en uno de los muros laterales de la plataforma sobre la que se ha reconstruido el Ara Pacis, en un lugar próximo al que debió de ocupar en la antigüedad, aunque con una orientación diferente. Esta inscripción contiene 35 capítulos que pueden dividirse en tres grupos según su contenido:1) Los cargos y honores que tuvo; 2) Los gastos que realizó para el Estado y los ciudadanos, como repartos de cereales, construcción de edificios, espectáculos públicos, ofrendas a los dioses, etc.; 3) Sus acciones políticas en la guerra y en la paz y su reconocimiento por parte de Roma, ponderando sus honores frente a sus hazañas en un lenguaje claro y sencillo.

13 Marco Vipsiano Agripa (63-12 a.C.) gran militar y hombre de estado, compañero de armas de Augusto, se convirtió en su yerno al casarse con su hija Julia, habida de su primer matrimonio con Escribonia, el año 21 a.C. De este matrimonio nacieron cinco hijos:

Cayo, Lucio, Julia, Agripina y .Agripa Póstumo.

14 «En honor a mi regreso, el Senado consagró el ara de la Fortuna Redux frente a los templos del Honor y de la Virtud, en la Puerta Capena. Dispuso que en ella, los pontífices y las vestales celebraran cada año un sacrificio el día que yo había regresado a la ciudad, procedente de Siria, bajo el consulado de Quinto Lucrecio y Marco Vinicio, y denominó Augustalia a aquel día por mi cognomen». (Rex Gestae Divi Augusti, XI). La Fortuna Redux, era la diosa del «feliz retorno».

15 Ninguna salud hay en la guerra / de ti esperamos todos la paz (Virg, Eneida, XI, 362).

16 El Senado le confirió el título de Restitutor aedium sacrarum et operum publicorum.

17 Los Lares eran los dioses protectores de la domus y en cada casa recibía culto el Lar familiaris. Se consideraban que eran los espíritus transfigurados y benéficos de los difuntos y sus imágenes se guardaban en el Lararium, un armario, en forma de capilla que se encontraba en el atrio. Si la familia abandonaba la casa el Lar se quedaba en ella. En los días de fiesta se le coronaba con flores y se le ofrecía vino y cereales. La fiesta principal, dedicada a estos dioses, se celebraba el 23 de diciembre.

18 Los Lares Compitales eran los que se colocaban en las encrucijadas (compitum) y en los límites de los campos.

19 Esta iglesia, que se levanta en la plazuela de San Lorenzo, es una de las más antiguos de Roma. Se construyó, probablemente, sobre un sagrado pozo consagrado a Iuno Lucina, protectora de los alumbramientos. Se reconstruyó en el siglo XII, fecha de su esbelto «campanile». Siglos más tarde, en el XVII, se rehizo casi por completo. En su interior se encuentra la tumba del gran pintor francés Nicolás Poussin, que fue enterrado en este lugar en 1665. Su mausoleo, tal y como se ve en la actualidad, es el que mandó construir, en 1830, Chateaubriand.

20 La «Villa Medici» fue edificada en 1544 para el cardenal Andrea Ricci de Montepulciano, pasando más tarde a ser propiedad del

cardenal A. Medici. En 1801, Bonaparte la compró para convertirla en sede de Academia de Francia, destinada a albergar, por un período de tres años, a los artistas laureados con el «Premio de Roma». Se encuentra en el Pincio, en el hermoso parque trazado por el arquitecto Valadier a comienzos del siglo XIX.

21 Los griegos ya habían personificado a la Paz en una diosa Irene, en realidad una de las Horas, las hijas de Temis, protectoras del orden y de la legalidad. Desde el 375 a.C. recibió culto en Atenas tras la victoria de Leucade sobre los espartanos, por lo que se le levantó una estatua en el Ágora, esculpida por Kefisodoto, el padre de Praxíteles, y de la que hoy se conserva una copia en la Gliptoteca de Munich. La diosa aparece llevando en sus brazos la figura de un niño, personificación de Pluto, la riqueza.

22 Horacio fue uno de los grandes poetas latinos de la época de Agusto. Nació en Venusia (Apulia) en el año 65 a.C. Hijo de un liberto acomodado recibió una educación esmerada. Estudió en Roma y Atenas, y fue amigo de Virgilio y de Mecenas, gracias a cuya generosidad pudo dedicarse a su trabajo como escritor, ya que, después de haber participado en la batalla de Philipos, como tribunus militum del bando republicano, perdió toda su hacienda. Cultivó todos los géneros poéticos, pero sobresalió en las Odas, con las que introdujo en la poesía latina las estrofas y metros griegos. Sus obras más destacadas son los Épodos, las Sátiras, las Odas, los Carmina y las Epístolas. Famoso fue su Carmen Saeculare, un himno litúrgico oficial, posiblemente escrito por encargo del propio Augusto, para ser cantado en honor de los dioses por un coro de 27 muchachos y 27 muchachas nobles, el tercer día de los Juegos Saeculares, celebrados el 17 a.C. con motivo de la fiesta del nuevo saeculum. En él se destacan los valores patrióticos y morales, así como los más hondos sentimientos de las mores maiorum del pueblo romano, unido y dirigido por el firme cetro de su emperador. Murió en Roma, en el año 8 a.C., dos meses después de su amigo Mecenas, junto a cuya tumba en el Esquilino fueron depositados sus restos. La última de sus Epístolas fue el Ars Poetica, en la que se contienen estos hermosos versos: Non omnis moriar multaque pars mei vitabit Libitinam (la diosa de la muerte): “No moriré del todo y una gran parte de mi sobrevivirá a la muerte”.

23 Cada 110 años comenzaba, para los romanos, un saeculum, ya que no era un período de cien años, sino el espacio de tiempo transcurrido entre tres generaciones. Al coincidir el inicio del nuevo saeculum con el año 17 a.C, Augusto aprovechó esta coyuntura para dar la impresión al pueblo romano de que se inauguraba una nueva Era, que no tendría nada en común con la pasada, marcada por las guerras exteriores y civiles. Comenzaba el siglo de la paz y de la virtud. Los ludi o juegos duraron tres días y tres noches en las que todo el pueblo veló participando de cuantos actos se organizaron. A la luz de las antorchas, Augusto y Agripa inmolaron innumerables víctimas a los dioses infernales en un altar construido para esta ocasión, a orillas del Tíber.

24 El acanto, acanthus (espina), es una planta de hojas rizadas y espinosas, vulgarmente llamada «cardo», que se empleó como motivo ornamental, no solo en los famosos roleos en espiral, sino también en los capiteles corintios, en los que sus hojas se disponían en dos alturas, la más baja compuesta por las ima folia (hojas bajas) y la superior por las secunda folia (segundas hojas).

25 ...mixtaque ridenti colocasia fundet acantho incultis rubens pendebit sentibus uva (Virg., Égloga IV),

26 La colocasia es una planta de la familia de las aráceas, originaria de la India, con las hojas muy grandes y acorazonadas; cocida puede utilizarse como alimento.

27 Los lictores eran los doce personajes que precedían al emperador cuando aparecía en público. Llevaban las fasces (varas de abedul atadas con correas) en las que iba insertada la doble hacha, símbolo de su misión como ejecutores punitivos de las decisiones reales. Este protocolo fue una herencia del ceremonial etrusco impuesto en Roma por el rey Lucius Tarquinius Priscus. De él se decía que también, como distintivo de su soberanía, adoptó la corona, el cetro, el manto de púrpura y un trono de marfil (antecedente de la sella curulis de los magistrados republicanos), y que asimismo estableció la costumbre de que en sus apariciones en público le precedieran doce lictores con las fasces y la doble hacha, elemento cultual muy frecuente en el mundo egeo. De estos doce funcionarios, el de mayor confianza era el que iba más cerca del rey o del emperador, casi cubriéndole con su cuerpo, por lo que recibía

el nombre de lictor proximus.

28 Los flamines eran los sacerdotes destinados al servicio del templo y de los sacrificios de determinados dioses (su nombre procedía del verbo flare, soplar). Los tres flamines maiores eran: el flamen Dialis, consagrado al servicio de Júpiter; el flamen Quirinalis, al de Rómulo-Quirino; y el flamen Martialis, al de Marte. Además había otros doce flamines minores, para atender a las deidades menores. Augusto creó el cargo de flamen Iulialis, para que se encargara del culto del Divus Iulus. El primero que ostentó dicho cargo fue su cuñado Sexto Apuleyo, como reconocimiento a su valiosa colaboración en las guerras cántabras desde su puesto en Burdeos. El cargo de flamen Dialis era el de mayor categoría y comportaba rigurosas prescripciones. Debía de pertenecer a una familia patricia y llevar siempre la vestidura sacerdotal; no podía pasar ninguna noche fuera de Roma, ni montar a caballo, ni ver a ningún ejército armado y, en los días festivos, le estaba prohibido ver a nadie trabajando así como el hecho de llevar anillos o nudos.

29 Virg, Aen. V. 556–559

30 En el año 13 a.C. Augusto restauró una antigua fiesta, el Ludus Troiae, en la que competían entre sí los jóvenes de la aristocracia romana agrupados en dos turmae (escuadrones de caballería) que capitaneadas por un princeps iuventutis realizaban artísticas circunvoluciones en forma de laberinto. Al frente de una de ellas puso a su nieto Cayo César, nacido en el 20 a.C., adoptado junto a su hermano Lucio César, nacido el 17 a.C., por el emperador a la muerte de su yerno Agripa.

31 Cayo Cilnio Mecenas fue un célebre estadista romano (69–8 a.C.), gran amigo y colaborador de Augusto, al que guió con sus sabios consejos. Fue, además, protector de las letras y de las artes. Entre los literatos que contaron con su ayuda se cuentan, entre otros, Horacio, Virgilio, Propercio, etc.

32 Los Septemviri eran los miembros de una comisión de siete patricios encargados del reparto de las tierras.

33 Los Augures eran los adivinos que interpretaban los presagios por medio de las aves.

34 Los Quindecimviri eran los componentes de una comisión de quince miembros, encargada de la custodia de los Libros sibilinos.

35 El camillus era un niño perteneciente a la aristocracia que ayudaba a los sacrificios.

36 Eneas aparece como hijo de Anquises y Venus. Su hijo Ascanio era hijo de su primera esposa, Creusa, aunque tras su segundo matrimonio con Lavinia, hija del rey Latino, el hijo de ambos, Iulo, se suele confundir con Ascanio, produciéndose con frecuencia la identificación de Ascanio-Iulo.

37 Los Penates eran los dioses protectores de los habitantes de las casas y los encargados de velar sobre su bienestar y salud. Su nombre hace alusión a la custodia de las provisiones necesarias para el sustento (penus-oris o penum-i: provisiones de boca, despensa) y que se guardaban en ellas. Los Penates eran dioses que pertenecían a la familia y, en consecuencia, se trasladaban con ella allá donde fuera, en cada uno de sus traslados. Incluso el Estado, concebido como un gran hogar, tenía los suyos propios, por esta razón Eneas se trajo consigo los de Troya, los Dioscuros, que, más tarde, lo serían de Roma.

38 «Pagarás, romano, sin merecerlo, los delitos de tus antepasados si no restauras los templos y santuarios que se desmoronan y si no alzas las estatuas de los númenes, ennegrecidas por el humo» (Hor., Odas, III, 6).

39 Virg., Geórgicas, canto III; Hor., Carm.Saec., 29 y s: Fertilis frugum pecorisque Tellus / spicea donet Caererem corona; / nutriant fetus et aquae salubres / et Iovis aurae (Tellus, rica en frutos y ganados, regale a Ceres con corona de espigas y las semillas de sus campos, las aguas salutíferas y las auras de Júpiter las nutran).

40 Cygnus (o Cicno) fue un rey de Liguria amigo de Faetonte, el hijo del Sol, que lloró su muerte cuando Zeus le fulminó con un rayo ante su conducta temeraria conduciendo el carro de su padre. Fue transformado en cisne por Apolo quien le dotó de una hermosa voz, lo que explica los cantos que emiten los cisnes cuando van a morir

41 Un relieve semejante a este es el procedente de Cartago y que hoy se conserva en el Museo del Louvre; García y Bellido, Arte Romano, pág.208, fig.295).

42 García y Bellido, Arte Romano, pág. 212, fig. 304.

43 En ella se encuentra el «Palazzo di Montecitorio», comenzado en 1650 por Bernini para la familia Ludovisi. Fue terminado por Fontana en 1690. Se convirtió en Tribunal Pontificio de Justicia y en 1871 pasó a ser la Cámara de los Diputados.

44 Cf. Nota 19 de este mismo capítulo

45 Cf. Capítulo XXII, los obeliscos de Roma: el obelisco «solare»

46 Antonino Pío (138–161 d.C.), llegó a ser emperador por adopción de Adriano. Estuvo casado con Faustina Maior.

47 Marco Aurelio Antonino (121–180 d.C.), de ascendencia hispana, fue adoptado por Antonino Pío y subió al trono en el año 164 d.C., asociando al Imperio, con el título de César, a su hermano adoptivo, Lucio Vero (130–169 d.C.), nieto por línea bastarda de Adriano y casado con su hija Ania Lucila, nacida de su matrimonio con Faustina Minor. Restableció la disciplina en el ejército y venció a los bárbaros del Danubio en Vindobona (Viena). Suavizó las leyes penales, mejoró la situación de los esclavos y reformó la administración pública. Murió en su campamento del Danubio a consecuencia de la peste. Sus famosas Meditaciones han servido de referencia moral desde que fueron escritas hasta nuestros días.

48 Se conserva en la Calcografía Nazionale de Roma un famoso grabado de Piranesi (1720–1778) en el que se reproduce un dibujo de Cavalieri de dicha base tal y como era antes de que Domenico Fontana procediera a su restauración y nuevo emplazamiento en 1589.

49 Di. Cas., LXXI, 8.

50 Saeptum - i, significa recinto vallado; saepta - orum, recintos en los que se reunía a los ciudadanos por centurias y del que salían uno a uno para votar. Cada centuria era una de las 193 secciones en

que Servio Tulio dividió al pueblo romano para las votaciones.

51 Comitia centuriata o tributa, comicios o asambleas de las centúrias o tríbus romanas.

52 Diribitio-onis, recuento de votos.

53 Liv. XL 51, 3 y XLI 27, 5.

54 Val. Max., II 4, 2.

55 Plin., XXXVI 114.

56 Hijo de Lucio Cornelio Balbo, nacido en Cádiz en torno al 100 a.C. fue un destacado personaje político y militar de esta época, amigo personal de César y muy estimado en la Roma de su época.

57 Aquí se estrenaron numerosas óperas, entre ellas el Barbero de Sevilla y muchas de las obras maestras de Verdi.

58 Iturna era una ninfa de las fuentes venerada en las márgenes del Numicio, cerca de Lavinio. Con la decadencia de la Liga latina, su culto se trasladó a Roma. En el Foro existía la Fons Iuturna y en el Campo de Marte se le levantó un templo, en una zona pantanosa, antes de que los trabajos de Agripa consiguieran desecarla, precisamente por ser una divinidad salutífera. En época imperial se la identifico con la hermana de Turno, el enemigo de Eneas.

59 Plin. IX, 121; Di.Cas. LIII, 27, 2.

60 Oros., VII, 12, 5.

61 Hadr. XIX, 9.

62 Son varias las pinturas que recogieron la imagen del Panteón con sus denostadas «orejas de burro»; entre ellas se encuentra un cuadro del siglo XVII de Bernardo Belloto y una célebre acuarela sobre papel de Marchi, fechada en 1754.

63 Cf. Capítulo XXII, Los obeliscos de Roma: el obelisco Macuteo.

64 Pietro Bembo (1470–1547) fue un Cardenal y destacado literato

que fue nombrado secretario personal del papa León X (1513–21). A la muerte de este, se retiró a Padua donde reunió una importante colección de obras de arte, En la Basílica de San Antonio de Padua se conserva un monumento dedicado a su memoria,

65 Cf. Capítulo XXIII, Las Fuentes de Roma: la Fuente de la «Piazza della Rotonda» (o de los Delfines).

66 Esta iglesia, la única gótica de Roma, es del siglo XIII. Se supone construida sobre un templo erigido por Domiciano en honor de Minerva.

67 Cf. Capítulo X, Los Foros Imperiales: el Templo o Foro de la Paz (Forum Vespasiani).

68 Este colosal pie de mármol que da nombre a la vía donde se encuentra se halló en el área dedicada a los templos de los dioses egipcios, por lo que se ha supuesto que debió de pertenecer a una de las estatuas que en ellos se alzaban.

69 En el Pasquino, la estatua parlante más famosa de Roma, próxima a la «Piazza Navona» se le dio el nombre de «Olimpía», que significa en latín «antes virtuosa».

70 En la actualidad el Palacio Pamphili alberga la Embajada de Brasil.

71 La iglesia de Santa Inés Extramuros se alza sobre las ruinas de un cementerio cubierto, unas catacumbas y la cripta donde fue enterrada la santa. Según la tradición, fue construida a petición de Constancia, la hija del emperador Constantino, por haberla librado de la lepra. En el mosaico del ábside del siglo VII, Santa Inés aparece vestida con una túnica violeta, como si fuera una emperatriz bizantina y sosteniendo un cordero en sus brazos, tal y como se dice que apareció a los ocho días de su muerte. Cada año, el 21 de enero, fecha de su festividad, se bendicen los corderos en el altar de la iglesia y su lana se dedica al tejido de unos palios especiales, ya que el Papa envía uno a cada arzobispo recién nombrado.

72 Cf. Capítulo XXIII, Las Fuentes de Roma: las Fuentes de la

«Piazza Navona».

73 Los orígenes de esta familia supuestamente se remontaban a C. Quintus Fabius, el vencedor de Anibal, en el siglo III a.C., por lo que en su escudo de armas figuraba un Hércules niño. A ella pertenecieron personajes famosos e ilustres, como el joven Paolo Massimo, resucitado el 16 de marzo de 1538 por san Felipe Neri (razón por la que en esta fecha se abre, todos los años, el palacio al público) y otro célebre Massimo que fue quien negoció la paz con Napoleón.

74 Dicho lugar se encontraba al final del actual «Corso Vittorio Emanuele», en las proximidades del puente del mismo nombre.

XIV. El QUIRINAL

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Virinal-Quirinal): 3,7 MB

Esta colina (collis Quirinalis), sita al noroeste de Roma, alcanzaba los 61 m. de altura y tenía tres altozanos: el Latiaris, el Mucialis o Sanqualis, y el Salutaris. Por los vestigios arqueológicos hallados en su suelo, se sabe que fue habitada desde la Edad del Hierro. Así lo demuestran también las tumbas descubiertas entre 1884 y 1907 junto a la Porta Sanqualis y en otros varios puntos de este célebre montículo.

Sede ancestral de los sabinos, cuyo rey Tito Tacio pactó con Rómulo la paz tras el rapto de la sabinas, fue incluido dentro del recinto de las murallas servianas, según las fuentes, por el rey Servio Tulio, a quien se le atribuye la realización del primer cerco de la ciudad. El trazado del mismo puede reconstruirse en varios lugares de la zona, aunque sus restos corresponden a fechas más recientes a las de su legendario fundador, como ya dijimos al estudiar dicho recinto en el capítulo dedicado a las murallas de Roma.

El templo más antiguo del Quirinal fue probablemente el dedicado, como recuerda Varrón, a una divinidad sabina, Semo Sancus Dius Fidius[1], cuyo culto habría sido introducido en Roma por el propio Tito Tacio. El nombre de la Porta Sanqualis se relacionaba con el de este dios. En el 446 a.C., se tiene noticia de que se erigió uno nuevo sobre las ruinas del anterior, lo que demuestra la pervivencia de su culto como dios ancestral. En su interior se encontraba una estatua de bronce de Tanaquil, la esposa de Tarquinio Prisco, de la cual se conservaban el huso y la rueca. Como se recordará ella fue la que instó a su marido a emigrar a Roma y la que predijo su futura grandeza cuando al llegar a la ciudad un águila le arrebató el sombrero de la cabeza y después de volar sobre él se lo volvió a poner.

También se elevó, en lo alto de la colina, el Capitolium Vetus dedicado a la gran tríada que se veneraba en el templo del

Capitolio. Asimismo, aquí se encontraba el templo de Quirino, otro dios ancestral y guerrero, de origen sabino que posteriormente adoptaría un carácter agrario y civil. Los mitos de Quirino son escasos. Uno de ellos se refiere a la fundación de la ciudad de Cures por Madio Fabidio, hijo suyo, que fue quien la dio tal nombre porque la lanza en lengua sabina se denominaba curis.

La popularidad de este dios creció al ser asimilado con Rómulo que fue objeto de un culto sincrético. Según la leyenda, tras su apoteosis, se le apareció al joven albano Julio Próculo, al que transmitió su deseo de ser honrado con el nombre de Quirino y de que se le erigiese un templo en el Quirinal, lo que al parecer se hizo ampliando el ya existente o construyéndose otro nuevo. En él también fue honrada la memoria de su esposa, Hersilia, herida por el fuego celeste y elevada a la mansión de los dioses. Pasó a denominarse Hora Quirini y su culto se asoció al de su marido.

Del aspecto de este templo de orden toscano podemos tener una idea gracias a un relieve conservado en el Museo de las Termas, en el que está representado el frontón donde figuraba la leyenda de la fundación de Roma.

Desde la época republicana, tanto el Viminal como el Quirinal tuvieron un carácter residencial, por lo que las viviendas y los edificios públicos prevalecieron sobre los lugares de culto. En la parte correspondiente al área exterior de las murallas servianas, siguiendo la costumbre romana de enterrar a los muertos fuera del recinto urbano, se levantaron varios monumentos funerarios, de muchos de los cuales aún se conservan vestigios.

Ambas colinas conformaban la VI de las regiones augústeas, denominada Alta Semita (senda), así llamada por la pendiente del terreno. Estaba atravesada por tres calles principales con dirección de suroeste a noreste: el Vicus Patricius, que constituía su limite oriental; el Vicus Longus, que iba desde el Foro de Augusto hasta donde se alzarían las Termas de Diocleciano, y la Alta Semita, que atravesaba toda la colina. Las vías transversales, menos importantes, debían superar el desnivel de los flancos escarpados del Quirinal, atenuados en el curso del tiempo con el progresivo relleno de los valles laterales.

Desde finales de la Republica fue una zona en la que vivieron destacados personajes, entre ellos Pomponio Ático, amigo de Cicerón. En época imperial mantuvo su condición de barriada residencial y aquí tuvieron sus villas privadas Vespasiano y su hermano Flavio Sabino, así como el poeta Marcial, cuya casa se encontraba cerca de la actual «Piazza del Quirinal». Por esta razón no es de extrañar que se eligiese para la construcción de las grandiosas Termas de Diocleciano, cuyo conjunto monumental aún se mantiene en pie frente a la estación Termini, que ocupa parte del antiguo Viminal. Posteriormente, también se alzaron en esta zona las de Constantino, hoy desaparecidas bajo el «Palazzo Rospigliosi». Durante la Edad Media los terrenos de esta célebre colina se abandonaron en su mayor parte, sin embargo, en el siglo XVI recobraron su tradicional importancia, al remodelarse el «Palazzo del Quirinal» para convertirse en residencia papal.

En la descripción que hacemos de los monumentos más importantes ubicados en el Quirinal, seguiremos una relación acorde con la importancia y significado de los mismos.

El «Palazzo y la Piazza del Quirinal»

Gregorio XIII fue quien escogió la colina más alta de la ciudad (61 m.) para establecer en ella la residencia estival del papado. Las obras empezaron en 1583 bajo la dirección del arquitecto Ottaviano Mascarino, quien no pudo finalizarlas tal y como estaban proyectadas, por la muerte del papa acaecida en 1583. Este primer edificio aún se puede reconocer en la fachada norte del «patio de honor», con su doble logia coronada por la llamada «Torre de los vientos» o «Torrino», en cuya construcción intervinieron sucesivamente Carlo Maderno y Francesco Borromini.

A lo largo del tiempo, fueron varios los arquitectos que trabajaron en tan importante palacio hasta adquirir su aspecto actual: Gian Lorenzo Bernini, Alexandro Specchi, Ferdinando Fuga, etc. En la década de 1730 Domenico Fontana diseñó la fachada principal, Carlo Maderno construyó la capilla y Francesco Borromini todo el

lateral que da a la «vía del Quirinal». La entrada principal es obra, también del Bernini, y en ella se encuentran las estatuas de San Pedro, de Maderno y San Pablo, de Berthelot. Los jardines del Quirinal son famosos por su posición privilegiada y por la belleza de su trazado varias veces remodelado de acuerdo con los gustos de cada uno de los pontífices que ocuparon tan emblemática residencia.

Grandes y poderosas familias de la época, como la de los Colonna o de los Aldobrandini tuvieron en esta zona de la ciudad sus lujosas mansiones. Cuando en 1870 se puso punto final al poder de los papas en Roma, el citado palacio se convirtió en la residencia de los reyes de Italia. El último papa que la ocupó fue Pío IX y el primer rey que lo habitó fue Víctor Manuel II. Desde 1946, fecha que marca el final de la monarquía, es la sede del Presidente de la República.

La Plaza del Quirinal tiene edificios en tres de sus lados, mientras que el cuarto permanece abierto, permitiendo la contemplación de una de las vistas más bellas de la ciudad en la que, incluso, se llega a divisar la cúpula de San Pedro del Vaticano. En su centro se alza la fuente en la que se yerguen las magníficas estatuas de Cástor y Pólux, descubiertas en las cercanas Termas de Constantino. Miden 5,5 m. de altura y son copias de originales griegos del siglo IV a.C. Fue Sixto V quien las hizo colocar en su actual emplazamiento y su presencia en la colina hizo que, en ocasiones, se la denominara «Monte Cavallo». En 1787 se les añadió el obelisco procedente del Mausoleo de Augusto, mientras el otro se emplazaba en el Esquilino. Finalmente, en 1818 se instaló el pilón que se encontraba en el Foro donde había servido de abrevadero de las vacas que pastaban entre sus ruinas tapizadas de hierba. La fuente es alimentada por el agua que hasta ella conduce el Aqua Felice[2].

Las Termas de Diocleciano

Las Termas de Diocleciano fueron construidas entre 298 y 306 d.C., con la intención de que fueran las más grandes de la ciudad.

Ocuparon un área de 380 × 370 m. y el edificio central medía más de 250 × 180 m. Su construcción fue iniciada por Maximiano[3] a su regreso de África, pero en la inscripción figura el nombre de Diocleciano que fue quien continuó las obras. Dicha inscripción, completada con fragmentos pertenecientes a cuatro ejemplares diferentes se encuentra en la actualidad en la sala de ingreso al Museo de las Termas:

D(OMINI) N(OSTRI) DIOCLETIANUS ET MAXIMIANUS INVICTI SENIORES AUG(USTI) PATRES IMP(ERATORUM) ET CAES(ARUM), ET D(OMINI) N(OSTRI) CONSTANTIUS Y MAXIMIANUS INVICTI AUG(USTI), ET SEVERUS ET MAXIMINUS NOBILISSIMI CAESARES THERMAS FELICES DOCLETIANAS, QUAS MAXIMIANUS AUG(USTUS) REDIENS EX AFRICA SUB PRAESENTIA MAIESTATIS DISPOSUIT AC FIERI IUSSIT ET DIOCLETIANI AUG(USTI) FRATRIS SUI NOMINE CONSECRAVIT COEMPTIS AEDIFICIIS PRO TANTI OPERIS MAGNITUDINE OMNI CULTU PERFECTAS ROMANIS SUIS DEDICAVERUNT.

Nuestros señores Diocleciano y Maximiano invictos, augustos, señores, padres de los Emperadores y de los Césares, y nuestros señores Constancio y Maximiano invictos augustos, y Severo y Maximino nobilísimos Césares, dedicaron a sus romanos las termas felices de Diocleciano, que Maximiano Augusto a su regreso de África, en presencia de su majestad decidió y ordenó construir y consagró en el nombre de Diocleciano, su hermano, adquiridos edificios suficientes para una obra de tanta grandeza y completada suntuosamente en cada detalle.

En el lado noreste del complejo se encontraba la gran cisterna trapezoidal, de 91 m. de longitud llamada Botte di Termini, alimentada por el acueducto Aqua Marcia. Era el gran depósito del que se nutrían todas las instalaciones termales y sus últimos restos se conservaron hasta 1876, año en fueron demolidos. Sin embargo, algo de su recuerdo se ha mantenido en el nombre de la famosa

estación ferroviaria, la «Stazione Termini», que se encuentra en el Viminal.

La planta, aunque de mayores dimensiones que las de sus antecesoras, no presentaba grandes diferencias con el modelo ya presente en las Termas de Trajano y en las de Caracalla. La entrada monumental, flanqueada por dos exedras, se encontraba en el centro del lado noreste del recinto; en el lado opuesto se abría otra enorme exedra[4], que estaba frente a un área ordenada como un estadio. Desde este amplio semicírculo, con gradería, los espectadores podían asistir a las exhibiciones atléticas o a las competiciones deportivas.

El conjunto termal constaba de los ambientes consabidos en este tipo de edificios: el calidarium, la gran sala rectangular, sita al norte, frente a la exedra y cuyos restos aún se aprecian en la fachada de «Santa María degli Angeli»; el tepidarium, un ambiente circular sito más al sur y que hoy sirve de vestíbulo de la misma iglesia; y el frigidarium, convertido en lo que es hoy su interior monumental que aún nos sigue sorprendiendo por su sólido trazado.

Era un aula inmensa de 90,80 m. de longitud por 28 m. de anchura y 27 m. de altura, cubierta con tres bóvedas de arista cuya estructura ha resistido el paso del tiempo, ya que en ella se emplearon novedosas soluciones técnicas, claro antecedente de las utilizadas posteriormente en las edificaciones góticas. Las aristas de sus bóvedas se reforzaron con arcos independientes de la obra cementicia, por lo que pueden ser consideradas como bóvedas de nervios, manifiesto antecedente de las empleadas en el la arquitectura del estilo gótico. Para aligerar el plemento o relleno de dichas bóvedas, el cemento iba batido con guijarros de tufo y piedra pómez. Como novedad técnica de gran importancia es de señalar el hecho de que los empujes laterales ejercidos por las tres grandes bóvedas de arista se veían contrarrestados por enormes contrafuertes que, al ser perforados por arcos en su parte baja, daban lugar a dos naves laterales estrechas. Estos elemento hacían la función de los arbotantes, tanto por estar perforados por arcos como por el de acentuar su peso con un alto pilón puesto en su extremo a guisa de pináculo. Tan sabias y prácticas innovaciones se repitieron, como ya vimos, en la Basílica de Majencio, construida en

el Foro.

Detrás del frigidarium se encontraba, al aire libre la gran piscina natatoria (natatio), de unos 100 × 50 m. sobre la que se reflejaba la movida fachada del mismo que con su nichos rectangulares y semicirculares alternos, sus juegos de agua y sus esculturas, constituía una especie de ninfeo.

En los lados menores se abrían sendos patios descubiertos y porticados que se han considerado como palestras y en torno a las cuales se disponían varias estancias, de forma simétrica. En ellas hay que suponer que se encontraban los vestuarios (apodyteria), las bibliotecas, salas de masaje, de lectura y de conversación (laconicum), etc.

La sala central de las termas es hoy el interior, como ya se ha dicho, de la Iglesia de «Santa Maria degli Angeli e Martiri», así llamada en recuerdo de los muchos mártires cristianos que trabajaron en su construcción, condenados a trabajos forzados por Diocleciano. Sabido es que este emperador fue quien decretó una de las más atroces persecuciones de los seguidores de la nueva religión. El proyecto de su transformación en templo tan singular fue un encargo hecho por el papa Pío IV a Miguel Ángel en 1561. Este genial artista respetó sustancialmente el aspecto de su estructura, conservada intacta hasta esa fecha, incluso con sus magníficas columnas de granito rosa oriental de 13,80 m. de altura. En el siglo XVIII, en 1749, la iglesia fue remodelada por Luigi Vanvitelli (1700–1773) quien cambió su orientación, trasladando el coro y el ábside al lado noreste.

Otra parte del edificio, correspondiente al grupo de dependencias comprendidas entre la sala central, la palestra y la piscina, se convirtió en el Convento cartujo en el que Miguel Ángel construyó también un hermoso claustro, hoy ocupado por parte de las colecciones del Museo Nacional Romano (Museo de las Termas)[5].

Se han conservado, también en parte, las dos salas circulares en los ángulos del lado del recinto exterior: la primera está ocupada por la iglesia de «San Bernardo alle Terme», mientras que de la segunda solo quedan a la vista los muros de ladrillo.

La obra de estas grandiosas Termas era de hormigón revestido de ladrillo y chapado de ricos y diversos mármoles en sus partes más nobles. En las dependencias de menor importancia se utilizó el enlucido de estucos de gran calidad. Sus suntuosas dependencias hay que imaginarlas lujosamente amuebladas, bellamente decoradas y rodeadas de hermosos jardines.

Las Termas de Constantino

Los últimos restos de las Termas de Constantino, construidas antes de 315 d.C., fueron demolidos tras la apertura de la «Via Nazionale». El conjunto de ruinas que aún seguía en pie en el siglo XVI fue dibujado por arquitectos y artistas de la época, entre ellos Palladio, gracias a lo cual se puede reconstruir su planta, cuyo esquema era similar al de los otros grandes edificios termales de época imperial a los que nos hemos referido, aunque presentaba algunas variantes tales como la ausencia de patios porticados o palestras a los lados de las estancias centrales; sin embargo, en el lado sur, había un gran espacio semicircular. Sobre sus ruinas se construyó, en 1603, el «Palazzo Rospigliosi» que perteneció al cardenal Mazarino y que fue quien lo hizo agrandar bajo la dirección de Carlo Maderno.

El Serapeum

Fue edificado por el emperador Caracalla en la pendiente occidental de la colina que se extiende desde la «Piazza del Quirinal» a la «Piazza Pilotta». El edificio, casi completamente destruido entre los siglos XVI y XVII, lo conocemos por los dibujos renacentistas llegados hasta nosotros, entre ellos los de Andrea Palladio (1508–1520).

El templo, de estilo helenístico oriental, se alzaba dentro de un gran

un recinto columnado; una gigantesca rampa, de más de 20 m. de altura, lo unía a la Via Flaminia y al Campo de Marte. La perístasis, que rodeaba tres lados del templo, comprendía más de 40 columnas gigantescas. Según fuentes bizantinas, ocho de ellas, expoliadas en época de Justiniano, serían las columnas monolíticas de pórfido que aún hoy se encuentran en el interior de Santa Sofía en Constantinopla. Del Serapeo se conservan muy pocos restos, de entre ellos merece ser citado un enorme bloque del entablamento de mármol (más de 34 m^3), que actualmente se halla en el jardín de Villa Colonna.

Según una hipótesis sostenida por C. Fea y R. Lanciani, y más recientemente propuesta por F. Zeri, las estatuas de los Dioscuros habrían formado parte de la decoración originaria del Serapeo, así como las divinidades fluviales que fueron trasladadas al «Campidoglio». De una quinta estatua colosal, quizá una personificación de Roma que se supone estuvo también aquí, se han perdido la pista desde el Renacimiento.

El Sepulcro de los Sempronios

En el extremo occidental del Quirinal, en la «Via della Dataria», se descubrieron los restos del que fue el Sepulcro de los Sempronios. Se alzaba sobre un alto zócalo, hoy no perceptible, y en su fachada de bloques de travertino se abría una puerta rematada por un arco. Se accedía a la cella por medio de un corredor de unos 3 m. de largo, cubierto con bóveda de cañón. La citada cella, de la que solo queda una parte, era de opus laetericium, lo que la convierte en uno de los ejemplos más antiguos del uso del ladrillo en una fecha que se ha supuesto que pudiera ser la de finales del siglo I a.C.

Encima del arco de la entrada aparece la siguiente inscripción:

CN (AEUS) SEMPRONIUS CN(AEI) F(ILIUS) ROM(ILIA) /
SEMPRONIA CN(AEI) F(ILIA) SOROR / LARCIA M(ANI) F(ILIA)

MATER.

Así pues los propietarios de la tumba fueron tres componentes de la misma familia: Cneo Sempronio, su hermana y su madre.

Este mismo tipo de monumento funerario, con puerta de acceso sobre zócalo, se encuentra en otros sepulcros contemporáneos, tales como el de Publicio Bíbulo, próximo al Capitolio y del cual hablamos en su momento y otro próximo a la Porta Salaria.

El Santuario de la Gens Flavia

entre los numerosos edificios mencionados por las fuentes, merece ser recordado el monumento funerario que se alzó sobre la casa de Flavio Domiciano, tío del emperador Domiciano, y en la cual él había nacido y vivido de niño. Dicha casa estuvo situada en un lugar llamado ad Malum Punicum[6] que hoy se identifica con la «Via delle Qattro Fontane».Fue el Templum Gentis Flaviae, consagrado a toda su familia divinizada. El lugar de su ubicación no se conoce con exactitud, pero es posible que se encuentre debajo de «Santa Susanna».

Es posible que a esta residencia y posterior templo funerario perteneciera un ninfeo decorado con mosaicos de teselas de pasta vítrea, decorados con motivos acordes con cuarto estilo pompeyano, así como un basamento de hormigón, encontrados en 1963 bajo el Cuartel de los Coraceros.

El Ara Incendii Neronis

Bajo el edificio nº 30 de la «Via del Quirinal», en el momento de su construcción en 1888 apareció un gran altar de travertino

(3,25 × 6,25 × 1,26 m.). El ara se alzaba sobre una plataforma a la que se accedía por dos peldaños. Aparecía delimitada por una serie de cipos dispuestos frontalmente, distantes entre sí de 2,5 a 3 m. El núcleo estaba totalmente revestido de mármol. La inscripción, descubierta en 1640, durante la construcción de la iglesia de San Andrés, aclaró el significado del monumento: era una de las aras erigidas por Domiciano en todas las regiones de la ciudad para indicar los límites alcanzados por el incendio de Nerón. En ellas, con ocasión de la fiesta de Vulcano (Volcanalia, el 23 de agosto), se hacían sacrificios destinados a conjurar el peligro de los incendios.

El Mmitreo Barberini

Entre los santuarios dedicados a los cultos orientales, mención especial merece un edificio situado a espaldas del «Palazzo Barberini», en la «Vía delle Quattro Fontane» y «San Nicola da Tolentino», descubierto en 1936. Construido en el siglo II d.C., fue posteriormente transformado en un mitreo, posiblemente en el siglo III d.C. Era una sala de 11,85 m. × 6,25 m., cubierta con una bóveda de cañón, con dos banquetas corridas (podia) en sus laterales, según la estructura habitual en este tipo de recintos, ya que en ellos se celebraban ágapes rituales.

En él destaca la decoración figurada de la pared del fondo en la que se representó la escena esencial de esta religión: el dios Mitra en el acto de matar el toro (tauroctonía), de cuya sangre beben un perro y una serpiente, mientras un escorpión le muerde los testículos. A los lados aparecen los dadóforos, los portadores de antorchas, Cautes y Cautopates, representaciones del sol naciente y del sol poniente; En la parte superior está figurada la bóveda celeste con los signos del zodíaco, sobre los cuales dominaba la figura de Mitra, identificado, en ocasiones con el Sol Invicto. En los recuadros que flanquean la representación principal, aparecen las escenas más significativas de la historia de este dios de origen iranio. A la izquierda, de arriba a abajo: Zeus fulminando a los gigantes; Mitra naciendo de la roca; Mitra haciendo brotar el agua de una roca golpeándola con una flecha; Mitra llevando al toro. A la derecha: el

banquete místico; Mitra conduciendo la cuadriga del Sol; pacto de alianza entre Mitra y el Sol; postración de rodillas ante él (escena de iniciación).

Prescindiendo de su valor artístico, el ciclo pictórico del mitreo Barberini (junto con el de Santa Prisca) ofrece una documentación de gran importancia para la reconstrucción de la mitología y del ritual de una de las religiones más difundidas en la Roma del siglo III d.C., principalmente entre los soldados de las legiones y los mercaderes que frecuentaban las regiones orientales del Imperio, hasta el punto de que llegó a convertirse en una rival peligrosa del cristianismo.

Los Horti Sallustiani

Toda la zona septentrional del Quirinal estuvo ocupada por lujosas mansiones de entre las cuales la más destacada fue la conocida con en nombre de Horti Sallustiani. En un principio perteneció a Julio César, pero tomó su nombre de su segundo propietario, el historiador Salustio[7] que gastó parte de su fortuna en el cuidado y mejora de sus jardines. Desde la época de Tiberio pasó a formar parte de las posesiones del emperador y posteriormente fue varias veces ampliada y embellecida, sobre todo en la época de Adriano y de Aureliano. Se tiene noticia de que Vespasiano gustaba de pasar temporadas en esta lujosa villa y que en ella murió el emperador Nerva. Cuando Alarico entró en la ciudad por la «Porta Salaria», sufrió tremendos daños y nunca volvió a ser reconstruida.

Los restos más importantes pertenecen a un gran edificio de ladrillo que se encuentra en la Plaza Salustio y son de época de Adriano con algunas restauraciones del siglo III d.C. La gran sala redonda (11,21 m. de diámetro y 13,28 m. altura), en torno a la cual se articulan, en varias plantas las diversas estancias, está cubierta por una cúpula con relieves alternativamente planos y cóncavos semejante a la semicúpula del Serapeum de Villa Adriana en Tivoli. Todo el pabellón o parte de él, era quizá un cenador (coenatio) estival, pero se ha pensado también que podría tratarse de un ninfeo

monumental.

De los Horti Sallustiani procede el obelisco, labrado a imitación de los egipcios, y que en 1789 fue colocado delante de «Santa Trinità dei Monti»[8], la iglesia que corona la escalinata de la «Piazza di Spagna», erigida por el rey francés Carlos VIII en 1495. Es posible que ocupase la espina de un hipódromo construido dentro de la propia villa, posiblemente en tiempos de Aureliano, para deleite y paseo ecuestre de sus moradores.

El Templo de Venus Ericina

En el área de los Horti Sallustiani estuvo el templo dedicado en 215 a.C. a Venus Ericinia; del que no tenemos más testimonio que un dibujo de Pirro Ligorio en el que se aprecia su estructura de planta circular. Se ha supuesto que en dicho templo hubiera podido estar el célebre Trono Ludovisi, acerca de cuya autenticidad hay dudas, y una gran cabeza de una divinidad femenina, esculturas ambas relacionadas con la Magna Grecia, fechadas hacia el 460 a.C. y que se conservan en el Museo de las Termas.

El pristino, santuario dedicado a esta divinidad, se encontraba en el promontorio de Eryx (cerca de Trapani, en Sicilia). Consagrado a la diosa de la fecundidad sus vestigios arqueológicos se remontan al neolítico. Estuvo en manos cartaginesas durante muchos años, dedicado a la diosa Tanit, para pasar a la de los griegos en el siglo V a.C. Los romanos victoriosos en las guerras púnicas se hicieron cargo de él con un gran respeto ya que pensaban que sus victorias no habrían sido posibles sin la protección de la diosa, por lo que decidieron erigir un nuevo templo en su honor dentro de la propia Roma. Tiberio y Claudio hicieron restaurar el santuario isleño, aunque de él no queden más que escasos restos.

El Hipogeo de «Vía Livenza»

En la zona exterior a las murallas aurelianas se encuentra un importante edificio subterráneo, hallado en 1923, conocido como «Hipogeo de Via Livenza» y cuyo destino ha sido muy discutido. La planta, similar a la de un pequeño circo, se complica con una serie de estancias adyacentes, destruidas unas y otras aún en parte inexploradas. En el lado corto rectilíneo se encuentra un nicho con un profundo estanque, separado del resto de la sala mediante un triple arco.

La pared del fondo está decorada con pinturas muy bien conservadas. El nicho está adornado con falsos artesonados de mármol, sobre los que aparecen figuras de pájaros junto a una fuente. A lo largo de las paredes laterales corre un zócalo con figuras de amorcillos sobre barcas, mientras que la parte alta está decorada con un mosaico, parcialmente conservado, en el que se reconoce una iconografía cristiana. La representación pictórica más importante es la de una Diana cazadora que aparece entre dos gráciles ciervos.

La estancia considerada en un principio como un baptisterio o un santuario destinado a algún culto mistérico, se ha interpretado recientemente como un ninfeo subterráneo. Se ha fechado en la segunda mitad del siglo IV d.C., no solo por el estilo de las pinturas en las que aparecen escenas paganas y representaciones cristianas, sino también por la presencia de un sello con el monograma de Cristo.

El Mausoleo de Lucilio Peto

A unos 460 m. de la Porta Salaria, se encuentran los restos de un mausoleo circular, que se alzaba a 6 m. por encima del nivel actual. Era un gran cilindro (ca. 34 m. diámetro), cuyo núcleo, en opus caementicium, está revestido con un paramento en bloques de travertino, con zócalo. En el centro del lado que da a la «Via Salaria» se encuentra una gran inscripción, incisa en un panel de

mármol, a la que falta el bloque superior. El texto nos informa de que la tumba es la de un tal M. Lucilius Paetus, de la tribu Scaptia, que fue tribunus militum, praefectus fabrum y praefectus de la caballería, y de su hermana Lucilia Polla. La tumba fue erigida cuando L. Peto todavía vivía; en torno al 20 a.C.

A la cella funeraria se entra por una puerta situada en el punto diametralmente opuesto a la inscripción. Se trata de una estancia con tres nichos, en los que había otros tantos lechos funerarios, uno de los cuales se ha conservado. Por debajo de la cella primitiva fue excavada más tarde una catacumba. En el área comprendida entre el sepulcro y la calle se ve un muro de bloques de tufo, que servía para delimitar un área de respeto. Aquí están depositados algunos fragmentos de inscripciones, pertenecientes a otras tumbas existentes en la zona.

Los Castra Praetoria

En el extremo nororiental de la ciudad se encontraban los Castra Praetoria, el campamento de los pretorianos (guardia permanente del emperador) hecho construir por Tiberio entre los años 21 y 23 d.C., a instancias de Sejano. Este gran recinto se encontraba fuera de la muralla serviana, entre las actuales «Via Nomentana» y «Via Tiburtina». Era una construcción amurallada, hecha de ladrillo, en la que se abrían cuatro puertas, correspondientes a las salidas de los extremos de las dos calles principales que se cruzaban en su interior, el cardo y el decumanus. La zona central estaba ocupada por largas hileras de edificios de dos plantas, solo divididos por corredores en dos series de estancias contrapuestas.

Algunos restos de estos edificios salieron a la luz en el siglo pasado, pero hubo que esperar hasta la exploración que se llevó a cabo, entre 1960 y 1971, en un amplio sector cercano a la actual Biblioteca Nacional, para conocer la estructura interna de este establecimiento cuartelario, que ocupaba un área de unos 440×380 m., y que respondía al modelo habitual de los campamentos militares: el cuartel de mandos (praetorium), la sala del tesoro

(erarium), la armería (armamentorum) y los almacenes (horrea).

Un gran edificio de hormigón revestido de ladrillo, hoy semienterrado (con 10 habitaciones amplias y un corredor), se ha supuesto que era el dedicado a los almacenes. En el interior del recinto amurallado y unido a él había numerosas estancias pequeñas con pavimentos de mosaico y paredes pintadas al fresco.

En el siglo III d.C., cuando el campamento fue incluido totalmente dentro de las murallas aurelianas, el recinto, originariamente de una altura de 4,75 m., fue notablemente realzado y luego fortificado con torres cuadradas a distancias regulares.

En el lado que daba a la ciudad, probablemente destruido en la época de Constantino que fue quien suprimió la guardia pretoriana, se erigió un arco construido con sillares de mármol.

La «Fontana de Trevi»

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Fuentes monumentales): 3,5 MB

Esta famosa fuente, marca el final del acueducto Aqua Vergine, construido en su día por Agripa en el año 19 a.C. para abastecer de agua las Termas que había construido en el Campo de Marte, cerca del Pantheon. Este acueducto fue en parte muy dañado en la Edad Media, aunque nunca dejo de funcionar. Fue en tiempos del papa Clemente XII quien en 1732 decidió restaurar el citado acueducto y construir en el punto de su llegada una fuente monumental cuyo proyecto encargó a Nicola di Salvi.

La historia y descripción de esta fuente puede encontrarse en el capítulo XXIII, dedicado a las fuentes de Roma.

Las Cuatro Fuentes («Quattro Fontane»)

Son cuatro pequeñas fuentes que se encuentran incorporadas en los edificios que se hallan en un cruce de la «Via del Quirinal» y la «Via delle Quattro Fontane», a la que dan nombre. Son de la época de Sixto V (1595–1590) y cada una de ellas contiene la estatua de una divinidad reclinada. Su descripción completa se encuentra, asimismo, en el capitulo XXIII.

La Fuente de Moisés o «Fontana del Acqua Felice»

Esta fuente se alza en la «Piazza de San Bernardo» y oficialmente se conoce como la «Fontana del Acqua Felice» por marcar el lugar de llegada de este acueducto reconstruido por Felice Peretti, el papa Sixto V, en 1586 y del cual tomó su nombre. Sin embargo la gran estatua de Moisés, desmesurada y criticada por parte de los romanos, ha acabado apropiándose de su denominación original. Como en el caso de las fuentes anteriores su descripción completa puede verse en el citado capítulo XXIII.

1 Semo Sanco era un dios de la primitiva religión romana al que se le identificaba con Dius Fidius, cuyo culto había sido instaurado por los sabinos. De origen muy oscuro no tenía mito propio pero se le tenía por garante de los juramentos. A veces se le consideraba el padre del héroe Sabo, epónimo de este pueblo y de supuesto origen lacedemonio.

2 Cf. Capitulo XXIII, Las Fuentes de Roma: la Fuente de «Montecavallo»

3 Ostentó el cargo de César en 285 y el de Augusto desde el 286, hasta el 305, compartiendo el cargo con Diocleciano. Fue el padre de Majencio y actuó siempre contra Constantino, quien acabó haciéndole prisionero en Marsella y obligándole a suicidarse en el 310.

4 En la actualidad es la «Piazza de la Exedra o de la República». La

plaza se construyó cuando Roma se convirtió en la capital de la Italia unificada. En su centro se alza la «Fontana delle Naiadi», obra de Alessandro Guerrieri (1885) y esculturas de Mario Rutelli. Las ninfas de bronce y desnudas escandalizaron a una buena parte de los romanos en el momento de su inauguración en 1901.Cf. Capítulo XXIII, Las Fuentes de Roma: La Fuente de las Náyades.

5 El Museo Nacional Romano es en la actualidad un conjunto de museos sitos en varios edificios de la ciudad. Fue fundado en 1889 e inaugurado en 1890, durante el «Risorgimento».Su base se estableció en el claustro del siglo XVI construido por Miguel Ángel en parte de las Termas de Diocleciano. A partir de 1990 se procedió a una reorganización de las colecciones y se dispusieron en cuatro lugares diferentes: 1) Cripta Balbi; 2) Palacio Altemps, el antiguo Palacio Riario, reconstruido en el siglo XV por Martino Longhi para el cardenal Marco Sittico Altemps; 3) el Palacio Massimo alle Terme, sito en el lugar donde estaba la «Villa Peretti» del papa Sixto V, demolida en 1883. El edificio se construyó entre 1883 y 1887. En 1981 fue adquirido por el Estado. Adaptado como parte del Museo fue inaugurado en 1995 y acabado en 1998; 4) el citado Claustro de Miguel Ángel en los restos de las Termas de Diocleciano.

6 Suet., Dom., 1.

7 Gaius Sallustius Crispus (86–34 a.C.), historiador latino autor de dos obras famosas, De Catilinae coniurtatione y Bellum Iugurthinum.

8 Cf. Capítulo XXII, Los obeliscos de Roma: el obelisco Salustiano.

XV. EL VIMINAL

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Viminal-Quirinal): 3,7 MB

Es la más pequeña de las colinas de Roma (collis Viminalis) con una altura de 60 m. Como ya hemos visto, formaba parte con el Quirinal la VI de las regiones augústeas con el nombre de Alta Semita. Su poblamiento, destino y avatares fueron muy semejantes a los de su adyacente compañera, considerándose terrenos habitados también por los antiguos sabinos. Su nombre se ha asociado a veces con el vocablo viminalis-e, que significa mimbre, por lo que sería el monte de los mimbres (o de los sauces).

En general, puede decirse que hoy la zona de la antigua colina es conocida por encontrarse en ella la Estación Termini, la más importante de Italia y una de las principales de Europa. Al igual que la «Fontana de Trevi», ha servido de escenario a numerosas películas, por lo que ambas se han convertido en verdaderos iconos de la ciudad.

Debe su nombre al hecho de que, en su día se encontraba ubicada, como ya hemos dicho anteriormente, en terrenos próximos a la gran cisterna conocida con el nombre de Botte di Termini, construida para abastecer las Termas de Diocleciano. Destruidas sus ruinas en 1876, el lugar conservó en parte dicho nombre.

El primer proyecto para la construcción de esta Estación se presentó en 1867, siendo su autor Salvatore Bianchi. En 1939 se remodeló de acuerdo con las nuevas ideas de Angiolo Mazzoni, que trabajó en el nuevo proyecto a partir de dicha fecha. Las obras se interrumpieron con el estallido de la segunda guerra mundial y desgraciadamente tuvieron que esperar varios años para ser reiniciadas. Finalmente fueron concluidas entre 1950 y 1953 por los arquitectos Montuori e Vitellozzi. Con posterioridad a esta fecha ha sido objeto de muchas obras de mejora y modernización de sus instalaciones.

XVI. EL CELIO

Pincha para descarga de fichas iconográficas (El Celio): 5,3 MB

Parece que ser que el nombre más antiguo de esta colina fue el de Mons Querquetulanus, es decir, «monte de las encinas», ya que estaba cubierto por esta especie de árboles. Como recuerdo de esta época quedó una manifiesta persistencia del culto a los bosques y a las fuentes, y en particular el consagrado a la ninfa Egeria, consejera del piadoso Numa Pompilio. A la muerte de este rey lloró tanto que se convirtió en una fuente. Su capilla de culto se encontraba en las cercanías de la «Porta Capena» junto al santuario de las Camenae, las ninfas de los manantiales que no tardaron en identificarse con las Musas.

Bajo el reinado de Tulo Hostilio, el tercer rey de Roma, la población de Alba Longa, una vez destruida la ciudad, fue obligada a establecerse en este altozano. Este episodio va unido a la leyenda de los combates singulares entre tres hermanos gemelos de la familia romana de los Horacios y los tres hermanos gemelos de la familia albana de los Curiacios[1], de la que salió vencedora la primera.

Posteriormente pasó a denominarse Collis Caelius o Coelius Mons en honor del etrusco Celio Vibenna[2], quien, según la tradición, ayudó con sus ejércitos al futuro rey Servio Tulio a adueñarse de esta colina y por lo tanto de toda Roma.

Durante la Republica ya era una zona residencial y en la época de Augusto quedó incorporada a la II Regio, llamada Coelimontium. Se extendía a lo largo de unos los 2 km. de longitud, entre el punto llamado ad Spem Veterem (actual «Porta Maggiore») y el Coliseo, abarcando una anchura de 500 m.

Originariamente, el Celio, como zona exterior al recinto sagrado de la ciudad (pomerium) dio albergue a cultos extranjeros, tales como el de Minerva Capta, introducido en Roma en 241 a.C., tras la toma de la ciudad etrusca de Falerii Veteres. Otros lugares sagrados se encontraban junto a la «Porta Querquetulana» uno de los accesos

del recinto serviano. Se tiene noticia de que allí hubo un pequeño santuario dedicado a Diana y quizá también el templo consagrado a Hércules Victor por Lucio Mummio tras la conquista de Grecia (146 a.C.).

Sin embargo, la colina mantuvo siempre su carácter de zona residencial, alcanzando un inmejorable aspecto urbanístico tras el incendio de 27 d.C., ya que Tiberio contribuyó a su reconstrucción ayudando generosamente a los propietarios cuyas viviendas se habían visto afectadas por el siniestro. En su suelo se levantaron lujosas villas, algunas de las cuales fueron confiscadas por Nerón a sus enemigos, condenados a la pena capital tras la conjura de los Pisones (65 d.C.). Una de estas era la denominada Egregiae Lateranorum Aedes, es decir, las «bellas casas de los Lateranos» que el emperador debió de añadir al conjunto de la Domus Aurea. Sin embargo, más tarde, esta heredad volvió a sus legítimos propietarios, aunque, finalmente, acabó formando parte del patrimonio imperial en los primeros treinta años del siglo III d.C. En el siglo siguiente fue denominada Domus Faustae, en honor a la segunda esposa de Constantino. Sobre dichos terrenos se levantaría después la plaza y la Basílica de San Juan.

Es probable que sean de esta última mansión los restos aparecidos recientemente en una serie de terrazas existentes bajo la sede del Instituto Nacional de Previsión Social, en la «Via Amba Aradam»[3]. Dichos restos pertenecen a dos edificios de época julio-claudia en los que se realizaron sucesivas restauraciones. Teniendo en cuenta su ubicación y sus características se ha pensado que podrían identificarse con lo que fueron la Villa de los Lateranos y la de los Pisones, mansiones independientes en un principio, aunque luego se unieron en una única mansión, en la que había un largo corredor decorado con pinturas de personajes de tamaño mayor del natural. De este mismo conjunto parece ser que son unas termas de las que aún quedan restos en una zona sita hacia el noreste.

Investigaciones realizadas a partir de 1959 pusieron al descubierto, bajo el «Hospital de San Giovanni», los restos de una villa del siglo I d.C. que se han identificado con los de la villa de Domitia Lucila, la madre de Marco Aurelio. Entre ellos se halló un basamento del siglo II d.C., sito en el centro de un patio, anteriormente ocupado por un

estanque, y que tal vez pudo ser el que sirvió de base a la estatua ecuestre de bronce de Marco Aurelio, que en 1538 fue colocada por Miguel Ángel en el centro de la plaza del Capitolio. Dicha estatua fue siempre respetada por suponerse que era la de Constantino, el emperador al que se le atribuía la paz de la iglesia. Como contraposición recordaremos que el hijo de Marco Aurelio, Cómodo, vivió en el Celio y en Celio fue asesinado.

Otras importantes villas fueron la de los Valerios, sita en las proximidades de «San Stefano Rotondo»; la de los Símacos, de la que más tarde hablaremos, próxima al Hospital militar y la villa imperial, conocida con el nombre de Sessorium, construida por los últimos emperadores de la dinastía de los Severos en el lugar donde ahora se alza la basílica de la «Santa Croce in Gerusalemme». En ella vivió Santa Helena, la madre de Constantino.

El Celio fue también una zona donde se asentaron varias guarniciones militares, como luego veremos, y estuvo recorrida por cuatro acueductos: el Aqua Appia, Marcia, Iulia y Claudia. Mientras que los tres primeros eran subterráneos, el tercero se alzaba sobre arcaturas que aún son, en gran parte, visibles.

Hoy las verdes pendientes de esta colina, atravesadas por el «Clivo Scauro»[4] y la «Via de San Paolo della Croce» presentan un notable conjunto de iglesias y restos arqueológicos, así como el hermoso parque conocido con el nombre «Villa Celimontana», donde, en el siglo XVI, se alzó la mansión de la familia Mattei. Los terrenos fueron adquiridos por Giacomo Mattei en 1553 por la suma de 1000 escudos de oro, pero fue Ciriaco Mattei quien encargó la construcción de la villa y el trazado de los jardines a Giacomo del Duca, un discípulo de Miguel Ángel. Posteriormente los jardines fueron remodelados por Giovanni y Domenico Fontana y en alguna de las fuentes intervino Bernini. El obelisco que se yergue en estos jardines, de época de Ramsés II y que ornó en su día el templo de Isis y Serapis, en el Campo de Marte, fue trasladado hasta aquí por el mismo Ciriaco Mattei en 1587[5].

Este destacado personaje comenzó, además, a reunir importantes obras de arte que ornaron las salas y dependencias de la que fue su suntuosa mansión. Fue propiedad de esta familia hasta 1813, fecha en la que fue adquirida por Manuel Godoy, el ministro de Carlos IV

de España, conocido con el nombre Príncipe de la Paz. Fue después propiedad de varios príncipes y princesas de la nobleza europea y finalmente, tras la Primera Guerra Mundial, pasó a ser propiedad del Estado y sus célebres colecciones fueron trasladas a Museo Nacional. En 1926 se convirtió en sede de la «Società Geografica Italiana».

Varias son las iglesias que se alzan en esta colina, casi todas ellas construidas sobre los restos de viejos monumentos romanos, muchas veces restauradas y colmadas de obras de arte. Aquí destacaremos las más importantes.

«Santa Maria in Domnica» se encuentra frente a la «Piazza della Navicella», así llamada porque en el siglo XVI se alzaba en ella una fuente que tenía por pilón una nave de piedra procedente posiblemente de un templo edificado por los navegantes romanos. La iglesia fue erigida por el papa Pascual I en el 817 y es famosa por sus mosaicos. De entre ellos destaca el del ábside en el que aparece el propio papa a los pies de la Virgen rodeada de ángeles y con el Niño sobre sus rodillas. Fue completamente reconstruida en el siglo XVI por el papa León X y posteriormente en 1820 fue objeto de una nueva remodelación.

La «Iglesia de San Gregorio Magno», fue fundada por el papa Gregorio el Grande a finales del siglo VI, quien comenzó por transformar su residencia familiar en un monasterio. Fue reformada en el siglo XVII por Giovanni Battista Soria y en el XVIII por Francesco Ferrari.

La de «San Clemente» fue una de las basílicas más antiguas de la ciudad dedicada a este santo, colaborador de San Pedro y cuarto papa de Roma. Se alzó sobre los restos de viejas construcciones romanas y en su estructura se percibe la presencia de dos iglesias superpuestas: la iglesia inferior fue restaurada en los siglos VIII y IX, pero en 1084 fue destruida en el trascurso de la campaña de pillaje perpetrada por los soldados de Roberto Guiscard, por lo que el papa Pascual II hizo construir en 1108 una nueva iglesia sobre la anterior reutilizando sus materiales. En el siglo XVIII fue restaurada por Domenico Fontana.

La Iglesia de «Santi Quattro Coronati» fue construida en el siglo IV,

en honor de los cuatro mártires Severo, Severiano, Carpoforo y Victoriano, que murieron en el transcurso de la gran persecución llevada a cabo por Diocleciano. Fue destruida también por los normandos y reconstruida en el siglo XII. Su restauración total se llevó a cabo en el siglo XX.

En cuanto a los restos arqueológicos se refiere, hay que destacar las ruinas del templo de Claudio, el Arco de Dolabella, etc. Nos referiremos, en primer lugar, a sus villas más conocidas y después a los edificios civiles y a los restos de los diversos cuarteles (castra) que se asentaron en esta célebre colina.

La Domus Symmachorum

En 1617, se descubrieron, en un jardín de la «Villa Casali», restos de la Domus Symmachorum, en la que residió el estudioso orador y político Quintus Aurelius Syímmachus (340–402), prefecto de la ciudad en 384, cónsul y procónsul de África. La localización de esta morada fue posible por el descubrimiento de la basa de una estatua, dedicada a L. Aurelio Aviano Símaco, padre de Quinto, por su suegro, otro destacado personaje de la época.

Los miembros de ambas familias fueron defensores a ultranza del paganismo, ya en clara decadencia ante el creciente auge del cristianismo. L. Aurelio Aviano llegó a pagar sus convicciones tradicionalistas con el exilio a Formia, donde tuvo que residir dos años, por orden del emperador Graciano.

Quinto Aurelio Símaco fue conocido por su oposición al emperador Teodosio I, por su obra Relatio (Relaciones) que escribió cuando ocupaba el cargo de prefecto y por su abierto enfrentamiento con San Ambrosio con ocasión de la restauración del altar de la Victoria en la Curia romana, sede del Senado.

Las excavaciones realizadas en la zona muestran restos evidentes de devastación, lo que parecía corroborar la teoría de Lanciani que supuso que, después del triunfo de los cristianos en 394, la plebe

habría descargado su ira sobre las moradas de sus adversarios, entre los que se encontraría Quinto Aurelio Simaco. Sin embargo, A.M.Colini, quien realizó en 1944 un importante estudio sobre Celio en la antigüedad, ha planteado serias dudas sobre dicha hipótesis.

El «Palazzo Sessoriano» (Sessorium)

Esta grandiosa villa imperial se localizó en el extremo oriental del Celio. Fue mandada construir por Septimio Severo y terminada por Heliogábalo. Más tarde, fue incluida en parte en la zona de la ciudad defendida por las murallas aurelianas. Su nombre, sobre el que existen diferentes opiniones, parece derivar del verbo sedeo (descansar) haciendo tal vez alusión a lo que era su fin primordial: servir de residencia de recreo a la familia imperial.

Fue restaurada y habitada por Santa Helena, la madre de Constantino, quien en una gran parte del palacio dispuso la basílica de la «Santa Croce», de la que más tarde hablaremos, para custodiar en ella las reliquias de la Cruz de Cristo trasladadas a Roma desde Jerusalén. A su muerte fue enterrada en una propiedad suya denominada Ad Duas Lauros (los dos laureles)[6], junto a la Via Labicana[7] (hoy «Via Casilina»), sita a poca distancia, en el llamado Mausoleo de Santa Helena, edificio que se conoce con el nombre de «Tor Pignattara».

Del Sessorium también formaban parte las Termas Elenianas, construidas por Septimio Severo y remodeladas por Santa Helena; el circo Variano, así llamado en honor de Heliogábalo (su nombre era Sexto Vario Avito Bassiano)[8], y el anfiteatro castrense. El circo medía 565 m. de largo por 125 m. de ancho; era más pequeño que el Circo Máximo, pero más grande que el de Majencio. En su spina se colocó el obelisco que Adriano mandó labrar en honor de Antinoo para ser colocado sobre el monumento funerario de su villa de Tívoli y que hoy se yergue en la colina del Pincio. El anfiteatro se edificó en el siglo III, para la celebración de juegos destinados al disfrute de los ejércitos. Todo él fue construido con ladrillo salvo algunas arcadas de travertino que aún son visibles. Se utilizaba para

la celebración de los munera (lucha de gladiadores), y de las venationes. Un corredor cubierto lo unía al palacio severiano. Más tarde, quedó englobado en el recinto de las murallas aurelianas lo que ha favorecido su conservación.

El «Museo de los Instrumentos Musicales» se alza hoy en parte de los terrenos del Sessorianum. Se abrió en 1974 y alberga una colección de más de 3000 instrumentos musicales, procedentes de todo el mundo. Hay también una sección dedicada a la música eclesiástica y militar. Es de destacar como pieza singular uno de los pianos más antiguos del mundo, ya que data de 1722.

La Cripta del Ttulus Byzantis sive Pammachi.

Iglesia de «Santi Giovanni e Paolo»

En el extremo occidental del Celio se encontraba la casa de los mártires Juan y Pablo, dos oficiales romanos condenados a muerte, porque al ser llamados a las armas por Juliano el Apóstata, se negaron a acudir alegando que su religión se lo impedía. Con tal motivo fueron decapitados en su propia casa en el 362 d.C.

La vivienda, que permaneció intacta hasta con sus decoraciones originales, se convirtió, más tarde, en la cripta del Titulus Byzantis sive Pammachi, sobre la cual se construyó, a comienzos del siglo V, la ya citada iglesia de «Santi Giovanni e Paolo» muy visitada por las peregrinaciones medievales al considerarse la única tumba de mártires cristianos existente dentro del recinto de las murallas.

Las excavaciones realizadas en 1950 por Adriano Prandi pusieron al descubierto las diversas estratigrafías que se habían sucedido en este lugar desde época romana. Había restos de una manzana de casas, habitada desde los siglos I-II d.C. y dotada, incluso, de un edificio termal decorado con frescos en los que aparecían representados personajes del thiasos marino. Posteriormente, en el siglo III fue transformada en una vivienda de tres plantas con tiendas en los bajos y una fachada remodelada con un porche que

daba al Clivus Scauri.

Los primeros vestigios de su destino como edificio dedicado al culto cristiano son unos frescos del siglo IV, en los que ya aparecen motivos decorativos alusivos a la nueva religión. En la primera planta se dispuso un amplio espacio para reuniones, rodeado de habitaciones secundarias, que se ha considerado parte del citado Titulus[9].

Más tarde, se convirtió en la Iglesia porticada de «Santi Giovanni e Paolo». El ábside y el campanario románico fueron añadidos, por Nicolás Breakspeare, el único papa inglés que gobernó entre 1154 y 1159, con el nombre de Adriano IV. En la base del campanario se incluyeron los restos del Templo de Claudio que se alzó en este lugar. Los mártires se hallan sepultados en la nave principal y sus reliquias se conservan dentro de una urna en el altar mayor. Fue reformada en el siglo XVIII.

El Macellum Magnun y «San Stefano Rotondo»

Sabemos por Dión Casio que Nerón hizo edificar en el Celio el Macellum Magnum, un gran mercado que H. Mattingly, un conocido numísmata, consideró que aparecía representado en una moneda de este emperador como un gran edificio de dos plantas cubierto por una cúpula. La leyenda MAC. AVG., parecía confirmar esta interpretación.

La similitud del edificio de la moneda con la iglesia de «San Stefano Rotondo», erigida por el Papa Simplicio a fines del siglo V en honor del protomártir San Esteban, muerto hacia el 35 d.C., llevó a suponer que su planta y estructura habían surgido precisamente sobre el viejo mercado. Sin embargo, las excavaciones y los trabajos de conservación que se vienen realizando en este edificio desde 1960 han demostrado que su construcción se corresponde con la época del citado papa. Además, según las últimas interpretaciones, el edificio que figura en la moneda, más parece representar la fachada monumental de la Domus Aurea y el edificio circular con la

inscripción MAC. AVG., en la que se lee Machina Augusti, debe relacionarse con su famoso triclinio con bóveda rotante.

La exedra noroeste de la iglesia, que aún queda en pie, la convirtió en una capilla el papa Teodoro (624–649) para contener las reliquias de los santos mártires Primo y Feliciano recuperadas de un cementerio sito a las afueras de la ciudad, en la «Via Nomentana». En el ábside aún se conserva un mosaico del siglo VII en el que aparecen representados los dos santos.

Las excavaciones dirigidas por Elisa Lissi Carona entre 1973 y 1975 bajo el suelo del deambulatorio, pusieron al descubierto los restos de un Mitreo allí instalado hacia el 180 d.C., en una dependencia que con toda probabilidad pertenecía a los Castra Perigronorum, es decir a los cuarteles de los soldados provinciales trasladados a Roma y a los que se les encargaba el cuidado del suministro del grano. Los restos de estos cuarteles se extendían bajo la iglesia y se sacaron a la luz entre 1905 y 1909, aunque ya en el siglo XVI Pirro Ligorio había dibujado su planta.

El Mitreo se amplió a finales del siglo III con una estancia vecina, pero un siglo más tarde fue clausurado y sellado, probablemente de forma apresurada por lo que se conservaron en su interior sus pinturas, altares, estatuillas y relieves de mármol y terracota. Destaca una cabeza de Mitra que aún conserva restos de policromía y dos estatuas del dios naciendo de la roca. Todo este material, de gran valor arqueológico y cultual, pasó al Museo Nacional.

Los Castra del Celio

Una de las características del Celio fue la de haber servido de asentamiento a varios cuarteles, siguiendo la tradición de los lejanos tiempos en los que se concentraron en él los ejércitos de Celio Vibenna. Entre ellos fueron importantes la Statio Cohortis V Vigilum (bomberos), otros dos destinados a albergar a los equites singulares (la guardia a caballo del emperador) y los Castra Pereginorum (soldados provinciales), a los que ya nos hemos

referido al hablar de la iglesia de «San Stefano Rotondo». Esta particularidad del Celio se ha mantenido hasta nuestros días, ya que aún se encuentran en él algunos cuarteles militares.

La Statio Cohortis V Vigilum

La Quinta Cohorte de los Vigiles, uno de los siete cuerpos de policía y bomberos creados por Augusto para que cada uno vigilase dos de las regiones en que había sido dividida la ciudad, residía en el Celio, en la ya citada Statio Cohortis V Vigilum, sita en los terrenos en los que más tarde se alzo la iglesia de «Santa Maria in Domnica», construida a comienzos del siglo IX y renovada en el XVI y XIX. En su interior, las dieciocho columnas de granito gris con capiteles corintios que separan la nave central de las laterales, son antiguas y reutilizadas.

Algunos de los restos de este cuartel, entre ellos los de la prisión con hierros y cadenas aún clavados en las paredes, y los prostíbulos destinados a los soldados, se encontraron en el siglo pasado bajo la Villa Celimontana. También merecen ser mencionadas dos inscripciones de tiempos de Caracalla, en las que se detalla el organigrama del cuartel, es decir, los nombres de todos los oficiales, suboficiales y soldados que venían a sumar unos mil hombres.

De aquí se supone que procede el barco de mármol que da nombre a la «Vía de la Navicella» y decora la fuente sita en el centro de la calle, frente a la citada iglesia. Su estructura data de 1513 y la base lleva las armas del papa León X Medici, pero se tiene constancia de que se construyó sobre otra más antigua, levantada en tiempos de Sixto IV (1471–1484) con materiales procedentes de Castra Vigilum.

Los Castra Equites Singulares

El primero de estos dos cuarteles, Castra Vetera, destinado a albergar a la guardia ecuestre del emperador, debió de edificarse en tiempos de Trajano, que fue quien creo dicho cuerpo, en la zona de la actual «Via Tasso». El segundo, conocido con el nombre de Castra Nova Equitum Singularium fue construido por Septimio Severo sobre una parte de la Villa de los Lateranos. Restos del mismo, en uso hasta tiempos de Constantino, fueron descubiertos entre 1934 y 1938 por Eurico Sosi, quien también sacó a la luz ruinas de viviendas más antiguas, pertenecientes a los siglos I y II d.C., posiblemente pertenecientes a la citada propiedad de los Lateranos.

Constantino, una vez trasladada la guarnición a nuevos cuarteles, donó el área de los Castra Nova al papa Silvestre para que allí fijase su sede episcopal en la basílica de «San Giovanni», la más antigua de todas las de Roma.

La Basílica Hilariana

En el área del Hospital Militar, en 1889, se excavó una sala subterránea, identificada por los vestigios en ella encontrados con la Basílica Hilariana, por el nombre que figura en un mosaico en el que aparecen representaciones contra el mal de ojo. En el mismo sitio se halló la basa de una estatua dedicada al mercader de perlas Manio Publicio Hilaro, fundador de la basílica para que fuera sede del colegio de los «dendróforos», los fieles seguidores de Cibeles y Attis, los dioses frigios. También se halló una cabeza que se ha supuesto que pudiera ser un retrato del citado personaje. Nuevas excavaciones llevadas a cabo en 1997 con objeto de remodelar por completo el citado Hospital sacaron a la luz otras dependencias anejas a dicho edificio, lo que ha permitido conocer mejor su estructura.

La forma originaria respondía al patrón habitual utilizado en este tipo de santuarios colegiales, tal y como puede verse en algunos de los hallados en Ostia. Constaba de un patio central en torno al cual se disponían las dependencias necesarias para el desenvolvimiento de las actividades de la congregación. Desde la calle, que se

encontraba en un nivel más alto que el de la planta baja de la basílica, se accedía por una pequeña escalera al vestíbulo pavimentado con un mosaico figurado (hoy en el Antiquarium Comunale). En el interior, una especie de fosa, de forma cuadrada, excavada al inicio del patio se supone que era el lugar destinado para albergar al pino sagrado que los dendróforos cortaban cada año el 22 de marzo, cuando se celebraba la ceremonia del arbor intrat, para conmemorar la pasión de Attis. Engalanado con cintas de diversos colores era llevado en procesión hasta el templo de Cibeles, donde se procedía a su ofrenda. Estos cultos fueron regularizados por Claudio y en el collegium dendrophorium (los portadores del árbol) se agruparon los artesanos que trabajaban la madera y los enterradores.

La basílica tenía una segunda planta de la que no quedan restos. El edificio se reconstruyó completamente en el siglo III y fue entonces cuando el espacio del patio, pavimentado con un mosaico blanco y negro, fue reducido para adecuarlo a sus nuevas dimensiones. Ya en el siglo IV, aún cuando siguió siendo la sede de los dendróforos, algunas de sus dependencias debieron de utilizarse para actividades comerciales y así se mantuvo, en mal estado, hasta que en el siglo V fue confiscado por el Estado. No obstante, su abandono total no se produjo hasta el siglo VI.

La Nueva Ceca (Moneta)

En las estribaciones noroccidentales del Celio se encuentra la «Basílica de San Clemente» que, según las excavaciones realizadas en 1860 por el padre R. Mullooly, y en fechas posteriores, se apoya, en parte, sobre un edificio de época romana, de planta rectangular, muros perimetrales de grandes bloques de toba y estancias cubiertas por bóvedas de cañón. Se ha sugerido que dicho edificio pudiera ser el de la MONETA, es decir, el de la ceca, que se sabe había sido trasladada, en un determinado momento, desde el Capitolio (Arx) al Celio. Junto a la citada iglesia se han encontrado inscripciones que parecen corroborar dicha hipótesis.

Los Columbarios y Ara de la «Via Celimontana»

Son numerosos los sepulcros que a lo largo de la «Via Celimontana», junto al Laterano, nos informan, con lo que queda de ellos, acerca de los diversos tipos de sepulturas que se abrieron en esta zona, sobre todo el siglo IV a.C. y épocas posteriores.

De entre ellos destaca un columbario de tres plantas, excavado en 1866, y que se remonta al siglo II d.C. Por la inscripción de la entrada, sabemos que fue construido por Tiberio Claudio Vitale. Todo él era de ladrillo y solo se ha conservado parcialmente. En el interior había tres estancias contiguas, en cuyas paredes se abrían los nichos dispuestos en varias hileras. Dos de estas habitaciones estaban pavimentadas con mosaicos.

En el curso de los trabajos realizados en 1916 también salieron a la luz algunos sepulcros republicanos de diversa tipología. Uno de ellos, el que se atribuye al liberto P. Quincio, de profesión librero, noticia que nos brinda la inscripción que en él aparece, se ha fechado hacia el 100 a.C. y solo presenta una simple cámara, parcialmente excavada en la roca. Hay otras sepulturas, de planta más compleja, algunas con dos cellae, decoradas en su interior con los bustos de los difuntos.

Más tardío parece ser un monumento consistente en una simple ara dedicada a dos Auli Cesonii y a una tal Telgenia: Este tipo de sepultura, que consistía en un altar aislado, parece ser que prevaleció en el curso del siglo I a.C., sobre el tipo de la tumba de cámara

La «Basílica de San Clemente». el Mitreo

La «Basílica de San Clemente» construida en «la Via de San Giovanni in Laterano» se construyó en el siglo XIII sobre otra del

siglo IV, posiblemente edificada sobre el Titulus Clementis, del que nos hablan las fuentes ya que en él se reunían los primitivos cristianos probablemente desde el siglo II d.C.

San Clemente (90–99) fue el cuarto papa de Roma. Exiliado a Crimea sufrió persecución y martirio, siendo arrojado al mar atado a un ancla. Algunos de los episodios de su vida fueron representados en los frescos que decoraron la iglesia del siglo IV. Según la tradición, en el año 857 sus restos fueron traídos a Roma, por lo que en 1108 se decidió construir una basílica para que reposasen en ella.

En 1667 se donó la iglesia y el convento anexo a los dominicos irlandeses que se instalaron en ambos edificios, procediendo a su restauración en el siglo XVIII. Posteriormente, en 1857, el padre Mullooly comenzó a realizar las primeras excavaciones bajo sus cimientos, excavaciones que aún siguen en curso a partir de entonces.

Así se pusieron al descubierto los restos de una vivienda fechada en los siglos I-II d.C. y que, a mediados del siglo III d.C, debió de ser transformada en un santuario mitraico al que, poco a poco, se le fueron añadiendo diversas estancias. Sobre dicho santuario se construyó en el siglo IV la primera de las citadas iglesias.

El Mitreo, según la estructura habitual en este tipo de recintos, constaba de una sala alargada, cubierta por una bóveda de arco rebajado y con grandes bancos corridos a los largo de sus paredes para que en ellos se sentaran los fieles durante las ceremonias y ágapes rituales. En el centro de la nave estaba colocado el altar, decorado con símbolos del culto mitraico y con la imagen en relieve del dios en el acto de matar al toro (tauroctonía), flanqueado por los Dadóforos, Cautes y Cautopates (representaciones del sol naciente y del sol poniente). Algunos lucernarios abiertos en la bóveda dejaban filtrar una luz difusa sobre el interior de la sala.

El Mitraismo una religión de origen iranio, importada a Roma desde Persia en el siglo I a.C. rendía culto a la fertilidad masculina. Alcanzó una gran difusión, sobre todo entre los ejércitos y los comerciantes, rivalizando en su rápida expansión con el cristianismo.

El Templum Divi Claudii

Este grandioso edificio se comenzó a construir en tiempos de Claudio a instancias de Agripina, la cuarta esposa de este emperador Sin embargo, Nerón, a la muerte de su madre, lo transformó en un magnífico ninfeo, incorporándolo a la Domus Aurea. De este ninfeo se encuentran restos bien conservados en la «Via Claudia». Se trata de un largo muro de ladrillo con una gran habitación en el centro y una serie de nichos a los lados con los que se crearía, en su día, una especie de fondo escénico.

Vespasiano fue quien reanudó el proyecto originario, procediendo a su consagración en el 70 d.C. Hoy solo quedan de él los grandiosos cimientos de la terraza sobre la que se asentó, ocupando un área rectangular de 180×200 m., y algunas arcadas de travertino junto a la iglesia de «Santi Giovanni e Paolo» caracterizadas por el rústico almohadillado de sus sillares, típico de la época de Claudio. Los citados bloques de travertino, como ya se ha dicho, fueron incorporados a la base del campanario. Aunque no quedan restos del templo, se conoce su planta por un fragmento de la Forma Urbis. Era un próstilo hexástilo que se alzaba, rodeado de jardines, en una gran plaza porticada. Los restos que del mismo se conservan son de la reconstrucción llevada a cabo por Vespasiano.

El «Arco de Dolabella»

Cerca de la «Piazza de San Clemente y San Paolo», en la «Via di San Paolo della Croce» se alza un arco de travertino conocido con el nombre de «Arco de Dolabella». Fue erigido en el año 10 d.C. por los cónsules P.Cornelio Dolabella y Cayo Junio Silano en el lugar donde antes se encontraba una de las puertas de la muralla serviana, reconstruida por Augusto y que posiblemente habría que identificar con la Porta Caelimontana. Restos de bloques de tufo de

«Grotta Oscura» aún se ven en su lado derecho, bajo el muro de ladrillo.

Más tarde, se utilizó como soporte de la extensión que hizo Nerón del acueducto de Claudio para proveer de agua la Domus Palatina. Fue entonces cuando su estructura de hormigón se revistió de ladrillo. Las actuales proporciones del arco, hoy de aspecto achaparrado, se deben al hecho de que el nivel de la calle se ha elevado más de 2 m. El paso que tuvo en su día fue de 6,5 m. de altura.

En el ático de la fachada externa aún puede leerse la inscripción que nos recuerda quienes fueron sus constructores:

P. CORNELIUS P. F. DOLLABELLA C. IUNIUS C. F SILANUS
FLAMEN MARTIAL(IS)CO(N) S(ULES)EX S(ENATUS) C(ONSULTO)
FACIUNDUM CURAVERUNT IDEMQUE PROBAVER(UNT)

(P. Cornelio Dolabela, hijo de Publio, y Cayo Junio Silano, hijo de Cayo, flamen de Marte, cónsules por decreto del Senado mandaron construir el arco y lo aprobaron).

El Laterano

El Laterano es una zona del Celio, sita dentro de las murallas aurelianas y que actualmente pertenece a la ciudad del Vaticano. Debe su nombre al hecho de haber pertenecido en su día a la ya citada familia de los Lateranii, quienes vieron usurpadas sus posesiones, las Egregiae Lateranorum Aedes, por Nerón, al ser acusados de traición. Aunque más tarde fueron restituidas a sus antiguos dueños, acabaron formando parte de patrimonio imperial, como ya vimos.

En este lugar se encuentra la Basílica de «San Giovanni in Laterano»

(San Juan de Letrán), el Palacio de Letrán (antigua residencia de los papas), el Baptisterio, la «Scala Santa» y la iglesia de la «Santa Croce in Gerusalemme». Todos estos monumentos están vinculados con los primeros tiempos de la iglesia católica y constituyen un centro de obligada peregrinación, no solo por su significado, sino por la riqueza arquitectónica y artística de cada uno de ellos.

La «Piazza de San Giovanni» y el obelisco

Tanto la Basílica de San Juan como el palacio laterananse dan a la gran plaza que se abre ante ellos, remodelada en el siglo XVI y en cuyo centro se yergue el obelisco de granito rojo erigido en Karnak por Tutmés III (siglo XV a.C). Constantino, en el 330 pensó en trasladarlo a Constantinopla, pero permaneció 25 años en los muelles de Alejandría. Más tarde, en el 357, el emperador Constancio II le hizo llevar a Roma para ser colocado en la spina del Circo Máximo. En él fue hallado, en 1587, roto en varios fragmentos y, después de proceder a su restauración, fue trasladado hasta su actual emplazamiento en 1588, por orden de Sixto V. Es el más antiguo y el más alto (32 m.) de cuantos hay en Roma. En la base hay una inscripción en la que se le dedica a la ciudad de Roma, recordando como Constantino lo habría querido llevar a Constantinopla y como Constancio había restaurado la unidad del Imperio. Frente al obelisco se abre la entrada lateral de la basílica[10].

La Basílica de «San Giovanni in Laterano»

Es una de las cuatro basílicas más importantes de la ciudad y forma parte de la peregrinación de las «Siete Iglesias» que tiene lugar en el mes de Mayo. Se la considera, además, la Catedral de Roma y del mundo (omnium Urbis et Orbis ecclesiarum mater et caput). En San Pedro el papa es el Sumo Pontífice y en San Juan el obispo de la ciudad.

Fue fundada por Constantino, en el año 311, sobre los terrenos que pertenecieron en su día a los Plautii Laterani que, como ya vimos, llegaron a ser propiedad de su esposa Fausta quien los aportó como

dote matrimonial. El emperador hizo construir también el palacio vecino y ofreció el conjunto al papa Melquíades para que estableciera allí la sede episcopal de la ciudad. La iglesia fue dedicada, en esos momentos, a Cristo Salvador.

Destruida por los vándalos se restauró en los siglos V y VIII. Afectada por un temblor de tierra en 846, fue reconstruida por Sergio III quien, además procedió a su cambio de nombre, consagrándola a San Juan Bautista, el artífice clave en el proceso del paso del Viejo al Nuevo Testamento. En 904 fue restaurada por Nicolás IV y en el siglo Xlll Clemente V la hizo reconstruir después del incendio sufrido en 1308. Tras ser de nuevo pasto de las llamas, Urbano V reparó sus daños y, por último, hacia 1650, Inocencio X encargó a Borromini su total reconstrucción. Posteriormente, en 1885, León XIII rehizo y amplió el ábside.

La fachada principal se abre al este y es obra de Alessandro. Galilei (1735). Se compone de dos pórticos superpuestos y está coronada por un ático con quince estatuas de 7 m. de altura de Cristo, San Juan Bautista, San Juan Evangelista y los principales Doctores de la Iglesia. La fachada norte, con dos torres, fue añadida por Domenico Fontana en 1586. El papa imparte su bendición desde la galería superior de la misma. En el atrio hay cinco puertas, la última a la derecha es la «Puerta Santa», que solo se abre en los años de jubileo. La del centro se cierra con las puertas de bronce que tuvo antaño la vieja Curia del Foro. A la izquierda se alza la estatua de Constantino que fue hallada en sus Termas.

Es una basílica de planta de cruz latina y cinco naves, cuyo interior ofrece un aspecto suntuoso, pero algo frío tras la intervención de Francesco Borromini (1650) quien se encargó de su remodelación. La nave central presenta un rico suelo cosmatesco (de mármoles policromos) y en los nichos de los pilares se encuentran estatuas colosales de los apóstoles de estilo barroco (1718). Se ven representadas escenas del Antiguo y Nuevo Testamento en estuco realizadas por Algarde. El techo es del siglo XVI y en las naves laterales se encuentran numerosas tumbas y monumentos funerarios. El transepto es obra de Giacomo della Porta (1540–1602) y está decorado con frescos de la escuela manierista del siglo XVII. En el centro se alza el altar papal, reconstruido por Pió IX,

sobre una tabla en la cual, según la tradición, San Pedro habría celebrado una misa. Se encuentran aquí los relicarios de plata en los que se dice que se conservan los cráneos de San Pedro y San Pablo. Bajo el altar, en la Confesión se halla la tumba de Martín V. Encima hay un ciborium gótico realizado por Giovanni di Stefano (1306). El ábside fue rehecho, como ya vimos, por León XII (1885). En el transepto se encuentra su tumba (1909). Al fondo está el altar del Santísimo Sacramento de tiempos de Clemente VIII.

Hasta 1870 todos los papas fueron investidos en esta basílica. El sumo pontífice celebra aquí los oficios del Jueves Santo y otorga la bendición a todos los fieles. En el altar papal solo pude decir misa el sucesor de Pedro. El baldaquino, de estilo gótico, está decorado con frescos que datan del siglo XVI. Los claustros, de gran belleza, fueron construidos por la familia Vassalleto en 1220. En ellos destacan sus columnas en espiral y su decoración musivaria.

El «Battistero de San Giovanni»

Se encuentra en el extremo suroeste de la plaza. Es un edificio octogonal, también de tiempos de Constantino y reconstruido por primera vez en el 432. En el interior se encuentra la pila bautismal, de basalto verde, con tapa de bronce, fechada asimismo en el siglo V. La cúpula se apoya en ocho columnas de pórfido que, a su vez, sostienen otras ocho de mármol blanco. La bóveda aparece decorada con escenas de la vida de San Juan. Al oeste se halla la capilla de San Juan Bautista, construida por el papa Hilario (461–468) y frente a la entrada se están las capillas de San Segundo, la de Santa Rufina y la de San Juan Evangelista, obra también del papa Hilario.

El interior fue restaurado y nuevamente decorado por Urbano VIII Barberini en 1637, por Inocencio X en 1646–49 y, más tarde por Alejandro VII Chigi en 1657–61, papas que dejaron con la presencia de sus escudos huella imperecedera de su protección al Baptisterio: las llaves y la tiara, símbolo del papado; las colinas y los robles, emblemas de la familia Chigi, y las abejas, de los Barberini. El techo, tras su derrumbe, fue rehecho por Francesco Borromini.

La entrada que da a la «Piazza de San Giovanni» se dispuso en 1575, ya que el acceso original se encontraba en el lado opuesto, frente a la iglesia donde hay un monumental porche, también del siglo V. Muchos de los materiales que se emplearon para su construcción pertenecieron a monumentos ya en desuso y, en consecuencia, expoliados por orden de los propios emperadores y papas. Este edificio ha servido de modelo de todos los baptisterios del mundo cristiano.

El Palacio de Letrán

Fue la primera residencia de los papas hasta su partida a Avignon y su historia está unida a la de la Basílica. En el siglo X, Sergio III lo reconstruyó tras haber sufrido un devastador incendio y, en época de Inocencio III (ca. 1161), fue notablemente embellecido, alcanzando uno de sus momentos de mayor esplendor. La fachada principal se construyó al tiempo que la «Sala Conciliar» (Aula Concilii), un espacio monumental provisto de 11 ábsides y en el cual, entre 1123 y 1517, se celebraron un total de seis concilios.

Por aquel entonces, donde hoy se alza el obelisco se encontraba el palacio y la torre de los Annibaldeschi y, entre dicho palacio y la Basílica, estaba la estatua ecuestre de Marco Aurelio, muy respetada por creerse que era la de Constantino. Desde aquí pasó a ocupar el centro de la plaza del Capitolio y, debidamente restaurada, un lugar de honor en el Museo Capitolino, siendo reemplazada por una magnífica réplica, como ya vimos en su momento.

El palacio conoció un período de decadencia con el traslado de la corte papal a Avignon. Durante ese período sufrió dos terribles incendios, uno en 1308 y otro en 1361. Desde Avignon se enviaron sumas de dinero para su reconstrucción, pero nunca volvió a recobrar su esplendor. Cuando en 1378 el papa Gregorio XI regresó a Roma[11], la sede pontifical se estableció en la Basílica de Santa María del Trastevere, luego en la de Santa María la Mayor y, por último, en el Vaticano.

El papa Sixto V ordenó destruir parte del viejo edificio encargando su total reconstrucción, en 1586, a Domenico Fontana (1543–1607).

Sus dimensiones se redujeron entonces, y adoptó el aspecto que aún conserva en la actualidad. Forma parte de las propiedades del Vaticano y en su interior se encuentra el Museo Pontificio de Antigüedades Cristianas.

La «Scala Santa»

Frente al Palacio de Letrán se abre el edificio proyectado por Domenico Fontana (1589) en el que se encuentra la «Scala Santa», objeto de gran veneración. Son cinco las escaleras que se ofrecen al visitante, pero la considerada santa solo es la central. Está formada por 28 peldaños de mármol de Tiro, recubiertos de madera, que la tradición dice que pertenecieron al palacio de Pilatos en Jerusalén y que son las mismas que Cristo subió y bajó el día de su pasión. A través de los espacios cubiertos por el cristal se pueden apreciar aún en ellos las manchas de sangre derramada por Jesús. Santa Helena la hizo transportar desde Jerusalén al palacio de Letrán y fue Sixto V (1585–1590) quien la mandó colocar en su emplazamiento actual en 1589, cuando fue destruido en parte el viejo palacio lateranense.

Los devotos suben de rodillas, porque nadie puede pisar los peldaños que pisó Jesús. Esta práctica se realiza sobre todo el viernes santo. La bajada se hace por las escaleras laterales. Flanqueando la «Scala» hay dos impresionantes estatuas relacionadas con la Pasión: Jesús ante Pilatos y el beso de Judas.

En lo alto de la «Scala» se encuentra una capilla ojival, llamada de San Lorenzo o Sancta Sanctorum, cerrada por una verja, construida por famosa familia de los Cosmas (siglo XIII), por orden del papa Nicolás III en 1278. Es en realidad la antigua capilla privada de los papas y el único vestigio conservado del palacio primitivo. Está decorada de acuerdo con el estilo cosmatesco, es decir la combinación de ricos mármoles policromos. Encierra la imagen de un Cristo realizado en mosaico y una pintura sobre madera del siglo VI o VII que representa a Jesús a los doce años. Se le denomina el ajeiretos, es decir, el no pintado por manos, ya que se dice que obra iniciada por San Lucas y acabada por los ángeles. Se sacaba en procesión para ahuyentar las plagas. En el muro exterior, a la derecha, hay un nicho decorado con mosaicos y que es lo único que

queda del triclinium de León III del palacio de Letrán Los mosaicos fueron rehechos por Fuga en 1743.

La iglesia de Santa Cruz en Jerusalén

(«Santa Croce in Gerusalemme»)

Construida, asimismo, por Constantino y su madre Santa Helena, en los terrenos de su antiguo palacio (el llamado Sessorium), fechado en el siglo III d.C., se destinó a custodiar las reliquias de la Santa Cruz, traídas desde Jerusalén por la emperatriz. Fue una gran sala del citado edificio (21,8 m. × 36,5 m.) la que se adaptó, en el 350, para la edificación de la iglesia.

En el siglo XII fue rehecha en estilo románico y dotada de un campanario, que es cuanto queda de esta fase constructiva. Durante el período renacentista y barroco fue objeto de varias remodelaciones. La más importante fue la encargada por Benedicto XIV a Domenico Gregorini y Pietro Passalacqua (1740–1758), autores de la fachada y del atrio de forma ovalada siguiendo los corrientes impuestas por Borromini. Muy venerada por las importantes reliquias que conserva en su interior, fue declarada parroquia el 13 de marzo de 1910 por el papa Pío X y forma parte de las siete iglesias mayores que se visitan peregrinación en el mes de mayo.

Según la tradición, tras el Concilio de Nicea (325), Santa Helena, la madre del emperador Constantino se trasladó a Jerusalén, con objeto de recorrer los santos lugares y encontrar la cruz en la que Jesús había expirado. La emperatriz que por entonces debía de tener cerca de ochenta años, tras arduas averiguaciones, consiguió su objetivo. En el lugar de la crucifixión, en el Gólgota (monte de la calavera), se procedió al derribo del templo que en honor a Venus se había levantado en tiempos de Adriano, y tras proceder a la correspondiente excavación se hallaron tres cruces, la de Jesús y la de los dos ladrones, cuatro clavos y el titulus crucis. En la investigación contó con la ayuda de un tal Judas que más tarde, convertido al cristianismo, sería Ciriaco, el obispo de Jerusalén, sucesor de Macario.

Ante las dudas acerca de cual de las tres cruces era la del Señor, se pensó que debía de ser la del centro porque sobre la misma se hallaba el titulus crucis, es decir el letrero que Pilatos mandó poner sobre la de Jesucristo. Según otras versiones, la verificación se produjo con la resurrección de un difunto sobre el que se puso la sagrada reliquia. En otras ocasiones se habla de la sanación de una mujer en estado muy grave[12] que al contacto con la cruz, quedó curada al momento. Desde estos momentos, la citada cruz para ser diferenciada de la de sus compañeras, sería conocida con el nombre de la Vera Cruz.

El fresco del ábside, del siglo XV, ilustra la leyenda medieval que surgió en torno a la misma En él aparece representada Santa Helena sosteniéndola sobre un difunto que recobra la vida ante solo su presencia. En otro episodio se narra como la cruz fue recuperada del poder de los persas por el emperador bizantino Heraclio tras una batalla sangrienta. En el centro del ábside se encuentra la magnífica tumba del cardenal Quiñones, confesor de Carlos I de España, obra de Jacopo Sansovino realizada en 1536. En la cripta se conserva una estatua romana de la diosa Juno, hallada en Ostia, transformada en Santa Helena llevando la sagrada cruz.

Junto al lignum crucis se custodia también uno de los cuatro clavos de la crucifixión, una esponja empapada en vinagre, la corona de espinas y el titulus crucis. Tan sagrados objetos se guardan en el «Santuario de la Cruz» que está dentro de la sacristía de la Basílica. Los otros tres clavos, según la tradición, se encuentran en diferentes lugares: uno, en la Corona de Hierro, en Monza; otro suspendido sobre el altar Mayor de la catedral de Milán; y el tercero en paradero dudoso. Antes de volver a Roma, la propia Santa Helena decidió que la cruz de Cristo fuera partida en dos trozos para que uno de ellos pudiera trasladarse a la ciudad del Tíber, y lo mismo se hizo con el titulus crucis, con lo cual ambas reliquias sufrieron su primer reparto.

En el año 613 los persas invadieron Jerusalén y el rey Cosroes II deportó al obispo de la ciudad a Ctesifonte, cerca de Bagdad a donde se trasladó con las citadas reliquias. La indignación de los bizantinos fue tan grande que declararon la guerra a los persas. Tras una brillante victoria militar y la rendición de su rey en el 628, el

emperador Heraclio exigió la devolución de las mismas. Llevadas a Constantinopla, se reedificó para su custodia la Iglesia del Santo Sepulcro. Un año más tarde fueron devueltas a Jerusalén que pasó a denominarse civitas crucis. Se cuenta que cuando el emperador, que fue quien la condujo en solemne procesión, vestido con gran magnificencia, quiso levantarla, no le fue posible. Tuvo que despojarse de sus galas, imitando la pobreza de Cristo, para ser merecedor de cargar con ella. Desde entonces, ese día quedó señalado en el calendario litúrgico como el de la Exaltación de la Cruz.

Los musulmanes reconquistaron Jerusalén en el 638, manteniendo la custodia de las reliquias hasta que, recuperada la ciudad por los cruzados, fueron los Templarios los que se hicieron cargo de su cuidado. Tras la batalla de Hattin (1187), Jerusalén cayó en manos de Saladino, perdiéndose todo rastro fidedigno acerca de la cruz, aunque se tiene noticia de que fue reclamada varias veces sin éxito por el rey de Aragón, Jaime II.

Las narraciones relativas a la repartición de los fragmentos del lignum por distintas partes del mundo cristiano se remontan al siglo IV, procediendo la mayoría de los mismos de fuentes poco fiables. Se guardaban en relicarios en forma de cruz (estavrotecas) y de entre ellos los más famosos son los de las Catedrales de Limbourg, Cosenza, Nápoles, Genova y San Pedro del Vaticano. En España la reliquia más grande se encuentra en Santo Toribio de Liébana, en Cantabria.

Como complemento a todo lo dicho sobre Santa Helena, hay que hacer referencia a su supuesto mausoleo, sito en la «Via Labicana» y cuyos restos son conocidos, en la actualidad, con el nombre de «Tor Pignattara». En su día, este singular edificio sirvió de testero a la Basílica funeraria de los Santos Pedro y Marcelino siguiendo un modelo de iglesia-mausoleo, corriente en la época constantiniana, como puede apreciarse en la iglesia de los Apóstoles, en Constantinopla con el Mausoleo de Constantino; la Basílica de la Anástasis de Jerusalén, con el Santo Sepulcro en su cabecera; y la iglesia de la natividad de Belén, con la construcción octogonal sobre el lugar del nacimiento de Jesús.

En este caso se trata de un edificio de planta circular con ocho

nichos y ventanas sobre ellos, cubierto por una cúpula semiesférica de 20,18 m. de diámetro y 15,12 m. de altura, aligerada por dolia (grandes vasijas de barro) insertos en la masa de hormigón y apoyada en un cuerpo intermedio o tambor en el que se abrían grandes ventanales.

A pesar de considerarse el lugar donde reposaron los restos de Santa Helena, muerta en el 328, también se ha barajado la posibilidad de que su primer destino pudiera haber sido el de servir de tumba a su esposo Constancio Cloro o incluso a su hijo Constantino, quien habría ordenado su construcción antes de pensar en la fundación de Constantinopla en el año 326 y de haber edificado en la nueva capital la iglesia de los Apóstoles y el Mausoleo adjunto en el que finalmente fueron depositados sus restos. Ante tales hechos, lo más probable es que el edificio romano y el sarcófago de pórfido, hallado en su interior, llamado asimismo de Santa Helena, fueran adjudicados a su progenitora como solución de compromiso. Ello explicaría la temática bélica de los relieves del citado sarcófago, en los que se representaron escenas de victorias sobre bárbaros y cautivos, poco adecuados a la personalidad de la santa emperatriz.

El mausoleo sufrió grandes deterioros con el paso del tiempo y hasta fue utilizado como cantera de materiales de construcción, como sucedió con otros muchos edificios cuyo mantenimiento se hizo insostenible. En el siglo VIII se transformó en un fuerte defensivo, aunque continuo siendo considerado la tumba de Santa Helena hasta que en siglo XI se procedió a trasladar su sarcófago a Letrán, donde permaneció hasta que Pío V (1566–72) ordenó su restauración, ya que había sufridos serios daños, sobre todo en el incendio de la basílica lateranense, y su traslado al Museo Vaticano, donde hoy se encuentra.

1 De esta singular contienda salió vencedor uno de los Horacios, lo que supuso el triunfo de Roma.

2 Caelius Vibenna fue un general etrusco que se estableció con sus ejércitos, durante el período monárquico, en la colina del Celio. Según Tácito, esto ocurrió en tiempos de Tarquinio el Viejo, en el siglo VI, pero otros autores indican que el hecho tuvo lugar en la

época de Rómulo a quien Vibenna prestó su ayuda contra los sabinos. Siguiendo los archivos etruscos conservados por el emperador Claudio, se decía que fue a Servio Tulio a quien auxilió, razón por la cual este dio su nombre a la colina.

3 El nombre de esta calle es el mismo que el de un monte sito a unos 100 km. al norte de Addis Abeba (Etiopía), en la zona del Debra Behan, ya que en esta localidad las tropas italianas, al mando de Filiberto de Saboya, duque de Pistoya, ganaron una importante batalla el 15 de febrero de 1936.

4 Esta vía ha conservado el nombre de uno de los miembros de la destacada familia de Aemilii Scauri, posiblemente M. Emilio Scauro que fue censor en el 109 a.C. El aspecto de esta calle de época imperial es esencialmente el mismo que tuvo entonces con las fachadas de las altas residencias que la flanquean unidas por siete arcadas de ladrillo, aunque las que aún se ven son una reconstrucción medieval.

5 Cf. Capítulo XII, Los Obeliscos de Roma: el obelisco «Matteiano».

6 Esta propiedad, donde luego se alzaría su mausoleo se extendía desde «Porta Maggiore» hasta la tercera milla de la antigua Via Labicana. Se había usado como cementerio de la caballería personal de Constantino y después de la muerte de Santa Helena pasó a ser propiedad del papado.

7 La Via Labicana iba de la Porta Esquilina a Labicum (actual «Montecompatri»), localidad sita a 25 Km. al este de Roma.

8 El nombre de Heliogábalo se debe al hecho de que había sido sacerdote del dios solar El–Gabal, en su ciudad natal, Emesa.

9 Los Tituli fueron las primitivas sedes de reunión o primitivas iglesias cristianas que surgieron en Roma destinadas principalmente a a preparación de los catecúmenos antes de recibir el bautismo.

10 Cf. Capítulo XXII, Los Obesliscos de Roma: el obelisco Lateranense.

11 En ese mismo año de 1378, debido a unas diferencias de criterio

acerca de las posteriores elecciones, un grupo de cardenales estableció un nuevo antipapa en Aviñón. Primero ejerció como tal Clemente VII (1378–1394) y, después, Benedicto XIII (1394–1423). Expulsado de la ciudad en 1403 se retiró a Peñíscola sin renunciar a su cargo. El período problemático que se extiende entre 1378 y 1417, es conocido como el «Cisma de Occidente», El Concilio de Constanza de 1417 resolvió definitivamente tan espinoso asunto.

12 Escritores como Eusebio de Cesárea, Gelasio de Cesárea, Rufino en su Historia de la Iglesia, Alejandro de Chipre, Sócrates el Escolástico, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, etc., nos ha dejado su particular versión sobre el hecho del descubrimiento de la Vera Cruz. La Leyenda Áurea, de evidente carácter antisemita, obra del siglo XIII de la que fue su autor de Jacobo de la Vorágine, fue la más difundida a lo largo de la Edad Media.

XVII. EL AVENTINO

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Aventino): 5,2 MB

El Collis Aventinus es la más baja de las siete colinas de Roma (47 m. de altura) y sus pendientes llegan hasta el Tíber en el punto más meridional de la ciudad. En la actualidad es una zona residencial, muy tranquila en la que abundan las iglesias y monasterios, sin embargo, sobre ella aún flota el recuerdo de haber sido, en la antigüedad, escenario de enconadas luchas sociales.

En un principio se denominó Mons Murcus, nombre que se asoció con el vecino Vallis Murcia, donde se encontraba un antiquísimo santuario dedicado a la diosa Murcia, identificada más tarde con la Fortuna Virilis. El nombre de Aventino con el que fue conocido posteriormente aún sigue sin ser justificado de modo satisfactorio.

Según la tradición, Anco Marcio asentó en esta la colina a los habitantes de los pueblos de los alrededores según iban siendo conquistados y arrasados. De esta forma, muy pronto se convirtió en un barrio popular de carácter eminentemente plebeyo y mercantil. La Lex Icilia (456 a.C.) declaró toda la colina de propiedad pública y la asignó a la plebe para que allí pudieran construirse viviendas de acuerdo con las necesidades de esta clase social que fue exigiendo sus derechos. En este lugar se desarrolló la dramática lucha entre patricios y plebeyos[1] y aquí encontró la muerte el gran reformador social Cayo Sempronio Graco. Su condición de sede del proletariado ha pesado a lo largo del tiempo, razón por la cual los radicales populares buscaron muchas veces refugio en el templo de Diana.

Algunos de los santuarios más venerados del Aventino se remontan al período más remoto de su historia: el Templo de Diana, erigido por Servio Tulio como santuario federal de los latinos; el de Minerva, en torno al cual se reunían algunas corporaciones de artesanos; el de Ceres, Iupiter Liber y Libera, sito al pie de la colina y sede de los ediles de la plebe, auxiliares de los tribunos y administradores de este templo, consagrado en el 493 a.C., y

decorado por los artistas griegos Górgaso y Damófilo. A estos se añadieron templos dedicados a las divinidades foráneas, introducidas por los inmigrantes de las ciudades conquistadas, como el de Iuno Regina, erigido por Camilo tras la destrucción de Veyes, en el 396 a.C., y el de Vertumnus, construido por M. Fulvio Flaco, tras la conquista de Volsinii. También se tiene noticia de otros santuarios, como el de Luna, Libertas, y el de Bona Dea, sito en el pequeño Aventino.

En la organización augústea la colina del Aventino formó parte de la XIII región, denominada Aventinus, mientras que el altozano meridional, el pequeño Aventino, quedó integrado en la XII, llamada Piscina Publica, ya que en dicha zona existía un gran estanque que desapareció al construirse las Termas de Caracalla.

A pesar de su carácter de zona habitada por una población heterogénea, de condición plebeya, en época imperial esta colina se fue transformando en un barrio aristocrático, donde tuvieron sus casas, entre otros, Vitelio, Licinio Sura, el gran amigo personal de Trajano, el propio Trajano y Adriano antes de convertirse en emperadores. Muestra de esta nueva condición es la presencia documentada de refinadas instalaciones termales, como las Termas Suranas y las Decianas. Las primeras se encontraban en la mansión del citado Licinio Sura y las segundas en las del emperador Decio (249–251) y de ellas hablaremos más adelante.

Andando el tiempo, en el sector más humilde del Aventino echó raíces el primitivo cristianismo. En él habitó el matrimonio de Aquila y Priscila (confundida con Prisca), amigos personales de San Pablo y en cuyo domicilio vivieron él y San Pedro. En lo que se supone que fue el solar de esta casa se levanta hoy la Iglesia de «Santa Prisca». Se tiene noticia de que, además, se propagaron otros cultos de procedencia oriental, como el de Iupiter Dolichenus, el de Mitra, y el de Isis Athenodoria, en el pequeño Aventino. Paradójicamente, siglos más tarde, por su condición de zona residencial sufrió un severo expolio en la invasión de Alarico, en el año 414.

El templo de Diana y de Minerva

La parte central del Aventino estaba ocupada por los templos de Diana y de Minerva. Aunque no han quedado restos de los mismos, podemos hacernos una idea de lo que fueron por un fragmento de la Forma Urbis en la que aparecen representados. Se localizan entre lo que hoy son las iglesias de «San Alessio», «Santa Sabina» y «Santa Prisca» (en las cercanías de la actual «Via de San Domenico»). El templo de Diana, construido a fines del siglo III a.C., estaba representado tal y como debía de ser tras la reconstrucción de L. Cornificio[2], en época severiana. Era un gran templo octástilo cuya planta recordaba a la del Artemision de Éfeso, con dos órdenes de columnas en los lados. Estaba rodeado por un pórtico de dos órdenes de columnas. Más al norte estaba el templo de Minerva, orientado de forma distinta. Al parecer era un períptero hexástilo.

El templo de Libertas

Las excavaciones efectuadas bajo el suelo de la «Basílica de Santa Sabina» en 1855–57 y 1936–39, han dado como resultado la aparición de construcciones que van desde el siglo IV a.C., hasta el siglo II a.C., fecha en la que algunas de estas dependencias fueron reutilizadas por una comunidad isíaca. En el siglo III d.C., en este mismo lugar se edificaron unas termas. En el interior de esta misma Basílica se encontraron, también, magníficos pavimentos de mármol de comienzos de edad imperial.

En particular, destaca un pequeño templo in antis, con dos columnas de peperino entre las antas, cuya fecha se ha situado en el siglo III a.C. Es interesante comprobar que fue inutilizado por un muro en opus reticulatum por medio del cual se cerraron los intercolumnios a finales de la República o comienzos del Imperio. Desechada la posibilidad de que fuera el templo de Iuno Regina, que se encontraba también en está zona, porque su aspecto debía de ser más grandioso, se cree que pudo de ser el de Libertas. En el siglo I d.C sobre él se levantó una lujosa mansión (domus) privada.

El Dolocenum

Los Catálogos Regionales y otras fuentes señalan la presencia de un santuario de Iupiter Dolichenus[3] en el Aventino, sito en una zona próxima a la iglesia de «San Alesio» y de «Santa Sabina». Fue descubierto en 1935, en el curso de la apertura de la «Via de San Domenico». Era un templo que ocupaba un área de 22,60 × 12 m., del que fueron liberados el lado largo septentrional y parte de los lados cortos. Lo descubierto parecía ser un patio que formaba parte de un gran edificio del siglo II d.C., en el cual se apreciaban vestigios de una fase más antigua, probablemente augústea. Se componía de una amplia sala, precedida por un atrio, y seguida de una tercera habitación casi cuadrada. En el ambiente central, el más importante, se encontraron restos de un altar y una gran inscripción con dedicatoria a Iupiter Dolichenus de parte de un Aunius Iulianus y de un Aunius Victor. Se hallaron, también, un gran número de estatuas, relieves e inscripciones que atestiguan el acogimiento que en el Aventino tuvieron siempre los cultos originarios de Asia Menor y otras partes del Imperio.

El edificio que, en un principio debió de ser hípetro, es decir, sin techo, a cielo abierto, fue construido en el período de Antonino Pío, hacia el 138 d.C., como demuestran los ladrillos sellados y una inscripción, que data del 150 d.C. Fue techado y remodelado en el siglo III d.C. cuando el culto a esta divinidad estaba en pleno apogeo.

El Mitreo de «Santa Prisca»

En el área de la iglesia de «Santa. Prisca» la tradición sitúa el lugar más antiguo dedicado al culto cristiano, el Titulus di Aquila e Prisca, es decir la mansión a la que ya nos hemos referido, de este conocido matrimonio de la que, según la tradición, fueron

huéspedes San Pedro y San Pablo[4]. Esta casa se levantó sobre parte de una construcción de fines del siglo I d.C., que algunos han pensado que pudo ser la domus de Licinio Sura[5] o del propio Trajano.

Las excavaciones, iniciadas en 1934 y continuadas por arqueólogos holandeses entre los años 1953 y 1966, han sacado a la luz, bajo la iglesia, un importante Mitreo, construido a fines del siglo II d.C, así como otra serie de dependencias convertidas en un aula de dos naves, origen del citado Titulus sobre el que, posteriormente se edificó la iglesia de «Santa Prisca» en el siglo IV. Ello significa que en este lugar convivieron el cristianismo y el mitraismo, hasta que hacia el 400 el Mitreo fue destruido violentamente, tal vez por los mismos devotos que sobre ella construyeron la citada iglesia.

El Mitreo se encuentra bajo el área norte de la iglesia y se extiende hacia el este con un cuadripórtico. Al sur, en la otra casa, había un gran ninfeo absidado, en cuya parte meridional se levantó un edificio de dos naves sobre el que se alzaría la iglesia, como ya hemos dicho.

Atravesando la cripta se llega al atrio que precede al spelaeum, lugar del culto sagrado, que era una sala de $11{,}25 \times 4{,}20$ m. Cerca de la entrada hay dos nichos donde se hallaban las estatuas de los dadóforos, los portadores de antorchas, Cautes y Cautopates, de las que solo se conserva la primera. En el nicho del fondo aparece representado Mitra, desnudo, matando al toro (tauroctonía) y a Saturno recostado, ambos realizados con pequeños fragmentos cerámicos recubiertos de estuco. A la izquierda se conserva un grafito, posiblemente hecho por un iniciado que quiso dejar constancia del día de su renacimiento tras su iniciación, el 21 de noviembre de 202, lo que evidencia el funcionamiento del mitreo en esta fecha[6].

Las dos paredes laterales están cubiertas de pinturas de un gran interés para el conocimiento de la religión mitraica. Dispuestas en dos franjas en ellas aparece una procesión de personajes que representan los distintos grados que alcanzaban los adeptos de esta religión: corax (cuervo), nymphus, miles (soldado), leo (león), perses (persa), heliodromus y pater. Cada grado de iniciación aparecía tutelado por un planeta. La palabra nama que precedía a

cada una de las figuras significaba honor o veneración.

En la pared de la derecha se ve a un cortejo de personajes, cada uno con su propio nombre, todos con el grado de leones, llevando un toro, un gallo, un carnero, un cerdo, una crátera, etc. En la parte izquierda continuaba la procesión de los leones y al término de dicho cortejo, a la derecha, aparecía una gruta con cuatro personajes: Mitra y el Sol, recostados, celebrando su pacto de alianza con un sagrado ágape, mientras las otras dos, una con la cabeza de un cuervo, les están sirviendo. En las habitaciones sitas a la izquierda de esta sala es de suponer que se celebrarían las ceremonias de iniciación y otras actividades referentes al desarrollo del banquete ritual.

La iglesia cristiana, edificada en el siglo IV, sufrió grandes destrozos durante el saqueo de los normandos en el 1064, siendo remodelada en varias ocasiones. Su aspecto actual se debe a la reconstrucción llevada a cabo en el 1660. En su interior los únicos vestigios de la iglesia antigua son las columnas encastradas en las pilastras que la dividen en tres naves. La central tiene una techumbre lignea. Está decorada con frescos en los que aparecen Apóstoles, Ángeles y Santos, realizados por Anastasio Fuentibuoni en el 1600. Del mismo pintor son las pinturas del presbiterio en los que se representó el martirio de Santa Prisca[7] y el traslado de sus reliquias. En el retablo del altar mayor se ve a San Pedro bautizando a la santa, obra de Domenico Cresti, pintor contemporáneo del anterior. De esta iglesia fue cardenal titular Angelo Roncalli, más tarde papa Juan XXIII.

Las Termas Suranas

En el fragmento de la Forma Urbis en el que figuran representadas las Termas de Sura, es decir las construidas, en el siglo II d.C., por Licinio Sura, se aprecia que estaban próximas al Templo de Diana, cerca del lado oriental de la actual iglesia de «Santa Prisca», zona por la cual pasaban las arcaturas del Aqua Marcia que llegaban directamente a las termas.

Es probable que la casa de fines del siglo I de la cual se han hallado restos bajo «Santa Prisca» fuera la de este célebre personaje, amigo del emperador Trajano. Sabiendo que vivió en el Aventino y dada su posición social, no resulta extraño pensar que su lujosa mansión dispusiera de unas termas adyacentes a la misma.

Se tiene noticia a través de varias inscripciones, que estas termas fueron restauradas más tarde por Gordiano, e incluso que se volvieron a remodelar en el 414 d.C., para reparar los daños producidos por el saqueo de Alarico. En el fragmento de la Forma Urbis en la que aparecen representadas se ve también la planta de un templo situado al norte, de época republicana, cuya identificación es dudosa. Por su situación podría ser el de la Luna o el de Vertumnus.

Las Termas Decianas

En el 242 el emperador Decio hizo construir un edificio termal al que dio su nombre. Su ubicación nos es conocida por los restos que aún se conservan en el lugar en que se alzaron. Algunas inscripciones, encontradas más o menos in situ, han proporcionado toda una serie de informaciones que nos permiten rastrear la historia del edificio del que se sabe que fue restaurado por los emperadores, Constancio y Constante y, después en el año 414, tras el saqueo de Alarico.

La planta nos es conocida por un dibujo de Palladio, y gracias a ella han podido ir identificándose sus restos con el esquema de la misma. Destacan sobre todo los correspondientes a ábside del aula del ángulo meridional. Las medidas del cuerpo central se han calculado que pudieron ser de unos 70×35 m.

Las Termas fueron construidas sobre una serie de edificios más antiguos como lo demuestran algunos muros en opus quasi recticulatum que aparecen aún parcialmente recubiertos por una decoración del llamado I estilo pompeyano (último cuarto del siglo II a.C.) y que es el único ejemplo hasta ahora conocido en Roma.

Además, el edificio más importante del cual se han conservado muchas salas con sus correspondientes mosaicos y pinturas es de época de Trajano, como se demuestra por los sellos latericios. Puede ser que todas estas viejas construcciones fueran casas pertenecientes al propio Decio, ya que sabemos que otros miembros de su gens habitaban en el Aventino, pero también es probable que formaran parte de la mansión de Trajano (Privata Traiani), antes de ser emperador.

El Santuario de Bona Dea Subsaxana

y Domus Cilonis

El apéndice oriental del Aventino estaba incluido en la Regio XII, llamada Piscina Publica porque en ella había un gran estanque artificial, construido antes del 215 a.C., y que desapareció al construirse las Termas de Caracalla. En esta zona, conocido con el nombre el pequeño Aventino, estaba el cuartel de la IV Cohors Vigilium y en su lado norte el templo de la Bona Dea Subsaxana.

Este templo se hallaba bajo el altozano, Saxum, en el que hoy se alza la Basílica de «Santa Balbina», razón por la que la diosa recibía el epíteto de Subsaxana. Vinculada con el culto de Fauno, era una vieja divinidad romana de la fertilidad, que a veces pasaba por ser su hija y otras aparecía como su esposa. En el primer caso, por no haber cedido a los deseos incestuosos de su padre, a pesar de haber sido incluso, embriagada fue flagelada con varas de mirto. En el segundo, recibió el mismo castigo por haber sido ella la que se había embriagado con una jarra de vino, pero el castigo fue aplicado con tal rigor que fue causa de su muerte. Después, acosado por los remordimientos la tributó honores divinos. A pesar del episodio de la embriaguez pasaba por ser modelo de virtudes domésticas y muy pudorosa, hasta el punto de que nunca salía de su casa.

El templo en su honor se edificó en esta colina, junto a un bosque sagrado en el que las mujeres celebraban todos los años los

misterios de la Bona Dea, de la cual estaban excluidos los hombres. Según la leyenda, al no permitirse a Hércules participar en ellos, se vengó instituyendo junto a su Ara Máxima, sita a poca distancia, ciertas ceremonias completamente prohibidas a las mujeres.

Su culto se asociaba al de Damia (diosa ancestral de la fertilidad) y probablemente fue introducido en Roma después de la conquista de Tarento (272 a.C), fecha en que debió de erigirse el templo. Se tiene noticia de que fue restaurado por Livia, la esposa de Augusto y por Adriano, manteniéndose en pie hasta el siglo IV, que fue cuando desapareció sin dejar huella. Además, hay que tener en cuenta que fue un importante centro salutífero, de carácter popular, en el que ejercían su profesión los numerosos sanadores que en él se congregaban y que se encargaban, asimismo, de la renombrada tienda de plantas medicinales allí existente, de la que se abastecía un buen número de las gentes de sus alrededor. Tanto el templo como el recinto del mismo estaban llenos de serpientes sueltas, el animal sagrado de Esculapio y símbolo también de la madre-tierra.

Entre las muchas residencias que sabemos que hubo en este barrio, de la única de la que nos ha quedado algo es la Domus Cilonis, la casa de L. Fabio Cilón, donada a este personaje (praefectus urbis en 203 y cónsul en 204), por su amigo Septimio Severo. Partes importantes de ella están englobadas en la Iglesia de «Santa Balbina» (siglo IV d.C). En el convento próximo a dicha iglesia (ahora Hospicio de Santa Margarita) se ven notables restos de murallas de opera mixta, de época adrianea.

Las Termas de Caracalla

La construcción de estas Termas, llamadas también Antoninianas, ya que el nombre de Caracalla (211–217) era Marcus Aurelius Antoninus, fue iniciada por su padre Septimio Severo en el 206, aunque su inauguración no tuvo lugar hasta el 216, el penúltimo año de su reinado. Su terminación aún exigió varios años más, hasta el punto de que el recinto externo debió de realizarse en tiempos de Heliogábalo y de Alejandro Severo (222–235). Posteriormente

fueron restauradas por Aureliano, Diocleciano, Constantino (quien añadió un ábside al caldarium) y Teodorico. Siempre muy frecuentadas por los ciudadanos romanos que acudían a disfrutar de sus instalaciones y de los espectáculos que en ellas tenían lugar, dejaron de cumplir con su importante papel social en el siglo VI. La brutal destrucción de los acueductos llevada a cabo por Vitiges en el 537 acabó con el funcionamiento de las termas y las fuentes de la ciudad.

En la Edad Media, sus ruinas se convirtieron en una cantera inagotable para la obtención de toda suerte de materiales que fueron empleados en nuevas construcciones, como es el caso de «Santa María in Trastevere». Los peores expolios se llevaron a cabo en tiempos del papa Pablo III Farnesio (1534–1549) que quitó las columnas que aún se mantenían en pie y las esculturas colosales que en ellas se encontraban. Tal fue el caso del llamado «Toro Farnesio», de la «Flora» y del «Hércules», pertenecientes a la misma colección papal y que hoy se encuentran en el Museo Nacional de Nápoles. Estas famosas esculturas y otras más ponen de manifiesto la riqueza y suntuosidad con que se decoraron las estancias termales, sus jardines, accesos y pórticos.

Su solar maltrecho se ha utilizado como zona de esparcimiento y celebración de representaciones artísticas y musicales. Los ruinas de este gran conjunto termal y aún nos sigue impresionando por su grandeza y la magnificencia. Las excavaciones sistemáticas se iniciaron, en el siglo XX, así como los trabajos de consolidación que aún siguen en marcha y han sacado a la luz importantes vestigios.

Inspiradas en las de Nerón y, sobre todo en las de Trajano, fueron las termas más grandes y lujosas de todas las construidas hasta entonces, por expreso deseo de Caracalla que quiso hacer de ellas un edificio sin parangón por aquel entonces, aunque, posteriormente fueran superadas por las de Diocleciano. El lugar escogido fue un pequeño valle comprendido entre las pendientes del pequeño Aventino y la Via Nova, donde en su día ya hubo un embalse artificial denominado Piscina Publica. Para el suministro del agua que exigía su funcionamiento sacó un ramal especial del viejo acueducto del Aqua Marcia, así convertido en el Aqua Antoniniana Iovia que atravesaba la «Via Appia» por el llamado

«arco de Druso», poco antes de la «Porta de San Sebastiano».

Sus instalaciones ocupaban un recinto que medía 337 × 328 m., dotado de espaciosas aulas, pistas para juegos gimnásticos, ejercicios atléticos, entrenamientos, salas de reunión, bibliotecas, etc., y en cuyo centro se alzaba el gran edificio termal. Se ha calculado que podía recibir a unas 10.000 personas al tiempo.

El lado de ingreso, situado al noreste, se extendía a lo largo de 330 m. formando una línea continua de porches, dispuestos en dos pisos y abiertos hacia el exterior. Sus recios cimientos servían de sostén a uno de los lados del gran terraplén artificial sobre el que se alzaban las termas. En los lados este y oeste se abrían dos grandes exédras simétricas en las que había tres salas: una central absidada, precedida de una columnata y flanqueada, a su vez, por una rectangular, también con ábside, y otra octogonal, cubierta una con cúpula semiesférica.

En el lado zaguero había una gradería, a guisa de cavea teatral, cuyos extremos aparecían curvados en un cuarto de círculo Desde ella, los espectadores podían asistir a los diversos espectáculos que se desarrollaban en la zona ajardinada que se extendía a sus pies y en la cercana natatio. En su parte posterior se alzaban dos series de cámaras comunicantes dispuestas en dos pisos. Eran las enormes cisternas que con una capacidad de 80.000 litros cubrían las necesidades de este gran edificio. Un paseo con pórticos, del que no queda casi nada, rodeaba internamente todo el recinto.

El cuerpo central, que se hallaba sito más cerca de la entrada que del lado posterior, estaba rodeado de un vasto jardín y constituía el establecimiento termal propiamente dicho. Se entraba a través de cuatro puertas abiertas en la fachada nordeste; dos de ellas daban acceso a vestíbulos adyacentes a la natatio (piscina) que no estaba cubierta y que aún conserva varias hornacinas entre columnas, destinadas a albergar las estatuas que la decoraban.; otras dos conducían a otras dependencias desde las que se accedía a los gimnasios. Desde el vestíbulo se entraba, por la derecha, en una sala de planta cuadrada que tenía dos pequeños cuartos abovedados a los lados y que posiblemente eran los apodyteria o vestuarios. Seguía uno de los dos grandes gimnasios, ubicados simétricamente, en los lados más cortos del edificio. Los gimnasios estaban formados

por grandes peristilos (50 × 20 m.) columnados; en uno de los flancos del pórtico se abría un hemiciclo con varias salas: la central absidada, estaba flanqueada por otras dos asimétricas. A partir de aquí se iniciaba el recorrido normal de todo balneario. Tras los ejercicios físicos realizados en el gimnasio, se pasaba a una serie de cuartos de distintas formas y dimensiones, provistos de piscinas para baños especiales y masajes con ungüentos perfumados. Entre ellos destaca un recinto elíptico con bóveda esquifada que aparece provisto de pequeños ingresos oblicuos para evitar la dispersión del calor que se ha pensado que pudiera ser el laconicum (baño turco). Se llegaba luego al grandioso calidarium (baño caliente), una enorme sala circular (35 m. diámetro) cubierta por una cúpula que descansaba sobre ocho gruesos machones curvilíneos, y estaba iluminada por una doble fila de ventanales abiertos en el tambor de dicha cúpula. De aquí se pasaba al tepidarium (baño tibio), recinto rectangular más pequeño con dos piscinas en sus dos lados. Por último se entraba en el frigidarium, una gran sala basilical de 58 × 24 m. cubierta por tres bóvedas de arista que descansaban sobre ocho pilastras y que fue, en su tiempo, una de las obras maestras de la arquitectura romana. A ambos lados había dos recintos rectangulares con dos piscinas de granito.

Su procedimiento de construcción fue el habitual en esa época: núcleo murario de hormigón, revestimiento laetericio y recubrimiento con placas de mármol y estuco (opus tectorium). Se utilizaron las bóvedas para las cubriciones, los arcos para los vanos y las descargas de los muros, empleándose con frecuencia los arcos alveolares. Como novedad constructiva de gran importancia hay que señalar que fue aquí donde se solucionó el transito de la planta cuadrada a la cúpula semiesférica, utilizándose la pechina o triángulo esférico en la cubrición de las salas octogonales y grandes hemiciclos del patio. Esta solución sería definitiva, a partir de entonces y mejorada en tiempos posteriores.

Los ricos pavimentos musivos, policromos y en blanco y negro que cubrieron todas sus salas constituyen un variado repertorio de temas geométricos, que aún pueden verse in situ Es de suponer que también los hubo de temas figurativos, como el mosaico con atletas, descubierto en 1824 y que hoy se conserva en el Museo Lateranense-Vaticano.

De gran interés es el Mitreo subterráneo que se encuentra bajo el área nordeste del recinto termal, ya que es el más grande de los hallados en Roma. Era una gran sala cubierta por una bóveda de crucería apoyada en gruesas pilastras y con pavimento de mosaico. En sus laterales había dos largos bancos corridos, según el esquema tradicional en este tipo de recintos, para el acomodo de los devotos en las ceremonias y ágapes rituales. Estaba precedida por un vestíbulo y otras varias salas, una de las cuales se ha pensado que pudiera ser la destinada a custodiar al toro que se sacrificaba en la ceremonia de la tauroctonía, el ritual obligado en las grandes solemnidades siguiendo el ejemplo de Mitra.

El Monte Testaccio

El Monte Testaccio, el «octavo monte de Roma», el «monte nacido del río», debe su nombre a la ingente cantidad de testae, restos de vasijas cerámicas que en ella se acumularon con el transcurso del tiempo, como consecuencia del trasiego de las mercancías que hasta aquí llegaban. Era una zona de descarga en la que se produjo un amontonamiento de restos preferentemente de ánforas de aceite y de salazones en tal cantidad, que poco a poco fueron levantando un montículo artificial que llegó alcanzar una altura de 54 m., sobre el nivel del mar y unos 30 m. con respecto a su entorno. Su extensión cubría un área de 20.000 m^2.

Dichas ánforas, que fueron los envases por excelencia de los productos objeto de comercio en el mundo grecorromano, una vez usadas, quedaban impregnadas de tal forma por su contenido que resultaban inutilizables para seguir en uso. Sin embargo, si fueron reutilizadas de muy diversas maneras: como caños de conducción de agua, como sumideros, en la fabricación del opus signinum para pavimentos, para el aligeramiento de los muros de hormigón e, incluso, como sarcófagos infantiles. Por esta razón se acudía a este vertedero para obtener las piezas que se mantenían intactas y podían ser aprovechables, mientras que los fragmentos inservibles se amontonaban en él recreciendo su altura.

En la actualidad solo se conoce la parte superficial de los depósitos de este montículo de forma triangular, compuestos casi en su totalidad por ánforas globulares olearias (Dressel 20) de procedencia española y correspondientes a los siglos II y III d.C. Las últimas excavaciones realizadas en 1991 han venido a demostrar que el Testaccio no fue un basurero improvisado, sino construido con una estructura interna a base de terrazas reforzadas, capaces de soportar la acumulación de residuos sin que se produjeran derrumbamientos.

La primera mención de este nombre, referida a este singular montículo se encuentra en una inscripción del siglo VIII conservada en «Santa Maria in Cosmedin». En la Edad Media fueron surgiendo en su entorno una serie de celebraciones entre las que destacaron el Ludus Testacciae, celebrado por Carnaval, y la representación de la Pasión de Cristo, que se mantuvieron vivas hasta fines del siglo XVI. Más tarde, el monte se convirtió en un campo de tiro al blanco para la práctica de los artilleros del Castillo de «Sant' Angelo». Sin embargo, el cambio de destino más significativo se produjo a partir del siglo XVII que fue cuando, en sus pendientes, se fueron instalando un gran número de bodegas o grutas para almacenar vino.

Hacia mediados del siglo XVIII, el Papa Benedicto XIV decretó la protección del monte y los Edictos Capitolinos, emitidos entre 1722 y 1774, prohibieron las excavaciones furtivas, que eran muy frecuentes, y el pastoreo en la colina y lugares adyacentes. Sin embargo, su valor histórico y documental no se puso de relieve hasta que en 1873, H. Dressel inició sus sistemáticas investigaciones sobre las miles de inscripciones que figuraban en los fragmentos de ánforas, gracias a las cuales se podía conocer toda suerte de detalles acerca de su contenido, país de origen, centro exportador, peso, propaganda del producto, etc. De esta suerte, este rico material epigráfico publicado en el volumen del Corpus Inscriptionum Latinarum, dedicado al instrumentum domesticum, se convirtió en una fuente de valor incalculable para conocer el devenir del comercio romano durante los siglos II y III d.C.

La Pirámide de Cayo Cestio

Junto a la Puerta Ostiensis se encuentra un curioso monumento funerario que se remonta a los primeros tiempos del imperio, hacia el 18–12 a.C: la Pirámide de Cayo Cestio. El edificio, inspirado en modelos egipcios de que estaban de moda en Roma tras la conquista de Egipto (30 a.C.), ha suscitado la curiosidad y respeto de los romanos de todos los tiempos. En la Edad Media era conocido como la Meta Remi, y en 1660 el Papa Alejandro VII autorizó las excavaciones en su interior, como recuerda una inscripción colocada en el monumento.

Cuando se construyeron las murallas aurelianas, en el siglo III, la pirámide quedó incorporada a las mismas, formando un bastión triangular. De esta tumba ya hablamos al tratar de la Porta Ostiensis («Porta San Paolo»)[8].

El emporium y el porticus aemilia

A partir de los inicios del siglo II a.C., como consecuencia del imparable desarrollo económico y demográfico de la ciudad, el viejo puerto del Foro Boario fue incapaz de cubrir las necesidades de carga y descarga que se fueron haciendo precisas. Por esta razón, los censores del año 193 a.C. Lucio Emilio Lépido y L. Emilio Paolo afrontaron el problema de construir un nuevo puerto, el llamado Emporium, y el Porticus Aemilia en la zona que aún quedaba libre al sur del Aventino.

El Emporium fue descubierto en los años 1868–1870 en transcurso de una obra de contención, no siendo excavado de nuevo hasta 1952. Era un muelle de unos 500 m., de largo con una profundidad de 90 m., provisto de escalinatas y rampas que descendían hasta el río. En la parte frontal de dicho muelle, reforzada con grandes bloques de travertino, se abrían espacios dispuestos para el atraque de los barcos que hasta aquí llegaban.

Los censores del 174 a.C., conscientes de la importancia de este

edificio realizaron en él grandes mejoras: ordenaron su pavimentaron en piedra, lo subdividieron con distintas dependencias adecuadas a su uso, le dotaron de escaleras de servicio, necesarias par un tránsito fluido y mejoraron la estructura del Porticus Aemilia. De lo que fue este Pórtico nos han quedado importantes vestigios en la zona meridional ente la «Via Marmorata» y la «Via Franklin». Además, en la Forma Urbis, aparece representado con bastante precisión. Se trataba de un inmenso edificio en opus incertum, hecho a base de tufo (487 × 60 m.), subdividido por 294 pilastras en una serie de estancias dispuestas en siete filas formando 50 naves (de 8,30 m. de ancho). No hay duda de que era el almacén de depósito de las mercancías llegadas hasta este punto. En principio distaba del río unos 90 m., pero este trecho fue ocupado, sobre todo en época trajanea, por construcciones destinadas a la misma funciones portuarias.

La expansión imparable que se produjo en toda la llanura sobre la que se elevaba el Testaccio, a medida que crecían las necesidades de la ciudad, trajo como consecuencia el que se fuera ocupando por edificios destinados a almacenes (horrea), sobre todo el de la Annona (abastecimiento de víveres) y tabernae (tiendas). Este proceso se inició a partir de la época de los Gracos que fue cuando se iniciaron las distribuciones gratuitas de trigo y otros productos alimentarios. Así surgieron los Horrea Sempronia, Galbana, Lolliana, Seiana, Ancianas, etc., de alguno de los cuales aún se conservan numerosos restos.

1 En el 494 a.C., los plebeyos retirados al Aventino se rebelaron contra los patricios de los que, poco a poco, fueron consiguiendo grandes beneficios sociales y la promulgación de leyes encaminadas a igualar sus derechos con los de ellos. Concentrados en esta colina amenazaron con no volver a la ciudad sin la obtención de notables mejoras. Entre ellas destacaban las que se irían consiguiendo: la posibilidad de celebrar asambleas tribales (Concilia plebis tributa), la elección de tribunos de la plebe (471 a.C), la Ley de las XII Tablas (450 a.C.), la Lex Canuleia (445 a.C.) con la que se suprimió la prohibición de los matrimonios entre patricios y plebeyos, etc.

2 Este personaje fue un prefecto, amigo personal de Septimio

Severo.

3 Iupiter Dolichenus fue una divinidad sincrética en la que se fusionaron el gran dios romano y el supremo Baal venerado en la antigua ciudad grecorromana de Doliche (Comagene), en Asía Menor. Caracterizado iconográficamente por blandir una doble hacha de hierro, era un dios todopoderoso cuyo culto alcanzó una gran difusión en el siglo II y, sobre todo, en el III.

4 Romanos, 16,3.

5 Lucius Licinius Sura, originario de Tarraco (Tarragona), fue un influyente senador, tres veces cónsul, y amigo personal del emperador Trajano junto con el que aparece, en repetidas ocasiones, en los relieves que ornan la célebre columna.

6 Cf. Mitreo Barberini, en el Quirinal.

7 Santa Prisca sufrió martirio en época de Claudio. Bautizada siendo muy joven, sus carceleros trataron inútilmente de que renunciara de sus creencias. Ante su obstinación fue echada a los leones, pero estos la lamían las manos. Finalmente fue decapitada en la Vía Ostiense un 18 de enero, con tan solo 13 años de edad. Se la suele confundir con Priscila, la mujer de Aquila a pesar de ser dos personas distintas.

8 Cf. Capítulo IV, Las Murallas Aurelianas: Porta Ostiensis, la pirámide de Cayo Cestio.

XVIII. LA LLANURA DEL TÍBER

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Llanura del Tíber): 6,9 MB

El Forum Boarium

El área comprendida entre el Capitolio, el Palatino, el Aventino y el Tíber fue, desde la época protohistórica, una de las zonas comerciales más importantes de Roma por estar situada junto a la Isla Tiberina, que era el único vado existente en el tramo inferior del Tíber y, por lo tanto, punto obligado de parada para el tráfico fluvial y de cruce para el tránsito terrestre, lo que se hacía a través de puentes. El primero de los construidos fue el Pons Sublicius y más tarde se tendieron el Emilius, el Fabricius y el Cestius.

La existencia de la Isla Tiberina, el único paso viable del río para ir de una a otra orilla, propició incluso la habitabilidad del Palatino por ser la colina más próxima a la llanura ribereña que se extendía a sus pies, y que pronto se convirtió en un lugar de intercambio y de comercio. En ella el espacio destinado al mercado de ganado fue conocido con el nombre de Forum Boarium, nombre que conservó a través del tiempo, aunque poco a poco fue perdiendo su fisonomía mercantil para convertirse, en el siglo I a.C., en una verdadera plaza, rodeada de diversos edificios. Contiguo a este espacio se encontraba el Forum Holitorium, el mercado de verduras y hortalizas; y entre ambos, en un área próxima al río, se fueron ubicando los Horrea (almacenes) destinados a albergar todo tipo de productos para su distribución.

Toda esta zona fue cambiando de aspecto con el paso del tiempo al ir rodeándose de edificios que poco a poco fueron levantándose en ella desde el siglo VI a.C. hasta época imperial. Ya durante el gobierno de los reyes etruscos se produjo una mejora de lo que eran sus primitivas construcciones. Se atribuía a Tarquinio Prisco la construcción de la Cloaca Máxima y a Servio Tulio la ordenación

del puerto tiberino en torno al cual se comenzaron a construir algunos templos como los de la Fortuna y Mater Matuta (cuyos restos, más antiguos se encuentran bajo la iglesia de «Sant'Omobono») y probablemente el de Portumnus.

A pesar de tales antecedentes, su transformación más notable tuvo lugar entre los siglos III y II a.C., ya que con la conquista del Mediterráneo Roma conoció un período de gran desarrollo comercial. Y todo ello a pesar de que los terrenos en los que se asentaban ambos mercados sufrieron las consecuencias de varios incendios e inundaciones. Entre los primeros, por sus terribles consecuencias, destacan los del 213 y 192 a.C. Entre las segundas, las del 193, 192 y 189 a.C.[1] Tales calamidades obligaron a su total reconstrucción y a la edificación de nuevos edificios. También se realizaron importantes obras de ingeniería, como fue la construcción del Pons Aemilius (actual «Ponte Rotto»), iniciado en el 179 a.C. y terminado por los censores del 142 a.C., Lucio Mummio y Escipión Emiliano.

En época de Augusto el Foro Boario y el Circo Máximo se incluyeron el la Regio XI, con el nombre de Circus Maximus; el Foro Holitorio pasó a formar parte de la IX (Circus Flaminius), mientras que el área de «Sant'Omobono», se mantuvo en la VIII (Forum Romanum) y los márgenes orientales se adscribieron a la X (Palatium). De esta forma en la primitiva llanura ribereña, sita entre el Capitolio, el Palatino y el Aventino, confluyeron cuatro de las regiones augústeas, lo que evidencia su importancia como lugar de paso y constantes intercambios.

El Foro Boario, según la leyenda, fue en sus orígenes una zona habitada, ya en épocas anteriores a la fundación de la ciudad, por gentes de procedencia griega y asiática: Evandro y los arcadios que se asentaron en el Palatino, Hércules, Eneas, etc. Así se decía que en este lugar fue donde Caco[2], un numen ancestral, tenido como hijo de Vulcano y habitante de una gruta del Aventino, robó a Hércules parte de los bueyes sustraídos a Geriones en su expedición al occidente mediterráneo. Con el fin de no dejar huellas, el ladrón arrastró a los animales por la cola, obligándoles a caminar hacia atrás con lo cual sus pisadas parecían dirigirse en sentido contrario a su guarida. Descubierto el robo, el héroe se enfrentó con Caco,

descrito como un monstruo de tres cabezas que despedía fuego por sus tres bocas, consiguiendo aplastarle con su contundente maza. Tras su victoria sobre tan feroz enemigo ofreció un sacrificio a Júpiter Victor, en agradecimiento por la ayuda recibida, sobre un altar que, con el tiempo, sería conocido con el nombre de Ara Máxima de Hércules. El rey Evandro que por entonces reinaba en Palanteo, la futura Roma, una simple aldea de pastores ubicada en el Palatino, le agradeció haber librado al país de tan peligroso ladrón y le auguró que sería recompensado con honores divinos. La citada Ara fue tenida siempre como lugar sagrado, por lo que fue incluida por Rómulo en el primitivo pomerium, de su ciudad.

Todas estas tradiciones referidas a este lugar reflejan las dificultades que debieron de encontrar los primeros viajeros griegos a la hora de establecer contactos comerciales con las poblaciones indígenas. La aparición de cerámica del período orientalizante propia del siglo VII a.C. corrobora su presencia en esta llanura, hasta el punto que se ha pensado que el Ara Máxima de Hércules pudo ser un santuario erigido en honor de este semidios como garante de las transacciones realizadas entre los mercaderes helenos y los nativos. Sobre la figura de Caco existen varias versiones y entre ellas destaca la de Diodoro[3] que le identifica con un tal Cacio, un hombre de fuerza extraordinaria que vivía en el Palatino y que acogió a Hércules hospitalariamente. Su nombre sería el llamado a perdurar en las llamadas Scalae Caci, uno de los accesos a dicha colina.

El área sagrada de «Sant'Omobono»

Los Templos de la Fortuna y de Mater Matuta

En 1939, a los pies de la colina capitolina, en la zona de encuentro entre el Foro Boario y el Foro Olítorio, salieron a la luz vestigios arqueológicos correspondientes a un área sagrada conocida con el nombre de «Sant'Omobono»[4] por el nombre de la cercana iglesia que allí se alza. Dichos restos son de una gran importancia no solo por su antigüedad sino también por la complejidad de las vicisitudes que les afectaron.

Esta zona fue ocupada por una aldea de cabañas entre los siglos IX y VIII a.C., a juzgar por los materiales en ella encontrados. En un principio debió de existir un elemental lugar de culto al aire libre que hacia mediados del siglo VI a.C. propició la construcción de dos templos gemelos identificados con los de la Fortuna y Mater Matuta, que la tradición atribuye, como ya hemos dicho, a Servio Tulio (579–534 a.C). Hacia finales de este siglo, los santuarios fueron destruidos y el recinto fue abandonado. Entre los restos hallados, revisten un interés particular numerosos vestigios arquitectónicos, cerámicas griegas, terracotas y algunas estatuas, entre las que sobresalen un torso de Hércules y una cabeza femenina con yelmo, que se han datado en 530 a.C.

Hubo que esperar a comienzos del siglo IV a.C. para que se procediera a su reconstrucción. Ambos templos se alzaron sobre un gran podio cuadrado (47 m. de lado) con el que se realzó el nivel originario del área en unos 6 m., siendo todo el pavimentado con lastras de piedra. Las fuentes atribuyen esta reconstrucción del recinto sagrado a Camilo, quien en 396 a.C. había vencido a la ciudad etrusca de Veyes. Más tarde, M. Fulvio Flacco, otro valeroso general que conquistó Volsinii en 264 a.C., procedió a una nueva restauración de los templos, a los que se le añadieron dos altares gemelos con molduras almohadilladas y una plataforma circular en la que se colocaron algunas de las dos mil estatuas de bronce, parte del botín que había obtenido en el expolio de la ciudad etrusca.

Posteriormente se sucedieron toda una serie de restauraciones y reconstrucciones, de entre las cuales cabe ser señalada por su importancia la del 212 a.C., tras el incendio del 213 que arrasó el Foro Boario. En época imperial, destacan las obras realizadas por Domiciano, entre las que cabe mencionarse el arco cuadrifonte del centro semejante a una puerta triunfal, y más tarde las llevadas a cabo por Adriano.

La diosa Fortuna en Roma se identificó con la Tique griega. Se la solía representar con el cuerno de la abundancia, con un timón, ya que dirigía el rumbo de la vida y casi siempre ciega. La introducción de su culto se atribuía a Servio Tulio, el rey que más que ningún otro fue favorecido, como se recordará, por la Fortuna. Se decía incluso que había sido su amante y que solía entrar en su

aposento por una de sus ventanas. En su templo figuraba una estatua de este monarca. Esta divinidad era invocada con epítetos muy diversos, siendo de destacar de entre ellos el de Redux (la del feliz retorno), Publica (la que beneficia al pueblo), Huiusce Dei (de cada día), etc. Siguiendo esta ancestral tradición, en época imperial cada emperador tuvo su personal Fortuna como benefactora y protectora.

La Mater Matuta, la diosa de la mañana o de la aurora fue objeto de culto en Roma desde tiempos muy tempranos. Su fiesta se celebraba el 11 de junio, el día de las Matralia, festividades a las que tenían acceso las mujeres casadas una sola vez y cuyo marido vivía, estando las esclavas excluidas de participar en las mismas. Se la identificó con la divinidad de origen heleno Ino-Leucotea y se decía que había llegado a Roma tras su suicidio y transformación en una deidad marina. Se la denominó, entonces, Mater Matuta y se la dedicó un templo sito en las proximidades del Tíber, mientras que a su hijo, Palemón, a quien se le llamó Portumnus (el dios de los puertos), se le edificó otro santuario sito en las cercanías del de su progenitora.

Como se recordará, Leucotea era el nombre de Ino después de su transformación en diosa del mar. Hija de Cadmo y hermana de Sémele se casó con Atamante, quien de sus primeras nupcias con Néfele había tenido dos hijos: Frixo y Hele[5]. A la muerte de Sémele convenció a su marido para que acogiese al niño Dioniso con el fin de que se educase con sus hijos Learco y Melicertes. Hera furiosa por el hecho de que se hubiera dado cobijo al fruto de unos amores adúlteros, enloqueció al matrimonio que en estado de enajenación metal cometieron crímenes horrendos. Ino arrojó a su hijo menor a un caldero de agua hirviendo, mientras Atamante, tomando a Learco por un ciervo, lo atravesó con una jabalina. La madre enloquecida se arrojó al mar con el cadáver de Melicertes y estuvo flotando entre las olas hasta que las divinidades marinas, apiadadas de su dolor, la metamorfosearon en una nereida, en tanto que el niño se convertía en el pequeño Palemón. Ino se transformaba así en Leucotea, la Diosa blanca, la Diosa de la niebla, protectora de los marinos a los que en compañía de su hijo conseguía guiar en las tempestades y llevarlos a buen puerto. En honor de Melicertes–Palemón, Sísifo instituyó los Juegos Ístmicos en Corinto.

Según Ovidio[6] Mater Matuta había encontrado al llegar a Roma a unas bacantes que celebraban los ritos dionisíacos en el bosque sagrado de Estímula (identificada con Sémele) y que incitadas por Hera, siempre furiosa contra Ino por haber acogido a Dioniso se arrojaron sobre ella. Al oír sus gritos, Hércules que se encontraba en las cercanías, acudió en su auxilio, consiguiendo liberarla del furioso ataque de las seguidoras del joven dios. Apiadado de su situación, confió su custodia a Carmenta, la madre de Evandro, quien en uso de sus dones proféticos, la auguró que tanto ella como su hijo recibirían culto en Roma.

Templo de Portumnus (o de la Fortuna Viril)

Este edificio conocido con el nombre de Templo de la Fortuna Viril, se identifica en la actualidad con el Templo de Portumnus, el antiguo numen titular del puerto. Estaba unido al mismo por el Vicus Lucceius, vía que subía desde el Pons Aemilius, pasaba por las murallas servianas y luego se dirigía al Velabrum, el gran mercado al por mayor de la ciudad, dedicado sobre todo a la venta de aceite y productos comestibles.

Es uno de los templos mejor conservados del mundo romano y la fecha de su erección parece remontarse a los siglos IV ó III a.C., aunque tal y como se ve en la actualidad es el resultado de las diversas restauraciones de que fue objeto en el siglo I a.C. El templo ($9{,}25 \times 24{,}10$ m.) es de planta rectangular y se alza sobre un basamento de mampostería rústica revestido con losas de travertino. Es un tetrástilo jónico, pseudoperíptero, con columnas que miden unos 8 m. de altura. En los lados largos cuenta con dos columnas exentas y otras cinco adosadas a los muros de la cella. El edificio está construido en su totalidad con toba del Anio, excepto las columnas y sus bases, que son travertino. Todo el conjunto estaba revestido de estuco con el fin de mejorar su acabado. Al templo se accede a través de una escalinata sita en uno de sus lados cortos. La cornisa original, aún conserva las cabezas leoninas con las que fue decorada en su momento.

Considerado durante algún tiempo, según se ha dicho, como un santuario dedicado a la Fortuna Viril, hoy se piensa que estuvo consagrado a Portumnus, la antiquísima divinidad marina, protectora de las zonas portuarias y que, más tarde, fue identificado con Palemón (Melicertes), como acabamos de ver, y como tal hijo de Mater Matuta.

Su buen estado de conservación se debe en parte a que en el siglo IX se convirtió en un templo dedicado a Santa María Egipcíaca (patrona de las prostitutas). Sufrió, entonces, ciertas modificaciones e, incluso, se abrieron en él algunas ventanas. En el siglo XVI pasó a ser propiedad de una orden monacal armenia que llevó a cabo nuevas obras en su interior y construyó varios edificios en su entorno. Todos ellos fueron demolidos bajo el gobierno de Mussolini que fue quien ordenó su restauración

Templo de Hércules Victor (mal llamado de Vesta)

A poca distancia del Templo de Portumnus, se halla un edificio de planta circular que por esta razón fue denominado Templo de Vesta, nombre del que no ha podido desprenderse, aunque en la actualidad se cree que fue dedicado a Hécules Victor, el héroe griego que venció al gigante Caco, o a Hércules Olivarius, protector de los comerciantes de aceite. Una inscripción, que figura en la base de una estatua probablemente de culto, ha permitido identificar la dedicación de este edificio al gran héroe dorio. Dicha estatua, hoy perdida, parece ser que fue obra de Scopas Minor, un escultor neoático del siglo II a.C.

Es un templo monóptero, de mármol (el más antiguo de este material conservado en Roma), de planta circular que se eleva sobre un estilóbato (basamento) en el que se alza la perístasis compuesta por veinte columnas corintias de 10,66 m. de altura entre las que se abre un acceso a la cella en su lado oriental. Se ha conservado el muro original de la misma, hecho de toba de «Grotta Oscura», pero su entablamento se ha perdido completamente. El techo de teja es un añadido muy posterior. Por su tipología y estructura, así como

por el empleo de un mármol griego se ha pensado que su arquitecto pudiera haber sido Hermodoro de Salamina de quien se sabe que fue llevado a Roma por Q. Metelo Macedónico, ca. 148 a.C., con el encargo de construir el templo de Iupiter Stator y el Templo de Marte junto al Circo Flaminio. Su aspecto actual se debe a una importante restauración de la época de Tiberio, quien en el año 15 d.C., hizo rehacer nueve de sus columnas y once capiteles con mármol de Carrara.

En 1132 este templo se convirtió en la iglesia de «Santo Stefano alle Carrozze», siendo en tiempos posteriores objeto de diversas remodelaciones. En el siglo XVII cambió de advocación, pasando a denominarse «Santa Maria del Sole». Estas circunstancias favorecieron su conservación. Finalmente en 1935 fue declarado monumento de interés nacional.

El Ara Máxima de Hércules

Según la leyenda, tras la victoria de Hércules sobre el gigante Caco, Evandro dedicó un altar en honor del héroe en el Foro Boario, conocido con el tiempo como el Ara Máxima, de la que ya hemos hablado, situada en las proximidades del Circo Máximo. La posición exacta nos la han proporcionado las inscripciones de los pretores, ya que en ellas se hacían constar los sacrificios de animales que estos magistrados debían cumplimentar en dicho altar con motivo de la celebración de su festividad que tenía lugar el 12 de agosto. Tal circunstancia ha permitido situarla en la zona de «Santa María in Cosmedin» y hasta identificarla con el gran núcleo de toba del Anio[7] que todavía existe en la mitad posterior de la iglesia y dentro del cual se excavó la cripta.

Al parecer era un monumento de grandes dimensiones, a imitación de los modelos de los grandes altares griegos, tales como el de Hierón II de Siracusa. Construida en un principio en el siglo VI a.C, fue reconstruida en varias ocasiones, sobre todo después de sufrir las consecuencias del incendio del 64 d.C., manteniéndose en pie hasta el siglo IV. En el siglo II a.C. se ha calculado que las

dimensiones del podio serían 31,50 × 21,70 m. y su altura de 3,28 m., alcanzando los 4,17 m. tras la remodelación de que fue objeto en época de Augusto.

El carácter heleno del santuario se conservó hasta época imperial, ya que en el 312 a.C. por decisión de Apio Claudio el culto había pasado de privado a público. Probablemente fue entonces cuando se construyó o reconstruyó un templo dedicado a Hércules Invictus, próximo al Ara Máxima, sito entre esta y el Circo. Este edificio, restaurado por Pompeyo, fue conocido, desde entonces, como la aedes Pompeiana Herculis. Vitrubio lo recuerda como un ejemplo típico de templo tuscánico. A él perteneció probablemente la estatua de bronce de Hércules que se conserva en el Museo de los Conservadores.

la llamada Statio Annonae

Al oeste del Ara Máxima de Hércules se encontraba un aula porticada, cuyos restos aún se mantienen insertos en la iglesia y en la sacristía de «Santa María in Cosmedin». Se trata de un podio rectangular, con tres columnas de mármol corintias en los lados menores y siete en la fachada destinada a sostener la serie de arcos que conformaban la estructura del edificio; el muro del fondo, de ladrillos, se apoyaba en el basamento del Ara Máxima. Las siete columnas de la fachada y las tres de la izquierda se han conservado. Por el estilo de los capiteles se han fechado en época flavia, aunque el edificio debió de ser remodelado a finales del siglo IV o inicios del siglo V d.C.

Tales restos se vienen identificando con las oficinas de la Annona[8] (statio Annonae), sin ninguna justificación. Lo más probable es que pertenezcan a un santuario anejo al Ara. Algunos autores las han relacionado con el consaeptum sacellum de las que hablan algunas fuentes, destinado a conservar las reliquias de Hércules, entre las que estaba el gran vaso (scyphus) de madera.

La Aedes Aemiliana Herculis

En las proximidades del Ara Maxima se encontraba otro templo dedicado a Hércules, conocido con el nombre de Aedes Aemiliana Herculis porque fue dedicado por Escipión Emiliano en el 142 a.C. El edificio, de planta circular, estaba decorado con pinturas de Pacuvio[9], destacado literato y pintor, del que se sabe que trabajó en Roma en el siglo II a.C. De este edificio aún quedaban restos en el siglo XV, pero posteriormente fueron demolidos. Cerca de este santuario se alzaba el templete de la Pudicitia Patricia, como exaltación del decoro, que tanto en su aspecto interior como en el exterior, debía caracterizar a la clase dirigente.

El Arco de los Argentarios (o plateros)

En el punto de confluencia entre el Velabro y el Foro Boario, donde se producía el encuentro de tres de las regiones augústeas, la VIII, la X y la XI, los gremios de los argentarii [10](banqueros, cambistas) y de los negotiatores boarii huius loci (mercaderes de bueyes del lugar) erigieron en el 204 d.C., un pequeño monumento (6,80 × 5,86 m.), llamado impropiamente arco, en honor de Septimio Severo, Julia Domna y Caracalla. También debió de figurar en él el nombre de Geta, pero fue borrado después de ser asesinado por su propio hermano.

El monumento se compone de dos pilastras (la de la derecha, incorporada a la iglesia de «San Giorgio in Velabro») revestidas con lastras de mármol que se alzan sobre un podio de travertino y sostienen un arquitrabe horizontal de mármol. Es probable que sirviera de soporte a un grupo de estatuas de la familia imperial.

De los paneles, decorados con temas de carácter conmemorativo, tienen particular interés dos escenas representadas en los que se hallan en el interior del arco: en el de la izquierda aparece Caracalla realizando una libación. Se percibe claramente un espacio vacío que

es de suponer ocupado por la imagen de Geta o de Plautila, su esposa, hija del prefecto del pretorio Cayo Fulvio Plautiano, también asesinado por su yerno; en el de la derecha, se encuentran Septimio Severo y Julia Donna en el acto de hacer un sacrificio. La efigie de Geta, que debía de figurar a su lado, se ve también borrada como consecuencia de la damnatio memoriae decretada por su asesino y hermano. Por encima del panel corre un friso con victorias portadoras de guirnaldas, águilas con estandartes y otros personajes menores. A los lados de la inscripción, en el ático, se encuentran las representaciones de Hércules y del Genio del Pueblo Romano. En el friso inferior se ven los instrumentos sacrificales, y en la otra el sacrificio de unos toros.

Las figuras muestran cierta rigidez en sus actitudes y se percibe una evidente tosquedad en su trazado y ejecución, tal vez porque fueron esculpidas por manos más artesanas que artísticas. Sin embargo el resto de la ornamentación que llena las pilastras que enmarcan dichos relieves y parte del arquitrabe, son clara muestra de la riqueza vegetal con que se decoraron los monumentos severianos, consistente en un fluir de continuos roleos a partir de una planta de acanto que, a modo de maceta, les sirve de base y punto de arranque. Estos motivos trabajados con el trépano dan lugar a bellos efectos de profundidad y claroscuro. Es una decoración de tradición helenística, aunque tratada con una técnica muy diferente, que fue utilizada en esta época tanto en Roma como en Leptis Magna (África), la patria de Septimio Severo.

El Arco cuadrifonte de Jano

Este singular monumento se ha identificado con el Arcus Divi Constantini mencionado en el Cataloghi Regionarii donde aparece situado en la Regio XI, Circus Maximus. Debió de ser un arco honorario situado en la parte más oriental del Foro Boario, posiblemente en el cruce de dos vías, al modo de los tetrapyla helenísticos. Los fragmentos hallados pertenecientes a la inscripción dedicatoria han permitido deducir que el arco fue erigido en honor de Constantino, probablemente por Constancio II, alrededor del 356

d.C., con ocasión de una visita que realizó a Roma. Se le conoce con el nombre convencional de «Arco de Jano» por sus cuatro ingresos y porque Ianus fue el dios protector de las puertas. A su cuidado y protección se asignaban los pasajes cubiertos, los espacios bajo pórticos y los arcos.

Es un arco cuadrifonte, una construcción cuadrangular, con un arco en cada uno de sus lados. Dichos arcos conforman en el centro una bóveda de arista reforzada por nervios. Mide 12 m. de lado y 16 de altura y es de hormigón revestido de lastras marmóreas. Los cuatro pilares conservados, están recubiertos de mármol procedente en parte de otros edificios más antiguos. Se apoyan sobre bases cuadradas adornadas con molduras y aparecen animados con nichos que, dispuestos en dos series, flanquean los arcos de paso. Es probable que en su día estos nichos albergasen diversas esculturas. Están cubiertos con una bóveda de cuarto de esfera agallonada y originariamente estuvieron enmarcados por cuatro columnitas exentas, hoy desaparecidas. Este recurso estilístico fue muy utilizado en las construcciones del siglo IV. Las cuatro claves de los arcos mayores estaban decoradas con figuras de Roma, Juno (sedente), Minerva y tal vez Ceres (estante). El ático, de ladrillo revestido de mármol, fue demolido en 1827 porque se le consideraba obra medieval.

El Forum Holitorium

Anejo al Forum Boarium se extendía el Forum Holitorium, destinado al mercado de las hortalizas y de las verduras, entre el extremo sur de la colina del Capitolio y la orilla del río, donde se encontraba el Portus Tiberinus, el puerto comercial de la urbe. En sus márgenes se disponían algunas de las construcciones más interesantes de la antigua Roma: el teatro de Marcelo, el templo de Apolo Sosiano, el templo de Belona, etc., cuyo estudio, en nuestro caso, hemos incluido en el área meridional del Campo de Marte.

De entre los vestigios arqueológicos hallados en su suelo, destacan los restos de tres templos que se alzaban en su zona central y que

hoy se encuentran bajo la iglesia de «San Nicola in Carcere». Dichos restos aún son visibles parte en el interior y parte en el exterior de la citada Iglesia. Se han identificado con los templos de Ianus, Spes y Iuno Sospita (libertadora) que según las fuentes, fueron dedicados respectivamente por Cayo Duilio, en 260 a.C.; por A. Atilio Calatino, durante la Primera Guerra Púnica; y por C. Cornelio Cetego, entre 197 y 194 a.C. Sin embargo, las estructuras que se han conservado son de los primeros decenios del siglo I a.C. y pertenecen a las fases sucesivas de las reconstrucciones de que fueron objeto.

Estos templos, contiguos uno con otro, debieron de formar parte de un único conjunto por lo que tienen una fisonomía propia y original. El más septentrional, que podría ser el de Ianus, es el que ha proporcionado los restos más notables y mejor conservados: nueve columnas y el arquitrabe de travertino y parte del friso. Se elevaba sobre un podio revestido con lastras, también de travertino, y era un períptero jónico sine postico (sin columnata posterior), con dos hileras de seis columnas de color grisáceo en la fachada.

El edificio central, sobre el que se apoya la iglesia de «San Nicola in Carcere», y que quizá fuera el de Iuno Sospita, de 34 m. × 15 m., también se alzaba sobre un podio y era un hexástilo jónico, períptero, cuyas columnas se distribuían en tres hileras en la parte anterior y en dos en la posterior.

El último, el más pequeño y el más meridional de los tres, identificado con el de Spes, se levantaba sobre un alto podio liso y era períptero dórico (25 × 11 m.), con seis columnas en el frente, y once, también en los lados. Todas ellas eran de travertino sin desbastar, ya que hay que suponer que estarían estucadas con el fin de ofrecer un acabado más fino.

En el mismo centro del Foro Holitorio, junto a estos tres templos se alzó, en su día, otro, consagrado a la diosa Pietas. Fue construido por Mario Acilio Glabrione entre los años 191 y 181 a.C., pero fue demolido para construir sobre su solar el teatro de Marcelo.

La Basílica de «San Nicola in Carcere», está dedicada a San Nicolás de Mira, más conocido en occidente como San Nicolás de Bari. La primera iglesia cristiana que se levantó sobre los restos de los

templos paganos allí existentes son del siglo VI, y se conserva además una inscripción del siglo X que puede verse en una de las columnas próximas a la entrada. Sin embargo la primera referencia a esta iglesia data de 1128, como se hace constar en la placa colocada en su fachada. La dedicación a San Nicolás se debe al hecho de que en esta zona vivió en su día una importante comunidad griega devota de este santo; y el nombre de «in Carcere» se explica porque las ruinas de los citados templos sirvieron de cárcel durante algún tiempo. Esta circunstancia hizo que erróneamente dicha prisión se identificase algunas veces con el Carcer Tullianum.

En el siglo XI se la conocía con el nombre de iglesia de Petrus Leonis, por el nombre de la familia de origen judío que había reformado el Teatro de Marcelo para convertirlo en una fortaleza. Fue reconstruida en 1599 con una nueva fachada, realizada por Giacomo della Porta, conservándose el campanario medieval que en realidad era una torre fortificada. En el transcurso del siglo XIX fue restaurada en varias ocasiones.

LaIsla Tiberina

Según una muy antigua tradición, la Isla Tiberina se formó con las gavillas del trigo segado en el Campo de Marte, propiedad privada de los monarcas etruscos, que fueron arrojadas a la corriente cuando el pueblo echó de Roma a Tarquinio el Soberbio. Con este gesto se significaba la conquista de la libertad y la de unos terrenos que pasaban a ser propiedad del pueblo romano. Dejando la leyenda aparte, se observa que la isla tiene una composición geológica similar a la de la colina más cercana al río, la del Capitolio. Su núcleo está formado por roca magmática sobre la que se han depositado enormes masas de detritus aluviales. Mide 28×70 m. en su parte más ancha y su importancia estriba en haber servido de vado al río, posibilitando la comunicación entre sus dos orillas y el acceso a las tierras de la Italia central.

No se puede precisar cuándo fue ocupada por primera vez, pero es

obvio que su posición fue determinante para el establecimiento de los primitivos asentamientos humanos en el Palatino en la Edad del Hierro, (siglos X y VIII a.C.). Al dividir en dos el curso del Tíber, facilitó el tránsito entre sus dos riberas entre las cuales se supone que pronto se levantarían puentes lígneos para posibilitar su cruce. Se tiene noticia de que el primero de estos puentes, el Pons Sublicius, (sublicae = pilares de madera), fue construido por el rey Anco Marcio, aunque un poco más abajo de la isla.

Fue un lugar, al principio, poco frecuentado y siempre destinado a ser sede de los dioses de la salud. En sus terrenos, ya en tiempos muy remotos, hubo un templo dedicado a Fanus, divinidad asociada a Tutanus Mutinus, de origen pelásgico, que solía ser representado en herma[11]. Emitía oráculos interpretando los sueños y daba recetas para curar a personas y bestias.

La revitalización de la isla se produjo con la construcción del primer edificio importante que se levantó en su suelo en el año 291 a.C., dedicado a Esculapio, la divinidad sanadora por excelencia. Según las fuentes, en el 293 a.C. una gravísima peste asolaba la ciudad de Roma por lo que se hizo obligada la consulta a los Libros Sibilinos con el fin de adoptar la solución pertinente. La respuesta fue el mandato de enviar una embajada a Epidauro, sede del culto de Aesclepius, dios griego de la medicina, y no regresar sin una de las serpientes de piel amarilla, moteada de manchas negras, que pululaban por el santuario y en las cuales los griegos creían ver una epifanía de esta divinidad.

La embajada llegó a Epidauro y allí se le concedió el favor de que escogiera lo mejor para su patria. Se produjo entonces la aparición de una gran serpiente que solo se dejaba ver en contados momentos, pero que en esta ocasión recorrió los barrios más frecuentados de la ciudad que se encontraba a unas cuatro millas del santuario, provocando la admiración de la gente. Transcurridos tres días se dirigió hacia la galera romana y, ante la perplejidad de la tripulación, se introdujo en el camarote del embajador, Q. Olgonius, donde se enroscó suavemente. Los romanos emocionados ante el prodigio zarparon rumbo a Roma. Al llegar a Antium (Anzio) la serpiente abandonó el barco y se dirigió al templo de Esculapio donde había una palmera cuya cima dominaba un huerto

frondoso. Se enroscó en su tronco y allí permaneció sin moverse por espacio de tres días, obligando a los tripulantes a que hasta allí la llevaran los alimentos para su sustento. Después regresó al barco y este ya no se detendría hasta llegar a su destino. Cuando la nave atracó en las cercanías de Navalia, el puerto militar sito en las orillas del Campo de Marte, la serpiente se arrojó al agua dirigiéndose a nado a la Isla Tiberina. Una vez en tierra se detuvo en un determinado lugar que se supuso el elegido para que en él se alzase un templo consagrado a Esculapio En tales momentos la peste fue vencida.

Del antiguo edificio no queda resto alguno, pero su ubicación se cree que debió de coincidir con el lugar en el que el emperador germánico Otón III levantó una iglesia en honor de su amigo Adalberto, el primer obispo de Praga, martirizado en el 997 y en cuya construcción se decía que se habían utilizado columnas y otros materiales de época romana. Por razones desconocidas los restos de Adalberto nunca llegaron a su destino. Sin embargo, fue este mismo emperador quien depositó en la recién construida iglesia los restos de San Bartolomé[12] de los que se hizo acompañar desde Benevento, tras uno de sus viajes a esta localidad. Por esta razón la iglesia fue dedicada a este santo ya en el siglo X. Posteriormente fue remodelada en el siglo XII y, sobre todo en el XVII, respetándose su singular campanario románico.

El pozo que aún existe junto al altar es probable que marque el sitio que en la Antigüedad ocupó la fuente sagrada, imprescindible en todos los lugares sacros. Se tiene noticia de que los pórticos del santuario de Esculapio hacían las veces de un verdadero hospital, ya que siempre estaban ocupados por los enfermos de la ciudad que acudían hasta él en busca de remedio para sus males. Esta costumbre, practicada en todos los templos de este dios de la salud, se mantuvo en la Edad Media y, en cierta forma, se ha prolongado hasta nuestros días, ya que la acogida de enfermos sin recursos se sigue haciendo en el hospital de la Beneficencia que se encuentra junto a la iglesia de «San Giovanni in Calibita», conocido con el nombre de la orden de los hermanos «Fatebenefratelli» que la rigen desde 1548. En lugar próximo se levanta el hospicio israelita, con el que se completa el carácter sanitario que aún pervive en la isla.

Se tiene noticia de que aparte del templo de Esculapio se levantaron en su suelo otros santuarios cuyos restos han ido saliendo a la superficie sobre todo en los trabajos realizados en el siglo XIX. De entre ellos destacan los dedicados a dioses: Tiberinus (el genio del río), Iupiter Iurarius (garante de los juramento), Veiovis (dios de origen infernal, protector de los pantanos y manifestaciones volcánicas), Gaia (diosa oracular y testigo de los juramentos), Bellona (divinidad guerrera), Semo Sancus (la divinidad sabina del Quirinal), etc.

Desde tiempos remotos, la isla estaba unida a la ciudad por medio de dos puentes. El que hoy la conecta con la orilla izquierda y que arranca de las cercanías del teatro de Marcelo, es aún el antiguo Pons Fabricius. Fue construido en el 62 a.C. por Lucius Fabricius, curator viarum; y casi totalmente restaurado en el 21 a.C. tras la tremenda riada del 23 a.C. que lo arrasó. Tiene una longitud de 62 m. y una anchura de 5,50 m. Los dos grandes arcos escarzanos tienen una luz de 24,5 m. y descansan sobre un macizo pilar central, en el que se abre un pequeño arco destinado a disminuir la presión de las aguas sobre la estructura del puente durante las crecidas del río. La construcción original fue hecha con sillares de toba y de peperino, recubiertos con planchas de travertino. El revestimiento de ladrillo se hizo en 1679, en tiempos del papa Inocencio XI. En el comienzo del puente del lado que da al Campo de Marte, hay dos herma con cuatro cabezas situados en el parapeto, por lo que este puente también recibe el nombre de «Quattro Capi». Originariamente no formaban parte del puente pero se pusieron en él en 1840. Hasta esa fecha se encontraban desde el siglo XIV en la orilla vecina del río, cerca de la iglesia de «San Gregorio della Divina Pietà», sita en el «monte Savello». Al parecer son representaciones del dios Jano. Este puente en época medieval estuvo controlado por la famosa familia de los Pierleoni primero y los Caetani después, mediante una torre de control que aún se mantiene en pie.

El otro puente que comunica la isla con el «Trastevere», es el Pons Cestius, construido en el siglo I a.C. y restaurado en 370, bajo el reinado del emperador Valentiniano, Valente y Graziano, como consta en la inscripción inserta en el parapeto derecho del puente. En la actualidad ya nada queda del original. Fue demolido entre

1888 y 1892 y reconstruido de nuevo. Solo el arco central conserva algo de su primitiva estructura. Se ha pensado que el nombre de Lycaonia, con el que fue conocida la isla en la Edad Media es posible que se debiera a la presencia en el puente de una estatua representando esta región de Asia Menor, convertida en provincia romana en el 373 d.C.

La característica forma de barco que muestra la Isla Tiberina sugirió que su modelado arquitectónico, realizado probablemente en el siglo I a.C., fuera semejante al de una trirreme, con lo que se recordaba además a la nave que había traído a Roma la serpiente de Esculapio. Así, a la punta oriental de la isla se le dio forma de una proa, utilizando sillares de toba gris revestida con bloques de travertino. Bajo dicha proa aparece en relieve la cabeza de Esculapio y a su lado su bastón mágico con la serpiente en él enrollada. En el otro lado se distingue una cabeza de toro. El extremo occidental se aparejó como si fuera la popa, pero de esta parte no quedan vestigios.

Los restos del otro puente, el Pons Aemilius («ponte Rotto»), al que ya nos hemos referido, pueden verse río abajo. Las bases de su estructura son muy antiguas, posiblemente del siglo III a.C., coetáneas a la construcción de la Via Aurelia que conducía a Etruria. Debió de ser restaurado entre 179–142 a.C. El aparejo actual de travertino con un núcleo de toba y hormigón, tal vez se deba a la reconstrucción total que del mismo se hizo en época de Augusto. En su tiempo se componía de seis grandes arcos con dos más pequeños en sus extremos. Dañado y reparado hacia el 280 d.C. y, más tarde, en 1230 y 1557, su lado oriental fue arrasado por la corriente en 1598 y dos arcos de los tres que quedaban fueron derruidos en 1880.

El «ghetto judío»

Antes de pasar a la isla Tiberina por el Pons Fabricius, se encuentra el barrio judío, rodeado por la «Via del Portico d´Ottavia», monumento dedicado por Augusto a su hermana Octavia y que

durante 800 años fue utilizado como único mercado de pescado en Roma. Sito entre el Trastevere y la «Piazza Venezia», el citado barrio es uno de los lugares más recoletos de Roma, atravesado por la encrucijada anárquica de sus calles estrechas en las que se abren numerosas tiendas artesanales y restaurantes donde se pueden probar platos típicos de esta comunidad. Aún se conservan muchas viviendas de traza medieval y la famosa fuente renacentista, de «delle Tartarughe», obra de Tadeo Landini, con cuatro bellas figuras, de bronce, de unos ágiles muchachos que, completamente desnudos, empujan a las tortugas para hacerlas llegar a la parte más alta de la fuente[13].

Tanto en el Trastevere como en esta zona próxima al río se asentaron, desde el siglo II a.C., numerosas familias judías de las que aún son descendientes los que componen la actual comunidad que en ella vive, respetando las normas impuestas en su día por el Vaticano con el que mantiene una cordial convivencia. Un hecho histórico de singular importancia fue la visita que el papa Juan Pablo II realizó a la sinagoga el 13 de abril de 1986. Era la primera vez que un papa visitaba un templo judío, rompiendo con la desgraciada resolución adoptada por otro pontífice, Pablo IV, que fue quien creó el ghetto judío con la bula Cum nimis absurdum promulgada en 1555. Con esta medida los judíos de Roma permanecieron por espacio de más de 315 años obligados a vivir en el lugar que se les marcó, ya que este papa consideraba absurdo que pudieran recibir el mismo trato que los católicos.

La situación cambió al ser declarada Roma capital de Italia en 1870 y perder su poder hegemónico el papa Pío IX. El barrio que había alcanzado una población muy numerosa a pesar de todas las restricciones sufridas, cambió por completo de aspecto. Se derribaron las viejas casuchas, sobre todo para permitir la construcción del «lungotevere» y se permitió la construcción de todo tipo de edificios nuevos En 1904 se inauguró la nueva sinagoga, la más grande de Italia, obra de dos grandes arquitectos italianos Costa y Armani y que es hoy un elocuente testimonio de la historia de esta zona, no solo por su significado, sino también porque en su interior se encuentra el Museo Hebreo de Roma.

Una nueva época terrible les tocó vivir a los judíos de esta barriada

durante la segunda guerra mundial ya que se procedió a una deportación masiva de sus habitantes a los campos de exterminio nazis. Se ha calculado que fueron más de 2000 personas las que salieron de sus casas, sin que sobrepasara la veintena las que pudieron regresar.

1 Las inundaciones de la llanura Tiberina fueron constantes a través de los tiempos, hasta que en 1870 se inició la construcción de los diques del Lungotevere a ambas orillas del río. Se daban así por finalizadas las inundaciones del «Biondo Tevere» (el rubio Tíber), así llamado por su lodo amarillento. A partir de entonces dejaron de tener importancia sus dos principales puertos fluviales, el «Ripa Grande», el gran puerto comercial del Trastevere, y el «Porto di Ripetta» que hasta el siglo XIX contaba con una monumental escalera a orillas del río.

2 Virg., En., VIII, 190 s.; Tito Liv., I, 7, 3 s; Dion. Hal., I, 39 s.; Ov., Fast., I, 543 s; V, 643 s; VI, 79 s.

3 Diod. Sic., IV, 21

4 La Iglesia de Sant' Omobono se encuentra donde en su día se alzaron los templos de Fortuna y Mater Matuta, cerca de la Porta Triumphalis. La primera iglesia paleocristiana que aquí se levantó en el siglo VI, fue la de «San Salvatore in Portico», así llamada por su proximidad al Pórtico de Octavia. Sufrió varias transformaciones en los siglos XII y XIII. Reconstruida en 1482, pasó a convertirse en 1575 en la «Università dei Sarti» (de los Sastres), sede de varias corporaciones de artesanos. Su última restauración, incluida una nueva pavimentación, data de 1940, un año después de las excavaciones que en 1939 se realizaron en el área.

5 Inducido por los celos de Ino, Atamante decidió sacrificar a sus hijos Frixo y Hele, pero por voluntad divina (hay varias versiones sobre el tema) consiguieron huir a lomos de un carnero alado con vellocino de oro. Durante el viaje Hele cayó al mar (Helesponto, desde entonces), pero Frixo llegó sano y salvó a la Colquide, a la corte del rey Eetes, que le acogió amistosamente, casándole con su hija Calcíope. Como retribución el joven sacrificó el carnero a Zeus

y ofreció el vellocino a su suegro, el cual lo consagró a Ares y lo clavó en una encina del bosque consagrado a este dios. Este vellocino sería el motivo de la expedición de los Argonautas.

6 Ov., Fast., 473 s.

7 El Anio era un afluente del Tíber. La toba que se extraía de un lugar sito a 8 km. de Roma era una toba marrón rojiza muy utilizada en las construcciones de época republicana.

8 Depósito de las cosechas anuales para su posterior reparto.

9 Marcus Pacuvius fue un destacado literato y pintor, sobrino de Ennio y ligado al círculo de los Escipiones. Nació en Brindisi hacia el 200 a.C. y murió en Tarento en el 130.

10 Los argentarii fueron originariamente simples cambistas que se limitaban a cambiar monedas y a controlar su peso y aleación, pero pronto pasaron a convertirse en prestamistas que no solo adelantaban importantes sumas de dinero, sino que también se encargaban de la redacción de los contratos para el registro, adquiriendo así la categoría de expertos banqueros. De entre ellos los exactori eran los encargados de cobrar las deudas y los nummulari los que controlaban el cambio de monedas, operando sobre todo en los puertos y cerca de los santuarios, puntos frecuentados siempre por los extranjeros.

11 Pilares coronados por el busto de un dios.

12 Según el Evangelio de Juan, Bartolomé (identificado con Natanael) fue uno de los apóstoles a los que se le apareció Jesús en el Mar de Tiberiades después de su resurrección. Su signo iconográfico es el cuchillo con el que fue desollado por orden de Astiages, rey de Armenia. Es el patrón de los curtidores.

13 Cf. Capítulo XXIII, Las Fuentes de Roma: La «Fontana delle Tartarughe».

XIX. EL CIRCO MÁXIMO

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Circo Máximo): 8,5 MB

Duas tantum res anxius optat panem et circenses

(Juvenal, Sátira X, 77-81)[1]

Fue el edificio de espectáculos de mayores dimensiones y más célebre de todos los construidos en el ámbito del mundo romano. Estaba dedicado principalmente a las carreras de carros que contaban con el favor de todas las clases sociales, ya que aparte de ofrecer una emocionante diversión en ellas se apostaban grandes sumas de dinero. Por la importancia que alcanzaron estos ludi circenses merecieron el favor de los dirigentes republicanos primero y la de los emperadores más tarde. Tanto unos como otros fueron conscientes de que con la celebración de los mismos, se podía distraer la atención de los ciudadanos en épocas de conflictos políticos y mitigar su descontento cuando era necesario. Por esta razón se cuidaron siempre del mantenimiento de este carismático edificio y llevaron a cabo las obras de ampliación que fueron precisas. Incluso, en épocas en que se hallaban exhaustas las arcas del Estado, no dejaron de celebrarse reñidas competiciones ya que con ellas se aseguraba el favor de la plebe.

De cuantos espectáculos ofrecían los gobernantes, ninguno tuvo mayor éxito que el de las carreras de carros. Son muy numerosos los textos que nos hablan de la gran afluencia de público que concitaban y las altas sumas que alcanzaban las apuestas. Las autoridades que deseaban atraerse la simpatía popular no solo hacían donaciones de trigo, sino también de entradas para el circo.

Teatros, anfiteatros y circos fueron los edificios previstos para la celebración de los espectáculos recreativos que se desarrollaron en las ciudades romanas. Estos últimos, inspirados en los hipódromos griegos, fueron recintos de planta alargada, con una pista de arena, rodeada de graderíos para los espectadores, pero con el tiempo

adquirieron una fisionomía peculiar adecuada a las actividades que tenían lugar.

En el Circo Máximo hubo exhibiciones ecuestres realizadas por expertos jinetes (desultores), carreras de caballos, carreras pedestres, el llamado ludus troianus (un simulacro de batalla a la griega entre jóvenes aristócratas)[2] y, sobre todo, las carreras de carros que podían ir tirados por dos caballos (bigae), por tres (trigae), por cuatro (quadrigae), por seis (seiuges) o más, aunque las más frecuentes fueron las correspondientes a la penúltima modalidad. En tiempos de César y Augusto se brindaron incluso juegos con elefantes. De forma esporádica en su arena tuvieron lugar luchas de gladiadores, cacerías y hasta ejecuciones. Como espacio abierto de grandes dimensiones, fue utilizado siempre que se precisó reunir en un solo sitio a un gran número de espectadores.

De entre todos los circos romanos ninguno fue tan célebre como el de Roma, el llamado Circo Máximo, siempre admirado e indiscutible modelo de todos los provinciales. En sus orígenes fue un modesto hipódromo, cuya construcción hacia el 600 a.C. se atribuía a Tarquinio Prisco. Se ubicó en el llamado Vallis Murcia, la depresión que separaba el Palatino del Aventino, donde ya desde época muy antigua tenían lugar carreras de caballos y de mulos con motivo de la celebración de las Consualia el 21 de Agosto en honor del dios Consus. En ese día, se exhumaba el altar subterráneo que este dios tenía en el centro de la gran explanada y los animales de tiro, coronados con flores por sus amos, gozaban del privilegio de verse libres de sus trabajos habituales.

Consus era un dios vernáculo, de origen oscuro al que se le tenía por custodio de los silos y de los frutos del campo. A la celebración de sus fiestas acudían los habitantes de las colinas vecinas y, según la leyenda, en el transcurso de la primera de todas ellas tuvo lugar el rapto de las sabinas. Tras la resolución feliz de este grave conflicto se levantó en el lugar del suceso el templo de Venus Murcia que acabó dando nombre al valle en el que se asentó la primitiva pista.

Las zonas dedicadas a la ubicación de los espectadores debieron de ser en un principio los simples aludes de tierra que, recubiertos de hierba o de grama, rodeaban a la arena cuyas dimensiones originarias se han calculado en unos 370 x 83 m. Más tarde se

sustituyeron por graderíos de estructura lígnea y luego por los de piedra de toba. Su primera restructuración debió de hacerse en el 329 a.C., construyéndose entonces, en el lado corto septentrional, las carceres, con tan solo estructuras de madera pintada, y la spina, dentro de la cual se canalizó el curso de agua que atravesaba el valle camino del Tíber. La pista de arena se procuró siempre que fuera muy compacta y llana para amortiguar el contacto de los cascos de los caballos que entonces no llevaban herraduras.

En el centro del lado curvo meridional se abrió una puerta que luego fue sustituida por el arco triunfal de Stertinio, erigido en el 196 a.C. Poco después, en el 174 a.C, se reconstruyeron las carceres, esta vez con fábrica muraría, y al mismo tiempo se colocaron en la spina los siete huevos que servían para contar las vueltas de las cuadrigas. En época de Agrippa, en el 33 a.C, se añadieron en el lado opuesto siete delfines de bronce para la misma función. Los huevos se decía que hacían alusión a Cástor y Pólux, los penates de Roma, domadores de caballos, ya que Pólux había nacido de un huevo, junto con Helena, fecundado por Zeus. Los delfines representaba a Neptuno, el dios que en sus orígenes fue también señor de los équidos.

En época de César, hacia el 50 a.C., el circo fue ampliado y transformando de nuevo, utilizándose todavía piedra de toba en su remodelación. Se ciñó, entonces, la pista con una zanja de 3 m. de ancho y otros tantos de profundidad, llena de agua (euripus) para protección de los espectadores y para que con ella pudieran refrescarse los días de intenso calor. En tiempos de Augusto se construyó el pulvinar que más tarde se convertiría en un gran palco imperial. Por entonces, según Dioniso de Halicarnaso, las medidas del circo eran de 621×118 m. y su capacidad se calculaba en unos 150.000 espectadores.

La innovación más importante de esta última reforma fue la colocación en su spina del obelisco de Ramsés II que el emperador había hecho traer de Heliópolis y que en la actualidad se encuentra en la «Piazza del Popolo». Mide unos 24 m. de altura, sin la base, y se calcula que con su pedestal original mediría 35,50 m. Este obelisco llegó a Roma hacia el año 10 d.C, junto con el que hoy está en Montecitorio (de Psamético II, del siglo VI a.C.) para el reloj

solar augusteo. El otro obelisco que se levantó, años más tarde, también en la spina del circo, lo hizo traer de Tebas Constancio II en el 357 d.C. Era de la época de Tutmés III (1479–1425 a.C) y fue el último de los grandes obeliscos que entraron en Roma[3]. Es el más alto de todos, mide 32,50 m., y hoy se yergue en la «Piazza del Laterano».

Después de sufrir los efectos de un incendio en el año 36 d.C. fue restaurado por Calígula y por Claudio quien ya hizo construir las carceres con mármol y las metae que señalaban el final de la spina en bronce dorado. El incendio neroniano del año 64 le causó de nuevo serios deterioros sobre todo en el lado curvo, por lo que volvió a ser objeto de otra restauración y probable ampliación, ya que Plinio nos dice de que, por entonces, su aforo sería de unos 250.000 espectadores.

En el año 81, el Senado en honor a Tito y en conmemoración de su triunfo en las guerras judaicas, erigió un arco triunfal de tres vanos en la entrada de la grada semicircular, en sustitución del de Stertinio, posiblemente destruido por el fuego del 64. La inscripción del arco, transmitida por el Anónimo Einsieldeln, permite datarlo en la fecha citada. Este acceso monumental pasó a denominarse la Porta Triumphalis, ya que por ella salían los triunfadores de los Juegos Tras un nuevo y devorador incendio, acaecido en tiempos de Domiciano, tuvo que ser reconstruido por Trajano casi por completo, añadiéndosele 5000 asientos. Las estructuras de ladrillo que aún son visibles en algunas partes del recinto son de esta época.

A partir de estos momentos se siguieron haciendo sucesivas reformas hasta finales del siglo IV, época en la que, según el Catálogo Regional, su capacidad, posiblemente exagerada, era de 385.000 espectadores. Las dimensiones del circo debían de ser entonces de 600×200 m. y la longitud de la spina debía de alcanzar los 340 m. Como punto de referencia hay que tener en cuenta que los circos provinciales más grandes nunca rebasaron los 450 m. de longitud.

El Circo Máximo se mantuvo activo hasta el siglo VI, ya que se tiene noticia de que los últimos juegos que en se celebraron en él tuvieron lugar en época de Totila, rey de los ostrogodos entre 542 y 552. En el siglo VII fue abandonado y como muchos de los más

emblemáticos edificios de la Roma imperial pasó a convertirse en cantera de materiales de construcción de la nueva ciudad.

Desde el punto de vista arquitectónico, se puede decir que era un edificio de planta rectangular, rematado por un semicírculo en uno de sus lados cortos y que, como todos a los que sirvió de modelo, se componía de cuatro partes bien diferenciadas: las carceres, la cavea, la arena y la spina.

Las carceres eran las barreras de salida, situadas en el lado del noroeste. Primero fueron de madera, luego de piedra de toba y de mármol en época de Claudio. Las techumbres eran abovedadas y cubrían unos compartimentos espaciosos, ya que a veces a los carros se uncían hasta con ocho y diez caballos. Estaban separados por muros paralelos. El lado de cada pared divisoria que miraba hacia la arena estaba adornado con una columna de Hermes. Las salidas a la pista estaban cerradas por puertas enrejadas de doble batiente. Para su apertura se utilizaba un ingenioso dispositivo: una cuerda que unía los cerrojos (repagula) y que al tirar de ella se abría todos a la vez. Primero fueron 8 los cobertizos y luego 12, 6 a cada lado de la puerta de entrada. No se disponían en línea recta sino en arco con centro a la derecha para equilibrar la salida. Sobre las cubiertas abovedadas había una plataforma con baranda de mármol. A ambos lados se alzaban sendas torres con escalera de caracol, mientras un baldaquino, sostenido por columnas, cubría el sitio de honor reservado a quienes presidían los juegos.

La cavea (o maeniana) era el lugar previsto para ser ocupado por los espectadores. Su estructura interna era de hormigón y mampostería y se alzaba sobre un alto podio que la separaba de la arena. Se componía de dos graderíos rectos en los lados largos y uno semicircular en uno de los cortos. En el otro extremo, sin gradas, estaba la puerta de acceso (porta pompae) de los participantes en los juegos que, antes de su inicio, entraban por ella en un brillante desfile; las caballerizas y los puestos de salida (carceres) que, como ya se ha dicho, era doce en este circo. Este lateral no era perpendicular a los lados largos, sino ligeramente oblicuo, para que los carros se

alineasen de forma escalonada con el fin de que todos ellos recorrieran la misma distancia en la primera vuelta. Sobre esta parte solía estar el palco imperial (pulvinar), mientras que enfrente se hallaba el tribunal de los árbitros. Desde la meta interior, es decir la más próxima a las carceres, se trazaba sobre el suelo una línea blanca con yeso (creta), perpendicular a lado longitudinal izquierdo. En el sitio donde dicha línea llegaba al espacio de los espectadores se situaba el tribunal iudicum, qui praesident ad cretam cerca del cual se abría la puerta triunfal (porta triumphalis) por la que salían los vencedores.

Las filas próximas a la arena estaban reservadas a los senadores, y las inmediatas superiores a los caballeros. El segundo piso, separado por un amplio pasillo que corría todo alrededor, era para el resto de los ciudadanos. El tercer piso, muy elevado y alejado de la arena, sobrecargado por la plebe que en él se hacinaba, era de madera. El exceso de peso fue causa de varios de los derrumbamientos que se produjeron en este sector.

Las fachadas laterales estaban decoradas con triples arcadas de pilastras y arcos ciegos y en ellas se abrían las puertas de entrada y salida a los graderíos (vomitoria), a los que se accedía por pasillos abovedados y escaleras de comunicación.

Las dos grandes puertas, una enfrente de otra, eran de mármol con abundantes adornos arquitectónicos. La que estaba situada en el arco de medio punto era un triple arco triunfal, sobre el que se alzaba una cuadriga y fue levantado por el pueblo, tras las victorias de las guerras judaicas, como ya hemos dicho, en el año 81 a.C.

La arena, era la pista de carreras de forma casi rectangular, con uno de sus lados cortos de forma semicircular. Estaba dividida en dos partes longitudinales (no iguales) por la spina y contaba con dos metas (metae)[4]: la meta prima, situada en la curva y la meta secunda, enfrente de la porta pompae. Su suelo estuvo siempre muy cuidado, para evitar en él toda clase de irregularidades que pudieran obstaculizar el desarrollo de las carreras. Para producir ciertos efectos de color se solía esparcir sobre ella minio rojo, verdete o mica.

La espina (spina) tenía la finalidad de dividir la arena en dos pistas paralelas para evitar que los carros se pasaran de una a otra. Era una construcción de planta rectangular, estrecha y alargada que se extendía casi de extremo a extremo de la misma. Su disposición no era exactamente central, sino que se desviaba hacia un lado para facilitar la salida de la curva a los corredores. La del Circo Máximo tenía un alto zócalo (podium), de 1,5 m. de altura y su anchura era de 6 m. Sobre ella aparecían dispuestas diversas esculturas, aras y obeliscos. En este caso estaban los altares dedicados al ya mencionado dios Consus, a la diosa Pollentia y otros dioses ancestrales, así como la diosa Cibeles[5] a la grupa de un león, considerada protectora de los ludi circensis. Como piezas de un valor sin par, se alzaban los dos obeliscos traídos de Egipto a los que ya nos hemos referido.

A cada extremo había un cuerpo semicircular macizo de ladrillo, con la parte convexa hacia fuera, en torno al cual los carros tomaban las curvas a gran velocidad. Dichos cuerpos semicirculares, separados un trecho de la spina, servían de refugio a los aurigas cuyo carro había volcado. En su interior se encontraban además unas pequeñas salas destinadas a enfermerías, donde recibían los primeros auxilios todos los accidentados. Sobre ellos estaban colocadas las metae, que eran tres conos de bronce sobre un pedestal. Su brillo anunciaba entre el polverío el lugar donde los carros debían hacer el giro. Junto a ellas se encontraban los ya citados marcadores de vueltas: en un lado siete delfines colocados sobre un arquitrabe; y en el otro siete huevos sobre un soporte idéntico. Cada vuelta equivalía a unos 1600 m.

En época de Claudio la spina se recubrió con sillares de mármol, colocándose en ambos extremos, como en el hipódromo de Olimpia, una victoria alada en lo alto de una columna. Cada una de ellas sostenía en la mano izquierda una palma y en la derecha una corona, los trofeos con los que se premiaba a los vencedores.

Los ludi: los más importantes fueron los llamados Ludi Romani o Magni que se celebraban, en un principio, entre el 4 y el 18 de septiembres. Más tarde, después de la invasión gala de Breno en el 390 a.C., se consagraron a Iupiter Optimus

Maximus y se trasladaron del 4 al 17 de noviembre, siendo presididos por los ediles de la plebe. Los demás solían durar de seis a ocho días. En el 212 a.C. se instituyeron en honor de Apolo los Ludi Appolinaris que tenían lugar entre el 6 y el 12 de julio; en el 191 a.C., los Ludi Megalenses, en honor de la Magna Mater (Cibeles), del 4 al 12 de abril; y los de la diosa Flora, llamados Floralia, del 26 de abril al 3 de mayo,

En cuanto a Ludi Saeculares hay que recordar que los primeros se remontan al año 249 a.C, fecha en la que se celebraron junto a un altar sito en las proximidades del Tíber. Se consagraron a las divinidades infernales Dis Pater y Proserpina con el fin de propiciar la renovación del siglo (saeculum), por lo que solo había unos juegos por centuria. Especialmente solemnes fueron los que tuvieron lugar bajo el gobierno de Augusto, en el año 17 a.C. Con ellos se exaltó el nacimiento de una nueva era, presidida por la paz y el bienestar, logros del buen gobierno del emperador. Por su carácter solemne y único se introdujeron todo tipo de innovaciones rituales.

En época republicana fueron los magistrados los encargados de la organización de los juegos. César impulsó con gran interés su celebración, consiguiendo casi el monopolio de los mismos. Tal prerrogativa pasó después a los emperadores que eran quienes determinaban su importancia y marcaban su calendario. En las provincias se responsabilizaron de ellos los sacerdotes del culto imperial, y en los municipios los magistrados locales.

Como en todos los casos, se iniciaban con un espectacular desfile inaugural (pompa) que, desde el Capitolio, pasando por el Foro, recorría la ciudad hasta llegar al circo. Iba presidido por el magistrado que costeaba los juegos (editor) y despertaba una gran expectación entre el público que seguía enfervorecido el paso de los carros conducidos por sus expertos aurigas. Un eco de lo que fueron estas exhibiciones eran las que podían verse, hasta hace poco, en las calles de algunas ciudades cuando los circos ambulantes hacían la demostración propagandística de sus atracciones.

Una vez que los competidores estaban ya en el circo se procedía al sorteo con el que se marcaba el orden de actuación de los participantes. Solían intervenir en cada carrera cuatro cuadrigas

que dispuestas en las carceres, esperaban a que el organizador de los Juegos, desde el palco presidencial, diera la salida con un pañuelo (mappa) que lanzaba a la arena. El inicio de cada una de ellas era animado por un enardecido público que animaba a sus aurigas preferidos. Para completar la carrera (missus) cada cuadriga tenía que dar siete vueltas a la pista en sentido contrario a las agujas del reloj. Era fácil volcar y los riesgos que se corrían eran más frecuentes y graves que los de los gladiadores. El vencedor era proclamado por el heraldo que levantaba una tira con el color de la facción a la que este pertenecía, mencionando además el nombre del caballo funalis. Como premio recibía una palma y una corona de laurel, aparte de unas buenas sumas de dinero por parte de los que habían apostado en su favor.

Los romanos sintieron verdadera pasión por las carreras. Toda excusa era buena para organizar este tipo de espectáculos en los que se reunía toda la sociedad romana. Se dedicaban a ellas unos 240 días al año y solían celebrarse de diez a doce carreras diarias, en un horario que oscilaba entre seis u ocho horas. Se decía que Calígula en una ocasión había ofrecido 20 en una sola jornada y 24 al día siguiente. En época de los Flavios se hablaba de hasta 100 carreras en una sola jornada.

Los aurigas: En los tiempos antiguos los ciudadanos tenían a gala competir en las carreras que se celebraban en honor a ciertas divinidades, en especial las dedicadas a la Tríada Capitolina. En la Ley de las Doce Tablas se disponía incluso que la corona obtenida en dichas competiciones se colocase, como una distinción de honor, en el féretro del difunto. Esta costumbre se perdió ya en época republicana, porque al secularizarse tales prácticas, los ciudadanos de cierta alcurnia consideraron que participar en ellas no favorecía su posición social. Por entonces, la carrera de carros se limitaba a una hora de duración.

Como consecuencia de tales prejuicios los aurigas pasaron a ser libertos y esclavos entrenados desde su niñez en la monta de caballos y conducción de carros. A pesar de su humilde origen gozaron por lo general del favor del público, siendo aceptados en la alta sociedad como ídolos populares, lo que nunca sucedió con los

gladiadores, ni con los cómicos. Como ejemplo de estos triunfadores se suele poner el caso del lusitano Diocles que vivió hacia el 150 d.C. Se decía que al retirarse a los 42 años, tras 24 de profesión, contaba en su haber con 1.462 victorias y había conseguido hacerse millonario.

Se protegían la cabeza con un casco de cuero o metálico (galea) y vestían una túnica corta cubriéndose el pecho con una coraza muy flexible hecha con un entramado de tiras de cuero. Calzaban sandalias y se protegían las piernas con largas vendas de lino. Con una mano sujetaban el látigo (flagellum) mientras que con la otra controlaban las riendas. Llevaban además un cuchillo para cortar las correas en caso de caída y evitar el ser arrastrados por los caballos.

La victoria (brabeum) reportaba al vencedor no solo el honor y la gloria, representados por la palma y la corona de laurel y el hecho de salir por la Porta Triumphalis, sino también la percepción de importantes recompensas económicas, como ya hemos indicado, tanto por sus patronos, como por los apostantes.

Los caballos: Eran animales muy seleccionados, pertenecientes a la casta de los llamados de pura sangre, criados en la propia Italia, en Calabria y Apulia, regiones afamadas por sus pastos, o importados de los más lejanos puntos del mundo conocido: Tesalia, norte de África, Arabia, Capadocia, Hispania etc. Su cuidado y adiestramiento estaba en manos de domadores muy especializados de los que dependían sus victorias y ganancias.

Se les empezaba a entrenar cuando contaban tres años de edad y a los cinco se les llevaba ya al hipódromo. Todos tenían un nombre propio, y por él eran conocidos y animados por un público experto en todo lo concerniente al mundo de las carreras. Gracias a algunas inscripciones conocemos el nombre de varios de estos animales. Así sabemos que un tal Tuscus gano 386 veces y Victor 429. Los mejores eran premiados con pergaminos de honor en los que se hacía constar su triunfo. Valga como ejemplo la inscripción que aparece en un famoso mosaico de África: Que tú venzas o no te amaremos, Polidoxus.

De los cuatro caballos que llevaban las cuadrigas, siempre uno al

lado del otro, el más importante era el de la izquierda, el llamado equus funalis, porque de él dependían los giros en las curvas. No iba enganchado al tiro, sino a su vecino por medio de una cuerda (funis) para que pudiera tener un mayor margen de maniobra. Los carros que se designaban por el número de caballos que de ellos tiraban, como ya hemos visto, eran pequeños y siempre de dos ruedas.

Las factiones: los enormes dispendios que exigía el mantenimiento de las cuadras caballares y cuanto se refería a la organización de los ludi, trajo como consecuencia, ya en época republicana, la aparición de sociedades privadas (factiones) que, dirigidas por los propietarios de las mismas (domini factionum), se encargaban de todo el desarrollo referido a este tipo de actividades: cría de caballos, formación y contratación de aurigas, fabricación y mantenimiento de los carros, organización de las carreras, etc. Pertenecían por lo general a la clase de los caballeros en cuyas manos se hallaban la mayoría de los negocios rentables y a ellos acudían tanto los emperadores como los magistrados a la hora de organizar este tipo de espectáculos.

Las factiones más famosas fueron cuatro: la albata (blanca), la russata (roja), la veneta (azul), y la prasina (verde), así llamadas por el color de la vestimenta de los aurigas. Fue en época imperial cuando hicieron su aparición las dos últimas que eclipsaron a las primeras hasta acabar absorbiéndolas. Aunque no se perdieron los colores de cada una de ellas, con el tiempo solo se hablaba de la veneta, de la que eran partidarios los ciudadanos pertenecientes a las clases pudientes, y de la prasina, cuyos simpatizantes pertenecían a la plebe. Los enfrentamientos entre ambas se convirtieron en serias confrontaciones políticas y, como tal, fueron heredadas por Bizancio, donde las discusiones entre azules y verdes hicieron historia.

El Mitreo del Circo Máximo

En 1931 con motivo de una serie de trabajos municipales en la «Via dell´Ara Maxima», se hallaron restos de un edificio de ladrillo, de

época imperial, que se encontraba frente a las carceres del Circo Máximo. De este edificio que se supone que fue construido en el siglo II d.C. quedan muy pocos vestigios, pero en el siglo III se construyó bajo él un Mitreo, de cuya estructura aún se conservan varios ambientes, entre ellos el propio santuario, el spelaeum (gruta), una especie de sacristía y un atrio en el que se encuentran dos basas de mármol, soportes probables de las estatuas de los dadóforos, Cautes y Cautopates, representaciones del Sol y de la Luna. Al final del santuario se encontraría la estatua de Mitra sacrificando al toro, flanqueada, de nuevo, por los dadóforos. En la parte baja, a la izquierda aparece el mismo Mitra llevando al toro en sus hombros. En un hueco, a la derecha de la pared del fondo, hay otro pequeño relieve con el sacrificio del toro. En la parte superior una inscripción nos informa del nombre del dedicante: Deo soli Invicto Mithrae Ti (berius) Cl (audius) Hermes ob votum dei typum d (ono) d (at) (al dios Sol invicto Mitra, Tiberio Claudio Hermes cumpliendo un voto ofrece la imagen del dios).

Del culto a Mitra y de los numerosos mitreos que hubo en Roma ya hemos hablado en varias ocasiones, ya que fue una religión que alcanzó una gran difusión entre los siglos III y V d.C.

1 Juvenal, nacido en Aquino en el 60 y muerto en Roma en el 128 fue autor de dieciséis célebres Sátiras en las que fustigó a la sociedad de su tiempo. Sus críticas acerbas le valieron, incluso, el destierro por algún tiempo.

2 En esta especie de batalla de exhibición en la que participaban los jóvenes aristócratas romanos, se enfrentaban dos turmae (escuadrones de caballería), que describían con sus movimientos laberínticos vueltas y revueltas envolventes con las que los jinetes demostraban su pericia en este tipo de ejercicios ecuestres. Cf., nota nº 30, pág.302.

3 Cf. el capítulo XXII: los obeliscos de Roma.

4 De metiri, medir

5 Esta diosa frigia, procedente de Pérgamo hizo su entrada en Roma

en el 204 a.C. por consejo oracular, liberando el suelo italiano de la presencia cartaginesa. Se la erigió un templo en el Palatino y el 4 de abril de 191 a.C. cuando se procedió a su consagración, se celebraron los primeros Ludi Megalenses que, a partir de entonces, se repitieron con gran esplendor todos los años y en la misma fecha.

XX. EL TRASTEVERE, El GIANICOLO

Y EL VATICANO

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Trastevere): 5,3 MB

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Gianicolo): 2,7 MB

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Vaticano): 7 MB

El Trastevere

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Trastevere): 5,3 MB

Atravesando el puente Cestio, a la otra orilla del río, se extendía el populoso barrio del Transtiberim (Trastvere), la XIV región augústea, habitado por los trabajadores del puerto, los pescadores, los artesanos, los molineros y los inmigrantes procedentes, sobre todo, de la costa asiática, de Siria y de Palestina. Sus estrechas callejuelas se abrieron siguiendo un trazado irregular, sin más criterio urbanístico que el impuesto por las necesidades de su crecimiento. Teniendo en cuenta estas características y la presencia de núcleos foráneos, establecidos desde antiguo en esta zona, no es de extrañar que fuera muy populosa y que en ella se alzasen numerosos templos y santuarios dedicados a las divinidades ancestrales romanas, así como a las de origen oriental.

Sus dos ejes viarios más importantes eran: la «Via Portuense», que se dirigía al sur, manteniéndose paralela a la orilla, y la «Via Aurelia», que atravesaba el barrio de oeste a este para encontrarse con la anterior en los alrededores del que fuera el Pons Sublicius. Hoy se accede también al Trastevere por el «Ponte Sisto», construido en 1474 bajo el pontificado de Sixto IV della Rovere por su arquitecto Baccio Pontelli, y por el «Ponte Garibaldi» que se abre frente a la «Piazza Belli», así llamada porque en su centro se alza la estatua de Giuseppe Gioachino Belli (1791–1863), autor de numerosos sonetos satíricos escritos en dialecto romano, erigida en

su honor en 1915.

Entre los inmigrantes establecidos en esta región despuntó una nutrida colonia judía en la que, a partir del siglo I d.C., se propagó el cristianismo con gran celeridad. Los romanos no hacían distingos entre los seguidores de una u otra religión, ya que para ellos la figura de Jesús no pasaba de ser un judío más, fundador de una nueva secta. Sin embargo, los judíos odiaban a los cristianos, a los que consideraban unos advenedizos, desertores de la ley mesiánica, con los que no querían verse mezclados. Pronto entre unos y otros se dieron serias confrontaciones, hasta el punto de que hay quienes opinan que la autoría del incendio neroniano fue imputada a los cristianos por los propios judíos.

La permanencia en la zona a través del tiempo de unos y de otros explica la existencia de sinagogas (diez como mínimo) y primitivas iglesias en las que celebraron culto los primeros cristianos. La mayoría de la población de está barriada vivía en casas humildes que conformaban un hábitat compacto, situado a lo largo de la orilla del Tíber, sin embargo, también contó con espléndidas villas, ubicadas en las colinas circundantes, en las que residieron personajes acaudalados. Como muestra puede citarse a la que hoy se conoce con el nombre de la «Farnesina».

Con tales antecedentes es lógico que el Trastevere se haya mantenido como uno de los barrios más típicos y con más personalidad de Roma del que se enorgullecen sus moradores, los «trasteverini», conscientes de su solera y del peso de sus viejas tradiciones. Su vecindad siempre ha presumido de ser autóctona y de pura cepa romana. En él siguen predominando las estrechas callejas empedradas con los singulares «sampietrini», verdugos de calzados y pies, pero intocables porque evocan los viejos caminos de épocas pasadas. En la actualidad se presenta como uno de los lugares más atractivos de la ciudad en el que abundan las tiendas artesanales, los mercadillos, los bares y «trattorias» en las que se dan cita tanto los viajeros y turistas, como la gente joven que quiere presumir de sus auténticas raíces. En él residen también un gran número de intelectuales y artistas que gustan de su bullicio y peculiaridades.

Punto difusor del cristianismo desde sus inicios, como ya se ha

señalado, son varias las iglesias que aquí se alzaron sobre viejos edificios y casas particulares en las que se reunían los primeros devotos en sus tiempos de clandestinidad. La mayoría de estas iglesias, en su estado actual, fueron construidas en el siglo XVII, aunque en algunos casos sus cimientos son medievales. Testigos de tales tiempos son los campanarios románicos que algunas de ellas han conservado. Aquí haremos mención de las más conocidas por su significado y tradición.

La iglesia de «Santa Cecilia» se construyó sobre los restos de la casa en la que fue martirizada esta santa, patrona de la música[1], junto a su esposo Valeriano. Perteneciente a la aristocracia romana fue degollada en su propio domicilio en el 203 d.C., tras el intento fallido de escaldarla en agua hirviendo. La primitiva iglesia edificada en su honor, cuyos restos aún se ven por debajo del templo actual, debió de ser erigida en el siglo IV. Durante mucho tiempo se desconoció el paradero del cuerpo de la joven, hasta que apareció en las Catacumbas de San Calixto. En el siglo IX fue enterrada en la primera basílica que se consagró a su recuerdo, edificada por el papa Pascual I (817–824). En la actualidad la iglesia es una mezcla de estilos. La monumental entrada es obra del gran arquitecto Ferdinando Fuga (siglo XVIII), pero el campanario y el pórtico, con sus magníficos mosaicos, datan del siglo XII. Su interior está decorado también con bellos mosaicos medievales, entre los que destaca el del Juicio Final de Pietro Cavallini, y bajo el baldaquino gótico del altar, cuyo autor fue Arnolfo di Cambio (siglo XIII), se encuentra la bella escultura que representa a la santa, realizada por Steffano Maderno, a quien se le permitió contemplar el cuerpo incorrupto de la mártir cuando, ocasionalmente, se abrió su tumba en 1559. Se dice que, por esta razón, la representó en la actitud en la que entonces apareció en su ataúd.

La iglesia de «San Francisco di Ripa» se alzó sobre el hospicio de «San Biago» en el que se albergó San Francisco de Asís cuando visitó Roma en 1219. Su almohada de piedra y su crucifijo aún se conservan en la que dicen que fue su celda. La iglesia fue reconstruida por su discípulo, Rodolfo Anguillara, cuya efigie aparece en la lápida de su tumba, con el hábito franciscano. Entre 1680 y 1890 fue totalmente rehecha por el Cardenal Pallavicini. En su interior se hallan bellos monumentos escultóricos de entre los

cuales sobresale el que ocupa la capilla Altieri, la cuarta de la izquierda, el «Éxtasis de la beata Ludovica Albertoni» magnífica obra de Gian Lorenzo Bernini.

«Santa María in Trastevere», es sin duda la iglesia más importante de esta barriada y se considera el centro espiritual de la misma. Posiblemente fue el primer lugar donde se oficializó el culto cristiano en Roma, convirtiéndose pronto en el principal foco de la devoción de la Virgen María. Su fundación se atribuye al papa Calixto I (155–222), en el lugar donde más tarde él mismo sufriría el martirio de ser apaleado por sus enemigos doctrinales. Sin embargo, la iglesia actual es del siglo XII, ya que Inocencio II la hizo reconstruir por completo en el 1140. De esta época data su hermoso campanario. Las 22 columnas de su nave central proceden de edificios romanos de época anterior y a pesar de los retoques de que fue objeto en los siglos XVII y XVIII mantiene su aspecto medieval. El techo dorado es obra de Domenichino, quien lo realizó en 1617, y la remodelación del pórtico hecha en 1702, fue obra de Carlo Fontana, incluidas las cuatro estatuas de santos entre las que se encuentra la de San Calixto. Es famosa por los mosaicos que recubren su fachada y paredes, en especial los del siglo XIII de Pietro Cavallini.

En el centro de la plaza del mismo nombre se alza una fuente octogonal realizada en 1692, diseño de Carlo Fontana, que en la actualidad se ha convertido en lugar de cita y encuentro de los visitantes y turistas que recorren esta orilla del Tíber[2].

Entre los monumentos dignos de mención está la llamada «Casa de la Fornarina», donde se dice que vivió la supuesta y bella amante de Rafael, Margherita Luti, hija del panadero Francesco Luti da Siena, cuyo retrato se identifica con el de la hermosa joven que aparece en el cuadro conocido con el nombre de «Retrato de una joven» (1518–19) que se conserva en la Galería de Arte Antiguo de Roma («Palazzo Farnese») y en el de «Dama Velada» (1514–16) en la Galería Palatina («Palazzo Pitti») de Florencia.

También merece ser destacada la Villa Farnesina, sita en las proximidades de la «Porta Settimiana», erigida hacia 1490 por el papa Alejandro VI Borgia en los terrenos que ocuparon en su día los huertos y viñedos que fueron propiedad de Julio César. La mansión

renacentista se construyó a comienzos del siglo XVI como casa de recreo para el banquero sienés Agostino Chigi, quien encargó en 1511 su construcción al arquitecto Baldassare Peruzzi de Siena. En ella pudo llevar a la práctica sus novedosas ideas acerca de la integración del exterior y el interior de los edificios, construyendo una galería al aire libre como entrada principal. El banquero no escatimó gastos en su amueblamiento y decoración en la que intervinieron pintores de la talla de Rafael, el Sodoma, Sebastiano del Pombo, Bazzi, etc., con hermosas composiciones de tema mitológico e histórico. Entre sus estancias destacan la Logia de Psique y la de Galatea. En 1580 fue adquirida por el cardenal Alejandro Farnesio, nieto del papa Pablo III, de quien tomó su nombre. Adquirida por el Estado italiano en 1927 en ella se encuentran en la actualidad, la Academia dei Lincei y el Gabinete Nacional de Grabados.

Aparte de la importancia del que fue uno de los palacios de los Farnesios, se da la circunstancia de que bajo sus jardines se hallaron unos interesantes restos arqueológicos en las excavaciones realizadas en la zona en 1880, para recuperar las márgenes del Tíber. Gracias a ellas y a posteriores investigaciones se ha podido comprobar que pertenecen a una lujosa villa romana a la que se le ha dado el nombre de «Casa de la Farnesina» para no confundirla con la mansión renacentista. La domus romana contó con espaciosas estancias decoradas con vistosas pinturas y estucos, correspondientes al segundo estilo pompeyano, lo que hace pensar que fue construida hacia el 25 a.C. Hay quienes piensan que fue la vivienda de Clodio, un conocido adversario de Cicerón, hermano de Clodia a la que inmortalizó Catulo en sus poemas con el nombre de Lesbia, y también se ha supuesto que pudo ser el regalo que Augusto hizo a su hija Julia cuando se casó con su amigo y compañero Agripa. En este caso, es probable que la casa fuera abandonada a la muerte de este gran personaje, en el año 12 a.C.

La decoración que cubre sus bóvedas y paredes evidencian un gusto refinado, propio de las clases altas de la sociedad romana. Entre sus pinturas destaca la que representa a Dioniso con su tía y nodriza, Ino (Leucotea), que le acogió, a la muerte de su madre Sémele, en la corte de su esposo Atamante para que se criara con sus hijos Learco y Melicertes. Su autor, acreditado por su firma clandestina, fue un

tal Seleuco, cuyo nombre delata su origen alejandrino y oriental. Estas pinturas con los estucos que ornaban los techos de las nueve salas conservadas, se encuentran en el Museo de las Termas de Roma.

Frente a la Villa Farnesina, a lo largo de la «Via della Lungara» se alza el «Palazzo Corsini» una remodelación y ampliación de un palacio renacentista llevada a cabo en el siglo XVIII. Fue construido por el cardenal Domenico Riario a finales del siglo XV y en él se hospedaron personajes de la talla de Bramante, Miguel Ángel, Erasmo y Cristina de Suecia. Esta reina tras convertirse al catolicismo abdicó y se traslado a Roma en 1655, pasando a ocupar esta mansión en la que vivió y murió el 19 de abril de 1689. A pesar de las obras que ha sufrido el edificio, las habitaciones que ella ocupó en su día se han conservado tal y como las dejó. El palacio fue reconstruido por completo por Ferdinando Fuga en 1736, para el cardenal Neri Corsini. La familia Corsini, originaria de Florencia, hizo de Roma su nueva residencia cuando Lorenzo Corsini fue elegido papa, en 1739, tomando el nombre de Clemente XII. Siguiendo con la tradición de servir de albergue a distinguidas personalidades, este palacio acogió, llegada la ocasión, a José Bonaparte y al general Duphot. En la actualidad es sede de la «Galleria Nazionale d´Arte Antica».

A la «Via della Lungara» se accede por la «Porta Settimiana», de aspecto renacentista ya que fue mandada construir por el papa Alejandro VI en 1498 para sustituir a la que había en el mismo lugar, perteneciente al recinto aureliano.

Pocos son los vestigios arqueológicos de época romana que ha podido ser rastreados en el Trastevere, ocultos bajo las construcciones medievales y renacentistas. A través de las excavaciones se tiene noticia de los templos de la Fors Fortuna, del santuario de Hércules Cubans, el de Fons, el de Furrina, una ninfa ancestral, protectora de las fuentes y de un bosque sagrado situado al pie del Gianicolo. En época republicana era considerada como una de las Furias, pero con el tiempo se abandonó su culto y su templo fue ocupado por los sirios que lo dedicaron a sus divinidades.

Ni siquiera quedan restos de la gran Naumachia, construida por

Augusto en el año 2 a.C., en las cercanías de los Horti Caesaris, para la celebración de los combates navales que tuvieron lugar con motivo de la inauguración del templo de Mars Ultor. Para alimentar a este gran estanque se llevó hasta el Trastevere el Aqua Alsietina, un acueducto de 536 m. de longitud. El descubrimiento de un tramo del mismo hace pensar que dicha presa artificial debió de estar en las proximidades de «San Cosimato».

En las cercanías del «viale Trastevere», en el ángulo entre «via di Montefiore y «via della VII Coorte», con entrada por esta última, quedan restos de un edificio de época imperial de gran importancia para la topografía e historia de la Regio XIV: el Excubitorium (cuerpo de guardia) de la VII Cohors Vigilum. Era un edificio privado, que se remodeló como un cuartel a fines del siglo II d.C., y que fue descubierto entre 1865 y 1866. Sus restos yacen a 8 m. de profundidad respecto al nivel moderno del suelo y de entre ellos destaca una gran aula, pavimentada con mosaicos en blanco y negro. En el centro se encuentra el pilón de una fuente hexagonal, con los lados cóncavos. En la parte meridional de la misma, se abre una exedra rectangular, con ingreso en el arco encuadrado por dos pilastras corintias y por un tímpano, todo ello de ladrillo. El interior conserva todavía parte de los frescos originarios. Un grafito indica que se trataba de un Larario, dedicado al Genio del Excubitorium. Alrededor se abrían otras estancias destinadas a servir de habitaciones a los vigiles, una de las cuales era un baño. Numerosos grafitos murales hacen referencia a los sucesos cotidianos relacionados con el servicio de los bomberos, especialmente entre los años comprendidos entre 215 y 245 d.C.

Se han querido ver restos de los Coraria Septimiana, en una serie de ruinas antiguas, descubiertas en 1899, bajo la Iglesia de Santa Cecilia. Al parecer pertenecerían a un edificio destinado a la manufactura de pieles del que se sabe que estaba en la Regio XIV. Entre dichas ruinas se detectaron restos de una construcción republicana que fue objeto de diversas remodelaciones en los siglos II y IV, lo que evidencia los muchos años que estuvo en uso.

El Gianicolo (Janículo)

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Gianicolo): 2,7 MB

El Gianicolo o Monte de Jano, también llamada la octava colina de Roma, se extiende desde el Trastevere, a cuya demarcación jurisdiccional pertenece, en una zona paralela al río. Su nombre se asocia con el dios bifronte Jano que, junto con Saturno, fue uno de los dioses más antiguos del panteón romano. Sabido es que las puertas de su templo solo se cerraban cuando reinaba la paz en Roma, ya que, según la leyenda, en tiempos de guerra debían permanecer abiertas para que él pudiera acudir en socorro de los combatientes, como había hecho en los enfrentamientos que los romanos tuvieron con los sabinos después del rapto de sus mujeres.

Situada en territorio etrusco, fue anexionada a Roma por Anco Marcio quien la fortificó y unió a la ciudad por medio del Pons Sublicius, por el cual transcurría la ruta que conducía a Etruria y que más tarde sería la «Via Aurelia». No obstante, quedó fuera de las murallas servianas y no fue incluida dentro del recinto protegido de la ciudad hasta la construcción de las aurelianas en el siglo III d.C.

Un área de este altozano estuvo siempre cubierta de bosques, considerados sagrados. Entre ellos el más célebre fue el llamado Lucus Furrina, en honor de una ninfa ancestral, a la que ya hemos hecho mención, y que en época republicana se la identificaba con una de las Furias. En sus terrenos hubo desde muy antiguo una fuente y un templo dedicados a su culto, o al de las ninfas. Con el tiempo fue sustituido, por otro consagrado a las divinidades sirias. Los restos arqueológicos de este templo siríaco, hallados en 1906, han permitido su estudio y planimetría. Debió de edificarse en el siglo I d.C., y fue reconstruido en la centuria siguiente por un tal Marcus Antonius Gaionas, un sirio contemporáneo de Marco Aurelio y Cómodo. Permaneció en uso por largo tiempo ya que sus ruinas permiten deducir que aún volvió a ser restaurado en el siglo IV, después de sufrir un incendio. Por las inscripciones y restos escultóricos en él hallados se ha sabido que estuvo dedicado a Hadad (el Júpiter de Heliópolis), a Atargatis (la dea Syria de los romanos) y Simios (identificado con Mercurio).

El santuario se presenta como un edificio de planta alargada, en cuya construcción se emplearon en gran parte bloques paralelepípedos de piedra. Se compone de tres partes distintas: un espacio rectangular, en cuyo lado meridional estaba la entrada, constituía su parte principal. Al este se hallaba una especie de atrio con dos cellae laterales, mientras que al oeste se encontraba un edificio basilical con un único ingreso que daba acceso a una especie de atrio y a la nave central, rematada por un ábside semicircular, flanqueado por dos nichos menores.

Parte de esta zona boscosa se corresponde hoy con los jardines de «Villa Sciarra». En este bello escenario puso fin a su vida Cayo Graco, haciéndose matar por su esclavo Filócrates en el 121 a.C., tras ser declarado enemigo de la República por el Senado. Estos parajes formaban parte también de los Horti Caesaris, la lujosa heredad de Julio César, donde debió de residir Cleopatra en sus estancias en Roma, y que tras su asesinato pasó a ser propiedad del pueblo.

En la Edad Media la mayor parte de la colina estuvo ocupada por monasterios y conventos, siendo de destacar el de «San Pietro in Montorio»[3], construido en 1481. En él se conservan importantes obras de arte y en uno de sus patios Bramante (1444–1514) erigió el famoso «Tempietto» en el lugar mismo donde se creía erróneamente que San Pedro había sido crucificado (mons Aurelius).

Su construcción fue un encargo de los Reyes Católicos para conmemorar la toma de Granada en 1492. Se comenzó a construir en 1502, sobre la cripta ya existente en dicho lugar, y se terminó en 1510. En la actualidad en sus claustros se encuentra la sede de la Academia de España en Roma. La obra más célebre del conjunto monacal es el citado «Tempietto». Por su cuidada ejecución y pureza de líneas se ha considerado una obra maestra del clasicismo renacentista. Su forma circular evoca los martiria cristianos, es decir las capillas que se construían en el lugar donde habían sido sacrificados algunos de los santos más venerados. Por otra parte, por su planta y alzado también enlaza con los tholoi o templos circulares de tiempos pasados, algunos de los cuales fueron famosos.

El edificio se encuentra sobre una escalinata seguida de un bajo podio sobre el que se alza la perístasis que envuelve la cella compuesta por 16 columnas de orden dórico romano, de granito. Sus fustes, procedentes de un templo antiguo fueron reutilizados, añadiéndoseles una base y un capitel de mármol del denominado orden toscano. Sobre la columnata corre un friso, también dórico, dividido en triglifos y metopas, coronado por una balaustrada. La cella está cubierta por una cúpula semicircular y el muro exterior que presenta dos cuerpos, aparece decorado con nichos de remate semicircular, de concha de venera, que alternan con vanos adintelados separados por pilastras. El templo fue realizado en granito, mármol y travertino, con acabados de estuco y revoco. El diámetro interior es de cuatro metros y medio y debajo del altar mayor de la cripta se encuentra el lugar donde se suponía que estuvo clavada la cruz en la que murió San Pedro crucificado cabeza abajo, siguiendo una falsa tradición[4].

El Gianicolo conserva todavía el aspecto boscoso y tranquilo presente, sobre todo, en su Jardín Botánico, creado en 1883 cuando se donó parte del «Palazzo Corsini» a la Universidad de Roma, y el parque de la «Villa Sciarra». Está Villa se edificó en el siglo XV y más tarde, en 1575, fue remodelada por Antonio Barberini. Posteriormente, durante algún tiempo perteneció a la familia Ottoboni, pero volvió a la familia anterior con Cornelia Constanza Barberini, casada con Julio César Colonna de Sciarra de quien tomó su nombre. Con el tiempo alcanzó tales dimensiones que, a comienzos del siglo XIX, llegó a ocupar casi todo el Gianicolo, más el barrio de Monteverde. La villa actual está incluida dentro de los muros gianiculenses que fueron construidos por Urbano VIII en 1663. El palacio es hoy en día la sede del Instituto Italiano de Estudios Germánicos.

En el trascurso de los enfrentamientos entre los ejércitos de Garibaldi y las tropas francesas la Villa sufrió grandes destrozos. Terminada la guerra, el príncipe Mateo II Sciarra, por reveses económicos, perdió gran parte de los terrenos que abarcaba la finca. Conoció, entonces, sucesivos propietarios hasta que fue comprada por George Wurts y su mujer Henriette Tower quienes procedieron a su total reconstrucción. En los jardines se colocaron hermosas fuentes del siglo XVIII, procedentes en su mayoría de una villa

lombarda de los Visconti, y se plantaron cerezos, palmeras, cedros y toda clase de árboles exóticos. Hasta hubo en ellos una granja de pavos reales, por lo que pasó a denominarse la «Villa de los pavos reales blancos». Tras la muerte de Wurts, en 1928, su viuda la donó a Roma con la condición de que se convirtiera en un parque público.

Entre las fuentes que adornan sus jardines destacan la «Fuente de las Pasiones o de los Vicios», representados por cuatro esfinges. La que encarna a la ira clava sus garras en una calavera; la lujuria reposa en un tapiz de flores; la avaricia lleva una cornucopia llena de monedas; y la gula sostiene otra cornucopia esta vez repleta de frutos. La «Fuente de los Putti o de los Querubines» debe su nombre a los amorcillos que rodean la fuente. Se conoce también con el de «Fuente de la Gran Culebra», por la gran serpiente que aparece en el escudo de armas devorando a un hombre y que era el emblema heráldico de los Visconti. La «Fuente de los Faunos», del siglo XIX y es la primera que aparece pasada la entrada principal y en ella se ven a dos faunos jugando con una cabra. En una fuente más grande, sita en otra de las entradas, también aparecen unos faunos llevando un escudo a sus espaldas. En su gran exedra se abren 12 nichos en los que se encuentran otras tantas estatuas representando cada una de ellas a uno de los meses del año.

La «Fontana dell´ Acqua Paola» que se alza al inicio de la «Vía Garibaldi» es una fuente monumental conocida por sus grandes dimensiones con el nombre de «Fontanone». Fue edificada en el 1612 para conmemorar la reapertura del acueducto construido en 109 d.C. por el emperador Trajano, en el primer punto a donde llega el agua desde el lago Bracciano a la ciudad. Debe su nombre al papa Paolo V que fue quien ordenó la restauración de la antigua conducción de agua[5].

Aunque el Gianicolo tuvo una gran importancia en la Edad Antigua y en la Media, su historia está ligada, sobre todo, a los años gloriosos del «Risorgimento», ya que la «Porta de San Pancrazio», la cima de este altozano y los terrenos colindantes fueron testigos de las batallas libradas en 1849 entre los franceses, defensores del papa Pío IX, y los soldados de Garibaldi, cuya estatua ecuestre preside la colina.

En 1890 el Gianicolo se convirtió en un parque público y se ha hecho famoso no solo por sus paseos y arboledas sino porque desde su cima pueden verse las vistas más bellas de la ciudad. La famosa «Via Giuseppe Garibaldi o Passeggiata» con la que se inicia la ascensión a la colina se encuentra pasada la «Fontana Paola». Fue trazada en 1870 en los terrenos de parque de Villa Corsini y es un bello y frondoso paseo que conduce al «Piazzale de Giuseppe Garibaldi» presidido por la estatua ecuestre de este gran revolucionario, realizada por el escultor Emilio Gallori 1895. El monumento mide 22 m. de altura y su pedestal está rodeado por cuatro grupos escultóricos en bronce relacionados con la vida del héroe: la defensa de Roma, en 1849; la batalla de Calatafimi, en 1860; una alegoría de Europa; y otra de América, donde Garibaldi pasó gran parte de su vida. En su frente aparece también la célebre frase de «o Roma o Morte», lema de su inquebrantable postura.

A los pies del monumento se encuentra un célebre cañón que todos los días se dispara con tiros de fogueo, en dirección a Tíber, a las 12 en punto para marcar la hora oficial. Es la famosa cannonata que tiene su origen en la medida adoptada por el papa Pío IX en 1847 para que desde el Castillo de Sant´Angelo se realizara una salva, a mediodía, con el fin de regular el horario de toque de todas las campanas de la ciudad. En 1903 dicho cañonazo se producía en Monte Mario y en 1904 el lugar elegido fue el Gianicolo. Esta costumbre se mantuvo hasta 1939, ya que al estallar la segunda guerra mundial no estaban las cosas como para emitir salvas en falso. Sin embargo, el 21 de abril de 1959, con ocasión del 2712 aniversario de la fundación de Roma, a petición popular, se reanudó la vieja tradición con el contento de todos los romanos. Su discreto estruendo pasa desapercibido para la mayoría de los habitantes y turistas de la ciudad, sumergidos en el fragor de sus ruidos. En cambio, se escucha con claridad los domingos y días festivos y sobre todo en el ferragosto, cuando el calor vacía las calles de paseantes y ociosos.

El paseo está flanqueado por una serie de estelas con los bustos de los principales garibaldinos y, al inicio de la bajada por el otro lado del altozano, se encuentra la estatua ecuestre de Ana María de Jesús Riberio, más conocida como Anita Garibaldi, la valiente y aguerrida compañera brasileña de tan singular patriota. Con ella llegó a

casarse y con ella tuvo sus cuatro hijos conocidos. El monumento, erigido en 1932, es obra de Mario Rutelli. Bajo él está enterrada la que por su arrojo y entrega mereció ser calificada como «heroína de los dos mundos».

Un poco antes de llegar al anterior monumento se encuentra «Villa Lante», una bella mansión del siglo XVI desde donde se puede disfrutar de las vistas más hermosas de la ciudad. Fue mandada construir por el cardenal Baldasarre Turni da Pescia y el autor del proyecto fue probablemente Giulio Romano, el discípulo predilecto de Rafael. En ella se aprecia la influencia de Villa Madama[6], aunque sus dimensiones son mucho menores. En este mismo lugar se alzó en su día la villa del poeta Marcial.

Mención especial merece el Faro de Manfredi, construido y donado a Roma en 1911 por los italianos residentes en la Argentina. Poco es que lo que queda del llamado Roble de Tasso, el árbol bajo el cual solía sentarse a escribir este gran poeta, autor de la Jerusalén Libertada, cuya muerte tuvo lugar en el convento de la cercana iglesia de «San Onofrio», construida en 1419 y restaurada en el siglo XIX.

El Vaticano

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Vaticano): 7 MB

El Vaticano era una llanura suburbana conocida con el nombre de ager Vaticanus. Por encontrarse fuera de las murallas, las vías que la atravesaban se encontraban flanqueadas por toda una serie de tumbas, según era costumbre en el mundo romano, por lo cual, desde tiempos muy antiguos, fue un lugar destinado a los enterramientos. De entre ellos hay que destacar la llamada necrópolis vaticana que se encuentra bajo la actual Basílica de San Pedro, como luego veremos, y otras tan singulares como la tumba en forma de pirámide, la Meta Romuli, así llamada por creerse que era el sepulcro de Rómulo, de forma semejante a la de Cayo Cestio. Se mantuvo en pie hasta 1499, fecha en la que fue mandada

derribar por el papa Alejandro VI Borgia para edificar sobre ella la iglesia de «Santa Maria in Traspontina». Sin embargo, se pueden ver representaciones de la misma en las puertas de bronce de la entrada a San Pedro, y en un tríptico de Giotto que se halla en la pinacoteca vaticana. En 1948 fueron descubiertos parte de sus cimientos al construirse la «Casa del Pellegrino». Asimismo, otro sepulcro monumental fue el Terebinthus Neronis que, compuesto por dos elementos cilíndricos superpuestos, se conservó hasta el siglo XIV. En cuanto a las villas de particulares que se alzaron en esta zona de extramuros, ya en época republican, hay que señalar el hecho de que, desde el siglo I d.C., pasaron a ser propiedad imperial.

A pesar de su primitivo destino como zona de enterramientos primero y de villas residenciales después, los edificios más importantes que se construyeron en dicha llanura fueron: el Circo de Calígula y Nerón, la Naumaquia de Trajano y el Mausoleo de Adriano.

El Circo de Calígula y Nerón

Este circo ocupó en su día el terreno sito en el lateral izquierdo de la actual Basílica de San Pedro. Fue, al parecer, un edificio de carácter privado integrado en la villa de Agripina que se hallaba en esta zona. Su lado septentrional se corresponde con la nave izquierda del templo y estaba limitado por una fila de tumbas pertenecientes a la citada necrópolis vaticana En su espina se erigió el obelisco egipcio de mayores dimensiones de todos los traídos desde Egipto. Mide 25 m. de altura y fue trasladado desde el valle del Nilo hasta Roma en la nave más grande hasta entonces conocida, como nos relata Plinio[7]. En la actualidad se encuentra en la plaza de San Pedro del Vaticano a donde fue erigido en 1586, bajo el pontificado de Sixto V, por Domenico Fontana[8].

Al parecer fue en este circo donde fueron sacrificados numerosos cristianos y donde se supone que fue crucificado San Pedro, cabeza abajo, según nos ha transmitido la tradición, aunque en la cripta de «San Pietro in Montorio», como ya vimos, se señale erróneamente el punto donde estuvo clavada la cruz de su martirio. Las excavaciones realizadas bajo la basílica de San Pedro han sacado a la luz la ya

mencionada necrópolis vaticana, compuesta por una doble fila de tumbas de ladrillo construidas entre los siglos II a IV d.C., orientadas de este a oeste, y pertenecientes, la mayoría de ellas, a ricos libertos que gustaron de enterrarse en sepulturas decoradas con estucos y mosaicos policromos. En algunos de ellos los motivos ornamentales ya son alusivos a temas cristianos, lo que acredita su pertenencia a la nueva religión. En el sector más occidental de esta necrópolis existe un espacio, rodeado de varios sepulcros, que se ha considerado como el lugar donde fue enterrado el apóstol en el año 64. Esta creencia es posible que motivase la construcción de las citadas tumbas en torno al sepulcro del apóstol.

A finales del siglo I ya se erigió sobre este lugar un primer oratorio por deseo del papa Anacleto, y posteriormente, en la basílica construida en el 324 por orden de Constantino se procuró asimismo que el presbiterio coincidiese con dicho punto subterráneo, disposición que se ha mantenido hasta la actualidad, respetando la piadosa tradición surgida en los primeros siglos del cristianismo. Su señalización actual es el monumental baldaquino de Bernini en el interior de la gran Basílica Vaticana. Sin embargo, las excavaciones realizadas en la necrópolis y en la zona próxima a la pretendida tumba, no han podido demostrar el hecho de que algunos de los huesos encontrados fueran los de San Pedro.

De la basílica constantiniana no quedan más testimonios que algunos dibujos hechos antes de su derribo. Aunque no son muy fiables, gracias a ellos se puede tener una cierta idea de su estructura. Construida después de la Lateranense[9] (omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput) a la que superó en dimensiones, ya que medía 85×64 m., constaba de cinco naves separadas por veintidós columnas, sobre las que corría un arquitrabe continuo, y estaba precedida de un gran atrio columnado. El ábside se abría al oeste y el estrecho transepto estaba claramente separado de la basílica. El altar se alzó en medio de la nave transversal, en el punto bajo el cual se suponía que se encontraba la citada tumba de San Pedro.

Para su construcción hubo que terraplenar la pendiente ocupada por la ya mencionada necrópolis. Sus tumbas fueron cercenadas en su parte superior, colmatándose los desniveles con los materiales de

sus derribos. Gran parte de las mismas han salido a la luz en el transcurso de las excavaciones realizadas en busca de la que se supone que ocupó el apóstol.

El Mausoleo de Adriano (Hadrianeum)

La mole inmensa de este singular mausoleo-fortaleza (Mole Adrianorum) se conoce en la actualidad con el nombre de «Castel Sant´Angelo» por la estatua del arcángel Miguel que lo corona. Según una leyenda popular, divulgada en la Edad Media, fue este mismo arcángel quien un día del año 590 decidió instalarse en tan conspicuo lugar, envainando su espada, gesto con el que anunció que ponía fin a la epidemia que asolaba a la ciudad. Para conmemorar dicha aparición, de la que dio fe el papa Gregorio I (San Gregorio Magno), se colocó en la cima del edificio, en 1544, una estatua representando al providente salvador. Fue realizada en mármol por el escultor Raffaello de Montelupo por orden del papa Paulo III[10] y, en el siglo XVII fue sustituida por otra de bronce, obra del escultor flamenco Pieter Verschaffelt quien, al parecer, utilizó como modelo un diseño de Bernini. A lo largo de su dilatada historia ha sido mausoleo imperial, parte de la muralla aureliana, prisión medieval y residencia papal en tiempos de inestabilidad política. En 1870 se convirtió de nuevo en prisión militar e incluso sirvió de escenario del último acto de la famosa ópera Tosca de Giacomo Puccini.

Su construcción fue una decisión del emperador Adriano quien en el año 135, al constatar que en el Mausoleo de Augusto se había agotado el espacio necesario para nuevos enterramientos, ordenó erigir un nuevo mausoleo imperial, destinado a convertirse en el sepulcro dinástico de los Antoninos. La zona escogida fue la del ager Vaticanus, y dentro del mismo los terrenos de los Horti Domitiae, sitos en la margen derecha del Tíber, frente al Campo de Marte. Para conectar ambas zonas se construyó, en el 133, el Pons Aelius (así denominado por el nomen del emperador), formado por tres grandes arcos centrales y dos rampas inclinadas, sostenidas por tres pequeños arcos, la de la orilla derecha y, por dos, la de la izquierda. Su función última era la de comunicar el ustrinum imperial o crematorio, sito en el Campo de Marte, con el nuevo

mausoleo.

Dicho puente, uno de los más bellos de Roma, hoy es conocido con el nombre de «Ponte Sant´Angelo», y tras numerosas reconstrucciones, aún conserva del primitivo las tres arcadas centrales. Las estatuas de los apóstoles San Pedro y San Pablo, que aún aparecen en él, fueron encargadas por el papa Clemente VII en el siglo XVI. A ellas se añadieron, más tarde, las de los cuatro evangelistas y las de los patriarcas, Adán, Noé, Abrahám y Moisés, todas ellas hoy desaparecidas. En 1669 Clemente IX decidió sustituir los antiguos ángeles de estuco, obra de Raffaello de Montelupo, por otros nuevos cuyo proyecto encargó a Gian Lorenzo Bernini. Este gran artista diseñó las figuras de 10 ángeles sosteniendo cada uno de ellos los símbolos de la pasión de Jesucristo. Tan solo dos de la serie fueron esculpidos por él y, dada su calidad artística, el propio pontífice se quedó con ellos. Son los que hoy se encuentran en la iglesia de «Sant´Andrea delle Frate», próxima a la «Piazza di Spagna» y cuya cúpula construyó Borromini en 1691. La colección completa fue realizada por sus discípulos entre los años 1660 y 1667.

El Mausoleo fue terminado en el año 139 por Antonino Pío y en él se depositaron las cenizas de Adriano, fallecido en Baiae en el 138, y las de su esposa Sabina. Aquí encontraron también su postrer morada, Antonino Pío, su esposa Faustina, Lucio Vero, Marco Aurelio, Cómodo, Septimio Severo, Julia Domna[11], Geta y Caracalla.

El edificio que se tiene por obra del arquitecto Demetrianus, estaba formado por un gigantesco basamento paralelepípedo, con base cuadrada cuyas medidas eran 89 m. de lado y 15 m. de alto, recubierto de mármol de Carrara. Fue construido en opus latericium, con salas abovedadas dispuestas en forma radial. En el interior de este recinto cuadrangular se levanta el tambor cilíndrico (con un diámetro de 64 m. y una altura de 21 m.) en el que se apoyan los muros radiados. Este tambor, con núcleo macizo de peperino (toba litoidea gris) y opus caementicium, estaba coronado por un túmulo de tierra plantada de cipreses, en torno al cual había estatuas decorativas de mármol. En el centro, sobreelevado con respecto al mismo, surgía un podio con columnas que sostenía una cuadriga de bronce con la estatua de Adriano. La parte exterior del

recinto estaba revestida con mármol de los Alpes, con placas que indicaban los títulos (cargos y honores) de los personajes que habían recibido sepultura en el mismo. En los ángulos se hallaban pilastras ornamentales, y en la parte superior, un friso de festones con bucranios completaba la decoración. Todo el monumento estaba cercado por un muro con verja de bronce, ornada con estatuas de pavos reales, símbolos de carácter funerario. Por su aspecto recordaba al Mausoleo de Augusto y a los antiguos túmulos etruscos, al tiempo que emulaba a las colosales tumbas de los príncipes helenísticos cuyos modelos estuvieron siempre presentes en la mente de los emperadores romanos.

La antigua entrada del recinto (que contaba con tres accesos), quedaba en el lado del basamento que da al río. Desde allí, y tras recorrer un pasillo (dromos), se entraba en un atrio cuadrado con nicho semicircular en la pared del fondo, revestido con planchas de mármol amarillo de Numidia. A la derecha del atrio empieza la rampa helicoidal que tras superar un desnivel de 10 m., conducía a la cámara funeraria. De ella solo se conserva un tramo de 122 m, ya que el resto fue sustituido en época medieval por una escalera. La bóveda de este pasillo, con cuatro pozos de luz verticales, es de mampostería rústica; las paredes estaban revestidas de mármol hasta una altura de 3 m. y el piso conserva aún fragmentos del mosaico original que le sirvió de pavimento. La cámara funeraria se halla en el centro del macizo tambor, es cuadrada (8 m. de lado) con tres nichos rectangulares; y la luz penetra a través de dos ventanas oblicuas abiertas en la bóveda. En esta sala era donde se depositaban las urnas cinerarias de los emperadores. En la actualidad es la denominada «Sala del Tesoro».

Alrededor del mausoleo había un muro con una puerta de bronce, decorado con pavos reales de los cuales dos se conservan en el Museo Vaticano. En la Edad Media se hicieron varias obras de refuerzo y se aumentó su altura, con obra de ladrillo, con fines defensivos. De los cinco baluartes circulares, construidos en este período, dos de ellos fueron demolidos cuando se construyó la «Piazza Pia» y la de «Lungo Tevere». En el actual «Patio de Honor» se almacenan numerosas bolas pétreas de cañón con las que se recuerda el carácter defensivo de esta singular fortaleza.

Las vicisitudes de este impresionante edificio han sido muchas y variadas y muchas las remodelaciones que en él se llevaron a cabo en virtud de las necesidades que cubrió en los períodos de ataque a la ciudad. Por otra parte, el haber servido de residencia papal en varias ocasiones, dio como resultado que su interior fuera aparejado de acuerdo con el gusto de sus ocupantes.

En el 403 d.C., el emperador Honorio lo convirtió en un bastión avanzado de las Murallas Aurelianas. En el ataque de los visigodos, al mando de Alarico en el 410 y en el posterior de Genserico en el 455, sirvió de baluarte defensivo ya que desde sus murallas los romanos arrojaron cuanto encontraron a mano, incluidas estatuas de gran valor artístico En el siglo V, Teodorico, el dirigente bárbaro de la ciudad, fue el primero en utilizarlo como cárcel. En 537 fue asediado por los Ostrogodos de Vitiges y en el siglo X fue transformado en castillo. Durante la Edad Media fue escenario de los conflictos surgidos entre el papado y algunas familias nobles. Desde la segunda mitad de siglo X pasó a ser propiedad de los Crescenzi y de otras poderosos clanes como la de los Pierleoni o los Corsini, terminando en el siguiente siglo a ser propiedad del papado.

En 1395 el papa Bonifacio IX remodeló el castillo y encargó al arquitecto Niccolo Lamberti reforzar las defensas con un foso protector, dejando reducidos sus accesos a una sola puerta. Nicolás V mandó edificar tres poderosas torres angulares, a las que Alejandro VI añadió una cuarta.; Antonio Sangallo el viejo construyó un muro más allá del foso y al papa Julio II se debe la galería de la fachada anterior. En tiempos de Paulo III, Antonio Sangallo el joven y Raffael de Montelupo dispusieron para él, entre 1544 y 1547, un nuevo y fastuoso apartamento, la llamada «Sala Paolina», decorada por Perín de Vaga y Pellegrino Tibaldi. Urbano VIII (1568–1644) instaló, incluso, una fundición de cañones.

En su interior destacan las ya mencionadas Sala del Tesoro (construida por Sixto V) y la Sala Paolina; el Salón de Apolo, decorado con escenas mitológicas atribuida a los discípulos de de Perín del Vaga; el Salón Circular que alberga el modelo original en mármol de la escultura del ángel a partir del cual Verschaffelt realizó la suya: la Sala de las Columnas; la Sala de la Biblioteca; la

Galería de Paolo III, las estancias de Clemente VII, con escudo del papa Aldobrandini (1592–1605), la Sala de Justicia, decorada con el Ángel de la Justicia, obra de Domenico Zaga (1545), etc.

Pasó a ser propiedad del Estado italiano en 1870, siendo el ejército el que se hizo cargo de su administración y custodia. Su restauración se inició a comienzos de siglo, y en 1934 se liberó de las construcciones circundantes, procediéndose a la mejora de su entorno. En la actualidad es la sede del Museo del Castillo que cuenta con 58 salas a través de las cuales pude seguirse toda la historia de tan grandioso edificio.

El «Passeto» Vaticano

El «Passeto» o Corredor Vaticano es el largo pasillo de una fortificación medieval que debidamente aparejada en 1277, por orden de Nicolás III, unía el Vaticano con el «Castel Sant´Angelo». Desde su parte superior se podía controlar la zona del Borgo, y sus galerías inferiores servían además de vía de escape, en caso de peligro. Tiene una longitud de 800 m. y una altura de 10 m. En 1494 cuando el rey francés Carlos VIII invadió Roma, el papa Alejandro VI Borgia lo utilizó para huir y lo mismo hizo Clemente VII en 1527, refugiándose en el castillo cuando las tropas imperiales de Carlos I procedieron al saqueo de la ciudad. También Pío VII se instaló en la fortaleza ante el ataque de las tropas napoleónicas que, pese a todo, llegaron a tomarla.

El Borgo, cuyo nombre deriva de la palabra alemana burg (ciudad) es la barriada en la que se alojaban en hostales y hospicios los primeros peregrinos que iban llegando a la ciudad. La pionera de estas colonias de extranjeros, llamadas escuelas, fue la fundada en el año 275 por un sajón, el rey Ine de Wessex quien optó por una vida de retiro y oración, siendo enterrado en un lugar próximo a la tumba del apóstol. A partir de entonces fue adquiriendo una entidad propia, siempre relacionada con la veneración a quien fue el sucesor de Cristo en la tierra. Se extiende a ambos lados de la «Via della Conziliazone» y a pesar de las transformaciones urbanas que ha experimentado toda la zona, sigue siendo un lugar donde abundan las hospederías y residencias destinadas a albergar a los

peregrinos y turistas del mundo entero. Sus calles están llenas de tiendas en las que se venden toda clase de recuerdos piadosos.

La Naumachia Vaticana

En la zona Norte del Mausoleo de Adriano, entre la «Via Alberico II» y la «Via Cola di Rienzo», han aparecido en varias ocasiones restos de un grandioso edificio, construido en opera mixta de opus reticulatum y opus latericium, de unos 102×300 m., cuyo aspecto es el de un circo, con un lado corto curvo y dos largos paralelos. Tales vestigios parecen corresponder más que con el Gaianum, el hipódromo privado de Calígula del que hablan las fuentes, posiblemente situado más al Oeste, con los de la Naumachia Vaticana, construida por Trajano en sustitución de la de Augusto, sita en el Trastévere.

El Phrygianum

Era el edificio más importante de la ciudad de cuantos había en ella consagrados al culto de los dioses frigios: Cibeles y Attís, en honor de los cuales se celebraban las fiestas de primavera conocidas con el nombre de Attideia. Con ellas se conmemoraba la muerte y resurrección del joven dios, amante de la diosa, según ritos frecuentes en las religiones orientales. Al final de las mismas tenían lugar las ceremonias sangrientas del taurobolium y el criobolium, con el fin de que los iniciados recibieran en la fossa sanguinis del Phryigianum el bautismo purificador de la sangre del toro o el carnero que, sobre el suelo agujereado que cubría dicha fosa, era sacrificado por uno de sus sacerdotes, eunucos conocidos con el nombre de galli. El culto a la «Magna Mater» gozó de un gran predicamento en Roma, aunque las prácticas cruentas que en ella se practicaban (flagelaciones, eviraciones de sus fieles y sacrificios sangrientos) no fueron nunca aceptadas por los romanos. Con el tiempo mitigaron su rigor, pero a pesar de todo para silenciar su importancia y significado se procuró que un templo cristiano, de la importancia de la Basílica de San Pedro, se superpusiera sobre el viejo recinto pagano. Las excavaciones han sacado a la luz los restos

de dicho Phrygianum bajo los cimientos de San Pedro.

La Ciudad del Vaticano

El Estado-Ciudad del Vaticano se creó a raíz del Tratado de Letrán, firmado el 11 de febrero de 1929 entre la Santa Sede y el Estado italiano, poniéndose fin al espinoso enfrentamiento que entre ambos poderes se mantenía tras la toma de Roma en 1870. En dicho tratado se reconocía al papa como jefe de la Iglesia Católica y se le conferían las prerrogativas propias de un soberano, garantizándosele su total independencia desde el punto de vista político e internacional. Este acuerdo está señalado por el trazado de la «Via della Conciliazione» que va desde el «Castel Sant´Angelo» a la Plaza de San Pedro.

La gran Basílica de San Pedro atrae a peregrinos del mundo entero, y los llamados museos Vaticanos, con sus ricas colecciones de obras de arte que se extienden desde la época clásica a nuestros días, son un poderoso foco de atención para miles de estudiosos y turistas. La célebre Capilla Sixtina y las llamadas estancias de Rafael son asimismo reclamos de interés universal. Los libros dedicados a su descripción y estudio se cuentan por miles, ya que por la temática que en ellos se contiene presentan aspectos casi inabarcables. Por esta razón, en nuestro caso nos limitaremos a trazar una descripción muy somera de sus principales monumentos.

En 1506, bajo el pontificado de Julio II se iniciaron las obras del nuevo templo, obras que iban a durar más de un siglo y cuyo resultado final es el maravilloso conjunto de la basílica, la plaza, los museos y edificios anejos que sigue siendo uno de los espectáculos más bellos del mundo occidental.

La Plaza que precede a la Basílica fue obra de Gian Lorenzo Bernini quien la realizó por encargo del papa Alejandro VII (1665–1667). Es de planta elíptica y está rodeada en sus lados por una cuádruple columnata (284 columnas y 88 pilares, de 20 m. de altura) coronada por una balaustrada sobre la que aparecen 140 estatuas de santos (3,75 m. de altura). Mide 340 m. de largo y 240 m. de ancho. En su centro se alza el obelisco que procedente de la espina

del circo de Calígula y Nerón, hizo trasladar a este lugar Sixto V en 1586[12]. Desde entonces se yergue en el centro de la plaza entre dos fuentes gemelas, aunque de épocas diferentes[13]. Una es obra de Maderno y la otra es una copia realizada por Bernini.

El emperador Constantino construyó la primera basílica que fue consagrada por el papa Silvestre I el 19 de noviembre de 326, y exactamente 1.300 años más tarde, en el mismo día se inauguraba la nueva, la más esplendorosa muestra de la arquitectura renacentista y barroca del arte italiano. Julio II encargó las obras del nuevo templo a Donato Bramante (1443–1514) en 1506. A la muerte de ambos, León X confió la dirección de los trabajos emprendidos a Rafael con el que colaboraron Fra Giocondo y Giuliano de Sangallo. Rafael cambió la primitiva planta de cruz griega por la de cruz latina, aunque fue de nuevo corregida por Peruzzi, el arquitecto que le sucedió tras su muere acaecida en 1520.

Tras unos años de interrupción, se reanudó la construcción de la basílica bajo la dirección de Antonio Sangallo, el joven que retomó el proyecto de la cruz latina. En 1546 Miguel Ángel se hizo cargo de obras, siguiendo los planos de Bramante. Se mantuvo al frente de las mismas hasta su muerte que tuvo lugar en 1564. Fueron sus continuadores Vignola y Pirro Ligorio y, más tarde, Giacomo della Porta, ayudado por Domenico Fontana. El papa Paulo V expresó su deseo de que la planta fuera de cruz latina por lo que de nuevo se produjo un cambio de su trazado del que se encargó Maderno quien, además, realizó la fachada y el pórtico (1614).

Cubre una superficie de 15.160 m^2, mide 194 m. de largo (contando con los muros) y 212 m. con el pórtico. La nave central mide 46 m. de alto y 25 m. de ancho; el transepto alcanza los 138 m. de largo y la cúpula de Miguel Ángel, terminada después de su muerte, con 42 m. de diámetro, alcanza los 132,5 m. de altura. La fachada de 119 m. de anchura es de travertino blanco y ocre. Hay cinco entradas en el pórtico y otras tantas puertas en la iglesia. En el pórtico se encuentran dos estatuas ecuestres: en el extremo derecho la de Constantino del Bernini, y el izquierdo la de Carlomagno (1725). La Puerta Santa que solo se abre en los Años Santos, es la que se encuentra más a la derecha.

En su interior, de aspecto eminentemente barroco, se encuentran obras de valor incalculable, entre las que destacan el baldaquino de Bernini hecho del bronce extraído del pórtico del Pantheon, la estatua de San Pedro, realizada por Arnolfo di Cambio a finales del siglo XIII y la bellísima «Pietà» de Miguel Ángel. Los papas enterrados son 148 y algunas de las tumbas son las de los pontífices más famosos de la historia de la Iglesia, hechas por los más destacados artistas de cada momento.

Gran parte de los palacios construidos para los papas que residieron en el Vaticano están ocupados actualmente por los museos Vaticanos, que con la Capilla Sixtina y las Salas de Rafael incluyen el Museo Pio–Clementino, la Pinacoteca y los museos Gregoriano–Profano, Egipcio y Etrusco. La entrada se halla en la parte posterior de la Ciudad del Vaticano y, a la derecha de San Pedro, se halla el palacio apostólico con el «Portone di Bronzo» del Bernini, los aposentos papales y las oficinas del secretariado de Estado. En ellos destacan las dos monumentales escaleras helicoidales, la primera diseñada por Bramante y la segunda Giuseppe Momo, un famoso arquitecto e ingeniero italiano que trabajo en el Vaticano, bajo las órdenes de Pio XI en la década de 1930.

1 Hay quienes dicen que inventó el órgano; otros que cantó himnos sagrados durante tres días seguidos confinada en el calidarium de su casa donde los romanos intentaron que muriera.

2 Cf. Capítulo XXIII, Las Fuentes de Roma: Fuente de la «Piazza di Santa Maria in Ttrastevere».

3 Montorio significa Mons Aureus y se denomina con este nombre a una pequeña colina por su aspecto dorado.

4 San Pedro fue crucificado en las proximidades del Circo de Calígula y Nerón, en el Vaticano.

5 Cf., Capítulo XXIII, Las Fuentes de Roma: «Fontana dell´Acqua Paola».

6 La Villa Madama fue mandada construir en 1518 por el papa León

X, continuándose las obras bajo Julio de Medici quien llegaría a ser Clemente VII. Su arquitecto principal fue Rafael Sanzio, aunque el proyecto estuvo supervisado por Antonio di Sangallo, el joven quien a la muerte del gran maestro, en 1520, se hizo cargo de las obras junto con Giulio Romano. Debe su nombre al hecho de haber servido de residencia en 1536 a Margarita de Parma, la hija natural del emperador Carlos I y de Johanna María van der Gheynst, casada en segundas nupcias con Octavio Farnesio y madre de Alejandro Farnesio Se alzó en el Monte Mario y se convirtió en un modelo de referencia para la arquitectura palacial del Cinquecento. El Monte Mario se alza al noroeste de la ciudad y es la colina más alta de la misma, con 139 m. de altitud. Recibió este nombre desde el siglo XV, época en la que Mario Mellini, un acaudalado cardenal, tuvo aquí una hermosa villa y varias propiedades. En la actualidad se encuentra en él el Observatorio Astronómico y su correspondiente Museo.

7 El barco especial que se construyó en Egipto para su traslado, fue hundido después por Claudio delante de su puerto de Fiumicino para que sirviera de cimentación al muelle.

8 Cf. Capítulo XXII. Los obeliscos de Roma: el obelisco Vaticano.

9 El Liber Pontificalis cita diez basílicas constantinianas en Roma, aunque recientes investigaciones han demostrado que algunas de ellas fueron realizadas por sus sucesores. Entre ellas son de destacar la basílica del Laterano y el Baptisterio; la iglesia de San Pedro y Marcelino cuyo cabecero fue el llamado mausoleo de Santa Helena («Tor Pignattara»); la basílica de San Pedro del Vaticano; y la basílica Heleniana o Sessoriana (hoy iglesia de «Santa Croce in Gerusalemme»), así llamada por ser una parte del Palatium Sessorianum, sito en las proximidades del Laterano. Era propiedad de Constantino y en él vivió su madre la emperatriz Helena, que fue quien habilitó algunas de sus salas para custodiar parte de los restos de la Santa Cruz que había traído de Jerusalén y la tierra tomada del monte Calvario.

10 Posteriormente esta escultura se colocó en el patio occidental del Castillo.

11 Es posible que los restos mortales de Iulia Domna (Emesa, 170–

Antioqua, 217) hubieran estado primero, en el 218, en el Mausoleo de Augusto.

12 Cf. Capítulo XXII. Los Obeliscos de Roma: el Obelisco Vaticano.

13 Cf. Capitulo XXIII. Las Fuentes de Roma: Las Fuentes de la Plaza de San Pedro.

XXI. LA «VIA APPIA ANTICA».

CATACUMBAS E IGLESIAS EXTRAMUROS

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Vía Appia): 5,1 MB

Al hablar de la «Via Appia Antica» es obligado recordar que es la magistra o regina viarum como se la viene llamando desde siempre, no solo por ser la mejor conservada de todas las vías que surcaron el Imperio, sino también por su historia y significado. Flanqueada por cipreses y pinos se ha procurado, a través del tiempo, mantener el aspecto que debió de tener en épocas pasadas, aunque hayan desaparecido o se encuentren en ruinas la mayoría de las tumbas que se alinearon en sus bordes y en las cuales los viandantes podían leer los nombres de los difuntos que en ellas habían sido enterrados. Se dice, y con razón, que nadie muere del todo mientras haya alguien que invoque su nombre. Y es bien cierto que, fieles a esta creencia, tanto griegos como romanos ofertaron a sus muertos la posibilidad del recuerdo por propios y ajenos. A la vera de los caminos permanecía viva la presencia de los seres queridos para todo aquel que quisiera recordarlos.

Su enlosado aún conserva los adoquines originales de lo que fue su summum dorsum, es decir su revestimiento superior, realizado con materiales procedentes de los acantilados de lava basáltica de las colinas de Albano, de suerte que este pavimento junto con los árboles enhiestos y los vestigios de las tumbas que todavía son apreciables en sus márgenes la confieren rasgos de una evocadora antigüedad.

Según la ley de la Doce Tablas la inhumación o la cremación de los cadáveres debía realizarse fuera de los muros de la ciudad: Hominem mortuum in urbe ne sepelito neve urito por lo que, como ya se ha dicho, las tumbas se alineaban unas tras otras en las vías de salida de las ciudades. En el caso de Roma aún son testigos de esta costumbre los restos de lo que fueron relevantes tumbas y mausoleos ubicados principalmente a lo largo de la «Via Appia» y de la «Via Latina». Había tumbas de todo tipo: mausoleos,

templetes, edificios turriformes, columbarios, simples lápidas, etc., dependiendo del nivel económico de sus ocupantes. Aún son muchos los restos que quedan de tales monumentos, aunque aquí obviemos su detallada enumeración. Tal vez los de más mítica y noble prosapia se correspondan con los túmulos atribuidos a los Horacios y a los Curiacios, familias entre las cuales se dirimió la supremacía de Roma sobre Alba Longa.

Por ella discurrirían las procesiones o pompas fúnebres en las que participarían los familiares, amigos y clientela del difunto, acompañando al cadáver que colocado sobre un féretro alto y abierto, era conducido hacia su lugar de cremación o de inhumación. La procesión iba encabezada por los familiares más próximos que portaban los retratos de sus antepasados, las célebre imagenes maiorum, que acreditaban la prosapia de la gens a la que pertenecía el muerto y los principales miembros de su cortejo.

Tan famosa vía fue trazada en el año 312 a.C., por orden del censor Appius Claudius Caecus, quien mandó construir, como se recordará, el primer acueducto de la ciudad. Arrancaba del Circo Máximo, cerca de la actual «Piazza de Porta Capena», pasaba por delante de las Termas de Caracalla, cruzaba la «Via Latina» y atravesaba la «Porta di San Sebastiano». Su primer tramo se extendía de Roma a Capua; más tarde se prolongó hasta Benevento; y finalmente en el 191 a.C., llegó hasta Brindisi. Era, por lo tanto, el camino que conducía a la Italia meridional, donde los patricios romanos tenían sus fincas de recreo, y la vía de entrada y salida de las legiones hacia el Oriente. Por esta razón en ella hubo también edificios de carácter oficial, como en el que se reunía el Senado con los generales que venían de las provincias orientales antes de entrar en la ciudad; el Mutatorium Caesaris, donde los emperadores se cambiaban de ropa antes de hacer su entrada triunfal; el templo del dios Redigulus, protector de los regresos felices, etc. Posteriormente, a partir de la aparición del cristianismo se convirtió en la obligada senda de peregrinación para llegar a las catacumbas que entre los siglos I al IV se abrieron en terrenos próximos a ella. Estos lugares donde se practicaron los enterramientos de los mártires de la nueva religión sirvieron también como puntos de reunión y de visita hasta adquirir, poco a poco, la condición de sacrosantos.

En nuestro caso, nos limitaremos a señalar los monumentos más representativos que la flanquean y forman parte de su dilatada historia.

La tumba de los Escipiones

Este sepulcro familiar que contiene los restos de seis generaciones de los Cornelii Scipiones se encuentra, pasadas las Termas de Caracalla, en el lado izquierdo de la «Via Appia» antes de llegar a la «Porta di San Sebastiano». Fue construido por Cornelio Barbado a comienzos del siglo III a.C y remodelado en el II a.C. por Escipión el Emiliano. Fue descubierto en 1614 y explorado en 1780 por los propietarios del terreno, quienes, al hacer un sótano, destruyeron parte de la tumba. De nuevo fue excavado y restaurado entre 1926–27.

En este panteón se enterraron los principales miembros de esta gens aristocrática que alcanzó un gran protagonismo en los últimos años de la República. Debido a su categoría social, para la inhumación de sus difuntos se eligieron lujosos sarcófagos en tiempos en los que la práctica usual en Roma era la de la cremación. Los Escipiones dejaron de enterrar a sus parientes a principios del siglo I a.C., aunque su linaje no se extinguió hasta el siglo I d.C. Parece ser que la otra rama, la de los Cornelii Lentuli fue la que se hizo cargo del monumento y algunos de sus miembros que optaron por la cremación, hicieron que se depositaran en él sus cenizas, en sus correspondientes urnas cinerarias. Tanto los sarcófagos como las urnas halladas en el interior de esta tumba se encuentran en el Museo Chiaramonti del Vaticano, por lo que las piezas que están a la vista son solo réplicas.

Su estructura se inspiró en modelos helenísticos, ya que los ricos mausoleos orientales impactaron a las clases altas de la sociedad romana. Debió de tener una importante fachada, en la actualidad desaparecida, que se asemejaría a una de las alas de un teatro. Decorada con pinturas, estaba adornada con pilares adosados con basa áticas, y nichos para albergar las estatuas de los miembros más destacados de la saga: Escipión el Africano, Escipión el Asiático, y Ennio. Se compone de dos hipogeos. El más grande es de planta

rectangular y tiene cuatro pilares centrales. En la parte del fondo se encuentran los enterramientos más antiguos, los de L. Cornelio Escipión Barbado (208 a.C.) y su hijo L. Cornelio Escipión. A la derecha se encuentra la tumba de su hijo Lucio, cónsul en el 259 a.C y las de otros miembros de la familia, excepto Escipión el Africano que fue enterrado en la mansión que poseía en la actual Villa de Literno (Campania). El segundo hipogeo es un corredor lateral construido con posterioridad y que contiene tumbas de los siglos II–I a.C. Sobre este edificio funerario se levantó más tarde, ya en el siglo III d.C., una domus, lo que demuestra su total abandono en dicha fecha.

El Columbario de Pomponius Hylas

Se encuentra en los jardines públicos, detrás de la Tumba de los Escipiones y perteneció a un tal Pomponio Hylas según figura en la inscripción que aparece en un mosaico encontrado en ella: Cn. Pomponius Hylas y su esposa Pomponia Cn. l. Vitale. Fue descubierto en 1831 y se ha fechado en torno al año 20 d.C. Es una estructura de opus caementicium recubierta de ladrillos sin cocer frecuente en los comienzos de la época imperial. Excavado parcialmente en la roca se compone de toda una serie de nichos, situados sobre un podio y enmarcados por pequeñas columnas que soportan un tímpano. Aquí fueron enterrados muchos libertos de la familia imperial de la época de los Julio-Claudios. Los primeros dueños de la tumba es posible que fueran una pareja cuyas cenizas se depositaron en el nicho central del ábside, cuyos nombres aparecen en la placa de mármol situada debajo, Granius Néstor y Vinileia Hedone.

La «Porta Appia»

En la Edad Media fue llamada «Porta San Sebastiano» por su proximidad a la iglesia del mismo nombre que dista de ella unos 2 km. Esta puerta es la mejor conservada de todo el recinto reformado por Honorio entre el 401 y 403 d.C. Las dos torres, que alcanzan una altura de 28 m., son cuadradas en sus primeros 18 m. y

redondas en sus niveles superiores[1]. En ella pueden seguirse todas las vicisitudes que afectaron a las murallas y puertas de este gran cerco amurallado con el que se rodeó a la ciudad en el siglo III d.C. y que aún se mantiene en pie.

En la torre oeste y en la galería situada sobre la puerta se halla instalado el llamado «Museo de las Murallas» donde puede verse toda la historia del devenir de las mismas. Desde aquí se tiene acceso a la llamada «Passegiatta», un paseo de 380 m. por el camino de ronda hasta el «Viale Cristoforo Colombo».

El Arco de Druso

El mal llamado arco de Druso, que nada tiene que ver con el hijo de Livia e hijastro de Augusto, es un arco construido, a unos 20 m. de la «Porta Appia», en el siglo III a partir de una de las arcadas del Aqua Antoniniana, un ramal del Aqua Marcia, el acueducto construido por Caracalla para alimentar sus famosas Termas. En el siglo V Honorio lo incorporó a la citada puerta para formar una especie de ingreso de retaguardia interior.

Su nombre equivocado se debe al hecho de que, al parecer, en el año 9 a.C., fecha de la muerte de Druso, padre del emperador Claudio, se erigió un arco en su honor en la «Via Appia», no lejos de donde se halla el actual. En los trabajos de pavimentación llevados a cabo en la zona en 1931 se detectaron los cimientos de otro arco y varias inscripciones en las que figuraba el nombre de este importante personaje.

La iglesia de Domine quo vadis?

Pasada la «Porta Appia» se encuentra esta pequeña iglesia construida en 1637 en el lugar en el que, según la tradición, Cristo, con la cruz a cuestas, se le apareció a San Pedro que huía de Roma en el año 64 d.C., iniciada la terrible persecución de los cristianos decretada por Nerón. Al preguntarle sorprendido que a dónde iba, el Señor le contestó que a Roma para ser crucificado de nuevo. El

santo apóstol entendió el mensaje y volvió a la ciudad donde acabó siendo crucificado.

Este episodio aparece recogido en el manuscrito llamado La leyenda Áurea escrito en el siglo XIII por el monje dominico y arzobispo de Genova Jacobo de Voràgine quien escribió en latín la vida de 180 santos y mártires de la iglesia católica.

En la cercana iglesia de «San Sebastiano» se muestra una losa en la que se perciben las supuestas huellas de los pies de Cristo.

«Torre di Capo di Bove»

En la Edad Media se llamaba a esta primera zona de la calzada «Capo di Bove» por la decoración de bucráneos que aparecía en el friso de la Tumba de Cecilia Metela. Aquí se alzó una importante villa en el siglo II d.C., cuyos propietarios, a juzgar por las inscripciones en ella aparecidas, pudieron ser Herodes Attico y su esposa Annia Regilla. En una conocida lastra de mármol, hallada en este lugar, se puede leer una inscripción escrita con letras griegas: Regilla luz de la casa. Herodes Ático fue un prócer de origen griego, amigo personal del emperador Adriano, famoso por su riqueza y conocido por su condición de mecenas,

Recientes excavaciones practicadas en la zona a partir del año 2000 han sacado a la luz un importante complejo termal que ha proporcionado vestigios constructivos, entre los que destaca una deteriorada estructura turriforme, y restos ornamentales: esculturas, mosaicos y pavimentos marmóreos, etc. Todo ello se ha relacionado con la citada villa que, por su extensión, bien pudo contar con unas termas privadas.

La Tumba de Cecilia Metela

Esta tumba de forma cilíndrica es el monumento más conocido de la «Via Appia». Fue construida en el siglo I a.C. (ca.50–40) como mausoleo de Cecilia Metela, una joven patricia hija y esposa de dos

destacados y acaudalados personajes republicanos. Su padre fue el cónsul Quinto Cecilio Metelo que derrotó a la flota de los piratas y conquistó la isla de Creta; y su marido era hijo de Marco Licinio Craso, cónsul con Pompeyo y acompañante de César en su campaña de la Galia, entre los años 57 y 51. Con estos dos importantes caudillos formó parte del primer triunvirato en el año 60 a.C. Además fue él quien lucho contra la rebelión de los esclavos capitaneada por Espartaco, aunque fuera después Pompeyo quien acabara con ella. Lo mucho que se sabe de las que fueron sus familias, tanto la biológica como la política, y lo poco que de ella se conoce ha despertado la curiosidad de cuantos se han acercado a su tumba, entre ellos Lord Byron quien se preguntó sobre cual pudo ser la vida y destino de esta joven patricia, en su Childe Harold. La importancia del monumento funerario que se construyó para albergar sus restos mortales hace pensar que fue muy querida por los suyos.

El edificio, construido sobre una base cuadrada, se compone de un tambor cilíndrico de casi 30 m. de diámetro, 11 m. de altura y cubierta abovedada. En la parte exterior, en torno al tambor se conserva un friso, esculpido en bloques de mármol pentélico decorado con bucráneos y guirnaldas, que dio nombre a toda la zona, conocida, como ya hemos dicho, en la Edad Media con en nombre de «Capo di Bove». La parte que da a la vía aún conserva un gran panel con un relieve en el que figuran trofeos militares sobre los que aparece una inscripción (Cecilia Metela, hija de Quinto Cecilio Metelo Crético, esposa de Craso). Se accede a su interior por un estrecho pasaje que conduce aun cuerpo cilíndrico interior, en cuya base se encuentra la cámara funeraria. El mármol que recubría la tumba fue expoliado por Sixto V en el siglo XVI.

En 1302 el papa Bonifacio VIII donó la tumba a su familia, la de los Caetani, que la incorporó a su propio castillo, el Castrum Caetani, como torre defensiva desde la que se controlaba el paso de la calzada y el pago los correspondientes impuestos de peaje. Fue entonces cuando se sobreelevo el mausoleo con una estructura almenada de ladrillo. Dentro del castro se construyó el palacio señorial, algunas viviendas y una iglesia dedicada a San Nicolás. De todo ello son escasos los restos que se han mantenido en pie.

La Villa y el Circo de Majencio

En el km. 3 de la «Via Appia», entre la Iglesia de San Sebastián y la Tumba de Cecilia Metela, se encuentra una amplia franja de terreno que en el siglo IV perteneció al emperador Majencio. Allí mando edificar un gran complejo palacial compuesto por una gran villa, un circo y un mausoleo. Pocos son los restos que quedan de lo que fue la lujosa residencia imperial, excavada en 1935–36, aunque ha sido posible rastrear sus fases constructivas. Se levantó sobre una antigua villa republicana, muy ampliada en el siglo II con un criptopórtico en la fachada este, que los arquitectos de Majencio conservaron y ampliaron para unirlo con el circo. El elemento central del nuevo conjunto fue un salón basilical de $33 \times 19{,}5$ m., rematado por un ábside en una de sus cabeceras, y que aún muestra huellas de las conducciones de calefacción dispuestas en sus paredes. A la entrada, había otro salón exterior, que hacía las veces de vestíbulo o antecámara. Esta disposición, muy frecuente en los grandes edificios del siglo IV, ha llevado a suponer que era la zona destinada a las actividades oficiales, audiencias, recepciones, banquetes, etc. En su entorno todavía pueden distinguirse los vestigios de sus dependencias anejas. Tan importante conjunto palaciego fue construido, con estructuras de hormigón y revestimiento de ladrillo (opus vittatum) y, al parecer, constaba de tres pisos alcanzando una altura de 16 m.

Del circo y del mausoleo nos han quedado restos más visibles. El citado circo (excavado en 1825 y 1960), estaba orientado de este a oeste, medía 520 m. de longitud por 92 m. de ancho y su aforo era de 18.000 espectadores. En el lado occidental contaba con 12 carceres flanqueadas por dos altas torres que aún se conservan en parte. En su centro se encontraba la spina de 296 m. de largo, revestida, en su día, de mármol blanco. En ella se hallaban las correspondientes metae, los huevos y delfines para contar las vueltas que daban las cuadrigas, así como con numerosas estatuas y un falso obelisco, que en 1648 pasó a formar parte de la Fuente de los Cuatro Ríos en la «Piazza Navona»[2] .El pulvinar o palco imperial estaba en el lado largo norte.

Hacia el oeste, en el borde de la «Via Appia» se encuentran los

restos del mausoleo que probablemente fue proyectado por Majencio para que fuera su morada eterna y la de su familia. Sin embargo solo debió de albergar el cuerpo de su hijo Valerio Rómulo, muerto en el 309 a la edad de 14 años, ya que él se ahogó en el Tíber tras ser derrotado por Constantino en la batalla del Puente Milvio, en el año 312.

Su modelo de inspiración fue, sin duda, el Pantheon de Adriano, ya que se componía de un cuerpo circular, de 26,6 m. de diámetro, asentado en un recinto cuadrado y precedido por un amplio porche columnado al que se accedía por una escalinata. En su interior había un pilar octogonal en el que se abrían nichos rectangulares y circulares destinados a que en ellos se depositasen los sarcófagos. Este pilar generaba un corredor anular dispuesto en su entorno y en cuyas paredes se abrían igualmente nicho circulares y rectangulares de mayor tamaño. Contaba además con una entrada zaguera. El hecho de que no se hayan encontrado restos de pavimento, ni de estucos parietales apoya las opiniones de quienes suponen que nunca llegó a terminarse.

Sobre él se construyó en el siglo XIX una granja que ocultó las escaleras frontales y el porche, mientras que la cámara mortuoria, utilizada durante mucho tiempo como establo, ha conservado en buen estado su estructura abovedada. Muchos son los problemas que ha suscitado la ubicación de este conjunto en la «Via Appia», así como la función del circo que tal vez se dedicó únicamente a la celebración de juegos funerarios.

Las Catacumbas

La expresión ad catacumbas (a las cuevas) daba nombre a la zona entre las piedras miliares II y III de la «Via Appia», en terrenos situados entre la «Porta di San Sebastiano» y el circo de Majencio. Teniendo en cuenta el significado de esta famosa arteria, no es de extrañar que, en su entorno, los primeros cristianos abrieran galerías subterráneas para enterrar a sus muertos, víctimas de la persecución y del martirio de que eran objeto. Al tiempo, eran

utilizadas como lugar seguro de encuentro, sin despertar demasiadas sospechas, porque las necrópolis eran lugares sagrados e inviolables. No podemos olvidar que tanto judíos como cristianos practicaron el rito de la inhumación frente a la cremación practicada por los romanos, al menos hasta en siglo II d.C., fecha en que empezaron a aparecer los primeros sarcófagos paganos por causas aún muy debatidas. En consecuencia, tanto judíos como cristianos hicieron de estos corredores subterráneos lugares idóneos para el enterramiento de sus correligionarios, dando origen a una vasta necrópolis que creció constantemente entre los siglos del I al IV.

Dichas galerías llegaron a alcanzar unos 300 km. y, en la actualidad, no todas han podido ser reconocidas. La mayoría de ellas se utilizaron ininterrumpidamente hasta el siglo IV. Lo más probable es que se abrieran en terrenos cedidos por particulares seguidores o simpatizantes de la nueva doctrina. Dichas galerías, abiertas por los fossores, se dispusieron en varios pisos, contando cada uno con su propia entrada. En los espacios más amplios de esto túneles o criptas, denominados cubicula, se enterraban a los difuntos de mayor importancia, sobre todo a los que habían sufrido martirio, y era frecuente que fueran decorados con pinturas murales al fresco. En el resto de sus paredes se abrían nichos rectangulares (loculi), o de medio punto (arcosolios) donde se depositaban los cadáveres envueltos en un simple lienzo. Estos huecos se cubrían después con losas de mármol, de terracotta, o simplemente con yeso. En algunas de ellas se escribía el nombre del difunto. Su única iluminación es la que llegaba de los escasos lucernarios abiertos en el techo y la de las lámparas de aceite que portaban los asistentes a los sepelios o ceremonias litúrgicas. La altura variaba de una galería a otra, no sobrepasando nunca los 6 m. Su anchura era de 1 m. en la mayoría de los casos.

La decoración pictórica suele aparecer en los citados cubícula, lugares, como ya se ha dicho, donde se hallaban enterrados los personajes más relevantes. Son pinturas realizadas al fresco, de trazo y colorido muy sencillos, sobre todo las más antiguas. Los principales motivos que en ellas figuran son de carácter ornamental y alegórico: pájaros y aves como la paloma para significar el alma; el pavo real, la eternidad; y sobre todo el pez cuya palabra en

griego ikhtys contenía las iniciales del Salvador (Iexus Khristos Theu Yos Soter) y hacía alusión al bautismo. Fueron todos motivos muchas veces repetidos. Junto a ellos, las espigas y los pámpanos de la vid sugerían la presencia de los elementos eucarísticos.

Más tarde, en el siglo III, hicieron su aparición temas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, lo que obligó al manejo de nuevos repertorios basados en temas ya existentes, pero versionados de acuerdo con el significado de la narrativa bíblica. Ante la carencia de modelos iconográficos, a la hora de representar tanto a la Virgen como al propio Jesucristo se buscaron prototipos del mundo clásico con los que poderlos identificar. Para la figura de la Virgen se adoptó el de la de la madre con el niño en sus rodillas, dando lugar a la imagen de la llamada Teheotokos (la que lleva a Dios); para la de Jesucristo la del filósofo magister, la del buen pastor, el moscóforo griego y, en ocasiones la de un grácil adolescente. Las figuras de las orantes y de los profetas y apóstoles, concebidos como pensadores helenísticos, vinieron a completar la imaginería manejada por los decoradores de las catacumbas.

Con el Edicto de Milán (año 313), el cristianismo obtuvo su reconocimiento oficial y pudo abandonar la clandestinidad vivida hasta entonces. Como consecuencia, las condiciones de los enterramientos de sus adeptos perdieron su carácter de práctica oculta, lo que condujo al lento abandono las catacumbas. En el siglo V sufrieron el saqueo de lo pueblos bárbaros, circunstancia que obligó a los papas a recoger las reliquias más preciadas que en ellas se encontraban, incluidas las supuestas cabezas de San Pedro y de San Pablo, y trasladarlas a lugares más seguros. Durante los siglos posteriores eran visitadas por peregrinos y devotos, pero a partir del siglo XII y hasta que el papa Pío IV, en el siglo XVI, se ocupó de la restauración de la «Via Appia», permanecieron en el olvido, cegadas sus galerías y abandonados sus nichos. Posteriormente los hallazgos fortuitos de sus túneles volvieron a fomentar el interés por lo que de ellas quedaba, valorando su significado y venerabilidad.

Figuras como la Paninio, Alfonso Ciacconio y Philippe Wingh pueden citarse entre los primeros investigadores que, en el siglo XVI, se interesaron por la existencia de las catacumbas bajo el suelo de Roma. Sin embargo el más destacado de todos ellos fue Antonio

Bosio (1575–1629) que exploró hasta 30 catacumbas tratando de iniciar un registro de las mismas. Sin embargo, los trabajos más importantes sobre ellas fueron los realizados por el arqueólogo Juan Bautista Rossi (1822–1894), quien aparte de ser el descubridor de las catacumbas de San Calixto, realizó estudios y planos topográficos de otras muchas que han sido básicos para los investigadores posteriores.

Aparte de estas célebres catacumbas de la «Via Appia», también son de destacar las de «Santa Agnese» (Santa Inés), de la que más tarde hablaremos, en la «Via Nomentana», las de «Santa Priscilla» en la «Via Salaria» y las de «San Pancracio» en la «Via Aurelia». Asimismo, en la citada «Via Appia» existen varias catacumbas judías que contienen enterramientos correspondientes a los siglos III al VI y que fueron excavadas en 1859.

En nuestro caso nos limitaremos a citar las más conocidas, resaltando únicamente sus características más importantes, ya que el estudio de las catacumbas ha sido objeto de numerosas investigaciones que han generado una amplia bibliografía sobre el tema.

Las Catacumbas de «San Callisto»

Deben su nombre al papa «San Callisto», muerto en el año 222, tras un breve pontificado. Al parecer nació esclavo y, tras trabajar en las minas de Cerdeña, una vez en Roma, recibió el encargo de ocuparse de estas catacumbas por parte del que fue su antecesor, el papa Ceferino (192–217), preocupado por la organización y funcionamiento de esta necrópolis martirial bajo el control de la iglesia. A pesar de sus desvelos por estas criptas, este papa no fue enterrado en ellas, sino en un cementerio de la «Via Aurelia».

Son las mayores de las conocidas y cuentan con 20 km. de túneles, aunque aún quedan muchos por explorar. Se construyeron entre los siglos I al IV y algunos de los enterramientos son anteriores a la aparición del cristianismo. Las excavaciones han sacado a la luz cinco niveles a los que se accede por varias entradas. Las salas y corredores que las conectan están hechas de piedra volcánica. Los

espacios más importantes se decoraban con estucos y frescos. La parte que puede visitarse incluye la llamada «cripta de los papas» porque en ella fueron enterrados varios pontífices martirizados en el siglo III, y la «cripta de Santa Cecilia» donde Pascual I (817–824) descubrió el cuerpo de dicha santa, la patrona de la música sacra, haciéndolo trasladar a la iglesia del Trastevere que lleva su nombre[3].

En la llamada «cripta de San Eusebio», martirizado en el 310 y exiliado a Sicilia por Majencio, hay un sarcófago con dos cuerpos momificados. Más adelante están las «criptas de Lucina», con pinturas que van del siglo II al VI y algunas salas más.

Las Catacumbas y la Basílica de «San Sebastiano»

Se venera en estas catacumbas, en las que quedan restos de enterramientos paganos, la memoria de los apóstoles Pedro y Pablo, ya que se supone que fue aquí donde estuvieron sus cuerpos en época de Vespasiano.

La Basílica actual, obra del siglo XVII, se alza, sobre una basílica de época de Constantino en el supuesto lugar en el que fue sepultado el joven mártir Sebastian. Como preciada reliquia aún se conserva una de las flechas de que se valieron sus verdugos para intentar acabar con su vida, en su primera ejecución. Nacido en Narbona (Francia) en el año 256 y educado en Milán, perteneció a la milicia imperial, pero como cristiano no participaba en los cultos paganos y se dedicaba a hacer adeptos entre sus compañeros. Al ser descubierto, el emperador Diocleciano le condenó a morir asaeteado. Sin embargo, a pesar de las graves heridas que recibió en su martirio, fue rescatado con vida por sus seguidores quienes lo llevaron a casa de una joven cristiana, llamada Irene, esposa de Cástulo, que curó sus heridas y le mantuvo escondido hasta su total recuperación. En vez de huir de Roma, como le aconsejaban sus familiares, se presentó ante el emperador Maximiano pidiendo un mejor trato para los seguidores de la nueva religión. Este, enfurecido al verle con vida, le mandó azotar hasta la muerte. Esta vez se cumplió la orden imperial y el joven expiró en el 288, siendo arrojado su cuerpo a un lodazal de donde fue rescatado por sus amigos quienes

le dieron sepultura en la catacumba que desde entonces lleva su nombre.

La citada basílica es obra de la remodelación que se hizo por orden del cardenal Escipión Borghese a comienzos del siglo XVII, según los planos de F. Ponzio, mientras que la fachada barroca, adornada con columnas antiguas es obra de Vasanzio. El interior es de una sola nave y en ella se conserva la losa con las supuestas huellas de los pies de Cristo cuando le salió al paso a San Pedro en su huída de Roma, y una famosa estatua de San Sebastián hecha por Bernini y Giorgetti. Forma parte de la peregrinación de las siete iglesias que se celebra en el mes de mayo.

A la izquierda de la basílica hay un pequeño museo arqueológico y después se encuentran las catacumbas, en cuya entrada se conserva una trichila, una especie de glorieta o cenador utilizado para descansar y donde los deudos y amigos celebraban el ágape funerario de despedida. Sus paredes se hallan cubiertas de inscripciones evocando a San Pedro y San Pablo. Ya en su interior, se encuentra la «cripta de San Sebastián», tres hipogeos de los siglos I y II, cubiertos con pinturas, y la Platonia , o Tumba de San Quirino,

Las Catacumbas de «Domitilla»

Son conocidas con este nombre por haber sido excavadas en los terrenos que fueron propiedad de Flavia Domitilla, una matrona cristiana perteneciente a la acaudalada familia Flavia, por estar casada con un tal Clemente Flavio, y que se cree fue desterrada de la ciudad por profesar la religión cristiana.

Contiene la mayor red de galerías subterráneas de cuantas se encuentran en Roma. Muchas de ellas, fechadas en los siglos I y II, son paganas, razón por la cual las decoraciones y pinturas que iluminan sus paredes muestran tanto motivos de inspiración clásica como cristiana. En su interior se encuentra la basílica de los santos Nereo y Achileo, mártires del siglo II cuyo culto se practicó desde antiguo. Según algunas fuentes se dice que fueron eunucos de la casa de Domitilla y, según otras, se supone que compartieron con

ella el exilio y su martirio. La basílica fue redescubierta en 1874 y posteriormente restaurada por lo que es muy poco lo que queda de lo que fue la original construida en el siglo IV.

A la izquierda de la basílica se encuentra la galería más antigua donde está «la tumba de los Flavios», hallada en 1865 y así llamada porque en ella se enterraron algunos miembros de esta familia que nada tenían que ver con las creencias cristianas. Tiene una entrada independiente por la antigua «Via Ardeatina» y se ha fechado en el siglo I o II d.C. Más tarde se añadieron un vestíbulo y una habitación destinada a la celebración de loas ágapes funerarios. Al final de esta sala se encuentra el pequeño cubículo, denominado de «Eros y Psique» porque en las pinturas murales que lo decoran aparecen estos míticos amantes cogiendo flores, y rodeados de plantas y pájaros.

La cámara principal, que en un principio albergó escasas tumbas, fue utilizada en el siglo IV disponiéndose en ella un gran número de loculi y arcosolios. En uno de estos se ve una escena en la que aparece Daniel, y en otras numerosas inscripciones con los nombre de los difuntos. Bajando por una escalera se llega a una amplia zona conocida con el nombre del «cubículo del Buen Pastor», por la pintura que aparece en su techo con la representación de un joven llevando un cordero sobre sus hombros, fechada en el siglo III. En otra área correspondiente a los siglos III y IV se ven pinturas en las que aparece la Virgen con velo, sosteniendo al niño en sus rodillas y acompañada por la figura de cuatro Magos, Jesús y los apóstoles, alternando con escenas paganas referidas al comercio del grano a las orillas del Tíber, lo que pone de manifiesto la convivencia de enterramientos paganos con los posteriores cristianos.

Las Catacumbas de «Pretestato»

Estas catacumbas, sitas en el tramo de la llamada «Via Appia Pignatelli», ofrecen un gran interés por cuanto aún quedan por hacer en ellas muchos trabajos de excavación y de investigación. Al parecer los terrenos en que se abrieron fueron propiedad de un rico terrateniente cristiano, un tal «Pretestato», que los cedió para que en ellos se abrieran las galerías precisas donde fueran enterrados

tanto paganos como cristianos, práctica que se extendió entre los siglos I al IV. De todo el conjunto destaca la gran galería o cueva, la llamada spelunca magna, que en sus orígenes debió de ser una cisterna que, poco a poco, fue convirtiéndose en un cementerio de carácter aristocrático, ya que en este lugar fue enterrado incluso el emperador Balbino en el 238.

Dicha galería está flanqueada por numerosos cubicula con enterramientos, como ya se ha dicho, tanto de paganos como de cristianos. Son dignos de mención los de Felicissimo y Agapito, martirizados junto al papa Sixto II en el 238, y la supuesta «cripta de San Genaro» que conserva unas interesantes pinturas murales con representación de las cuatro estaciones y diversos motivos vegetales alternando con aves y pájaros. El arcosolio de la «tumba de Ceferina» presenta una curiosa pintura en la aparece una interpretación muy particular del acoso de la joven Susana, representada por un huidizo cordero, acosada por los ancianos, vistos como lobos. Todos los personajes se identifican por la inscripción que figura a su lado.

En la entrada hay un monumento funerario del siglo I d.C. Es un pequeño templo decorado con las herramientas propias de un arquitecto y que alberga varios sarcófagos, entre ellos el del emperador Balbino y el de su esposa, cuyas figuras aparecen esculpidas en las cubiertas.

Iglesias paleocristianas extramuros

Como complemento obligado a este capítulo haremos referencia, aunque solo sea de paso, a las grandes iglesias paleocristianas que se encuentran extramura o «fuori le Mura», según la actual expresión romana, de cuya importancia y avatares históricos han tratado numerosos y especializados estudios. Destacaremos las basílicas de San Pablo, San Lorenzo, Santa Inés y el mausoleo de Santa Costanza, todas ellas vinculadas a los orígenes del Cristianismo, aunque hayan sido numerosas las transformaciones sufridas a lo largo del tiempo.

La Basílica de «San Paolo fuori le Mura»

Es la más grande de las iglesias cristianas, después de la de San Pedro y fue construida en el sitio en el que, según la tradición, fue enterrado el apóstol San Pablo. En realidad el lugar sobre el que se alzó, próximo a la Via Ostiensis, era una extensa necrópolis que fue utilizada desde el siglo I al III d.C. En ella se ubicaron toda clase de tumbas: capillas funerarias, columbarios, monumentos familiares que se fueron sucediendo en el tiempo hasta épocas muy tardías. En la actualidad, todo lo que fue esta área sepulcral está bajo el suelo de la Basílica, de tal forma que solo pueden verse algunos de sus vestigios a lo largo de la citada vía.

Fue en este cementerio donde, al parecer, recibieron sepultura los restos de San Pablo, cuya muerte se sitúa en el año 64 o 67 d.C., según las fuentes, acaecida con la de San Pedro, en el transcurso de la persecución neroniana. Según la tradición fue Lucina, una piadosa matrona cristiana, la que se encargó de su entierro disponiendo a tal fin una tumba que hay que imaginar muy sencilla. A pesar de ello, en su en torno no tardó en construirse un modesto edículo, cella memoriae, al igual que se hizo sobre la de San Pedro.

Tras el Edicto de Milán, el emperador Constantino ordenó levantar una pequeña iglesia a unos dos kilómetros de la muralla Aureliana, por lo que se la mencionaba como sita extramuros, es decir, fuori le mura. Debió de ser un edificio de reducidas dimensiones, posiblemente con tres naves, teniendo cerca del ábside la tumba del apóstol, señalada con una gran cruz dorada. Fue consagrada en noviembre del año 324 por el papa Silvestre I y de ella solo se conserva la curva del ábside, visible en el altar central del templo actual.

La construcción de la nueva basílica, de proporciones mucho mayores que la anterior, tuvo lugar en tiempos de Teodosio I, Graciano y Valentiniano II. Orientada hacia el Tíber, en lugar de hacia la Via Ostiensis, se la denominó «teodosiana», aunque fue terminada por Honorio. Se comenzó su edificación en el 384, por iniciativa de Valentiniano II, y fue construida por un tal Cirade, conocido con el nombre de Profesor Mechanicus. Él fue quien

proyectó y dirigió las obras del edificio, dotado de cinco naves y un pórtico con cuatro arcos de ingreso. Fue consagrado por el papa Siricio y a pesar de numerosas ampliaciones y mejoras de que fue objeto, a través del tiempo, su estructura se mantuvo en pie hasta que fue pasto de las llamas en el terrible incendio de 1823.

Gala Placidía, hija de Teodosio y esposa de Honorio, añadió el mosaico del arco de triunfo, que se rehizo más tarde entre los siglos VIII y IX, y León I ordenó que se realizasen los tondos con los retratos papales que ornaban las arcadas de la nave central. Por entonces el templo estaba consagrado también los santos Taurino y Herculano, mártires en Ostia en el siglo V, por lo que también se conocía a esta iglesia con el nombre de basilica trium Dominorum.

Durante el pontificado de San Gregorio Magno (590–604) se procedió a su total reestructuración, acrecentándose todo el nivel del pavimento, sobre todo en el área prebisterial, para colocar el altar sobre la tumba de San Pablo, como se había hecho en la de San Pedro del Vaticano, dando lugar a la llamada confessio, bajo el transepto, para acceder directamente al lugar del sepelio del apóstol.

Aunque esta basílica parecía estar un poco aislada por encontrarse fuera del recinto de la muralla, hasta el siglo VIII estuvo unida a la ciudad por un largo pórtico cubierto que conducía a la «Porta San Paolo», la entrada más meridional de la misma.

La basílica fue objeto de varios expolios que la dañaron seriamente. En el 739 fue saqueada por los lombardos, y en el 847 por los sarracenos, por lo que tuvo que ser fortificada por el papa Juan VIII (820–882). Esta iglesia y el monasterio anejo fueron objeto de mejoras y donaciones con las que, poco a poco, fue aumentando su poderío y prestigio. El claustro se erigió entre 1220 y 1241; y en 1285 la basílica se enriqueció con un magnífico baldaquino, realizado por Arnolfo di Cambio.

Tras el incendio de 1823, el papa León XIII decidió la construcción de un nuevo edificio sobre los maltrechos restos del desaparecido. La Santa Sede eligió como arquitecto a Giuseppe Valadier, pero la Comisión nombrada para la dirección y supervisión de las obras designó a Pasquale Belli, del que fue sucesor Luigi Poletti. El

resultado final fue el magnífico edificio que hoy puede verse y en cuya construcción participaron distintos países con sus generosas aportaciones materiales y económicas. Es un edificio de cinco naves, transepto y ábside que mide 131,66 m. de largo; 65 m. de ancho y 29,70 m. de alto, siendo por su tamaño la segunda de las cuatro basílicas patriarcales de Roma. Las puertas de bronce que sobrevivieron al incendio se realizaron en Constantinopla en 1070, y están decoradas con escenas del Antiguo Testamento. También resistieron al fuego los mosaicos del siglo V del Arco de Triunfo, un mosaico del siglo XIII que hay en el ábside y en la parte interna del arco, y otros mosaicos decorativos atribuidos a Pietro Cavallini.

A la derecha de la nave central se encuentra el espléndido candelabro destinado a sostener el cirio pascual, tan decorado y elaborado que se tiene por una obra salida del taller de los Vassalletto, una célebre familia de escultores y marmolistas del siglo XIII, cuyo estilo es semejante al de los Cosmati. El iniciador de dicha familia fue un tal Basiletto, cuya actividad profesional está documentada en torno al 1130, siendo su hijo Pietro el que colaboró con Nicolò di Angelo en la realización del citado candelabro. También se debe a esta familia el magnífico claustro de San Juan de Letrán, terminado hacia 1236.

Anexos a la basílica se encuentran el claustro y el monasterio. Desde 1215 a 1964 fue la sede del Patriarca Latino de Alejandría y el actual superior es Edmund Power de la orden de San Benito. En las excavaciones realizadas en el 2006, los arqueólogos vaticanistas, descubrieron detrás del altar un sarcófago que puede que contenga los restos del apóstol. Sin embargo aún no se ha sacado de su posición y no se ha decido proceder a su apertura.

La Basílica de «San Lorenzo fuori le Mura»

Se encuentra también, como su nombre indica, fuera del recinto de las murallas, separada por los cipreses del llamado Cementerio del Campo de Verano, en el «Piazzale de Verano».

San Lorenzo, diácono romano, sufrió un doloroso martirio en el 258, al ser quemado a fuego lento sobre una parrilla. Su cuerpo fue

enterrado en una catacumba sita en la antigua «Via Tiburtina», lugar que pronto se convirtió en un centro de peregrinación, por lo cual el papa Dámaso I decidió, en el 380, construir una iglesia en su honor, sobre su propia casa, motivo razón por la que este primitivo templo se conoció, también, con el nombre de «Casa de Dámaso».

En el siglo VI, el papa Pelagio construyó la llamada «Basílica menor» sita al lado de una capilla de adoración a la Virgen María, que databa del siglo V, dedicándola a San Lorenzo y a San Esteban, el primer mártir cristiano que, como es sabido murió lapidado. Siglos más tarde, en 1216 el pontífice Honorio III, hizo unir ambos edificios, tras derribar sus ábsides, remodelando así todo el templo, que fue el resultado de la unión de ambos , conocido con el nombre de la «Basílica mayor». El aspecto medieval de todo el edificio recuerda esta época. El pórtico del siglo XIII se considera obra de la familia de los Vassalletto, anteriormente citada. Presenta una serie columnas de mármol con capiteles jónicos, expoliadas de otros edificios antiguos, sobre las que corre un arquitrabe ornado con bellos mosaicos geométricos y discos de pórfido y de serpentina siguiendo un tipo de decoración muy característico de esta época. El presbiterio y las diez columnas, con magníficos capiteles, que la rodean pertenecen a la iglesia de Pelagio. En la zona interior del arco del presbiterio hay un mosaico del siglo VI, en el que aparece dicho pontífice, como fundador, sosteniendo la maqueta del edificio. En el coronamiento horizontal de la fachada se abren una serie de ventanas bajo arcos de medio punto realizadas en una de las muchas reconstrucciones de que fue objeto.

La nave y los cruceros, a un nivel, ligeramente inferior pertenecen a la segunda iglesia y su espléndido pavimento cosmatesco, del siglo XII, fue reconstruido tras la segunda guerra mundial, ya que fue la única iglesia de la ciudad que sufrió severos bombardeos. En el pórtico unos frescos representan las vidas de San Lorenzo y San Esteban. Los restos de ambos santos se hallan en la cripta, en la confessio, bajo el altar principal, junto con los de San Justino. También están en ella sepultados los papas Hilario y Pío IX. El claustro y el campanario son del siglo XII.

La Basílica de «Sant´Agnese fuori le Mura»

Se alza en la «Via Nomentana» junto a un conjunto de edificios cristianos que incluye las ruinas de un cementerio cubierto, las catacumbas que llevan su nombre y la cripta donde fue enterrada en el año 304. El conjunto religioso incluye esta basílica y el mausoleo de Santa Constanza.

Como se recordará, esta joven romana sufrió martirio a los 13 años, ya que Diocleciano la hizo decapitar después de haberla obligado a ir a un lupanar y a desnudarse públicamente, en castigo por haber rechazado a un joven de su corte como esposo. Muchas son las versiones que existen sobre los motivos de este suceso, pero sobre todos ellos sobresale el episodio del milagro de la rápida crecida de sus cabellos hasta cubrir su desnudez, protegiéndola de tal afrenta.

La iglesia de «Sant´Agnese in Agone» en «Piazza Navona»[4] se dice que ocupa el lugar donde se encontraba el burdel al que fue conducida la santa que, a pesar de que su cabeza fue segada por el verdugo, en este mismo lugar, consiguió morir virgen. En la cripta existe un relieve de mármol en el que aparece representado el crecimiento de sus cabellos. Después de su muerte fue enterrada en la catacumba de la «Via Nomentana» que, como ya hemos dicho, hoy llevan su nombre.

Según la tradición la iglesia se construyó hacia el 340 a petición de Constantina (o Constantia), la hija (o nieta) del emperador Constantino que rezó para que la santa la librara de la lepra, favor que le fue concedido. Se comenzó por ampliar la zona subterránea y después se construyó un gran panteón familiar que se conoce con el nombre de «mausoleo de Santa Constanza», edificándose la iglesia a un lado. Reconstruida por el papa Honorio I, a mediados del siglo VII, sobre la Catacumba de Santa Inés, a pesar de las muchas reconstrucciones de que ha sido objeto, conserva la mayor parte de su estructura original. La planta baja está al nivel del suelo de la catacumba y las entradas desde el exterior están al nivel de la galería de la segunda planta. El mosaico del ábside es del siglo VII, y en él, la santa aparece representada como una emperatriz bizantina, ricamente ataviada, y con la espada que segó su vida a los pies, recordando la piadosa leyenda que decía que, tras su muerte, Santa Inés apareció de esta guisa, sosteniendo el cordero divino en sus brazos. No puede olvidarse que en la raíz de su

nombre se encuentra la palabra latina agnus que significa cordero. Por esta razón, cada año, el 21 de enero, fecha de su festividad, se bendicen dos corderos en el altar mayor con cuya lana se tejen los mantos de los nuevos arzobispos que los reciben el 29 de junio, en la festividad de los Santos Pedro y Pablo.

El Mausoleo de Santa Constanza

La iglesia de Santa Constanza es en realidad el mausoleo que, junto a la iglesia de «Sant´Agnese fuori le Mura» se construyó para las hijas de Constantino, Constanza y Helena. Posteriormente se convirtió en baptisterio y, más tarde, en 1254 en iglesia, razón por la cual se ha mantenido en buen estado de conservación. Es un edificio, de planta circular, formado por un gran cuerpo cilíndrico con cuatro nichos grandes y otros doce intermedios, más pequeños. Dentro del citado cilindro se yerguen doce pares de columnas de granito, con bellos capiteles compuestos, colocadas radialmente para sostener la cúpula y el tambor en el que esta se apoya. El deambulatorio que rodea los arcos centrales tiene un techo abovedado y está decorado con magníficos mosaicos policromos del siglo IV, con motivos de carácter naturalista y tupida composición. En ellos alternan las flores y las frutas con toda suerte de pájaros y animalillos. También aparecen escenas alusivas a la vendimia. Estos temas de inspiración helenística, alusivas a los cultos báquicos se emplearon con profusión en tumbas cristianas, a falta de repertorios iconográficos más adecuados, para significar la alegría del renacer a una nueva vida. El templo está precedido por un nartex de acceso que termina en dos exedras semicirculares.

Situado en una esquina de la iglesia, en uno de los nichos, se encuentra una réplica del llamado sarcófago de Santa Constanza, semejante al de Santa Helena, del que ya hablamos en su momento, realizado en pórfido y ricamente labrado. El original fue trasladado al Museo Vaticano en 1790. Tan bello y costoso ejemplar está decorado con motivos de inspiración báquica y gusto helenizante, como los techos de la iglesia, que como ya hemos dicho, venían a significar el lado amable del más allá.

En los dos lados mayores aparecen tres grandes roleos de gruesos

tallos de acanto, dentro de cuyas volutas se encuentran tres genios alados dedicados a la faena de la vendimia. Bajo las espirales se ven a dos pavos reales, un carnero y un eros alado portador de una guirnalda. Entre los roleos unos pajarillos picotean frutos semejantes a las uvas. En los lados menores aparecen tres erotes alados que pisan una cuba colmada de uvas. El mosto sale por las fauces de una cabeza leonina y va a llenar tres grandes cubas o dolia. Toda la escena se halla enmarcada por sarmientos que surgen de dos cepas situadas en los laterales de la escena.

Su labra con temas risueños y desenfadados, a pesar de su simbología escatológica, hace pensar que el sarcófago fue realizado expresamente para una de las hijas de Constantino, ya que como dijimos en su momento el de Santa Helena, decorado con temas militares, es posible que no estuviera, en principio, destinado a contener su cadáver, sino el de su esposo Constancio Chloro.

1 Cf. Capítulo IV, Las Murallas de Roma: Porta Appia.

2 Cf. Capítulo XXII, Los obeliscos de Roma: el obelisco «Agonale».

3 Cf. Capítulo XX, El Trastvere.

4 Como se recordará esta iglesia la mandó construir el papa Inocencio X en 1652. Los primero arquitectos fueron Girolamo y Carlo Rainaldi, padre e hijo, siendo sustituidos, más tarde, por Borromini quien añadió su fachada cóncava para realzar la cúpula. en la fachada la escultura de la santa orando en medio de su martirio es obra de Ercole Ferrata.

XXII. LOS OBELISCOS DE ROMA

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Obeliscos): 1,8 MB

Dentro de la azarosa historia de los obeliscos egipcios, las célebres «agujas solares» que primero adornaron los templos del valle del Nilo y fueron después objeto de la rapiña multinacional, hay que destacar el hecho de que ninguna ciudad como la Roma antigua consiguió reunir tantos en su suelo, desde que Augusto hiciera traer el primero hacia el año 10 a.C. Los conservados son trece y cada uno de ellos se conoce, por lo general, con el nombre del lugar que ocupó a partir del siglo XVI. En dicha época volvieron a ser objeto de interés, ya que se pensó en ellos como epicentros ornamentales de las plazas y espacios públicos de la nueva ciudad renacentista y moderna. Si ya es admirable pensar en la proeza que supuso trasladar a cada uno de ellos desde Egipto hasta las riberas del Tíber, no lo es menos la difícil tarea de desenterrarlos de sus emplazamientos originarios, restaurarlos y erigirlos en los lugares elegidos para su nueva ubicación. Tales hazañas se hicieron por iniciativa de los papas, de entre los cuales destacó Sixto V, quien contó con el talento y el inapreciable trabajo de Domenico Fontana.

Lo cierto es que ninguno de estos colosos, tan difíciles de mover, se encuentra actualmente en su sede primitiva. Todos han peregrinado de un lado para otro por la ciudad eterna para satisfacer las tendencias urbanísticas promovidas por los papas de la época. Los más pequeños se han desplazado, por lo general, en trechos más cortos que los de mayor tamaño, ya que algunos de estos han recorrido largos trayectos, escalando incluso empinadas cuestas y exigiendo grandes esfuerzos e ingeniosas soluciones para conseguir verlos de nuevo en pie.

De los trece obeliscos citados ocho son egipcios y cinco réplicas de época romana. Los primeros son los siguientes: Vaticano, Lateranense, Flaminio, Solare, Macuteo, Minerveo, Dogali y Matteiano. Los que solo son copias antiguas son: Agonale, Quirinal, Esquilino, Salustiano y Pinciano. En nuestra descripción seguiremos el orden cronológico en el que fueron emplazados en los nuevos

espacios de la ciudad a partir del Renacimiento, haciendo constar que de todos ellos el más alto es el Lateranense, con 32,18 m. de altura.

El Obelisco Vaticano

Ocupa el centro de la Plaza de San Pedro del Vaticano. Es de granito rojo y mide 25,37 m., de alto y 15 m. más contando con la basa. Se le calcula un peso de 331 toneladas, aunque originariamente debió de ser de mayor tamaño. Es el segundo en altura, después del Lateranense, y no presenta jeroglíficos en sus caras, al igual que sucede en los del Esquilino y el Quirinal. El monumento actual en el que se yergue, se apoya en un basamento ornado con un león de bronce en cada una de sus esquinas, y está coronado por una cruz dorada con las armas de los Chigi, con la que alcanza la altura de 41 m. Pocos peregrinos saben que rezando un padrenuestro y un Ave María a dicha cruz se pueden ganar diez años de indulgencia.

En la Edad Media, se creía que la esfera dorada que remataba el obelisco (hoy en el Museo Nacional de las Termas) contenía las cenizas de Julio César, sin embargo cuando Fontana la quitó para sustituirla por la cruz, comprobó que era maciza y que presentaba huellas de las flechas de los ballesteros que la tomaron como blanco durante el Sacco di Roma, ordenado por el emperador Carlos I.

Este obelisco, considerado por algunos de la época del faraón Nectanebo (380–362) de la XXX dinastía, estuvo en el Foro Julio de Alejandría, donde se alzó por orden del prefecto Cornelio Galo, a instancias de Octavio Augusto, alrededor del año 30 a.C. Lo más probable es que fuera labrado por canteros romanos, siguiendo el modelo del de Ramsés II, lo que explica que esté desprovisto de jeroglíficos. Desde allí fue trasladado a Roma por Calígula en el año 37 para ser colocado en la spina del Circo del Vaticano, conocido con el nombre de Circus Cai et Neronis, donde fue dedicado al Sol y a los emperadores Augusto y Tiberio como se hace constar en la inscripción de su pedestal. El lugar de su primitivo emplazamiento

se sitúa en la actual «Piazza Circo Nerone», en el punto que hoy aparece marcado con una placa de mármol incrustada en el pavimento.

En dicho circo sufrieron martirio muchos cristianos, sobre todo en época de Nerón, en el transcurso de la implacable persecución de la que fueron objeto después del incendio del año 64. Víctimas de la misma fueron San Pedro y San Pablo. En su recinto o en sus proximidades fue crucificado San Pedro, cabeza abajo, siguiendo su última voluntad. Por esta razón, fue en el Vaticano donde se levantó la primera basílica en su honor.

Para el transporte de tan descomunal aguja se dispuso del barco de mayor envergadura del que se tiene noticia en la antigüedad, ya que el peso del transporte se calculaba que era de unas 440 toneladas. Su mástil era un abeto cuyo tronco era el de mayor diámetro hasta entonces conocido. Se decía que cuatro hombres no podían abarcarlo. El barco se cargó además con cuatro grandes bloques de granito para su soporte, así como con el equipo y máquinas apropiadas para su embarco y desembarco. A todo esto había que añadir las provisiones para la numerosa tripulación que iba a estar a bordo más de una semana y finalmente 2.880.000 libras de lentejas egipcias que, en opinión de Plinio, encontraron buena salida en Roma porque eran mejores y más gordas que las italianas. Desde Ostia hasta Roma siguió el mismo camino que, más tarde haría su compañero, el Lateranense, aunque su trayecto hasta el Vaticano fuera más largo.

Fue el papa Sixto V quien en 1586 dio la orden de levantarlo del lugar en que se hallaba enterrado en el suelo hasta su mitad, para instalarlo delante de la basílica que estaba casi terminada. Giacomo della Porta fue quien extrajo casi ocho metros del coloso de la tierra cenagosa que cubría la antigua «Via Cornelia», pero el verdadero director de tan titánica empresa fue Domenico Fontana, que habría de convertirse en el arquitecto predilecto del papa, aunque en un principio desconfiara de él por su posible falta de experiencia, ya que en tales momentos solo contaba cuarenta y tres años de edad.

Por esta razón comenzó por encargar el trabajo al florentino Bartolommeo Ammanati, quien considerándose incapaz de llevar a buen término tan arriesgada empresa, pidió un año entero para

reflexionar. Con anterioridad, Miguel Ángel y Antonio Sangallo, consultados hacía tiempo sobre este proyecto, lo habían considerado impracticable. Finalmente, Sixto V se rindió ante los argumentos de Fontana y puso en sus manos el traslado del obelisco. Se decía que Ammanati murió de pena al conocer en Florencia el gran éxito de su sucesor en la empresa.

A pesar de todo, se decía que cuando el 30 de abril de 1586 Fontana recibía la bendición papal y el encargo de la obra, escuchaba también la amenaza de que si fracasaba en su intento le rompería la cabeza, por lo cual desde los inicios de los trabajos, tuvo siempre, a las puertas de Roma, un caballo ensillado, dispuesto para la fuga.

Las tareas preparatorias para su erección fueron muy complejas, pero se realizaron con gran rapidez. En ellas intervinieron conocidos herreros de la ciudad, como Ronciglione y Subiaco, quienes trabajaron conjuntamente en la construcción del armazón de hierro que pesaba 40.000 libras (18.143,69 kg.). Las vigas de longitud y grosor gigantescos se trajeron de los pinares de Nettuno, hoy empobrecidos, y para el transporte de cada una de ellas se requirió de un tiro formado por catorce bueyes. Los trabajos hasta conseguir que el obelisco alcanzara en el suelo la posición horizontal duraron siete días. Mientras tanto se había construido una rampa que iba desde su lugar de origen hasta su nuevo emplazamiento, ya que el Circo de Nerón estaba a una altura superior al nivel de la Plaza de San Pedro. El coloso fue levantado por medio de un sistema de poleas, pulgada a pulgada, y colocado sobre unos rodillos sobre los que debía recorrer un trayecto de 816 pies (258,9 m). En este desplazamiento se tardó todo un mes, con lo que se llegó a junio. El calor abrasador obligó a posponer la ejecución del proyecto hasta el otoño.

Fontana aprovechó este obligado paréntesis para colocar en la plaza la maquinaria necesaria para la elevación y colocación del obelisco en el sitio previsto y además construyó un firme basamento para el mismo, adornando sus cuatro esquinas con unos leones de bronce, a la par que sustituía la antigua esfera maciza, por una cruz dorada que llevaba por debajo una inscripción dedicatoria, no legible a simple vista.

Las obras se reanudaron la madrugada del 10 de septiembre ante la multitud que llenaba la plaza y que guardaba un absoluto silencio. Como el manejo de las complicadas máquinas de Fontana requería la colaboración de más de 900 trabajadores y un gran número de caballos se publicó una orden en la que se advertía de que todo el que estorbara el trabajo en curso con gritos que pudieran sorprender a los obreros o espantar a los animales sería condenado a muerte.

Así, se empezó a izar el obelisco[1]. Solo se oían las voces de mando de della Porta y de Fontana, el crujido de las grúas y los chasquidos de las maromas, gruesas como brazos de hombre, que empezaban a echar humo, debido a la fricción con la piedra. Fue entonces cuando resonó el célebre grito de ¡aqua alle funni! (¡agua a las cuerdas!) emitido por el capitán Bresca, marinero de Liguria, conocedor de que las cuerdas de cáñamo se rompen si no se las enfría. Al ver que en dos de ellas se había producido un pequeño incendio, guiado por un certero impulso, se arriesgó a ser ahorcado por evitar que se desplomara el bloque de granito que se estaba tratando de izar. En un principio fue inmediatamente detenido y llevado ante el papa, quien en vez de castigarlo le recompensó con el privilegio de poder poner en su barco la bandera vaticana. Su hazaña aún se recuerda en su pueblo natal, Bordighera. Además le otorgó a él y a sus descendientes el derecho a poder vender en exclusiva las palmas del domingo de Ramos en la Plaza de San Pedro. Después de 420 años sus sucesores siguen gozando de esta prerrogativa.

Ningún otro incidente se produjo en la colocación del obelisco. La imponente aguja realizó el giro de noventa grados hasta alcanzar su verticalidad definitiva con los últimos rayos del sol poniente. En ese momento solemne resonó el estampido del cañón de «Sant´Angelo» y el aplauso entusiasta de la multitud.

Sixto V, quien tenía fama de tacaño, recompensó espléndidamente a su esforzado arquitecto. En la misma noche de la instalación del obelisco fue distinguido por el papa con el título de Cives Romanus y elevado a la nobleza. Le regaló además una cadena de oro de gran peso y le otorgó para él y para sus descendientes una renta anual de 2000 escudos, más un donativo único de 500, así como diez prebendas que representaban otros 400. Le concedió también dos

medallas honoríficas y le hizo donación de todo el material empleado en la obra que alcanzaba el valor de unos 20.000 escudos.

Fontana disfrutó esta situación de favor y bonanza cuatro años escasos, los tres últimos de la vida de Sixto V y los pocos meses del pontificado de Urbano VII, ya que con la subida al solio pontificio de Gregorio XIV, fue acusado de haber falseado presupuestos y cuentas y tuvo que huir de Roma, refugiándose en Nápoles donde trabajó para su rey el resto de su vida.

Gracias a las facturas existentes tenemos noticia del importe exacto de los gastos de toda la empresa: 38.170 escudos y además 10.812 libras de metal que suministró la Cámara Pontificia. Fue la más cara instalación de un obelisco, no solo en época de Sixto V, sino de todos los tiempos.

El Obelisco Esquilino

Fue erigido por Sixto V en 1587 en la «Piazza de Santa Maria Maggiore», tras ser encontrado, al parecer, en las cercanías de esta iglesia. Mide 14,75 m., y con el pedestal añadido, 25,53 m. Originariamente formó pareja con el que hoy se halla en el Quirinal, ya que ambos estuvieron colocados a la entrada del Mausoleo de Augusto, por orden de Domiciano.

Este emperador (81–96), a quien le gustaban los obeliscos egipcios, ordenó hacer varias réplicas de los mismos a sus canteros para ornato de varios monumentos. En este caso, queriendo honrar la memoria de sus antepasados César y Augusto, que descansaba desde hacía setenta y cinco años en su espléndido mausoleo del Campo de Marte, decidió erigir dos obeliscos en la entrada de dicho edificio, tomando como modelo los dos que se encontraban en el templo de César en el Gran Puerto de Alejandría. Estos últimos, labrados en época de Tutmés IV, habían sido colocados en dicho templo por orden de Cleopatra en honor de su amante.

Los del Mausoleo de Augusto, hechos por manos romanas, carecieron de inscripciones, pero cumplieron con su cometido, enalteciendo el ingreso de tan señalado edificio. No se puede precisar cuanto tiempo se mantuvieron en su sitio, pero en 1527 se tiene noticia de que ambos yacían en el suelo, uno atravesado en la calle y el otro no lejos del primero.

Fue también Sixto V quien encargó a Domenico Fontana que colocara uno de estos obeliscos (no se sabe cual de ellos) delante de la iglesia de «Santa Maria Maggiore». Dada su escasa altura se le añadió un pedestal y se decoró su vértice con una estrella y una cruz.

Se conservan las facturas ocasionadas por su traslado y colocación y por ellas sabemos que su importe ascendió a 2.939 escudos. Solamente en ese año Sixto V gastó la gran suma de 190.270 marcos de oro en las instalaciones de obeliscos. A pesar de lo elevado de estas cantidades, resultan insignificantes si se compara con las gastadas en las muchas edificaciones que realizó en los cinco años de su pontificado. El pueblo, enfurecido por sus dispendios, derribó a su muerte la columna que el Senado había levantado en su honor en el Capitolio.

El Obelisco Lateranense

Este obelisco que se alza hace casi trescientos años ante el Palacio Lateranense es el más antiguo y del mayor altura de cuantos se encuentran en Roma. Es de granito rosa, tiene una altura de 32,18 m (42,70 m. con la basa) y se calcula que pesa alrededor de 230 toneladas.

Durante unos veinte siglos estuvo en Egipto, en el Gran Templo de Karnak donde lo mandó erigir y cubrir de jeroglíficos el faraón Tutmés III (1479–1425 a.C.) de la dinastía XVIII. Sin embargo, en época ptolemaica fue trasladado a Alejandría donde se encontraba en el momento de despertar el interés imperial. Primero fue Constantino quien ordenó que fuera llevado a Constantinopla con el

fin de que fuera colocado en la spina del circo de la nueva ciudad, pero la muerte del emperador en el 337 dejó en suspenso tal proyecto. En el año 357, su hijo Constancio II lo mandó trasladar en barco hasta el puerto de Ostia, desde donde fue trasportado a Roma. Una vez allí, se alzó en la spina del Circo Máximo, haciendo compañía al que ya había sido instalado en ella por Augusto que fue quien inauguró la moda de adornar a la ciudad con obeliscos egipcios. Este fue el último de los llegados a la ciudad del Tíber.

Su transporte fue toda una proeza. Un imponente barco lo llevó hasta Ostia y desde allí recorrió un largo trayecto por el Tíber que en aquel tiempo era un río más profundo y navegable. Fue desembarcado a unas tres millas de la ciudad y conducido muy lentamente por la «Via Ostiensis» entró en la ciudad por la «Porta San Paolo». Hasta su colocación pasaron cuatro años. Roma vivía momentos difíciles y se encontraba en manos de un tirano, Majencio, llamado «Taporo» por el pueblo sin que se sepa el significado de este apodo. Tras su muerte en la célebre batalla del Puente Milvio, en el año 312, se volvió a pensar en el olvidado obelisco y en su colocación en la spina del Circo Máximo, lo que se acabó llevando a cabo.

No se puede precisar cuantos fueron los años que se mantuvo en pie en tal emplazamiento, adornado con una bola dorada en su vértice. Se sabe que esta fue alcanzada por un rayo, por lo que tuvo que ser sustituida por una nueva y que más tarde, en una fecha imprecisa, este coloso fue derribado por un incendio acaecido en el transcurso del saqueo de Alarico en el 410, o durante la invasión normanda. Al desplomarse se rompió en tres trozos y así permaneció enterrado a más de un metro en el suelo.

De nuevo fue Sixto V quien en 1588 mandó desenterrar este obelisco, localizado en el que era por entonces el huerto de los frailes de «Santa Maria in Cosmedin», para que fuera colocado ante el Palacio Lateranense. Según los testigos presenciales, tuvo que ser mutilado en unos 40 cm. en su base ya que había sufrido graves daños en el incendio que le abatió en su día. Fue necesario además hacerle un nuevo pedestal, ya que el que le había servido de soporte fue utilizado para su restauración. La inscripción original se conserva en la Biblioteca Vaticana. En elle se cita incluso a

Majencio, con su apodo Taporo.

Los trabajos de excavación fueron realizados por Matteo de Castello, y Domenico Fontana fue el encargado de la erección del obelisco sobre el nuevo pedestal. Se colocó en el lugar que había ocupado la estatua ecuestre de Marco Aurelio antes de ser trasladada a la Plaza del Capitolio. Se dispusieron en su basa cuatro leones de bronce emblema de Sixto V, obra por la que la Cámara Pontificia pagó 2.858 libras. Se sabe además con exactitud que la excavación, el transporte y la instalación costaron a la Curia 24.716 escudos.

El Obelisco Flaminio

Se alza en la «Piazza del Popolo», mide 24 m. de altura y el monumento completo, coronado por una cruz, alcanza los 36,50 m. Es el tercero en tamaño de toda la serie. Formó pareja con el que fue colocado como aguja en el Horologium Solare del Campo de Marte, siendo los dos primeros obeliscos egipcios llegados a Roma por orden de Augusto en el año 10 a.C. Este procedía de Heliópolis y había sido labrado en época de Seti I o Ramsés II (siglo XIII a.C.). Fue instalado en la spina del Circo Máximo para significar el total dominio del emperador sobre las tierras del Nilo.

Fue hallado como el Lateranense, partido en dos trozos, en 1587 y erigido en 1589 en su actual emplazamiento también por Sixto V. La excavación, transporte e instalación corrieron a cargo de los ya conocidos especialistas en este tipo de trabajos Matteo da Castello y Domenico Fontana. Se conoce también el coste total de la operación gracias a las facturas existentes en los archivos pontificios: 10.299 escudos.

Los leones que rodean su pedestal fueron añadidos en 1818 por el arquitecto y escultor Giuseppe Valadier (1762–1839), cuya obra más importante fue la remodelación de la «Piazza del Popolo», entre 1809 y 1812.

El Obelisco «Agonale»

Este obelisco, el quinto por su tamaño, es una imitación de los egipcios y nunca estuvo por lo tanto en las tierras del valle del Nilo. Mide 16,53 m., aunque el monumento de la Fuente de los Ríos de la «Piazza Navona» del que forma parte, alcanza los 30 m.

Fue mandado labrar por Domiciano quien lo hizo recubrir con signos jeroglíficos falsos, a imitación de los egipcios, para que fuera erigido en el templo de Isis y Serapis, sito en el Campo de Marte (Iseum Campense). Se ha pensado que la piedra pudo ser extraída en los Alpes, desde donde llegaría a Roma utilizándose un complicado sistema de transporte.

En el 311 fue colocado en la spina del Circo de Majencio, construido en la «Via Appia» por el adversario de Constantino en recuerdo de su hijo Rómulo, y allí permaneció, roto en cuatro pedazos, tal y como aún se le veía en 1527.

Como no podía ser menos, despertó la atención de Sixto V, cuya primera intención fue colocarlo frente a la cercana iglesia de San Sebastián, en la misma «Via Appia», pero tal propósito se quedó solo en proyecto. Finalmente, por orden del papa Inocencio X^2, en 1651 pasó a ocupar el centro de la citada fuente obra de Bernini, en el antiguo estadio de Domiciano, ante el «Palazzo Pamphili» y la iglesia de «Sant´Agnese», construida por Borromini.

Los trabajos de preparación fueron muy complejos, ya que el monolito estaba muy estropeado en su vértice y aristas. Colaboró en estas tareas Ludovico, el hermano de Borromini, así como el jesuita alemán Athanasius Kircher que por entonces era profesor del Collegium Romanum y se dedicaba a la arqueología y en especial al estudio de la escritura jeroglífica. El fue quien restauró los falsos jeroglíficos del obelisco, publicando después un importante tratado sobre el mismo.

Bernini decoró su punta restaurada con las armas de la familia

Pamphili y la paloma con la rama de olivo. Además, le rodeó de cuatro fuentes presididas por las magníficas esculturas que representan a los cuatro grandes ríos del mundo: El Nilo, El Danubio, el Ganges y el de la Plata[3].

El Obelisco Minerveo

Es el más pequeño de toda la serie. Mide 5,47 m., aunque el monumento del que forma parte alcanza los 12,69 m. Procede del templo de la diosa Neit en Saís, donde fue erigido en tiempos del faraón Apries (661–575 a.C.) de la XXVI dinastía. Desde allí, Diocleciano hizo traer un par de obeliscos a Roma para ornato del templo de Isis y Serapis (Iseum Campense), donde estuvieron por largo tiempo. Es de un granito muy claro y está labrado en una sola pieza. Sus jeroglíficos son muy bellos y están muy bien conservados.

Fue descubierto en 1665, en el jardín del convento de la plaza que se extendía ante la iglesia de «Santa Maria sopra Minerva», baluarte tradicional de los dominicos[4], por lo que el recorrido hasta su nueva ubicación fue el más corto de todos los que realizaron los obeliscos romanos.

El papa Alejandro VII decidió, en el año 1667, que fuera colocado frente a la única iglesia gótica de Roma, «Santa Maria sopra Minerva», edificada, en el siglo XIII, en el mismo lugar donde Domiciano construyó en su día un templo dedicado a la citada diosa romana. Se daba la coincidencia de que Neit era una diosa que presentaba características similares a ella, en sus aspectos de propiciadora de la victoria y regidora de los destinos del Estado.

Al parecer Bernini, a quien el papa encargó el proyecto, no se sintió entusiasmado con el mismo por considerarlo de escasa importancia. Acababa de regresar de París, donde había realizado importantes obras para Luis XIV, y volvía precedido de un gran prestigio. Solo aplicando una idea ingeniosa y en cierta forma irónica, podía justificar su participación en el monumento que se limitó a proyectar. Dispuso el pequeño obelisco sobre un gracioso elefante y

encargó la realización del conjunto a su discípulo, Enrico Ferrata. Al elefante, llamado popularmente «il pulcino» (el pollito), se le añadió una silla de montar pues se temía que la cavidad bajo el abdomen del animal hiciera peligrar su estabilidad, y de esta suerte comenzó su popular historia. Se eligió a elefante como símbolo de inteligencia y piedad, virtudes sobre las que debe asentarse la sabiduría cristiana.

La iglesia junto a la que se halla se alzó sobre un antiguo templo pagano y fue reconstruida en el siglo XIII. Su fachada renacentista, obra de Meo di Caprina, puede considerarse el único ejemplo de la arquitectura gótica en Roma.[5]

El Obelisco Macuteo

Como el anterior, es uno de los obeliscos encontrados en el Jardín de los Dominicos, en la zona donde antiguamente estuvo el templo de Isis y Serapis (Iseum Cumpense). Es de época de Ramsés II (1279–1213 a.C.) y originariamente se alzó en el templo de Ra en Heliópolis. Llegó a Roma junto con el Matteiano (hoy en la Villa Celimontana) y ambos sirvieron de ornato al citado templo de los dioses egipcios. Es uno de los más pequeños, ya que solo mide 6,34 m. de altura, por lo que se cree que es tan solo la parte terminal de una aguja de mayor tamaño. En la actualidad forma parte del monumento que ocupa el centro de la fuente de la «Piazza della Rotonda», frente al Panteón, y que alcanza los 14,52 m.

Es el más antiguo de todos los obeliscos desenterrados, ya que fue descubierto en el año 1373. En un principio se ubicó en la cercana «Piazza de San Macuto» (a la que debe su nombre) donde estuvo hasta 1711, fecha en la que el papa Clemente XI encargó su traslado a quien era también su arquitecto predilecto, Carlo Fontana (1634–1714), a la fuente que ya existía desde hacía treinta y seis años frente al Panteón y que había sido realizada Filippo Barigioni (1672–1753).

El Obelisco «Quirinale»

Este obelisco fue pareja del que se alza en el Esquilino, ya que ambos estuvieron colocados a la entrada del Mausoleo de Augusto por orden de Domiciano, como ya hemos visto. Es por lo tanto de labra romana y no tiene jeroglíficos. Es el séptimo en el orden de tamaño y tiene unos centímetros menos que su compañero. Mide 14,63 m., aunque el monumento del que forma parte, sito en la «Piazza del Quirinale», alcanza los 28,94 m[6].

Ambos fueron hallados en 1527, pero menos afortunado que su gemelo fue abandonado y enterrado de nuevo, por lo que tuvo que esperar más de dos siglos y medio hasta que Pío VI, en los primeros días de octubre del año 1786, lo hizo instalar sobre la colina del Quirinal, ante el palacio pontificio de verano, junto a las estatuas de los Dioscuros, los Penates de Roma que, procedentes de las Termas de Constantino, llevaban allí doscientos años. Se comenzó por colocar la primera de las tres partes en que se había roto y después se le agregaron las otras dos.

Las citadas estatuas, con una altura de 5,5 m. eran copias romanas de originales griegos del siglo V a.C., y acompañados de sus caballos, de los que eran expertos domadores, dieron un segundo nombre a la colina, el de «Monte Cavallo». En 1818 se completó el conjunto añadiendo una enorme pila de granito que había servido de abrevadero en el Foro, cuando este era el «campo vaccino».

El Obelisco Salustiano

Este obelisco que se alza ante la iglesia de «la Trinita dei Monti», al final de la escalinata de la «Piazza di Spagna», es una copia, aunque de menor tamaño, del obelisco Flaminio, de época de Ramsés II, que hoy se alza en la «Piazza del Popolo». Se labró para ornato del circo de los Horti Sallustiani, la hermosa residencia del gran historiador Salustio Crispo (86–13 a.C.) que finalmente pasó a ser

propiedad de los emperadores. Es uno de los más pequeños, mide 13,91 m. de altura y con el pedestal y la base añadidos, más del doble, 30,45 m. Debió de llegar a Roma en época de los Antoninos y se le decoró con falsos jeroglíficos, incluso muchos de ellos invertidos, lo que le convierte en un ejemplar único. Permaneció en su emplazamiento unos doscientos años, pero en el transcurso del incendio de Alarico en el 409 fue derribado y roto. Desde entonces permaneció sepultado entre las ruinas del citado circo, también arrasado, y nunca más reconstruido.

Cuando en 1527 se descubrieron los dos obeliscos que habían presidido la entrada del Mausoleo de Augusto, aún se podía ver a este otro en la viña de Vicenzo Vittore, en el solar de la futura Villa Ludovisi[7], que, desgraciadamente, después de la marcha de los nacionalistas italianos fue víctima de la especulación del suelo, hasta el extremo de desaparecer del plano urbanístico de la ciudad.

Sixto V pensó en colocarlo ante la iglesia de «Santa Maria degli Angeli», edificada por Miguel Ángel sobre las ruinas de las Termas de Diocleciano, pero su muerte impidió la realización de tal proyecto, por lo que siguió en la Villa Ludovisi hasta 1783. El 22 de marzo de ese mismo año el papa Clemente XII recibía el obelisco como regalo de la princesa Ludovisi. Su deseo era que fuese colocado ante fue fachada principal de la iglesia Lateranense, pero se temió que desluciera ante el otro que, procedente del Circo Máximo, ya se encontraba allí y era de mucho mayor altura. El caso es que acabó siendo trasladado junto a la «Scala Santa», donde permaneció en posición horizontal por espacio de medio siglo.

Finalmente, bajo el pontificado de Pío VI, en el año 1789, se trasladó a la terraza que precede a la iglesia de «la Santa Trinitá dei Monti», colocándose sobre el alto pedestal que su pequeñez requería. Giovanni Antinori remató su vértice con una cruz de metal que contenía reliquias del lignum crucis y de otros muchos santos: San Pedro. San Pablo, San José, Pío V, San Agustín y San Francisco de Paula. Goethe alcanzó a verlo en su sitio antes de salir de Roma.

Desde el lugar en el que se encuentra ubicado se puede disfrutar de las vistas más bellas de Roma. La iglesia fue fundada por los franceses en 1495 y aunque sufrió serios daños, sigue conservando restos de su decoración barroca en las bóvedas, parte de la cual es

obra de Daniele da Volterra, discípulo de Miguel Ángel.

El Obelisco «Solare» (o «Campense»)

Augusto hizo traer este obelisco desde Heliópolis en el año 10 a.C., junto con el Flaminio que hoy se alza en la «Piazza del Popolo». Al parecer compartieron en mismo barco en el que fueron trasladados desde Egipto, siendo este destinado a servir de gnomon (aguja) al reloj solar que había hecho construir en el Campo de Marte, el horologium Augusti, rodeado por una esfera de mármol cuyas rayas de bronce indicaban los meses y los días. El arquitecto encargado de su diseño y de la dirección de la obra fue Facundus Novius. Mide 21,79 m., y en la actualidad tal y como está instalado en la «Piazza de Montecitorio», alcanza los 33,97 m. Fue labrado en época de Psamético II (595–589 a.C.) faraón de la XXVI dinastía.

Instalado en su destino previsto (en lo que es actualmente la «Piazza di San Lorenzo in Lucina»), allí debió de permanecer por lo menos hasta el año 357, en el que testigos coetáneos aún nos hablan de su presencia en dicho lugar. Es posible que se mantuviera en su sitio hasta 1084, fecha en la que fue derribado por la invasión normanda que, al mando de Roberto Guiscardo, causó grandes daños en los edificios de la ciudad. Así parecen acreditarlo las huellas del fuego que en él se observan y los deterioros que presenta sobre todo en sus cantos. Se encontraba rodeado de edificios y entre ellos se desplomó hecho pedazos. Y así, desaparecido bajo las ruinas las casas incendiadas, permaneció por espacio de cinco siglos.

Sixto V, conocedor de su existencia, encargó a Fontana su exhumación, pero esta tarea presentaba tan grandes dificultades, dado su mal estado de conservación, que hubo de ser abandonada. Benedicto XIV (1675–1758) encargó a Zanaglia el mismo cometido, pero por las mismas razones se desistió del intento. Finalmente, fue el papa Pío VI quien en el año 1792 consiguió que fuera sacado a la luz y que se colocara frente al «Palazzo de Montecitorio». Para su restauración se utilizaron los restos de la columna de Antonino Pío, también destruida por el incendio. Se colocó de nuevo sobre su

pedestal y su vértice fue rematado por una esfera y una corona de rayos solares, haciendo alusión a su destino originario.

El «Palazzo di Montecitorio», obra de Bernini, fue remodelado por Carlo Fontana en 1697 para convertirse en el Tribunal papal de justicia. En 1871 fue designado como sede de la Cámara de Diputados y hoy lo es del Parlamento italiano.

El Obelisco Aureliano (o Pinciano)

Fue mandado labrar por Adriano (117–138) para ornato del monumento funerario dedicado a Antinoo. Mide 9,24 m. de altura y el conjunto del que forma parte, en la Colina Pinciana, alcanza los 17,26 m.

Es el último de los obeliscos hallados en Roma y el que más largos recorridos ha hecho por la ciudad desde el que fuera su primer emplazamiento, cuya ubicación exacta aún se desconoce : ¿Villa Adriana en Tívolí? ¿La tumba del joven bitinio en la «Via Labicana»?.

En tiempos de Heliogábalo se colocó en la spina del Circo Variano, así llamado en honor a este emperador cuyo nombre era Sextus Varius Avitus Bassianus, aunque había de pasar a la historia con el que hacía referencia a su cargo de sacerdote del dios solar El-Gabal, venerado en su ciudad natal de Emesa. Dicho circo formaba parte de la residencia imperial, que iniciada por Septimio Severo, se construyó en el lugar conocido por Ad Spem Veterem, en la parte oriental de la ciudad, varias veces citado al hablar de los acueductos de la ciudad. Comprendía el palacio denominado Sessorium, el anfiteatro castrense y el circo, que medía 565 m. de largo por 125 m. de ancho. Era más pequeño que el circo Máximo, pero mayor que el de Majencio.

Más tarde, en el siglo XVI, inició su particular peregrinaje. En 1580 los hermanos Curzio y Marcello Saccoccia lo colocaron sobre un arco del Aqua Felice, dejando constancia del hecho en una

inscripción conmemorativa. En tiempos de Urbano VIII los Barberini lo quitaron de allí con la intención de trasladarlo al patio de su palacio familiar, pero este proyecto no se llevó a cabo por lo que se mantuvo olvidado en el recinto palacial hasta que Donna Cornelia Barberini se los regaló al papa Clemente XIV que fue quien ordenó su traslado al Vaticano. Finalmente, Pío VII en el año 1822 lo mandó colocar en la colina del Pincio, en el bello parque creado por Valadier.

El Obelisco «Matteiano»

Es el más pequeño de todos, ya que mide 2,68 m y el monumento del que forma parte en la Villa Celimontana llega a los 12,23 m. Fue compañero del Macuteo y como él procedía del templo de Ra en Heliópolis, donde fue erigido en tiempos de Ramsés II (1279–1213 a.C.). Estuvo en el templo de Isis y Serapis (Iseum Campense) y fue hallado en el siglo XIV, colocándose al este de «Santa Maria in Ara Coeli», en la colina Capitolina, donde estuvo hasta que Miguel Ángel diseñó la plaza en el siglo XVI. En el año 1587 fue trasladado por Ciriaco Mattei a la Villa Celimontana y allí permaneció fragmentado hasta 1820, fecha en la que se procedió a su restauración y ubicación en sus bellos jardines.

La Villa Celimontana es un hermoso parque público que ocupa la cima occidental del monte Celio, propiedad de la familia Mattei desde 1581. Como ya vimos al estudiar esta colina, son muchos restos arqueológicos que aún se perciben en ella. En el año 1858 todo el conjunto fue transformado por el arquitecto francés Pierre Charles l´Enfant (1754–1825) por iniciativa de Laura María Giuseppa dei Beaufremont, y en 1870 volvió a ser reformado, recobrando su primitivo aspecto neogótico, a instancias de su último propietario Richard von Hoffmann, barón de Baviera que lo había adquirido en 1802. Al término de la Primera Guerra Mundial fue expropiado por el Estado italiano con la excusa de ser considerarlo propiedad del enemigo en suelo patrio. Desde 1926 pasó a se propiedad de la Comuna de la ciudad, siendo declarado en 1928 parque público.

El Obelisco Dogali

Procede de Heliópolis desde donde fue traído con otro compañero que hoy se encuentra en los Jardines Boboli de Florencia. Ambos, de la época de Ramsés II (1279–1213 a.C.), sirvieron de ornato al templo de Isis y Serapis (Iseum Campense). Mide alrededor de 6,34 m. y fue encontrado en 1883 por Rodolfo Lanciani en las proximidades de «Santa Maria sopra Minerva». Actualmente forma parte del monumento levantado en honor de los héroes de la batalla de Dogali que tuvo lugar en 1887. En ella fueron asesinados 548 soldado italianos por las tropas etíopes en el transcurso de la primera guerra de Etiopia. Primero se alzó frente a la Estación Termini, en la «Piazza del Cinquecento» y en 1924 fue trasladado a su actual emplazamiento en las Termas de Diocleciano, en lugar muy próximo a la «Piazza della Republica».

El Obelisco de Akxum

Fue traído a Roma por los ejércitos de Mussolini desde Etiopia en 1937, como trofeo de guerra. Mide 24 m. de altura y fue ubicado en la «Piazza di Porta Capena». En 2002 fue alcanzado por un rayo y después de su restauración se desmontó y se devolvió a Etiopia.

Obeliscos modernos

Como recordatorio final haremos mención, solo de pasada, a varios obeliscos de la ciudad, tales como el de «Villa Medici», copia del siglo XIX del que fue encontrado en sus jardines y llevado a Florencia; los dos obeliscos de granito de Baveno, erigidos en 1842 en la «Villa Torlonia»; el del Foro Itálico de mármol de Carrara y

una altura de 17,5 m., erigido en 1932 en honor de Benito Mussolini, como reza en su inscripción, Mussolini Dux; y el dedicado a Guglielmo Marconi, de 45 m. de altura erigido en el centro del distrito EUR, para las Olimpíadas de 1960 y en el que en 92 paneles de mármol blanco aparecen ilustraciones de su vida y carrera.

1 En algunos relatos se dice que en tales momentos estaba presente Sixto V y su corte. Sin embargo, Alexander Hübner, el mejor biógrafo de este pontífice ha demostrado la inexactitud de esta noticia.

2 El papa Inocencio X partencia a la familia Pamphili. De él conservamos el magnífico retrato que le hizo Velázquez y que se encuentra en el «Palazzo Doria».

3 Cf. Capítulo XXIII, Las Fuentes de Roma: las Fuente de la «Piazza Navona».

4 Su celo ante los herejes hizo que los dominicos fueran conocidos con el nombre de Domini Canes (sabuesos del Señor).

5 En su interior se conservan obras de arte y las tumbas de famosos papas y conocidos personajes: la de Santa Catalina de Siena, la del Cardenal humanista Pietro Bembo, la de Fra Angélico, el célebre fraile y pintor dominico, etc. Destacan también las tumbas del siglo XVI de los papas pertenecientes a la familia Medici, León X y su primo Clemente VIII, así como la suntuosa Capilla Aldobrandini, donde fue enterrado el cardenal Cincio Aldobrandini, sobrino de Clemente VIII. En la fachada del Hotel Minerva una placa recuerda que Stendhal, el autor de Le Rouge et le noir y La Chartreuse de Parme, vivió allí entre 1834 y 1836.

6 Cf. Capitulo XXIII, Las Fuentes de Roma: La Fuente de «Montecavallo».

7 La Villa Ludovisi fue construida en el siglo XVII por Domenichino en el lugar que ocuparon los Horti Sallustiani, por encargo del cadernal Ludovico Ludovisi. Sus bellos jardines fueron diseñados por André Le Nôtre, el arquitecto que hizo los del Palacio de Versalles. La Villa pasó a las manos de los Boncompagni que en

1672 la alquilaron al rey Víctor Manuel II, quien la utilizó como residencia de su amante, Rosa Vercellana. En 1883, pese a las protestas de la clase intelectual, el príncipe Piombino Boncompagni vendió la propiedad tras dividirla en parcelas.

XXIII. LAS FUENTES DE ROMA

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Monumentales): 3,5 MB

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Ornamentales): 6 MB

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Pietro Lombardi): 2,1 MB

Se dice que Roma es la ciudad de un río «castigado», y es verdad, porque el Tíber fue encajonado en 1870 para evitar sus repetidos desbordamientos con la construcción del Lungotevere, pero al tiempo se suele señalar que en ella tanto, antaño como hogaño, siempre ha cantado el agua en sus fuentes públicas, alimentadas por los numerosos acueductos que las mantenían y mantienen vivas para el servicio y deleite de los ciudadanos.

Roma fue en la antigüedad una ciudad limpia, dentro de los cánones de limpieza entonces al uso, dotada de grandes espacios verdes y, además, bien abastecida de agua, tanto en sus fuentes, como en sus termas y jardines, de suerte que sus habitantes podían disfrutar de tales beneficios en la medida de sus gustos y necesidades. Este panorama se mantuvo vivo hasta que los bárbaros mutilaron los acueductos que hasta ella llegaban. El mayor de sus destrozos se produjo en el transcurso del asedio de Vitiges, rey de los ostrogodos, en los meses de febrero a marzo del 558, ya que para promover la caída de la ciudad, procedió al corte de varios tramos de los principales acueductos, privándola así del flujo del agua potable. Esta fatal medida puso fin al suministro de las fuentes y la total sequía de la campiña que rodeaba a la urbe. La falta de salubridad en el agua de consumo propició, a partir de entonces, la propagación de la peste y de otras muchas enfermedades derivadas de la falta de higiene, lo que se hubiera evitado en una gran medida, si el agua hubiera seguido corriendo desde los manantiales a través de los acueductos y depurándose en las correspondientes torres de decantación colocadas al final de sus recorridos. Donde el agua caduta fluía, como decían los antiguos romanos, se aseguraba

el bienestar de las ciudades.

Las fuentes urbanas han contribuido, en buena parte, a generar la llamada cultura del agua. Tanto en Grecia como en Roma el suministro del agua potable a las ciudades se hacía a través de las fuentes públicas a las que acudían por lo general las esclavas o mujeres de la casa, como puede verse en algunas de las escenas que decoran las hidrias de la cerámica ática. En Roma, algunos potentados gozaron del privilegio de tener en sus mansiones una acometida privada, pero su precio era tan elevado que solo los acaudalados propietarios de grandes villas podían permitirse tal lujo. En la Edad Media y época posteriores, podría decirse que hasta mediados del siglo pasado, que fue cuando se generalizó la entrada del agua a los domicilios particulares, se lavaba en el río o en los lavaderos mientras que el «agua de beber» seguía siendo la de las fuentes. De su acarreo a las casas solían ocuparse las mozas o criadas para quienes esa salida, sobre todo a la caída de la tarde, representaba en muchas ocasiones su único rato de asueto y la excusa para compartirlo con los posibles pretendientes que acudían al reclamo de una imprevista o concertada cita. Estos encuentros han servido de inspiración a muchos pasajes de la literatura de todos los tiempos, y a ellos alude el refrán que amonesta: tanto va el cántaro a la fuente que se rompe...

Las fuentes de Roma son uno de sus mayores atractivos y punto obligado de referencia y encuentro. Se hallan por todas partes, grandes o pequeñas, y en ellas el agua brota de las más variadas creaciones escultóricas: cabezas de leones, de tritones, de ninfas, de hipocampos, de máscaras, de ánforas, de tiaras, etc. La mayoría de ellas se empezaron a construir a partir del siglo XVII, casi un siglo después de que surgieran las de Florencia en las que primó la predilección por los bellos y elegantes ornatos escultóricos. Las romanas, en cambio, se decantaron por la monumentalidad arquitectónica, rasgo que caracteriza a la gran mayoría, posiblemente porque en la memoria colectiva aún prevalecía la imagen de los arcos de triunfo y de los hermosos ninfeos construidos en los puntos en los que el agua llegaba a la ciudad procedente de los distintos acueductos. Sin embargo, especial interés ofrecen las «fontanelle» o fuentes de barrio que construidas a comienzos del siglo XX vinieron a resaltar los símbolos más

característicos de cada uno de ellos. El diseñador de casi todas fue Pietro Lombardí del que más adelante hablaremos.

En el siglo XVI, las nuevas inquietudes urbanísticas acerca de la mejora de la vieja urbe propiciaron el hecho de que el arquitecto y escultor Giacomo della Porta se convirtiera en uno de los más destacados proyectistas de las fuentes con las que se adornaron las principales plazas que en esos momentos se trazaron. Colaborador de Miguel Ángel y discípulo de Vignola, trabajó con el primero a partir de 1563, siguiendo sus proyectos y planos destinados a la creación de espacios abiertos con los que dotar a la ciudad de una fisionomía más acorde con los nuevos tiempos. Con el propósito de atender a la instalación y funcionamiento de las fuentes se creó la Comisión de «diputati sopra le fontane» de la que fue nombrado fontanero mayor el mismo Giacomo della Porta[1].

Interés primordial de varios pontífices fue restaurar algunos de los viejos acueductos cuya función se había interrumpido en el Medievo, con el fin de dotar de agua potable a muchos de los barrios que aún carecían de este beneficio. Se inició, así también, la costumbre de señalar el punto de llegada de tales acueductos con las llamadas «mostre d´acqua», es decir, fuentes monumentales, con suficiente presión para enviar agua a otras fontanas y lugares previstos. Además, con tales obras de carácter público se apuntaban el tanto de emular las obras emprendidas otrora por emperadores y destacados personajes, como Augusto, Agripa, Claudio, Trajano, etc., quienes, en su día, se afanaron por dotar o mejorar el suministro de agua a la ciudad. De entre ellos mención especial merecen Nicolás V, Sixto IV, Urbano VIII, Inocencio X y Clemente XII.

La mayoría de las fuentes romanas sorprenden a los visitantes extranjeros por su accesibilidad, ya que muchas de ellas fueron proyectadas como bebederos para los animales que transitaban por sus cercanías y para que en ellas también pudieran refrescarse los viandantes. A tal fin se dispusieron, tanto en la propia ciudad como a las afueras de la misma, en las vías próximas al trazado de los acueductos.

En 1765 un escritor británico, Tobías Smollett, enamorado de Roma escribía: «No hay nada tan agradable a la vista de un extranjero,

sobre todo en el calor del verano, que el gran número de fuentes públicas que hay por toda Roma, embellecidas con esculturas y derramando una cantidad prodigiosa de deliciosa agua fresca».

La costumbre de refrescarse en sus pilones se sigue manteniendo a pesar de que, en la actualidad, está prohibido sumergirse en ellos. La tentación es muy grande en los meses de verano y en horas en las que falla la vigilancia, en los al mediodías o en las noches tórridas del «ferragosto», no es extraño encontrar a quienes arrostran sin miedo el peligro de una multa.

Recordaremos aquí las más conocidas, no por el orden cronológico de su construcción sino en función de su significado e importancia. En los casos en los que ya nos hayamos referido a ellas remitiremos al capitulo correspondiente para completar su descripción. Al citarlas hemos optado tanto por su nombre en italiano como el español o incluso a ambos, ateniéndonos al más conocido en cada caso.

Fuentes monumentales

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Monumentales): 3,5 MB

La «Fontana de Trevi»

Sin lugar a dudas es la más famosa de cuantas engalanan a Roma. Gracias, entre otras muchas cosas, a la película Three coins in the fountain[2] y a la canción del mismo nombre que la hizo célebre, no hay turista que no la visite, se haga una foto frente a ella y arroje las tres célebres monedas, vuelto de espaldas, que le garantizan ver cumplido el deseo que pida y una nueva visita a la ciudad.

Se encuentra ubicada en la confluencia de tres calles («tre vie»), hecho al que debe su nombre, ocupando un espacio sorprendente, devorado por su grandiosa estructura. Se apoya en uno de los lados del palacio de los duques de Poli y alcanza unas grandes

dimensiones: 26 m. de altura y 20 m. de anchura (40 m. si se considera todo el frente). El caudal de sus cascadas es de unos 130 litros de agua por segundo y está alimentada por el acueducto Acqua Vergine, obra emprendida por Agripa en el año 19 a.C., el gran urbanizador del antiguo Campo de Marte. Con el fin de abastecer a sus famosas Termas, anexas al Panteón, encargó la canalización del agua desde un manantial al que se le atribuyó una romántica leyenda: una doncella, una virgen providencial, se lo mostró a unos soldados para que de él bebieran, cuando estaban a punto de morir de sed. Esta misma vena nutre a la Fuente de los Ríos, en la «Piazza Navona», a la de la Barcaza de la «Piazza di Spagna», a las dos de la «Piazza Farnese» e incluso a las de «Villa Giulia».

Fue el papa Clemente XII quien decidió en 1730 sustituir una antigua fuente que allí se hallaba, realizada por León Battista Alberti en 1453, por otra nueva. Para su ejecución convocó un concurso en el que se eligió el plano presentado por Nicola Salvi (1697–1751), arquitecto al que, desde entonces, se le atribuye la autoría de la fuente, aunque en su ejecución intervinieron varios escultores, como veremos a continuación. Las obras se empezaron en 1735, pero no se terminaron hasta 1762, fecha en la que ni el papa ni Salvi vivían ya.

Al parecer el citado proyecto se inspiró en uno del Bernini, presentado al papa Urbano VIII en 1629 y que, en su momento, fue aprovechado por Nicola Salvi, famoso por sus «machine de fuoco artifiziato», muy de moda por entonces. Con motivo de las bodas de Fernando VI con Bárbara de Braganza (1729) levantó sobre la Barcaza de la «Piazza di Spagna» una especie de falla de unos 40 m. de altura. Era una estructura lígnea en la que las estatuas alegóricas representaban el triunfo del amor y del matrimonio. Es innegable que tales arquitecturas efímeras, de las que Nicolás Salvi fue un gran maestro, han ejercido una gran influencia en la concepción de las fallas levantinas.

Su ambiciosa concepción y características la han convertido en un monumento singular e irrepetible. Su estructura está inspirada en la magnificencia de un arco de triunfo, imagen siempre presente en la mentalidad de los arquitectos romanos. Se apoya en cuatro

columnas de fustes lisos y capiteles compuestos y a ambos lados se extienden sendos cuerpos adornados con tres pilastras, también de capiteles compuestos y en los que se abren doce ventanales, seis a cada lado, dispuestos en dos alturas. Los del piso inferior aparecen rematados por frontones triangulares y de cuarto de círculo los del superior. El ático se corona con el escudo de los Corsini (la familia de Clemente XII), cobijado bajo la tiara papal y las llaves de San Pedro, simulando ser sostenido por dos esbeltos ángeles que llevan una tuba en sus manos. Con tal claro emblema, obra del escultor Paolo Benaglia, se quería significar la munificencia del pontífice. En la balaustrada se encuentran cuatro estatuas que simbolizan las cuatro estaciones del año y que fueron esculpidas por destacados escultores de taller: Corsini, Ludovisi, Pincellotti y Queirolo.

El protagonista del espectacular conjunto, máxima expresión del barroco italiano, es la figura de Neptuno Triunfante (o del Océano) que se alza en la gran hornacina central, rematada con una cubierta generada por un arco de medio punto y apoyada en cuatro columnas de capitel compuesto. Su rostro de corte clásico, muestra una espesa barba y su brioso cuerpo aparece semicubierto por un amplio manto que flota en torno a su figura a impulsos del viento. Se alza sobre una pequeña nave que, en forma de concha marina, recuerda por su diseño a los carros triunfales. Tirada por bellos caballos marino alados, se desliza gobernada por los dos tritones que les sirven de aurigas. Uno de ellos lucha con el hipocampo más indómito, mientras que el otro conduce al suyo sin esfuerzo, soplando una caracola marina. Con este contraste se quiso aludir a los dos aspectos del mar, el encrespado y sereno. El agua corre en su entorno con opulencia y con estrépito entre sus rocallas dispuestas en cascada a sus pies. El escultor que inició las obras de tan fastuoso conjunto fue Giovanttista Maini, siendo el continuador de las mismas Pietro Bracci (1700–1773).

A ambos lados, en nichos adintelados, se encuentran la representación de la Abundancia y de la Salubridad, obra del florentino Filippo Valle (1698–1766). Sobre ellas se encuentran dos placas relivarias en las que se representaron los episodios alusivos a la leyenda del hallazgo del manantial. En uno se ve el momento en el que los soldados descubren el manantial conducidos por la providencial doncella; y en el otro al propio Agripa, aprobando la

construcción del acueducto. La última restauración de la fuente tuvo lugar en 1998.

En la antigua Roma ya existía la costumbre de arrojar monedas a los lagos y manantiales como tributo a las náyades, las ninfas protectoras de las aguas, tal y como se hacía ya en el Lacus Curtius que se encontraba en el Foro. Las monedas que se arrojan al gran pilón de esta hermosa fontana se suelen recoger cada dos días y se destinan a obras de beneficencia. En otros muchos lugares en los que hay una fuente o agua remansada es frecuente observar como la gente mantiene la costumbre de echar monedas sin saber tal vez el significado de tal gesto. Lo que si es cierto es que esta práctica ha sido generadora de interesantes colecciones numismáticas.

Las Fuentes de la «Piazza Navona»

En esta famosa plaza[3], una de las más bellas del mundo, trazada sobre el espacio del que fue en su día en Estadio de Domiciano (Circo Agonale), se alzan tres bellas fuentes que constituyen uno de sus principales atractivos. Fue el papa Inocencio X Pamphili quien escogió este lugar para construir su residencia familiar, el «Palazzo Pamphili», terminado en 1650, así como la Iglesia de «Sant´Agnese in Agone» que se concluyó una década después. Ambos edificios son obra de Girolamo Rainaldi, su hijo Carlo y Francesco Borromini, este último declarado rival de Bernini, circunstancia que dio origen a no pocas anécdotas referidas a las fuentes y a sus edificios.

Hasta el siglo XIX todos los sábados y días de fiesta de mes de Agosto se dejaban correr estas bellas fuentes hasta que la plaza se inundaba para regocijo de todos los romanos que podían chapotear en el agua del improvisado lago, mientras los ricos la cruzaban con sus carruajes salpicando a los transeúntes. Esas fechas en las que tenía lugar tal espectáculo eran una de las más esperadas por el pueblo a lo largo del año. También se celebraban aquí la famosa fiesta de la «Bezana», una encantadora anciana encargada de traer regalos a los niños el día de la Epifanía, es decir, el día 6 de enero.

La «Fontana dei Quattro Fiumi» (de los Cuatro Ríos)

A pesar de que, en un principio, Bernini no fue el arquitecto elegido por el papa Inocencio X para la ejecución se sus obras, dada la estrecha relación que había mantenido con los Barberini, no tardó en ganarse su voluntad, valiéndose de la influencia que sobre el pontífice ejercía su dilecta cuñada, Doña Olimpia Maidalchini, la Pimpaccia o Papessa como era llamada, y sobre la que existe un sin fin de controvertidas opiniones y leyendas. En un alarde de adulación se atrevió a obsequiarla con un boceto de la fuente, de 1,5 m. de altura, hecho en plata, con el que se ganó su favor y el encargo de su construcción.

De esta manera Bernini pudo ver realizado su proyecto en 1651, iniciando las obras de esta hermosa fuente, la de mayores proporciones en aquella época, en el centro del antiguo estadio domicianeo. Sus principales protagonistas son las estatuas colosales de los ríos Danubio, Ganges, Nilo y el Plata, como representación de las cuatro partes del mundo, Europa, Asia, África y América. Estas figuras fueron esculpidas por sus discípulos: el Ganges (con un remo en su mano izquierda), por Claudio Poussin; el Nilo (con la cabeza velada por desconocerse sus fuentes), por Giacomo Antonio Fancelli; el Danubio, por Antonio Raggi; y el río de la Plata (con el brazo levantado) por Francesco Baratta. Según una tradición popular se asegura que Bernini diseñó esta figura con un brazo en alto, para que con él se cubriera la cara y evitase la visión de las horribles fachadas de los edificios realizados por Borromini.

Estas cuatro figuras que se alzan sobre el gran pilón de la fuente, rodean el enorme roquedal triangular que sirve de sostén al monumento. Tal espectacular rocalla aparece horadada por pretendidas grutas de las que emergen plantas y diversos animales: un león, un caballo marino, una serpiente de tierra, una serpiente de mar y un cocodrilo. En ella se aprecia, también, el escudo de armas de los Pamphili. Todo este conjunto escultórico sirve de pedestal a un obelisco egiptizante de época de Domiciano erigido para el templo de Serapis y labrado, probablemente con granito de los Alpes. Se cree que después estuvo en la residencia que este emperador tenía en Albano, siendo colocado, más tarde, en la espina del Circo de Majencio, en la Vía Apia. Allí fue donde

despertó el interés de Inocencio X que, en un principio, pensó en colocarlo delante de la iglesia de San Sebastián, sita en la misma Vía Apia. Sin embargo en 1651 ordenó que fuera incorporado a la fuente que se iba a alzar frente a su palacio[4].

Tal vez fuera el propio Bernini quien le convenciera acerca de la sugestiva idea de que tan importante símbolo del poder solar en el antiguo Egipto se elevase como manifestación de un nuevo poder, en este caso el de la Iglesia y, por ende, el de su representante en la tierra. Los trabajos de su traslado fueron complicados, puesto que yacía por tierra roto en cuatro pedazos, así como los previos a su colocación en tan complejo monumento de cuya estabilidad se llegó a dudar en muchos momentos. En ellos colaboraron Ludovico Bernini, el hermano de Gian Lorenzo, y el famoso jesuita Atanasio Kircher[5], que fue quien restauró los deteriorados jeroglíficos, ya que el monolito estaba en muy mal estado de conservación. Bernini decoró la punta del obelisco con una paloma llevando un ramo de olivo en su pico, animal heráldico de Inocencio X. Se ha dicho y con razón que sus principios de estabilidad pueden compararse con los de la Torre Eiffel de París, ya que se trata de un obelisco apoyado en cuatro puntos claves para su sostenimiento. En realidad, puede decirse que fue un alarde arquitectónico animado por la más espectacular expresión del ambicioso barroco romano.

El coste de tan magna obra fue muy elevado, alcanzando la cifra de unos 29.000 escudos, por lo que para su financiación se aumentaron de forma notable los impuestos sobre el pan y otros productos de primera necesidad. Tales medidas provocaron el descontento general del pueblo y la consiguiente aparición de libelos condenatorios, ante las medidas adoptadas, cubriendo las célebres estatuas parlantes de la ciudad, varias veces citadas en este libro.

A lo largo del tiempo, la fuente ha sido objetos de varias restauraciones, la última de las cuales ha tenido lugar en el año 2008.

La «Fontana del Moro»

Las dos fuentes laterales de la plaza fueron colocadas en su actual

emplazamiento por Giacomo della Porta, en 1576, en tiempos de Gregorio XIII Boncompagni (1572–85).

La del lado meridional fue remodelada, en 1651, por Bernini quien añadió a la figura del delfín que se alzaba en su centro, la de un africano (o etíope), montado sobre una concha y luchando con el citado animal. Esta escultura es la que da el nombre a la fuente, conocida con el nombre de «Fuente del Moro». Se encuentra rodeada por las figuras de cuatro tritones y otros tantos mascarones que desde el borde de la primera pileta, de forma estrellada, sirven de surtidores por los que brota el agua que llena la segunda cubeta de mayor diámetro.

Los tritones originales se encuentran en los jardines de «Villa Borghese» ya que fueron reemplazados por copias, en el siglo XIX, las mismas que actualmente decoran esta fuente.

La «Fontana de Neptuno»

La del lado septentrional está presidida por la figura de Neptuno, el gran dios del mar, al que debe su nombre. Armado con un tridente, parece luchar contra los animales marinos, rodeado por nereidas e hipocampos. La obra escultórica fue realizada, en 1878, por los escultores Della Bitta y Zappala.

La «Fontana de Montecavallo» o de los Dioscuros (Quirinal)

Se alza en el centro de la Plaza del Quirinal, colina que por la presencia de los dos hermosos gemelos, Cástor y Pólux con sus briosos caballos, pasó a se conocida con el nombre de «Montecavallo». Está alimentada por el «Acqua Felice» cuyo término está señalado por «la Fontana de Mosé», y unos cientos de metros más allá esta misma vena surte también a las llamadas «Quattro Fontane».

Su estructura es el resultado de una curiosa superposición de materiales muy heterogéneos con los que, a pesar de todo, se ha

logrado una magnífica composición. Las dos estatuas de los Dioscuros, los penates de Roma, estaban en dicho lugar desde la Antigüedad, a la entrada de las Termas de Constantino. A finales del siglo XVI, Sixto V, sin que el desnudo integral de los efebos le escandalizase lo más mínimo, encargó a Domenico Fontana que sirvieran de ornato a una primera fuente que allí se alzó, girando su postura para que aparecieran tal y como ahora se encuentran. Doscientos años más tarde, Pío VI decidió añadir al conjunto uno de los obeliscos que había estado a la entrada del Mausoleo de Augusto[6], terminándose lo que fue un dificultoso traslado en 1786. Más tarde, en 1818, por encargo de Pío VII, R. Stern procedió a su total remodelación, incorporando a sus variados elementos el pilón de pórfido que servía de bebedero al ganado vacuno que transitaba por el Foro («Campo Vaccino») sobre todo en los días de feria.

Esta fuente confiere a la plaza una gran monumentalidad no solo en virtud de los elementos escultóricos que en ella se han reunido, sino sobre todo por el significado de quienes fueron los divinos gemelos, Cástor y Pólux, cuyo culto importó Eneas desde la mítica Troya. Tanto desde aquí como desde la escalinata del Capitolio se mantienen como los eternos protectores de la ciudad.

La «Fontana della Barcaccia» (Barcaza)

Se encuentra en la «Piazza di Spagna» a los pies de la escalinata que sube hasta la iglesia de «Trinitá dei Monti». Dicha Plaza recibe su nombre por haber sido costeada por Fernando el Católico. En ella se encuentra la Embajada Española ante la Santa Sede, el domicilio de la del Orden de Malta y, en uno de sus laterales, la columna de la Inmaculada que conmemora la proclamación por Pío IX del dogma de la Inmaculada Concepción, próxima al «Collegio di Propaganda Fide», cuya fachada (1665) es una de las últimas obras de Francesco Borromini.

De dicha plaza salen unas de las calles más conocidas y elegantes de la ciudad. Destaca la «Via dei Condotti», donde se encuentra el famoso Café Greco, centro de la vida intelectual del Setecientos: la «Via Frattina», la «Via del Babuino», donde suele haber exposiciones todo el año y la «Vía Margutta», donde se ubican los talleres de los

más conocidos artistas.

Fue Urbano VIII quien encargó la construcción de esta fuente a Pietro Bernini, el padre de Gian Lorenzo entre 1627 y 1629. Su diseño recuerda al de las barcas que se usaban por entonces para el transporte del vino, en este caso a punto de hundirse. Según se decía el motivo de su inspiración fue el de una de estas barcazas fluviales que quedó encallada a orillas del Tíber en el transcurso del desbordamiento que se produjo en 1598. Es posible que en esta obra ya interviniera Gian Lorenzo y fuera él quien la acabase.

La escasa altura de la fuente se debe a la baja presión del agua que procedente del «Acqua Vergine» llegaba a este punto. Dicho acueducto fue puesto en servicio en 1510 y reforzado por Urbano VIII en 1627, fecha en que Pedro Bernini erigió la fuente en la plaza que se hallaba a los pies de la iglesia de «Tinità dei Monti», cuando aún no existía la famosa escalinata que conduce hasta ella. El agua brota de un pequeño surtidor central y de otros seis puntos, situados tres en la proa y otros tres en la popa. Las abejas y los soles que decoran la barcaza son los motivos heráldicos de los Barberini.

La monumental escalinata de 135 peldaños, uno de los lugares más típicos y frecuentados de la ciudad fue inaugurada por el papa Benedicto XIII con ocasión del Jubileo de 1725. Sus diseñadores fueron Alessandro Spechi y Francesco de Sanctis, contando con la financiación de la Casa Real de los Borbones franceses quienes deseaban conectar la Embajada Española, regida entonces por la dinastía borbónica española, con la iglesia de «Trinità dei Monti» construida por orden de Carlos VIII de Francia en 1495. La actual fachada es obra de Carlo Maderno y delante de ella se colocó en 1769 un obelisco a imitación de los antiguos egipcios que se encontraba en los Horti Sallustiani, en las proximidades de la actual «Porta Pinciana»[7].

Esta escalinata, siempre cubierta por los puestos de los vendedores de flores, era el lugar donde se daban cita los jóvenes vendedores de violetas que se ofrecían como modelo a los pintores y escultores que solicitaban sus servicios. Sus bellos cuerpos adolescentes, copiados del natural, servían de motivo de inspiración tanto para la recreación de personajes masculinos como femeninos. En Mayo es famosa la exposición de las azaleas que invaden todos sus peldaños.

La «Fontana de Mosè o del Acqua Felice»

Situada en la «Piazza di San Bernardo» es una de las fuentes de mayores proporciones de cuantas se encuentran en Roma. Fue diseñada y erigida por Giovanni Fontana (hermano de Domenico), entre 1586 y 1590, en el punto final del acueducto de «Acqua Felice», así llamado por ser una de las grandes obras realizadas por el papa Sixto V (Felice Peretti) para hacer llegar el agua a los nuevos barrios surgidos en torno al Viminal y al Quirinal y, sobre todo a la «Villa de Montalto Peretti», propiedad de su acaudalada familia, sita entre ambas colinas.

Con este fin se restauró el acueducto Alejandrino (Aqua Alexandrina), así llamado en honor del emperador Alejandro Severo por iniciativa del cual fue construido en el 222 d.C., tomando las aguas de los manantiales existentes en los terrenos próximos a Palestrina y que fueron adquiridos por el pontífice. Los trabajos de canalización fueron encargados a Matteo Bortoloni, cuyos errores de cálculo dificultaron el flujo regular del agua. Más tarde se hizo cargo del proyecto Giovanni Fontana, quien finalmente consiguió hacer brotar el agua, en 1586, en el punto previsto del Quirinal, lo que permitió iniciar la construcción de la fuente que fue inaugurada el 15 de junio de 1587.

Su estructura recuerda a la de un arco de triunfo, ya que la monumentalidad de los fornices, como ya hemos dicho, estuvo siempre presente en la mente de los arquitectos romanos. En la mayor parte de su construcción se empleo el travertino, procedente de las Termas de Diocleciano cuyas ruinas eran por entonces una cantera inagotable de toda clase de materiales. Se compone de un ático de grandes dimensiones, coronado por el escudo papal que aparece sostenido por dos ángeles y enmarcado por dos obeliscos que se alzan a ambos lados. Dichos obeliscos resultan muy pequeños dadas las dimensiones del espacio que flanquean. En el se halla la correspondiente inscripción conmemorativa:

SISTVS V PONT. MAX. PICENVS/AQVAM EX AGRO COLVMNAE/

VIA PRAENST.

SINISTRORSVM/MVLTAR.COLLECTIONE VENARVM/DVCTU SINVOSO A

RECEPTACVLO/MIL.XX A CAPITE XXI ADDVXIT/FELICEMQ. DE NOMINE ANTE

PONT. DIXIT

El cuerpo central se compone de tras arcos de medio punto que se apoyan en cuatro columnas jónicas de mármol gris, sobre las que corre un arquitrabe en el que se lee:

IOANNES FONTANA ARCHITECTVS EX PAGO MILI AGRI NOVOCOMENSIS

AQVAM FELICEM ADDVXIT

En el nicho central se alza la estatua de Moisés que da nombre a la fuente. Con su mano derecha señala el lugar de donde brota el agua, recordando con este gesto el milagro de la roca manante, mientras con la izquierda sostiene las Tablas de la Ley, lo que supone un notorio anacronismo ya que, como es sabido, el profeta no las había recibido en el momento de producirse el milagro del agua. Es una escultura de gran tamaño y a simple vista se aprecia que está inspirada en el Moisés de Miguel Ángel, aunque fue realizada con escaso acierto por Leonardo Sormani con la colaboración de Prospero Antichi, conocido con el nombre de il Bresciano. Por su aspecto poco acogedor no ha contado nunca con el favor de los romanos que achacan su entrecejo fruncido al enfado que muestra hacia quien fue su torpe autor. En los nichos laterales se hallan sendos altorrelieves con escenas del Antiguo Testamento. En el de la izquierda se ve a Aarón conduciendo a su pueblo, obra de Giovan Battista della Porta; y en el de la derecha a Josué conduciendo sus soldados, del que fueron autores Flaminio Vacca y

Pietro Paolo Olivieri, autores también del escudo papal.

Protegiendo el pilón se encuentra una balaustrada procedente de un antiguo edificio erigido por Pío IV (1569–1565), adornada con cuatro leones egipcios, dos de pórfido y dos de mármol procedentes del Panteón de Agripa. En la actualidad los actuales son copias, obra del escultor Adamo Tadolini, ya que los originales se trasladaron a los Museos Vaticanos en tiempos de Gregorio XVI (1831–1846).

La «Fontana dell´Acqua Paola» o «il Fontanone del Gianicolo»

La «Fontana dell´Acqua Paola» que se alza al inicio de la «Vía Garibaldi», en el Gianicolo es una fuente monumental conocida por sus grandes dimensiones con el nombre popular de «il Fontanone». Fue edificada en tiempos del papa Paolo V Borghese en el punto de llegada del agua a la ciudad desde el lago Bracciano, tras la restauración del acueducto construido en 109 d.C. por el emperador Trajano.

Las obras de este proyecto destinado al suministro de aguas a las zonas del Trastevere, el Vaticano y Villa Giulia, corrieron a cargo de los arquitectos Giovanni Fontana y Flaminio Ponzio, quienes se dedicaron a ellas entre los años 1610 y 1621, aunque su inauguración tuvo lugar en 1612.

Por su estructura recuerda un arco triunfal, como sucedía en el caso de la «Fontana del Mosé» a la cual supera en dimensiones y en el número da arcadas. Se compone de un gran ático flanqueado por dos pilastras coronadas por dos águilas, mientras en el nivel más bajo aparecen dos dragones, ya que ambos eran los animales heráldicos de la familia Borghese. En él figura la inscripción conmemorativa en la que se hace constar que el pontífice Máximo Paulo, captando las aguas desde un lejano lugar de Bracciano y restaurando un antiguo acueducto Alsietino, de época de Augusto (dato erróneo ya que se trataba del trajaneo) daba agua salubre a esta parte de la ciudad.

PAVLVS QVINTVS PONTIFEX MAXIMVS

AQVAM IN AGRO BRACCIANENSES

SALVBERRIMIS E FONTIBVS COLLECTAM

VETERIBVS AQVAE ALSIETINAE DVCTIBUS RESTITVTIS

NOVISQVE ADDITIS

XXXV AB MILLIARIO DVXIT

Sobre dicho ático se alza una especie de nicho, rematado por un arco de cuarto de círculo apoyado en dos pilastras y en el cual se encuentra el escudo de los Borghese, sostenido por dos ángeles. Fue esculpido por Ippolito Buzio y presenta una gran complejidad escultórica.

El cuerpo principal se compone de tres grandes arcos centrales y dos menores a ambos lados, separados por esbeltas columnas apoyadas en altos plintos. Sobre ella se extiende un friso corrido en el que se lee la siguiente inscripción:

ANNO DOMINI MDCXII PONTIFICATVS SVI SEPTIMO

El los dos arcos que flanquean al central se abren sendos ventanales rectangulares. El agua brota de los cinco caños que en ella se encuentran y va a parar al gran pilón que la recibe. En un principio la fuente solo contó con cinco pequeñas piletas, pero en 1690 el papa Alejandro VIII encargó a Carlo Fontana, nieto de Giovanni, su casi completa remodelación y la ampliación del citado pilón con las dimensiones que aún conserva.

En conmemoración de esta restauración en el intradós del arco central se dispuso el escudo del pontífice y una larga inscripción:

ALEXANDER VIII OTHOBONIS VENETVS P.M

PAVLI PROVIDENTÍSIMO PONT

BENEFICIVM TVTATVS

REPVRGATO SPECV NOVISQVE FONTIBVS

INDVCTIS

RIVOS SVIS QVEMQVE LABRIS OLIM ANGVSTI

CONTENTOS

VINICO EODEMQVE PER AMPLO LACV

EXCITATO RECEPITAREAM ADVERSVS LABEM MONTIS SVBSTRVXIT

ET LAOIDEO MARGINE TERMINAVIT ORNAVITQVE

ANNO SALVTIS MDCLXXXX PONTIFICATVS SVI SECVNDO

Los mármoles que se emplearon en su construcción procedían del templo de Minerva, sito en el Foro de Nerva y que hasta entonces se había conservado casi intacto. Su expoliación fue ordenada por el propio Paolo V. Las columnas procedían de la basílica medieval de San Pedro, completamente desmantelada, en tales días, por orden de este mismo pontífice. Después de esa fecha ha sido objeto de varias restauraciones, de entre las que son notables la de 1859 y la última llevada a cabo entre 2002–2004.

Aunque la prohibición de bañarse en su gran pilón data de 1707 son muchos los jóvenes y turistas que incumplen esta norma en los meses de verano. En realidad los romanos siempre han disfrutado del agua de su fuentes y les cuesta trabajo renunciar a esta costumbre.

La «Fontana delle Naiadi»

Se alza en el centro de la «Piazza della República», antes llamada «della Esedra» por ocupar el gran hemiciclo que en su día ocupó el graderío semicircular de las Temas de Diocleciano. Se encuentra muy próxima a la Estación Termini y debe su nombre a las hermosas náyades, las ninfas protectoras de las aguas, que la decoran. Se alimenta de la «Acqua Marcia» y su construcción se llevó a cabo por decisión del papa Pio IX. Eran momentos en los que los arquitectos romanos decidieron romper con la tradición de las fuentes con pilones casi a ras de suelo para crear otras de trazo más esbelto, con el fin de que sirvieran de centros reguladores del incipiente tráfico de carruajes que ya exigía una ordenación circulatoria.

El proyecto se encargó en 1870 al arquitecto Alessandro Guerrini, aunque no fue inaugurada hasta 1888, como término a la recién inaugurada «Via Nazionale». Teniendo en cuenta que no era una fuente para ser vista de cerca, su autor no dio demasiada importancia a sus adornos escultóricos, por ello se conformó con la colocación de cuatro leones de mármol (que fueron de escayola en un principio), cuyas bocas servían de surtidores. Tan pobres adornos suscitaron el descontento general, sobre todo después de la visita del Káiser a la ciudad y de un comentario un tanto despectivo que al parecer hizo sobre los humildes felinos. En consecuencia se convocó un concurso para proceder al digno ornato de la nueva fuente del que resultó ganador el escultor siciliano Mario Rutelli. Su proyecto se componía de cuatro grupos broncíneos de los que eran protagonistas cuatro hermosas náyades desnudas. Dichos grupos se fundieron en Palermo, pasando a adornar la fuente en 1901: la ninfa de los ríos aparece recostada a lomos de un enorme pez; la de las aguas subterráneas, sobre el dorso de un dócil dragón; la de los lagos afirmándose sobre un cisne al que le cuesta dominar; la de los mares montada en un caballo marino.

La aparición de tales desnudos femeninos suscitó el escándalo general y numerosas críticas acerca de la inmoralidad que suponía dejarlos a la vista del público por lo que estuvo vallada por espacio de un tiempo, hasta que fue el propio pueblo el que guiado por su

sentido común y harto de ver desnudos desde la época romana, procedió a su derribo.

En el centro, doce años más tarde, en 1912, se colocaría la estatua de Glauco de 5 m. de altura, luchando con un pez. Este Glauco era una divinidad marina, hijo de Posidón y de una náyade que tenía en don de profetizar y que intervino en numerosos episodios míticos.

Fuentes ornamentales

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Ornamentales): 6 MB

La «Fontana del Tritone»

La Fuente del Tritón fue construida en 1643 por Gian Lorenzo Bernini por encargo de Urbano VIII Barberini. Este pontífice, preocupado por las obras hidráulicas destinadas a abastecer el suministro de agua a la ciudad por medio de fuentes y surtidores, ya había aumentado el caudal del Acqua Felice, considerando que tal mejora era un regalo que hacía a Roma. Para costear dichas obras procedió a una subida considerable del precio del vino, lo que suscitó el correspondiente descontento de los ciudadanos poco convencidos de las buenas intenciones del papa, por lo que no tardaron en aparecer las atinadas críticas en el célebre «Grupo Paschino», una de las célebres esculturas parlantes de la ciudad: dopo mille imposto sul vino, Urbano ora rinfresca i Romani con l´acqua pura.[8]

El padre del famoso Gian Lorenzo Bernini, el toscano Pietro Bernini, ya había sido un experto ingeniero hidráulico que logró incrementar le caudal de la traída de aguas para que las fuentes pudieran despegarse del suelo y ganar altura, aunque todas ellas, previstas para el uso del pueblo, presentasen pilones bajos. A su lado, Lorenzo aprendió el oficio, añadiendo su creatividad y talento a las fuentes que proyectó y ejecutó, conocedor del gusto de los romanos por los grandes y espectaculares monumentos. En este caso realizó la obra maestra que se alza en el centro de la «Piazza

Barberini», cerca de la entrada del palacio de esta poderosa familia al que debe su nombre. Este magnífico edificio fue comenzado por Carlo Maderno y, a su muerte en 1629, se hizo cargo del proyecto Bernini, ayudado por Borromini. Sus lujosos salones custodian importantes obras de arte que forman parte de la «Galleria Nazionale d´Arte Antica».

Para la construcción de la fuente se utilizaron grandes bloques de travertino, lo que la confiere su singular tono dorado, especialmente brillante a la luz del sol. La peana en la que se apoya se compone de cuatro delfines entre cuyas colas, en la parte frontal, aparece el escudo de armas de los Barberini, coronado por la tiara papal. En el que figuran las tres abejas heráldicas de esta familia como símbolo de la divina providencia. Sobre este original basamento se encuentran las dos valvas de una gran venera abierta de la que emerge un vigoroso tritón que sopla en la boquilla de su caracola convertida en surtidor. De ella brota un gran chorro de agua que se proyecta hacia el cielo. Por la enérgica belleza de su composición y el equilibrio de las figuras que la integran, esta fuente puede considerarse un modelo fascinante dentro de la mitología del agua. Ha sido objeto de varias restauraciones, siendo de destacar las llevadas a cabo en 1932 y 1990.

La «Fontana delle Api»

La «Fontana delle Api» se encuentra en una esquina de la «Piazza Barberini», al inicio de la «Via Vittorio Veneto», aunque en un principio se alzo en el ángulo de esta misma plaza con «Via Sistina». Es obra también de Bernini, quien recibió el encargo de su realización en 1644 después de terminada la del Tritón, con el fin de que en ella pudieran abrevar los caballos. Es de mármol blanco y corte muy sencillo. Sobre un bajo pedestal rocoso se halla un pilón circular coronado por una concha bivalva en cuya parte inferior se encuentra el caño rodeado por tres abejas, el emblema heráldico de los Barberini, como ya se ha dicho.

Destruida en 1867, a instancias de los estudiantes fue reconstruida en 1916 por Adolfo Apolloni quien aprovechó los escasos materiales existentes que se habían conservado de la anterior, utilizando el

travertino en las partes que tuvieron que ser rehechas. Después de esta fecha ha sido objeto de nuevas restauraciones en los años 2000 y 2005, ya que es frecuente que sus célebres abejas sean, de vez en cuando, objeto del vandalismo callejero.

Una inscripción en latín recuerda que es una fuente de uso público:

VRBANUS VIII PONTIFEX MAXIMVS

FONTI AD PUBLICVM VRBIS

ORNAMENTUM

EXSTRVCTO

SINGVLORVM VSIBVS SEORSIM

COMMODITATE HAC

CONSVLVIT

ANNO MDCXLIV PONT XXI

El sumo pontífice Urbano VIII, construida una fuente para público ornamento de la ciudad, aparte hizo construir esta fuentecilla para el uso del pueblo en el año 1644, vigésimo primero de su pontificado).

«Le Quattro Fontane»

Estas cuatro fuentes, alimentadas por el «Acqua Felice», como ya se ha dicho, están situadas en las esquinas de los edificios que confluyen en la intersección de la «Via delle Quatro Fontane» y la «Via del Quirinale», en el punto más alto de la colina. Se colocaron en dicha encrucijada en tiempos de Sixto V (1585–1590). Cada una de las estatuas se encuentra dentro de un nicho y representa a una divinidad reclinada en su hornacina. Hay dos figuras masculinas y

dos femeninas. La primera representa al dios Tíber, acompañado por la loba que amantó a los gemelos fundadores de la ciudad; la otra podría ser la figuración del Nilo o del Anio. Las figuras femeninas encarnan a la Fuerza y a la Fidelidad, o lo que es lo mismo, a Juno, con el pavo real y a Diana, con la cierva.

La «Fontana de Marforio»

Esta magnífica estatua, fechada en los inicios del siglo I a.C., representa a un gigantesco dios marino, tal vez Océano, que hoy preside la fuente que se halla en el patio del Museo Capitolino, diseñada en su día por Giacomo della Porta en el siglo XVI. El chorro de agua con el que cuenta, más bien escaso, no es digno de tan augusta divinidad que languidece en su actual ubicación desde hace más de trescientos años. En otros tiempos ocupó un destacado lugar cerca del Arco de Septimio Severo y allí se mantuvo durante toda la Edad Media y comienzos de la Moderna, formando parte de la descarada serie de las estatuas parlantes de la ciudad.

Se dice que el traslado hasta el lugar de su destierro fue un castigo del Papa para acabar con la influencia que ejercía sobre los ciudadanos las denuncias que en él aparecían. La aseveración de lo dice el Marforio, tenía un impacto demoledor en la opinión pública.

Las Fuentes de la «Piazza del Capitolio»

En el siglo XV el papa Paulo III (1534–1549) encargó a Miguel Ángel (1475–1564) el diseño de la plaza del Capitolio, concebida como gran terraza abierta a la ciudad y a la que se accedía por una monumental escalinata, la celebre «cordonata», construida entre 1542 y 1554. Las obras empezaron en 1536, aunque no se concluyeron hasta el siglo XVII, todavía fue en 1940 cuando se pavimentó siguiendo el diseñado por el propio Buonarroti.

En dicha plaza, ya descrita en su momento, presidida por la espléndida estatua ecuestre del emperador Marco Aurelio, se encuentran varias fuentes ornamentales a las que ya nos referimos y

que aquí volvemos a describir[9].

La Fuente de los Leones

Al inicio de la gran escalinata se hallan dos leones egipcios de basalto negro, procedentes del Templo de Isis de donde pasaron a la entrada de «Santo Stefano del Caco». Fueron colocados en su emplazamiento actual en 1562 por Giacomo della Porta y aprovechando la circunstancia de que el suministro de agua llegó al Capitolio tras la construcción del «Acqua Felice» en 1586 bajo el pontificado de Sixto V (Felice Peretti) fueron transformados en fuentes. El chorro de agua brota de su boca y se recoge en unos pequeños receptores en forma de cráteras marmóreas, labradas en 1588 por el marmolista Francisco Scardua siguiendo el diseño de Camilo Rusconi.

Se dice que al menos en dos ocasiones, bajo Inocencio X y Clemente X, de sus bocas manó vino blanco y vino tinto.

La Fuente de Minerva

Ocupa el nicho central de la pared frontal de la escalinata de acceso al «Palazzo Senatorio». Es una hermosa estatua de pórfido rojo, con rostro y manos de mármol blanco que en su día representó a la diosa Minerva, aunque fue transformada en la Dea Roma.

A sus costados, Miguel Ángel colocó las dos hermosas fuentes del Tíber y del Nilo, concebidas según el modelo helenístico para la representación de las divinidades fluviales. Ambas procedían de las Termas de Constantino, en el Quirinal.

La Fuente del Nilo

En esta fuente, situada a la derecha de la de la Dea Roma aparece al gran río Nilo como una poderosa divinidad barbada, recostada

sobre la figura de una esfinge y llevando en su brazo izquierdo una gran cornucopia rebosante de frutos.

La Fuente del Tíber

Esta estatua, situada en el lado izquierdo, es semejante a la anterior. En su día se concibió como una representación del río Tigris, pero fue convertida en la del Tíber añadiéndola las figuras de los mellizos Rómulo y Remo. También en este caso lleva una espléndida cornucopia.

La «Fontana della Piazza di Santa María in Trastevere»

Esta fuente, considerada la más antigua de Roma, fue construida en esta plaza, centro neurálgico del Trastevere, hacia 1471 por el arquitecto Pietro de Massaio, en sustitución de otra más antigua. Durante mucho tiempo fue la única fuente de este barrio de gente humilde y se tiene noticia de que siempre adoleció de falta de agua, razón por la cual en el siglo XVII el papa Alejandro VII Chigi aumentó su caudal y la trasladó al centro de la plaza. En 1659 Bernini procedió a su remodelación dándole una mayor altura. Para ello elevó su base octogonal por medio de varios peldaños y cuatro conchas dobles. El escudo de los Chigi que en ella aparece es un testimonio de las mejoras en ella realizada por el citado pontífice.

En 1692 fue objeto de una nueva restauración y limpieza, llevada a cabo por Carlo Fontana por encargo del papa Inocencio XII. Posteriormente, en 1873 el Ayuntamiento de Roma procedió a su reconstrucción total, sustituyendo el viejo travertino empleado en su primitiva construcción por mármol, pero respetando su estructura original.

La «Fontana delle Tartarughe» (de las Tortugas)

La Fuente de las Tortugas se alza en la «Piazza Matthei» situada detrás del Pórtico de Octavia. Fue realizada por Giacomo della

Porta entre 1581 y 1584 por encargo del príncipe Mucio Mathei quien haciendo uso de sus influencias consiguió el permiso oportuno para construir dicha fuente frente a su palacio. A cambio de ello se comprometió a mantenerla limpia y en buen uso y a solar la plaza en la que iba a instalarse.

El autor de los cuatro efebos que la decoran fue el florentino Tadeo Landini quien además se ocupó de la dirección de las obras. Frente a la preferencia de Della Porta por los elementos arquitectónicos se aprecia el interés de Landini por acentuar los escultóricos. Su talento se evidencia en la elegancia y liviandad de las figuras de los cuatro jóvenes y de los delfines en los apoyan sus pies, mientras tiran de sus colas con una de sus manos. De las bocas de estos animales brotan los surtidores que arrojan el agua que recogen unas grandes conchas marinas. Casi un siglo más tarde por el deseo de Alejandro VII, Bernini (o Andrea Sacchi) añadió las graciosas tortugas a las que parecen empujar los cuatro jóvenes. Desde ese momento la fuente conocida hasta entonces con el nombre de «Fontana dei Quattro Giovinotti» pasó a denominarse la «Fontana delle Tartarughe». Después del robo de una de estas graciosas tortugas en 1979, se retiraron las cuatro originales, poniéndose en su lugar unas copias de las mismas.

La «Fontana della Piazza Rotonda» (o de los Delfines)

En el año 1575 Giacomo della Porta realizó el proyecto de esta fuente por encargo de Gregorio XIII. Las obras fueron dirigidas por Leonardo Somani. Su estructura se apoya en tres peldaños de travertino sobre los que se alza un basamento central de mármol que sostiene una gran concha adornada con cuatro grupos de delfines. En 1711, bajo el pontificado de Clemente XI, Filippo Barigogni sustituyó el anterior basamento por un núcleo rocoso sobre el cual se colocó un obelisco de 6 m. de altura, de la época de Ramsés II (1279–1213) que instalado en la fuente alcanza los 14,52 m. de altura. Es el llamado «obelisco Macuteo» por el lugar en el que estuvo antes de su colocación en la fuente[10]. La base aparece decorada con cuatro delfines esculpidos por Luigi Amici.

Esta hermosa plaza que se abre frente al Panteón fue, hasta 1847, el

mercado de pescado de la ciudad. A pesar de las muchas prohibiciones que se cursaron para conseguir liberarla de tal destino, costó mucho trabajo hacerlas cumplir. Tan solo el paso del tiempo vino a actuar en favor de las mismas.

«Le Fontane della Piazza Farnese»

En esta plaza se halla el monumental «Palazzo Farnese» que se considera el más bello de toda Roma. Fue iniciado por Alejandro Farnesio en 1514, el futuro Paulo III, y en él trabajaron los más famosos arquitectos del momento: Antonio Sangallo, Miguel Ángel y Giacomo della Porta. Su decoración interior corrió a cargo de pintores de la talla de Annibale y Agostino Carraci, Domenichino y Lafranco. En la actualidad es la sede de la Embajada Francesa, por lo que resulta difícil acceder a su interior y contemplar las numerosas obras de arte que en él se conservan.

Frente a él se abre una hermosa plaza (hoy «Piazza del Duca»), concebida en su día como parte integrante de las residencias aristocráticas, siguiendo los modelos de la urbanística renacentista. Se adornó con dos fuentes semejantes ya que sus elementos ornamentales fueron dos bañeras adornadas procedentes de las Termas de Caracalla. En sus lados aparecían dos grandes anillas y una cabeza leonina. Las estatuas de dicho emperador que también se trajeron hasta aquí fueron mandadas retirar por Paolo III.

En aquellos momentos dichos elementos solo tuvieron un papel ornamental, ya que la zona carecía del agua precisa para su funcionamiento, pero con la reconstrucción del acueducto trajaneo que tomaba el agua del lago Bracciano llevada a cabo por el papa Paolo V, uno de sus ramales pudo llegar hasta los terrenos farnesios. Fue entonces, en 1626, cuando el arquitecto Girolamo Rainaldi convirtió las dos grandes bañeras en los pilones de dos hermosas fuentes: la septentrional (algo más pequeña) y la meridional, añadiéndolas una pileta coronada por una flor de lis, el emblema heráldico de los Farnesios.

La «Fontana della Piazza della Bocca della Veritá»

Fue construida en 1717 por Carlo Bizzaccheri, encargo del papa Clemente XI, aprovechando el hecho de que hasta allí llegaba el suministro del «Acqua Felice» y para dar una nueva configuración a la plaza. Toda ella es de travertino y su inspiración hay que buscarla en la Fuente del Tritón de Bernini. Su estructura se compone de un pilón en forma de estrella de ocho puntas, elemento heráldico de la familia Albani. En su centro se eleva una rocalla con matas de vegetación, todo ello obra de Filippo Bai. En este soporte se alzan dos tritones arrodillados, esculpidos por Francesco Moratti, sosteniendo la valva de una gran concha que hace las veces de un pequeño pilón, decorada en ambos lados con dos escudos de la familia Albani. Se corona con un pináculo del que brota el correspondiente chorro de agua.

La «Fontanella del Facchino» (el Mozo o el Portero)

Durante algún tiempo estuvo situada en el Corso, pero en la actualidad se encuentra en una de las paredes del Banco de Roma, próximo al «Palazzo del Collegio Romano» en el entorno de la «Piazza Rotonda». Su importancia radica en el hecho de que fue, como ya hemos dicho anteriormente, una de las más célebres estatuas parlantes de la ciudad. Construida hacia 1590 se cree inspirada en un dibujo del pintor florentino Jacopino del Conte (1515–1598).

La humilde figura que la decora es la de un hombrecillo sosteniendo un barril de aguador o de vendedor de vino. Hay quienes sostienen que es un homenaje a los transportistas de vino entre los que destacó un tal Abbondo Rizzio, famoso por su fuerza y capacidad para trasegar grandes cantidades de vino. Al parecer murió transportando un tonel. También se ha dicho que el representado pudiera ser el propio Martín Lutero.

La «Fontana del Babbuino»

Se encuentra a la altura del nº 49 de la calle del mismo nombre que debe a la torpe escultura del sileno yacente que acompaña al viejo pilón procedente de una de las termas de la ciudad, ya que en italiano «babbuino» significa macaco o zambo. A pesar de su fealdad cuenta a su favor con el hecho de haber sido y seguir siendo una de las estatuas parlantes de Roma, hasta el punto de que da nombre a la vía en la que se encuentra, una de las más famosas de la ciudad que va desde la «Piazza di Spagna» a la «Piazza del Popolo».

Fue construida hacia 1571 bajo el pontificado de Pío V y costeada al parecer por un tal Alessandro Grandi y ha sido objeto de varios desplazamientos hasta volver a ocupar su antiguo puesto. A pesar de su desacertado diseño y ejecución es muy popular entre los romanos que siguen cubriendo de graffiti de protesta y crítica política los muros de su entorno.

Las Fuentes de la Plaza de San Pedro

Dos fuentes gemelas adornan con sus chorros de agua la monumental plaza de San Pedro del Vaticano y acompañan al obelisco que aquí se alzó en 1586. Maderno realizó la primera, la de la derecha, en el año 1614, bajo Sixto V, mientras que la de la izquierda fue erigida en el siglo XVIII, en tiempos de Clemente XI.

Son de estructura sencilla y en ellas puede correr el agua de forma incesante gracias al procesador automático de reciclaje del que disponen para evitar su gasto.

La «Fontana della Pigna» del Vaticano

Se alza en el nicho o hemiciclo que cierra el «Cortile della Pigna» del Vaticano, así llamado por la fuente que le preside. Se compone de una gran piña de bronce, de unos 4 m. de altura, que en otros tiempos estuvo situada cerca del Panteón, en los terrenos ocupados por las Termas de Agripa y próximos también a los del templo de Isis, donde probablemente tuvo su de su cenit. primer

emplazamiento, dejando que el agua brotara Está firmada por un tal Publius Cincius Salvius que se supone que fue su autor. En la Edad Media se trasladó al atrio de la Basílica de San Pedro y en 1608 pasó a ocupar el lugar en el que se encuentra en la actualidad. Se alza en el centro del barandal de la doble escalinata que se abre frente al gran nicho que remata el patio, apoyada en un capitel en el que aparece representada la coronación de un atleta victorioso y flanqueada por las figuras de dos pavos reales. A ambos lados del murete sobre el que se alza se encuentran dos leones egipcios de basalto de la época del faraón Nectanebo (370–360 a.C.) y un mascarón de sileno de cuya boca brota el chorro de agua que cae en una pequeña pileta que se extiende bajo el mismo.

El «Cortile Belvedere» fue proyectado por Donato Bramante para que sirviera de conexión entre el palacio de Inocencio VIII y la Capilla Sixtina. A la muerte de Bramante, se encargó de finalizar las obras Pirro Ligorio, que fue quien añadió la pared y el nicho que cierra el patio. Posteriormente ha sido objeto de varias remodelaciones.

La «Fontana della Terrina o Sopera».

Esta fuente la encargó en el año 1582 el papa Gregorio XIII a Giacomo della Porta para colocarla en el centro del llamado «Campo di Fiori», sin embargo a finales del siglo XVII fue desplazada de su sitio para colocar en su lugar el monumento de Giordano Bruno (1515–1600), el famoso hereje napolitano que por sus avanzadas ideas astronómicas y filosóficas fue condenado por la Inquisición a la hoguera.

Eran tiempos en los que la figura de este pensador rebelde empezaba a ser valorada, pero aparte de las razones ideológicas de la colocación de dicha estatua honorífica, se suprimía una fuente en la que se acumulaba toda la suciedad que producía el popular mercado.

La fuente se compone de una gran concha oval de mármol blanco adornada con cuatro delfines de bronce en su basamento. Después de años de destierro se ha vuelto a colocar frente a la nueva iglesia.

La «Fontana della Navicella»

Se alza en la vía homónima, frente a la basílica de «Santa María in Domnica», en el Celio. En un principio la nave fue una simple escultura colocada a la entrada de la iglesia, pero en el siglo XVI se la convirtió en el adorno central de una sencilla fuente por encargo del papa León X Medici, cuyo escudo figura en ella. Su diseño se atribuye a Andrea Sansovino y representa una galera romana, tal vez un exvoto de los marineros a la diosa Isis como patrona de la navegación. No puede olvidarse que en Celio estuvieron en su día los Castra misenatium, el cuartel de los marineros de la flota de Cabo Misenio encargados de maniobrar el velarium con el que en ocasiones se cubría el Coliseo. También se encontraban en esta colina los Castra peregini en los que se alojaban los soldados extranjeros que estaban de paso en la ciudad, por lo que se ha pensado en la posibilidad de que fuera una ofrenda de estos transeúntes para asegurarse un feliz retorno a sus respectivas patrias, libre de naufragios.

La galera se apoya en dos toletes y se alza sobre un alto pedestal. Dado que no llegaba el agua al Celio, durante años se mantuvo como una simple figura decorativa, pero cuando en el año 1931 se hizo llegar a este monte un ramal del «Acqua Felice», el monumento se transformó en una fuente, añadiéndosele un pilón oval. El agua surge de un surtidor que se encuentra en el centro del puente.

La «Fontana dei Catecumeni»

Se encuentra en la «Piazza della Madonna dei Monti» y debe su nombre a su vecindad con el «Collegio dei Catecumeni», un hermoso edificio que se alza próximo a la citada plaza.

Fue construida bajo el pontificado de Sixto V quien encargó su proyecto en 1588 a Giacomo della Porta, aprovechando la llegada del agua a este lugar gracias a las ramificaciones del «Acqua Felice», el viejo acueducto alejandrino restaurado por este pontífice.

Las obras para la instalación de dicha fuente habían sido iniciadas por Battista Rusconi y la construcción de la escalinata corrió a cargo de Girolano de Rossi, quien en 1595 se ocupó también del allanamiento de la plaza.

Se compone de un pilón octogonal que se alza sobre un pedestal escalonado y sobre el cual se yerguen dos piletas secundarias de tamaño decreciente. El agua brota de cuatro mascarones situados en el borde del plato inferior. Toda ella es de travertino y su estructura, muy sencilla, responde al patrón clásico renacentista que puede verse en muchas de las fuentes de Roma. En el siglo XVII fue remodelada bajo el pontificado de Inocencio XI, y varias veces restaurada en épocas posteriores. La última intervención data de 1997.

La «Fontana del Aracoeli»

Esta bella fuente, situada en la «Piazza del Aracoeli», fue obra de Giacomo della Porta por encargo de Sixto V (Felix Peretti) en 1589. Se caracteriza por su corte clásico y por su amplio pilón circular que en el siglo XIX sustituyó al original que era ovalado.

La «Fontana dei Cavalli Marini»

Es una de las hermosas fuentes que decoran la Villa Borghese[11], el gran parque de recreo mandado construir por Scipione Borghese, el sobrino del papa Paulo V, en 1605. Fue diseñada en 1791 por Christoforo Unterberger y terminada, según opiniones, por Vicenzo Pacetti o por Luigi Salimei. Destaca de entre todas las que se encuentran en tan bello paraje por la fuerza de su concepción escultórica. Se compone de un gran pilón circular en cuyo centro se encuentran las esculturas de cuatro briosos caballos marinos dispuestos en círculo. Sobre ellos se alzan dos piletas de tamaño decreciente. Culmina la fuente una especie de cáliz del que brota un chorro de agua.

Las Fuentes de la «Piazza del Popolo».

Esta famosa plaza, de forma oval, cerrada en su lado norte por la «Porta del Popolo», fue proyectada por Giuseppe Valadier en 1814, al tiempo que revestía a la basílica de «Santa Maria del Popolo» de una envoltura neoclásica y diseñaba los bellos jardines del Pincio.

Su belleza y ordenamiento actual hacen olvidar que en este gran espacio, antes de su remodelación, tuvieron lugar sangrientas ejecuciones públicas y carreras de caballo sin jinete que desde esta plaza y a lo largo del Corso se estimulaban con fuegos artificiales que enloquecían a los animales.

Su nombre se hace derivar de la palabra latina populus («pioppo») por el bosquecillo de álamos que rodeaba la tumba de Nerón, enterrado en el panteón de la familia Domitia y sobre el cual se decía que flotaba el fantasma de este cruel emperador, atormentado por los cuervos que sobrevolaban la zona. En este lugar el papa Pascual II en 1099 mando construir una primera capilla en honor a Santa María que vino a acabar con la maldición que sobre él pesaba. Esta basílica, conocida por todos con el nombre de «Santa Maria del Popolo» fue reconstruida más tarde por Baccio Pontelli y Andrea Bregno, bajo el pontificado de Sixto V, siguiendo el gusto de los cánones renacentistas. Posteriormente, Alejandro VII, entre 1472 y 1477 encargó una nueva restauración a Gian Lorenzo Bernini quien la confirió el aspecto barroco que aún presenta. En su interior contiene importantes obras de arte de Pinturicchio Caravaggio, de Annibale Carraci y, sobre todo es de destacar la Capilla Chigi, diseñada y pintada por Rafael para su mecenas Agostino Chigi. En el convento contiguo residió en su día Martín Lutero.

Su lado norte se encuentra limitado por la «Porta del Popolo» (antigua Porta Flaminia), cuyo proyecto original se atribuye a Miguel Ángel. Su fachada externa fue construida por encargo del papa Pío IV por Nanni di Baccio Bigio entre 1562–1565, quien la concibió con el aspecto de un arco de triunfo. Más tarde, en 1655, Alejandro VII hizo que Gian Lorenzo Bernini realizase la fachada interna para celebrar adecuadamente la entrada oficial de Cristina de Suecia en la ciudad. Las arcadas laterales se abrieron en el siglo XIX. El frente tiene estatuas de San Pedro y San Pablo y en la parte superior un gran escudo de la familia Medici.

En la parte meridional se encuentran las dos iglesias gemelas de «Santa Maria in Montesanto» (1675) y «Santa Maria dei Miracoli» (1678), construidas en tiempos de Alejandro VII por Carlo Rainaldi. Constituyen los dos extremos del Tridente formado por la «Via del Corso», la «Via del Babuino» y la «Via Ripetta».

La Fuente del obelisco Flaminio

En 1573 el papa Gregorio XIII encargó la colocación de una fuente en la plaza a Giacomo della Porta. Años después Sixto V encomendó a Domenico Fontana la colocación del gran obelisco de 24 m de alto, de época de Ramses II y que Augusto hizo traer a Roma en el año 10 a.C. para ornato de la espina del Circo Máximo[12].

En 1823 remodeló la fuente, colocando a los pies del obelisco cuatro leones de mármol, a imitación de los egipcios, acordes con la aguja pétrea allí levantada. Se alzan sobre unas graderías y en sus fauces se hallan los surtidores que vierten el agua a sus respectivos pilones.

La Fuente de «Dea Roma»

A ambos lados de los hemiciclos de la plaza, Valadier proyectó dos fuentes de diseño muy similar: un pilón casi a nivel del suelo apoyado en un murete sobre el que se alza un bello grupo escultórico, obra de Giovanni Ceccarini, autor de ambos conjuntos.

En el de la derecha, en el lado oriental, el que da a la subida del Pincio, la deidad representada es la Dea Roma, armada con casco y lanza, entre las figuras de los ríos Tíber y Aniene y flanqueada por dos columnas rostrales, coronadas por el águila imperial. A sus pies se encuentra la loba amamantando a los gemelos, Rómulo y Remo.

Ambos grupos, de gusto neoclásico, se inspiran en patrones conocidos del período helenístico y renacentista, pero resultan fríamente académicas, aunque cumplen con su cometido ornamental.

La Fuente de Neptuno y los Tritones

En el hemiciclo de la izquierda, el lado occidental, el que da al Tíber, el dios representado es Neptuno empuñando su mágico tridente entre dos tritones y dos delfines.

La «Fontana delle Cariatidi»

Es una de las fuentes más recientes de la ciudad y se encuentra en la «Piazza dei Quiriti» en el barrio del «Prati», colindante con el del Borgo. Fue construida en 1928 por el escultor Attilio Selva (1888–1970), por encargo de la Municipalidad. Su estructura se compone de un gran pilón circular sobre el que se alzan dos piletas de tamaño decreciente. Su rasgo más característico es que la última de ellas, coronada por una especie de piña que la sirve de remate, está sostenida por cuatro cariátides sentadas y desnudas que se dan la espalda. Su aparición fue motivo de un gran escándalo en su época.

Las fuentes de Pietro Lombardi

Pincha para descarga de fichas iconográficas (Pietro Lombardi): 2,1 MB

Entre los años 1920 y 1930 el arquitecto Pietro Lombardi, tras ganar un concurso convocado por el Ayuntamiento romano, realizó una serie de pequeñas fuentes ornamentales destinadas al ornato de los distintos barrios de la ciudad, resaltando en cada una de ellas sus símbolos y rasgos identidad más significativos. Son una colección de pequeñas fuentes de travertino, de traza muy sencilla, pero muy apreciadas por los habitantes de cada una de las barriadas en la que se encuentran ya que, en cada una de ellas figuran los elementos simbólicos y heráldicos que las caracterizan y enaltecen.

La «Fontana delle anfore»

Se halla en la llamada «Piazza dell´ Emporio», en el barrio del «Testaccio», el monte artificial que le preside, de unos 40 m. de altura, constituido por los miles de fragmentos de las ánforas que llegaban hasta la ciudad conteniendo los productos que Roma importaba, en especial el garum y el aceite de Hispania. La fuente es de travertino y se alza sobre varios peldaños. El pilón circular está dividido en cuatro partes en las que se recoge el agua de los surtidores que brotan de las ánforas que la sirven de adorno y que fueron colocadas en ella tras ser recuperadas del citado montículo.

La «Fontana delle Tiare»

Situada detrás de la columnata de San Pedro, esta pequeña fuente, toda ella de travertino, se compone de un sólido basamento tripartito en el que se abren, tres pequeñas piletas semicirculares, adornadas con gallones destinadas a recoger el agua de los correspondientes surtidores sobre los que se alzan tres tiaras papales, coronadas por una cuarta.

La «Fontanella della Pigna»

Esta pequeña fuente fue proyectada en su día para decoración del barrio «della Pigna», por lo que se coronó con dicho motivo ornamental. Hoy se encuentra en la «Piazza de San Marco», cerca de «Piazza Venezia». Toda ella es de travertino y es de muy modestas dimensiones, pero su trazo es muy esbelto y la piña que la sirve de remate resulta muy airosa. La pileta basal es pequeña y se ve rodeada de cuatro bolardos pétreos.

La «Fontana dei Libri»

Se alza en la «Via degli Straderari» que conduce a la «Piazza de San Eustachio», a la que da la fachada posterior del «Palazzo della

Sapienza», cuyo arquitecto fue Giulio Romano en el siglo XVI. En dicha plazuela se encuentra también, la iglesia dedicada a este santo, acompañada por un bello campanario del siglo XIII.

Esta barriada, próxima al Panteón, tiene por patrón a San Eustaquio, razón por la cual Lombardi adornó la fuente que para ella diseñó con la cabeza de un ciervo, símbolo de dicho santo, flanqueada de libros antiguos, haciendo con ellos alusión probablemente a la vecina Universidad de la Sapienza.

Según la leyenda San Eustaquio, un general romano llamado Placidus antes de su bautismo, se convirtió al cristianismo cuando en el transcurso de una cacería se vio atacado por una manada de ciervos del que se destacó uno que, entre sus cuernos llevaba un crucifijo. Posteriormente sufrió martirio con su esposa Teopista durante una de las persecuciones llevada a cabo por orden de Adriano en el 118 d.C. Es el patrón de los cazadores y mediador de los conflictos familiares.

Como las anteriores, esta fuente es de travertino y su estructura se reduce a un simple nicho, compuesto por un arco de medio punto en cuyo extradós figuran las emblemáticas siglas de SPQR, mientras que en su intradós se encuentran cuatro esferas decorativas. En el centro se halla la cabeza de ciervo flanqueada por cuatro libros apoyados sobre ménsulas de los que brotan los surtidores que alimentan una pileta de reducidas dimensiones.

La «Fontana dei Monti»

Se encuentra en la «Via de San Vito» en la pared lateral de la iglesia de los santos Vito y Modesto. Su estructura está inspirada en el nombre del barrio que alude a tres montes estelares de Roma: el Esquilino, el Viminal y el Celio. Se compone de un basamento sobre el que se alzan tres pináculos, alusión a los tres montes citados, decorados con estrellas. De ellos brota el agua que cae sobre unas pequeñas piletas dispuestas alrededor del tronco de la fuente. Es de pequeñas proporciones y su aspecto ofrece un escaso atractivo.

La «Fontana delle Palle di Cannone»

Está situada en la «Via di Porta di Castello» y está dedicada al barrio del Borgo que bordea a la ciudad del Vaticano en su parte occidental. Construida en travertino, se compone de un arco de medio punto en cuya clave se encuentra el escudo de la Comunidad de Roma y en su interior una pirámide compuesta por bolas (balas) de piedra, alusivas a las existentes, aunque de mayor tamaño, en el cercano «Castel Sant´ Angelo».

La «Fontana del Timone»

Esta fuente situada en el Trastevere, adosada al complejo de San Michel, recuerda, sin embargo, los motivos heráldicos del barrio de Ripa, haciendo alusión a los elementos de la navegación, en especial a un timón que sirve de principal ornato y del centro del cual brota el agua que se recoge en una pequeña pileta semicircular. A ambos lados dos surtidores complementarios se encuentran en los cilindros pétreos que completan su sencilla estructura.

La «Fontana della Botte»

Se alza en el barrio del Trastevere, en la esquina de la «Via de la Cisterna» y la «Via de San Francesco a Ripa». Con ella se quería significar la proliferación de bodegas y tabernas que había en este lugar. Por ello su adorno principal es un tonel, rodeado de medidores de vino. De ellos sale el agua que es recogida en una pileta semicircular.

La «Fontana delli Arti»

Se encuentra en la «Via Margutta», casi paralela a la del Babuino, en el Campo de Marte. Es la calle en la que desde el siglo XVII se reúnen los pintores, escultores y artistas, no solo romanos, sino los venidos de todas las partes del mundo, por lo que en ella abundan las tiendas de anticuarios y marchantes de objetos de arte.

La fuente que aquí levantó Lombardi hace alusión al destino de este barrio. Enmarcada por un rectángulo de travertino en su interior aparece un arco de medio punto en cuyo extradós figuran las conocidas siglas de SPQR. El resto de su estructura se ajusta a una composición triangular lograda por medio de dos caballetes de pintura, coronados por un balde conteniendo varias brochas. Entre ellos aparece un compás flanqueado por dos máscaras, una con gesto serio y otro risueño, de larga tradición clásica, que aquí aluden a los aspectos festivos y tristes del arte. Completan el conjunto tres cajas de pinturas y una pequeña pileta basal.

1 Giacomo della Porta (1540–1602) nació en Porlezza (Lombardía), fue colaborador de Miguel Ángel y discípulo de Vignola. Trás la muerte de este último continuó la construcción de la «Iglesia del Gesù» y en 1584 modificó su fachada de acuerdo con su propio diseño.

2 Está película de Juan Negulesco se estrenó en 1954. No menos importante para la fama de la fuente fue la de La Dolce Vita, dirigida por Federico Fellini en 1960, ya que fue el escenario del sensual baño nocturno de Marcello Mastroianni y Anita Ekberg.

3 Cf. Capítulo XIII, el Campo de Marte (Área Central): estadio de Domiciano.

4 Cf. Capítulo XXII, Los obeliscos de Roma: el obelisco «Agonale».

5 Atanasio Kircher (1602-80) fue un jesuita alemán, de la comarca de Fulda, que residió en Roma como profesor del Collegium Romanum. Se dedicó a la arqueología, así como al estudio de los jeroglifos y de los obeliscos existentes en Roma y publicó numerosas obras científicas, filológicas e históricas. Entre ellas se encuentra una dedicada al obelisco de la Fuente de los Ríos. Dejó en Roma un Museo que conserva su nombre. Se le considera, además, el inventor de la linterna mágica.

6 Cf. Capítulo XXII, Los obeliscos de Roma: el obelisco «Quirinale».

7 Cf. Capítulo XXII. Los obeliscos de Roma: el obelisco Salustiano.

8 Otras estatuas parlantes, ya mencionadas, fueron la de «Marforio», hoy en el Museo Capitolino, la del «Facchino» (el portero) en la «Via Lata» (el Corso) y «Madama Lucrrezia» que se encuentra en el exterior del «Palazzetto di Venezia».

9 Cf. Capítulo VIII, El Capitolio: el actual Campidoglio, la Plaza del Capitolio.

10 Cf. capítulo XXII, Los obeliscos de Roma: el obelisco Macuteo.

11 Este hermoso parque contaba con numerosas esculturas, obras de Pietro Bernini y bellas fuentes realizadas por Giovanni Fontana. A comienzos del siglo XIX Camilo Borghese reunió la gran colección familiar de arte en el edificio del Casino, sede en la actualidad del Museo Borghese. En 1902 pasó a ser propiedad del Estado con todas sus dependencias y monumentos.

12 Cf. capítulo XXII, Los obesliscos de Roma: el obelisco Flaminio.

XXIV. AVATARES HISTÓRICOS Y URBANÍSTICOS

DE LA CIUDAD DE ROMA

La Edad Media

El inicio de la decadencia de Roma, como señalan la mayoría de los historiadores, comenzó con el traslado de la capital del Imperio en el 330 d.C., a Constantinopla. Desde entonces, la vieja urbe tiberina comenzó a ser víctima de graves expolios, perpetrados incluso por el propio Constantino, empeñado en revestir con toda suerte de oropeles a la urbe recién nacida. La antigua Byzantion, situada en uno de los estrechos de más tráfico del mundo, el Bósforo, entre el mar de Mármara y el Mar Negro, había llegado a ser una floreciente ciudad y la indiscutible llave comercial entre dos continentes. En el siglo IV d.C., habitada ya por una nutrida población cristiana, era la sede del patriarca de Constantinopla, el cargo eclesiástico más importante de todo el Imperio, por lo que era obvio que estaba llamada a convertirse también en residencia del propio emperador.

Las obras de remodelación y adecuación de la vieja ciudad para cumplir con su nuevo destino, comenzaron el 4 de noviembre del año 326: construcción de acueductos y redes de alcantarillado, trazado y pavimentación de calles, etc. Más tarde, se edificó el palacio imperial junto al mar, cerca del gran hipódromo; un gran mercado, en su parte septentrional; y los edificios públicos necesarios para el funcionamiento de una urbe que pretendía ser una réplica de Roma. Al mismo tiempo, el triunfo de las nuevas creencias impuso la aparición de un buen número de iglesias cristianas que, por sus peculiaridades, modificaron lo que hasta entonces había sido el habitual aspecto urbano de las ciudades del Imperio.

Cientos de fábricas y talleres trabajaron a destajo para satisfacer las exigencias constructivas y ornamentales de la nueva ciudad, sin embargo, la mayoría de las obras de arte con las que se procedió a

su decoración fueron fruto de los expolios cometidos tanto en Roma, como en las principales ciudades griegas. Apremiaban las circunstancias y, aún por terminar, Constantinopla fue inaugurada oficialmente el 11 de mayo del 330, fecha en la que el esplendor de Roma empezaba a palidecer.

Hay que desechar, por lo tanto, la idea de una precipitada decadencia de Roma, sobre todo en el aspecto urbanístico, así como la falsa creencia de que fue asolada por las invasiones bárbaras. Tanto el saqueo de Alarico, en el 410, como el de Genserico, en el 455, tuvieron como denominador común la rapiña de los bienes suntuosos, fácilmente transportables, pero los edificios fueron respetados. Más daño le hizo a la ciudad el largo asedio de Vitiges (de febrero del 557 a marzo del 558), al que ya hemos aludido en varias ocasiones. Los sitiadores para vencer la resistencia de los sitiados, protegidos por los muros aurelianos, arrasaron los territorios circundantes y destruyeron algunos tramos de sus acueductos. Con esta brutal medida, el agua dejó de alimentar a las numerosas fuentes y termas que, hasta entonces, habían contribuido a la salubridad de la urbe y al riego de la campiña circundante, que empezó a perderse.

A pesar de las vicisitudes sufridas, Procopio de Cesarea[1], en el siglo VI, hablaba con admiración de los principales monumentos de Roma. Esta misma impresión es la que transmite el Anónimo de Einsiedeln[2], un importante documento del siglo VII, merced al cual puede deducirse que por entonces los edificios más importantes de la urbe se mantenían en perfecto estado de conservación. En la misma línea se encuentra el breve tratado De septem miraculis mundi, en el que Roma ocupa el primer lugar de las siete maravillas que en él se citan. Se ha fechado en el siglo VIII, y hasta nosotros han llegado varios ejemplares ya, que debieron de hacerse numerosas copias del mismo. Sorprendentes son, por otro lado, las descripciones que figuran en la obra considerada la primera guía de Roma y que lleva por título Mirabilia Urbis o Mirabilia Romae. Redactada a comienzos del siglo XI y traducida al italiano en el XIII, es un curioso compendio en el cual se mezclan las descripciones de los principales monumentos de la ciudad con fantásticos relatos que en la mayoría de los casos nada tienen que ver con la realidad histórica.

A la hora de imaginar la urbanística de Roma en estos siglos, hay que tener en cuenta el gran número de templos cristianos que poco a poco fueron surgiendo. Por lo general, la Iglesia procuró no reutilizar los templos paganos y, siempre que le fue posible, construyó edificios de nueva planta. En los primeros tiempos, los lugares venerandos fueron las catacumbas: las de San Calixto, San Sebastián, Domitila, Priscila y San Ciriaco, pero pronto empezaron, en el mismo siglo IV, a edificarse las primeras basílicas, entre las que cabe destacar la de San Pedro en el Vaticano, la de San Salvador (también llamada de San Juan de Letrán), la de la Santa Cruz de Jerusalén, la de San Lorenzo Extramuros, la de San Marcos, la de San Juan y San Pablo, la de San Sebastián, Santa Inés, etc.; en el siglo V se alzaron las de San Pedro in Vincoli»[3], la de Santa María la Mayor, la de Santa Anastasia, etc.; y, en el siglo VI, la de Santa María in Cosmedin[4], San Jorge del Velabro, Santa María del Aracoeli, San Cosme y Damián, etc.

En la zona del Trastevere, los primitivos cristianos se reunían en casas particulares (tituli), sobre las que se levantaron, posteriormente, algunas de sus más conocidas iglesias, tales como las de San Crisógono y Santa Cecilia; sin embargo, el barrio cristiano más importante de esta zona se formó en torno a la iglesia de Santa María, fundada en el siglo III por el papa Calixto I (217–222), cuando el culto de la nueva religión contaba, todavía, con un grupo muy reducido de fieles.

En torno al Vaticano, pronto comenzó a estructurarse otra barriada cristiana alrededor del lugar donde se creía que San Pedro[5] había sido enterrado. Su rápido crecimiento hizo que, no tardando el tiempo, se convirtiera en el corazón de la nueva Roma . En el siglo II se erigió un santuario, y la primera basílica, construida por orden del emperador Constantino, se terminó hacia el 349. En un principio, todo este nuevo sector urbano estuvo desprotegido, ya que se encontraba fuera del recinto de los muros aurelianos, sin embargo, a partir del siglo IX, se le rodeó con las «murallas leoninas», así llamadas por haber sido mandadas levantar por el papa León IV (800–855), después del ataque sufrido, en el 846, por los sarracenos, quienes incapaces de franquear el sólido recinto aureliano, saquearon las basílicas de San Pedro y de San Pablo, produciendo en ellas serios destrozos.

La decadencia de la ciudad trajo como consecuencia la disminución de su población y el abandono de los viejos templos y edificios que al irse arruinando sin que nadie se ocupara de su mantenimiento y restauración, se convirtieron en canteras para nuevas construcciones y en material de alimentación de los hornos de cal. No se dudó incluso en emplear materiales de derribo de la Roma pagana en la edificación de las iglesias que se iban construyendo. De esta suerte, de la mayoría de sus más emblemáticos edificios solo quedaron in situ los materiales puramente inservibles o imposibles de reutilizar. A este imparable proceso de deterioro hay que añadir el causado por algunos temblores de tierra, de entre los cuales merecen ser recordados por su intensidad, el del año 847 en tiempos de León IV, y el del 1349.

De los siglos X al XIII, Roma atravesó tiempos difíciles, marcados por las luchas antimperiales y los enfrentamientos internos entre el pueblo y la nobleza. La coronación de Carlomagno en San Pedro, como Emperador del Sacro Imperio Germánico, en la Navidad del año 800 fue el inicio de una época llena de esperanzas que, sin embargo, duraron poco tiempo ya que muy pronto las confrontaciones entre la Iglesia y el Imperio fueron inevitables y continuas. Los defensores del papado constituyeron el partido de los güelfos y los del Imperio el de los gibelinos, animados cada uno de ellos por ideologías irreconciliables llamadas a perdurar largo tiempo.

La subida al trono de Otón I en 962 tuvo como consecuencia una enconada lucha entre las dos facciones contrarias al emperador, la de los Crescenzi y la de los Tusculi. Merced a la intervención de Enrique III se puso fin a este tipo de pugnas intestinas y además por medio del Concilio de Letrán, celebrado en el 1059, se inició una gran reforma del papado. Sin embargo, el posterior enfrentamiento entre Enrique IV y Gregorio VII (1073–1085) abrió nuevas enemistades y acarreó serios daños para la ciudad, ya que fue el propio pontífice el que llamó en su ayuda a los normandos. Estos, al mando de Roberto Guiscardo, entraron en Roma en el 1084, sometiéndola a un terrible saqueo.

Terminada la lucha de las Investiduras[6] con el Concordato de Worms, firmado por el emperador Enrique V y el papa Calixto II en

1122, el papado tuvo que acceder a la formación de la «Comuna autónoma» de Roma, compuesta por la alta y la baja nobleza, así como por la burguesía artesana y mercantil. El pontífice llegó a ser expulsado de la ciudad, haciéndose con el poder Arnaldo de Brescia (1146–1154). Sin embargo, unos años más tarde, Inocencio III (1198–1216) recuperó el solio pontificio, disolvió el Senado, nombró a un único senador, y sometió a los nobles bajo un régimen feudal. Todas estas medidas no impidieron que continuaran los enfrentamientos entre las grandes familias de la ciudad, como la de los Orsini y la de los Colonna, razón por la cual se nombró gobernador de la misma al boloñés Brancaleone degli Andalo (1258). En tiempos de Urbano VI (1261–1264) fue elegido senador el francés Carlos d´Anjou, pero promulgada la Constitución de Nicolás III (1278), que prohibía la elección de extranjeros para dicho cargo, Roma conoció un período de anarquía al caer de nuevo bajo el control de las familias nobiliarias, reacias a acatar las medidas adoptadas por Bonifacio VIII (1294–1303), con las que al menos se consiguió paliar tan enconada situación, agravada, posteriormente durante el llamado cautiverio de Avignon (1305–1377), período en el que los papas Clemente V y Gregorio XI residieron en la citada ciudad francesa.

Durante este período, Cola di Rienzo intentó terminar con esta situación, pretendiendo devolver a Roma su pasada grandeza republicana. Este singular personaje, Nicolás Gabrino de Rienzo (1347–1354) fue un hombre culto y brillante que se hizo nombrar tribuno con la intención de librar a la ciudad de la tiranía de los nobles. Proclamó una Constitución y estableció una nueva forma de gobierno que denominó el «Buen Estado». Sin embargo, su afán personalista le condujo a la tiranía, provocando el odio del pueblo que había confiado en él y que acabó dándole muerte en el Capitolio, lugar donde, sin embargo, se yergue hoy su estatua honorífica, a la izquierda de la «Cordonata» (escalera de subida al Capitolio), ya que, a pesar de todo, se le ha considerado un precursor de la unificación italiana, no conseguida hasta el siglo XIX[7].

La vuelta a la ciudad de Gregorio XI (1370–1378)[8], en 1377, supuso un período de tranquilidad para Roma. Sin embargo, su muerte inesperada, al año siguiente de su regreso, desencadenó el llamado

Cisma de Occidente (1378–1417)[9], durante el cual toda la cristiandad vivió una época de desconcierto y desunión. La elección de Martín V (1417–1432) de la familia Colonna, pareció zanjar los principales conflictos existentes. No obstante los tiempos de bonanza fueron cortos porque a la muerte de este último pontífice, se reanudaron las eternas disensiones y resurgió la antigua idea de la Comuna republicana, siempre latente en Roma, animada por la conjura de Stefano Porcari que fue reprimida por el papa Nicolás V (1447–1455). Más tarde, con la reforma estatutaria llevada a cabo, en 1469 por Pablo II (1464–1471), la ciudad quedó bajo el total dominio del papado. Bajo el pontificado de Nicolás V se inició el proceso de restauración de la ciudad, la renovatio urbis, construyéndose nuevos edificios y valorándose, incluso, los hallazgos arqueológicos. De esta suerte se iniciaba una nueva época para Roma, que, poco a poco, se iría convirtiendo en una capital de acuerdo con los nuevos tiempos.

Dentro de este conflictivo panorama de la Roma medieval, no puede olvidarse el hecho de que fue el papado el impulsor de las aventuras más espirituales y arriesgadas de toda la Edad Media, las Cruzadas, para conquistar los «Santos Lugares». El papa Urbano II (†1099) fue quien alentó la idea de la primera Cruzada, hacia 1095, considerando la difícil situación de la iglesia bizantina tras la excomunión del patriarca de Constantinopla en el 1054. Dicha Cruzada fue proclamada al año siguiente en 1056 en el Concilio de Clermont Ferrand, fijándose la fecha de partida para el 15 de agosto de ese mismo año, con la promesa de toda clase de indulgencias para quienes participaran en tan piadosa gesta. Ocho fueron las Cruzadas y, de entre ellas, la quinta (1217–1221), la sexta (1227–1229) y la séptima (1248–1254) fueron organizadas por el pontificado[10].

Entretanto la incuria y los siglos habían ido sepultando los edificios más emblemáticos de la Roma imperial. En el caso del Foro, los materiales de derribo rellenaron el fondo del antiguo valle, recreciendo sensiblemente su nivel, de tal suerte que solo afloraban de su suelo las columnas de algunos templos: de los Dioscuros, de Saturno, de Vespasiano, etc.; el Arco de Septimio Severo, la Curia, el templo de Antonino y Faustina, el llamado de Rómulo y la Basílica de Majencio.

En el transcurso de los siglos XI y XII, el Foro fue, en ocasiones, escenario de importantes acontecimientos como consecuencia de las luchas mantenidas entre el pueblo y la nobleza. Las pasiones se encendían, sobre todo, con motivo de las elecciones de los senadores y pontífices, porque preocupación constante del pueblo romano fue la defensa de los derechos comunales frente al dominio de los poderosos: papas, emperadores y nobles. Pero con todo, pasó a ser el «Campo Vaccino» porque por él pastaban las vacas que iban a abrevar cerca del templo de Cástor y Pólux, donde había una taza granítica que hoy se encuentra instalada entre las magníficas estatuas de estos divinos hermanos, componiendo la bella fuente de «Monte Cavallo»[11], en el Quirinal. Al tiempo, parte del Capitolio se denominaba «Monte Caprino» porque por él triscaban las cabras.

Además del deterioro que afectó a extensas áreas de la vieja ciudad, hay que recordar las transformaciones y cambios de destino que experimentaron algunos de los más importantes edificios. Así el Panteón, el templo consagrado a todos los dioses, originariamente obra de Agripa y después reconstruido por Adriano, se consagró al culto de la Virgen María después de que el emperador bizantino Focas, lo donara al papa Bonifacio IV en el 608[12]. El Templum Sacrae Urbis, se convirtió, en el siglo VI, en la iglesia de los Santos Cosme y Damián, virtuosos hermanos que, en versión cristiana, vinieron a sustituir a los Dioscuros[13]; La Curia, en la de San Adrián; la biblioteca del templo de Augusto, en «Santa María Antiqua» (siglo IV); el templo de Antonino y Faustina, en la de «San Lorenzo in Miranda»; la parte central del llamado Pórtico de Octavia, en el siglo XII, en un mercado de pescado, etc.

Muchos de los antiguos monumentos que aún quedaban en pie fueron, por otro lado, convertidos en fortificaciones, tras las cuales los nobles de la ciudad se protegían de los ataques del pueblo en momentos de inestabilidad social. Así, los intercolumnios de los viejos templos paganos se cerraron por medio de muros y los arcos imperiales se coronaron con almenas, al tiempo que a unos y a otros se les adosaban torres y baluartes defensivos. Este tipo de construcciones configuraron en una buena parte el aspecto de la Roma medieval, hasta el punto que el área que se extendía, próxima al antiguo Foro de Nerva, se conocía con el nombre de «Campo Torrechiano». De gran importancia fue el castillo-fortaleza de los

Frangipani, cuyo perímetro comprendía el Septizonium (edificio construido por Septimio Severo, en el Palatino, a la entrada meridional de la ciudad), el Palatino, el Coliseo, el templo de Venus y Roma, y el Circo Máximo, convirtiéndose en las puertas de dicha ciudadela los arcos de Tito y de Constantino. Sobre los antiguos y venerables Rostra, en el Foro, se alzó la «Torre de Camparo»; otra conocida con el nombre de «Iuserra» se adosó al templo de los Penates; y la llamada de «Miranda» se alzó junto al templo de Antonino y Faustina. El mausoleo de Adriano y el teatro de Pompeyo se integraron dentro de la fortaleza de los Orsini; el mausoleo de Augusto y las termas de Constantino, en la de los Colonna; y el teatro de Marcelo, en la de los Savelli.

Monumentos dignos de mención, de los que se alzaron entre los siglos XI al XIV, son entre otros, la Torre de los Condes, el Palacio de la Sabiduría, la Torre de las Milicias, obra del siglo XIII, pero tenida, popularmente, por el lugar desde el cual Nerón había visto arder Roma, y la Casa de los Caballeros de Rodas. Este edificio data del siglo XII, fecha en la que la orden de los Cruzados de los Caballeros de San Juan, también conocida como de los Caballeros de Rodas o de Malta, tuvo su priorato en Roma y concretamente en esta casa, situada en el Foro de Augusto. De entre las iglesias de esta época merece ser citada la de «Santa María in via Lata».

Por lo que se refiere a las columnas honoríficas, hay que decir que la de Trajano quedó bajo la protección del Senado, y la de Marco Aurelio pasó a ser propiedad de los monjes de San Silvestre. Por otro lado, la única columna que quedaba en pie de la Basílica de Majencio, en el Foro, fue trasladada, ya en el siglo XVII (1613) a la plaza de «Santa María Maggiore», en el Esquilino, por Pablo V Borghese (1605–1621) y coronada por una estatua de bronce, de la Virgen con el Niño.

Renacimiento y Barroco

Durante el Renacimiento y el llamado período Barroco, es decir, en el transcurso de los siglos XV, XVI y XVII, a pesar del proceso

iniciado por Nicolás V, al que ya hemos hecho mención, conocido como la renovatio urbis, y de ser Roma la impulsora de la vuelta a los modelos del mundo clásico, no dejaron de producirse graves heridas en sus viejos monumentos, ya que seguían siendo canteras de materiales de fácil obtención para la construcción de los palacios, iglesias y edificios civiles que se levantaron en esta época. Sin embargo, hay que reconocer que los papas de estos siglos, pertenecientes a las más ilustres familias de Florencia y de Roma, aficionados a las bellas artes, supieron conferir a la ciudad el aspecto urbanístico que la sede de San Pedro requería para enfrentarse a los nuevos tiempos.

Pontífices como Sixto IV della Rovere (1471–1484), Alejandro VI Borgia (1492–1503), en el siglo XV; Julio II della Rovere (1503–1513), León X Medici (1513–1521), Clemente VII de Medici (1523–1534), Pablo III Farnese (1534–1549), Sixto V (1585–1590), en el siglo XVI; Clemente VIII Aldobrandini (1592–1605), Urbano VIII Barberini (1623–1644), etc. en el siglo XVII, fueron los principales impulsores de la transformación del aspecto de Roma. Para ellos trabajaron los mejores arquitectos, pintores y orfebres, cuyos nombres y obras colman estos siglos de inusitada grandeza para la ciudad papal.

En 1452 se procedió a la demolición de la vieja basílica de San Pedro y en 1506 Julio II ordenó la construcción del nuevo templo, nombrando a Bramante su arquitecto (1444–1514). En 1508 Miguel Ángel (1475–1564) comenzó a pintar el techo de la capilla Sixtina y en 1547 fue nombrado por Pablo III arquitecto de San Pedro. En 1509, Rafael (1483–1520) inició la decoración de sus estancias; en 1614, Maderno (1556 –1629) terminaba la fachada de la iglesia; y en 1626, bajo en pontificado de Urbano VIII, se consagraba la nueva basílica.

En el proceso de ensanche y reestructuración urbanística de Roma, entre mediados del siglo XV y a lo largo del XVI, fueron demolidos muchos edificios que, aun en ruinas, se mantenían en pie. Tal fue el caso del gran templo de Júpiter, en el Capitolio; el de la Concordia, en el Foro; el de Isis y Serapis y los Saepta Iulia, en el Campo de Marte. Al mismo tiempo, monumentos como el Coliseo, las Termas de Caracalla y el Circo Máximo siguieron siendo víctimas de

terribles expolios hasta no dejar de ellos más que sus osamentas de hormigón.

A todo ello aún hay que añadir el saqueo que la ciudad sufrió el 6 de mayo de 1527, en el transcurso de la segunda guerra franco-española[14]. Tras el asedio padecido por Clemente VII (1523–1534) en el Castillo de «Sant´Angelo», las tropas de Carlos I de España entraron en la ciudad y produjeron graves destrozos. El «Sacco di Roma», como se denomina a este triste suceso, durante el cual se provocaron incendios y perpetraron actos vandálicos por espacio de ocho días, fue duramente criticado por todos los países europeos y muy lamentado por el propio Carlos I, que recibió la noticia de lo ocurrido, estando en Valladolid[15].

De lo que seguía siendo en el siglo XVII el aprovechamiento de los materiales reutilizables, sobre todo la piedra y el bronce, puede servir de ejemplo el baldaquino de San Pedro del Vaticano. Gian Lorenzo Bernini (1598–1680) realizó tan magnífica obra en 1633, utilizando cuantas piezas de bronce se pudieron extraer del Panteón con el beneplácito de Urbano VIII, perteneciente, como ya se ha dicho, a la poderosa familia de los Barberini. Este hecho mereció la conocida sentencia satírica, paradigma de este y semejantes atropellos: quod no fecerunt barbari, fecerunt Barberini. Dicha leyenda condenatoria apareció en una de las estatuas parlantes de la ciudad, de las que ya hemos hablado anteriormente. En este caso fue en el llamado «grupo Pasquino» aún visible en las proximidades de la «Piazza Navona».

Recordemos que el grupo Pasquino es el fragmento de una mutilada escultura, copia probablemente de época helenística en la que representaba a Menelao con el cuerpo de Patroclo, ya muerto. Durante años estuvo abandonada en una calle de la ciudad medieval hasta que, en el 1501, fue trasladada a su actual emplazamiento, cerca de donde tenía su negocio un conocido zapatero que se llamaba Pasquino. Por esta razón, los carteles satíricos que en él se pegaban acabaron llamándose «pasquines». Las contestaciones a los libelos que aparecían en esta estatua de Pasquino, se solían poner en otra, la del «Marforio», situada en la vía del Capitolio. Era la representación de un río, también de época helenística y que hoy se encuentra en el patio del Palacio de los

Conservadores, según se dice castigada por la influencia que los libelos que en ella aparecían tenían sobre la opinión popular.

A partir del siglo XVI se abrieron además nuevas calles, las más importantes de las cuales fueron la «Via Julia», proyectada por Julio II, y la «Via Sistina» por Sixto V, quien además mandó abrir una otra más para unir Santa María la Mayor, en el Esquilino, con San Juan de Letrán y la Santa Cruz de Jerusalén, ambos templos en el Celio. Y, para ennoblecer la colina del Capitolio, Miguel Ángel proyectó la famosa plaza que sigue siendo el orgullo de la ciudad y en la cual trabajaron, después de su muerte, artistas como della Porta, Longhi el Viejo, etc.[16]

La fundación de la Compañía de Jesús por San Ignacio de Loyola (1491–1556), quien llegó a Roma en 1537, marcó un cambio de rumbo importante en las concepciones religiosas y sociales de la época. Esta orden, inspiradora de la Contrarreforma, emanada del Concilio de Trento (1545–1563), dejó en la Iglesia de Jesús («Il Gesù»), construida entre 1568 y 1584, testimonio de sus postulados y aspiraciones. La influencia que ejerció en el orbe católico fue inmensa, por lo que su proyecto y ornamentación fueron imitados en todos los países de Europa y América. Fue construida por Jacopo (o Giacomo) Barozzi di Vignola 1507–1573), bajo la protección del cardenal Alejandro Farnesio, entre 1568 y 1571. En este mismo año se eligió el diseño de Giacomo della Porta (1539–1602) para la fachada, consagrándose la iglesia en 1584; entre 1670 y 1683 Giovanni Battista Gaulli (Il Baciccio) pintó la bóveda de la nave central, la cúpula y el ábside; y entre 1696 y 1700, el jesuita Andrea Pozzo proyectó la capilla de San Ignacio, que había sido canonizado en 1622[17]. Como mil veces se ha repetido, la magnificencia de esta iglesia marcó el espíritu barroco que animó todas las manifestaciones religiosas y artísticas de la Contrarreforma. Una vez rota la unidad de la Iglesia, para luchar contra el protestantismo había que utilizar todos los recursos posibles, deslumbrar a los fieles y marcarles el único camino válido para su salvación.

En la Roma del siglo XVII destacaron con brillo propio grandes arquitectos, entre los que merecen ser destacados: Gian Lorenzo Bernini (1598–1680) quien transformó a Roma con sus iglesias, palacios y fuentes; Francesco Borromini (1599–1667) que, con el

empleo de formas geométricas inusuales, creó edificios de trazas arquitectónicas revolucionarias; y Carlo Rainaldi (1611–1691). Al primero se debe, entre otras muchas obras, el trazado de la «Piazza Navona», con la famosa Fuente de los Cuatro Ríos; al segundo la iglesia de «Santa Agnese in Agone», en esta misma plaza; y, al tercero las iglesias de Santa María de los Milagros y Santa María de Monte Santo, ambas en la «Piazza del Popolo».

En este período, se construyeron, también, espléndidos palacios: el de Bonaparte (Embajada francesa ante la Santa Sede); el de Montecitorio (actual Cámara de los Diputados), construido entre 1650 y 1690, aunque su fachada data de 1908; el Barberini (Embajada de España), terminado hacia 1633; el de Carpegna; Villa Doria, etc., y un gran número de bellas iglesias que muestran en sus fachadas las trazas inconfundibles del barroco romano.

Centro cultural de importancia reconocida fue, en este siglo XVII, el «Palazzo Riario», en la «Vía Lungara», donde se instaló la reina Cristina de Suecia (1626–1689), en 1668, después de realizar en él importantes obras de remodelación. Allí, esta reina cultivada reunía a los más prestigiosos científicos, artistas e intelectuales de Europa, contando con el apoyo de su amigo y protector, el cardenal Decio Azzolini. Tan importante fue este foco cultural y tan valiosas las aportaciones que hizo al mundo de la Ciencia y de la Cultura, que muchos han sido los historiadores italianos que, agradecidos a esta gran mujer, por su desinteresado mecenazgo han llegado a denominar a esta centuria italiana «el siglo de Cristina de Suecia».

En este mismo siglo fueron muchos los artistas europeos que acudieron a Roma para conocer sus monumentos y colecciones artísticas. Rubens estuvo en ella en 1601, realizando por encargo algunas de sus más famosas obras; Diego Velázquez (1599–1660) llegó a la misma en 1628, con el encargo de Felipe IV de adquirir algunas obras de arte; y los artistas franceses Nicolas Poussin (1594–1665) y Claudio de Lorena (1600–1682) residieron en esta hermosa ciudad por espacio de varios años.

La Edad Moderna y Contemporánea

En el siglo XVIII Roma sufrió una grave crisis económica ya que, desde el Medievo venía arrastrando serios problemas financieros debidos principalmente al hecho de ser una ciudad que consumía sin producir, y a la concentración de las riquezas en manos del pontificado, de los nobles y de la alta burguesía. Estas circunstancias hicieron que, con el paso del tiempo, las diferencias sociales se agravaran y aumentase la mendicidad hasta límites imposibles de corregir. Pío VI (1775–1798) intentó adoptar algunas medidas encaminadas a paliar esta situación, pero los resultados, a pesar de los cambios efectuados, apenas fueron perceptibles.

Sin embargo, desde el punto de vista científico y cultural, Roma conoció, por entonces, uno de los momentos más brillantes de su historia, ya que no solo siguió siendo el lugar de peregrinación, por excelencia, de todo el mundo católico, sino que además se convirtió en la ciudad de obligada visita para los nobles, personajes distinguidos e intelectuales que aspiraban a completar su formación humanística. En el itinerario del Grand Tour, puesto de moda por la aristocracia inglesa para que sus jóvenes conocieran mundo y se formasen recorriendo las principales ciudades europeas, se programaba una larga estancia en Roma para conocer su cultura y visitar sus monumentos. Hay que destacar el hecho de que los magníficos grabados de Giovanni Battista Piranesi (1720–1778), en los que se reproducían vistas de la ciudad eterna, despertaron el interés de toda Europa por las ruinas clásicas.

El movimiento neoclasicista convirtió a Roma en un foco de atracción cultural sin precedentes que convocó a toda suerte de artistas y escritores. En 1752 se encontraban en ella Antonio Rafael Mengs (1728–1779) y el propio Winckelmann (1717–1768), el considerado padre de la Arqueología. En 1786 Goethe (1749–1832) emprendía su célebre viaje a Italia, llegando a la ciudad del Tíber el 29 de octubre. Allí vivió más de un año en la casa sita en la «Via del Corso» nº 20, que más tarde se convertiría en museo. Fruto de este viaje fue su Italienische Reise (1816–1817), en el que nos dejó testimonio de sus impresiones y experiencias personales. El artista más significativo del nuevo estilo fue Antonio Canova (1757–1822) que influyó en todos los escultores de la época y, en especial en

Bertel Thorvaldsen (1770–1844), un enamorado de Roma en la que vivió muchos años.

Edificios como Villa Albani, el palacio Braschi, la iglesia de la Trinidad de los Montes, la Fontana de Trevi, etc., vinieron a enriquecer el panorama urbano de la ciudad y a dejar huella de los gustos arquitectónicos y ornamentales de los nuevos tiempos.

En 1789 Roma fue invadida por los franceses, instaurándose en ella la República romana, regida por una Constitución inspirada en la francesa. Fueron años de ocupación extranjera pero en ellos Italia disfrutó, durante un breve tiempo, de una unidad que aún le iba a costar conseguir por sus propios medios. La ruptura entre Napoleón y Pío VII (1800–1823), quien se vio desterrado en Savona, terminó con la firma de un concordato, en 1814, con el emperador. Este se encontraba más vulnerable tras su fracaso en Rusia y aceptó el regreso del pontífice a Roma[18].

A partir del famoso Congreso de Viena en 1815, Italia fue, una vez más, dividida en pequeños estados y en Roma se restauró la autoridad papal, lográndose la devolución de regiones perdidas por la Santa Sede en las dos décadas anteriores. Personaje destacado de este período fue el Cardenal Consalvi, secretario de estado de Pío VII y decidido enemigo de la dominación extranjera de Italia. Hábil estratega consiguió agrupar en su entorno a un buen número de intelectuales, al tiempo que desarrollaba un programa de modernización política y administrativa de los Estados Pontificios que continuó León XII (1823–1829).

Las conjuras de los «carbonarios» y de los partidarios de José Mazzini (1805–1872), impulsores del «Risorgimento», abrieron a Italia el camino de su unificación. Austria, que había adquirido Venecia, apoyó a las pequeñas dinastías habsburguesas y borbónicas contra el movimiento independentista. Solo los Estados Pontificios y Cerdeña (con Génova) no estaban sometidas a la influencia extranjera. Las revoluciones de 1848 obligaron a varios países europeos a conceder sucesivas constituciones y a asumir nuevos planteamientos políticos. Carlos Alberto de Cerdeña asumió la jefatura del movimiento nacional contra Austria, pero fue derrotado. En Roma Mazzini y Garibaldi (1807-1882) proclamaron la República, mientras Pío IX (1846–1878) se refugiaba en Gaeta.

Sin embargo, Francia y Austria aplastaron el movimiento revolucionario. En 1852 apareció el creador de la unidad italiana, Camilo Benso, conde de Cavour (1810–1861), primer ministro del rey de Cerdeña. Aliado con Napoleón III derrotó a Austria y, en 1859–60, los soberanos extranjeros fueron expulsados del suelo italiano y sus territorios pasaron, por plebiscito, a Víctor Manuel de Cerdeña. En el transcurso de las contiendas franco-austríacas, Roma fue ocupada por ambos bandos, pero tras la derrota de Napoleón III en Sedán por los ejércitos prusianos (1870), fue reconquistada por Víctor Manuel II de Saboya, quien la convirtió en la capital de la Italia unificada el 23 de septiembre de 1870. El lema de «Roma o morte» proclamado por Garibaldi se hacía realidad, aunque la ciudad pontificia no opusiera resistencia alguna. El papado perdía para siempre su poder político, aunque se le concedía en propiedad el pequeño territorio del Vaticano. Pío IX no reconoció la validez de la llamada «Ley de garantías» con la que se aseguraba una absoluta libertad espiritual al pontificado, y excomulgó a los usurpadores prohibiendo a los católicos participar en la vida política del reino reunificado[19].

Al convertirse Roma en capital del nuevo reino, la expansión demográfica y edilicia se desarrolló con gran rapidez. Se abrieron nuevas calles, como la Vía Nacional, la Vía de Cavour, el Corso Víctor Manuel II, y las grandes plazas como la de las Termas, la de la Independencia, la de Víctor Manuel, etc. Al mismo tiempo surgieron nuevos barrios para albergar a una población en constante crecimiento y que, en general, se corresponde con los actuales. En esta época fue cuando el Tíber pasó a ser un «río castigado», encajonado entre dos altos muros de travertino, para impedir las frecuentes y inundaciones que arrasaban sus márgenes.

Como emblema de los nuevos tiempos se erigió el monumento en honor de Víctor Manuel II, en el que también se guardan las cenizas del soldado desconocido[20], un caído de la primera guerra mundial. Espectacular en su concepción y programa escultórico, fue obra de G. Sacconi y, a pesar de las críticas que, en un principio mereció, hoy se ha convertido en uno de los edificios más carismáticos de la ciudad. En esta época se construyeron, también, los palacios Odescalchi, Margarita y el de Bellas Artes, la Villa Torlonia (residencia estival de Mussolini), el teatro de la Ópera, la fuente de

las Náyades, la Puerta de San Pancracio, la estación Termini, etc.

Tras participar a en la Primera Guerra Mundial (1914–1918) y acabar venciendo a los ejércitos austríacos en noviembre de 1918, el período entre-guerras se vio marcado por la aparición del fascismo y por la figura de Benito Mussolini (1883-1945), bajo cuyo gobierno, después de instaurada la Dictadura (3 de enero de 1925), se tuvo el acierto de firmar el Pacto de Letrán con la Santa Sede (11 de febrero de 1929) con el que se restablecieron las relaciones entre el Pontificado y el Estado italiano.

La Segunda Guerra Mundial (1939–1945) y la alianza de Mussolini con Alemania, trajo como consecuencia un largo rosario de desastres bélicos y finalmente el arresto del «Duce», el 25 de julio de 1943, por orden del rey Víctor Manuel III y el nombramiento de un nuevo Gobierno, bajo la dirección del general Badoglio. Liberado Mussolini organizó en el Norte la república fascista de Saló, pero acabó cayendo en manos de la insurrección popular y partisana en 1945, que procedió a su ejecución y al posterior escarnio de sus restos mortales.

En época de Mussolini, las obras públicas conocieron una época de auge. Admirador de la Roma imperial impulsó las excavaciones arqueológicas, sobre todo las practicadas en el Foro y Foros Imperiales. Además procedió a la creación, en la zona meridional de Roma, del barrio de la EUR («Esposizione Universale di Roma»), un ambicioso proyecto con el que se dio paso al nacimiento de una nueva y suntuosa ciudad. Su propósito primordial fue el de albergar una exposición internacional, en la que se celebrarían una especie de «Olimpiadas del Trabajo», planeadas para 1942, aunque nunca llegaron a celebrarse debido al estallido de la guerra.

Todo este conjunto monumental se proyectó con la aspiración de que sirviera de testimonio de la fuerza popular con la que se pretendió llenar de contenido al fascismo. Las obras se completaron en los años 50 lográndose un resultado final admirable. El edificio más emblemático, visible para todo el que llega a la ciudad desde el aeropuerto de Fiumicino, es el «Palazzo della Civiltà del Lavoro», cuya fachada animada por seis galerías, de nueve arcos cada una, recuerda, en cierta forma, el sistema constructivo empleado en el viejo Tabularium de Sila. En la actualidad, es una barriada

residencial y cómoda para vivir, lejos del populoso centro de Roma. En ella se abren amplios espacios ajardinados, en torno a los cuales se alzan grandes edificios oficiales e inmuebles de lujo. En los primeros se encuentran numerosas oficinas del Gobierno y magníficos museos. El más visitado de todos es el de la «Civiltà Romana» que alberga en su interior numerosas obras de arte y réplicas con las que se explica la evolución histórica de la ciudad. En él se hallan la gran maqueta de Roma en época de Constantino, de G. Gismondi y la reproducción de los relieves de la columna de Trajano. En la zona meridional se abre un lago y un hermoso parque además del «Palazzo dello Sport», construido en 1960 y coronado por una grandiosa cúpula que es un logro indiscutible de la arquitectura romana contemporánea.

En Mayo de 1946, Víctor Manuel III abdicó en su hijo Humberto I y el 2 de junio de ese mismo año, un referéndum institucional proclamaba la República, con lo que Italia volvía a sus viejos ideales políticos y bajo este sistema ha hecho su andadura hasta el presente.

1 Procopio de Cesarea fue un erudito bizantino, del siglo VI, que se convirtió en un ilustre historiador de la época de Justiniano. Entre sus obras figuran el Libro de las Guerras e Historia Secreta.

2 Este importante documento fue hallado en la abadía suiza de Einsielden. Presenta varios itinerarios de la ciudad de Roma con listas de sus monumentos y la transcripción de algunos epígrafes.

3 Así llamada porque, según la tradición, en ella se conservan las dos cadenas (vincoli) que sujetaron a San Pedro mientras estuvo preso en la Carcer de Roma (antiguo Tullianum) y que fueron llevadas a Constantinopla. En el siglo V, según la tradición, la emperatriz Eudoxia depositó una de ellas en una iglesia de esta ciudad y envió la otra a su hija, también llamada Eudoxia, que estaba en Roma. Esta última se la entregó al papa León I, que hizo construir una iglesia en honor de San Pedro, para albergar tan estimada reliquia. Unos años más tarde llegó a Roma la segunda cadena, quedando enganchada, milagrosamente, a su compañera. En esta iglesia se encuentra, asimismo, el famoso Moisés de Miguel Ángel, escultura esculpida por el genial artista para la proyectada tumba del papa Julio II de la Rovere (1503–1513), en 1505.

4 Esta iglesia se construyó en el siglo VI en el solar de un antiguo mercado. El campanario románico y el pórtico son del siglo XII. Encajada en uno de los muros laterales del pórtico se encuentra la célebre «Bocca della Verità», posiblemente un mascarón de una fuente helenística.

5 San Pedro, después del día de Pentecostés y de presidir el Concilio de Jerusalén, predicó el Evangelio en Galacia, Bitinia y Capadocia. Fue el primer obispo de Antioquía y más tarde se trasladó a Roma, donde residió por espacio de unos veintinco años (42–67). Murió en el año 67 (en el 64, según otras versiones), durante la persecución contra los cristianos, decretada por Nerón. Fue crucificado, con la cabeza hacia abajo, a petición propia por no considerarse digno de morir del mismo modo de quien había sido su Maestro. El lugar donde fue ejecutado se encontraba en las proximidades del circo de Calígula y Nerón, donde fueron sacrificados numerosos cristianos. En sus proximidades se hallaba una necrópolis donde fueron enterrados un gran número de ellos. De dicho lugar exhumaron los pretendidos restos mortales del considerado primer papa de la Iglesia Católica, custodiados hoy en la cripta de San Pedro del Vaticano.

6 Este grave conflicto sobre la concesión de altas dignidades eclesiásticas entre los papas y los emperadores se agravó especialmente entre Gregorio VII (1073–1085) y Enrique IV.

7 En Cola de Rienzo se creyó ver un nuevo César que, como él, tuvo un final trágico, también compartido con Mussolini, el aclamado Duce, en un principio. Estos tres personajes, admirados y controvertidos, han sido objeto de numerosas estudios comparativos.

8 Pierre Roger de Beaufort, elegido papa en 1370 con el nombre de Gregorio XI, dejó Aviñón y restableció en Roma el solio papal, según la tradición, siguiendo los consejos y oraciones de Catalina de Siena.

9 Los romanos quería que saliera elegido un papa romano, lo que era problemático, ya que de los 16 cardenales que debían de participar en el Cónclave, diez eran franceses. Pese a todos los temores, fue nombrado papa el arzobispo de Bari, Bartolomé de

Prignano (1318–1389), quien tomó el nombre de Urbano VI. Sin embargo, a causa de su terrible carácter, pronto fue rechazado por todos los cardenales, quienes animados por el rey de Francia, celebraron un nuevo Cónclave, en Fondi, donde, por unanimidad, eligieron pontífice a Roberto de Ginebra, quien tomó el nombre de Clemente VII. Francia, Saboya, Bohemia, los obispos renanos y España, tras un período de indecisión, se pusieron de parte de Clemente VII, mientras que Inglaterra, Alemania, Italia y Portugal siguieron fieles a Urbano VI. El cisma terminó con el Concilio de Constanza, eligiéndose, casi por unanimidad, a un nuevo papa, el 11 de noviembre de 1417. La elección recayó en Otón de Colonna quien, en honor del Santo del día, tomó el nombre de Martín V (1417–1432). Quedaba, así, restablecida la unidad de la Iglesia, a pesar de que Benedicto XIII (Pedro Luna), el sucesor de Clemente VII, no aceptando su destitución (26 de julio de 1417) siguiera considerándose el único papa legítimo en su castillo de Peñíscola.

10 La primera Cruzada (1096–1110) fue convocada por Urbano II y organizada por Pedro de Amiens (el Ermitaño), en el Concilio de Clermont Ferrand (1096), siendo tomada Jerusalén por Godofredo de Bouillon en 1099; la segunda (1147–1148) fue obra de San Bernardo; la tercera (1189–1192) se debió al esfuerzo conjunto de Federico I de Alemania, Felipe Augusto de Francia y Ricardo, Corazón de León, de Inglaterra; la cuarta (1202–1204) fue propuesta por Enrique VI de Alemania; la V (1217–1221) por Inocencio III; la sexta (1227–1229) por Honorio III y su sucesor Gregorio IX, siendo dirigida por Federico II de Alemania; la séptima (1248–1254) por Inocencio IV y Luis IX de Francia (San Luis); y la octava (1270) fue la segunda emprendida por este mismo rey francés.

11 Cf. Capítulo XXIII, Las Fuentes de Roma: la Fuente de «Montecavallo».

12 Cf. Capítulo XII, El Campo de Marte (Área Central): el Panteón.

13 Cf. Capítulo IX, El Foro: el llamado templo de Rómulo.

14 Después de la batalla de Pavía (1525), Clemente VII tomó partido a favor de Francisco I de Francia, temeroso del poder de Carlos I, encabezando la «Liga Clementina» de la que también

formaban parte Florencia (ya que el papa era de la familia de los Medici), Venecia, Milán y, más tarde, Inglaterra. Tales circunstancias movieron al emperador a cercar y tomar Roma.

15 En una carta escrita en latín a Enrique VIII de Inglaterra, monarca al que acabó excomulgando Clemente VII, y reproducida al castellano por A. Valdés en su Diálogo de Mercurio a Caron, Carlos I decía: «hemos sentido tanta pena y dolor del desacato a la Sede Apostólica que verdaderamente quisiéramos mucho más no vencer que quedar con tal victoria vencedor» (A. Valdés, Diálogo de las cosas ocurridas en Roma, Madrid, 1956).

16 Cf. Capítulo VIII, El Capitolio, el actual Campidoglio: la plaza del Capitolio.

17 La Compañía de Jesús fue disuelta, en 1773, por el papa Clemente XIV.

18 Este pontífice procedió al restablecimiento de la Compañía de Jesús.

19 Pio IX, el último papa-rey, fue beatificado por Juan Pablo II el Domingo 3 de septiembre de 2000, junto con Juan XXIII. Su beatificación ha suscitado algunas polémicas por estimarse que se opuso a la unificación de Italia. Nació en 1792 y murió en 1878. Fue obispo de Spoleto y elegido pontífice en 1846, a la muerte de Gregorio XVI. Ejerció un pontificado de 32 años, el más largo de la Historia. Promulgó una Constitución para los Estados Pontificios en 1848, pero tuvo que retirarla ante la implantación de la República, viéndose obligado a retirarse a Gaeta. Restablecido el gobierno papal por los franceses en 1850, este pontífice convocó en 1870 el Concilio Vaticano I, en el que se proclamaron los dogmas de la infalibilidad pontificia y el de la Inmaculada Concepción. Dicho Concilio tuvo que ser interrumpido al ser tomada Roma por las tropas de Víctor Manuel II. El 20 de septiembre de 1870, el general Pelloux se acercó a las murallas de la ciudad y, sin que nadie le saliera al encuentro, se detuvo a uno 50 metros, apuntó el cañón y consiguió hacer blanco sobre la «Porta Pía», por cuya brecha hizo su entrada triunfal el general Cardona. A pesar de la ruptura de relaciones entre el nuevo Estado y el papado, el rey y el pontífice mantuvieron una nutrida correspondencia. Pío IX, que tan solo

sobrevivió 29 días al monarca, le levantó la excomunión, en los últimos momentos de su vida, por lo que le fue permitido recibir los Santos Sacramentos y pudo ser enterrado como fiel cristiano.

20 Cf. Capítulo VIII, El Capitolio: El monumento a «Vittorio Emmanuele II».

XXV. APÉNDICES

Cronología histórica (hasta el siglo iv d.c.)[1]

La fundación de Roma y el dominio de Italia (753–272 a.C.)

753 Fundación de Roma

750 Fundación de Cumas (Kyme), la más antigua colonia griega en Italia

735 Fundación de Siracusa

700 Los monarcas etruscos:

Numa Pompilio

Tulo Hostilio

Anco Marcio

600 Tarquinio Prisco

Servio Tulio

Tarquinio el Soberbio

600 Fundación de Capua por los etruscos

510 Caída de la Monarquía

509 Institución del Consulado

508 Guerra de Roma contra el rey etrusco Porsenna

494 Retirada de los plebeyos al Monte Sacro

451 La ley de las Doce Tablas

445 La Ley Canuleya

443 Institución de la Censura

396 Conquista de Veyes

387 Invasión de los galos

366 Fin de la lucha social

343-341 Primera guerra samnita

340-338 Guerra latina, ruptura de la Liga Latina

327-304 Segunda guerra samnita

270 Toma de Tarento. Dominio de toda la Italia meridional

La expansión de Roma por el Mediterráneo

y los inicios de su hegemonía (264–133 a.c.)

264-241 Primera guerra púnica

260 Victoria naval en Mylae

241 Destrucción de la flota cartaginesa en las islas Egades

Sicilia se convierte en provincia romana

219 Conquista de Sagunto por Anibal

218-201 Segunda guerra púnica

218 Paso de los Alpes por Anibal

217 Batalla junto al Lago Trasimeno

216 Batalla de Cannas

212 Conquista de Siracusa por Claudio Marcelo

202 Victoria de Roma en Zama

189 Victoria sobre Antíoco III cerca de Magnesia

183 Muerte de Anibal y de Escipión

168 Victoria de los romanos en Pidna. Fin del reino de Macedonia

149-146 Tercera guerra púnica

146 Destrucción de Cartago y Corinto

133 Destrucción de Numancia por Escipión el Emiliano

El período de las Guerras Civiles (133-31 a.c.)

133 Asesinato de Tiberio Graco

121 Asesinato de Gayo Graco

113-101 Guerra contra cimbrios y teutones

113 Derrota de los romanos junto a Noreya

111-105 Guerra contra Yugurta

105 Derrota de los romanos cerca de Arausio

102 Victoria de Mario sobre los teutones en Aquae Sextiae

101 Victoria de Mario sobre los cimbrios en Vecellae

91-98 Guerra de los aliados

88- 84 Primera guerra contra Mitrídates

88-82 Guerra civil

86 Muerte de Mario

83-81 Segunda guerra contra Mitrídates

82-79 Dictadura de Sila

78 Muerte de Sila

74-64 Tercera guerra contra Mitrídates

73-71 Rebelión de los esclavos al mando de Espartaco

67 Guerra de Pompeyo contra los piratas

63 Conjuración de Catilina

60 Primer Triunvirato: Pompeyo, César y Craso

58-51 Conquista de las Galias por César

53 Craso es vencido por los partos en Carrae

51 Cicerón gobernador de Cilicia

49 César cruza el Rubicón

48 Batallas de Dyrrachium y Farsalia. Asesinato de Pompeyo

46 Victoria de César en Tapso. Suicidio de Catón de Útica

Reforma del calendario por Sosígenes de Alejandría

44 Asesinato de César en los Idus de marzo

43 Segundo Triunvirato: Marco Antonio, Octavio y Lépido

42 Victoria de Filipos

31 Batalla naval de Actium

La época imperial (30 a.c.-395 de la era)

31-14 César Octaviano Augusto

19 Muerte de Virgilio

16-9 Conquista de los territorios alpinos

Organización de las fronteras danubianas

12-9 Campañas militares de Druso en Germania

8 Muerte de Mecenas y de Horacio

Nacimiento de Cristo en Belén (?)

Después del nacimiento de Jesucristo

9 Batalla de la Selva de Teotoburgo

14-37 Tiberio

17 Muerte de Ovidio

19 Muerte de Germánico

37-41 Calígula

41-54 Claudio

54-68 Nerón

69 El año de los cuatro emperadores:

Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano

Vespasiano

79-81 Tito

79 Erupción del Vesubio

81-96 Domiciano

96-98 Nerva

98-117 Trajano

117-138 Adriano

138-161 Antonino Pío

161-180 Marco Aurelio

180-192 Cómodo

193-211 Septimio Severo

211-217 Caracalla

222-235 Alejandro Severo

253- 268 Licinio Galieno

270-275 Aureliano

284-305 Diocleciano. La Tetrarquía (286)

312-337 Constantino el Grande

313 Edicto de Milán

325 Concilio de Nicea

330 Constantinopla, capital del Imperio

379-395 Teodosio el Grande

División y fin del Imperio Romano

394-423 Honorio, primer emperador de Occidente

410 Invasión de Alarico

429 Los vándalos se dirigen a África al mando de Genserico

430 Muerte de San Agustín

450 Los anglos y los sajones ocupan Britania

451 Victoria sobre Atila en los Campos Cataláunicos

453 Muerte de Atila

455 Saqueo de Roma por los vándalos

476 Fin del Imperio romano de Occidente

Rómulo, el último emperador

Odoacro se apodera de Italia

Siglo IV

San Marcelo I 308–309

San Eusebio 309–310?

San Melquiades 311–314

San Silvestre I 314–335

San Marcos 336

San Julio I 337–352

San Liberio 352–366

Félix (II) 355–365

San Dámaso I 366–384

Ursino 366–367

San Siricio 384–399

San Anastasio I 399–401

Siglo V

San Inocencio I 401–417

San Zósimo 417–418

San Bonifacio I 418–422

Eulalio 418–419

San Celestino I 422–432

San Sixto III . 432–440

San León I Magno 440–461

San Hilario 461–468

San Simplicio 468–483

San Félix II (III) 483–492

San Gelasio I 492–496

Anastasio II 496–498

San. Simaco 498–514

Lorenzo 498–505

Siglo VI

San Hormisdas 514–523

San Juan I 523–526

San Félix III (IV) 526–530

Bonifacio II 530–532

Dióscuro 530

Juan II 532–535

San Agapito I 535–536

San Silverio I 536–537

Virgilio 537–555

Cronología del pontificado

(Los nombres de los antipapas o papas dudosos van en cursiva)

Siglo I

San Pedro 67?

San Lino 67–76?

San Anacleto o Cleto 76–88?

San Clemente I 88–97?

Siglo II

San Evaristo 97–105?

San Alejandro I 105–115?

San Sixto I 115–125?

San Telesforo 125–136?

San Higinio 136–140?

San Pío I 140–155?

San Aniceto 155–166?

San Sotero 166–175?

San Eleuterio 175–189

San Víctor I 189–199

Siglo III

San Ceferino 199–217

San Calixto I 217–222

San Hipólito 217–235

San Urbano I 222–230

San Ponciano 230–235

San Antero 235–236

San Fabián 236–250

San Cornelio 251–253

Novaciano 251–258

San Lucio I 253–254

San Esteban I 254–257

San Sixto II 257–258

San Dionisio 259–268

San Félix I 269–274

San Eutiquiano 275–283

San Cayo 283–296

San Marcelino 296–304

San Pablo I 757–767

Constantino II 767–769

Felipe 768

Esteban IV 768–772

Adriano I 772–795

San León III 795–816

Siglo IX

Esteban V 816–817

San Pascual I 817–824

Eugenio II 824–827

Valentín 827

Gregorio IV 827–844

Sergio II 844–847

San León IV 847–855

Benedicto III 855–858

Anastasio 855

San Nicolás I Magno 858-867

Adriano II 867–872

Juan VIII 872–882

Marino I 882–884

San Adriano III 884–885

Esteban VI 885–891

Formoso 891–896

Bonifacio VI 896

Esteban VII 896–897

Romano 897

Teodoro II 897

Juan IX 898–900

Siglo X

Benedicto IV 900–903

León V 903

Cristóbal 903–904

Sergio III 904–911

Anastasio III 911–913

Landón 913–914

Juan X 914–928

León VI 928

Esteban VIII 929–931

Pelagio I 556–561

Juan III 561–574

Benedicto I 575–579

Pelagio II 579–590

San Gregorio I Magno 590–604

Siglo VII

Sabiniano 604–606

Bonifacio III 607

San Bonifacio IV 608–615

San Adeodato I 615–61

Bonifacio V 619–625

Honorio I 625–638

Severino 640

Juan IV 640–642

Teodoro I 642–649

San Martín I 649–655

San Eugenio I 655–657

San Vitaliano 657–672

Adeodato II 672–676

Domno 676–678

San Agatón 678–681

San León II 682–683

San Benedicto II 684–685

Juan V 685–686

Conón 686–687

Teodoro 687

Pascual 687–692?

S. Sergio I 687–701

Siglo VIII

Juan VI 701–705

Juan VII 705–707

Sisinio 708

Constantino I 708–715

San Gregorio II 715–731

San Gregorio III 731–741

San Zacarías 741–752

Esteban II 752

Esteban III 752–757

San Gregorio VII 1073–1085

Clemente (III) 1084

San Víctor III 1086–1087

San Urbano I 1088–1099

Pascual II 1099–1118

Siglo XII

Teodorico 1100–1102

Alberto 1002

Sivestre (IV) 1105–1111

Gelasio II 1118–1119

Calixto II 1119–1124

Honorio II 1124–1130

Celestino II 1124

Inocencio II 1130–1143

Anacleto (II) 1130–1138

Víctor IV 1138

Celestino II 1143–1144

Lucio II 1144–1145

Eugenio III 1145–1153

Anastasio IV 1153–1154

Adriano IV 1154–1159

Alejandro III 1159–1181

Víctor IV 1159–1164

Pascual III 1164–1168

Calixto III 1168–1178

Inocencio III 1179–1180

Lucio III 1181–1185

Urbano III 1185–1187

Gregorio VIII 1187

Clemente III 1187–1191

Celestino III 1191–1198

Inocencio III 1198–1216

Siglo XIII

Honorio III 1216–1227

Gregorio IX 1227–1241

Celestino IV 1241

Inocencio IV 1243–1254

Alejandro IV 1254–1261

Juan XI 931–935

León VII 936–939

Esteban IX 939–942

Marino II 942–946

Agapito II 946–956

Juan XII 956–964

León VIII 963–965

Benedicto V 964–966

Juan XIII 965–972

Benedicto VI 973–974

Dono II 974

Benedicto VII 974–983

Juan XIV 983–984

Bonifacio VII 984–985

Juan XV 985–996

Gregorio V 996–999

Juan XVI 997–998

Silvestre II 999–1003

Siglo XI

Juan XVII 1003

Juan XVIII 1004–1009

Sergio IV 1009–1012

Benedicto VIII 1012–1024

Gregorio 1012

Juan XIX 1024–1032

Benedicto IX 1032–1044

Silvestre III 1045

Benedicto IX (2ª vez) 1045

Gregorio VI 1045–1046

Clemente II 1046–1047

Benedicto IX (3ª vez) 1047–1048

Dámaso II 1048

San León IX 1049–1054

Víctor II 1055–1057

Esteban X 057–1058

Benedicto X 1058–1059

Nicolás II 1059–1061

Honorio (II) 1061–1069

Alejandro II 1061–1073

Paulo II 1464–1471

Sixto IV 1471–1484

Inocencio VIII 1484–1492

Alejandro VI 1492–1503

Pío III 1503

Siglo XVI

Julio II 1503–1513

León X 1513–1521

Adriano VI 1522–1523

Clemente VII 1523–1534

Pablo III 1534–1549

Julio III 1550–1555

Marcelo II 1555

Paulo IV 1555–1559

Pío IV 1559–1565

S. Pío V 1566–1572

Gregorio XIII 1572–1585

Sixto V 1585–1590

Urbano VII 1590

Gregorio XIV 1590–1591

Inocencio XI 1591

Clemente VIII 1592–1605

Siglo XVII

León XI 1605

Paulo V 1605–1621

Gregorio XV 1621–1623

Urbano VIII 1623–1644

Inocencio X 1644–1655

Alejandro VII 1655–1667

Clemente IX 1667–1669

Clemente X 1670–1676

InocencioXI 1676–1689

Alejandro VIII 1689–1691

Inocencio XII 1691–1700

Siglo XVIII

Clemente XI 1700–1721

Inocencio XIII 1721–1724

Urbano IV 1261–1264

Clemente IV 1265–1268

Gregorio X 1271–1276

Inocencio V 1276

Adriano V 1276

Juan XXI 1276–1277

Nicolás III 1277–1280

Martín IV 1281–1285

Honorio IV 1285–1287

Nicolás IV 1288–1292

S. Celestino V 1294

Bonifacio VIII 1294–1303

Siglo XIV

Benedicto XI 1303–1304

Clemente V 1305–1314

Juan XXII 1316–1334

Nicolás V 1328–1330

Benedicto XII 1334–1342

Clemente VI 1342–1352

Inocencio VI 1352–1362

Urbano V 1362–1370

Gregorio XI 1370–1378

Urbano VI 1378–1389

Clemente VII 1378–1394

Bonifacio IX 1389–1404

Siglo XV

Inocencio VII 1404–1406

Gregorio XII 1406–1409

Alejandro V 1409–1410

Juan XXIII 1410–1415

Martín V 1417–1431

Clemente VII 1423–1429

Benedicto XIV 1425–1430

Eugenio IV 1431–1447

Félix (V) 1439–1449

Nicolás V 1447–1455

Calixto III 1455–1458

Pio II 1458–1464

Siglo XX

San Pío X 1903–1914

Benedicto XV 1914–1922

Pío XI 1922–1939

Pío XII 1939–1958

Juan XXIII 1958–1963

Paulo VI 1963–1978

Juan Pablo I 1978–2013

Juan Pablo II 1978–2005

Benedicto XVI 2005–2013

Benedicto XIII 1724–1730

Clemente XII 1730–1740

Benedicto XIV 1740–1758

Clemente XIII 1758–1769

Clemente XIV 1769–1774

Pío VI 1775–1799

Siglo XIX

Pío VII 1800–1823

León XII 1823–1829

Pío VIII 1829–1830

Gregorio XVI 1831–1846

Pío IX 1846–1878

León XIII 1878–1903

1 Las fechas más antiguas deben considerarse como aproximadas

BIBLIOGRAFÍA

ABBONDANZA, L., (1998), La Valle del Colosseo, Roma.

ADAM, J.P., (1983), La construction romaine. Matériaux et techniques, París.

ADEMBRI, B., (2002), Adriano. Architettura e progetto, Milán.

ALETTI, E., (1951), La tecnica della pittura greca e romana e l'encausto, Roma.

ALFÖLDI, A., (1963), "Early Rome and the Latins", Ann Arbor, 1963.

ALFÖLDI, A.,(1961), "Etruria e Roma intorno al 50 a.C. Atti. Congr. Arch.Ital. Settentr, Turín.

ALFÖLDI, A ., (1964), "Arte e civiltá romana nell'Italia Settentr.", VI Bienale d'Arte Antica della Città di Bologna, Bolonia.

ANDREAE, B., (1974), The Art of Rome, Londres y Barcelona.

ANGELIS D'OSSAT, G. de,(1943), Tecnica costruttiva e impianti delle terme, Roma

ARIAS, P.E., (1956), Introduzione all'arte Romana, Catania.

ARROYO DE LA FUENTE., A., (1999), Vida cotidiana en la Roma de los Césares. Madrid.

ASHBY, T., (1902), "Via Collatina, Prenestina, labicana", PBS, 125 ss.

ASHBY, T., (1906), "Via Salaria, Nomentana, Tiburtina", PBS, 1 ss.

ASHBY, T., (1912), The aqueducts of Ancient Rome, Roma.

ASHBY, T., (1975), L'Arte Antica in Italia, Turín.

ASHBY, T., y PLATNER, S.B., (1929), A Topographical Dictionary of Ancient Rome, Oxford.

AA.VV., (2000), Musei Capitolini, Milán.

AA.VV., (2001), Adriano e Constantino. Le due fasi dell´arco nella valle del Colosseo, Milán.

AA.VV., (2002), Roma. Guía Acento. Madrid.

AA.VV., (2002), Atlas ilustrado de la antigua Roma: de los orígenes al Imperio, Madrid.

BAENA DE ALCÁZAR, L., (2007), "El Circo Máximo", en Historia National Geographic, 38, Barcelona.

BARBET, A., (1984), La peinture murale romaine en Italie, les styles décoratifs, París.

BARATTE, F., (1984), Historia ilustrada de las Formas Artísticas IV, Etruria-Roma, Madrid.

BARATTE, F., (1985), El Arte Romano, Barcelona.

BARTOLI, A., (1938), Domus Augustana, Roma.

BARTOLI, A., (1963), Curia senatus: lo scavo e il restauro, Florencia.

BECATTI, G., (1960) La colonna coclide istoriata, Roma.

BECATTI, G., (1961), Mosaici e i pavimenti marmorei, Roma.

BECATTI, G., (1965) -"Arte Romana", Enciclopedia dell'Arte antica classica e orientale, V, Milán y Roma.

BECATTI, G., (1965), "Alcune caractteristiche del mosaico bianco-nero in Italia, La mosaïque gréco-romaine", Colloques Inter. du CNRS, 15 ss, París.

BECATTI, G., (1960), La colonna coclide istoriata, Roma.

BECATTI, G., (1970), Mosaici antichi in Italia Regio VII, Roma.

BENEVOLO, L., y SCOPPOLA, F.,(1988), Roma. L´àrea archeologica centrale e la città moderna, Roma.

BERENSON, B., (1952), L'arco di Constantino, Florencia.

BIANCHI BANDINELLI, R., (1939) "Il maestro delle imprese di Traiano". L´ Arte, Roma.

BIANCHI BANDINELLI, R., (1952), "La crisi artistica della fine del mondo antico", Società VII.

BIANCHI BANDINELLI, R., (1970), Roma, centro de poder, Madrid,

BIANCHI BANDINELLI, R., (1971), Rome, the Late Empire, Madrid, 1971.

BIANCHI BANDINELLI, R., y TORELLI, M. (1976), L'arte dell'antichità classica Etruria - Roma, Turín.

BIEBER, M., (1961), The History of the Greek and Roman Theater, Princeton.

BLAKE, M.E., (1947), Ancient Roma construction in Italy from the prehistoric to Augustus, Washington.

BLAKE, M.E., y TAYLOS BISHOP, D., (1973), Roman Construction in Italy from Nerva through the Antonines, Filadelfia.

BLANCO FREIJERO Y ELVIRA M.A., (1989), en Historia 16, nº 12, Madrid.

BLANCO FREIJEIRO, A., (1989), "Roma Imperial", en Historia 16, nº 13, Madrid.

BLOCH, R., (1960), The Origins of Rome, Londres.

BLOCH, R., (1965) Tite-Live et les premiers siècles de Rome, París.

BOETHIUS, A.,(1960), The Golden House of Nero. Some aspects of Roman Architecture, Michigan.

BONICATTI, M., (1963), Studi di Storia dell'arte sulla Tarda

antichità e sull'Alto Medioevo, Roma.

BORDA, M., (1958), La pittura romana, Milán.

BRAVO, G., (2001), Historia de la Roma antigua, Madrid.

BRILLIANT, R., (1967), "The Arch of Septimius Severus in the Forum Romanun", Memoires of the American Academy in Rome, XXIX, Roma.

BRIZZI, M.,(1973), Roma: I monumenti antichi, Roma.

BROWN, A.C., (1980) Ancient Italy before the Romans, Oxford.

BROWN, P., (1971), The World of Late Antiquity, Londres.

CABRERO, J., (2012), Roma. Historia y Costumbres, Madrid.

CAGNAT, R., y CHAPOT, V., (1916-20), Manuel d'archéologie romaine, 2 vol., París.

CAMP, J., de, y SPRAGUE,(1963), The Ancient Engineers, Londres.

CAPRINO, C., ET AL., (1955), La colonna di Marco Aurelio illustrata a cura del Comune di Roma, Roma.

CARANDINI, A., (2003), La nascita de Roma, 2 vol., Turín.

CARANDINI, A., y CAPELLI, R., (2000), Roma. Rómolo, Remo e la fondazione della città, Milan.

CARCOPINO, J., (1925), La Louve du Capitole, París.

CARCOPINO, J., (1927), La basilique néo-pythagoricienne de la Porte Majeure, París.

CARCOPINO, J., (1993), La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio, Madrid

CARETTONI, G., (1961), "Il fregio figurato della Basilica Emilia", Revista Ist. Arch. Stor. Arte, NSX.

CARETTONI, G.,(1966-67), "I problemi della zona Augustea del

Palatino", Rendic. Pontificia Accad., XXXIX, 55 ss.

CARETTONI, G., et AL., (1960), La Pianta marmorea di Roma antica, 2 vol., Roma.

CASSON, L., (2001), Las bibliotecas del mundo antiguo, Barcelona.

CASTAGNOLI, F., (1941), "Gli edifici rappresentati in un rilievo del sepolcro degli Haterii", Boll.Com., LXIX, 59 ss. Roma.

CASTAGNOLI, F.,(1958), Roma antica. Topografia e urbanistica di Roma, Bolonia.

CASTAGNOLI, F., et AL.,(1965), "Roma", Enciclopedia dell'arte antica classica e orientale, VI, 764 ss. Roma.

CASTELLANOS, S., (2013), El final de Roma (ca. 455-480). La solución intelectual, Madrid.

CECCHELLI, C., (1956), I mosaici della basilica di Santa Maria Maggiore, Turín.

CINOTTI, M., (1964), Roma. Arte del mundo antiguo, Barcelona.

CLARIDGE, A., (1988), Rome, Oxford.

CLARKE, J.R., (1979), Roman Black and White Figural Mosaics, Nueva York.

CLAVEL, M.,(1971), Villes et structures urbaines dans l'occident romain, París.

COARELLI, F.,(1968), "La porta trionfale", Dialoghi di Archeologia, II, I, Milán.

COARELLI, F.,(1968), «L'ara di Domizio Enobarbo e la cultura artistique in Roma nel II sec. a.C.», Dialoghi di Archeologia, II.

COARELLI, F., (1974), Guida archeologica di Roma, Verona y Milán.

COARELLI, F., (1981), Dintorni di Roma, Roma.

COARELLI, F.,(1982), Lazio, Roma.

COARELLI, F. (1983), Il foro romano, periodo arcaico, Roma.

COLINI, A.M.,(1943), Stadium Domitiani, Roma.

COLINI, A.M., y GATTI, G., (1955), La colonna di Marco Aurelio. Studi e materiali, Museo dell'Impero, Roma.

CORNELL, T., y MATTHEWS, J., (1982), Atlas of the Roman World, Oxford.

CURTIUS, L., (1958), Das Antike Rom, Viena.

CHAPOT, V., (1943), Les styles du monde romain antique (Arts, styles et techniques), París.

CHARBONEAUX, J., (1950), L'Art au siècle d'Auguste, París.

CHEVALLIER, R.,(1972), Les voies romaines, París.

CHOISY, A.,(1971), Vitruve, les dix livres d'Architecture, París.

CREMA, L., (1959), L´architectura romana, Turín.

DAREMBERG, C.; SAGLIO, E., y POTTIER, E.,(1877-1919), Dictionnaire des antiquités grecques et romaines d'aprés les textes et les monuments, 9 vol, 5 tom, París.

DEMAN, E.B. van, (1934), The Buildings of the Roman Aqueducts, Washington.

DORIGO, W., (1966), Pittura tardoromana.

DUDLEY, D.R., (1967), Urbs Roma, Londres.

DURET, L., y NERAUDAU, J.P., (1983), Urbanisme et métamorphose de la Rome Antique, París.

DURUY, V., (1970), Histoire des romains, 7 vol., Graz.

DUVAL, P.M., (1959), «La construction d'une voie romaine d'aprés les textes antiques», Bull. Soc. Antiquaires de France, 176 ss.

F.URIEL., P., (2001), Historia de Roma, vol II. Madrid.

FINE LICHT, K., (1968), The Rotunda in Rome: a study of Hadrian's Pantheon, Copenhague.

FONTANA, D., y PORTOGHESI, P., (1604), Della trasportazione dell'obelisco vaticano, Nápoles.

FRANCHI, L., (1964), «Ricerche sull'arte di età severiana in Roma», Studi Miscellanei, 4, Roma.

GABRIEL, M., (1955), Livia's Garden Room at prima Porta, Nueva York.

GABUCCI, A., (1999), Il Colosseo, Milán.

GABUCCI, A., (1999), Roma e il suo impero. Milán.

GABUCCI, A., (2000), Guía de la Roma antigua, Venecia.

GABUCCI, A., (2006), Roma, Barcelona.

GARCÍA Y BELLIDO, A., (1966), Urbanística de las grandes ciudades del mundo Antiguo, Madrid.

GARCIA Y BELLIDO, A., (1972), Arte romano, Madrid.

GERACI, G., y MARCONE, A., (2002), Storia romana, Florencia.

GIARDINA, A., y SCHIAVONE, A., (1999), Storia di Roma, Turín.

GIUSTOZZI, N., (2003), Castel Sant´Angelo, Milán.

GUIDOBALDI, P., (1998), Il Foro Romano, Roma

GIULIANI, C.F., (1955), L'arco di Constantino, Milán.

GIULIANI, C.F., (1975), "Volte e Cupola a doppia calotta in età adrianea", Röm. Mitt., 82,2, 329 ss.

GIUSTOZZI, N., (2003), Castel Sant´Angelo, Milán.

GOLDSWORTHY, A., (2009), La caída del Imperio Romano, Madrid.

GRANT, M., (1970), The Roman Forum, Londres y París.

GRIMAL, P., (1954), Les villes Romaines, París.

GRIMAL, P., (1956), Las ciudades romanas, Barcelona.

GRIMAL, P., (1969), Les jardins romains à la fin de la République et aux deux premiers siècles de l'Empire, París.

GRABAR, A., (1967), El Primer Arte Cristiano. (Universo de las Formas). Madrid.

GROS, P., (1976), Les premières gènérations d'architectes hellénistiques á Rome, Roma.

GUIDOBALDI, P., (1998), Il Foro Romano, Roma.

GUILLÉN, J., (1994), Urbs Roma, Barcelona.

HACQUARD, G., (2003), Guía de la Roma Antigua, Madrid.

HAGEN, V. von, (1973), Los caminos que conducen a Roma, Barcelona.

HAMEY, L. A., y HAMEY, J. A., (1990), Los ingenieros romanos. Madrid.

HAMMOND, N.G.L., y SCULLARD, H.H., (1970), The Oxford Classica Dictionary, Oxford.

HANSON, J.A., (1959), Roman Theater-temples, Princeton.

HELBIG, W., (1963-68), Führer durch die öffentlichen Sammlungen Klassischer Altertümer in Rom, 3 vol., Tübingen.

HOMO, L., (1921), La Rome Antique, Histoire guide des monuments de Rome, París.

HOMO, L., (1932), «Auguste et la creation des grands services municipaux à Rome», Mélanges G.Glotz, 439 ss, París.

HOMO, L., (1942),»L'Urbanisme dans la Rome Impériale», Comptes rendues des séances de L'Academie des Inscriptions et Belles Lettres,

París.

HOMO, L., (1951), Rome impériale et l'urbanisme dans l'Antiquité, París.

HÜLSEN, C., (1906), The Roman Forum, Roma.

JAMES, S., (2004), Roma antigua, Madrid.

JASHEMSKI, W.F., (1981), Ancient Roman Gardens, Londres.

JOPPOLO, G., (1963-64) "Due Monumenti republicani (Area di S. Omobono, Platea dei Templi Gemelli),2, Boll. Commissione Comunale, Roma.

KÄHLER, H., (1959), Die Auguststatue von Prima Porta, Berlín.

KIEPERT, H., y HULSEN, C., (1912), Forma Urbis Romae Antiquae, Berlín.

KRAUS, T., (1953), Die Ranken der Ara Pacis, Berlín.

LA REGINA, A., (2004), Guida archeologica di Roma, Milán.

LA REGINA, A., Y FUKSAS, M., (2004), La città moderna e il suo passato. Milán

LANCIANI, R., (1880),»Acquedotti di Roma», MAL, I-X, 215 ss.

LANCIANI, R., (1881) Le acque e gli acquedotti di Roma Antica, Roma.

LANCIANI, R.,(1892)»Le mura di Aureliano e di Probo», Bull. Commissione Arch. Comunale di Roma, Roma.

LANCIANI, R.,(1897), The Ruins and Excavations of Ancient Rome, Londres. LANCIANI, R., (1902-13), Storia degli scavi di Roma, I-IV, Roma.

LANCIANI, R., (1962),"Forma Urbis Romae", Le Piante de Roma, III, LI.

LANCIANI, R., (1978), Engineering in the Ancient World, Londres.

LANCIANI, R., (1981), L'Antica Roma, Laterta.

LAVEDAN, P., (1926), Histoire de l'urbanisme dans l'Antiquité, París.

LEHMANN HARTLEBEN, K.,(1934), "L'arco di Tito", Boll. Com., Roma.

LIBERATI, A. M., (2003), Roma antigua. Madrid.

LIPPOLD, G., (1928), Kopien und Umbildungen griechischer Statuen, Munich.

LIVIO, T., (1993), Historia de Roma desde su fundación, Edit. Gredos, Madrid.

L'ORANGE, H.P., (1938), «Ein Tetrarchisches Ehrendenkmal auf dem Forum Romanum», Röm. .Mitt. LIII. Roma.

LOZZI BONAVENTURA, M.A., (2009), Viaggio nel tempo alla scoperta della città eterna, Subiaco.

LUGLI, G., (1929), The Classical Monuments of Rome and its Divinity, Roma.

LUGLI, G., (1940), I Monumenti antichi di Roma e suburbio, 3 vol., Roma.

LUGLI, G.,(1946), Roma antica: il centro monumentale, Roma.

LUGLI, G., (1947), Monumenti minori del Foro Romano, Roma.

LUGLI, G., (1957), La tecnica edilizia romana in particulare riguardo a Roma e Lazio, 2 vol., Roma.

LUGLI, G., (1965), Studi minori di topografia antica, Roma.

LUGLI, G., (1970), Itinerario di Roma antica, Milán.

LUGLI, G., y GISMONDI, I.,(1950), Forma Urbis Romae, Roma.

MACAULAY, D., (1982), Nacimiento de una ciudad romana 300 años a.C., Barcelona.

MACCORMACK, S.G., (1943), Domus aurea, Oslo.

MACCORMACK, S.G., (1981), Art and Ceremony in Late Antiquity, Berkeley-Los Angeles.

MAIURI, A., (1960), Arte e civiltà nell'Italia antica, Milán.

MAGI, F., (1945), I rilievi flavi del Palazzo della Cancelleria, Roma.

MALISSARD, A., (2006), Los romanos y el agua. La cultura del agua en la roma antigua, Barcelona.

MANCIOLI, D., (1987), Giochi e Spettacoli, Roma.

MANIX, D.P., (2004), Breve Historia de los gladiadores, Madrid.

MANSUELLI, G.A., (1954),"El arco honorífico en el desarrollo de la arquitectura romana", AEspA, XXVII. Madrid.

MANSUELLI, G.A., (1958), La villa del mondo romano, Milán.

MANSUELLI, G.A., (1970), Architettura e cittá, Bolonia.

MARTÍNEZ-PINNA, J., (1999), Los orígenes de Roma. Madrid.

MIKAY, A.G., (1975), Houses, Villas and Places in the Roman World, Londres.

MOMMSEN, T., (1983), Historia de Roma. Madrid.

MONACO,G., (1934), "L'iconografia imperiale nell'Ara Pacis", Boll. Comunale, Roma.

MORESELLI,C., y TORTORICI, E., (1989), Curia Forum Iulium-Forum Ttransitorium, Roma.

MORETTI, G., (1948), L'Ara Pacis Augustae, I y II, Roma.

MORRICONE MATINI, M.L., (1968), Mosaici Antichi in Italia: Regio 1-Roma; Regio Palatium, Roma.

MORRICONE MATINI, M.L.,(1971), Pavimenti di signino repubblicani di Roma e dintorni, Roma.

NASH, E., (1957), “Obelisk und Circus”, RM, LXIV, 232 ss.

NASH, E., (1968), Bildlexikon zur Topographie des antiken Roms, 2 vol., Tübingen y Londres,

NASH, E., (1968), Pictorial Dictionary of Ancient Rome, Londres.

NEPPI MADONA, A.,(1961), Gli edifici teatrali greci e romani. Teatri, Odei, Anfiteatri, Circi, Florencia.

NEUERBERG, N., (1965), L’Architettura delle fontane e dei ninfei nell’Italia Antica, Nápoles.

OAKESHOTT, W., (1967), The Mosaics of Rome from the Third to the Fourteenth Centuries, Londres.

PALCHETTI, A.M., y QUILICI, L., (1968), “Il tempo di Giunone Regina nel Portico di Otavia”, Studi di topografia romana, V, Roma, 77 ss.

PALLOTTINO, M., (1946), L’arco degli Argentari, Roma.

PALLOTTINO, M., (1959), “Arco Triumphale”, Enc. dell’Arte Antica. Roma.

PAOLI, U. E., (1990), Urbs. La vida en la Roma antigua, Barcelona.

PARIBENI, R.,(1932), Le Terme di Diocleziano e il Museo Nazionale Romano, Roma.

PARISI PRESICCE, C., (2000), La lupa capitolina, Milán.

PAYNE, R., (2005), Ancient Rome, Nueva York.

PELLETIER, A., (1982), L’urbanisme romain sous l’Empire, París.

PERCIVAL, J., (1976), Roman Villas, Londres.

PERKINS, J.W., (1951), “The Art of severan Age”, Proceedings British Acad. Londres.

PETERSEN, E., (1902), Ara Pacis Agustae, Viena.

PICARD, G., (1968), L'Art Romain, París.

PICARD, G., (1970), Roman Painting, Londres.

PICARD, G., y STERN, H., (1965), La Mosaïque Gréco-Romaine, París.

PIETRANGELI, C., (1938), La famiglia di Augusto, Roma.

PIÑERO, A., (2011), La Expansión del Cristianismo, Madrid.

QUILICI, L., (1968), «Sull'acquedotto Vergine dal Monte Pincio alle sorgenti», Studi di topografia romana, V, Roma.

QUILICI, L., (1977), La Via Prenestina, Roma.

QUILICI, L., (1977), La Via Appia da Roma a Borille, Roma.

QUILICI, L., (1977), La Via salaria da Roma a Passo Corese, Roma.

QUILICI, L., (1978), La Via Latina da Roma a Castel Sarelli, Roma.

QUILLICI, L., (1990), Le strade.Viabilitá tra Roma e Lazio. Roma

QUILICI, L.; ROSSI, G.M. de, y DOMENICO, P.G., (1968),"La Via Aurelia da Roma a Civitaveccia", Quaderni dell'Istituto di Topografia dell'Universitá di Roma, IV.

RAMIERI, A.M., (2003), I ponti di Roma, Roma.

RENDINA, C., (2007), Roma ieri, oggi e domani, Roma

RICHMOND, I.A., (1930), The City Wall of Imperial Rome, Oxford.

RICHTER, O.L.,(1901), Topographie der Stadt Rom im Altertum, Munich.

RIZZO, G.E., (1936), Le pitture della casa dei Grifi, Roma.

RIZZO, G.E., (1937), Le pitture della cassa di Livia, Roma.

RIZZO, G.E.,(1948), Le pitture dell'Aula Isiaca di Caligola, Roma.

ROBERTSON, D.S., (1985), Arquitectura griega y romana, Madrid.

RODENWALDT, G., (1943), Kunst um Augustus, Berlín.

ROMANELLI, P., (1942), La Colonna Traiana, Roma.

ROMANELLI, P.,(1963) "Lo scavo al tempio della Magna Mater sul Palatino e nelle sue adiacenze", Monumenti Antichi dei Lincei, 46. Roma.

RYWERT, J., (1985), La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo, Madrid.

SAQUETE, C., (2000), Las Vírgenes Vestales. Un sacerdocio femenino en la religión pública romana. Madrid.

SÄFLUND, G., (1932), Le mura di Roma repubblicana, Lund.

SCULLARD, H.H., (1967), The Etruscan Cities and Rome, Londres.

SCHIAVONE, A., (1988-1993), Storia di Roma, 7 vol., Turín.

SETTIS, S., (1990-91), Civiltà dei Romani, 3 vol., Milán.

SETTIS, S., (2002), Le paretti ingannevoli. La villa di Livia e la pittura di giardino, Milán.

SIMON, E., (1959), Der Augustus von Prima Porta, Bremen.

SIMON, E., (1967), "Ara Pacis Augustae", Monumenta Artis Antique, I, Tübingen.

SIMON, E., (1986), August-Kunst und Leben in Rom um die Zeitenwende, Munich.

SKIRA, A., (1958), Des grands siècles de la peinture. La peinture romaine, Ginebra.

STENICO, A., (1963), La pittura etrusca e romana, Amsterdam.

STERN, H.,(1953), Le calendrier de 354, París.

STERN, H., y LEGLAY, M.,(1975), La mosaïque Gréco - Romaine, II,

París.

STRONG, D.E., (1953), “Late Hadrianic Architectural Ornament in Rome”, Papers of British School at Rome, XXI. Roma.

STUCCHI, S.,(1957-60), “Contribuo alla conoscenza della topografia, dell’arte e della storia della Colonna Traiana”, Atti dell’Accademia di Udine, VII, 1, Udine.

STUDNICZKA, F., (1909), Zur Ara Pacis, Leipzig.

TAMASSIA, A.M.,(1988), “La pittura nell’età di Augusto”, Arte antica e moderna, Roma.

TIEMBLO, A., (2011), La muerte y el más allá en la Roma antigua, Madrid.

THE CAMBRIDGE ANCIENT HISTORY (1989-2005), vols. 7-14. Cambridge.

TOYNBEE, J.M.C., (1953), “Ara Pacis reconsidered and historical Art in Roman Italy”, Proceedings of the British Academy 39, Londres.

TOYNBEE, J.M.C., (1957), The Flavian Reliefs from the Palazzo della Cancelleria in Rome, Londres - Oxford.

VÁZQUEZ, A., (2001), Historia de Roma, vol. I, Madrid.

ZANDER, G., (1965), “Nuovi studi e ricerche sulla Domus Aurea”, Palladio”, n.s., 15,157. Roma.

ZANKER, P., (1968), Forum Augustum, Tübingen.

Roma. La ciudad del Tíber

Primera Edición

© Pilar González Serrano >

Diseño de portada

© Sandra Delgado

© Ediciones Evohé, 2015

http://www.edicionesevohe.com

http://www.edicionesevohe.com/Roma

ISBN: 978-84-15415-97-8